Universidad de Deusto
Biblioteca

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Universidad de Deusto
Biblioteca

VIDA

VIRTUDES Y MILAGROS

DE

S. IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

POR

El P. Francisco García

DE LA MISMA COMPAÑÍA

BIBLIOTECA PHILOSOPHORUM PP. D. CAST. S. J.

TERCERA EDICIÓN

BARCELONA

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN,

13, Buensuceso, 13

1890

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

AL CRISTIANO LECTOR

La VIDA del glorioso Padre y Patriarca san Ignacio de Loyola, que ahora se da á la estampa para acceder á la devoción de algunos que querían verla de nuevo fielmente reimpresa, es la que escribió el padre Francisco García, de la Compañía de Jesús, varón piadoso y en letras señalado, autor de varias vidas de santos y de otras obras ascéticas, y celoso é insigne misionero. Por haber pasado el padre García gran parte de sus años en Madrid, donde fué Rector del Noviciado de la provincia de Toledo, pudo examinar y consultar, al escribir esta historia, muchos documentos originales y noticias de gran valor, referentes al santo, que no pudieron tener á mano los biógrafos que le precedieron. Por lo cual, es muy de agradecer á tan esclarecido escritor el cuidado y diligencia que puso en escribir su libro; pues hallando otros que vinieron tras él, desbrozado y trillado el camino acerca de cosas que antes se ignoraban, pudieron emprender nuevas investigaciones con que se hallan enriquecidos sus trabajos acerca del santo Fundador de la Compañía de Jesús.

La obra del padre García fué impresa la vez primera en Madrid, año de 1685 por Juan García Infanzón, y nuevamente allí estampada, año de 1722, por Gregorio Hermosilla: esta última edición se ha tenido á la vista para ajustar rigurosamente á ella la presente.

Las ediciones anteriores traen además de la dedicatoria á María Santísima, que hemos respetado por el espíritu de piedad que en ella resplandece, y de las licencias

de la Religión y del Ordinario; otra dedicatoria á la Provincia de Guipúzcoa, y las aprobaciones laudatorias de los Censores sinodales, dadas todas en el año de 1684, las cuales han parecido ahora menos necesarias. Por este motivo las hemos suprimido, al igual de la vida brevísima de san Ignacio dispuesta en anagramas latinos, que contenían también dichas ediciones.

Quiera el cielo derramar copiosas bendiciones sobre los que leyeren la maravillosa vida y portentosas virtudes de aquel extraordinario varon que tuvo constantemente fija en su mente, y selló todas sus palabras y obras con la celestial divisa: *A mayor gloria de Dios*.

Barcelona, fiesta de la Natividad del Señor, del año de 1889.

El Editor

Á MARIA SANTÍSIMA

CONCEBIDA SIN PECADO ORIGINAL

REINA DE LOS CIELOS Y DE LA TIERRA,
Emperatriz de los ángeles y los hombres,
MADRE DE JESUS,
Capitana de su Compañía,
Abogada divina de Ignacio,
A quien armó de caballero
Con el talabarte de la castidad,
El escudo de la fortaleza,
La espada del celo,
Y todas las armas de la justicia,
Para que mejorada la Milicia terrena en la celestial,
Pelease las batallas del Señor,
Y vencidos los enemigos invisibles
Ascendiese á la cumbre de la Gloria,
Coronado de trofeos,
Rico de despojos.
Después abriga á su religión con el manto,
Desesperando á los contrarios
De expugnar una ciudad
Cuyo castillo es la Torre de David,
De que penden mil escudos
Derrotar un escuadrón
Que tiene por guía y por auxiliar
La que alistando resplandores

Universidad de Deusto
Biblioteca

De Aurora, Luna y Sol,
Es terrible como ejército ordenado
A los ojos que se ofenden de las luces,
Y recluta esta milicia
Llamando nuevos soldados
Que defiendan la honra del Señor de los ejércitos,
De los herejes y cismáticos;
Que propaguen el Reino de Cristo
Entre los mahometanos y gentiles,
Que enciendan el amor de Dios
En los cristianos y católicos:
Ofrece, dedica y consagra
El menor de los hijos de Ignacio,
La Vida de su gran Padre
Como á Madre de su nueva vida.
Así quiera la Maestra de este Doctor,
La Doctora de este Apostol,
La Apóstola de este vaso de elección;
Dar vida á las voces muertas,
Voz á las palabras mudas,
Fuego al hielo,
Para que no pierdan la eficacia
Ejemplos tan poderosos
En la lengua, ni en la pluma,
Y multiplicado, por la imitación, Ignacio,
Trueque la gloria de único en la de primero,
Y crezca la de JESUS,
A quien sea honra y alabanza
Con el Padre y el Espíritu Santo,
Por los siglos de los siglos.

AMÉN

LICENCIA DE LA RELIGION

Ginés de la Puente, Provincial de la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo, por particular comisión que tengo de nuestro muy Reverendo Padre General Padre Carlos de Noyelle, doy licencia para que se imprima un libro intitulado: *Vida y virtudes de nuestro Padre San Ignacio de Loyola,* compuesto por el Padre Francisco García, religioso de la misma Compañía, el cual ha sido visto, examinado y aprobado por personas graves y doctas de nuestra religión. En testimonio de lo cual dí ésta, firmada de mi nombre y sellada con el sello de mi Oficio. En nuestro Colegio Imperial de Madrid, á 25 de Diciembre de 1684 años.

GINÉS DE LA PUENTE

LICENCIA DEL ORDINARIO

Nos, el Doctor D. Pedro Gregorio y Antillón, Canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de la ciudad de Zaragoza y Vicario de esta villa de Madrid y su partido: Por lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir el libro de la *Vida de San Ignacio de Loyola,* Fundador de la Sagrada Religión de la Compañía de Jesús, escrita por el muy Reverendo Padre Francisco García, de dicha Religión; atento, nos consta no tener cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres. Dada en Madrid á 3 de Marzo de 1685.

DON PEDRO GREGORIO Y ANTILLÓN

POR SU MANDADO,

Cristóbal de Cepeda

Universidad de Deusto
Biblioteca

PRÓLOGO

Y PROTESTA DEL AUTOR

Esta Vida de San Ignacio, que sobre tantas como se han publicado de tan gran Patriarca, he escrito á petición de la Provincia de Guipúzcoa, se ha sacado principalmente de las Historias de Ribadeneira, Mafeo, Orlandino, Andrés Lucas, Eusebio, Bártoli, todos autores gravísimos y bien conocidos, y otros papeles manuscritos de los Padres Diego Laynez, Alonso de Salmerón, compañeros de San Ignacio, del P. Juan de Polanco, que fué su Secretario, y del P. Pedro de Ribadeneira y P. Luis González, que le trataron mucho tiempo; también las apuntaciones que el mismo Santo escribía de los favores que le hacía N. Señor; y finalmente los procesos que se hicieron para su coronación; todos los cuales papeles originales y auténticos, hallé en el Archivo del Colegio Imperial de la Compañía de Jesús de Madrid y los he tenido en mi poder. Por eso no quiero tan escrupulosos á los lectores, que lo que no ven en las historias impresas de Ribadeneira ó Mafeo, ó alguno de los más antiguos, lo pongan luego en duda; porque no todo lo que había que decir de San Ignacio lo dijeron los antiguos, como advierte el P. Daniel Bártoli, ó porque les parecieron cosas leves, y quizá otras por singulares, porque escribieron en tiempo que era menos conocido San Ignacio y muy perseguida la Compañía, y no quisieron, por la noticia de pocas cosas, aventurar el crédito de mu-

chas, guardándolas para mejor ocasión. Lo cual ha sucedido á otros Santos y á otras Religiones; y así Enrique Sedalio, comentando la vida de San Francisco, que escribió San Buenaventura, y añadiendo algunas cosas que el Santo Doctor calló, dice, alegando un lugar de Séneca, estas palabras, que yo quiero hacer propias. «Este comento nos ha parecido añadir aquí para dar luz á la Historia; y porque San Buenaventura escribió las cosas principales de San Francisco, no todas las que había que decir.» Mucho hicieron los que nos precedieron, pero no lo hicieron todo: ni yo tampoco, ni otro alguno, por más que lo procuremos, podremos abrazar y perfeccionar todas las cosas.» Mucho resta que decir y mucho restará siempre, ni á alguno de los que nacieren le faltará que añadir. Lo que puedo asegurar es, que con la mayor diligencia que pude averigüé los hechos y dichos de este Santo en los escritores antiguos y modernos dignos de todo crédito y fe.

Porque con ocasión de la vida de San Ignacio se ponen elogios, y cuentan revelaciones y milagros de algunos varones ilustres, que no están canonizados ni beatificados; protesto, obedeciendo á los decretos de los Sumos Pontífices, que no es mi ánimo adelantar el juicio de la Sede Apostólica, calificando la santidad que no tiene declarada, ni pretendo más crédito que el de una fe humana, fundada en la autoridad de los autores diligentes que lo refieren, sujetándome en todo, como fiel hijo, á las determinaciones de la Santa Iglesia.

INTRODUCCION

Á LA

VIDA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA,

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

De quién se puede decir con más propiedad, que del Grande San Ignacio de Loyola, aquel esclarecido elogio que el Eclesiástico hace de Simón, hijo de Onias, á quien llama Gran Sacerdote; y dice que en su vida sustentó la casa y fortaleció el templo; que en sus días se abrieron nuevos pozos y crecieron sus aguas á manera de un mar; que libró á su gente de la perdición y amplificó la ciudad; que resplandeció como la estrella matutina en medio de la niebla, como la luna llena en sus días, y como el sol refulgente en el templo de Dios; como el arco resplandeciente entre las nieblas de la gloria y como la flor de las rosas en los días de la primavera; como las azucenas, que están á la corriente de las aguas y como el incienso, que arroja su fragancia en el estío; como el fuego que luce, y el incienso que arde en el fuego: como el vaso de oro sólido adornado de todas las piedras preciosas. Después le compara á la oliva y al ciprés, y prosigue en otras alabanzas, que siendo elogios de Simón, son profecías de

Universidad de Deusto
Biblioteca

Cristo, y yo me atrevo á decir de Ignacio, en quien se ven dichosamente cumplidas.

Ignacio es el gran sacerdote, que en su vida sustentó la Casa como un nuevo Atlante de la Iglesia; fortaleció el templo con la nueva compañía de soldados que alistó para su defensa. Abrió nuevos pozos de agua, escuelas de celestial sabiduría, que á manera de un mar, vertieron por todo el mundo sus raudales. Libró á su gente de la perdición, apartando á los cristianos de los vicios; y amplificó la ciudad, la de Jerusalén terrena, poblándola de fieles, y la celestial, llenándola de bienaventurados. Resplandeció como la estrella matutina en medio de la niebla, como la luna llena en sus días, y como el sol refulgente en el templo de Dios; porque entre las nieblas que ofuscaban la luz, entre las sombras que desterraban la claridad entre las nieblas que pretendían anegar el mundo en errores y vicios, empezando estrella y pasando á luna y sol; con sus rayos, y los que comunicó á sus hijos, deshizo las tinieblas y llenó el mundo de luz. Fué como el arco refulgente en las tinieblas de la gloria, por la serenidad que anunció á los que temían las iras del cielo; como flor de las rosas en los días de la primavera, porque su vida renovada convirtió en primavera el estío que agostaba las virtudes; como las azucenas que están á las corrientes de las aguas, porque la pureza aumentó sus candores con el ejemplo de Ignacio y de sus hijos; como el incienso que arroja su fragancia en el estío, por el buen olor de Cristo, que esparcieron en la Iglesia sus ejemplos; como el fuego que alumbra y el incienso que arde en el fuego, porque fué incienso que ardía y fuego que abrasaba, consumiéndose él en agradable holocausto y deseando hacer un holocausto de todo el mundo; como vaso de oro sólido, adornado de todas las piedras preciosas, porque del oro sólido de su caridad fabricó Dios un vaso de elección, que adornó de la más rica pedrería de sus gracias y perfecciones, para depositar aquel divino fuego que vino Cristo á traer á la tierra, y ahora envió desde el cielo, para abrasar á los hombres en su amor.

De este vaso escogido, deseo contar las piedras preciosas, referir las gracias, declarar las perfecciones, celebrar las virtudes; y como no basto solo, quisiera convocar á todos los estados, como hizo antiguamente San Gregorio Nacianceno, para alabar al gran Basilio; y no solo los estados, todas las gentes y naciones quisiera juntar, para que alaben al benefactor de todos, escusando solamente los que no se reconocieren deudores á este grande Patriarca, si hay alguno en el mundo tan retirado que se haya escondido de su calor. Celebre cada uno la virtud que quisiere, su penitencia ó su humildad; ó su paciencia ó su castidad; su ó prudencia, ó su caridad; ó su celo, ó cualquiera de tantas como se miran y admiran en este espejo clarísimo de perfección. Pondere uno sus palabras, otro sus obras, otro sus milagros, otro sus revelaciones, otro sus profecías. Alaben los nobles al que coronó la nobleza con la santidad; los plebeyos al que no se desdeñó de su trato por ganarlos á Dios; los pobres, al que siendo rico, se hizo por Cristo pobre; los ricos, al que les enseñó á despreciar las riquezas; los sacerdotes, al que fué dechado de la pureza sacerdotal; los seglares, al que se ocupó en procurar su salvación; los religiosos, al fundador de una nueva Orden; y cuando les venga conocimiento, agradezcan los gentiles al que les dió noticia del verdadero Dios; los herejes, al que los redujo á la verdadera fe; los judíos, al que los quitó el velo que les embarazaba ver á Cristo, y los mahometanos, al que los libró de su ceguedad. Aplauda Europa, Africa, Asia y América al que las abrazó todas en los senos de su caridad, que no cabiendo en el mundo cupo el mundo en ella, y dejó lugar á muchos mundos que deseaba consagrar á su Señor Dios.

Universidad de Deusto
Biblioteca

SECCION PRIMERA

Profecías que precedieron á San Ignacio y su Religión

Los varones grandes, que nacen para utilidad del mundo, no vienen de repente á la tierra: avisa antes la Providencia, para que salga á recibirlos la admiración, la alabanza y el agradecimiento; y dejando la venida del Mesías, que fuè anunciada por todos los Profetas, representada en todas las figuras del Viejo Testamento y cantada por todas las Sibilas; y la venida de San Juan Bautista, su predicación y santidad, que fueron anunciadas por Isaías, Malaquías, Gabriel Arcangel y Zacarías su Padre, y los Apóstoles, que están profetizados muchas veces en la Sagrada Escritura, y figurados en los doce patriarcas, hijos de Jacob, en los doce príncipes de las tribus de Israel, en las doce piedras preciosas del Racional de Aarón, en las doce piedras que mandó Dios poner en el Jordán, y en otros símbolos que notan los santos Doctores; especialmente ha usado Dios esta majestuosa prudencia con las sagradas religiones; porque apenas se hallará alguna de tantas como Dios ha enviado en diversos tiempos á su Iglesia, como operarios que envía el padre de familias en diversas horas á su viña, á quien no haya precedido alguna ilustre profecía, ó señal de la merced que Dios quería hacer á la tierra, dándole una nueva familia de religiosos para su reformación.

No ha carecido de esta recomendación nuestro gran Patriarca San Ignacio y su Religión, la mínima Compañía de Jesús, porque fué profetizada muchos años antes que naciese en el mundo, si creemos á muchos y gravísimos Doctores de fuera de nuestra Religión; porque los nuestros no quiero que sean jueces en causa propia. El Concilio de Tarragona, celebrado el año 1602, entiende, que el Angel del Apocalipsis, que tenía los pies semejantes á las columnas de fuego, el uno en el mar y el otro en la tierra, es San

Ignacio de Loyola, que por medio de sus hijos había de hollar tantos mares para llevar el Evangelio á los gentiles, y con su doctrina saludable había de hacer tanto fruto en la tierra de los cristianos. Muchos Doctores han afirmado que el quinto Angel de quien se habla en el cap. 9 del Apocalipsis, es San Ignacio y su Religión; lo cual es muy conforme á la exposición del angélico Doctor Santo Tomás, sobre este lugar, donde dice, que los cuatro Angeles del cap. VIII significan cuatro Ordenes de Predicadores, y añade que el quinto Angel del cap. IX es otra quinta Orden de Predicadores, que Dios había de enviar al mundo cuando naciese otra nueva herejía. Y concuerda con la interpretación del Cardenal Belarmino y otros Doctores, que por la estrella que cayó del cielo, á quien se dieron las llaves del abismo, de donde salió el humo y las langostas, entienden al heresiarca Lutero y su cuadrilla, contra quien se oponía el quinto Angel con su trompeta, que es San Ignacio con su Compañía pues como dicen los Sumos Pontífices, y verémos después, envió Dios á San Ignacio y su Religión contra Lutero y sus secuaces. Por lo cual, el Concilio de Tarragona, hablando con Clemente VIII sobre la canonización de San Ignacio le llama espíritu de salud, que parió la Iglesia, cuando salió Lutero del abismo como una hidra infernal.

El famoso Abad Joaquín, que floreció por los años de mil y doscientos, y fué en su tiempo, y hasta hoy es un enigma más oscuro que sus profecías, diciendo unos que era insigne profeta y que habló con espíritu de Dios en las cosas que predijo, y otros que habló de su capricho, dando sus imaginaciones por visiones, y sus discursos por profecías, fuera de las grandes predicciones que escribió de Santo Domingo y San Francisco y sus sagradas Religiones, y de la restauración de la Orden de los Ermitaños de San Agustín, con palabras tan claras, que por esta sola profecía se convence San Antonino de Florencia á que Joaquín fué verdadero profeta; habló en muchas partes de sus obras, de una nueva religión que había de enviar Dios al mundo, en el tercer

Universidad de Deusto
Biblioteca

estado y la sexta edad de la Iglesia, con tales señas, que el Ilustrísimo Rutilio Benzonio, Obispo Lauretano, y el Ilustrísimo Antonio Zara, Obispo Petinense, con otros gravísimos escritores, han creído es la Compañía de Jesús, creyendo también que Joaquín es verdadero profeta, contribuyendo no poco á su crédito las mismas profecías que no caben en el discurso. Y yo por agradecer á tan sabios Doctores el honor que hacen á mi Religión, las pondré aquí, dejando á los doctos la libertad de hacer de las profecías el mismo juicio que hicieron del Profeta. Dice, pues, Joaquín en el cap. III de la exposición sobre el Apocalipsi: «Habrá un Órden señalado con el nombre de Jesús, que saldrá en la sexta edad de la Iglesia:» *Qui videlicèt Ordo*, añade, *prœ multis aliis, qui prœcesserunt eum, amabilis, et prœclarus est.* Y sobre aquellas palabras del cap. XIV: *Et vidi, et ecce nubem candidam, et super nubem sedentem similem filio hominis*, dice: «Juzgamos que en el que se mira sentado sobre una nube blanca, se significa un Orden de justos que imitarán perfectamente la vida del hijo del Hombre, y tendrán lengua erudita para predicar el Evangelio y recojer en él la última miés; los cuales se dice que se sientan sobre una nube, por la contemplación. Y esta será Orden de varones perfectos, que imitarán la vida de Cristo y los Apóstoles.» El mismo Joaquín, sobre el cap. I de Jeremías dice: «Descubriránse en la Iglesia unos doctores y predicadores fieles, que herirán los corazones terrenos y carnales y pondrán silencio con sus estudios á los soberbios é hinchados magisterios.» Y con razón se llama Jeremías hijo de Melchías, porque este Orden se ordena á la obediencia del Sumo Pontífice. En el libro V de la Concordia, cap. XIV, dice: «Levantárase una nueva religión santísima, que será libre y espiritual, en la cual los romanos Pontífices, gozando de la paz de la Iglesia, se contendrán: *Quam Religionem*, prosigue, *Deus super omnes alias diliget, quia perfectio illius vincet omnes alias aliorum Ordinum.* En el cap. III, sobre Jeremías, describe en Jacob y la Escala á San Ignacio y á la Compañía, distinguiendo los grados

diversos de ella, y la especial obediencia al Pontífice Romano. En el cap. IV nota las misiones que tiene por Instituto, y hace por obediencia del Sumo Pontífice, y llama á los de la Compañía, Aguilas, por la contemplación de la divinidad y por la compasión de los cadáveres á quien bajan (que son los pecadores que buscan para vivificarlos), y también los llama caballos, por la fortaleza y obediencia de la misión. En otros lugares dice que, han de ser clérigos religiosos, que el vestido será negro, que harán sin estipendio los ministerios, que padecerán grandes persecuciones, y apenas hay particularidad en la Compañía que no la anote, como si escribiera después de fundada, y no tantos siglos antes. Véalo quien quisiere, recogido en el libro intitulado: *Elogia Societatis*, en la séptima clase, que yo lo dejo con otras muchas alabanzas que dice Joaquín de esta nueva Orden, que si por las señas parece la Compañía, por los méritos y dignidad de estos y mayores elogios, parece todas las Religiones, pues de cualquiera, mirada de por sí, podemos decir lo que la Iglesia dice de los santos; que no se ha hallado ninguna semejante á ella.

El Ilustrísimo Benzonio entendió también de la Compañía las palabras de San Vicente Ferrer, en el cap. XIX del *Tratado Espiritual*.» Tres cosas, dice, hemos de considerar singularmente y meditar contínuamente. Lo primero, á Cristo crucificado y encarnado. Lo segundo, el estado de los apóstoles y de los frailes de nuestra Orden que pasaron, y esto con deseo de conformarnos con ellos. Lo tercero, un estado que ha de haber de varones evangélicos, pobres, humildes, mansos, sin doblez, hermanos entre sí, con una caridad ardentísima, sin tener otros pensamientos ni gustos, sin saber hablar ni predicar otra cosa sino de Cristo crucificado, olvidados del mundo y de sí mismos, sustentándose de la contemplación de la gloria de los bienaventurados, suspirando por aquella eterna patria, y diciendo con San Pablo: Deseo ser desatado de las cadenas de esta vida mortal, y descansar con Cristo.» Hasta aquí San Vicente. Movióse Benzonio, y otros, á entender esta profecía de la Com-

Universidad de Deusto
Biblioteca

pañía de Jesús, por ver que tiene por instituto predicar el Evangelio por todo el mundo, y que los hijos de ella no predicaban otra cosa sino á Cristo Crucificado, y estaban unidos, entre sí, con una caridad tan grande, que entre muchos de diversas naciones no había más que un alma y una voluntad; tan olvidados del mundo y de sí, que ni pretendían ni admitían dignidades si no es obligados con precepto del Sumo Pontífice; sin querer otro premio de sus trabajos que los mismos trabajos padecidos por la gloria de Dios, y finalmente, porque hallaban en ellos todas aquellas virtudes que dice San Vicente Ferrer. Mas ¿en qué Religión no se hallaban estas virtudes, si como son profecía de lo futuro, fueran pintura de lo pasado? El entenderlas de nuestra religión, aunque es grande gloria, y más dichas por un tan insigne apostol de nuestra España, nos ponen en mayor obligación de corresponder siempre á tanta expectación y llenar con las obras tan grandes palabras, siguiendo los ejemplos de los que nos precedieron.

Paso á otras profecías más claras de la Compañía. En Milán, murió año de mil quinentos y veinte y cinco, quince años antes de fundarse la Compañía, la esclarecida Arcángela Panigarola, religiosa y superiora del Monasterio de Santa Marta, mujer de conocida santidad, á la cual visitaban frecuentemente los ángeles y decían muchos secretos de cosas venideras. Estando esta sierva de Dios muy afligida por las calamidades que padecía la Iglesia con las nuevas herejías que iban naciendo, la fué revelado por un angel que presto vendrían á ayudar á la reformación de la Iglesia unos sacerdotes, que habían de trabajar en la conversión del mundo como unos nuevos apóstoles, y se habían de llamar de la Compañía de Jesús. Esta revelación dijo Arcángela á las religiosas en la hora de su muerte, y así fué testigo de ella todo el convento. El año de mil quinientos y treinta y cuatro, seis años antes de fundarse la Compañía, una sierva de Dios llamada Reynolda, viuda, de conocida santidad en Alemania, dijo al V. P. Pedro Canisio, qué entonces era niño de trece años, y fué después martillo de los herejes y apostol de aquel imperio: «Tú, hijo mío, has de ser recibido en una nueva religión de clérigos, que Dios prepara ya para enviarla á su Iglesia; yo los he visto en una visión, y á tí que te llegabas á ellos; serán varones graves y doctos, modestos, llenos de Dios y de gran caridad y celo de las almas.

Que la Compañía de Jesús había de predicar el Evangelio á los gentiles de las Indias, creen Rutilio Benzonio, Federico Lumnio, Tomás Bozio, Ulises Aldrovando y otros Doctores, que está profetizado por Isaías en el cap. XVIII, donde dice el profeta: *Ite Angeli veloces ad gentem convulsam, et dilaceratam, ad populum terribilem post quem non est alius, etc.*» Id ángeles veloces, á una gente arrancada y destruída, á un pueblo terrible después del cual no hay otro. «Como si dijera, á una gente dividida de mi imperio, que tuvo mi fe en algún tiempo, y está ya destruída por la idolatría: id y llegad con vuestra predicación hasta los últimos pueblos de la tierra. Es conforme á la sentencia del doctísimo Fr. Luis de León, Arias Montano, Vatablo, Foreiro, Eucumenio, Procopio, Castro y otros muchos, los cuales entienden que en este capítulo habla el profeta de la conversión de las Indias, y que á ellas envía ángeles veloces; esto es, apóstoles para que prediquen el Evangelio en las más distantes regiones del mundo, cuales son las de la India: y podíase confirmar que habla aquí Isaías de la conversión de las Indias, porque más abajo, en el mismo capítulo los llama, según el Hebreo, gente que espera y espera; dando á entender con esta repetición, que han esperado más que otras naciones, pues si otras esperaron hasta la venida de Cristo y en ella recibieron la fe por la predicación de los sagrados apóstoles, muchas de las Indias han esperado más de mil y quinientos años después de la venida de Cristo, hasta que en ellas entró la Compañía, cuyos hijos son llamados, por esto, apóstoles en todo el Oriente. A lo menos no se puede negar que ha cumplido la Compañía de Jesús esta profecía de Isaías, llevando el Evangelio en uno y otro orbe á muchas naciones donde le predicó Santo

Universidad de Deusto Biblioteca

Tomé, las cuales estaban ya divididas del imperio del Señor y destruídas por la idolatría, y á otras donde no se había oído jamás el nombre de Cristo, pues de solo San Francisco Javier, dice el Sumo Pontífice en la bula de su canonización, que predicó el Evangelio en siete naciones diversas, donde nunca se había predicado, llegando con él hasta los pueblos, después de los cuales no hay otros hasta los japones, que se tienen por los últimos fines de la tierra. Y los jueces de la sagrada Rota afirman que cuando predicó el Santo apostol el Evangelio en el Japón, se empezó á cumplir aquello del salmo: *In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum.*

Algunos Doctores, de los que dejamos citados, explican de la Compañía aquellas palabras de Isaías en el cap. LX. «*Qui sunt isti, qui ut nubes volant, et quasi columbæ ad fenestras suas? Me enim insulæ expectant, et naves maris in principio, ut adducam filios tuos de longe, etc.*» Entendiendo, como parece claro, que habla aquí el Profeta de la conversión de las Indias, y que llama nubes y palomas, según la interpretación de san Gregorio á los apóstoles y predicadores que les llevan la fe para traer de lejos hijos á la santa Iglesia. Mas dejando estas y otras profecías semejantes, no necesita de interpretación la del V. Padre Fray Pedro Cobillano, de la Sagrada Orden de la Santísima Trinidad, que pasó por confesor de Vasco de Gama al descubrimiento de la India Oriental, y en ella fué asaeteado, por Cristo, á manos de los idólatras á siete de Julio de mil cuatrocientos y noventa y siete. Dijo, estando para morir, estas notables palabras de la Compañía y de San Francisco Javier: «Que presto se levantaría en la iglesia de Dios una nueva Orden de Clérigos que tendrían el nombre de Jesús, y uno de sus primeros Padres, guiado del Divino Espíritu penetraría la región de la India Oriental y la mayor parte de ella, la cual con su predicación de la palabra de Dios, recibiría la fe católica.» Trae esta ilustre profecía Fray Juan de Figueras en la Historia de su Orden de la Santísima Trinidad. En la América, en las provincias del

Paraguay, hallaron los Padres de la Compañía de Jesús muchas huellas y señales de haber pasado por aquellas tierras Santo Tomé, aunque de la fe quepredicó solo había quedado la fama con una profecía conservada de padres á hijos, de la cual no hicieron al principio caso, hasta que entrando en otras naciones de diferentes lenguas, que no tenían comercio ni jamás se habían comunicado, viendo que todos decían lo mismo, no pudieron dudar de la tradición ni dejar de creer la profecía. Predicando el Santo Apostol en aquellas partes, dijo que en tiempos futuros vendrían á sus tierras unos Padres sacerdotes, sucesores suyos, para enseñarles el Evangelio de Cristo que él mismo predicaba; que traerían por divisas, cruces en las manos como él, y los congregarían en poblaciones grandes, haciéndoles vivir en orden y policía cristiana, enseñándoles á aborrecer los ídolos, á amarse unos á otros y á no tener mas que una mujer. Estaba tan asentada esta profecía en todos aquellos indios, que cuando el año de mil seis cientos veinte y seis y mil seis cientos veinte y siete entraron por sus hierras los Padres de la Compañía de Jesús, que son los primeros que después de santo Tomé les han anunciado el Evangelio, al verlos con cruces en las manos, en lugar de báculos, como suelen peregrinar en las Indias nuestros misioneros, se redujeron luego á la fé innumerables gentes, dando por razón que traían cruces en las manos, y les enseñaban lo mismo que santo Tomé. La venida de los de la Compañía á Etiopía, y especialmente del patriarca Andrés de Oviedo, antes de estar instituída la Compañía, estuvo profetizada y se supo en aquel imperio, como afirmaban los mismos infieles y cismáticos. Las revelaciones que tuvo el mismo san Ignacio de la Religión que había de fundar y las que tuvo santa Teresa del fruto que esta religión había de hacer en los tiempos futuros, diremos en su lugar: ahora me llama el estado lastimoso del mundo cuando vino san Ignacio.

Universidad de Deusto
Biblioteca

SECCIÓN SEGUNDA

Errores y vicios de que estaba lleno el mundo cuando vino san Ignacio y la Compañía

Como el grande historiador del mundo Moisés, antes de referir la creación de la luz, advirtió que estaban extendidas las tinieblas sobre el rostro del abismo, por recomendar la bella y necesaria criatura que las desterró; pintara yo, imitando también el estilo de los escritores de otras Órdenes, el rostro desfigurado del mundo en el siglo que vino Ignacio y la Compañía, no sé si de hierro por las calamidades que padeció, ú de oro, por el remedio que le envió el Señor, si él se dejara ver entre tantas sombras, ó yo tuviera colores para representarle tan lastimoso, ó hubiera ojos que pudieran mirarle sin lágrimas. Contentaréme de hablar con alguna generalidad para que se conozca cómo Dios, que mira, ya con ojos de indignación nuestras maldades para castigarlas, ya con ojos de misericordia nuestras miserias, para compadecerse de ellas; con la misma providencia con que envió antiguamente á su pueblo cuando estaba más oprimido de sus enemigos á Moisés, Josué, Gedeón, Sansón, David, los Macabeos y otros excelentes caudillos, para que le libertasen; y después en la Iglesia cristiana al verse más combatida de las herejías, levantó esforzados capitanes que le defendiesen, criando un Hércules cada vez que le nacía una cabeza á la Hydra de la herejía, oponiendo un Atanasio á un Arrio, un Basilio á un Eunomio, un Gregorio Nacianceno á un Juliano apóstata, un Cirilo á un Nestorio, un Jerónimo á un Elvidio, un Agustín á un Pelagio, un Domingo y Francisco con sus sagradas Religiones á los errores de los albigenses; levantó á Ignacio y á su Compañía cuando Lutero y otros heresiarcas inficionaban el mundo con nuevos errores y le corrompían con vicios y pecados.

Verdaderamente, si en algún tiempo tuvo siete cabezas el horrible mónstruo de la herejía para arrojar, por otras tantas bocas, sombras contra el cielo y abominaciones sobre la tierra, fué éste en que Lutero y sus secuaces resucitaron á todos los herejes antiguos sepultados en el olvido de su horrorosa memoria, para que volviesen á enseñar los errores tantas veces convencidos de los doctores de la Iglesia. Comenzando en disputas, prosiguió en batallas, y entre el ruido de las armas no se oían las voces de los sabios clamando las lenguas de los sacrílegos, y retiradas las leyes, atropellaban los vicios á las virtudes. Bien podemos decir que fué más calamitoso este siglo que el que vió la Iglesia en tiempo de los Nerones, Dioclecianos, y Maximianos, en que la sangre de los mártires derramada producía por cada grano muchas espigas, por cada martir muchos cristianos; porque ahora, con la licencia de los vicios, cada uno que se perdía le parecía mostrarse poco celoso si se iba sólo al infierno sin llevar muchos que le acompañasen. Aunque no faltaron crueldades por pelear contra la Iglesia con todas las armas, antes nunca se vió la crueldad más ingeniosa ó más osada, porque inventaron los herejes tormentos que, ó no se ofrecieron á los antiguos tiranos, ó tuvo horror de ejecutarlos su impiedad más piadosa que la de estos tigres y leones que se vestían piel de ovejas para parecer pastores.

El año de mil quinientos y veinte y uno, en que se convirtió á Dios san Ignacio empezó Martín Lutero á predicar públicamente en Alemania sus abominables errores. Y el año de mil quinientos y veinte y dos, en que el Santo se encerró en la gruta de Manresa á escribir el libro de los *Ejercicios espirituales,* siendo su maestro el Espíritu Santo; se recojió Lutero á una fortaleza de Batberga, que él llamaba su yermo y su Patmos como el de San Juan Evangelista, donde enseñado del demonio escribió tratados dignos de tal maestro, corriendo de su pluma aquel río que vomitó el dragón en el Apocalipsi contra la mujer prodigiosa vestida de el sol, calzada de la luna y coronada de

Universidad de Deusto
Biblioteca

estrellas, que es la Santa Iglesia, á quien se dieron alas de águila grande en las plumas de tantos doctores como han defendido su gloria y hermosura, de las que pretendían afearla y obscurecerla. Mas, ¿quién dirá el estrago que causó este rayo abrasador, semejante á aquella lumbrera de el cielo que cayendo en el abismo, llevó consigo la tercera parte de las estrellas? Porque desnudándose el hábito religioso, que indignamente había traído, y con él, de toda la religión, piedad y vergüenza se casó públicamente con una monja profesa; luego se le llegaron hombres profanos y desalmados de los que dice el apostol que tienen por Dios á su vientre. A éstos siguieron muchos clérigos y apóstatas de las sagradas religiones que se casaron públicamente con mujercillas engañadas y vírgenes consagradas á Dios, y finalmente, todo género de delincuentes que huían de la justicia, buscaban impunidad en el sagrado de las maldades. No hablo de los que se hacían profetas afirmando que ya se llegaba el día de el juicio, señalando el mes, día y hora, mintiendo con puntualidad para ser mejor creídos. No digo los predicadores y maestros de esta nueva ley, porque lo eran todos; hasta los oficiales y hombres viles de la República, dejando los instrumentos de sus oficios, querían enseñar á los doctores de la Iglesia y hubo mujeres tan livianas y parleras, que olvidadas de la vergüenza y modestia propias de su sexo, con más bachillería que la serpiente del Paraíso, se subieron á los púlpitos á predicar y disputar con los teólogos; pero tal evangelio, tales doctores y predicadores había de tener, y con ellos se dilató luego por grandes reinos y provincias. Y como no está contenta consigo, ni satisfecha de sí la mentira, los principales discípulos de Lutero inventaron otros errores, oponiéndose entre sí, y á su maestro, conviniendo solo en contradecir la verdad y destruir la Religión. Corred conmigo,—dice el cardenal Bellarmino en una descripción que hace de los luteranos,—el cielo, la tierra, el purgatorio, el infierno. ¿Qué hay en el cielo? Dios, Cristo, los ángeles, los bienaventurados. ¿Cuál de estas cosas han dejado intacta? Verdaderamente ninguna. A Dios despojaron de la Trinidad, á Cristo de la divinidad y humanidad, á los santos hombres de la bienaventuranza, á los mismos con los ángeles del culto y veneración. Pasa luego á la Iglesia y al purgatorio y baja al infierno, y viendo que lo perturban y destruyen todo, concluye: Esta herejía se puede llamar la verdadera desoladora, digna de aquel rey que en hebreo se llama Abaddon, en griego Apollyon y en latín Exterminator. Pues los pecados, torpezas, insultos, impiedades, abominaciones que de tal doctrina se siguieron, más facil es llorarlos que contarlos y más quisiera la pluma borrarlos de la memoria, para que no sea eterna esta deshonra del género humano, que manchar con ellos el papel.

Poco después, cuando estaba san Ignacio juntando discípulos en París para fundar una Compañía que defendiese la Iglesia, estaba en París Calvino haciendo gente para combatir la Iglesia, con tal correspondencia de estos dos capitanes en la misma oposición, que como nota Floremundo Remundo, escojió Calvino un Fabro, insigne artífice de fabricar rayos contra la Iglesia en la fragua de la herejía, y Ignacio escogió otro Fabro, gran martillo de los hereges, que con su vida y doctrina destruyó las herejías. Este desventurado heresiarca, después de haber oscurecido el cristianísimo reino de Francia con sus errores, le llenó de guerras y las otras calamidades que siguen á los ejércitos y encendió un fuego que no se ha podido apagar con la sangre de innumerables inocentes ni con las lágrimas de todos los buenos. Extendióse el incendio desde Francia á otras provincias, y en espacio de diez años mataron los calvinos más de quinientos mil hombres, no perdonando edades, ni estados ni sexos, quitando la vida y despedazando con horribles tormentos á prelados, religiosos, sacerdotes, monjas, vírgenes y niños inocentes, como si pretendieran hacer navegar la herejía, por aquellas provincias, en un mar de sangre católica. De estas crueldades escriben muchos autores, y no se puede representar mejor que con sus palabras. A muchas doncellas castísimas, después de haberlas afren-

tado por no querer dejar la fe católica, apretaron los pechos entre las arcas para que con desapiadados dolores acabasen la vida. Gran número de sacerdotes y religiosos fueron unos enterrados vivos, otros despeñados, otros deshollados, otros cocidos ó asados vivos, otros traspasados las cabezas con agudísimos clavos, otros pegando fuego á la pólvora que les habían echado en la boca, abrasados y desmenuzados. A algunos católicos les sacaron vivos las entrañas y los hicieron pesebres de sus caballos bravos, hinchendo el vientre de cebada para que los comiesen y despedazasen. Abrieron á mujeres preñadas y sacándoles las criaturas vivas, dieron con ellas en las piedras ó en el fuego. Cortaron las narices y orejas de los clérigos y ministros de Dios, y clavándolas en los frenos de sus caballos, las traían por burla y oprobio del orden sacerdotal. Mas sufriéranse de alguna manera estas y otras crueldades semejantes ó mayores, si se quedara solo en injuria de los hombres, pero pusieron sus manos sacrílegas en los templos de Dios, en los cálices, vestiduras y vasos sagrados, en la pila del bautismo, en el oleo de la unción y en las reliquias, con increíble desacato y vilipendio. No se pueden contar las iglesias que profanaron y saquearon, los monasterios que arruinaron y destruyeron, y la ira y rabia con que quemaron los cuerpos de algunos santos, mostrando su fiereza con los muertos y queriendo martirizar á los que ya están impasibles en el cielo; haciendo hogueras de los crucifijos é imágenes de la Virgen y de los santos, en que abrasar las reliquias de los mismos santos. Lo que excede toda maldad, con la hostia consagrada, en que está real y verdaderamente el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, hicieron desacatos que ni se pueden imaginar sin horror y menos escribir sin que se vuelva colorada la tinta de vergüenza. Y Dios, que, como dice Tertuliano, parece que se hace daño con su paciencia, parecía tener vendados los ojos para no ver tantos sacrilegios, ó atadas las manos para no castigarlos; pero al paso que camina más espaciosa la ira Divina con la espada envainada, debe ser mayor el

temor de los impíos sino se enmiendan, porque recompensará el Señor Justo y Poderoso con la gravedad y terribilidad de la pena la tardanza y dilación del castigo.

Finalmente, el año de mil quinientos y treinta y cuatro, que San Ignacio echaba en París los cimientos de su religión, para consagrarla, con especial voto de obediencia al Sumo Pontífice, el infelicísimo Enrique VIII, habiendo defendido primero la Iglesia, y escrito un libro contra Lutero, se rebeló contra la Iglesia, negándola la obediencia y haciéndose cabeza de la de Inglaterra y señor absoluto en lo espiritual, por casarse con Ana Bolena, que habiendo sido facil para todos se resistió á un rey, disimulando una castidad invencible, para alcanzar una corona por medio de un matrimonio incestuoso contra las leyes más estrechas de la naturaleza: ¡tanto ciega el amor y la ambición! Y estas bodas, que los herejes de Inglaterra reverencian y adoran como fuente de su Evangelio, fundamento de su Iglesia y orígen de su fe, son el orígen, el fundamento y la fuente de todas las calamidades, que hasta hoy padece aquel miserable reino. A que parece amanecer ya la luz y la felicidad en el oriente de el nuevo reinado de Jacobo VII. Oh, quiera el Señor darle largos años de vida, para que dé vida á su reino, gloria á Cristo y gozo á toda la cristiandad.

Contra estas tres furias que salieron del infierno para asolar y destruir el género humano, levantó Dios á San Ignacio y á su Compañía; y juntamente para que en el Oriente y Occidente predicase la ley de Jesucristo y extendiese en dos nuevos mundos los términos de la fe, que iban estrechando en Europa los pérfidos herejes, ganando á Dios innumerables almas, por las muchas que le quitaba el demonio, levantando templos, altares, cruces, por las que destruían los enemigos de la religión, para que fuese Dios adorado y conocido de los que no le conocían, cuando de los que le conocían era ofendido y despreciado: por esto dispuso que descubriesen dos orbes las armas castellanas y portuguesas, y abriesen la puerta por donde había de entrar la Compañía á llevar la luz del Evangelio á los que vivían en la

Universidad de Deusto
Biblioteca

sombra de la muerte. Este es el juicio de todos los escritores que hablan de la institución de la Compañía de Jesús, y dejando los propios, lo afirman Gregorio XV, Urbano VIII, Pío IV, Pío V, el Cardenal Ludovisio, el Cardenal Alano, los Auditores de la Rota, el Concilio Tarraconense, Genebrardo y otros que fuera largo referir.

Mas, ni se puede traer más firme testimonio, ni es menester otro, que el del Sumo Pontífice Urbano VIII, que en la bula de la canonización de San Ignacio, que expidió por muerte de Gregorio XV, que canonizó al Santo Patriarca, dice estas palabras: «Considerando piadosamente, como la inefable bondad y misericordia de Dios, que con admirable consejo dispone acertadamente todas las cosas á sus tiempos, y que á los siglos pasados dió varones excelentes en doctrina y santidad, ó para sembrar el Evangelio entre los gentiles, ó para oponerse á los heresiarcas que de nuevo se levantaban, y que en estos últimos tiempos, cuando los piadosos reyes de Portugal abrieron una espaciosa puerta para ensanchar la viña del Señor en las distantes regiones y remotas islas de la India Oriental, y los católicos reyes de Castilla abrieron en el Nuevo Mundo de Occidente, no menor entrada á la fe, cuando Lutero, horrible mónstruo, y otras detestables pestes procuraban en las partes del Septentrión destruir y asolar la antigua Religión, santidad y profesión de vida perfecta y quitar la autoridad á la Sede Apostólica; excitó Dios el espíritu de Ignacio de Loyola, el cual llamado con un modo admirable de enmedio de las honras y milicia secular, de tal manera se dejó gobernar y regir de la divina voluntad, que habiendo fundado una nueva Religión de la Compañía de Jesús, que fuera de otras obras de piedad y caridad, tiene por instituto emplearse toda en la conversión de los gentiles y reducción de los herejes á la verdadera fe, y defender la autoridad de el Pontífice Romano, pasó en admirable santidad su vida, y acabó sus días con santísima muerte, siendo ilustrado con muchos milagros.» También en las lecciones de San Ignacio se dice: que enviando á la India á San Francisco Javier á predicar el Evangelio, y á otros hijos suyos á otras partes del mundo á propagar la Religión, publicó guerra contra la superstición de los gentiles y errores de los herejes, con tal suceso continuada, que fué constante sentir de todos, que al modo que Dios envió en otros tiempos otros santos varones, así envió á Ignacio y á su Compañía contra Lutero y los otros herejes de su tiempo. Para confirmar con el suceso el sentir de todos, basta saber lo que dice Tomás Bocio, diligente escritor de las señales de la Iglesia; que todos los herejes juntos, por todos los siglos de la Iglesia, no habían manchado con sus herejías tantas lenguas y naciones, cuantas Javier había ilustrado con la piedad y luz evangélica. Y más abajo: Que solo Javier, en once años, había convertido á la fe de Cristo más infieles que todos los herejes atrajeron á sus sectas en todos los siglos de la Iglesia, en más de mil y quinientos; pues este es un hijo solo de Ignacio, aunque el mejor, y casi el primogénito.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LIBRO PRIMERO

DE LA VIDA Y VIRTUDES DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

CAPITULO PRIMERO

Nacimiento de San Ignacio y empleos de su juventud

GUIPUZCOA, nobilísima porción de la antigua Cantábria, sita en los confines de España, cercada, por el Oriente, de los montes Pirineos; por el Occidente, del señorío de Vizcaya; por el Mediodía, del reino de Navarra, y por el Septentrión, del mar Cantábrico, á la cual han dado algunos el nombre de oficina de Vulcano, por la abundancia de hierro y acero que encierra en sus venas, y por el acopio de armas, que en sus herrerías se fabrican, merece mejor este nombre, por haberse forjado en ella el mejor rayo con que en estos últimos siglos quiso Dios abrasar el mundo en el fuego de su caridad, naciendo en ella San Ignacio (cuyo nombre se interpreta,

el que arroja fuego), en el término de la villa de Azpeitia, en la Casa y Solar de Loyola, año de nuestra salud de mil cuatrocientos y noventa y uno, siendo Sumo Pontífice Inocencio VIII, emperador de Alemania Federico III, y reyes de España, don Fernando y doña Isabel, de esclarecida memoria.

Sus padres fueron, Beltrán Yañez de Oñaz y Loyola, y doña Marina Saez de Licona y Balda, señor el padre de las casas de Oñaz y Loyola, y hija la madre de las de Licona y Balda; de cuya nobleza hablaré aquí con la brevedad que requiere la historia, y con el fin que refiere San Jerónimo la de Santa Paula, y que descendía de los Gracos y Scipiones de Roma, no porque estas cosas sean grandes, dice, para quien las posee, sino porque son admirables para quien las desprecia; y confieso que las noticias más particulares que trajere, corrigiendo ó añadiendo á lo que otros historiadores menos informados han escrito, las debo á la diligencia, no menos exacta, que piadosa, del padre Gabriel de Henao, de nuestra Compañía, que las recogió de escrituras, testamentos y papeles antiguos y auténticos, aunque dejo muchas particularidades, por no divertirme tanto de mi principal asunto.

La casa de Loyola, á ninguna segunda en la provincia de Guipúzcoa, y igual á las más ilustres de España, de parientes mayores, que llaman en aquella tierra, del número antiguo y antigüedad inmemorial, se juntó con la de Oñaz de la misma nobleza, aunque de menores rentas y posesiones, casando doña Inés de Loyola, señora de su casa, con Lope García de Oñaz, señor de la casa de Oñaz, que fué en la jurisdicción de Azpeitia, en una montaña, llamada de Oñaz, dos tiros de mosquete de Loyola, á mano derecha, cerca de una ermita, que se llama hoy San Juan de Oñaz. Florecieron estos señores por los años de mil doscientos y sesenta y uno, y doña Inés hizo término redondo el de Loyola, comprando de unas primas hermanas suyas, algunas heredades, sotos y montes que en él tenían. El edificio de la casa de Loyola no era fuerte por este tiempo, ni lo

fué hasta el de Beltrán Yañez de Oñaz y Loyola y doña Ochanda Martínez de Leete, abuelos terceros del Santo, que le hicieron en la forma de castillo ó fortaleza, que ahora se ve, y Dios le conservó maravillosamente, permitiendo solo que los bandos y rayos derrocasen la parte alta, que después se reparó de ladrillo, como ahora está. Por lo cual en la provincia de Guipúzcoa, la casa única conservada en forma de fortaleza desde antes del año de mil cuatrocientos y cinco, es la de Loyola. En esta casa que ya reputamos una compuesta de dos tan ilustres, ha habido muchos varones insignes en armas y cargos honoríficos: basta por muchos, Juan Pérez de Loyola, quinto abuelo de San Ignacio, y su hermano Gil López de Oñaz, principales caudillos de la gente guipuzcoana en la célebre batalla de Beotivar, en que ochocientos guipuzcoanos vencieron y desbarataron á setenta mil navarros, franceses y gascones, si los números ó la fama no están errados, como advirtieron Garibay y Mariana, cuyo capitán general era Ponce de Morentayn, vizconde de Anay, francés de nación y gobernador de Navarra por el rey de Francia. Dícese que el rey don Alonso XI ó XII, según diversos cómputos, que instituyó el Orden de la Vanda en el año de mil trescientos y treinta y dos, dió por esta hazaña á la casa de Oñaz las bandas que tiene por armas, y dióle siete, por haberse hallado siete hermanos Oñaz en esta batalla. Las armas propias de la casa de Loyola, son una caldera, no boca abajo, como informaron mal al padre Engelgrave, sino boca arriba, pendiente de llares, insignia de Ricos-hombres, y dos lobos empinados á los lados de la caldera, que todo prueba el grande lustre de esta casa, como también el patronato de la Iglesia Parroquial de Azpeitia, con asiento, entierro, ofrenda preeminente, y no menos el parentesco que reconocían los duques de Nájera con los señores de la casa de Loyola. Recibió esta casa nuevo lustre, cuando la señora de ella doña Lorenza de Oñaz y Loyola, hija mayor y heredera de Beltrán de Oñaz y Loyola y nieta de Martín García de Loyola, hermano mayor

de San Ignacio, casó con don Juan de Borja, hijo de San Francisco de Borja, duque de Gandía, y aunque faltó la sucesión de don Juan, no faltó el lazo que estrechaba las dos casas, porque después de una interrupción de pocos años en que poseyó la casa don Pedro de Zuazola, que venía de doña Magdalena de Oñaz y Loyola, hija segunda de Beltrán, entró á ser señora de ella la excelentísima señora marquesa de Alcañizes y de Oropesa, descendiente de don Alvaro de Borja, hijo también de San Francisco, por haber casado don Juan Enríquez de Borja, hijo de don Alvaro, con doña María Coya de Loyola, hija de doña Beatriz Clara Coya, infanta Inga, y de Martín García de Loyola, hijo segundo ó tercero de Martín García de Loyola, hermano de San Ignacio.

La madre del Santo, igual en la sangre á su marido, era vizcaína por su padre, lo cual averiguó y aprobó el padre Gabriel de Henao, con argumentos y testimonios tan convincentes, que el señorío de Vizcaya, en su junta general del año de mil seiscientos y ochenta eligió con grande acuerdo y aplauso á San Ignacio por especial Patrón, Protector y Abogado celestial, como á vizcaíno, por la línea materna; preciándose con mucha razón tan ilustre señorío de tener por hijo y natural un tan grande Santo y esclarecido Patriarca, esperando alcanzar, por su intercesión, del Señor muchos favores espirituales y temporales, como lo dice el mismo Señorío en los decretos que hizo de esta elección y patronato. La madre, llamada doña Marina Saez (ó Sánchez, que es lo mismo) de Licona y Balda, como dijimos, no María, como se engañaron algunos, fué hija del doctor Martín García de Licona, llamado comunmente el doctor de Hondarroa, por natural de esta villa; que es en el Señorío de Vizcaya, hijo de la muy noble casa y torre de Licona. Hay otros Liconas en Vizcaya y todos se juzgan del mismo tronco, y en un instrumento antes del año mil y ciento, se hallan dos Liconas con pronombres de señores, que en Cantabria y Navarra significaban lo que en Castilla y León, Ricos-hombres. Era Martín García

de Licona, hijo de Juan García de Licona y de doña Marina Yañez de Azterrica, naturales de la misma villa de Hondarroa: no fué hijo mayor y por eso no heredó la torre y casa de Licona, pero fué hombre muy rico y de grande autoridad, Consejero del rey don Enrique IV; algunos añaden de los Reyes católicos; dejó fundada capilla y capellán de San Juan Bautista en la Iglesia del hospital de Hondarroa. Casó con doña Marquesa de Balda, hija de Fortun de Balda, hermano segundo de Ladrón de Balda, señor de la nobilísima casa de Balda, y faltando sucesión á Pedro, hijo de Ladrón, la heredó su tío Fortún, y no teniendo este más hijos que á doña Marquesa, recayó en ella y en su marido la casa, que llevó adelante un hijo varón de estos caballeros, tío de San Ignacio, hermano de su madre, y hoy la poseen los marqueses de la Puebla y Bacares.

Escriben que San Ignacio nació en un establo por devoción de su madre y providencia divina, para que naciese como Jesús el que había de ser imitador de Jesús y Alferez de su Compañía; pero yo ni me atrevo á afirmarlo porque no encuentro fundamento de la solidez que yo quisiera para la verdad de mi historia, y menos puedo negarlo por los muchos que lo afirman; especialmente habiendo salido en Roma el año de mil seiscientos y nueve, con licencia de los Superiores de la Compañía una «Vida de San Ignacio» en imágenes, en cuya primera estampa se dice: *Mater Ignatium paritura, pro sua in Natalem Domini pietate, deferri se jubet in stabulum: eumque post septem filios postremum in stabulo parit: anno salutis 1491.* Más fácilmente negara yo, aunque no tengo argumento que me convenza, solo porque no lo tengo para persuadirme, lo que dice D. Vigilio Nolarci, citando no pocos autores en la *Vida de San Ignacio,* que con estilo breve y erudito sacó á luz el año pasado de mil seiscientos y ochenta, que estando para bautizar el infante, y discurriendo en el nombre que le pondrían, queriendo universalmente que se llamase Beltran, como su padre, el niño dijo: «Mi nombre ha de ser Ignacio.» No son nuevos estos

Universidad de Deusto Biblioteca

prodigios en la infancia y niñez de los Santos que Dios tiene escogidos para cosas grandes, y veo que se dicen de algunos Santos con menos fundamento cosas no menos ó más maravillosas; pero yo no quiero decir lo dudoso, aunque probable de quien lo cierto, y sin duda apenas cabe en el crédito de los que miden las obras de Dios por otra mano que de la del mismo Dios, que no se estrecha á las escasezes de la nuestra.

Fué Ignacio el último de muchos hijos é hijas que tuvieron Beltrán y D.ª Marina; otros dicen el último de los varones, y por esto amado singularmente de sus padres, y mucho más por las prendas y calidades que reconocieron en él desde su tierna edad, dignas de su nobleza, y flores que prometían grandes frutos. Era de agudo ingenio, de prudencia superior á sus años, de corazón mayor que su cuerpo, generoso, liberal, agradecido, ambicioso de alabanzas, inclinado á las armas, ó por instinto de su sangre, ó por entender que era este el camino de la gloria para los que habían nacido con sus obligaciones, juntando con esto tanta afabilidad y agrado, que con una suave violencia se hacía amar de cuantos le trataban y todos quisieran tratarle y tenerle consigo.

Alcanzólo de sus padres una tia suya que vivía en Arévalo, llamada D.ª María de Güevara, mujer de gran virtud, que estuvo primero en un Hospital y después en un Convento que hoy se conserva, dando singulares ejemplos de caridad y devoción. Procuró esta señora imprimir en aquella edad de cera el santo temor de Dios y arrojar en su alma las semillas de todas las virtudes, que mortificadas por algún tiempo en la sazón de Dios, rindieron el ciento por uno de la buena tierra. Y cuando tuvo Ignacio los años competentes, dispuso que entrase en el Palacio del Rey Católico, para que le sirviese de paje entre los caballeros sus iguales, juzgando que su genio altivo y generoso se había de hacer mucho lugar en la corte, haciendo fortuna correspondiente á su calidad. Pero como el espíritu de Ignacio era todo fuego, hallándose mal con el ocio y delicias de Palacio, tocándole al arma las nuevas que venían del valor y esfuerzo de sus hermanos, deseaba trocar la corte por la campaña y el sosiego cortesano por el estruendo de la guerra. Viendo su ánimo belicoso el Duque de Nájera D. Antonio Manrique, príncipe valeroso, que sobre el parentesco tenía estrecha amistad con la casa de Loyola, esperando hacer de aquel pequeño joven un grande capitán, primero le daba lecciones de esgrima todos los días, después le enseñaba el arte militar para que con el de bien hablar que entonces estudiaba, juntase el de la guerra, y con letras y armas, como con dos alas, subiese á la cumbre de la honra á donde le llevaban sus pensamientos.

Estaba Ignacio cautivo del mundo con cadenas de oro, y deslumbrado con el resplandor, no sentía sus prisiones; era amigo de nuevas galas y trajes, ostentaba gentileza en andar á caballo á la gineta y á la brida, en correr unas parejas, en jugar la espada y en todos los ejercicios de caballería; queriendo ganar por este medio los primeros aplausos, siendo vanos todos sus pensamientos, como la gloria que buscaba. Miraba Dios desde lo alto del cielo estos cuidados y deseos de Ignacio, con los ojos que mira un sabio químico el plomo y el hierro, gozándose de que su arte ha de convertir en oro y plata aquellos bajos metales: veía que su poderosa gracia había de hacer de aquel gran deseo de gloria vana, un celo grande de la gloria divina, de aquel ardor de guerras, victorias y triunfos, un aliento invencible de vencerse á sí mismo, al mundo y al infierno. Porque, como nota Séneca y después San Agustín, hay unos vicios que muestran la grandeza del natural, como las malezas que arroja la tierra inculta indican su fertilidad; y estos, oponiéndose con las virtudes, se suelen mudar en ellas, como dice Aristóteles de los elementos. El mismo Ignacio afirmaba después que había aprendido por experiencia, que aquellos que en el siglo aspiraban á cosas grandes en el servicio del mundo, cuando venía el desengaño se adelantaban mucho en procurar la gloria de Dios.

Universidad de Deusto Biblioteca

Asi fué después esta gloria el centro de los pensamientos de Ignacio, el ansia de sus deseos, el alma de sus palabras, la vida de sus acciones, el fin de sus empresas, tomando este por blasón y armas de la nueva nobleza, que se adquirió con sus virtudes, á mayor gloria divina.

Ignacio, mundano aún, buscando la verdadera gloria en el campo de Marte, siguió la guerra y en ella ganó luego entre todos los soldados nombre de valeroso con esperanzas muy fundadas de ascender á los primeros grados de la milicia. En la campaña conservó la piedad para con Dios, la devoción á la misa, la veneración á los templos, el respeto á los sacerdotes, religiosos y á todas las cosas sagradas. Amaba la verdad, como el distintivo de los nobles, no juraba ni maldecia, ni manchaba sus labios con palabras de que se pudiese agraviar la más escrupulosa modestia, aunque en las ocasiones servía á las damas, más por galantería que por ánimo impuro. Era tan señor de su ira, que aunque le diesen mucha ocasión, nunca respondía airado ni descompuesto; pero aún no sabía despreciar las leyes del duelo por las de Cristo, aunque en esto mismo mostraba la generosidad y piedad de su ánimo, pues siendo tal su valor, que él solo en una ocasión hizo huir una calle entera de hombres, por defender el honor de un sacerdote á quien perdían el respeto; no sacaba la espada por cualquiera ocasión y tenía por indigno reñir por la precedencia de los lugares, cediendo facilmente de su derecho, por evitar discordias, y cuando se desafiaba con alguno por cualquiera causa, se reconciliaba de corazón. Tenía singular gracia en hacer amistades entre los soldados, y algunas veces sosegó motines de todo el ejército y detuvo á los escuadrones, que precipitados de la ira corrían con ímpetu á la venganza. Era muy desinteresado, y cuando los soldados saquearon á Nájera y otros lugares, enriqueciéndose todos con sus despojos, él no tomó nada para sí, contentándose con la gloria de haber vencido. Aborrecía el ocio y el juego, dos hermanos enemigos de toda virtud, y para entretener el tiempo compuso entre el

ruido de las armas un Poema español bien largo de las alabanzas de San Pedro apostol, de quien era muy devoto por aquel brío con que sacó la espada para defender á su Maestro de los que venían á prenderle, entrando la devoción como suele, por la puerta del genio. Aún no se podía llamar Ignacio soldado devoto, pero era más que soldado valiente. Estos eran sus pasos hasta los treinta años de su edad, en que le llamó el Señor á nueva vida, á nueva milicia, consagrando su valor como se consagraban antiguamente los templos profanos al culto divino, para que sirviese al verdadero Dios, lo que había servido á las mentidas deidades.

CAPITULO II

Defendiendo Ignacio el Castillo de Pamplona fué herido de una bala y vino á curarle San Pedro.

Con la ausencia larga de Carlos V que reinaba en España, algunos pueblos de Castilla empezaron á maquinar novedades, intentando una guerra civil, dando calor á estos motines algunos señores, que son los vientos con que se alborota el mar de la Repùblica y levantan las tempestades. Queriendo los gobernadores de Castilla, que eran el almirante D. Fadrique Enriquez y el condestable D. Iñigo de Velasco, sosegar estos tumultos y fortalecer las ciudades que tenían á su cargo, trajeron de Navarra la artillería y soldados de guarnición, y el virey de Navarra D. Antonio Manrique, duque de Nájera, los envió, fiado en el seguro de la paz que había entre el emperador y el rey Francisco de Francia, de quien solamente se podía temer por la cercanía. Mas el rey Francisco, que solo quería paz mientras no le estaba bien la guerra y deseaba restituir en el reino de Navarra á su pariente Enrique Labrit, aprovechándose de la ocasión de ver desguarnecida á Navarra,

Universidad de Deusto
Biblioteca

envió á Andrés de Fox con un ejército de doce mil infantes y ochocientos hombres de armas. A las primeras noticias que tuvo el virey, se partió él mismo con gran presteza á verse con los gobernadores de Castilla y traer con más brevedad el necesario socorro, pero dándose más priesa el enemigo, entró por Guipúzcoa en Navarra, y cogiendo algunos lugares de menos monta, puso sitio á la ciudad de Pamplona.

Los ciudadanos, atemorizados del número de los enemigos, no esperando poder resistir con los pocos soldados que tenían, mientras volvía el virey empezaron primero los populares á murmurar contra los que gobernaban la ciudad, porque no la entregaban, exponiendo los cuellos de todos al cuchillo, y luego los principales trataban de la entrega, por no hacer, con la dilación, más graves las condiciones. Hallábase Ignacio entonces en Pamplona, estimado de todos por su nobleza, valor y parentesco con el virey: procuró aquietar los ánimos de los ciudadanos y deshacer sus temores, persuadiendo á los gobernadores no tratasen de la entrega para no poner sospecha en su fidelidad; pero pudiendo el temor más que las razones, y no habiendo resistencia contra un pueblo alborotado, se retiró al castillo con los soldados que le quisieron seguir, y dejó la ciudad, que se entregó á los franceses.

Halló Ignacio al castellano y guarnición no menos temerosos que á los ciudadanos y más cuando vieron que el enemigo apoderado de la ciudad, asestaba al castillo la artillería. Antes de disparar ninguna pieza, ofreció el francés conciertos: bajó el castellano con Ignacio y otros dos caballeros al ajuste, y como el francés se veía tan superior en armas y tenía la ciudad por suya, ofrecía condiciones injustas é indignas para hombres de reputación. El capitán y los otros dos soldados blandeaban y se inclinaban á concederlo todo por quedar con la vida; pero Ignacio, ofendido de la cobardía de sus compañeros y irritado por la arrogancia de los franceses, desbarató el concierto, y encendido en cólera como un león, desafiando á los enemigos se llevó sus compañeros al castillo, y allí embrazando la rodela, con la espada desnuda en la mano, empezó á animar á los soldados á pelear, ó morir, diciendo: «¿Para qué quiere vivir quien echa una mancha en su fama? Mejor es morir una gloriosa muerte, que vivir una cobarde vida. Peleemos animosamente, que á los atrevidos favorece la fortuna. No sigamos el ejemplo de tantos que viven debajo de la piedad ignominiosa de un enemigo triunfante. No le temamos, ni huyamos el peligro, que mejor parece un soldado por el rostro lleno de heridas que por las espaldas fuera de los riesgos. No me parece glorioso Eneas cuando le veo salir del incendio de su patria, porque escapar del riesgo común, es ventura de cobardes, y morir en el común peligro, es desgracia de valientes: tuviérale por digno de inmortal gloria, si le viera sepultado entre las ruinas de Troya, y pudiera aspirar á Fenix el valor si muriera abrasado holocausto de la fidelidad. Ea, venzamos ó muramos, y demos con nuestra muerte un testimonio de nuestra lealtad, firmando con la sangre de nuestras venas que no tuvimos parte en la entrega de Pamplona.»

Los franceses, picados de que tan pocos soldados se resistiesen á todo un ejército victorioso, batían por una parte el castillo con cañones reforzados, sin cesar un punto; por otra aplicaban escalas para ganar el muro, y Ignacio, como un nuevo Marte, acudía á todas partes á dar aliento á los soldados, exponiéndose al mayor peligro, por quitarles el temor; mas una bala de cañón dió en aquella parte del muro donde Ignacio valerosamento peleaba, la cual le desjarretó la pierna derecha y casi desmenuzó los huesos de la canilla, y una piedra que resurtió del muro con la fuerza de la pelota le hirió la pierna izquierda, y con estas dos heridas cayó en tierra, y con él cayeron los ánimos de todos, que desconfiados de poderse defender, entregaron luego la fortaleza á los franceses a veinte de Mayo de mil quinientos y veinte y uno, segundo día de la Pascua de Pentecostés, de particular devoción para los amadores del santo, que le llaman de la conversión, por la

Universidad de Deusto Biblioteca

ocasión que dió la caida á la nueva vida y altura de perfección á que Dios le levantó, y día recomendado del mismo santo, que apareciéndo desde el cielo á un hijo suyo, le dijo tuviese en veneración este día, por memoria de su conversión. Entrando los franceses en el castillo y viendo á Ignacio tan mal herido, sabiendo quién era, le llevaron á sus reales, aficionados de su valor, que parece bien aun en los enemigos, y allí le curaron los mejores médicos y cirujanos del campo francés. Agasajáronle algunos días y él les hizo algunos presentes. En teniendo algún alivio le llevaron los mismos franceses á la casa de Loyola, en hombros de hombres, en una litera.

Estando en su casa empezaron á empeorar las heridas, especialmente la de la pierna derecha, y llamando nuevos médicos y cirujanos, juzgaron que se debía desencajar los huesos de la pierna para que se concertasen y soldasen, porque estaban fuera de su lugar. Hízose con los tormentos y dolores del enfermo que se pueden pensar, aunque él no lo mostraba, con admiración de cuantos miraban tan extraña fortaleza en tan cruel sacrificio. Ibase agravando la enfermedad, y llegando el día de San Juan Bautista, fué avisado de su peligro y de la poca esperanza que había de su vida, y él se dispuso para la muerte con los Santos Sacramentos, que recibió la víspera de los príncipes de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Dijéronle los médicos que si hasta la media noche no hubiese alguna mejoría, moriría sin duda. Pero Dios que mortifica y vivifica, y saca de las gargantas de la muerte los que dejó llegar á ellas, como había herido á Ignacio para sanarle, cuando le desauciaron los médicos de la tierra le envió un médico del cielo, que fué el apostol San Pedro, el cual se le apareció aquella misma noche, y recreándole con su vista, le dió la vida y la salud y le dejó fuera de peligro. Premióle con esta visita el Santo apostol el grande afecto y devoción que le tenía, y aquel poema que compuso de sus alabanza, y Dios quiso que el príncipe de la Iglesia trajese la vida y la salud al que había de emplearla en defender y dilatar la Iglesia.

Con esta visita empezaron á soldarse los huesos, pero quedábanle dos deformidades en la pierna derecha; por haberle sacado de ella veinte pedazos de huesos quedaba más corta que la otra y sobresalía un hueso con gran fealdad debajo de la rodilla. No pudiendo sufrir esta fealdad, llamó á los cirujanos y preguntóles si podía aserrarse el hueso que sobresalía y alargarse la pierna sin peligro de la vida. Respondieron que sí, mas que padecería el más intenso dolor que había sentido en toda su vida, por haber de cortarse el hueso por lo vivo. Sin más deliberación dijo que le aserrasen el hueso, para poder usar una bota muy justa, como se usaba en aquel tiempo, sin poderle divertir con ningunas razones de este intento. Trajeron la sierra y demás instrumentos con que se había de hacer aquella cruel carnicería, y queriéndole atar, no lo consintió, teniendo por cosa indigna de su valor que pudiese el dolor más que él, para obligarle á hacer un leve movimiento contra su voluntad. Empezaron los cirujanos á cortar la carne que cubría el hueso, después á aserrar el mismo hueso; ellos temblaban de ejecutarlo y los presentes se extremecían solo de verlo, y Ignacio estaba inmóvil, como si fuera su carne de metal, ó su fortaleza de piedra. Duró por muchos días la cura del encogimiento de la pierna, extendiéndola con ciertas ruedas é instrumentos, y aunque no bastaron tantas diligencias para enmendár del todo aquel defecto, porque siempre quedó la una pierna algo desigual á la otra, sirvióle de contínuo estímulo haber sido martir de la vanidad para serlo de la verdad, aprendiendo en lo que padeció por el mundo, lo que debía padecer por Dios.

Universidad de Deusto
Biblioteca

CAPITULO III

De la conversión maravillosa de San Ignacio

Había derribado Dios á Ignacio como á Saulo, para que se levantase Pablo, y habiendo estado algunos días ciego espiritualmente, como lo estuvo corporalmente el Apostol, era ya tiempo de que la luz del cielo alumbrase su alma, y trocase sus pensamientos, para el fin á que le tenía destinado desde la eternidad el que elije á los que quiere para lo que quiere, y dispúsolo así su providencia. Estábase Ignacio en la cama mientras convalecía, y cuando debiera dar gracias á Dios por los beneficios recibidos, pensaba en las vanidades pasadas. Una tenía tan poseído su corazón que se estaba tres y cuatro horas pensando qué medios tomaría y qué hechos de armas haría para agradar á una señora de muy alta esfera, con quien deseaba casarse. Un día, queriendo distraer algo sus pensamientos, pidió un libro de caballerías con que solía entretenerse, y por voluntad divina, habiendo muchos en su casa, no se halló ninguno, sino solamente dos libros, uno de la vida de Cristo, escrito por Landulfo Cartujano, otro de las Vidas de los santos, que llaman *Flos Sanctorum*, ambos en lengua castellana. Aunque no le parecieron muy á su propósito, todavía, faltando otros, se puso á leer en ellos, al principio por pasatiempo, después por curiosidad y finalmente por afición y gusto. Espantábase de lo que leía, y parábase muchas veces á admirar las hazañas de los santos, y principalmente sus penitencias, andar vestidos de cilicio, disciplinarse hasta derramar sangre, dormir en la tierra dura, pasar las noches en vela, comer solamente yerbas; y como él era inclinado á cosas arduas, se consideraba ya en un yermo, haciendo las mismas penitencias entonces, más por inquietud de la imaginación, que por deseo verdadero de imitarlas.

Entre estas imaginaciones venían de repente, sin pedir licencia, los pensamientos acostumbrados, y querían ahogar como espinas aquellas primeras semillas de virtud que Dios arrojaba en su alma. Volvía á leer, y ya con más seriedad, discurría: ¿qué fuera si yo imitara esto que leo? No tengo yo fuerzas para tanto. ¿Mas por qué me he de confesar más flaco que otro? ¿No podré yo hacer lo que otro pudo? Y con ánimo de quien procura alentarse y sacar fuerzas de flaqueza, decía aún de mala gana: Santo Domingo hizo esto, pues yo lo tengo de hacer; San Francisco hizo aquello, pues yo lo tengo de imitar. Duraba buen espacio en estos discursos; y el demonio, temiendo no se le fuese de su campo este soldado, le ponía delante las armas coronadas de laureles, las galas, los regalos, los deleites, las esperanzas, las honras, con rostro apacible aunque quejoso; y la costumbre que venía delante señalando con el dedo á sus compañeras, le decía lo que en otro tiempo á San Agustín: Cómo, ¿y quieres dejar ahora las cosas que te han acompañado toda la vida? ¿Piensas que podrá ayunar quien está enseñado al regalo? ¿Tan facil te parece dejar los deleites el que se ha acostumbrado á ellos? Demasiada mudanza es trocar las galas por el saco, la espada por la diciplina, el ejército por la soledad. ¿Para qué seguiste la guerra, si tan presto la habías de dejar? Cuántos dirán que no dejas la milicia por servir á Dios, sino que huyes de ella por haber experimentado adversa la fortuna en un combate? ¿Pues háse de decir que Ignacio de Loyola huyó por miedo de la guerra? ¿Tal mancha pondrás en tu fama? Ni escusas la batalla por huir la guerra: truécasla en otra más penosa, en que has de vivir una vida triste, venciendo todas tus inclinaciones y apetitos, siendo perpétuo enemigo de tí mismo, pudiendo ahora gozar del mundo y después servir á Dios en la vejez, cuando la misma edad avisa aun á los más descuidados, que está cerca la muerte, para que se prevengan. Tú no podrás perseverar en esta vida que intentas, y cuando después la dejes se burlarán de tí todos, como de hombre inconstante. Mejor será ser-

Universidad de Deusto Biblioteca

vir á Dios en el mundo, que no está la santidad solamente en los desiertos, también mora en las ciudades y en los palacios, y en los ejércitos, y la puede hallar en cualquier parte quien la busca. Detenían demasiado estos pensamientos mundanos al que aún era muy mundano; mas prosiguiendo en la lectura, sobrevenían los pensamientos de Dios, y á estos procuraban echar y aún atropellar los del mundo, sucediéndose unos á otros, viéndose cercado de dos genios que le hablaban contrarias razones á los oídos, y combatido de dos espíritus, como la nave de dos vientos contrarios, que cuando uno la lleva al puerto otro la vuelve á meter en medio de la tempestad.

Duró por muchos dias esta lucha, queriendo y no queriendo, hasta que observó la diversidad de los pensamientos, y que los mundanos, aunque al venir causaban contento y alegría, al irse dejaban el alma entre tinieblas, llena de tristeza y descontento; mas los pensamientos de imitar á los santos y hacer penitencias, no solamente le consolaban el tiempo que duraban, mas después que se iban le dejaban lleno de claridad, consuelo y ternura. Advirtiendo esta diversidad, empezó á decir: ¿Quién no ve la diferencia que hay de servir á Dios á servir al mundo? Los deleites del mundo, mientras duran, dan algún contento pero sucio y indigno de ser visto y por eso viene entre tinieblas, y luego falta ese contento y nos deja las tinieblas y la trísteza. Los deleites de Dios son durables, traen verdadero consuelo, y como no se recatan de que los vean, vienen con luz y claridad. Demos que yo alcance honra, felicidad y cuanto imagina mi deseo, ¿qué tendré cuando posea estas cosas? ¿Y qué me dejarán cuando las pierda? Cuando mucho me acompañarán hasta la muerte y en ella no me podrán asegurar la felicidad eterna, antes me pondrán á peligro de una eterna desgracia. Ea, que no es tan áspera la virtud como parece, ni tan rigurosa la penitencia como la pinta el temor; y si considerada solamente me causa consuelo, ¿qué hará experimentada y tomada, por servir al que es fuente de todas las suavidades? Sirvamos

á Dios y no venza el miedo al que despreció la muerte tantas veces por servir á la vanidad.

Con esto se resolvió á seguir la voz de Dios, y volviendo los ojos al mundo, no oía ya claramente las voces de la costumbre, ni veía tan cerea aquellas vanidades qne le hacían guerra; pero aún resonaban en sus oídos los ecos, y casi le pesaba de que se alejasen las cosas que él había amado, y con todo eso no quisiera haberlas conocido, ni quería verlas jamás. De esta manera venció la gracia á la naturaleza la verdad á la mentira, el espíritu á la carne y Ignacio á sí mismo. Alumbrados sus ojos y esclarecidos con nuevo conocimiento, y esforzada su voluntad con la divina gracia, concibió un aborrecimiento grande de sus pecados, y hizo una firmísima resolución de mudar la vida, satisfaciendo por sus culpas con asperísimas penitencias; y aunque entre estos propósitos se le ofrecían muchos trabajos y dificultades, ya no le detenían ni espantaban, antes le parecía todo facil, diciendo con San Pablo: No yo, sino la gracia de Dios conmigo. Como no tenía aún ciencia espiritual, ni ojos para ver las cosas interiores y delicadas del espíritu, pensaba que la mayor perfección consistía en hacer grandes penitencias; y así, su primera determinación fué vestirse de un saco, ceñirse con una cadena de hierro, disciplinarse frecuentemente hasta derramar sangre, no comer mas que yerbas, y finalmente, juntar en sí las penitencias que había leído de diversos santos, y después de haberse ejercitado algún tiempo en estos rigores, ir descalzo á Jerusalén, para visitar aquellos Santos Lugares, y ayudar á los cristianos cautivos, y predicar la fe á los turcos y mahometanos, deseando morir por Cristo y alcanzar la corona del martirio.

Con esta resolución se levantó una noche de la cama á hacer oración, como había hecho otras veces, y hincándose de rodillas delante de una imagen de Nuestra Señora, se ofreció al Hijo, por medio de la Madre, diciendo con un extraordinario fervor: ¿Hasta cuándo, Señor, estaréis enojado conmigo? ¿Hasta cuándo estaré yo asido á las cosas

de la tierra con estas cadenas de mi propia voluntad? Ya es tiempo de dejar las honras, los deleites, las riquezas, las esperanzas, que tanto tiempo me han tenido engañado. Romped, romped, Señor, estas prisiones, para que os pueda seguir en la conquista del cielo. Hasta ahora he militado debajo de las banderas de los reyes, en busca de honra vana: ya quiero militar debajo de vuestra bandera, en busca de vuestra gloria. Tarde vengo á serviros, pero no me desechéis, porque no llega tarde quien llega á las puertas de vuestra clemencia. Yo volveré, Señor, las armas contra mí, y seré mi enemigo por haber sido enemigo vuestro; castigaré mis culpas para ayudaros á castigarlas, poniéndome de parte de vuestra justicia para que se ponga de mí parte vuestra misericordia. Reina de los ángeles, pues no tenéis por indigno de vuestra grandeza, siendo madre de Dios, llamaros madre de pecadores, aquí tenéis un pecador que aún no se atreve á llamaros madre, porque no tengáis un tan mal hijo. Rogad, Señora, á vuestro santísimo hijo que me admita en su servicio, que yo prometo servirle con mayor cuidado que hasta ahora servi á los reyes de la tierra. A estas, ó semejantes palabras, se sintió un estallido tan grande y un terremoto tan terrible, que parecía venirse abajo toda la casa, del que hasta hoy se ven las señales en las paredes; y el aposento tembló de manera que se hicieron pedazos las vidrieras. O fuese que el Espíritu Santo causó este ruido como cuando vino sobre los apóstoles para mostrar que escogía á Ignacio por un nuevo apostol del mundo, ó que Lucifer mostró su sentimiento en la conversión de Ignacio, adivinando que Dios le escogía por capitán contra él, para quitarle las almas que tenía tiranizadas, y pretendió derribar la casa y sepultar entre las ruinas sus temores y las esperanzas del mundo. O como empezaba Ignacio á hacerle la guerra, disparó la artillería para espantarle; mas como era soldado valiente y esforzado, no se espantaba del ruido, antes fué tocarle al arma para pelear con mayor brío, como lo hizo desde este punto.

Ibase fortaleciendo cada día más en sus buenos propósitos y resoluciones, renovándolas frecuentemente; solo temía su flaqueza, y este temor le quiso el Señor quitar, porque orando una noche, se llenó de repente el aposento de luz y claridad y se le puso delante la Reina de los ángeles con su hijo en los brazos, que le miraban con una apacibilidad y dulzura inefables. Estaba Ignacio lleno de una inexplicable alegría, no le cabía el gozo en el alma ni el corazón en el pecho, y se quería salir por los ojos para ponerse en las manos del Hijo ú de la Madre. Miraba al Niño y mirábase á sí, y viéndose indigno de tal favor, se deshacía en lágrimas, sin saber determinar si eran de dolor por sus culpas ú de gozo por la presencia de Jesús. Miraba á María y mirábase á sí, y con el lenguaje de los afectos, sin palabras, la pedía el remedio de su flaqueza, como á Madre de pureza. Mucho tiempo duró esta celestial visita, causando maravillosos efectos en su alma y cuerpo; porque la santísima Virgen borró de su alma todas las imaginaciones feas y torpes que antes la combatían, y quitó de su carne aquellos estímulos y movimientos, que sin nuestra voluntad se levantan contra la razón, de tal manera, que en todo lo restante de su vida nunca más tuvo esa representación en su entendimiento, ni movimiento sensual en su carne. Maravilloso favor! Conceder Dios á Ignacio el dón de la castidad, no por medio de un angel, como á otros santos, sino viniendo él mismo y su Madre Santísima á traerle á un soldado que aún no había salido del mundo, ni le había merecido con victorias ó penitencias; en que se ve como Jesús había escogido á Ignacio por un nuevo vaso de elección, pues quiso desde luego purificarle por sí mismo y por medio de María, para que fuese digno de recibir y llevar por el mundo su santísimo nombre.

Universidad de Deusto
Biblioteca

CAPITULO IV

Cómo trató de partirse á Montserrate, y su hermano mayor procuró detenerle

Con estos favores y visitas del cielo, mudó de tal manera Ignacio la vida, que ya no se parecía á sí mismo. No gustaba de gracias y donaires como solía, todas sus palabras eran medidas y de cosas espirituales: era muy parco en la comida y el sueño, huia de pasatiempos y estábase todo el día encerrado en su aposento, parte orando, parte leyendo, parte escribiendo. Pasaba largos ratos mirando al cielo y á las estrellas con grande atención, y de lo que se vé por defuera, colegía lo que hay dentro del cielo y sobre el cielo, y esta consideración le movía á despreciar lo transitorio y desear lo celestial, y le inflamaba mucho en el amor de Dios. En lo que principalmente se desvelaba de día y de noche, era en buscar un estado de vida en que pudiese castigarse y macerar su carne con extremado rigor y agradar al Señor, á quien había ofendido. Y como tenía tan grandes pensamientos en lo espiritual, como los había tenido en lo terreno, no contentándose con imitar la vida de un santo particular, deseaba imitarlos á todos, tomando de cada uno la virtud en que mas se había señalado; de uno la penitencia, de otro la humildad, de otro la paciencia, de otro la obediencia, de otro la caridad, y para tener memoria de estos ejemplos, hizo encuadernar curiosamente un libro que tenía trescientas hojas en cuarto y en él escribió de muy buena letra, porque era muy buen escribano, los hechos y dichos de Cristo, de María y de los santos que le parecían más notables. Y era tanta ya su devoción y piedad, que pareciéndole poco la tinta para escribir cosas tan altas, buscó varios colores, y las de Cristo escribió con letras de oro, las de María Santísima con letras azules, y las de los otros santos con otros colores más ó menos

hermosos, según le parecían las cosas más ó menos excelentes. En estas ocupaciones pasaba el tiempo, mientras acababa de fortalecerse la pierna para salir de su casa y retirarse á donde no fuese conocido, para empezar la nueva vida que tenía meditada.

Cuando se halló con bastantes fuerzas para caminar, dispuso su partida disimuladamente, dando por pretexto visitar al Duque de Nájera, que en su enfermedad le había enviado á visitar muchas veces y estaba á la sazón en Navarrete; pero por más que él lo disimulaba y procuraba encubrir, su hermano mayor Martín García de Loyola, conoció que disponía alguna notable mudanza, porque había notado sus costumbres, tan diferentes de las pasadas, había visto sus ojos encendidos con lágrimas, y reparado, que andaba pensativo, y como esperaba de Ignacio el acrecentamiento de su casa, dióle gran cuidado, y llamándole aparte un día, con el mayor artificio y elocuencia, que pudo, le habló de esta manera: «Conozco, hermano mío, que disponéis alguna gran mudanza, y aunque me lo habéis encubierto, agraviando mi confianza, lo dicen vuestras acciones y modo de proceder, porque no sois el que erais. No presumo que es miedo de la fortuna, porque os trató tan mal en la guerra pasada, porque sé vuestro valor, y sabéis vos que no tiene nada constante sino la inconstancia, como lo muestra la rueda con que la pintan; y así nunca estáis más cerca de la dicha que cuando padecéis la desgracia, y entonces os podéis prometer más segura la victoria, cuando experimentásteis contrario á Marte. Pues si no es miedo, ni lo puede ser, que ni cabe en vos ni en vuestra sangre, ¿qué es la causa porque dejáis el campo en que nacen los laureles y las palmas, de que se coronan los nobles y se ilustran los esforzados? ¿Porqué cortáis al mejor tiempo vuestras esperanzas y las nuestras, y negáis á vuestra casa los trofeos de que ya la mirábamos coronada? Mejor fuera no habernos mostrado las flores si no habíamos de coger los frutos, pues se siente menos carecer de lo que no se imaginó, que perder lo que se esperó. No queráis malo-

grar las prendas con que os adornó tan liberalmente el cielo, el ingenio, la prudencia, el valor, el favor con los príncipes, el aplauso de los pueblos, y ese que parece hechizo, con que robáis las voluntades de cuantos os tratan; mirad que es desagradecimiento á quien os las dió, sepultarlas en perpétuo olvido, cuando las recibísteis para el acrecentamiento de vuestra familia. Yo solo os hago ventaja en haber nacido primero, y me reconozco inferior en todo lo demás; mas esto mismo quiso el cielo para que fabricáseis más gloriosamente vuestra fortuna sobre el fundamento de la nobleza solamente. Si me decís que buscáis la santidad, no sé yo que esté reñida con la milicia, y sabemos que ha habido muchos soldados santos; á lo menos no debéis huir de vuestra casa que no somos tan malos cristianos, que hayamos de estorbar vuestros intentos, y si lo somos, por eso mismo os correrá obligación de darnos ejemplo. Si todos los que desean servir á Dios han de huir de sus casas, ¿cómo no se despueblan las ciudades? ¿Cómo no se pueblan los desiertos? No embarazo vuestros designios, solamente os aconsejo como hermano mayor, que no tomèis algún consejo de que después os pese y nos pese á todos, y en todas partes os acordad que sois Loyola.»

Estas palabras de su hermano, no le pasaron á Ignacio de los oídos, y si llegaron al corazón no hicieron impresión en él. Respondióle con pocas palabras, porque á las razones de carne y sangre, mejor se satisface despreciándolas que respondiéndolas, y sin faltar á la verdad, porque ya tenía tanto escrúpulo, que no dijera una mentira por cosa del mundo; satisfizo á su hermano lo mejor que pudo, diciéndole que nunca se olvidaría de quién era y que procuraría no hacer nada que desdijese de su nobleza, ni borrase los blasones de sus mayores. Con esto salió de su casa, y salió su casa y su familia, de su afición y de su memoria, de tal manera, que como escribió después al Duque de Nájera, en respuesta de otra suya, desde que empezó á servir á Dios, olvidó las cosas de la tierra, para acordarse de las del cielo, y en once años no había escrito á ninguno de la

casa de Loyola, juzgando que, pues había dejado la casa de Loyola con todo el mundo por amor de Dios, por ninguna causa debía volver á mirarla como propia.

Mas la casa de Loyola, que él miró desde ahora como extraña, miró el Señor como propia, haciéndola casa suya y convirtiéndola en Santuario de singular devoción; y ya lo era, viviendo Ignacio, para San Francisco de Borja y otros, que conociendo la eminente santidad de tan ilustre Patriarca besaban las paredes y el suelo, regándole con lágrimas, echando menos que no se hiciese capilla para decir misa el lugar donde el Santo había nacido. Después de su muerte, lo fué toda la casa, á donde acudían naturales y peregrinos á venerar el oriente del nuevo sol que alumbraba la tierra; y últimamente el año pasado de mil seiscientos ochenta y uno, la Reina nuestra señora doña Mariana de Austria (que Dios guarde), gran patrona de la Compañía, como toda su augustísima Casa, se sirvió fundar en la casa de Loyola, que la ofrecieron los marqueses de Alcañizes, un Colegio de la Compañía de Jesús, para que vivan los hijos donde nació el padre, del cual ha querido ser patrona, y dejar por heredero del real patronato á su hijo el Rey nuestro señor Carlos II, y á los Reyes sus sucesores en la corona de Castilla, y Su Majestad la ha aceptado, mandando por un decreto de mil seiscientos y ochenta y tres, que se anote y incorpore en su Real patronato la dicha fundación. Y antes, en la facultad que dió el año de ochenta y uno á los marqueses de Alcañizes para desincorporar del mayorazgo de Loyola la casa y tierras adyacentes que fuesen necesarias para la fundación del Colegio, había mandado que en la fábrica nueva no se demoliese pared alguna de la casa antigua, porque permanezca, dice, la venerable antigüedad de la casa. Y con mucha razón cauteló su majestad que permaneciesen aquellas paredes, que fuera de ser monumento de una inmemorial nobleza, las ha honrado Dios con singulares milagros, hasta vestirlas de resplandor celestial, de que hablaremos en otra parte, porque ahora tenemos que seguir á Ignacio, á quien

Universidad de Deusto
Biblioteca

Dios saca, como otro Abrahan de su tierra, de su parentela y de la casa de su padre, para llevarle á la tierra que le mostrara, haciéndole padre de una gente grande.

Quiso acompañar á Ignacio en este camino un hermano suyo, á quien persuadió hiciesen una vigilia en el templo de nuestra señora de Aranzazu, convento de religiosos de San Francisco, distante cuatro leguas de Loyola, estimando esta casa de la Virgen, por el primer puerto, después de la tempestad, donde dió gracias á la madre de Dios por haberle librado de tantas borrascas, sacándole del mundo y trayéndole á salvamento. Esta fué la primera noche que empezó á disciplinarse; costumbre que no dejó hasta la muerte, con el rigor que veremos. Pasando á Oñate y dejando allí á su hermano, encargándole por despedida que fuese devotísimo de la Virgen, pasó á Navarrete, donde estaba el duque de Nájera, y habiendo hecho sus cumplimientos y cobrado una cantidad de dinero que le debían en casa del duque, con que pagó algunas deudas, dando lo que sobró para adornar una imagen de nuestra Señora, que había visto con poca decencia, partió para Montserrate, despidiendo á la salida de la villa dos criados que le acompañaban.

Queriendo en este camino ofrecer á la Virgen de las vírgenes algún dón agradable, hizo voto de perpétua castidad, y luego quiso defender la virginal pureza de esta soberana reina con las armas, no sabiendo, aun que Dios le había escogido para que la defendiese y honrase con las lenguas y las plumas de sus hijos. Encontró con un moro de los muchos que había en España por este tiempo, y de las salutaciones y preguntas ordinarias de los caminantes, diciendo que iba á visitar la Virgen de Montserrate; no oyendo bien el moro esta gloria de la madre de Dios, tuvieron primero plática, y después disputa acerca de la virginidad de nuestra señora. Concedía el moro, que María había sido vírgen antes del parto; pero negaba que lo fuese después del parto, y procuraba probarlo con razones aparentes. Al contrario Ignacio, con las razones que le

enseñaba el amor de María, deshacía las razones del moro. Reíase este de sus argumentos, y él enseñado á vengar las propias injurias con las armas, sufría menos las de la Virgen, y se iba encendiendo en un piadoso enojo. Como el moro le vió inmutado, temiendo lo que podía suceder, poniendo espuelas á la cabalgadura, se adelantó sin saludarle. Quedó el Santo dudoso, y perplejo entre el amor de María y el de la justicia, discurriendo entre sí qué debía hacer, si matar al moro, para vengar la injuria de su Señora, ó dejarle, por no tomarse la jurisdicción que no tenía, de castigar los delitos. Ofrecíansele razones por una y otra parte, y no sabiendo determinarse, lo dejó á la suerte ciega, si Dios, que le tenía escogido para grande Santo no lo ordenara con su providencia, como convenía á este nuevo soldado, rudo aún en las cosas del espíritu. Llegando á una encrucijada donde se dividían dos caminos, uno llano y ancho, otro áspero y montuoso, soltó las riendas á la mula, determinando seguir al moro y darle de puñaladas si echaba por el camino por donde el moro iba, pero si fuese por el otro dejarle y no hacer más caso de él; y quiso Dios que la mula, dejando el camino ancho y llano por donde iba el moro, tomase el aspero y montuoso, coligiendo de esto el Santo, que quería Dios que no le matase. Semejante celo fué este de Ignacio en defender á María Santísima con las armas, al que tuvo San Pedro cuando sacó la espada para defender á Jesús, cuando le venían á prender.

En un pueblo cerca de Montserrate compró el traje de que pensaba vestirse para ir á Jerusalén, que fué un saco de cáñamo, tan grosero y áspero, que muchos le juzgaban cilicio tejido de cerdas, unas alpargatas de esparto, una soga y una cadena de hierro para ceñirse, y otras cadenas más pequeñas para disciplinarse, un bordón de peregrino y una calabacita para llevar agua; y haciendo de todo esto un lío, lo puso en el arzón de la mula, empezando á vencer la confusión que naturalmente causa el hábito de penitente, y despreciando al mundo con aquellas mismas armas con que le había de vencer, castigando con esta vergüenza que

Universidad de Deusto
Biblioteca

padecía de los caminantes, la vanidad que había tenido de pasear en caballos bien enjaezados.

Hasta ahora hemos contado las culpas y defectos de Ignacio en su mocedad, con el mismo fin con que se escriben en el Evangelio los defectos y culpas de los Apóstoles, antes de venir sobre ellos el Espíritu Santo; para que se vea cuánta mudanza hizo la gracia divina en un soldado divertido y entregado á las vanidades del mundo, y no solamente los justos se afervoricen con su ejemplo á servir á Dios con mayor perfección, mas también los pecadores se alienten á salir de sus culpas entendiendo que con la gracia de Dios pueden llegar á una eminente santidad, sirviéndoles los pecados de escalones, si los saben llorar y castigar, pues, como dice san Agustín, los pecados nos levantan si están debajo de nuestros pies, y cuando pisamos los vicios hacemos de ellos una escalera para subir á Dios.

CAPITULO V

En Montserrate da sus vestidos á un pobre, y vestido de un saco vela las armas de su penitencia delante del altar de Nuestra Señora.

Montserrate, montaña casi en medio del Principado de Cataluña, distante siete leguas de Barcelona, famosa por su eminencia, cuyos picos, torres ó pirámides que erigió la naturaleza, mirados de lejos parecen amenazar al cielo y tocarle con las puntas; por su aspereza, en que las quebradas y los riscos, como aserrados, que le dan el nombre forman un hermoso ceño que se hace más agradable con la variedad de árboles y flores que se nacen entre las peñas, y mucho más famosa por haberla escogido María por habitación de su devotísima imagen que se venera en el Monasterio del gran patriarca san Benito, digno palacio de tan gran reina, donde la observancia y santidad de los monjes los hace

merecedores de morar en la casa de María, y de que María more en su casa; no es poco famosa por haber dejado en ella y en su templo de la Virgen las armas de la milicia por vestir las de su penitencia, San Ignacio de Loyola.

A este celebérrimo Santuario, frecuentado de innumerables peregrinos que de todas las partes de la cristiandad vienen á pedir gracias á la madre de misericordia y á dárselas por los beneficios recibidos, trajo á nuestro peregrino la devoción y deseo de dar principio en él á su nueva vida; y lo primero que hizo en llegando, fué buscar un confesor docto y espiritual á quien descubrir toda su conciencia, para ser enseñado y encaminado. Hallóle como le había menester, porque vivía á la sazón en aquel monasterio un religioso llamado Fray Juan Chacones, francés de nación, que habiendo sido vicario de la iglesia de Merapocs, viniendo á visitar á la Reina de los ángeles, movido de la santidad de aquella casa, dejó el siglo y la dignidad, teniendo treinta y un años, y vivió en la Religión hasta los ochenta y ocho, con raro ejemplo de virtud y grande fama de santidad. Con este varón santo se confesó Ignacio generalmente por escrito, con tanta diligencia y interrupciones por el dolor y lágrimas, que duró la confesión tres días, descubriéndole también todos sus intentos y deseos, concibiendo desde entonces el sabio confesor un altísimo concepto de su penitente, como quien divisaba en aquellas primeras líneas y bosquejos la eminente perfección y obras heróicas á que Dios le destinaba para bien de todo el mundo.

Estando confesado le pareció mudar el traje como mudaba la vida, y la víspera del dichosísimo día en que el Verbo Eterno se vistió de nuestra carne, á veinte y cuatro de Marzo de mil quinientos y veinte y dos, siendo entrada la noche, porque ya solo quería que sus obras fuesen manifiestas á Dios, buscó un pobre andrajoso y remendado y le dió todos sus vestidos, hasta la camisa, y él se puso la cadena de hierro á raiz de las carnes, se vistió el saco ciñéndole con la soga, y se puso una al-

Universidad de Deusto Biblioteca

pargata de esparto en un pie que le había quedado flaco y tierno de la herida, y el otro dejó descalzo, y la cabeza descubierta, tomó en la mano el bordón y puso la calabacita al lado. Había leído en los libros de caballerías que los caballeros nobles acostumbraban velar toda una noche sus armas, y queriendo que la vanidad sirviese á la verdad, se estuvo toda una noche armado con las armas de su penitencia, parte de rodillas, parte en pie, arrimado á un pilar que estaba enfrente de la santa Imagen, llorando sus pecados, prometiendo nueva vida y pidiendo favor á la Reina de los ángeles para perseverar en el camino comenzado. Y en señal de que se confesaba vencido de María Santísima y se quería alistar debajo del estandarte de su Hijo con nuevas armas en nuevas milicias, la ofreció la espada y daga, y las hizo colgar delante de su altar. Los coloquios y afectos de Ignacio para con Jesús y María en aquesta dulce noche, quien los quisiere imitar con las palabras y escribir con la pluma, pretende representar el fuego con la nieve, y explicar el lenguaje de los ángeles con la rudeza de los hombres.

Para perpétua memoria de tan heróica acción de Ignacio y nuevo blasón de las glorias de María de Montserrate, hizo poner un abad de aquel monasterio en la iglesia vieja, junto al pilar donde estuvo velando san Ignacio, una lápida de marmol blanco con la siguiente inscripción: «*Beatus Ignatius a Loyola, hic multa prece, filetuque, Deo se, Virginique devovit. Hic tanquam armis spiritualibus, sacco se muniens, pernoctavit. Hinc ad Societatem Jesu fundandam transiit anno MDXXII. Fr. Laurentius Nieto Abbas dicavit anno MDCIII.*» Y no contenta con esta demostración la devoción y piedad de aquellos venerables padres, dedicaron en la iglesia nueva una capilla á san Ignacio, adornándola de pinturas de valiente mano, en que se representan al vivo los pasos que allí dió cuando se confesó, cuando trocó los vestidos con el pobre y cuando veló las armas delante del altar de Nuestra Señora.

Mas no puedo callar un suceso digno de memoria por

sus circunstancias, que el Reverendísimo P. M. Fr. Benito Sala, catedrático de filosofía de la Universidad de Salamanca, y graduado en ella en sagrada teología, definidor y Maestro general de su Orden, antes abad dignísimo de Montserrate, y hoy de San Pablode Barcelona, me escribió en carta de diez de Junio de este presente año, mandándome que le ponga en la HISTORIA DE SAN IGNACIO para gloria del Señor, que de todas maneras quiere glorificar á su fiel siervo. Habiendo elegido los monjes de Montserrate por su abad al P. Fr. Francisco Albía, á últimos de Octubre de mil seiscientos y ochenta y uno, quiso cumplirles un justo deseo que tenían mucho tiempo antes de que hubiese en su iglesia capilla dedicada á santa Gertrudis. Mas después de haber juntado algunas cantidades para la fábrica, se halló la dificultad de la capilla en que se había de colocar la Santa, porque todas tenían sus altares y santos de mucha devoción, y parecía cosa dura quitar un santo para poner otro. Al fin determinó el padre abad, que se pusiese el altar de santa Gertrudis en la capilla y lugar donde estaba el de san Ignacio. Hiciéronse las escrituras con los maestros de obras á primeros de Mayo de 1682, y se empezaron á labrar los mármoles y jaspes para el adorno; pero dispuso Dios que á últimos de Junio, cuando la labor andaba más fervorosa, enfermase el padre abad de una calentura contínua que le fué consumiendo poco á poco, hasta los veinte y cuatro de Junio en que le desauciaron tres médicos, afirmando que aquel mismo día moriría; mas contra su esperanza y pronóstico le conservó Dios la vida hasta el día treinta y uno de Julio, que es de san Ignacio, en el cual murió entre siete y ocho de la mañana, con una muerte preciosa, como pedía su gran virtud y religión. Hallóse presente en esta ocasión, no habiéndolo estado en la que se trató la mudanza de altares, el Reverendísimo P. Fray Benito de Sala; observó el suceso, y pareciéndole que no podía ser acaso, eligiéndole luego los monjes por Abad á los tres de Agosto, para dar á su gobierno un principio muy de su devoción, tomando posesión el día siete,

Universidad de Deusto
Biblioteca

que es la octava de san Ignacio por la mañana, convocó por la tarde á los padres más graves del Monasterio y les propuso que una de las mayores grandezas de aquel santuario era haber trocado en él San Ignacio de Loyola las insignias de la milicia por las de la penitencia, y era justo corresponder á la devoción de el Santo, hospedando en él, cuando glorioso, al que le había buscado viador y peregrino. Que también pedía correspondencia la antigua y especial hermandad que tenía la Compañía de Jesús con aquella casa, como constaba de varios papeles, y de una carta del P. Pedro de Rivadeneira, que trae el Reverendísimo Yepes en la *Historia de la Orden*, y ninguna más grata para los hijos que la honra de su padre. Y como los monjes de aquel monasterio se consolaban todos los años cuando veían en su templo los novicios de la Compañía, que pasaban peregrinando á Manresa, renovando las memorias de Ignacio peregrino; así se consolaban todos los de la Compañía que visitaban aquel santuario, viendo á su patriarca tan de asiento en la casa de la Virgen. Y después de otras razones muy en honor de nuestra religión, concluyó, que la muerte del abad en tal día, contra el juicio de los médicos que aseguraban moriría ocho días antes, no podía creer fuese casualidad, sino demostración piadosa con que el cielo, alargando la vida al enfermo hasta el día del Santo, había querido mostrar no querer se le quitase la honra que con tan justo título se le había dado. Pareció bien la razón y el reparo á aquellos venerables padres, y determinóse que la capilla de san Ignacio se quedase como estaba, y santa Gertrudis se pusiese en la de san Ildefonso por ser Santo más de casa. Llamó luego el Reverendísimo Padre Abad á los maestros de obras, y hizo que tomasen la medida de la nueva capilla y que trabajasen con toda priesa las piedras, y hoy se están actualmente sentando en la capilla que era de san Ildefonso, quedando con mayor veneración por el suceso, la de san Ignacio. Y todas son nuevas obligaciones de la Compañía sobre las muchas que reconoce á toda la Religión del glorioso patriarca san Benito, y

más especiales á este Monasterio de Montserrate, que mira siempre y mirará como el santuario de su mayor devoción, por haber María conocido en él á Ignacio, la misma noche que concibió al Hijo de Dios, como á nuevo hijo, para hacerle Capitán y Padre de la Compañía de su Hijo.

CAPITULO VI

De la aspereza de vida que hizo san Ignacio en Manresa

Acabada la vigilia, habiendo dado de limosna la mula al Monasterio, se salió Ignacio de él la mañana del día de la Encarnación, antes que amaneciese, por no ser conocido; y dejando el camino real que llevaba á Barcelona, tomó el de Manresa, pueblo que está hacia la montaña, tres leguas de Montserrate. Apenas había andado una legua, más gozoso que los hijos de Israel cuando salían de el cautiverio de Egipto, cuando oyó que le llamaban á grandes voces. Volvió la cabeza y vió un hombre que venía corriendo á toda priesa en su seguimiento, el cual le preguntó si era verdad que había dado sus vestidos á un pobre, porque la justicia viéndole en traje que excedía mucho su estado, le había preso, sospechando que los había hurtado. Demudóse el Santo oyendo esto, y perdiendo la voz y derramando muchas lágrimas dijo: «¡Ay de mí, pecador que soy tal, que no sé ni puedo hacer bien á mi prójimo sin hacerle daño!» Luego, aunque con harta confusión suya, porque el pobre no padeciese, declaró que él le había dado los vestidos. No quiso decir más aunque le preguntó aquel hombre ¿quién era? ¿de dónde venía? ¿á dónde iba y por qué había dado los vestidos al pobre? Porque como la caridad le obligó á decir lo que bastaba para librar al inocente, la humildad le hacía callar lo que solo servía para su alabanza.

En llegando á Manresa se fué derecho al Hospital que llamaban de Santa Lucía, distante cuarenta pasos de la

villa, para vivir desconocido, como pobre entre los pobres, ejercitando con ellos la caridad, y consigo los rigores que traía determinados. Su traje, á que añadía siempre nuevas asperezas, era el mismo de que se había vestido ó armado en Montserrat; la cadena de hierro que abrazaba el pecho, el saco ceñido con la soga que cubría la desnudez, el un pie descalzo y el otro calzado. Y porque se había preciado de su cabellera que era rubia y hermosa, la traía desgreñada y por peinar, y para mayor mortificación y desprecio dejó crecer la barba y las uñas de los pies y de las manos. De esta manera andaba el invierno y verano, entre la nieve y hielo, y á los ardores del sol con la cabeza descubierta, sin alguna defensa contra todas las inclemencias, y sin más abrigo dormía sobre la tierra desnuda con un madero ó piedra por cabecera, no cuando lo pedía la naturaleza, sino cuando por fuerza arrebataba un breve espacio para el descanso preciso. Lo más del día y de la noche se llevaba la oración, en que gastaba siete horas, de rodillas, fuera de las misas y vísperas y completas á que asistía; y el tiempo que dejaba María tomaba Marta para las acciones de humildad y caridad. Los domingos confesaba y comulgaba y en ellos remitía algo al ayuno de toda la semana, añadiendo un puñado de hierbas que polvoreaba con ceniza y un pedazo de pan y un vaso de agua, que era el sustento de cada día, tomado sola una vez, aunque muchas se le pasaban sin comer ni beber tres y cuatro días. Y como si fuera poco todo este rigor, se vistió debajo del saco un cilicio de esparto, y por añadir algo en obsequio de la Madre de Dios, cuando visitaba su ermita de Villadordis, distante media legua de Manresa, que era muchas veces, se ceñía á raiz de las carnes un cíngulo hecho de una pleita de espadañas de tres ramales, el cual se guarda hoy en dicha ermita con grande veneración. Acompañaba estas asperezas exteriores con la mortificación interior, negando todos sus deseos, venciendo todas sus repugnancias y procurando principalmente ser despreciado de todos para satisfacer con las asperezas los deleites pasados, y con el desprecio, la ambición y deseo de gloria vana.

El que era tan riguroso consigo, es cosa maravillosa cuán amoroso y caritativo era con los pobres y enfermos; barría las salas, haciáles las camas, lavábales los pies y les cortaba las uñas, limpiaba los vasos inmundos, llevábalos en brazos á la cama, y en ella los levantaba y movía siempre que era menester; curaba sus llagas podridas, y consolábalos en sus trabajos y aflicciones, para que llevasen con paciencia su enfermedad. Repugnaba al principio la naturaleza á estos ardores de la gracia y sentía dificultad en curar algunos enfermos asquerosos, y luego corriéndose de sí mismo, decía: «¿No es este pobre de la misma carne y sangre que tú, pues por qué tienes asco de tu hermano? Si te causan horror las llagas de su cuerpo, ¿cuánto horror causarían á Dios las llagas de tu alma? Y con todo eso te la ha curado y lavado con su propia sangre. Imagen de Cristo llagado es el pobre; llega, llega á beber de las llagas de tu Señor.» Luego, llegándose al pobre más asqueroso y encancerado de que tenían horror aún los ojos, se echó á sus pies y empezó á besar sus llagas y chupar muy despacio la podre de ellas y á beberse la materia, como si bebiera un licor muy dulce y sabroso. Y esto repitió algunas veces, hasta que vino á hallar grande facilidad y gusto en un acto tan árduo y repugnante.

Salía del Hospital y entraba en Manresa á pedir limosna para los pobres. Cuando al principio se ofreció á la vista de los vecinos un joven tan bien dispuesto, con el cabello desgreñado, el saco y la soga, medio calzado y medio descalzo, era objeto de risa y entretenimiento, y por escarnio le llamaban el del saco. Y los muchachos, juntos en cuadrillas, le seguían como á simple y loco, diciéndole mil injurias y baldones. No le detenía esto, antes le estimulaba para salir todos los días por las calles más públicas en busca de los oprobrios y afrentas, hasta que admirando la gente su paciencia y sufrimiento, empezaron á llamarle Santo y á venerarle como á tal. Con todo eso, mientras estuvo en Manresa, nunca faltó un hombre que le ejercitase en lo más sensible. Era de rotas costumbres y

ofendíale la modestia y santidad de el que era su reprensión, y siempre que salía al pueblo hacía burla de él con palabras y gestos, llamándole hipócrita, embustero, que fingía la santidad que no tenía y engañaba al mundo con aquellos aparatos de penitencia; pero él se mostraba sordo y ciego, como si no viera ni oyera, gozoso interiormente de ser despreciado y abatido por amor de Jesucristo.

Volviendo al Hospital y juntando los pobres, les enseñaba las oraciones, explicaba los misterios de nuestra santa fe, componía sus discordias, apaciguaba sus riñas y les repartía la limosna que había juntado, dándoles á ellos los pedazos de pan mejores y más blancos, y tomando para sí el más negro y duro. Luego se sentaba con ellos á comer; y muchas veces por vencerse más, comía en un mismo plato con el más asqueroso, dispensando entonces en su abstinencia de todo lo que era carne ó pescado, por lograr el plato que le ofrecía la mortificación. Pesábale mucho al demonio de ver á Ignacio entre los mendigos, tan despreciador de sí y tan amigo de los desprecios, y asaltóle un día terriblemente con estos porfiados pensamientos: ¿Qué haces tú aquí en tanta hediondez y bajeza? ¿Si quieres servir á Dios, para qué te has venido entre estos pobres á ser desprecio de todos los que te miran? Si no atiendes á tu fama, mira siquiera por la de tus parientes, y no quieras con este traje y compañía deshonrar una familia tan ilustre. No puede ser despreciado el virtuoso, sin ser despreciada la virtud, y no puede agradar á Dios quien expone la virtud, que debe ser estimada de todos, al desprecio de gente tan vil. ¿Cuánto mejor era ser Santo en los ejércitos ó en las cortes, dando ejemplo á los soldados ó cortesanos, que no entre ignorantes que atribuyen la virtud á hipocresía, y se escandalizan de lo que debían edificarse? Si es allí más dificultosa la perfección, por eso será más meritoria y agradable á Dios. Allí te salvarás, llevando muchos al cielo, y aquí nadie se aprovechará de tus ejemplos, antes les dañan, porque los tienen por ficción. Si no quieres honras, deja que te las ofrezcan y harás un acto muy heróico despreciándolas. Si quieres ser pobre, vive entre las riquezas, que de esa manera será tu desprecio voluntad y no necesidad. Donde diste el mal ejemplo, debes dar el bueno para que se corrijan con el bueno los que se perdieron con el malo. Vuélvete á los ejércitos ó á las cortes, donde podrás ganar á muchos con tu ejemplo, autorizado con noblezas y prendas que en tí reconocen, que para esto te ha llamado el Señor y convertido, para que conviertas á muchos, no para que retirado vivas solo para tí y escondas con peligrosa avaricia los dones que te ha dado. Y si todavía deseas retiro, vuelve á tu casa, que allí encerrado te entregarás á Dios con más quietud, y oculto á los ojos de todos, no deshonrarás tu linage con este porte y modo de vida. Al proponérsele á Ignacio estas razones con viveza, naturalmente le causó algún horror aquella pobreza y desprecio, mas reparando en ello, sin responder á las sofismas del enemigo, se metió más adentro entre los pobres, y buscando el más roto y asqueroso se abrazó con él, y no le dejó hasta que se desvaneció aquella tentación y se convirtió en amor aquel horror natural, que había concebido.

Habiendo estado algún tiempo en el Hospital de Manresa con este modo de vida, deseando más retiro para darse con más quietud á la contemplación, se salió al campo en busca de algún lugar apartado y escondido. Y como á seiscientos pasos de la villa, en un valle que baña por la cima el río Cardoner, y encañado por acueductos y acequias, le riega y fertiliza en tantos huertos y árboles, que se llama con razón Valparaíso, encontró una cueva á manera de bóveda cavada en un peñasco, tosca, llena de desigualdades y picos que sobresalían en el techo y paredes, muy estrecha, más apropósito para sepulcro que habitación, y por eso á medida de quien deseaba enterrarse en vida después de haber muerto al mundo; en el medio era alta como la estatura de un hombre, por los lados más baja con proporción, larga, trece ó catorce pies, ancha, seis ó siete; á la parte de Montserrate tenía una ventana formada naturalmente de la abertura de las peñas, por

donde el Santo miraba la casa de la Virgen y la enviaba suspiros y oraciones. Estaba cercada de malezas y espinas sin poder pasar sin herirse y lastimarse, por lo cual ninguno iba á ella y pocos sabían que la hubiese. Parecióle al Santo que había hallado el Paraíso, porque la aspereza le convidaba y ayudaba á la penitencia, y la obscuridad y tinieblas á la oración; hizo una entrada angosta y escogióla por su morada y habitación, donde aumentó sus penitencias, si se podían aumentar, y acrecentó sus oraciones, juntando las noches con los días en la contemplación, regando el suelo con lágrimas, ya de dolor por sus culpas, ya de gozo por los consuelos del Señor. Observaron algunas personas, que por curiosidad ó devoción iban á acecharle, que hiriendo sus pechos con una piedra como otro San Jerónimo, entre mil suspiros pedía perdón á Dios de sus pecados pasados. De este retiro salía algunas veces para ir á Manresa á servir y consolar los enfermos del Hospital y aprovechar á los del pueblo con pláticas espirituales y para visitar la ermita de Villadordis, donde solía estarse algunos días regalando con la Madre de Dios, continuando los mismos ejercicios que en la gruta.

De los demasiados rigores le sobrevinieron los contínuos é intensos dolores de estómago y otros achaques, que le afligieron toda la vida y ahora le pusieron á punto de muerte. No le conociera quien le había visto antes; el rostro desfigurado, el color pálido, los ojos hundidos, los lábios cárdenos, y todo el cuerpo era una armazón de huesos ó anatomía que vivía por milagro, y muchas veces se desmayaba y quedaba como muerto por muchas horas y aún días. En una de estas ocasiones le dió otro asalto el común enemigo, para sacarle de la cueva y penitencia, semejante al del Hospital, solo que ahora tomó figura humana, y sobre la crueldad y odio con que aborrece á los hombres, se vistió de una falsa piedad en el rostro y las palabras. Aparecióle en traje y aspecto de persona noble y respetable, y reprendiéndole con alabanzas, le dijo severamente compasivo: ¿Qué es esto Ignacio? ¿En qué estado os tienen

vuestros fervores de novicio y penitencias indiscretas de principiante? Gran cosa es ver un soldado noble y valiente, que después de haber vencido á sus enemigos, ha vuelto las armas contra sí y se hace tan cruda guerra. Mucho habéis hecho y mucho hacéis, pero no puede ser larga vuestra penitencia, siendo tanta, ni siendo tanta puede ser grata á Dios, que es solo el Señor de la vida y de la muerte; no vos, que con esos excesos ofendéis á quien pensáis agradar, siendo homicida de vos mismo. Más le ofendéis ahora con la penitencia, que le ofendistéis antes con las culpas, porque agravia mucho su infinita misericordia quien piensa que vende tan caro el perdón el que tan conocida tiene nuestra flaqueza. Volvéos á vuestra casa y tratad del regalo hasta cobrar salud, y después podréis continuar la penitencia con la debida moderación, que yo también he sido gran pecador y usado indiscretos rigores y aprendido en mis propias experiencias, que siente Dios más las penitencias que muestran desconfianza de su piedad, que los pecados que se cometen en desconfianza de su misericordia. Antes gusta de tener que perdonar, el que se precia más de misericordioso. Dejóle Ignacio con la palabra en la boca, conociendo con luz del cielo, que era el demonio quien le hablaba; y volviendole las espaldas corrió á la ermita de Villadordis, y allí delante del altar de la Virgen renovó el propósito y resolución de continuar sus ayunos, penitencias y rigores sin aflojar un punto y se estuvo en la ermita algunos días sin comer bocado, pidiendo su favor á la reina de los Angeles y siendo muy favorecido de ella.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

CAPITULO VII

Tentaciones y escrúpulos que padeció San Ignacio

Permitió Dios que Ignacio fuese afligido con varias tentaciones, para que se manifestase su santidad, y se afinase su paciencia y se coronase su virtud, y porque habiéndole escogido para gran maestro de espíritu, convenía que aprendiese de lo que él padeció, á compadecerse de los tentados y de lo que experimentó, á gobernar los afligidos con semejantes tentaciones. Habiendo idó un día á nuestra Señora de Villadordis, le dió uno de sus ordinarios desmayos que le duró por mucho tiempo en que estuvo como muerto, sin pulsos ni respiración, del cual volvió tan debilitado, que fué necesario confortarle con algún sustento que le trajeron algunas honestas matronas, y llevarle al Hospital para ser curado. Valióse de esta ocasión el demonio, para apartarle de aquella vida, y díjole interiormente: ¿Cómo es posible que tu puedas sufrir una vida como esta, tan áspera y trabajosa, setenta años que te quedan de vida? A lo cual Ignacio, como haciendo burla del damonio y redarguyéndole, le dijo: ¿Por ventura tú que dices eso, me puedes asegurar una hora de vida? ¿No es Dios el que tiene en su mano los tiempos, los años, los días y las horas, para cortar y alargar la vida á cada uno como fuere su voluntad? ¿Y acaso que viva setenta años, qué son setenta años de penitencia, comparados con la eternidad? Barata se compra una gloria eterna con el trabajo temporal, aunque dure setenta, ochenta y cien años. Con esto se desvaneció la tentación, pero sobrevino otra peligrosa.

Agravóse la enfermedad y los religiosos de Santo Domingo del convento de Manresa y los vecinos, mostraron lo que le amaban y estimaban, acudiéndole con grande caridad con todo lo que había menester, porque ya le tenían y veneraban por Santo. Cayó y recayó muchas veces, y llegando á punto de muerte, le combatió el demonio con una grave tentación de vanidad, diciéndole que podía morir alegre, pues ya era Santo y se le debía el cielo á un hombre, que no solo igualaba, pero sobrepujaba en la penitencia á muchos Padres de el yermo, más estimable en un hombre acostumbrado al regalo y libertad; y representándole vivamente á la imaginación el saco, cadenas, cilicios, oraciones y todo lo bueno que había hecho, procurando apartarle de los ojos lo malo que había cometido. Afligían al Santo estos pensamientos más que la enfermedad y la muerte que tenía presente, y cuanto más procuraba echarlos de sí, le importunaban con mayor fuerza. En tanta aflicción, empezó á traer á la memoria los pecados más graves de su vida pasada, y á decir hablando consigo: ¡Ay de mí, pecador miserable, que ofendí tantas veces gravemente á mi Dios, por muchos años, y ya presumo que soy Santo en pocos meses! Por estas culpas mías he merecido penas eternas; ¿pues cómo podrá equivaler la penitencia de pocos meses á la pena de una eternidad? Sé que pequé, y no sé si me han perdonado. Espero que sí, porque Dios es infinitamente misericordioso, pero eso mismo agrava mis culpas, haber ofendido á un Dios que tan fácilmente perdona. De esta manera venció aquella tentación, y luego que pudo hablar, empezó á dar voces y rogar y conjurar á los presentes, que cuando otra vez le viesen en semejante peligro, y como agonizando con la muerte, le diesen gritos diciendo: ¡Oh, miserable pecador!, ¡oh hombre desventurado! acuérdate de las muchas y gravísimas culpas con que has provocado la ira de Dios. No presumas que mereces el cielo, sino avergüénzate de los pecados con que tantas veces has merecido el infierno.

Probóle también Dios por sí mismo, porque sintiendo antes ordinariamente gran paz y gusto en los ejercicios espirituales, empezó á experimentar grandes alteraciones y mudanzas. Cuando estaba más lleno de dulzura y caridad, como si de repente desaparecieran el sol y la luna, y

se secaran todas las fuentes de el gozo, se hallaba en una noche oscura, triste, solo, desamparado, enredado sin saber qué hacer ni qué decir, hasta que volvía á amanecer en su alma y á correr el torrente de los divinos consuelos; mas esto no duraba mucho tiempo sin que volviesen las tinieblas de Egipto y todo un mar de amarguras, no viendo un rayo de luz ni hallando en el cielo una puerta á que llamar; todas estaban cerradas y los porteros, haciendo de los dormidos, no respondían á sus golpes y clamores. Como era nuevo en esta batalla, decía muy afligido: Qué es esto? Qué nueva vida empezamos? En qué nueva región entramos? Qué guerra es ésta que emprendemos? Qué mar es éste en que nos embarcamos, lleno de escollos y tempestades? Pero todo esto fué solo preámbulo de otra tentación de escrúpulos, que le duró por mucho tiempo.

Habíase confesado en Montserrate, como dijimos, con toda diligencia; pero Dios que quería lavarle más y más, permitió que le viniesen muchos temores y dudas acerca de la confesión, si había dicho aquel pecado, si había explicado bien las circunstancias del otro, si se había dejado algo, si había añadido y mentido en la confesión. Andaba tan triste y melancólico que ni hallaba alivio en las penitencias ni descanso en la oración; antes, al ponerse á orar, le encubría Dios su rostro, y como si no oyera sus voces ó despreciara sus ruegos le dejaba atormentar de sus pensamientos, como en otro tiempo al gran Antonio de los demonios. Si acudía á la Madre de piedad, para que le fuese propicia con el Hijo ó con el Padre como otras veces solía, parecía no acertar la mediación ni hacer caso de quien llegaba afligido á sus umbrales, ¿y á cuales podía llegar á quien daban aquí con las puertas en los ojos? ¡Oh amor de María con los hombres, que de muy grande se sabe disimular cuando conviene, á los que ama! Hallábase muchas veces casi anegado entre las olas de tantas tribulaciones y decíale á Dios de lo más íntimo de su corazón: Señor, mirad que padezco fuerza, responded por mí que yo no puedo más. Buscó algunos varones espirituales que le diesen remedio y en ninguno le hallaba. Un doctor muy espiritual le dijo que escribiese cuanto se le ofreciese en un papel; hízolo así y contestóle, mas quedó con los mismos escrúpulos de esta confesión, que de la pasada. El mayor remedio que hallaba de tantos males, era recibir el Santísimo Sacramento del altar; pero muchas veces al llegar á recibirle, venían de repente como de tropel los escrúpulos, y sin ser más en su mano, se apartaba del altar por no recibir indignamente el cuerpo del Señor, y entregado todo á los dolorosos gemidos, soltaba las riendas á las lágrimas sin poder hablar, y cuando rompía la voz decía: ¡Ay triste! ¡Ay miserable de mi! ¡Quién me librará de tantos males? Mejor me fuera morir que vivir una vida más penosa que la muerte. Un remedio se le ofrecía para salir de sus escrúpulos y era, que su confesor á quien tenía descubierta toda su alma le mandase en nombre de Jesucristo, que no confesase en adelante cosa alguna de su vida pasada. Mas el salir de él este medio y no de el confesor, se le hacía sospechoso y tenía escrúpulo de decírselo, y así callaba y padecía.

Habiendo padecido esta borrasca algunos días, compadecidos los padres de Santo Domingo le sacaron del hospital donde estaba y le llevaron á su convento, donde le trataron con grande caridad. Mas su aflicción no cesaba, antes crecía cada día, y uno en que se vió más apretado, empezó á dar gritos á Dios y decirle: ¡Socorredme, señor Dios mío, porque no hallo remedio en hombres ni en alguna criatura! ¿Porqué señor me desamparáis pudiendo vos solo remediarme? Descubridme vuestro rostro alegre y serenad las tormentas que mi alma padece. Dadme aunque sea un perrillo, que me guíe y encamine á vos, que desde luego le acepto por mi maestro viniendo de vuestra mano. Otro día le apretó tanto el demonio, que pretendió llevarle á la última desesperación, y estando en una celda del convento, le decía interiormente: Echate de esta ventana abajo y acaba de una vez ese penoso martirio. Mas el respondía: No haré tal, no tentaré á mi Dios.

Universidad de Deusto Biblioteca

Y volviéndose á Dios le decía: Qué es esto Señor, ¿no sois vos mi Dios, mi criador, mi señor, mi fortaleza, mi esperanza y todas las cosas? ¿Pues cómo me quereis echar de vos? ¿Porqué permitís que me aflija el enemigo y procure apartarme de vos? Volved los ojos desde el cielo á esta criatura vuestra y mirad, Señor, mi aflicción, porque el enemigo se ha levantado contra mí y no tengo consolador ni hay quien me defienda si vos me desamparáis.

Como no sintiese alivio, vínole al pensamiento el ejemplo que había leído de un santo, que para alcanzar de Dios lo que pedía, propuso de no comer bocado hasta conseguirlo, y queriendo con una piadosa violencia obligar al Señor á que le concediese lo que deseaba, empezó su ayuno un sábado y le continuó hasta el siguiente sin comer bocado ni beber una gota de agua, no dejando por esto sus siete horas de oración de rodillas, sus disciplinas ordinarias y los otros ejercicios, y aún se sentía con fuerzas para continuarle, y nada debilitado (cosa sin duda milagrosa!) si su confesor, al darle cuenta de su conciencia el domingo, como solía, no le mandara que comiese. Obedeció, y Dios se compadeció, y en aquel día y en el siguiente no sintió aquella guerra sino gran paz. Mas para que entendiese que no se había de violentar la voluntad de Dios, sino querer solo lo que El quiere, después de los dos días volvió á ser combatido de los escrúpulos como antes; pero cesó presto esta segunda tormenta y quedó su corazón no solamente sereno, pero hecho el templo de la serenidad y de la paz, como después le llamaba un siervo de Dios, donde hallaban paz y serenidad todas las conciencias escrupulosas, sin venir á él persona tocada de este achaque que no volviese libre por su consejo. Y aún el sapientísimo Martín Navarro parece que mira esta gracia del padre como herencia que pasa á sus hijos, cuando en el tomo de sus consejos en el libro V, consejo XVII, hablando del confesor, que deben buscar los escrúpulosos, dice: «Respondo, que si el confesor es egregiamente erudito é insignemente piadoso, como suelen ser los maestros, doctores y confesores de la

ilustrísima Compañía de Jesús, sin duda y sin algún escrúpulo, puede y debe creerle; y aún en mi sentir, no creyéndole y no inquietándole con su autoridad, pecára.»

Escribió San Ignacio algunas reglas acerca de los escrúpulos y sus remedios, que están en el libro de los Ejercicios espirituales y por eso no las pongo aquí; mas pondré un pedazo de carta que escribió desde Venecia á una monja de Barcelona, en que pinta lo que á el le pasó en sus tentaciones y pasa á todas las almas siervas de Dios, enseñando el modo con que deben portarse en tales ocasiones. Dice, que «de dos maneras nos influye Dios, ó por mejor decir, de una manera nos influye El por sí mismo, y de otra, permite que seamos instruídos por otro. En la primera hay un sentimiento de maravilloso deleite, el cual entrando en el alma echa de ella toda la turbación y ocupada enteramente de el divino amor, la arrebata toda á Dios. La luz que trae consigo conforta el entendimiento para conocer muchos secretos que le descubre, y por donde caminará á Dios con seguridad, por donde con peligro. El fervor y ardor que enciende el alma es tan grande, que no se le ofrece cosa tan trabajosa que no la tenga por consuelo, ningún trabajo tan molesto que no le parezca descanso, ningún peso tan grave que no se le haga ligero, ningunas penitencias tan rigurosas que no le parezcan suaves. Pero estos consuelos no son permanentes en nosotros, antes tienen su duración determinada por la voluntad divina, por cuyo arbitrio vienen y se van siempre con provecho nuestro. Cuando se ausenta la divina consolación, entonces el demonio, hallando abierta la puerta, introduce los afectos de la melancolía, que son como verdugos del alma y desean ansiosamente apagar en nosotros el estudio de lo bueno y el deseo de agradar á Dios. Y así nos oprime con una profunda tristeza, de la cual no pocas veces, aún nosotros que estamos tristes, apenas podemos entender la causa; la oración es seca y estéril; en la contemplación no hallamos ningún consuelo; hablar y oir hablar de Dios es una cosa que causa tedio y enfado. De nos-

Universidad de Deusto
Biblioteca

otros nacen unas imaginaciones tan turbulentas de varios pensamientos, que ya no agrada otra cosa sino llorar y gemir como hombres desterrados de Dios, desamparados y divididos de El, pensando que nada de cuanto hicimos le es grato, y nada de cuanto queremos hacer es bueno. De aquí se cae el ánimo desamparándose á sí mismo y de aquí se levantan las desconfianzas y desesperaciones, y la imaginación ponderadora y agravadora de cualquiera culpa y la persuasión de que no tienen cura las aflicciones que padece el alma. Ultimamente no carece esta aflicción de sus intérvalos é interrupciones, y así nos conviene ayudarnos de un estado para otro; pensando cuando estamos alegres, cuánto nos muda de repente la tristeza; y cuando estamos tristes, alentarnos con la esperanza de la divina consolación que á los primeros rayos de su luz desterrará todas las sombras la de tristeza.»

CAPITULO VIII

De los grandes favores que Dios hizo á Ignacio en Manresa y dones con que le enriqueció.

El gozo que Dios comunicó á su siervo después de tantas tentaciones y tristezas, fue tan grande, que le hizo olvidar todas las penas pasadas, y escogería padecerlas dobladas, por la alegría que experimentaba. Mereció este y otros favores la generosidad de ánimo con que Ignacio procedió en sus penitencias, mortificaciones, oraciones y lágrimas; porque como él confesó, siendo ya viejo, aunque sabía lo mucho que había ofendido á Dios y las penas que merecía por sus culpas, en todo el tiempo que estuvo en Manresa, no ayunó un día ni tomó una disciplina, ni un cilicio, ni tuvo una hora de oración, ni aún derramó una lágrima con la mira de satisfacer por sus pecados y escusar las penas que por ellos merecían: su fin era en todo lo que hacía y padecía

agradar á Dios y buscar su mayor gloria. Maravilla grande, que un penitente empiece por donde, si acabára, merecía eterna alabanza. Y como él procedió con Dios con tal desinterés, Dios por vencerle con gustosa competencia, le hizo á pocos meses de su conversión tales favores, que no suele hacerlos á grandes santos, sino después de muchos años que han estado en su servicio. Pasados los primeros cuatro meses en batallas con el demonio y en otras tantas victorias, le llevó el Señor al supremo grado de la contemplación, levantándole de un vuelo á unirle consigo y participarle sus secretos. El mismo santo confesó al Padre Diego Lainez, que le había enseñado Dios más en una hora sola de oración en Manresa, que le pudieran enseñar todos los doctores del mundo en toda la vida. También solía decir: Que si por imposible se perdieran todos los libros sagrados y no quedara en la tierra ninguna firme columna de la verdad, no dudara dar la sangre y la vida en defensa de todos los misterios de nuestra santa fe, solo por lo que Dios le había enseñado en Manresa. Diremos en particular algunos de estos favores y secretos; que contarlos todos, no es posible.

Era devotísimo de la Santísima Trinidad, y á cada una de las Tres Personas decía cada día una particular oración; y un día, estando en las gradas del convento de Santo Domingo rezando las Horas de Nuestra Señora, quedó enajenado de los sentidos y representósele el Misterio de la Santísima Trinidad en una figura que no se puede explicar con palabras. Fué tanto el consuelo que sintió con esta vista, que pasó muchos días llorando de gozo, sin acertar á hablar de otra cosa sino de la Santísima Trinidad. Y fué tal la luz que el Señor le comunicó acerca de este misterio, que siendo hombre sin letras le explicaba con semejanzas y comparaciones que admiraban á los mayores teólogos, y con tanta abundancia y copia de conceptos, que no sabiendo entonces más que leer y escribir, compuso un excelente libro de este altísimo misterio, que tenía ochenta hojas. Quedáronle toda la vida estampadas estas imágenes

y especies, de manera que siempre que hacía oración á la Santísima Trinidad, que era frecuentemente, sentía en su alma un invencible consuelo. Mas no fué esta vez sola la que vió á la Santísima Trinidad, sino otras muchas veces en el curso de su vida, como él escribe en sus apuntamientos, y afirma el Concilio de Tarragona, y nosotros diremos en otra parte.

Oyendo misa un día en la iglesia de Santo Domingo, al alzar el sacerdote la hostia, vió claramente en ella al niño Jesús, y fué alumbrado con una luz celestial para conocer el modo maravilloso con que está el cuerpo de Cristo debajo de las especies sacramentales. Otras muchas veces vió en su soledad á Jesús y María que le regalaba de competencia con el Hijo. Sábese que en los ocho meses últimos que estuvo en Manresa le visitaron el Hijo y la Madre más de treinta veces, ya juntos, ya separados. Cristo solía venir al tiempo de tocar las Ave Marías por la noche, ordinariamente en la forma y traje con que caminaba y predicaba en el mundo, después de los treinta años (como quien disponía á Ignacio para que le imitase en la predicación y misiones) siempre con el rostro resplandeciente y el cuerpo lleno de una luz suavísima y de candor maravilloso. ¿Cuál quedaría el corazón del que tantas veces y por mucho tiempo conversaba con Jesús y María?

Enseñó Dios en una ocasión á su siervo el modo maravilloso que tuvo en criar el mundo, y cómo resplandeció en esta obra su divino poder y sabiduría, y cuando después contaba estas cosas, decía que no se podían explicar. Estando otra vez sentado en la ribera del rio Cardoner, mirando las aguas, le fueron abiertos los ojos del alma y esclarecidos con una nueva luz y con un modo muy alto de visión intelectual, entendió perfectísimamente los misterios más altos de la Ley de Gracia, y otras cosas ocultas y sutiles de las que pertenecen á las ciencias, y esto con una claridad tan extraordinaria, que, después, cuando veía las cosas que antes había visto, como las miraba por dentro le parecían muy otras de lo que á los ojos corporales se re-

presentan. El mismo santo confesaba después, que si se juntasen en una todas las noticias que había adquirido hasta los sesenta y dos años de su edad, naturalmente con el estudio y sobrenaturalmente por revelación, no le parecía haber alcanzado tanto como en esta sola. Con estas revelaciones quedó tan enseñado del cielo que algunas veces, varones sapientísimos y grandes letrados, por probarle, se ponían á disputar con él, y le metían en cuestiones muy dificultosas de la divina Esencia, de la Santísima Trinidad, de la Encarnación del Verbo, de la esencia y distinción de los pecados y otras semejantes; y haciendo él primero la salva, y confesando que no había estudiado, respondía á todo con tanto acierto y agudeza que los dejaba admirados y atónitos de ver cómo había comunicado Dios á un hombre sin letras aquella ciencia, que con mucho trabajo y estudio aún no se adquiere perfectamente en las escuelas.

Las elevaciones, raptos y éxtasis eran muy frecuentes por este tiempo. Habiendo pasado las noches enteras en altísima contemplación, le hallaban por la mañana todo arrebatado y suspenso en Dios; el rostro hermoso como el de un angel, y los ojos clavados en el cielo. En la cueva, y ermita de Villadordis le encontraron algunas veces caído en el suelo y perdido el color como si fuera difunto, por la fuerza de el divino amor, que es fuerte como la muerte. Algunas noches que se quedaba en el hospital para consuelo de los enfermos, observaban los curiosos que al punto de la media noche, habiendo dado algún reposo al cuerpo sobre la tierra desnuda, se ponía de rodillas en oración, levantados los ojos y las manos al cielo, y con tiernísimo afecto decía: ¡Ay buen Jesús, si todos los hombres te amaran! Y en diciendo estas palabras se iba levantando de la tierra, de rodillas como estaba, cuatro codos en alto, y perseveraba así en la oración, arrojando de su rostro tanta copia de luces, que no podían mirarle el rostro los que estaban presentes, los cuales llamaban á otros para que fuesen testigos de esta maravilla.

De un éxtasis solo quiero hablar, por ser de los más ad-

mirables que se leen en las historias de los santos. Estando un sábado en la enfermería de Santa Lucía arrimado á la reja de una ventana que sale á la Iglesia, oyendo Completas, cayó en tierra, y enajenado de los sentidos, cerrando los ojos y los oídos á todas las cosas de la tierra, los abrió á las de el cielo. Al principio lo tuvieron por deliquio de amor, de los que tantas veces le daban; mas pasándose dos y tres días en los cuales se hicieron muchas diligencias para que volviese, viendo que no volvía, ni tenía pulsos ni otra señal de vida, teniéndole por muerto trataban ya de enterrarle, si por divina providencia no advirtiera uno de los que estaban presentes en tocarle el corazón, el cual aunque remisamente, pulsaba. Duró este arrobamiento hasta otro sábado á la misma hora de Completas, en que estando muchos presentes, al cantarse la Salve de Nuestra Señora, volvió en sí, como quien despierta de un dulce y regalado sueño, y dando un amoroso suspiro, repitió dos veces ¡Ay Jesús! ¡Ay Jesús! Lo que vió y oyó en este rapto maravilloso es de los secretos que dice San Pablo que no es lícito hablar al hombre. Es común sentimiento de los historiadores de su vida y de los Padres de la Compañía que vivieron con el santo y le trataron familiarmente, que Dios le manifestó en este rapto, cómo le tenía elegido para fundador de nna nueva religión, enseñándole el instituto, forma y traza de su fundación y gobierno. Y se confirma de lo que el santo respondía muchas veces á sus discípulos cuando le preguntaban por qué ponía algunas cosas en la Compañía nuevas y singulares que no había en otras religiones; por qué después de haberles dado muchas y muy buenas razones, concluía, que la principal razón era haberlo entendido así en aquel su retiro é iglesia primitiva de Manresa. Parece que le reveló también el fruto que había de hacer la Compañía en Europa, Africa, América, Asia; pues sabemos que en naciendo, la miró como destinada al provecho de todo el mundo, y quizá le manifestó los varones apostólicos, mártires, doctores, vírgenes y confesores que habían de florecer en ella, consolándole con la numerosa descendencia de hijos insignes en santidad y sabiduría, como hizo en otro tiempo con el patriarca Abrahan.

CAPITULO IX

Del libro de los Ejercicios que compuso San Ignacio

En el tiempo que estuvo San Ignacio en la Cueva de Manresa, escribió aquel libro incomparable de los ejercicios espirituales, que ha llenado los monasterios de religiosos, enriquecido la Iglesia de santos, y poblado de bienaventurados el cielo. Escribióle cuando no sabía más que leer y escribir, y admírase uno, que por quitarle á Ignacio esta honra le quita á Dios una gran gloria, cómo un soldado sin letras, que había cursado en los ejércitos y no había visto las Universidades, pudo escribir cosas tan altas y delicadas de espíritu con tanto acierto; y yo me admiro más de su admiración, pues ignora que escoger ignorantes y flacos para las obras grandes de su poder y sabiduría, es ordinario estilo del que eligió pescadores para apóstoles, y idiotas para maestros del mundo, porque no se atribuyan á sí los hombres los dones de Dios. Como no hicieron falta las letras á san Ignacio para escribir el libro, que dijimos, del altísimo misterio de la Santísima Trinidad, ni para saber más en una hora de los misterios de la fé y ciencias naturales, que le pudieran enseñar en muchos años todos los doctores del mundo; tampoco le hicieron falta las letras para escribir el libro de los Ejercicios, antes quizá le fueran estorbo, porque Dios quería que este libro, que tanto fruto había de hacer en la Iglesia, se tuviese por obra suya; para eso lo había de escribir un hombre sin letras, porque donde faltaba la ciencia humana recurriésemos á la sabiduría divina, aunque la doctrina es tan sublime que no pudiera San Ignacio con muchas letras escribirla, sin mucho espíritu y particular luz del cielo; pues como dice San Pablo, las cosas de Dios ninguno las conoce sino el espíritu de Dios. Y así, entre las muchas persecuciones que este libro padeció, algunos hombres tenidos por doctos y no

Universidad de Deusto
Biblioteca

por espirituales, tropezaban en cosas llanas y claras, dando de ojos en la misma luz del día.

Dios enseñó á San Ignacio en la cueva de Manresa lo que había de escribir, como lo confesó el mismo santo, y lo afirman absolutamente el padre Diego Lainez, compañero y hijo de San Ignacio y segundo general de la Compañía, y el padre Juan Polanco, su secretario, que trataron muchos años íntimamente al santo padre. Y así, dejando los muchos autores que lo escriben, los jueces de la Sacra Rota, en los procesos aprobados para la canonización de San Ignacio, dicen, hablando del libro de los ejercicios: *Cum dicta exercitia facta fuerint eo tempore, quo dictus B. Pater erat idiota, et litterarum ignarus, utique cogimur fateri, dictam cognitionem et lumen, infusa potius, quam acquisita fuisse.* «Como el dicho bienaventurado padre escribió los *Ejercicios* en el tiempo en que era idiota y sin letras, nos vemos necesitados á confesar que la luz con que los escribió no fué naturalmente adquirida, sino sobrenaturalmente inspirada.» Dióle Dios á San Ignacio los *Ejercicios*, con el método que él los enseña en su libro, como parece por lo que el santo solía decir, hablando de las ilustraciones que tuvo en Manresa: Que Dios le trataba desde el principio, como un discreto y sabio maestro enseña á un niño pequeño, que no le carga de cosas ni le da nueva lección hasta que sepa bien la pasada. Y de aquí sacó el santo una de las advertencias muy importantes de este libro, que fué dividir los ejercicios por semanas y grados diversos, advirtiendo que no pasen al segundo grado los que no hubieren aprovechado en el primero, ni aún sepa el que está en la primera semana lo que ha de hacer en la segunda, porque así se aproveche en esta, como si nada se hubiera de hacer en la siguiente. No disimularé, por no deber nada á la verdad, que aunque San Ignacio escribió en la Cueva de Manresa los *Ejercicios* con el orden que están ahora *ex iis quæ divino Magisterio didicerat*, «de lo que aprendió con magisterio divino,» como dijeron los auditores de la Rota al Papa Gregorio XV; con todo eso los fué después

perficionando más cada día con las nuevas ilustraciones. que recibía de Dios, añadiendo algunas notas muy importantes, y después que fué teólogo, algunos textos de padres y Concilios.

También la Santísima Virgen fué maestra de San Ignacio para escribir los *Ejercicios*, como lo afirmaba el padre Lainez y lo reveló la misma Virgen á una sierva suya que deseaba recojerse á ellos, enviándola á decir con el arcangel San Gabriel que recibiría muy particular servicio de que hiciese lo que había pensado; porque la hacía saber que ella era y había sido como Patrona y Fundadora de aquellos santos ejercicios de la Compañía, y había sido ayudadora y como enseñadora del santo padre Ignacio, para que así se hiciese, y en esta razón había tenido en ella principio aquella obra. Esto escribe el Venerable padre Luis de la Puente en la «Vida del Venerable padre Baltasar Alvarez», cap. 43, afirmando que tiene por cierta y sin duda la revelación, consideradas las circunstancias de la persona que la tuvo, del modo y la ocasión, testimonio que no se puede despreciar por ser de varón tan docto, espiritual y ilustrado de Dios para gobernar almas y discernir espíritus, como sabe todo el mundo, y noticia que no se podía omitir, siendo nuevo motivo para los de la Compañía que los hacen todos los años, y para muchas almas devotas que desean su aprovechamiento, la recomendación y enseñanza de la madre de los doctores y doctora de los sabios que buscan la verdadera sabiduría, que es temer, amar y servir á Dios.

Bien era necesario tan alto magisterio para escribir un libro tan admirable, tan provechoso y tan nuevo; porque aunque muchos santos y varones espirituales habían escrito meditaciones de los Novísimos Vida y Pasión de Cristo, antes que San Ignacio escribiese los *Ejercicios*; este libro es muy diferente de todos en el estilo, método y intento, porque no pretendió el santo juntar diversas meditaciones, como habían hecho otros; lo que pretendió San Ignacio, ú Dios por él, fué reducir á arte la vida espiritual, ense-

ñando práctica y científicamente á desarraigar los vicios, plantar las virtudes, sacando como de la mano un pecador, desde el cieno de sus culpas hasta la cumbre de la perfección. Asi lo prueba el Eximio doctor padre Francisco Suarez, en el tomo 4.º de Relig. lib. 9, cap. 6, diciendo que este libro es el arte de orar y ejercitarse en las cosas espirituales, y que es nuevo y admirable, porque otros santos escriben de la oración y ejercicios mentales, no tanto enseñando cómo se ha de orar, cuanto alabando y exhortando á la oración; pero San Ignacio, con brevísimas reglas y palabras, comprende esta admirable instrucción, la cual no sacó tanto de los libros cuanto de la instrucción de el Espíritu Santo, y larga experiencia y uso de orar. Al fin, quien negare á San Ignacio, aun sólo por este libro, la gloria de ser el maestro de esta nueva teología y ciencia espiritual, negará á Santo Tomás la gloria de ser el maestro de la teología escolástica, porque formó el panal de su sabiduría de muchas flores que se hallan exparcidas en los santos y doctores que le precedieron. Por este libro quisieron tres doctores de los más insignes de la Universidad de París, llamados Marcial, Valle y Moscoso, que se le diese el grado de doctor en teología, antes de acabar la filosofía, si el santo no lo resistiera por su humildad.

La mayor aprobación de este divino libro y arbol de vida, es la bondad y abundancia de sus frutos que ha cogido y coje cada día la santa Iglesia. Las transformaciones que ha causado son más prodigiosas que las que fingieron los poetas, y por eso Gabriel Lermeo, hereje calvinista, en una que quiso ser sátira y salió panegírico, llama hechizos á los Ejercicios, porque encantan á los hombres trocando sus corazones, sus costumbres y deseos, haciendo que no parezcan los que eran y que los desconozcan los que más los conocieron; porque ellos también desconocen todas las cosas, y á sí mismos, mirándose y mirándolas á otra luz y con otros ojos. No es impropio el epíteto de Lermeo, si no lo dijera por calumnia; porque muchos llamaban al padre Fabro, diestrísimo en jugar estas armas, el santo

encantador, por las mudanzas que ocasionaba con ellos. No era la menor transformación la que causaban en sus calumniadores; porque si alguno de los que más los perseguían y acusaban en los tribunales acertaba á hacerlos, se convertía de perseguidor en defensor, y era después quien más los alababa y exhortaba á otros á que lo hiciesen. ¿Cuántos que escandalizaban las ciudades con su vida, salieron de los Ejercicios dando ejemplo á sus repúblicas? ¿Cuántos dejaron las riquezas, las honras y cuanto en el mundo poseían y esperaban poseer, retirándose á los monasterios como á puerto seguro, por haber hecho una semana sola de ejercicios? Con ellos ganó san Ignacio á san Francisco Javier, Fabro, Laínez, Salmerón y á todos sus compañeros, y otros muchos hijos que salieron del retiro de sus meditaciones á ser apóstoles de diversos reinos y provincias y aún mundos. Y como nació y creció con ellos la Compañía, con ellos se ha de levantar y restaurar, si cayere alguna vez de el espíritu y celo de sus fundador. A los Ejercicios deben todas las religiones grandes sugetos que las han ilustrado con sus letras y virtudes. A los Ejercicios debe la Iglesia insignes prelados, que ajustando su vida á las reglas que dá en ellos san Ignacio, fueron regla viva para la reformación de muchos eclesiásticos y seglares. Más facil es contar las estrellas, que los que han pasado á serlo, por su claridad y resplandor, en esta fragua y oficina de santos. Todo el fruto de las misiones de la Compañía, que es más de lo que se puede significar con las palabras, mana como de su fuente de los Ejercicios de san Ignacio, y no son otra cosa las misiones que los ejercicios de la primera semana predicados, y con ellas se mudan los pueblos, se reforman las ciudades, y no hay pecho tan duro que se pueda resistir á las saetas encendidas, despedidas de tal arco, y salidas de tal aljaba.

De aquí nacen las grandes alabanzas de los santos y varones espirituales que los han experimentado, y también las calumnias de los herejes, y otros, que cegados con el error ó la pasión, á lo bueno llamaban malo, á la luz tinie-

Universidad de Deusto
Biblioteca

blas, y á lo dulce amargo; porque como dice en la Apología que escribió de este libro aquel insigne Prelado, no menos en virtudes que en letras, D. Bartolomè de Torres, Obispo de Canarias, los ejercicios mejor los conoce la experiencia que la ciencia, y confiesa de sí poniendo á Dios por testigo, que en pocos días que se dedicó á hacerlos en Alcalá, entendió más verdades importantes para su salud eterna, que había entendido en treinta años estudiando y enseñando teología. El primer voto es su autor mismo, que los conocía mejor por haberlos escrito, y los podía alabar sin pasión por haberlos dictado Dios y su Madre. Decía, pues, nuestro padre San Ignacio, que estos Ejercicios eran las armas de la Compañía, á las cuales había dado Dios singular eficacia para vencer las grandes empresas de su servicio; no quería que sus hijos usasen ni practicasen otro estilo y modo de orar; quería que ellos fuesen el primer magisterio de espíritu con que se imprimiese en su alma la forma de la vida religiosa, porque en ellos está el alma de la vida espiritual. Al maestro Manuel Miona, que había sido su confesor y mereció ser su hijo, escribió sobre muchas alabanzas y recomendaciones, que estos Ejercicios eran lo mejor que él podía en esta vida pensar, sentir y entender, así para poder el hombre aprovecharse á sí mismo, como para poder ayudar y aprovechar á otros. San Carlos Borromeo hizo los Ejercicios en nuestra Casa profesa de Roma, cuando le dieron el capelo, y salió tan aficionado, que mientras vivió se recogía todos los años, á lo menos una vez, y siempre que podía dos veces, á hacer los Ejercicios, teniendo por maestro, según él decía, aunque en la verdad todos aprendían de él, primero al padre Juan Bautista Rivera, y después al padre Francisco Adorno, sus confesores, á los cuales no solo descubría su conciencia y todos los movimientos de su alma, mas pedía que le diesen los puntos de la meditación como si fuera un novicio. Por su experiencia hizo decreto en un Sínodo, que ninguno se ordenase de sacerdote sin haberse purgado de sus culpas con los Ejercicios, á lo menos de la primera semana.

Y para que se diesen con más comodidad, labró un cuarto con muchos aposentos que llamó en griego *Asceterion*, que en latín quiere decir *Exercitatorium;* esto es, lugar deputado para los Ejercicios. El se preparaba todos los días en el libro de los Ejercicios, y hablando de él tan altamente, que mostrándole el duque de Mantua su librería que era copiosa y magnífica, le dijo: «Yo también tengo una librería muy grande, pero abreviada en un librito solo; y preguntado cual era, respondió: El libro de los Ejercicios, del cual saco más provecho que pudiera de todos los libros del mundo.

Entre los muchos prelados que han seguido la costumbre de san Carlos en la práctica de los Ejercicios como en el aprecio, no puedo omitir el ejemplo que Dios ha dado en estos tiempos á su Iglesia en el ilustrísimo Sr. D. Ambrosio Ignacio de Espínola, Arzobispo de Sevilla, á quien perdió la tierra y logró el cielo á catorce de Mayo de este presente año de mil seiscientos y ochenta y cuatro, el cual resucitó con su vida los Obispos de la primitiva Iglesia, y hizo ver en Sevilla á san Ambrosio, Arzobispo de Milán, imitándole aún más que en el nombre, en el celo, vigilancia, piedad, devoción y demás virtudes que consuman un perfecto prelado. Y podemos decir que las sacó todas de los Ejercicios de san Ignacio, que desde estudiante hacía todos los años en alguna casa de la Compañía por ocho ó diez días contínuos, y pareciéndole poco añadió después dos triduos de ejercicios al año y un día cada mes. Obispo, hacía que los hiciese cada año toda su familia, que parecía más noviciado de la Compañía de Jesús, que palacio de tan gran príncipe: y en Sevilla procuró que los diesen los padres de la Compañía á todos los conventos de religiosas, sujetos á su jurisdicción, fiando de este medio la perfección de las esposas de Jesucristo, por el provecho que experimentaban en sí y en los suyos, obligándonos á repetir este insigne prelado en su vida y en su muerte, lo que decían antiguamente en la corte de España, viendo la mudanza de algunos Obispos á quien dió los ejercicios el padre Pedro Fabro: «Dichosa fuera la Iglesia si todos los prelados hicieran una vez al año los Ejercicios.»

El venerable padre maestro fray Luis de Granada, ilustre por su doctrina y santidad, decía que toda la vida no bastaría para explicar la luz y conocimiento de las verdades eternas que Dios le había comunicado en los Ejercicios. El maestro fray Luis de Estrada, monje cisterciense, decía que san Ignacio había abierto un noviciado á todo el mundo con los Ejercicios. El cardenal de Perona decía que después de la Escritura Sagrada no había otro libro mejor que el de los Ejercicios. Dejando otros elogios de que se pudiera hacer un grande volumen, el que hace D. Juan Pedro Camo, príncipe y Obispo Bellicense en el cap. XIX de su dirección espiritual, hablando de el libro y con el libro, comprende en pocas palabras muchas alabanzas. «Este libro, dice, es todo de oro, ó mejor decir, más precioso que las riquezas y tesoros de todo el mundo. Todas las cosas que se pueden apetecer, no se pueden comparar con él. Confieso ingenuamente que lo saqué de él, si he alcanzado algo de luz é inteligencia espiritual. ¡Oh, libro divino! compuesto por particular inspiración de el Espíritu santo, nunca bastantemente alabado, ni tal que alguno le pueda alabar dignamente, tú aunque debajo de una simple corteza encierras la sutilísima médula de los cedros de el Líbano, y guardas el maná escondido y el grano de mostaza evangélico. Verdaderamente eres un arbol que extiendes tus ramas por todo el orbe de la tierra. En el bulto eres pequeño, pero en la virtud eres grande. Ciertamente no eres más que jugo y, como dicen, una quinta esencia, destilada en aquella gran cabeza como por un alambique de oro de aquel espiritual gigante (que así solía llamar á este bienaventurado varón aquel gran predicador de la Andalucía, Juan de Avila.) En este libro está la semilla, no solamente de la excelente Compañía que él instituyó, cuyo grande cuerpo está animado de su espíritu comprendido en estas pocas hojas; mas también dió principio de mejor vida y fin de sagrada muerte á muchos millares de hombres que le llegaron á gustar: dirán estos y no lo podrán callar, que eres tú aquella saludable levadura con que se sazona la masa de nuestros buenos deseos y el punto de Arquímedes con el que se puede levantar el globo de la tierra; quiero decir con que los corazones terrenos se levantan hasta el cielo.» Todas son palabras de este insigne varón.

De la Bula que expidió Paulo III, aprobando todas las cosas y cada una de las que se contienen en los Ejercicios, y exhortando á todos los fieles á que usen un medio tan eficaz para su aprovechamiento, solo pondré una claúsula, pues la podrá ver toda quien quisiere al principio de los mismos Ejercicios donde anda impresa. «Llenos están los Ejercicios, dice el Sumo pontífice, de piedad y santidad, y son y serán muy útiles y saludables para la edificación y provecho espiritual de los fieles, y fueron grandísima ayuda para los abundantes frutos, que Ignacio y la Compañía que instituyó no cesan de producir en la Iglesia de Dios en todas las partes de el mundo.» No los estimó menos el Papa Alejandro VII que los había practicado, y concedió por un Breve de doce de Octubre de mil seiscientos y cincuenta y siete, á todos los que los hicieren, dándoselos la Compañía, y comulgaren, por cada vez, indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados. Ahora quisiera poner delante de los ojos una idea de este arte de la vida espiritual, para que se conozca mejor la sabiduría divina con que se escribió y el modo con que se ha de usar para lograr el fruto que se pretende.

CAPITULO X

Método admirable de los Ejercicios

Pretendió san Ignacio en el libro de los Ejercicios, como advierte el Padre Suarez, comprender con método breve todas las cosas que pueden conducir á la instrucción y salud espiritual de las almas, porque todos las pudiesen aprender y ejecutar más facilmente. Y así, de dos cosas que hay en estos ejercicios y meditaciones que son la materia y la forma, en la materia que son los puntos que se

Universidad de Deusto
Biblioteca

dan, para meditar no se detuvo, antes la propuso brevísimamente; lo uno porque la materia es infinita, y cualquiera la hallará facilmente, y muchos han escrito puntos de meditación; lo otro. porque como el mismo santo advierte en la nota segunda, quien da los ejercicios debe proponer los puntos de la meditación breve y sumariamente sin declararlos y desmenuzarlos mucho, dejando algo que discurrir al que medita, porque es de más gusto y provecho lo que cada uno alumbrado de la divina luz discurre por sí, que lo que otro le da discurrido, como sabe mejor y entra más en provecho el manjar, que cada una mastica y desmenuza con sus dientes, que si se lo dieran masticado y desmenuzado, aunque deja á la prudencia de el que da los Ejercicios, dar con más ó menos extensión la materia, según la mayor ó menor necesidad del ejercitante. En la forma que es el modo de orar, hacer y ordenar los Ejercicios, trabajó san Ignacio principalmente, y esto es lo particular y nuevo de este libro, y en declarar esta forma y modo de dirigir á la santidad á los hombres de todos estados y condiciones, se gastan casi todos los documentos, reglas y advertencias de el libro.

Dividióle san Ignacio en cuatro semanas que corresponden á tres estados de gentes, ó á tres vías que son: purgativa, en que andan los que empiezan y tratan de salir de sus pecados; iluminativa, en que caminan los que aprovechan y procuran imitar las virtudes de Cristo, y unitiva en que están los que ya aprovechados se unen con Dios. No puso el santo cuatro semanas, porque no se puedan gastar más en los ejercicios, ni porque cada semana deba tener siete días y no más ni menos; sino porque este tiempo le pareció regularmente bastante por hallar el fruto que se busca en cada semana, pero el que hubiere menester más tiempo, ó le bastase menos, ha de alargar ó abreviar los días conforme la necesidad, de manera que no pase á buscar el fruto de la segunda semana hasta haber conseguido el de la primera, como lo enseña el mismo santo en la anotación cuarta de los Ejercicios. Y en las anotaciones

sobre los ejercicios que dictó al padre doctor Vitoria, dice que con los hombres que caminan muy adelante en la vía de el espíritu no es menester detenerse mucho en la primera semana, sino abreviarla de manera que la acaben, si es posible, en cuatro ó cinco días, y al contrario con los menos dispuestos, se ha de alargar y se pueden añadir otras meditaciones, fuera de las que en el libro de los ejercicios se proponen, como de la muerte, del juicio universal, etc.

A la vía purgativa dió San Ignacio una semana; á la iluminativa, que es más larga, dos, y otra semana á la unitiva; porque aunque esta es el término en que el hombre se puede detener mucho tiempo, no pretendió el Santo en esta última semana más que dejar al hombre unido y abrazado con Dios, como Jacob, para que después luchen toda la noche, hasta que Dios le llene de bendiciones. Donde es de admirar, que siendo San Ignacio tan ejercitado en la contemplación y unión con Dios, y en los modos de contemplar más sublimes y levantados, y pudiendo decir de esta materia tanto, ni aun quiso poner los nombres de ocio, quietud, silencio, unión, ni tratar de propósito de estos Ejercicios, sino tan brevemente, que apenas lo entendiesen los que después de mucho ejercicio de orar se hallan en aquel estado en que la misma experiencia les declara estos secretos. Lo cual hizo, porque los hombres, en abriéndoles los ojos á la unión, ocio y contemplación, pareciéndoles que esta es la más perfecta oración, se quieren poner en el término sin pasar por el medio, y volar antes de tener alas, y no cuidan de purgarse de sus culpas. y adornar su alma de las virtudes de Cristo; con que después de muchos años de oración se hallan con las mismas faltas que el primer día. Todo el cuidado de San Ignacio fué purificar al hombre de sus culpas y adornarle con las virtudes de Cristo; porque en hallándole Dios así dispuesto, le levantará de la mano á la contemplación. Y así nota Suarez, que de dos cosas que hay en la vía unitiva, que es camino para ir á la unión, y el término, que es la unión con Dios, como por una simple vista; en la primera, que es el camino, puso al ejer-

citante llevándole por los ejercicios de la primera, segunda y tercera semana, y enseñándole lo que basta en la cuarta para alcanzar esta unión; mas de la unión y acto simple de contemplación, que es el término, dijo poco, porque pertenece más al magisterio de el Espíritu Santo, que al magisterio y reglas humanas.

La disposición con que ha de entrar á hacer los Ejercicios quien desea sacar fruto de ellos, pone san Ignacio en la anotación quinta por estas palabras: «Al que recibe los ejercicios mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su Divina Majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme á su santísima voluntad.»

El intento de la primera semana, que toca á la vía purgativa, es purgar y limpiar la conciencia de pecados; para lo cual pone San Ignacio por primera meditación la del último fin para que fué criado el hombre, á la cual llama principio y fundamento; porque el conocimiento y resolución de conseguir este fin, es el principio de todo nuestro bien, y el fundamento y basa sobre que ha de sentar esta fábrica de la vida espiritual; y es necesario empezar por él nuestra conversión, porque como enseña la filosofía y dicta la razón natural, el fin, así como es el último en la ejecución, ha de ser el primero en la intención, pues ninguno puede tomar el camino derecho, ni seguirle sin torcer, si no sabe el término á donde va, ni elegirá los medios convenientes si ignora el fin que ha de conseguir. En esta meditación propone el Santo el fin de el hombre, y de las otras criaturas inferiores y saca dos consecuencias muy provechosas; todo lo cual se verá mejor por las mismas palabras de el Santo Padre: «El hombre, dice, es criado para alabar, hacer reverencia y servir á Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima, y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución de el fin para que es criado; de donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse de ellas, cuanto para ello le impiden: por lo cual es menester hacernos indiferentes á todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido á la libertad de nuestro libre alvedrío y no le está prohibido, en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados.» Esta es la meditación más importante de todas para los que usan de razón, y así decía Martín de Olave, doctor de la Sorbona, que había aprendido más en una hora con la consideración de este fundamento, que en muchos años con el estudio de la teología. Y el padre Everardo Mercuriano, cuarto General de nuestra Compañía, solía decir que el fundamento solo bastaba para hacer cualquier mudanza de vida. En esta meditación, como advierte el venerable padre Luis de la Puente, se deben ejercitar todos los que caminan por cualquiera de las tres vías, pues todas ellas van á parar á un mismo fin último.

Resuelto el hombre á conseguir su último fin, le lleva san Ignacio suavemente á quitar los impedimentos que son los pecados, proponiendo meditaciones y motivos poderosos para aborrecerlos; en que guardando el orden de naturaleza y ciencia, pasa de lo más facil á lo más dificultoso, de lo menos perfecto á lo más perfecto, y de el temor al amor. En el primer ejercicio mueve á aborrecer el pecado por miedo de el castigo, ponderando el que Dios hizo en los ángeles y en los primeros hombres, y el que hace en el infierno por una culpa, ó menos de las que él tiene; en el segundo, por la multitud de sus culpas, fealdad de ellas en sí, y gravedad, en cuanto son ofensa contra Dios. El tercer ejercicio es repetición de el primero y segundo, haciendo reflexión sobre los puntos que le han hecho mayor fuerza, y el cuarto repetición de el tercero, para arraigar más en el alma el santo temor de Dios. Síguese el quinto ejercicio de el infierno, en que mirando las penas de los condenados,

fortaleciéndose de nuevo en el temor, conciba grande amor de aquel Padre de misericordias, que, con más culpas que otros, no ha querido que padezca los tormentos que otros padecen.

Fuera de las meditaciones enseña otros medios de quitar las culpas y desarraigar los malos hábitos, el examen general y el particular, ayudando á la perfecta práctica con las reglas de discernir el pecado grave de el leve, y conocer si hubo consentimiento en pensamiento, palabra ú obra; aconseja la confesión general, diciendo sus utilidadades, y da diversas reglas y advertencias para hacer bien los ejercicios, enseñando al ejercitante y al que le da los ejercicios, cómo se han de haber en tiempo de tentación y consolación, de fervor y tibieza, y qué ayudará al ejercitante á tener bien la oración que ha de pensar al entrar en la meditación, y después de ella, al querer dormir y al despertar y entre día; cómo se ha de ayudar de la penitencia y mortificación, y otros avisos que se pueden ver en el libro, y no pongo por no alargarme.

Estando ya el hombre purgado de sus vicios en la primera semana, en la segunda y tercera, que pertenecen á la vía iluminativa, cuyo fin es ilustrar el alma con el resplandor de muchas y sólidas virtudes, pretende San Ignacio que el ejercitante imite las virtudes de Cristo, que es el ejemplar que ha dado el Padre eterno á todos los hombres. Para esto pone en prîmer lugar la meditación de el reino de Cristo, que es como principio y fundamento de la segunda y tercera semana, en la cual meditación, á semejanza de un rey temporal, propone á Cristo que llama á todos para que le sigan en la conquista de el reino de los cielos, con unas condiciones tan justas que ninguno puede rehusar el seguirle, sin ser tenido por cobarde. Porque el rey temporal dice á sus vasallos: «Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo y así de beber y vestir, etc. Y asimismo ha de trabajar como yo en el día y velar en la noche, etc., porque así después tenga parte

conmigo en la victoria como la ha tenido en los trabajos.» Luego pregunta: «¿Qué deben responder los buenos súbditos á rey tan liberal y tan humano? y por consiguiente ¿si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo, y tenido por perverso caballero?» Después, aplicándolo á Cristo dice: «Si tal vocación coñsideramos de el rey temporal á sus súbditos, cuánto es cosa más digna de consideración ver á Cristo rey eterno, y delante de él todo el universo mundo, al cual y á cada uno en particular llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria.»

Convidados de esta manera, y aún obligados á seguir á Cristo en la conquista de el cielo, haciendo lo que él hiciere y padeciendo lo que él padeciere, propone en toda la segunda y tercera semana los ejemplos de Cristo; en la segunda los más fáciles, que son los de su vida, y en la tercera los más dificultosos que son los de su pasión.

Mas porque en determinando alguno de seguir á Cristo, luego el demonio procura con todas sus fuerzas apartarle de su propósito, por si ha descaecido algo en el deseo que concibió en la primera meditación de el rey temporal, añade el santo el cuarto día de la segunda semana, otra meditación muy eficaz, y como fundamental de dos capitanes, uno Jesucristo y otro Lucifer, que procuran traer gente á su bando; Lucifer inclinando á los hombres al amor de las riquezas, de las honras y á la soberbia de la vida, y de aquí á los otros vicios, y Cristo á la pobreza contra las riquezas, al deseo de desprecios contra el honor mundano, y á la humildad contra la soberbia, para que viendo el hombre la diferencia de los capitanes que le llaman, siga á Cristo y deje á Lucifer. Esta meditación ha dado muchos y muy excelentes hijos á las sagradas religiones, y es eficacísima para movernos á seguir á Cristo y alistarnos debajo de su bandera.

Con las meditaciones de la primera semana, en que le determina á procurar su último fin, y tomar los medios que conducen, y quitar los impedimentos que embarazan, y más particularmente con las de los tres primeros días de la segunda semana, dispone San Ignacio al ejercitante para hacer elección de el estado de su vida, según la voluntad de Dios, que es el principal intento de esta semana, y aun de todos los Ejercicios, como significa el santo en la anotación primera; porque de el acierto de esta elección depende el gobierno de toda la vida, y ordinariamente la salvación. Y así desde el ejercicio de el rey temporal, empieza á facilitar el estado más dificultoso que es el de la pobreza evangélica, para alcanzar la indiferencia y preparación que se expresa en el coloquio, diciendo á Dios: «Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor delante de vuestra infinita bondad y delante de vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada (sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza) en pasar injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome Vuestra Majestad elegir en tal vida y estado.» Luego en este primer día pone la contemplación de la Encarnación, para que considerando cómo el hijo de Dios se hizo hombre por su amor, no rehuse ningún estado por amor de Dios. Después, la contemplación de el nacimiento de Cristo en suma pobreza y muchos trabajos, para que si Dios le llamare á pobreza y desnudez, le obligue el ejemplo de su Redentor. A estos ejercicios y sus repeticiones, siguen dos meditaciones de la presentación en el templo de el niño Jesús y de la huída á Egipto, con la obediencia que tenía á sus padres en Nazareth, y de cómo los dejó y se quedó en Jerusalén, también con sus repeticiones. Propuestos en estas dos últimas meditaciones los dos estados, uno de vida común, que es guardar los mandamientos y se representa en la obediencia de Jesús á María y José, otro de la vida religiosa, que está representada en el dejar á sus padres y quedarse en el templo, como lo

nota el mismo santo; inmediatamente empieza más de propósito á disponer á la elección en las meditaciones siguientes de las Banderas y de los Binarios, y así en el preámbulo de las Banderas, dice: «Comenzaremos juntamente contemplando su vida, á investigar en qué vida y estado de nosotros se quiere servir su Divina Majestad; y así, para alguna introducción de ello, en el primer ejercicio siguiente veremos la intención de Cristo nuestro Señor, y por el contrario la de el enemigo de naturaleza humana, y cómo nos debemos disponer para vivir en perfección en cualquier estado ó vida que Dios nuestro Señor nos diere para elegir.»

En la meditación de los Capitanes ú de las dos Banderas, dispone con divino arte al ejercitante para una perfecta elección, porque le quita el afecto á las riquezas, honras y bienes de el mundo, que son el único embarazo que tienen los hombres para elegir el estado mejor, con que le pone indiferente, para que las deje con efecto, si esto entendiere ser la voluntad de Dios, ó las posea sin afición, si Dios le quiere en el estado común. Luego le acaba de poner indiferente con la meditación de tres Binarios de hombres, que tienen diez mil ducados, de los cuales el primero quiere perder el afecto á las riquezas para hallar en paz á Dios, mas guarda el poner los medios para la hora de la muerte; el segundo quiere servir á Dios desde luego, pero juntamente conservar las riquezas; el tercero quiere servir á Dios y se pone indiferente para conservar las riquezas ú dejarlas, como entendiere ser voluntad de Dios; y enseña que este tercero es el que está á propósito para acertar en la elección, y es el grado que se debe procurar; y advierte al que se halla en esta meditación, que si se siente inclinado á riquezas y no puede ponerse indiferente, que se procure inclinar á pobreza y pedir á Dios le incline á ella para quedar así en el medio debido. Luego propone varias meditaciones de la vida de Cristo, de la ida al Desierto, de la vocación de los apóstoles, de las bienaventuranzas y otras, que fuera de mover á la imitación de Cristo, dan luz para el

Universidad de Deusto Biblioteca

acierto de la elección, cuya consideración y deliberación se ha de empezar en estos días.

Llegando ya al punto de elegir, como cosa tan grave y importante, da muchas reglas tan prudentes y seguras, que quien eligiere estado por ellas, nunca se arrepentirá. Dice que importa considerar á ratos por todo el día tres maneras de humildad; la primera del que determina por ninguna cosa de el mundo, hacer pecado mortal; la segunda más perfecta del que no tiene más inclinación á riqueza, que á pobreza, á salud que á enfermedad, etc., y por todo el mundo no hará un pecado venial; la tercera, perfectísima, cuando incluyendo las dos pasadas, en caso de igual gloria de Dios, quiere más pobreza que riqueza, deshonra que honra, por parecerse más á Cristo, mirando cada uno en qué grado está, y pidiendo á Dios el tercero que es la mejor disposición para elegir el estado más conveniente. Luego enseña á elegir, por el fin, por los medios y por el tiempo. Dice que se mire el fin para que el hombre fué criado, que es servir á Dios y luego buscar para esto, si le es más conveniente ser religioso ó casarse, y no al contrario, determinar primero casarse y luego servir á Dios; porque eso es trocar el orden de las cosas. Que delibere para la elección entre cosas buenas, ó á lo menos indiferentes, porque de lo malo no puede haber elección. Advierte que hay unos estados que son perpétuos, como de casados ó sacerdotes; otros que se pueden dejar, como tener beneficios ó bienes temporales: quien tiene ya alguno de los estados primeros no puede deliberar el tomarlos ó dejarlos, mas ha de procurar ordenar su vida en el estado que tiene. En los segundos ha de haber deliberación, sino es que se tomaron con la debida deliberación y elección necesaria. Los tiempos de hacer elección dice que son tres: primero, cuando de tal manera mueve Dios la voluntad, que no puede dudar el hombre ser aquella la voluntad de Dios, como cuando llamó á san Pablo y á san Mateo. Segundo, cuando sin tanta certidumbre, por la experiencia de los consuelos y por la discreción de espíritus, conoce claramente la voluntad de Dios. Tercero, cuando sin ser agitado de diversos espíritus que puedan turbar el juicio, elige lo que conoce ser más grato á Dios y provechoso para su salvación. Cuando en el primero y segundo tiempo no se ha hecho elección, se puede hacer de dos maneras en este tercer tiempo. La primera contiene seis puntos. Primero, poner delante de los ojos las cosas entre que quiero elegir. Segundo, mirar el fin para que fuí criado, que es servir á Dios y salvar mi alma y ponerme indiferente para tomar los medios á conseguir este fin. Tercero, pedir á Dios luz para elegir lo que fuere su voluntad y más gloria suya. Cuarto, discurrir cuántos provechos espirituales ó daños se me siguen de tener tal estado ó oficio, ú de no tenerle. Sexto, hecha la elección, ir á la oración y ofrecerla á Dios para que la confirme, si es conforme á su voluntad. El segundo modo para hacer buena elección, contiene cuatro reglas y una nota. Primera, que el amor que me mueve á elegir tal estado, descienda de el amor de Dios, de manera que experimente yo en mí, que el amor que tengo á lo que elijo, es por Dios y no por otro respeto humano. Segunda, ¿qué aconsejára yo á un hombre á quien yo deseara toda perfección, si se hallára en las circunstancias en que me hallo, para mayor gloria de Dios y provecho de su alma, y tomar para mí el consejo que diera á otro? Tercera, si me hallára en la hora de la muerte, ¿qué elección quisiera haber hecho en tales circunstancias y hacerla ahora? Cuarta, pensar cómo quisiera haber deliberado en el día de el juicio acerca de la cosa presente y deliberar ahora de ese modo. La nota es que se ofrezca la elección á Dios para que la confirme, si le agrada. Después enseña á reformar la vida y estado al que ya le tiene, considerando por los ejercicios y modos de elegir sobredichos como debe ordenar y gobernar su casa, cuánta familia debe tener y cómo debe distribuir su hacienda, etc.

Héme detenido en este punto, porque nada importa más á todos que saber elegir estado ú ordenar el que han elegido, y ningún modo puede hallar mejor que el que en-

Universidad de Deusto Biblioteca

seña san Ignacio; de que dijo con razón el padre Everardo Mercuriano: «El ejercicio de la elección es una divina luz, que obscurece todo el falso resplandor con que los filósofos antiguos hablaron y disputaron de el acierto en la elección de las cosas; porque en todo cuanto dijeron y escribieron, nunca dieron reglas más seguras, principios más universales, ni más propios, ni más bien ordenados, que bien observados, llevan con infalible certeza á la elección de la parte más segura.»

En la cuarta semana, que pertenece á la vía unitiva, propone los misterios gloriosos que sirven para ejercitar en nosotros la esperanza y amor de las cosas eternas y á participar en esta vida de alguna manera las eternas delicias. Y acaba esta semana con la contemplación del amor, para ejercitar el amor de Dios en nosotros, enseñando en qué consiste y poniendo poderosos y eficaces motivos para encender este amor en que está lo sumo de la perfección y la unión con Dios, pues, como dice Santo Tomás, por medio de el amor está el que ama en la cosa amada, y la cosa amada en el que ama. Entre los motivos que pondera el amor, dá medios fáciles y suaves para subir de la consideración de las criaturas á la consideración y estima de el Criador. Detiénese San Ignacio en esta semana menos que en las otras, por la razón que al principio dije. Y puso el principal cuidado en los Ejercicios, en enseñarnos á meditar acerca de la humanidad de Jesucristo, porque es la puerta para entrar á la divinidad, y estando á la puerta con humildad. Dios nos meterá dentro, y llevará á la bodega de sus vinos, y sentará á su mesa y nos dará á comer el fruto de la vida.

En todo el libro enseña el Santo varios modos de orar, dá reglas para discernir espíritus, para conocer y curar escrúpulos, para distribuir con acierto las limosnas, para moderarse en la comida, para sentir y hablar debidamente de la Iglesia, de los santos y cosas de nuestra fe, y todo el libro está lleno de advertencias, ya generales para todos los Ejercicios, ya particulares para cada semana, mirando

de manera á todo género de personas y estados, que, como dice Suarez, nada se echa menos en él. Esto he dicho para que se vea la armonía con que está escrito el libro y que le podemos llamar con razón Lógica ó Arte de espíritu. Pero más conocerá de su excelencia quien lo leyere con atención y mucho más quien lo practicare con intención de aprovecharse de la divina sabiduría que en él está encerrada debajo de humildes palabras y sencillo estilo.

Una cosa quiero advertir por conclusión de este punto; que aunque algunas de las advertencias que dá nuestro Padre San Ignacio para hacer bien los Ejercicios parezcan menudas, se deben guardar con grande exacción porque son los cabellos de Sansón, en que está la fortaleza y de ella depende mucho el fruto, porque si se dan de otro modo los Ejercicios de el que enseñó San Ignacio, ya no son los Ejercicios de San Ignacio sino los que cada uno imagina y dispone á su modo; con que no tendrán aquella eficacia maravillosa que tiene Dios aligada á este medio que él enseñó, como *ex opere operato*. Esta causa dá el Padre Diego Mirón, de no producir ahora los Ejercicios en todos los que los hacen aquellos aventajados frutos que eran ciertos los primeros años. Piden también gran prudencia y magisterio en el que los dá, y no es tan facil darlos como piensan algunos, y así San Ignacio nombraba en su tiempo solamente cinco que los daban con toda perfección: el primero al Padre Pedro Fabro, el segundo al Padre Alonso Salmerón; después ponía al Padre Francisco de Villanueva y al Padre Jerónimo Domenec, y para dar los de la primera semana, al Padre Francisco Estrada; porque aunque el Santo, como dijimos, dá reglas y advertencias para todos los estados en que se suele hallar el ejercitante, es menester mucha prudencia para saberlas aplicar, porque son los Ejercicios medicina de el alma que se debe aplicar á los enfermos según su disposición, como la medicina corporal á los cuerpos, y por más reglas y principios que dé la medicina no podrán los remedios dar salud al enfermo si no hay prudencia en el médico para aplicarlos en el tiempo, cantidad y tempe-

Universidad de Deusto Biblioteca

ramento que se requiere. La advertencia que no puedo dejar de dar por despedida es, que quien dá los Ejercicios y quien los recibe se encomienden en el discurso de ellos, muy particularmente á San Ignacio, esperando que Dios dará los frutos de este árbol por los merecimientos de aquel por quien le plantó en su Iglesia.

CAPITULO XI

Fruto que hizo San Ignacio en Manresa y fama de su santidad por este tiempo

Volvamos á San Ignacio, de quien nos apartamos divertidos con el libro de los Ejercicios, y mirémosle coger los primeros frutos de su doctrina y de su celo. Aunque procuró esconderse á los ojos de los hombres en el hospital y en la gruta, no pudo la luz estar oculta mucho tiempo, porque sus mismos resplandores la manifestaron y sus obras eran tales que le hacían muy reparable de todos. Divulgóse luego su nobleza y el valor que había mostrado en el castillo de Pamplona, y cómo había dado sus vestidos al pobre en Montserrate y vestídose de el saco haciéndose pobre y mendigo. Habiendo empezado los de Manresa á tenerle por santo como testigos de sus fervores y de la humildad con que había sufrido los primeros desprecios, creciendo la fama cada día, venían de otras partes á ver aquel espejo de penitencia en que podían mirarse los pecadores y los santos. Y como Dios le tenía escogido para fundador de una religión que tuviese por instituto la salvación de las almas, le infundió desde luego un insaciable celo de el bien de los prójimos, para no perder ocasión de aprovecharlos en cuanto sus fuerzas alcanzaban.

Al principio se paraba en las calles principales de Manresa donde había mayor concurso, y hincándose de rodillas hacía pláticas de las cosas de el cielo, y aunque de muchos no sacaba más que injurias y desprecios, con la paciencia

se convirtieron en flores y frutos estas espinas. Cuando hablaba de la pasión de Cristo se deshacía en lágrimas, haciéndolas derramar á los oyentes y con un vivo sentimiento repetía: En solo Cristo y su cruz se halla verdadero consuelo y alegría. Y hablaba la boca, de la abundancia del corazón, porque su mayor deseo era estampar en sí la pasión de su Señor, y para perpétuo recuerdo traía consigo una cruz de palo, en que quisiera estar crucificado con Cristo. A cuantos venían al hospital enseñaba el camino del cielo y exhortaba á examinar la conciencia y frecuentar los sacramentos. Muchas señoras principales, movidas de sus palabras, tomaron por costumbre confesar y comulgar cada ocho días, cosa tan nueva en aquel tiempo, que por esto las llamaron Iñigas, por ser Iñigo ó Ignacio el autor de esta frecuencia. Aquí dió principio á aquel provechosísimo ejercicio que introdujo él y dejó tan encomendado á sus hijos, de enseñar públicamente la doctrina cristiana á los niños y gente ruda que concurría en gran número á la plaza del hospital, y hacíalo desde dos piedras que estaban á la puerta y hasta hoy se conservan en el mismo lugar, aunque embarazan algo el paso, por memoria de cosa tan grande, aunque no lo parezca á los ojos que miran más la gloria humana que la divina.

Los que iban á la cueva de Manresa y á otras partes donde se extendió su fama, con solo mirar aquel traje y aspecto tan penitente lloraban sus pecados y sin poderlo embarazar le besaban las manos y los pies y al descuido le quitaban pedazos del saco, que guardaban por reliquia. Valiéndose de la ocasión, sentándose á la puerta de la cueva y haciéndolos poner en orden, les platicaba de la hermosura de la virtud, de la fealdad de los vicios, de la eternidad de la gloria y el infierno, de los frutos de la penitencia, de la importancia de la confesión y comunión; y como sus palabras salían encendidas del fuego que ardía en su pecho, traspasaban los corazones de los oyentes, que volvían trocados á su casa con otros deseos é intentos que se manifestaban en la enmienda de su vida. A los que veía

capaces daba puntos de meditación para que tuviesen oración en su casa; con que hizo raras conversiones y muchos entraron en religión. Deponen algunos testigos, con juramento, en los procesos para la canonización de San Ignacio, que antes de venir á Manresa apenas conocían á Dios, y después fué maravillosa y propia de la mano de el muy alto la reformación de costumbres y mudanza de vida de los vecinos. Miguel Feliu, presbítero, condiscípulo del Santo en Barcelona, añade que enseñaba públicamente en Manresa unos Ejercicios espirituales y que pegaba fuego de amor de Dios en los oyentes con su santa doctrina.

Cuantos miraban con atención este celo y contemplaban las primeras obras de Ignacio, concebían esperanzas de que había de tener en él la Iglesia un valeroso soldado, el infierno un poderoso enemigo y el mundo un gran reformador. Quien más esperaba era Fray Juan Chacones, que veía, no solamente lo exterior de las acciones, mas sabía lo más interior de su alma. Acudía algunas veces el Santo desde Manresa á visitarle y comunicar con él las cosas de su conciencia, y admirábase el venerable anciano de ver cuánto crecía cada día su discípulo, á quien miraba ya como maestro y varón consumado, y decía muchas veces á sus monjes: «Este ha de ser una insigne columna de la Iglesia, un apostol de todo el mundo, un nuevo Pablo para sembrar el evangelio entre los bárbaros é idólatras.» Con semejante aprecio hablaba de él una mujer tenida y estimada por santa en toda España y principalmente en la corte, á donde fué llamada del rey católico para negocios gravísimos. Inés Pascual, que por ocasión del contagio que se padecía en Barcelona, de donde era natural, se había retirado á Manresa, mujer de conocida virtud, de quien muchas veces hemos de hacer mención por los oficios de madre que hizo con Ignacio en esta ciudad y en la de Barcelona, fué una de las primeras personas á quien encontró entrando en Manresa y en viendo al Santo se halló interiormente movida y necesitada á reverenciarle, y habiéndole servido en una enfermedad, hablaba de su santidad con grande encarecimiento diciendo cosas maravillosas de lo que había visto y oído, aunque después con el mayor trato fueron sus elogios mayores. Lo mismo pudiera decir de otras matronas de Manresa y de Barcelona, que se hallaban por la misma ocasión del contagio en la ciudad, y le veneraban como á un santo del cielo y se tenían por bienaventuradas en servirle en sus enfermedades. Persona hubo en Manresa que por no perder su compañía y el provecho espiritual que sentía con su comunicación, dejó perder un pleito de mucha importancia. Cuando iba á hacer oración á unas cruces de piedra que están fuera de Manresa, y á Nuestra Señora de Villadordis ó á otra estación, le seguía mucha gente, llevada de el olor de sus virtudes y de la dulzura de sus palabras, porque siempre remataba estas procesienes en alguna plática espiritual con que los afervorizaba y encendía en el amor de Dios. Y este podemos llamar el principio y origen del acto de contrición que se hace por las calles y plazas, y que el Señor ha bendecido con tan copiosos frutos en España y en las Indias.

Tanto llegó á ser y tan universal el aprecio y veneración del siervo de Dios, que habiéndole llevado dos veces para curarle en su casa un caballero rico y principal que se llamaba Andrés de Amigant y su mujer que se llamaba María de Amigant, en adelante á él llamaron Simón y á su mujer Marta, porque habían recibido en su casa y servido á Cristo en Ignacio, á quien consideraban en la vida y el deseo de hacer bien á todos, una viva imagen del Salvador. Era heredada la piedad con los pobres enfermos en la familia de Amigant, porque Gaspar de Amigant introdujo el año de mil trescientos y sesenta y cuatro la devoción de curar en su casa perpétuamente dos pobres enfermos, para lo cual tenían dos aposentos reservados. Continuando esta loabilísima costumbre, Andrés de Amigant mereció llevar á su casa á San Ignacio en las dos enfermedades que tuvo en Manresa, sacándole en la primera del hospital de Santa Lucía, y en la segunda del convento de Santo Domingo. Servíanle de competencia el mismo Andrés de Amigant, y

su madre Angela de Amigant, y su mujer y su hijo primogénito José de Amigant, sin detenerlos en la primera enfermedad decir los médicos que era tísica y se les podía pegar, pudiendo más en ellos la devoción y no pudiendo creer que les había de pegar su mal el que á todos hacía bien. El aposento donde estuvo enfermo se ha granjeado mucha veneración, no sufriendo servir á unos profanos, habiendo servido de hospedaje á tan grande siervo del Señor. Alquilando esta casa Domingo Monge, un criado suyo metió dos docenas de pollos en el aposento del Santo, y volviendo dentro de pocas horas los halló á todos muertos sin haber causa natural para ello. Ninguno puede dormir en él porque los que lo han intentado sienten tanto ruido y desasosiego que se ven obligados á salir. Pintó San Ignacio al pie de su cama tres cruces en la pared, á modo de monte Calvario, para tener en su enfermedad más presente la muerte de su Señor, y otras cruces en las ventanas, y era cosa rara y maravillosa, que blanqueando el aposento salían luego las cruces y procurando algunos borrarlas no pudieron, mas llevaban del yeso por reliquia. Tres enfermos de tabardillo, luego que fueron llevados á este aposento é invocaron á San Ignacio cobraron entera salud. Consérvase en él un oratorio de mármol de la Virgen de la Anunciata, delante del cual solía el Santo hacer larga oración.

Aunque llamaba San Ignacio á la ciudad de Manresa su madre, por los muchos beneficios que en ella recibió, á la casa de los Amigans llamaba particularmente con vocablo catalán su casa pairal, que quiere decir casa de sus padres, que tales se mostraron, no solo en el tiempo de las enfermedades, sino en el de la salud, socorriéndole con sus limosnas todos los días mientras estuvo en Manresa, y después de muerto dieron mil escudos para su canonización, y en todas ocasiones han favorecido á la Compañía en borrascas y necesidades que ha padecido en Manresa. Por lo cual el Padre General Juan Paulo Oliva concedió carta de hermandad á esta familia tan benemérita, para que sea

participante de todas las obras, que á su mayor gloria se dignare el Señor de hacer por la Compañía en el mundo. Y ya San Ignacio en la tierra, y ya en el cielo, se había mostrado agradecido á tan insignes bienhechores, porque cuando le nombraron General, escribió á los señores Amigans dándoles cuenta de su elección y diciendo que, aunque pecador, si merecía gozar de Dios en su gloria, nunca se olvidaría de los que tanto bien le habían hecho. Y mostrólo, en efecto, desde el cielo, favoreciendo á estos caballeros en las grandes adversidades y trabajos que pasaron, mártires de la lealtad á su legítimo Señor, en las inquietudes de Cataluña y en otros de que sólo referiré un caso, que por las circunstancias recomienda más la virtud de la hospitalidad que ejercitaron con el Santo. El año de mil y seiscientos y treinta y cinco, hallándose Juan de Amigant cerca del convento de Santa Clara en Manresa, le asaltó de repente un accidente de perlesía que lo afligió mucho por su vehemencia y estar solo y viejo; llamó en su favor á San Ignacio, que le apareció en traje de pobre, como había sido hospedado en su casa, y sin saber cómo, se halló arrimado á una cruz de piedra que está enfrente de la casa del Tort, cerca de la cueva donde hacía penitencia el Santo, por cuya intercesión salió felizmente de su enfermedad.

Con ser tal la vida de San Ignacio en Manresa, como hemos visto y publicaba su fama, si le comparamos con él mismo, después compararemos un niño con un gigante, el aurora con el día, el bosquejo con la pintura, porque estas fueron las niñeces y primeras líneas de su santidad, y por eso llama él á Manresa su Iglesia primitiva.

Universidad de Deusto Biblioteca

CAPITULO XII

Cómo salió San Ignacio de Manresa, y la veneración que tienen los lugares donde estuvo

Habiendo estado poco más de diez meses en Manresa, trató de partirse á Jerusalén, como lo tenía determinado. ayudando á apresurar su viaje la reverencia y veneración que todos le tenían, y cada día iba creciendo, acudiendo toda la provincia á buscarle, como si fuera un San Juan Bautista que habitara aquel desierto, y ni en el hospital, ni en la cueva, ni en la ermita de Villadordis, ni en otra parte se podía retirar, sin que á todas horas tuviese quien le acechase y buscase.

Cuando se supo en Manresa su determinación, no se puede decir el sentimiento que hubo en toda la ciudad, y cuánto procuraron detenerle, exagerando los peligros que había de padecer en la navegación y entre los mahometanos, y ponderando el desamparo en que quedaban sin maestro que los guiase en el camino de la virtud, que por su ejemplo y exhortación habían comenzado, prometiendo ser cada día mejores si se quedaba con ellos. Como nada bastase para detenerle, porque Dios le llamaba para cosas mayores, muchos de sus amigos le pidieron con instancia los llevase por compañeros de su peregrinación, mas él no quiso admitir á ninguno, ni recibir la limosna que le daban para viático, por no disminuir la confianza que tenía en Dios. Y apretándole que tomase siquiera un compañero, pues no sabía la lengua italiana ni latina, respondió con toda resolución: «Que aunque fuese hijo ó hermano del duque de Cardona no le admitiría, porque llevaba por compañeros tres virtudes: la fe, á quien seguía como guía, que le certificaba la protección de Dios; la esperanza en la Divina Providencia, que le servía de viático. que nunca puede faltar; la caridad, que le juntaba con Dios para que no le pudiesen dañar los hombres; y que si llevara compañero, cuando tuviese hambre esperaría de él la comida; cuando tuviese sed la bebida; cuando cayese, que le ayudase á levantar; de donde nacería tenerle afición por estos oficios, con que le dejarían las virtudes, de quien deseaba no apartarse jamás». Lo más que pudieron conseguir sus amigos y devotos, por entender era esta la voluntad de Dios, para los fines que le llamaba, fué que se quitase el saco y se vistiese el hábito clerical, aunque corto, y de paño grueso y vil.

De esta manera se despidió de Manresa que toda estaba llena de lágrimas, sin haber casa donde no hiciese derramar muchas el sentimiento de su partida. Salió acompañado de muchas personas de todos estados, que aun entonces no cesaban de rogarle que se quedase con ellos ó que los llevase consigo, ó que á lo menos volviese presto á verlos. Entre los demás que seguían este triste acompañamiento, iba una mujer que llevaba de la mano un niño pequeño; puso el Santo la mano sobre la cabeza del niño, y dando á la madre buenos consejos para que le criase cristianamente, la dijo: «Este niño será casado, vivirá muchos años, y tendrá muchos hijos». Todo se cumplió como el Santo lo profetizó; casóse, tuvo trece hijos y vivió ochenta años.

Aunque salió San Ignacio de Manresa allí se quedó su fama y veneración, que serán inmortales en los corazones piadosos de los ciudadanos, que han convertido en lugares sagrados todos los que consagró el Santo con su hàbitación, y han dado mayor veneración á los sagrados donde estuvo. Uno de estos lugares es la Cruz que llaman del Tort, que está en el camino real de Barcelona, cerca del convento de Santa Clara, de religiosas de Santo Domingo. Aquí hacía oración el Santo muchas veces, y una se le apareció el demonio en figura de serpiente, y conociéndole con luz divina, le ahuyentó con el palo que en la mano traía, triunfando con tan flacas armas de enemigo tan poderoso y soberbio, y en el mismo lugar y ocasión se dice que vió el Misterio de la Santísima Trinidad, y en otras ocasiones tuvo otras

visiones sobrenaturales y divinas. Trasladóse la cruz que había antes, á la cueva, como luego diremos, y en la que se colocó en su lugar se puso esta inscripción: *Hic habuit Sanctus Ignatius divinam visionem 1522*. Más arriba del convento de Santa Clara, en el mismo camino real hay otra cruz que llaman de la Culla, donde el santo tenía también largos ratos de oración, y recibió muchos favores celestiales, por lo cual Juana de la Culla, matrona devota que había conocido al Santo, se hincaba de rodillas siempre que pasaba por este lugar, y hacía arrodillar á sus nietos y que rezasen un Padre nuestro y Ave María, diciendo: «Ay niños, quién fuera tan santa como el Padre Ignacio, que en esta cruz tuvo una gran revelación, y vió todos los cielos abiertos y á toda la Santísima Trinidad!»

Dejando las iglesias, conventos y campos, donde hay memorias de éxtasis, resplandores, elevaciones de la tierra, visitas del cielo y otros favores singulares, que recibió el santo de el Señor, y que quedan escritos en particular ó en general, porque no había en Manresa iglesia ó lugar sagrado que no frecuentase, ni lugar que visitase en que no recibiese alguna particular merced de nuestro Señor, se venera singularmente la imagen de Nuestra Señora de la Guía, que está en el camino de Monserrate á Manresa, antes de llegar al puente. A esta imagen hizo San Ignacio larga oración antes de entrar en la ciudad, la primera vez que vino á ella, y se le apareció la Santísima Virgen y le animó á perseverar en su penitencia comenzada. Y es fama pública, que desde entonces está mirando la santa imagen á la cueva de la penitencia de San Ignacio; y que aunque la vuelvan de otro lado se restituye siempre al mismo puesto. Mayor veneración tiene la ermita ó parroquia de Villadordis, donde fuera de los éxtasis y favores que dijimos, y muchas apariciones de Cristo y de la Virgen, se dice que tuvo algunas visitas de San Pedro apostol. Al lado derecho del altar mayor, hay una imagen de pincel de San Ignacio, vestido del saco, con un letrero en lengua catalana, que traducido á la castellana dice así: *San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús, en el año de mil quinientos y veinte y dos, primero de su conversión, viviendo en Manresa, frecuentaba esta iglesia de Nuestra Señora de Villadordis, donde recibió singulares favores del cielo, y en memoria de estos, esta devota y agradecida parroquia dedica este retrato á diez y nueve de Febrero de mil seiscientos y treinta y dos.* No contentos los feligreses, han alcanzado jubileo para el segundo dia de Pascua, y celebran fiesta con sermón, que es de los favores y visitas de el cielo que recibió allí San Ignacio. Después dan á besar el cíngulo de espadañas que guardan dentro de un cuerpo de plata de el Santo, y por él ha hecho el Señor algunos milagros; y en tiempo de tempestad le sacan y bendicen con él los campos. Este cíngulo se dice que ofreció á la Virgen la primera vez que la visitó, diciendo: «Señora, ya os he ofrecido en Monserrate las armas, y á un pobre he dado los vestidos; no me queda que ofreceros más que este pobre cíngulo.» Y luego se lo quitó y presentó á la madre de Dios, y después se puso otro de esparto.

En la plazuela del hospital de Santa Lucía, hay una pirámide con esta inscripción:

A Ignacio de Loyola, hijo de Beltrán, de la provincia do Guipúzcoa, fundador de los Clérigos de la Compañía de Jesús; el cual, siendo de edad de treinta años, en el castillo de Pamplona peleó valerosamente con los franceses por la defensa de su patria, y habiendo recibido algunas heridas mortales, y sanando de ellas por singular beneficio de Dios, encendido de deseo de visitar los Lugares sagrados de Jerusalén, se puso en camino, haciendo voto de castidad; y dejadas las armas en el templo de Nuestra Señora de Monserrate vestido de saco y cilicio, y casi desnudo en este lugar, comenzó á llorar los pecados de su vida pasada y con ayunos, lágrimas y oraciones, como nuevo soldado de Cristo, á tomar venganza de sí mismo.

Para memoria de una cosa tan grande, y gloria de Dios y honra y resplandor de su Compañía, Juan Bautista Cardona, valenciano, obispo de Vich y electo de Tortosa, por

Universidad de Deusto Biblioteca

la devoción grande que tiene á la santidad del dicho Padre y de su religión, hizo poner esta piedra, como á varón piisimo, y á quien tanto debe toda la República cristiana, siendo Sumo Pontífice Sixto V, y rey de España el Católico y Máximo rey Don Felipe, Segundo de este nombre.

Dióse á los pobres otro lugar más acomodado dentro de la villa, y el hospital antiguo de Santa Lucía á la Compañía de Jesús, para que viviesen los hijos en la casa donde había vivido el Padre. El aposento donde tuvo aquel rapto de ocho días se hizo capilla y se consagró á San Ignacio, y se llama la Capilla del Rapto, y hoy se conserva el pavimento y ladrillos donde estuvo recostado todo el tiempo que duró y acude mucho número de naturales y forasteros á reverenciarle. Representa el rapto que aquí tuvo San Ignacio, y lo que vió en él, una pintura de el Santo tendido en el suelo, como muerto, y un angel que le entrega un estandarte con el nombre de Jesús, y los cielos abiertos, con toda la religión de la Compañía, y á los lados de la capilla dos inscripciones, una latina y otra castellana que declaran todo el suceso.

La cueva regada con la sangre de San Ignacio y consagrada con sus oraciones, está hoy á cargo de los Padres de la Compañía de Jesús que residen en Manresa. Pidiósela á Mauricio Cardona, cuya era, la excelentísima señora marquesa de Aytona, estando en su villa de Serós, y el dicho Mauricio y Catalina su mujer, hicieron donación de ella á la marquesa á veinte y siete de Enero de mil seiscientos y dos, y su excelencia la entregó liberalmente á la Compañía. Hay en ella una tabla de buena mano ,en que está pintado San Ignacio con el traje de su penitencia, y la Reina de los ángeles con su Hijo en los brazos, que le dicta el libro de los Ejercicios. con esta inscripción en la orla y marco del cuadro: *En este lugar el año de mil quinientos y veinte y dos, San Ignacio compuso el libro de los Ejercicios, que fué el primero que se escribió en la Compañía, y está aprobado por la Bula de la Santidad de Paulo Tercero.* El año de mil seiscientos y tres, Don Francisco Sala y

Robuster, Obispo de Vique, edificó sobre la cueva una capilla, con titulo de San Ignacio Martir, que mudó con el tiempo en el de San Ignacio de Loyola; y después se han fabricado allí algunos aposentos, para dar los Ejercicios á muchas personas que se retiran á hacerlos donde fueron enseñados, por respirar aquel lugar devoción y fervor, y prometer copiosa gracia tierra tan favorecida con las lluvias del cielo.

En la cueva se venera la cruz antigua del Tort, que es un crucifijo pequeño entallado en una piedra. Habiéndolo derribado un aire del pedestal donde estaba, le llevó á su casa el canónigo Tomás Fadre, y después le colocó donde ahora está, al lado de la Epístola de el altar de San Ignacio, en una abertura que hace la peña. Creció la veneración del Santo Crucifijo desde el año de mil seiscientos y veinte y siete, porque á treinta de Julio, víspera de San Ignacio, cantándose completas por celebridad de la fiesta, se vió salir sangre fresca y copiosa, primero de la llaga del costado, y después de las llagas de manos y pies, y de las heridas de la cabeza, como si corriera de un cuerpo vivo. Comprobó este prodigioso milagro el obispo de Vique con diez y seis declaraciones jurídicas de testigos dignos de toda fe, de los cuales eran dos canónigos, tres doctores médicos y un jurisperito. De esta manera honró el Señor la penitencia de su siervo, derramando sangre donde él la había derramado, y haciendo en cierta manera penitencia, mejor diré, moviéndonos á ella donde el Santo la había hecho.

Ha sido siempre y es hoy tan grande el concurso de peregrinos á este santuario, que apenas va ninguno á Montserrate que no venga á visitar la cueva, y algunos por mayor reverencia andan á pie este camino, que es de tres leguas. Muchos van de Manresa descalzos, algunos de rodillas, otros con luces en las manos. Mauricio Cardona testifica de su tiempo con juramento, que vió algunos dias ir á visitarla más de mil personas. Y ha mostrado Dios en todos tiempos cuánto le agrada esta devoción haciendo muchos milagros con el aceite de la lámpara que arde de-

lante de la imagen de el Santo, y con la tierra de la misma cueva. Los peregrinos con las dagas y cuchillos raspan las piedras y cortan piedrezuelas que engarzan en plata y oro y estiman más que si fueran de diamantes, y son eficaz remedio de muchas enfermedades, especialmente contra los ahogos y hechizos. La reina Católica Doña Margarita de Austria, estando cercana al parto el año de mil seiscientos y tres, pidió una piedrezuela de esta cueva para que San Ignacio la favoreciese en el parto, como hace á todas las que en aquel riesgo se le encomiendan; y la ciudad le envió dos piedras envueltas en holandas y sedas, que estimó y guardó como preciosa reliquia. El Eminentísimo Sr. D. Francisco Surdis, cardenal y arzobispo de Burdeos, fué en peregrinación á Manresa el año de mil seiscientos y nueve, y anduvo todas las estaciones que el Santo consagró con su presencia; visitó el hospital, la capilla del rapto, las márgenes de el río Cardoner y la cueva: aquí dijo misa, y después con extraordinarias muestras de piedad besó el suelo que habían pisado los pies de San Ignacio y regado sus lágrimas y su sangre; pidió aceite de la lámpara y polvos de la peña, que recibió con gran veneración y quiso que el corregidor de Manresa que le acompañaba, diese testimonio de la certeza de aquellas reliquias, y concedió cien días de indulgencia á quien visitase los santuarios de el hospital y la cueva. Con la misma devoción la han visitado los Vireyes de Cataluña, Obispos y en una ocasión fueron juntos cuatro, el de Vique, Barcelona, Solsona y Alguer, Inquisidores, el General de San Benito y otras personas de semejante autoridad.

Antes que la cueva estuviese con el adorno que ahora, mostró Dios cuán digno de reverencia era aquel lugar con un suceso maravilloso. Salieron de Manresa unos mancebos con unas mujercillas en busca de lugar retirado, y encontrando la cueva y no sabiendo, según confesó después uno de ellos, que había estado en ella San Ignacio, entraron dentro y queriendo cumplir su mal intento, empezaron á temblar y pasmarse con un pavor extraordinario, que les

obligó á salir huyendo, pensando que venía sobre ellos toda la ira de el cielo. No ha muchos años que fué á rezar á la cueva un hombre que pasaba por allí de noche á cometer una culpa, y oyó que se disciplinaba dentro uno, siendo cierto que no había nadie en la cueva, con que se compungió y arrepintió de su mal intento. Y cuantos entran en la cueva se sienten movidos á devoción y lágrimas de sus culpas, predicando penitencia aquellas paredes mudas que hospedaron á Ignacio penitente.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LIBRO SEGUNDO

DE LA VIDA Y VIRTUDES DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

CAPITULO PRIMERO

De lo que le sucedió en Barcelona y algunas ciudades de Italia, hasta embarcarse para Jerusalén

BARCELONA fué el segundo teatro de las hazañas de San Ignacio en dos ocasiones que estuvo, ahora de paso y después más de propósito; aquí empezaron sus peregrinaciones sobre que habían de fundarse las misiones que instituyó en su Religión. A esta ciudad pasó de la de Manresa, habiéndose despedido de Nuestra Señora de Montserrate á los primeros de Febrero de mil y quinientos y veintitres. Su traje era cual convenía á un peregrino de Jerusalén, vestido de la mortificación de Cristo por de dentro, y por de fuera del mismo Cristo, á quien tenía en el corazón. Entró á pie y descalzo, debajo de

la sotanilla de paño grosero traía fuera del cilicio ceñida la cadena de hierro sobre la sotana; colgado del cuello un Crucifijo de dos ó tres palmos, sin cruz, como si él quisiera serlo, no rigurosa, sino suave de su redentor, el cual vino á manos de un descendiente de los Pascuales y después al Colegio de la Compañía de Jesús de Barcelona, donde se guarda como preciosa reliquia y se lleva á enfermos y ha hecho Dios por él algunos milagros. Encontró en Barcelona á Inés Pascual vuelta ya de Manresa, que le hospedó con grande caridad, y en poco más de veinte días que se detuvo en esta ciudad, como no sabía estar ocioso, se ocupó en aprovechar á los prójimos, visitando las cárceles y hospitales donde servía y consolaba á los enfermos y presos sin perder ocasión de exhortar á los que trataba, al amor y temor santo del Señor. Pedía limosna por la ciudad, la cual repartía á los pobres, guardando para sí un pedazo de pan, que con un vaso de agua era su ordinario sustento. Verdad es, que ya tenía determinado si le convidaban á comer de limosna, comer lo que le diesen, porque aunque al principio de su conversión hizo firme propósito de no comer carne en toda su vida, después le dió á entender el Señor, que quería la comiese en adelante, y habiéndolo consultado muchas veces con Su Majestad en la oración y con su confesor en la cuenta que le daba de su conciencia, no pudo dudar ser esta su voluntad, que le disponía suavemente para fundar una Religión Apostólica, con vida común en lo exterior por las razones que diré á su tiempo, mandándole interiormente como á sus Apóstoles, que comiese lo que le pusiesen á la mesa, para que así tuviese más ocasión de dar mantenimiento espiritual á las almas cuando recibía el sustento de el cuerpo.

Estando un día en la iglesia de San Juste sentado en las gradas de el altar mayor entre los niños, oyendo sermón, una noble matrona llamada Isabel Rosés, no Rosél, como otros dicen, poniendo en él los ojos vió su rostro cercado de resplandor y oyó una voz interior que la decía con gran fuerza: «Llámale, llámale.» Calló entonces porque era mujer muy prudente, y volviendo á su casa, contó á su marido, que era ciego, lo que había visto y oído, y le rogó que le convidase á comer, porque sin duda aquel pobre era gran siervo de Dios. Hízolo así, y de sobremesa habló tan altamente de Dios, que admirados y edificados conocieron más claramente por sus palabras que por las luces de el rostro su grande santidad. Quisiera Isabel Rosés tenerle por perpétuo huesped en su casa, ó á lo menos que no saliese de Barcelona; pero sabiendo que pasaba á Italia para ir en peregrinación á Jerusalén y que tenía dispuesto embarcarse en un bergantín que estaba para navegar á Italia, movida de Dios, que tenía otros fines, aunque ella sólo pretendía tener al Santo más tiempo consigo, le rogó que no se embarcase en el bergantín, que era poco seguro, sino aguardase una nave que estaba cerca de darse á la vela, prometiendo darle todo lo necesario para la embarcación. Detúvose el Santo por sus ruegos, aunque no quiso admitir la oferta de el dinero ni otra cosa, porque le parecía contradecir á la confianza que él tenía puesta en sólo Dios. Luego se hizo á la vela el bergantín y á vista de el puerto fué tragado por las olas, sin salvarse persona de cuantas iban en él, adorando Ignacio la providencia divina, que con modo tan suave le había guardado la vida.

Luego trató de partirse en la nave, y pidió al patrón de ella que le llevase de limosna como á pobre; el patrón prometió llevarle de valde, con tal que metiese para sí la cantidad de bizcocho que había menester. Deseaba Ignacio mendigar en el mar como en la tierra, y viéndose necesitado á tratar de la provisión de el bizcocho que le pedían, se afligía y acongojaba, pareciéndole que faltaba á su propósito y deseo de perfectísima pobreza, y así empezó á luchar consigo y á reprenderse diciendo: ¿Qué es esto? ¿Háte faltado algo desde que no tienes nada? Pues, ¿cómo ya quieres prevenirte, como si hubieras experimentado menos liberal al Señor? ¿Dónde está aquella confianza tan segura de que nada te faltaría? ¿Por ventura no te podrá sustentar en la mar quien te ha sustentado en la tierra? Por esto no

se resolvía á hacer la provisión de el bizcocho ni á dejarla, por no perder ocasión de hacer su viaje, hasta que determinó proponer sus dudas al confesor (como hacía en las demás cosas) y decirle las razones que se le ofrecían por una y otra parte, para que él lo determinase y le mandase lo que había de hacer. El confesor le mandó que metiese el bizcocho en la nave, porque esto no disminuía en nada su confianza en Dios, ni la perfección de su pobreza. Vencida esta duda, no pudo Isabel Rosés persuadirle que admitiese de su casa lo necesario, pareciéndole más conforme á la pobreza, pedirlo de puerta en puerta.

Andando por la ciudad pidiendo limosna llegó á la puerta de una señora Rocaberti, la cual tenía un hijo que se había huído de su casa y andaba vagamundo sin querer volver con su madre. Cuando vió á Ignacio pedir limosna, descubriendo en el rostro y porte (mal disimulado de los nobles en cualquiera fortuna) que el pobre era más de lo que el traje representaba, le pareció ver una imagen de su hijo, y con el sentimiento de madre y arrojo de mujer, le dijo cuanto uno y otro le trajo á la boca; que era un vagamundo y deshonra de su linaje, que mejor le fuera volverse á su casa ó irse á la guerra, que andar con una vida ociosa entre la gente más vil de la República; que no merecía limosna, sino que le echasen en una carcel y le llevasen á una galera. Oía el Santo estas injurias con alegre semblante, sin apartarse de la puerta de aquella mujer, hasta que habiendo acabado de deshogar su cólera, la dijo con mucha paz: «Señora, yo os hago gracias, porque me decís lo que me conviene, y mucho más pudiérais decir si me conociérais bien. Espantada y confusa la matrona de tan nueva respuesta, convirtiendo en reverencia el enojo, se excusó de las palabras inconsideradas que le había dicho, y le dió una buena limosna, y quedó con tanta estima de Ignacio, que entonces y después que volvió de Jerusalén, le reverenció como á Santo, contando muchas veces este suceso, siempre con admiración; y todos sus descendientes han sido siempre muy devotos de la Compañía.

Habiendo comprado de la limosna que juntó el bizcocho necesario, por no llevar más de aquello que no podía escusar, puso al tiempo de embarcarse el dinero que le había sobrado sobre un banco de la marina, para el primero que le encontrase, porque no tenía allí pobres, y no quiso darlo á los marineros, porque no le tratasen bien por este respecto. La navegación fué muy peligrosa, aunque breve, porque en cinco días los llevó una recia tempestad de Barcelona á Gaeta, y en tan poco tiempo se adquirió Ignacio el nombre de Santo con que le llamaban los navegantes viéndole sereno en el mar airado, y gastar la mayor parte de el día y casi toda la noche en hablar con Dios, para lo cual se retiraba debajo de la cubierta y solo interrumpía su oración para hablarles de Dios y de el bien de sus almas, de que admirado un Comendador de San Juan que iba en el bajel, aunque le miraba en hábito tan vil y despreciado, le sentaba á su mesa, venerándole como á varón de Dios.

En Gaeta se recogió á una casería cerca de la ciudad, donde le dieron de cenar unos soldados, y después se fué á dormir á un establo; mas á deshora de la noche estando en oración, oyó voces de quien se quejaba y pedía favor, y saliendo al patio corriendo halló una honesta mujer, á quien pretendían los soldados ultrajar; armóse de el celo de Elías y sin temer su peligro, los reprendió y afeó su maldad con tanto imperio, que los soldados atemorizados desistieron de su mal intento sin volverse contra el Santo; donde se reconoce no menos la eficacia que daba Dios á sus palabras, que la providencia con que guardaba su vida, pues sus palabras pudieron reprimir la lascivia de unos soldados libres, y no encendieron la ira de unos hombres temerarios.

De Gaeta partió á Roma, y en este camino padeció grandes trabajos, porque este año de mil quinientos y veinte y tres fué Italia muy afligida de pestilencia, y todas las ciudades y lugares tenían guardas que no dejaban entrar á los forasteros, y como él estaba tan macilento y flaco con la penitencia y iba tan mal vestido, en todas

partes le despreciaban y apartaban como hombre tocado de el contagio, y ni aún limosna se atrevían á darle por no acercarse á él: por las noches dormía en el campo al sereno, ó cuando mucho en un portal; algunas veces era tanta la hambre que padecía, que sin poder dar un paso adelante, se caía en el suelo de pura flaqueza, sin poderse levantar hasta que venía de lo alto el socorro.

Habiendo llegado á Roma, con más trabajos que pasos el domingo de Ramos, en quince días que se detuvo en esta santa ciudad, visitó todas las estaciones y santuarios con gran provecho de su espíritu, y tomó la bendición y licencia de el Sumo Pontífice Adriano VI. para pasar á la Tierra Santa. Muchos procuraron disuadirle el viaje, por ser el camino largo y dificultoso, en que por mar y tierra había de padecer contínuos trabajos y peligros, especialmente en un año tan incómodo por los temores de peste que corrían en todas partes; que en Roma hallaría satisfacción su devoción en tantos lugares sagrados, que quitan la curiosidad de ir á Jerusalén. No pudiendo detenerle, le importunaron para que á lo menos tomase algún dinero para pagar el flete da la embarcación. Por no negarlo todo, ni parecer temerario, tomó siete ú ocho ducados, y con ellos salió de Roma para Venecia el domingo de Cuasimodo. Dos días después le vino grande escrúpulo de lo que había hecho, por parecerle que había faltado á aquel propósito que tenía de suma pobreza, y reprendiéndose á sí mismo, decía: «¿Cómo así, que me deje vencer yo de las razones de los hombres, para hacer contra la confianza que tengo puesta en solo Dios, á quien he hallado propicio en todas las ocasiones? No ha menester Dios que yo tenga dineros para sustentarme y llevarme á aquella su tierra santa, si me quiere hacer tan gran merced. Quería arrojar el dinero, pero mirándolo más, le pareció mejor darlo por amor de Dios á los pobres que encontrase; y así lo hizo, quedándose sin una blanca muy gozoso, porque no llevando dinero, llevaba el tesoro de la santa pobreza, más estimable para él que todas las riquezas de el mundo.

En este camino padeció los mismos trabajos, ó mayores que á la ida á Roma, porque fuera de dormir las noches en el campo, por no quererle recibir en las ciudades, los caminantes, viéndole hecho un esqueleto, huían de él como de la muerte, cuyo retrato parecía; y si acaso algunos le admitían en su compañía, no pudiendo seguirlos por su flaqueza, al caer la noche le dejaban solo, adelantándose ellos para entrar en las ciudades; pero Dios, por cuyo amor padecía todos estos trabajos, los recompensaba con soberanos consuelos, y él mismo era el ayudador de Ignacio, cuando los hombres le desamparaban. Habiéndole dejado una noche los otros caminantes caído en tierra en una campaña rasa, cerca de Padua, sin tener quien le mostrase el camino, ni quien le levantase del suelo, viéndose destituído de todo favor humano, acudió al divino, llamó al Señor en su ayuda, y apareciéndole Cristo, con rostro amoroso, le animó á padecer mayores trabajos por su amor, y le levantó del suelo, y prometió facil entrada en Padua y Venecia. Confortado con este regalo, corrió presuroso por los campos y entró en Padua, sin que los guardas le preguntasen quien era, ni de donde venía, pidiendo á los compañeros que le desampararon el testimonio de sanidad. Lo mismo le sucedió á la entrada de Venecia, donde haciendo los soldados y guardas de las puertas muchas preguntas y exámenes á sus compañeros, solo á Ignacio no examinaron, ni hablaron palabra, siendo por el aspecto el más sospechoso, quizá porque Dios le hizo invisible á los ojos de tantos Argos como guardaban las puertas de estas ciudades.

En Venecia, aunque le rogaron algunos que visitase al Embajador de España, para que le ayudase con su favor para el pasaje á Jerusalén, y con su limosna para el flete, nunca lo quiso hacer, diciendo que Dios le facilitaría la navegación, y con su ayuda no le faltaría nada; y así lo experimentó, empeñándose más el Señor en cuidar de él, cuanto más él descuidaba de sí. Mientras estuvo en esta ciudad mendigaba su comida de puerta en puerta, y las

noches dormía en la plaza de San Marcos. Había á la sazón en Venecia un senador llamado Marco Antonio Trevisano, varón sabio y verdadero siervo de Dios que juntaba de manera el cuidado de los negocios de la República con los de su alma, que parecía un religioso con toga, ó un togado con observancia. Sa vida era más áspera de lo que llevaba su estado, nunca desnudando el cilicio; su caridad más de lo que sufrían sus riquezas, siendo su casa propia de los pobres y peregrinos, con tanta liberalidad, que de muy rico llegó á tan pobre, que si no le sustentáran sus sobrinos, hubiera menester pedir limosna. Administraba los cargos públicos con tanta rectitud y justicia, que gobernando el reino de Chipre, no le llamaban con otro nombre sino con el de Santo, y habiendo llegado por sus méritos, á ser Dux de la República, quiso dejar esta suprema dignidad y hacerse religioso; y lo hubiera hecho si varones prudentes y celosos no le dijeran que convenia para el servicio de Dios que la tuviese, por cuyo consejo antepuso el bien público á su consuelo particular. Y coronó tan santa vida con una muerte digna de envidia, porque oyendo un día misa dió su alma al Señor con grande paz, lleno de años y virtudes. Este varón, cuyo elogio se debía no menos al ejemplo que á la santidad, oyó de noche mientras dormía, una voz que le despertó, y dijo: «Tú duermes en cama blanda y mullida, y mi siervo duerme en el duro suelo al sereno.» Levantóse el senador á estas voces, salió de su casa sin saber á quién buscaba, ni dónde le había de hallar, y llegando á la plaza de San Marcos, encontró al peregrino tendido en el suelo durmiendo; y conociendo que era el siervo de Dios á quien le mandaban buscar, le llevó á su casa y le regaló y trató con mucha honra y reverencia, la cual no pudiendo sufrir Ignacio, se huyó á otro día de su casa.

Encontró á un hombre rico español, que sabiendo sus intentos le llevó á su casa y le dió de comer, y le tuvo en ella hasta que se dispuso su partida. Tenía Ignacio esta costumbre, cuando le convidaban á comer, que en la mesa

nunca hablaba, sino era responder brevemente á lo que le preguntaban, mas escuchaba lo que se decía, y guardaba algunas de aquellas cosas para tomar ocasión de hablar de Dios; y acabada la comida lo hacía con grande espíritu y devoción. Hízolo así en esta ocasión y aficionó tanto con sus palabras al español y á toda su familia, que le rogó con mucha instancia se quedase con ellos y no pasase aquel año á Jerusalén, porque el mar estaba infestado de los turcos, que habían cogido el año antes la isla de Rodas y aventuraba en el viaje la vida ó la libertad; y de hecho muchos peregrinos que habían venido á Venecia para pasar á la Tierra Santa, se volvían á sus casas por temor de caer en manos de estos fieros enemigos. Prometieron sustentarle y darle todo lo necesario; mas él agradeciendo su buena voluntad, les dijo resueltamente que por ninguna cosa del mundo dejaría su propósito, ni volvería atrás; y que si una barca sola fuese á Jerusalén, en ella se embarcaría, y confiaba en el Señor que le llevaría á su deseada tierra. Viéndole su huesped tan resuelto, le ofreció vestidos y dineros, y cuanto hubiere menester para la navegación, pero él no quiso aceptar nada. Llevóle al Dux que era entonces Andrea Griti, varón muy estimado en la república; propúsole el Santo su deseo y propósito y pidióle embarcación y el Dux mandó que le llevasen liberalmente hasta Chipre en la nao capitana en que iba el Gobernador, que enviaba la República á aquel reino. Aunque los más de los peregrinos se habían vuelto á sus casas, como dijimos, todavía quedaban trece para la nao de los peregrinos, y ocho ó nueve para la capitana, en que había de ir el Santo. Partió primero la nave de los peregrinos y á Ignacio le sobrevinieron unas calenturas que le molestaron mucho; curóse en casa de el español, y el día mismo que había tomado una purga, oyendo un tiro de cañón, que avisaba de la salida de la capitana, se levantó de la cama, sin poderle detener sus huéspedes ni los médicos, que le decían era riesgo evidente de la vida y temeridad partir aquel día. Más él, que se guiaba por el médico Soberano

sin cuya particular inspiración no fuera prudencia hacerlo, se embarcó aquel día con la purga en el cuerpo, y quiso Dios darle salud, porque con la agitación del mar vomitó tanto, que se halló muy ligero, y empezó poco á poco á sanar, y la navegación que, según las reglas de la medicina, le había de causar la muerte, le fué causa de perfecta salud.

CAPITULO II

Como navegó á Palestina, y visitó los Santos lugares.

Embarcóse San Ignacio para Jerusalén á catorce de Julio de mil quinientos y veinte y tres: cometíanse en la nave grandes pecados, no acordándose los navegantes de Dios sino cuando amenazaba tempestad. No pudiendo sufrir el Santo que su Señor fuese ofendido, los reprendía con grande libertad, amenazándoles con el juicio y el infierno. Airábanse contra él los marineros, y tratábanle mal de palabra, y no bastando palabras para que Ignacio callase y dejase de reprenderlos, determinaron arrojarle en una isla desierta por donde habían de pasar. Supieron esto unos españoles que iban en la nave, y llamándole aparte le dijeron la determinación de los marineros, y rogaron que callase, pues sus palabras aprovechaban tan poco y no pusiese de valde su vida á tanto riesgo, pues no eran nuevas semejantes culpas en las navegaciones, y había cumplido con Dios intentando tantas veces embarazarlas. Ni las razones, ni el temor que no cabía en su pecho, pudieron hacerle callar, antes con más deseo que recelo de la muerte, los reprendía en adelante con mayor fervor, sabiendo que Dios es Señor de los vientos y los mares, y no pueden dañar los hombres á quien tiene de su parte á Dios. Y pagóle su Majestad esta confianza, porque llegando á aquella isla y pretendiendo muchas veces los marineros acercar la nave para arrojarle en ella, cuantas veces

lo procuraron, otras tantas un viento recio los apartó con violencia, hasta que rendidos á Dios, cuya mano reconocían en favor de Ignacio, prosiguieron su viaje á Chipre. Aunque sacó poco fruto el Santo de los navegantes con sus palabras, agradó tanto á Dios su celo, que muchas veces estando llorando amargamente las culpas que se cometían en la nave, se le apareció Cristo nuestro Señor y le llenó de inefables dulzuras y consuelos.

En Chipre encontró la capitana á la nave de los peregrinos que estaba para hacerse á la vela, y pasándose á ella Ignacio, llegó á Jafa ó Joppe, puerto de Palestina, distante cuarenta millas de Jerusalén, á treinta y uno de Agosto de mil quinientos y veinte y tres, habiendo gastado en el mar cuarenta y ocho días. Luego, como si aquellos aires respiraran santidad, empezaron los peregrinos á sentir en sus almas nuevos afectos de piedad y devoción, y dos millas antes de Jerusalén se fueron en silencio disponiendo para entrar en la santa ciudad, y cuando la descubrieron fué grande el consuelo de todos y mayor el de nuestro peregrino, como se puede conocer de los deseos que le hicieron caminar tantas leguas, padecer tantos trabajos y vencer tantas dificultades. ¿Mas cuánto le creció el consuelo, cuando entró en Jerusalén a los cuatro de Septiembre?

La Tierra Santa que se llamó de Promisión, por haberse prometido á Abraham para su descendencia, y manaba leche y miel para sus habitadores, mana ahora leche y miel de devoción para los cristianos que con espíritu la visitan, por ser la patria de los misterios de nuestra redención. En esta tierra entró Ignacio con más gozo que Caleb y Josué, cuando tomaron la posesión después de tan dilatados deseos. ¿Cuántas veces la besó? ¿Con qué palabras la saludó? ¿Con cuántas lágrimas la rego? Visitó después todos los Lugares consagrados y santificados con alguna acción ó pasión de Cristo y en todas sus estaciones no parecia que creía, sino que veía los misterios en el lugar mismo donde se obraron, sin poder contener las lágrimas. Aquí le parecia ver á Cristo recién nacido, allí le miraba

derramar sangre en la circuncisión, en otra parte predicar á los judíos, en otra venir á prenderle una cohorte de soldados, y siguiéndole preso desde Getsemaní por las calles de Jerusalén, entraba con él en casa de Anás, y Caifás, Pilatos, y Herodes y le oía azotar y pedir para la muerte de cruz, y después crucificarle en Gólgota y luego sepultarle Nicodemus y José. Y cuando se hallaba más poseído de la tristeza, se ahogaba toda su pena en el gozo que recibía, contemplándole resucitado en el mismo sepulcro que le encerró muerto, y después subiendo á los cielos en el monte Olivete.

Había venido á Palestina con propósito de quedarse toda la vida en ella, por encender más cada día el amor de Cristo con la memoria viva de sus misterios, y para predicar á los mahometanos y dar la vida por Cristo, si mereciese tan grande felicidad; porque aunque Dios le había revelado en Manresa que le tenía escogido para fundar una religión que se emplease en la conversión de las almas, no le reveló el lugar donde esto había de ser, y parecía muy apropósito para juntar discípulos y compañeros de Jesús aquella tierra donde Jesús los había juntado. Traía de España cartas de recomendación para que los religiosos de San Francisco le dejasen quedar en Jerusalén; diólas al Guardián, y éste le dijo, que el convento estaba tan necesitado que no podía sustentarle; á lo cual respondió, que él no quería más sino que le oyesen en confesión, porque en lo demás él se sustentaría de limosna. Dijo el Guardián que así podría hacerse, mas que era menester aguardar al Provincial, que estaba en Belén. Con esta promesa se aseguró Ignacio y empezó á escribir cartas á España para sus amigos, despidiéndose de unos y convidando á otros para que viniesen á ayudarle en la conversión de los mahometanos, Pero Dios tenía dispuesto que fundase su religión en Roma y no en Jerusalén; y así, estando alegre con las esperanzas de quedarse, vino el Provincial, y llamándole muy de prisa, le dijo, que había entendido que se quería quedar en Jerusalén, lo cual no podía ser, porque con su demasiado

celo se ponía á manifiesto riesgo de perder la vida, como había sucedido á muchas personas, que por dejarse llevar de semejante espíritu, unas habían sido cautivas; otras muertas. Respondió el Santo, que él estaba con resolución de quedarse en Jerusalén, y no recelaba algún peligro, ni desistiría de su propósito por temor de perder la libertad ni la vida, si no es que en quedarse hubiese de ofender á Dios. «Sí, ofendereis, dijo el Provincial, porque nosotros tenemos facultad para enviar de aquí á los que nos pareciere y para excomulgar á quien no nos obedeciere»; y quiso mostrarle las bulas, pero el Santo no lo consintió, diciendo que lo creía sin otra prueba, y que pues así lo quería y mandaba con la autoridad del Sumo Pontífice, le obedecería con mucho gusto.

Conociendo Ignacio que no era voluntad de Dios que se quedase en Jerusalén, determinó partirse el día siguiente, con harto dolor de perder la palma del martirio, que le prometía su esperanza. Pero antes de partir, le vino deseo de volver al monte Olivete, donde en una piedra se ven las señales que dejaron impresas las plantas de el Señor, cuando subió á los cielos. Apartóse secretamente de los peregrinos y sin guía ni turco de guarda subió al monte, y no teniendo otra cosa que dar por que le dejasen entrar, dió á la guarda un cuchillo de escribanías que llevaba. Habiendo hecho oración en aquel lugar, y recibido grandes consuelos del Señor, le vino deseo de ir á Bethphage, que está á la falda del monte Olivete, á la parte Oriental, de donde Cristo se partió el domingo de Ramos para entrar en Jerusalén. Aquí se acordó que no había observado en la piedra del monte Olivete á que parte caía la señal de el pie derecho de Cristo y á cual la de el izquierdo, y dando á las guardas las tijeras que le habían quedado, subió otra vez al monte y miró con mucha atención lo que deseaba.

Cuando los Padres de San Francisco le echaron de menos y supieron que se había apartado de los otros peregrinos, tuvieron mucha pena de su peligro y enviaron á toda priesa á buscarle con un mozo cristiano. Hallóle que bajaba

del monte lleno de gozo y alegría, y arremetiendo con él con un bastón en la mano, le asió del brazo riñéndole ásperamente, y no le soltó hasta que le trajo al convento. No se espantó ni temió el Santo con la vista y amenazas de aquel mozo colérico, porque en el mismo tiempo vió á Cristo nuestro Señor en el aire, que caminaba delante de èl, y no se ausentó hasta que llegaron á las puertas de el convento, dando por bien empleadas las reprensiones de los religiosos, por tan soberano favor.

CAPITULO III

Cómo se volvió á Barcelona y sucesos de este viaje

Dejando Ignacio su corazón en Jerusalén, llevó impresas en su alma las imágenes de aquellos Santos Lugares, para que le fuesen materia de contemplación y lágrimas toda la vida; también llevaba apuntado en un papel cuanto había observado en la Tierra Santa, para conservar en sí y excitar en otros la devoción á los Misterios de nuestra Redención. Y ya había enviado á Inés Pascual una relación exacta de tres pliegos, escrita de su mano, de los lugares que había visitado, agradeciéndole con este regalo el bien que le había hecho. También sacó de Jerusalén una caja de reliquias que dió en Barcelona á Sor Antonia Estrada, monja del convento de San Jerónimo de aquella ciudad, y hoy se conservan en él con mucha veneración, sobrescritas de letra de el Santo. Tomando tierra en Chipre los peregrinos hallaron tres naves aprestadas para Italia, una de turcos muy buena, otra de un mercader veneciano, no menos fuerte que rica, y la tercera pequeña, vieja y carcomida, en que la parecía temeridad entregarse al mar. Rogaron los otros peregrinos al mercader veneciano, que llevase á Ignacio en su nave, que haría una obra de gran caridad; mas viendo él que no tenía con qué pagarle el flete, dijo que no podía llevar á ninguno de limosna. Dijéronle que

era hombre santo, y respondió: «Si es santo, no necesita de navío para pasar el mar; váyase por su pie sobre las aguas». Viendo los peregrinos que el patrón de esta nave no le quería admitir, pidieron al capitán de la nave pequeña y vieja, que le recibiese en ella, y él respondió que con mucho gusto lo haría por amor de Dios, sin paga ninguna. Mas ya que Ignacio no pudo dársela, se la dió el Señor bien cumplida.

Hiciéronse todas tres naves á la vela en un mismo día con próspero viento, prometiéndose feliz viaje, y al ponerse el sol empezó un viento contrario que levantó una furiosa tempestad. Dividiéronse las naves, y los navegantes, entre la obscuridad y los horrores, miraban en las aguas el sepulcro; Ignacio sólo estaba seguro en los riesgos y sereno enmedio de la tormenta, porque navegaba, más que en el mar, en la providencia divina, sirviéndole de velas y viento favorable la confianza. Primero arrojaron los navegantes sus riquezas por salvar sus vidas á costa de aquello, sin lo cual les es penosa la vida; y no bastando para comprar la seguridad, la nave turquesa se anegó con toda la gente, y la veneciana dió en un vajío junto á la isla de Chipre, donde se perdió, salvándose tan solo las personas: solamente la navecilla en que iba el siervo de Dios, vieja y carcomida, burlándose de las olas llegó á salvamento y vino á tomar puerto en la Pulla, provincia de Italia, en el reino de Nápoles, y de allí á mediado Enero de mil quinientos y veinte y cuatro, en Venecia, habiendo estado en el mar dos meses y medio, enseñando Dios al mercader á costa de su hacienda y riesgo de la vida, y en él á todos los ricos y poderosos, que lo pierde todo quien no le quiere dar á Dios nada; y que si los santos no necesitan de naves para pasar el mar, las naves necesitan de los santos para ir seguras; y verdaderamente va segura aquella nave en que tiene Dios riquezas que perder, si así se puede decir, teniendo que perder un grande siervo.

Llegó el Santo á Venecia muy maltratado de el largo viaje, y encontrándole aquel español que le había tenido antes

en su casa, le rogó que se fuese á ella, y él lo admitió y se reparó algunos días. Trató de volverse á España para poner en ejecución lo que traía meditado, y aunque algunos deseaban detenerle, ó á lo menos que dilatase su viaje, por ser entonces el corazón del invierno, no lo pudieron recabar con él, porque ninguna fuerza humana bastaba para hacerle desistir de lo que entendía ser gloria de Dios. Tampoco quiso admitir más vestido de el que traía, que bastaba precisamente para decir que no andaba desnudo, pero no para abrigo ni reparo de los temporales; sólamente aceptó de su huesped un pedazo de paño, que hizo muchos dobleces para abrigar el estómago que tenía muy dolorido con la contínua abstinencia y rigor de el tiempo, y por importunación quince ó diez y seis reales, con protesta de que se los había de dar á los pobres que encontrase en el camino, como lo hizo en Ferrara; porque entrando en la iglesia mayor á hacer oración, se llegó un pobre á pedirle limosna, dióle una moneda; llegó después otro pobre y dióle otra mayor, y mostrando estos á los otros pobres la limosna que les había dado, vinieron todos á pedirle, y él repartió con ellos cuanto tenía, dándoles primero las monedas menores y después las mayores. Vinieron luego muchos juntos, y él les dijo que le perdonasen, que ya no tenía qué darles. Admirados los pobres de ver á un pobre mal vestido, que olvidado de su necesidad socorría las ajenas, empezaron á decir: «¿Qué Santo es éste?» Creció la admiración cuando después que salió de la iglesia le vieron pedir de puerta en puerta un pedazo de pan, y comenzaron á dar voces y á señalarle con el dedo, diciendo: «¡El Santo, el Santo!» contando á todos su caridad y la limosna que les había dado.

Partió de Ferrara para Génova por la Lombardía, que ardía en guerras entre españoles y franceses. Viendo algunos que, según enderezaba el camino, había de pasar forzosamente por los dos ejércitos, le advirtieron que torciese por otra parte, por el riesgo que corría su vida entre las armas y soldados; mas él llevando consigo á Dios, á nadie

temía. No traía más vestido que unos calzones de lienzo grosero hasta la rodilla, las piernas desnudas y los pies calzados; un jubón de lienzo negro, abierto con muchas cuchilladas por las espaldas, y una ropilla de paño vil, corta y raída. Llegando cerca de un lugar que tenía guarnición de soldados españoles, las centinelas que corrían la campaña, viéndole en aquel traje, le tuvieron por espía, y llevándole á una casilla junto á la puerta de el pueblo, le hicieron diversas preguntas para sacar la verdad, y como á todo respondiese que no sabía nada, le desnudaron con gran desenvoltura y le quitaron hasta los zapatos, por ver si hallaban alguna carta ó rastro de lo que sospechaban. Como no hallaron nada, se enojaron con él y le amenazaron que le habían de llevar al capitán, donde á puros tormentos le harían confesar la verdad.

Así lo hicieron, llevándole con sólo los calzones y el jubón, burlado del ejército, y injuriado de todos con oprobios y irrisiones. Como traía frescas las imágenes de lo que había visto en Jerusalén, se le representó la prisión de Cristo, cuando le llevaban los soldados preso por las calles de Jerusalén, con tanta viveza, que apenas oía las injurias que le decían, ni sentía los agravios, sino es para gozarse de ver que en algo era semejante á su Redentor. Con todo esto, para mayor prueba y merecimiento suyo, permitió Dios, que en este camino le sobreviniese un temor humano, que le hizo pensar si haría alguna diligencia para escusar aquel peligro. Acostumbraba por este tiempo á tratar de vos á todas las personas con quienes hablaba, aunque fuesen grandes príncipes, porque le tuviesen por simple y bobo, y vínole al pensamiento si sería bien tratar al capitán de señoría, y con mucho respeto, por no darle ocasión de justo enojo. Ofrecíasele que si no le trataba con el debido respeto le echarían en la carcel y peligraría su vida en poder de unos soldados arrogantes y temerarios, y que sería bien dar razón de sí y descubrir quién era, para que sabiendo que no era espía, le dejasen pasar libremente. Examinó, como solía, de dónde nacía este pensamiento, y

Universidad de Deusto Biblioteca

echando de ver que procedía de temor humano, corrido de sí mismo, dijo: ¿Qué es esto? ¿Es éste el deseo que tengo de las injurias? ¿Así huyo de las afrentas de Cristo? ¿Tan presto me olvido de lo que tengo prometido á mi Señor? No será así, que no ha de poder más mi temor que el amor de Cristo. Y queriendo vencer su repugnancia, como siempre, haciendo lo contrario á su inclinación, en llegando á la presencia del capitán ni le saludó ni hizo cortesía alguna; preguntóle quién era y él no respondió palabra; preguntóle de dónde venía y á dónde iba, y él callaba; hízole otras preguntas y á todas estaba como si fuera mudo; preguntóle si era espía, y juzgando el Santo que á esto debía responder, dijo: «No soy espía.» Enojóse el capitán con los soldados porque le habían traído un hombre loco y simple, y mandóle volver el vestido y dejar ir libre. Pero los soldados, queriendo vengarse de el enojo del capitán, le dieron muchas puñadas, coces y golpes, diciéndole injurias y baldones, sin hablar él una palabra hasta que un soldado, más piadoso que los demás, viéndole tan maltratado, se le quitó de las manos, y llevándole á su casa, le dió de comer, porque no se había desayunado aquel día. Consoló Dios á su siervo en este suceso, como él contaba después, con la memoria de cuando Jesús fué presentado por los soldados á Herodes y tenido por loco.

No se atemorizó Ignacio con este suceso y maltratamiento que había experimentado de los soldados españoles, ni por eso torció su camino para no pasar por el ejército francés, en que, por ser él español, se exponía á mayor riesgo; antes engolosinado con las penas y desprecios pasados, se metió por el ejército de los franceses. Viéronle algunos centinelas desde una torre y bajaron á prenderle, con la sospecha de si era espía, y lleváronle al capitán francés, que le hizo varias preguntas, de dónde venía, dónde iba, quién era, cómo se llamaba, y él á ninguna respondió sino es á la de su nación, diciendo que era guipuzcoano y descubriendo que era español á los franceses, lo cual había encubierto á los españoles, por si este nombre

le granjeaba nuevas injurias y tormentos. Pero al contrario, oyendo el capitán francés que era guipuzcoano, dijo: «Yo lo soy también»; y mandóle dar de cenar y hacer buen tratamiento. De esta manera quiso Dios que Ignacio, viniendo de Jerusalén, padeciese por su Redentor alguna semejanza de lo que su Redentor había padecido por él en aquella ciudad; pero contrapesándole las penas con los gozos, y los desprecios con las honras, siendo primero desechado como pobre y después salvado, como rico de merecimientos, luego aclamado por santo y inmediatamente tratado y maltratado como loco, y luego bien tratado de quien menos lo esperaba; siendo el mismo en lo próspero y adverso, sólo que estaba más alegre y gozoso cuando padecía. Desde aquí partió á Génova, donde le encontró un vizcaíno llamado Rodrigo Portundo, que era general de las galeras de España, y había tratado á Ignacio en la corte de los Reyes Católicos, y le honró y favoreció y hizo que se embarcase en una nave que pasaba para España, en la cual aportó á Barcelona, con harto peligro de ser cogido de Andrea Doria, que seguía entónces las partes de los franceses.

CAPITULO IV

Cómo estudió la Gramática en Barcelona

Desde que no le permitieron quedar en la Tierra Santa, empezó Ignacio á pensar toda la navegación, en qué lugar y de qué manera ayudaría á la salvación de las almas, que era el celo que abrasaba su corazón. Y después de muy mirado y encomendado á Dios, se resolvió á estudiar por algún tiempo por dos motivos principales; por hacerse más apto para ayudar á las almas, y por encubrir con el estudio de las ciencias la sabiduría infusa, porque no se admirase la gente de verle tratar puntos tan altos y delicados de teología, no habiéndola estudiado, como se espantaron des-

pués muchos en Alcalá, Salamanca y París de oirle hablar antes de ser teólogo de puntos de teología, con el acierto que pudiera el más sabio en esta ciencia. Parecióle apropósito la ciudad de Barcelona, donde tenía conocidos y amigos, y le pareció que podría aprovechar juntamente á las almas, y en llegando comunicó su deseo con aquella señora Isabel Rosés y con un maestro de gramática que enseñaba públicamente, llamado Jerónimo de Ardebalo; ambos alabaron sus intentos y Ardebalo ofreció enseñarle por amor de Dios con todo cuidado, y Isabel Rosés sustentarle todo el tiempo que durasen los estudios. Admitió lo primero y no quiso aceptar lo segundo ni de Isabel Rosés, ni de Inés Pascual, que le hospedó en su casa, pareciéndole más conforme á la pobreza mendigar su comida de puerta en puerta cuando iba y volvía de el estudio; y así lo hizo, hasta que después su confesor, á instancia de Inés Pascual, le mandó expresamente que comiese á la mesa de su hijo Juan Pascual. Y hacíalo, juntando la misericordia con la pobreza; porque en recojiendo la limosna la repartía á los pobres, dándoles al mismo tiempo buenos consejos de que no ofendiesen á Dios que los daba de comer, reservando para sí solamente un pedazo de pan, el más negro y duro. Díjole un día Inés Pascual, ¿por qué siendo él más pobre que todos, daba lo mejor á los otros pobres y tomaba para sí lo peor? A que respondió unas palabras dignas de Ignacio y de estar en la memoria de todos: «Qué hicieras tú si Cristo te pidiera de comer; ¿diérasle lo peor ó lo mejor? Pues los pobres representan á Cristo, y lo que se dá á ellos, á Cristo se dá, como él mismo lo dice en su Evangelio.» Como se supo en la ciudad su caridad, le daban grandes limosnas para socorrer á los necesitados y á personas vergonzantes. Una persona principal llamada doña Guiomar Gralla, le daba todas las semanas algunas fanegas de trigo, las cuales hacía amasar en casa de su huéspeda y las repartía por su mano á los pobres, siendo espectáculo digno de la admiración de todos, ver un mendigo sustentar á tantos mendigos y mucho más, que acabando de dar de comer á los necesitados salía él á buscar por las calles su pedazo de pan para comer.

Pero ahora lo más admirable era ver á un hombre de treinta y tres años, que había gastado su primera edad en el palacio y en los ejércitos, y después en Manresa, subido al tercer cielo y aprendido altísimas verdades de la boca de Dios, empezar á estudiar los primeros rudimentos de la gramática, declinar los nombres, conjugar los verbos y preguntar á los otros niños lo que no sabía. Esto es, volver un hombre á nacer y entrar otra vez un varón en el vientre de su madre. Este, pienso yo que es, aún más que el libro admirable de los Ejercicios espirituales, el fundamento de toda la ciencia de la Compañía de Jesús; estas letras humildísimas de Ignacio puso Dios por cimiento del templo altísimo de la sabiduría que fabricó en esta sagrada religión. Harto sintió el demonio esta humildad, y bien adivinó el daño que le había de hacer Ignacio con sus estudios, y así procuró estorbárselos, usando de sus más sutiles ardides. En poniéndose á estudiar, se le venían á la memoria aquellos soberanos misterios que Dios le había comunicado en otro tiempo, con tanta devoción y ternura, que todo era llorar y suspirar, y como si llovieran sobre él consuelos y deleites, miraba con horror la tierra y el estudio le causaba hastío y enfado. Si conjugaba el verbo amo, amas, á la primera palabra se encendía de suerte en el amor de Dios, que acababa contemplación, lo que había empezado lección. De esta manera pasaba los días anegado en dulzuras, como si no viviera entre los hombres, sino entre bienaventurados. Pero reparando que no aprovechaba en las letras porque no aprendía nada de nuevo y lo que sabía se le olvidaba con la fuerza de la imaginación aplicada á otra cosa, procuraba no admitir estos sentimientos cuando venían, y echarlos de sí después de haber entrado; mas era en vano, porque corrían con tanto ímpetu, que con ninguna fuerza los podía embarazar.

Viendo el daño que recibía en sus estudios, empezaron á serle sospechosos estos consuelos, y á reparar que cuan-

Universidad de Deusto Biblioteca

do oraba, cuando se disciplinaba, ayunaba y hacía otras penitencias y cuando trataba cosas puramente espirituales, no sentía tan grandes dulzuras, y cuando se hacía niño con los niños y se ponía á estudiar, entonces experimentaba aquellos raudales de suavidad y devoción. Con esto dijo al demonio: «Ya te entiendo, Satanás, ya conozco tus engaños que parecen luz y son tinieblas: quieres embarazarme el estudio, porque no sirva con él á mi Señor ni ayude á las almas redimidas con su sangre; pues no saldrás con la tuya, porque con el favor de mi Señor, he conocido tu engaño y con su gracia te venceré.» Fuese luego al maestro Ardebalo, y sacándole de su casa le llevó á la iglesia de Santa María de la Mar, y hincado de rodillas delante de él, le dió cuenta de lo que pasaba por su alma, pidióle perdón de la negligencia pasada, y prometió no faltar ningún día á la lección en los dos años siguientes, y se obligó con voto á no dejar el estudio. Rogóle también encarecidamente, que le tomase á su cargo y pidiese todos los días cuenta rigurosa de la lección, y cuando no la trajese bien sabida le castigase y azotase como á los otros niños. Con este acto tan heróico se deshizo aquella tentación y cesaron las dulzuras engañosas con que pudo proseguir sus estudios con mucho aprovechamiento, recompensándole Dios con otros favores celestiales que diré luego, los consuelos que renunció por su amor.

Después, prosiguiendo su gramática, le aconsejó el maestro Ardebalo y otros varones píos, doctos, y entre ellos su confesor, que leyese el libro de «Mílite Cristiano,» que había compuesto Erasmo Roterodamo, tenido en aquel tiempo por hombre muy docto y elegante en el decir, para que juntamente aprendiese la lengua latina y tratase en cosas espirituales. Empezó á leer por consejo de tantos, notando con mucho cuidado las frases y modos de hablar, pero reparó en una cosa nueva y extraña; que en comenzando á leer se le comenzaba á entibiar el fervor y resfriar la devoción, y no era el mismo después de la lección, que antes de ella. Con esta experiencia arrojó el libro y nunca

más leyó en él ni quiso que en la Compañía se leyesen las obras de este autor, sino es con gran cautela y elección. El libro espiritual que leía continuamente, era el de la ymitación de Cristo, juzgándole el más lleno de espíritu de Dios, después de los Evangelios, procurando imprimir en el alma sus dictámenes, de manera que algunos le han llamado *Contemptus Mundi* con alma, ó alma del *Contemptus Mundi*.

Había remitido algo el rigor de sus penitencias, aconsejado de sus confesores por la falta de salud, y trabajo de su larga peregrinación; y ahora sintiéndose algo mejor de sus dolores de estómago, renovó sus primeras asperezas. Agujereó las suelas de los zapatos, y poco á poco las fué rasgando, de manera que á la entrada del invierno andaba con los pies desnudos sobre la tierra, cubiertos por encima con el cordobán, para esconder la mortificación. En lugar de camisa vestía un áspero cilicio; disciplinábase tres veces cada día con disciplinas ordinarias y con cadenillas de hierro. Dormía muy poco y muchas veces sobre unas tablas desnudas; esta cama y dos colchones, sobre que dormía cuando por enfermedad ú otra causa no lo podía excusar, se guardan hoy como prenda de grande estimación en el Colegio de Barcelona. Su comida se podía llamar un perpétuo ayuno, tomando lo preciso para sustentar la vida, aún cuando comía en la mesa de Juan Pascual. Estando gravemente enfermo rehusaba tomar los caldos que le llevaba Inés Pascual, diciendo: «Dejemos padecer el cuerpo y salvemos el alma.» Casi toda la noche gastaba en contemplación; otros dicen que tenía cada noche siete horas continuadas. Un tiempo que dormía en el mismo aposento Juan Pascual, se acostaba por disimular, y en pareciéndole que Juan Pascual estaba dormido (el cual hacía muchas veces del dormido por acechar al Santo) se levantaba de la cama y se ponía en oración. De día empleaba en este santo ejercicio todos los ratos que le permitía el estudio; las fiestas desplegaba las velas su devoción. Aunque frecuentaba todos los templos de la ciudad, más particularmente el de

Nuestra Señora de la Mar, donde confesaba y comulgaba cada ocho días, y muy de ordinario oía misa y vísperas y completas en la iglesia Catedral, en la capilla de Santa Eulalia, por la devoción á esta gloriosa virgen.

¿Qué diré de los favores con que el Señor regalaba á su siervo por este tiempo? Los sentimientos, ilustraciones y revelaciones que le comunicaba con su contemplación, quien los recibia los supo y los calló; mas por lo que se veía por fuera, se puede conocer lo que pasaba dentro de su alma. Entrando una vez Juan Pascual en el aposento de el Santo, le halló arrodillado, los brazos extendidos, como pintan á San Francisco, elevado en éxtasi, cubierto de un gran resplandor, y reparando que Juan Pascual le había visto, le rogó encarecidamente que no lo dijese á nadie. Isabel Rosés no le vió sola aquella vez que pasaba á Jerusalén con el rostro resplandeciente, sino otras veces después. Una señora llamada doña Ana Rocaberti, afirmaba haber visto su rostro lleno de grande majestad y resplandor; lo mismo repararon muchas veces Inés Pascual y su hijo cuando oraba, cuando hablaba de Dios; cuando comía solía arrobarse mirando una imágen de la cena de Cristo, que estaba enfrente de la mesa. Juan Pascual y su madre, entrando en su aposento, ó acechando por la puerta, le encontraban cercado de resplandores, levantado de rodillas como estaba, dos ó tres palmos del suelo, y que suspenso en el aire, decía entre ardientes suspiros: «¡Oh, Señor, amor de mi corazón, oh, si los hombres te conociesen!» y otras veces: «¡Oh Dios infinitamente bueno, que me sufres á mí tan grande pecador!» Cuando volvía de los raptos besaba la tierra y decía: «Señor, si los hombres os conocieran no os ofendieran, sino os amaran.» El aposento, depósito de tantas maravillas, era en el segundo suelo de la casa de Inés Pascual, y se ganó tanta veneración, que los peregrinos que pasaban por Barcelona le visitaban y se llevaban por reliquias pedazos de los ladrillos. No solamente en secreto, mas también en público le vieron una vez en el convento de monjas de San Jerónimo, orando delante del altar de San Mateo, levantarse en el aire y perseverar en él por largo espacio, de rodillas.

CAPITULO V

Reforma un Monasterio de religiosas y resucita un difunto

No podía el cuidado del estudio ni el estudio de la propia perfección hacerle olvidar el celo de la salvación y perfección de los otros, que procuraba con la enseñanza de la doctrina cristiana, con dar los Ejercicios espirituales, de que se siguieron singulares conversiones y con otros medios que le enseñaba su caridad, entre los cuales es muy digno de memoria el cuidado que ponía en reducir á las mujeres públicas. Iba á su casa acompañado de Inés Pascual y las exhortaba con vivas razones á dejar el pecado, representándoles la fealdad de él y el miserable estado de eterna condenación en que estaban, siendo tropiezo á la juventud para ir acompañadas al infierno, y de esta manera ganó muchas para Dios. Costábale injurias, amenazas y desprecios, pero él lo tenía por bastante premio de el servicio que hacía á Nuestro Señor. En la misma casa de Inés Pascual se burlaban de él á los principios los criados y jornaleros, porque les reprendía los juramentos y palabras descompuestas, y riñéndolos Inés Pascual y queriéndolos despedir, no lo consentía, diciendo que los dejase decir, que más merecían sus pecados; con que se convirtió el desprecio en reverencia, llamándole después el Santo hombre. A Juan Pascual enseñó á examinar la conciencia y tener oración mental, y le dió un modo compendioso de reglar cristianamente su vida, y lo mismo hacía con todos los que trataba más familiarmente. Pero dejando los otros frutos de su celo, basta para muestra la reformación de un monasterio que le costó muchas dificultades, trabajos y heridas, y estuvo para costarle la vida.

Había fuera de los muros de Barcelona un monasterio de religiosas llamado de los Angeles, donde acudían á conversación algunos mozos libres, con escándalo de la ciudad. Sintiendo mucho el Santo ver ofendido á Jesucristo por aquellas esposas suyas, trató del remedio, y sabiendo que el camino de exhortar con palabras es largo, y el de persuadir por el ejemplo breve, eligió la iglesia del convento para hacer sus ejercicios santos; allí iba á oir misa, á confesar y comulgar, á asistir á los divinos oficios, y á tener largas horas de oración. Repararon primero las monjas en la frecuencia con que acudía á su iglesia, después su modestia devoción y lágrimas; empezaron á tenerle por Santo, y ya por curiosidad ó por deseo de aprovecharse, deseaban conocerle y hablarle. Con esta ocasión empezó á tratarlas y hacerlas pláticas espirituales de las obligaciones de su estado y de la gravedad del pecado, y más en personas consagradas á Dios, y de otras verdades eternas dichas con tal espíritu y eficacia, que luego empezó á sentirse el fruto en muchas religiosas, y últimamente reformó todo el convento con dar á algunas los Ejercicios espirituales, con que dejaron las correspondencias y despidieron á los devotos.

Como los mancebos vieron cerradas las puertas á la comunicación, se embravecieron contra Ignacio como autor de esta mudanza, y enviaron diversas veces criados que le diesen de palos y amenazasen con la muerte, pensando amedrentarle para que desistiese de la reformación del monasterio. Mas como no bastasen amenazas, golpes ni heridas para hacerle desistir de lo que juzgaba gloria divina, enviaron dos esclavos moros armados con dos bastones, que le esperasen al volver del convento y le quitasen la vida. Pusiéronse los moros en emboscada junto á la puerta de San Daniel, y volviendo del convento con un sacerdote, su confesor, de quien se ayudaba para la reformación, llamado Puyalto, les dieron tantos palos que los dejaron por muertos, y el dichoso sacerdote murió dentro de pocos días, martir de la caridad ó la castidad, á lo que

podemos creer. Ignacio quedó tendido en el suelo sin sentido por muchas horas y cuando volvió en sí, fueron sus primeras palabras: «Alabado y glorificado sea mi Dios; yo perdono de todo mi corazón á aquellos que me han ofendido y maltratado.» Lleváronle algunas personas piadosas á la casa de Inés Pascual, donde con varios fomentos le confortaron para que no muriese entre sus manos. Estuvo un mes en la cama, en que le visitó toda la nobleza de Barcelona, donde era venerado ya como un apostol, y especialmente algunas señoras principales que le servían con gran piedad y devoción, entre las demás D.ª Estéfana, hija del conde de Palamós, y mujer de D. Juan de Requesens, D.ª Isabel de Bogados, D.ª Guiomar Gralla y D.ª Isabel de Sosa, que se compadecían extremadamente de los grandes dolores que padecía; pero á él todo le parecía poco por amor de Dios, y estando su cuerpo tal, que no había parte sin dolor, sin poderse mover de un lado, como si todos estos tormentos fueran regalos, y su cuerpo flaco y aparejado para la sepultura necesitára de ser corregido con la penitencia, no se quitó el cilicio en toda la enfermedad, ni permitió que se le quitasen, hasta que se lo mandó fray Diego de Alcántara, de la orden de San Francisco, que era entonces su confesor. Este cilicio guardó Juan Pascual por una gran reliquia, y dejóle á sus hijos por la mejor herencia, y con él sanaron en Barcelona muchos enfermos de diversas enfermedades; y el año de mil seiscientos y seis vino á poder del Duque de Monteleón D. Hector Pignatelo, virey de Cataluña, que le dejó en su casa por un precioso tesoro de devoción y de milagros.

Después de treinta días de enfermedad, desahuciado de los médicos, recibió los sacramentos; lloraba toda la ciudad, y particularmente los pobres, al Padre común: viendo llorar á las personas que le asistían, les dijo que no llorasen porque moría, antes se alegrasen con él, si mereciese perder la vida por el provecho de las almas, á ejemplo de aquel Señor que la dió primero por la salud de los hombres. Cuando esperaban su muerte, fue Dios servido de

Universidad de Deusto
Biblioteca

darle salud, no queriendo que muriese por la reformación de un solo monasterio, el que tenía destinado para la reformación de todo el mundo. Y su salud se creyó efecto de alguna visitación celestial; porque al tiempo que disponían darle la Extrema-unción, entrando Inés Pascual en el aposento para aderezarle, estaba lleno de claridad, con tener cerradas las ventanas; volvió admirada los ojos y vió el rostro de Ignacio que resplandecía como el sol: quiso retirarse por reverencia, pero convidada de el gozo que en su alma sentía, se fué acercando poco á poco á la cama, y halló al Santo todo absorto y elevado en Dios. Volvió en sí, y reparando en Inés Pascual y que eran manifiestas las mercedes de el Señor, la conjuró que guardase secreto y no descubriese lo que había visto. Desde este punto empezó á mejorar, hasta que cobró perfecta salud.

Pero aun no bien sano se levantó de la cama y volvió al monasterio, para proseguir en su reformación. Decíanle sus amigos y devotos que mirase por sí y no volviese al convento, pues tales idas le habían costado tan caro, que si insistía en su intento acabarían sus enemigos lo que habían empezado, y le quitarían la vida. Reíase Ignacio al oir estas palabras, y respondíales: «¿Y por eso había yo de dejar el servicio de Dios? ¿Qué cosa para mí más deseada, que morir por Cristo y mis prójimos?» Con tan invencible caridad venció á sus agresores, porque no volvieron á maltratarle otra vez, y el principal de ellos que se llamaba Ribera, admirado de tal constancia, se arrepintió de su culpa, y volviendo un día del convento le salió al encuentro, y arrojándose á sus pies con muchas lágrimas, confesó que él había sido el principal autor de aquella conjuración, y ciego con su pasión le había hecho herir y maltratar; pidióle perdón y rogó que se le alcanzase de Dios, porque él prometía en adelante enmendar su vida, como lo hizo, confesando siempre que la caridad con que sufrió el Santo los palos, sin quejarse ni alterarse y con que perdonó á sus injuriadores, rogando por ellos, le había movido á arrepentirse y dolerse de sus pecados. Este milagro obró la caridad de Ignacio, convirtiendo á un pecador; otro obró su oración á ruegos de su caridad, resucitando un difunto.

Litigaban dos hermanos llamados Lisanos sobre una herencia, y el que la perdió, desesperado se echó un lazo al cuello, y se colgó de una viga de su casa. Estuvo colgado mucho tiempo, hasta que viéndole los domésticos y dando gritos con el dolor, se divulgó en la vecindad y concurrió mucha gente, y entre los demás Ignacio que volvía de los Angeles; entró dentro de la casa, miró aquel hombre miserable muerto, y atravesado de un vivo dolor por la perdición de su alma, se hincó de rodillas junto á él y con grande fervor hizo oración á Dios, pidiéndole que diese á aquel hombre el espacio de vida que fuese necesario para confesar sus culpas. Luego se levantó y llegando al difunto le dijo: «¿Quiéreste confesar miserable?» A estas palabras empezó á respirar y cobrar algunas fuerzas, y dijo que se quería confesar. Llamaron al párroco de Santa María, y habiéndose confesado con mucha lágrimas y arrepentimiento, volvió á morir, para vivir eternamente admirando todos los merecimientos de Ignacio, por cuya oración concedió el Señor vida al muerto, penitencia al desesperado y gloria eterna al que había de padecer eternas llamas. ¿Mas qué no hace Dios por aquellos que nada dejan de hacer por Dios y no reparan en perder la vida ni la honra por volver por la honra de Dios?

Universidad de Deusto Biblioteca

CAPITULO VI

Sale de Barcelona para Alcalá, y dice insignes profecías.

Habiendo estado dos años en Barcelona oyendo la gramática, le pareció á su maestro que podía pasar á ciencias mayores. Hízose examinar de algunos hombres doctos y últimamente de un doctor teólogo, y todos juzgaron que tenía toda la suficiencia que era menester, y este doctor le aconsejó que para estudiar la filosofía se fuese á la Universidad de Alcalá, fundada pocos años antes por el cardenal D. Fray Francisco Jimenez de Cisneros, donde florecían las letras en su primitivo fervor. Parecióle bien, y en sabiendo que trataba de partirse, desearon muchos acompañarle á Alcalá, y él admitió solamente tres, llamados Calixto, Arriaga y Cáceres, aunque no quiso que entonces le acompañasen, hasta que él los llamase de Alcalá.

A otros no quiso admitir, por saber que Dios los guardaba para otras cosas, profetizándoles lo que les había de suceder, como si lo viera presente con los ojos corporales. Uno de estos fué Miguel de Rodes, mancebo natural de Girona; pedía al Santo con gran deseo que le llevase consigo, y respondióle: «No, Miguel, tú estudiarás jurisprudencia, te casarás, tendrás hijos y uno de ellos suplirá tu falta, entrando en una religión que tengo yo de fundar. El suceso probó la verdad de la profecía que se cumplió por sus plazos, muchos años después. Estudió Miguel jurisprudencia, casóse y entre los demás hijos tuvo uno de su mismo nombre, que entró en nuestra Compañía, con particulares circunstancias, que hicieron la profecía más ilustre; porque habiendo resuelto ser religioso, y no sabiendo qué religión escoger, se iba por los conventos de Barcelona, y entrando en ellos le decían interiormente que no era aquella la religión para que Dios le quería, hasta que

entró en nuestro colegio, y entonces le pareció que le llamaba Dios á la Compañía. Descubrió la resolución á su padre, que se alegró mucho, acordándose de la profecía de el Santo. Pero deteniéndose el Provincial en recibirle, como la mocedad es tan inconstante en lo que desea, como vehemente en lo que intenta, dejó el propósito de entrar en la Compañía y pretendió dos veces la Cartuja; ambas se lo concedieron, y estando todo dispuesto se desbarató y volvió á su deseo y pretensión de entrar en la Compañía, y fué recibido en ella y vivió muchos años con una vida muy penitente y celosa de la salvación de las almas; por lo cual fue muy perseguido del demonio, y luchó con él una vez á brazo partido en el colegio de Gandía.

Desde que Ignacio se partió de Barcelona para Jerusalén, deseaba ser su compañero Juan Pascual, hijo de Inés Pascual, y el Santo no le quiso admitir, diciéndole muy en particular el estado para que Dios le quería, y los muchos trabajos que había de padecer, por ser desobediente á su madre y negligente en servirla. Vos os casaréis, le dijo, con una mujer de mucha virtud; os nacerán de ella muchos hijos, y con los hijos muchos trabajos; andando el tiempo perderéis toda vuestra hacienda y os hallaréis en estado de grande pobreza; pero consoláos, porque todo esto cederá en mayor provecho de vuestra alma. Sucedió como el Santo lo dijo. Casóse Juan Pascual, tuvo tres hijos, el uno de los cuales nació ciego, sordo y mudo; el otro, siendo de veinte años, por el demasiado estudio, se volvió loco; el tercero afligió más á su padre, porque salió muy travieso y desbaratado, y habiendo vivido escandalosamente, acabó con una muerte acelerada, aunque con señales de verdadera penitencia y prendas de la salvación, por la intercesión de el Santo, á quien le encomendó su padre. Tuvo cuatro hijas, y una sola se casó, como el mismo Santo particularmente se lo había dicho; las otras tres vivieron honestamente, sustentándose de la labor de sus manos; pero no pudieron tomar estado, á causa de la pobreza de su padre, que faltó poco para mendigar, por habérsele alzado un

Universidad de Deusto Biblioteca

pariente de su mujer con algunas mercaderías que enviaba por mar. Siempre que á Juan Pascual le sobrevenia algún nuevo trabajo y infortunio, lloraba, no tanto de pena por la adversidad, cuanto de devoción, acordándose de las palabras de Ignacio; y procurando algunos consolarle con esperanza de mejor fortuna, respondía: «No pidáis á Dios que me quite los trabajos, sino que me dé paciencia para llevarlos, porque forzoso es que se verifiquen las palabras de el Santo, y pues se han cumplido hasta ahora todas sus profecías, también se cumplirán en adelante.» Era Ignacio agradecidísimo á todos los que le hacían algún bien, y como había estado hospedado en casa de Inés Pascual, consolaba contínuamente con cartas á Juan Pascual, su hijo, en los trabajos que le había profetizado, y aún después que estaba en la gloria, se le apareció resplandeciente y acompañado de muchos bienaventurados, y le consoló en los trabajos que padecía, con la esperanza de su salvación, como diremos en otro lugar.

La fama que dejó San Ignacio en Barcelona partiendo á Alcalá, con ningunas palabras se puede declarar mejor que con las del Obispo de Barcelona, que habiendo hecho en esta ciudad y en Manresa las informaciones para su canonización, escribió á Clemente VIII: «Habiendo inquirido casi dos años, por mandado de el Legado de Vuestra Santidad la vida, costumbres y fama de Ignacio, hallé tantas y tan excelentes obras, tan ardiente estudio de la salud de las almas, tanta tenuidad en la comida y vestido, tantos y tan grandes trabajos, padecidos por amor de Cristo, tan insignes milagros, tan buen olor de Cristo dado á todos, en espacio de tres años tan solamente que pasó parte en Manresa, parte aquí, que no solo tenemos por cierto nosotros que goza de Dios, mas que está entre los supremos bienaventurados.» Esto dice este Prelado, atendiendo á las obras que hizo Ignacio en los tres primeros años, que son aún las niñeces ó el noviciado de la santidad que se siguió después. Los concelleros de Barcelona, hablando de su ciudad solamente, escribieron al mismo Sumo Pontífice:

«Son tantas las cosas que hizo Ignacio en esta ciudad, tanta la frecuencia de sacramentos introducida con sus palabras y ejemplo, tantas vírgenes restituídas á más severa disciplida, tan insignes milagros y finalmente, tantos beneficios hechos á esta república, los cuales parte vimos y parte oímos á nuestros padres, que nos vemos obligados por la ley de el agradecimiento á escribir, etc.» Esta fama tocó con las manos el padre doctor Antonio de Araoz, cuando pasando por Barcelona quince años después, siendo aún novicio de la Compañía, le fueron á visitar muchas personas, preguntándole nuevas de Ignacio, y refiriéndole las cosas que había hecho el Santo en aquella ciudad. Muchos quisieron seguir entonces á Araoz, como antes á Ignacio, entrando en la Compañía de Jesús, y otros le ofrecieron dineros para fundar allí un Colegio; más él no quiso admitir nada por entonces, y habiendo exhortado brevemente á los que le visitaban á toda virtud, les dejó una regla de bien vivir, que recibieron con mucha estimación, reverenciando al padre en su hijo y estimando la doctrina de Araoz como si fuera de San Ignacio.

Entró San Ignacio en Alcalá á los principios de Agosto de mil quinientos y veinte y seis, y al primero que encontró y de quien recibió la primera limosna fué un estudiante noble y rico, de Vitoria, llamado Martín de Olave, el cual veinte y seis años después, siendo teólogo de la Sorbona y doctor famoso, y como tal venido al Concilio de Trento, entró en la Compañía, llamado de Dios, con singular vocación. Aquí en Alcalá pedía Ignacio limosna y se recogía en un hospital, hasta que pasados diez ó doce días, viéndole un clérigo y otros hombres ociosos, empezaron á reirse de él, y á llamarle holgazán y vagamundo, y otras palabras de las que suelen decir á los mozos que estando sanos andan mendigando. Sufría estas injurias con mucha paciencia y serenidad, y pasando á este tiempo Lope Deza, Prioste del hospital de la Misericordia, que llaman de Luis de Antezana, que estaba recién fundado, y pagándose mucho de su virtud y paciencia, le llamó apar-

Universidad de Deusto Biblioteca

te, y llevándole á su hospital le dió en él un aposento. Este Lope Deza fué padre de el Padre Alonso Deza, gran teólogo y primer catedrático de teología en nuestro colegio de Alcalá.

Temiendo el demonio que aquí como en todas partes, le había de sacar Ignacio de sus manos muchas almas, usó de asechanzas, procurándole amedrentar. Estaba el hospital infamado de que había duendes y demonios en él, los cuales se sentían más en aquel aposento donde pusieron al Santo, y una vez á boca de noche estando solo, oyó gran ruido y se extremecieron las paredes, que parecían venirse abajo, y luego se le pusieron delante los demonios en espantosas figuras de horribles mónstruos. Tuvo algún pavor al principio, y naturalmente se le espeluzaron los cabellos; mas volviendo luego en sí, y considerando como no puede el demonio nada sin la voluntad de Dios, con grande ánimo y esfuerzo empezó á desafiarlos y á decir: «Si Dios os ha dado algún poder sobre mí, infernales espíritus, véisme aquí que no huyo, haced en mí lo que podéis y os es permitido; mas si Dios no os ha dado poder ninguno, ¿de qué sirven esos miedos y espantos que nos ponéis como á niños?» Con este acto tan heróico venció el temor presente, y quedó en adelante más osado para los espantos de Satanás, y el hospital libre de semejantes miedos. Lo mismo le había sucedido en Manresa en el hospital y en la cueva, y el Santo les perdió de manera el miedo, y llegó á cobrar tal dominio sobre los demonios, que como si fueran gatos ó perros, los ahuyentaba con un palo y con una voz. Este aposento donde vivió San Ignacio en el hospital, está hoy hecho capilla muy curiosa y metido en la misma iglesia, la cual se alargó para este fin el año de mil seiscientos y setenta y dos, hasta el zaguán del hospital, donde antes estaba el aposento. Es hoy muy frecuentada esta capilla, como memoria de gran devoción y asilo de las necesidades que van á pedir remedio á la piedad de el Santo Patriarca.

Viendo San Ignacio la buena comodidad que había en

Alcalá para sus estudios y para traer almas á Dios, envió á llamar á los tres compañeros que había dejado en Barcelona, y mientras llegaba San Lúcas, en que empiezan en Alcalá los estudios, se iba reformando en la gramática, aunque más procuraba reformar en las costumbres de la villa y Universidad. El primero de sus compañeros que vino fué Calixto; poco después Cáceres y Arriaga, y luego se le juntó un mozo francés llamado Juan, paje de D. Martín de Córdoba, virey de Navarra, que pasando por Alcalá le hirieron en una pendencia y fué llevado á curar al hospital, donde estaba Ignacio, y allí con su trato y comunicación y con ver la caridad con que servía y consolaba á los enfermos se aficionó á su modo de vida y determinó seguirle y el Santo le recibió por compañero y le dió un vestido semejante al que él y los otros compañeros tenían. Andaban todos vestidos de una misma manera, con una ropa de pardillo claro, hasta los pies y descalzos. Repartiólos Ignacio en diversas posadas, poniéndolos de dos en dos: Cáceres y Arriaga vivían en un mismo aposento, en casa de un hombre devoto llamado Hernando de Parra: Calixto y Juan en casa de Andrés de Arce, y Ignacio se quedó en el hospital aunque después de algunos meses se pasó también á una casilla de una persona devota, que le quiso tener en ella.

CAPITULO VII

Fruto que hizo en Alcalá, y primeras informaciones que se hicieron de su vida y doctrina.

Por San Lúcas empezó Ignacio sus estudios con mucho fervor pero con poco fruto, porque con el demasiado deseo que tenía de acabarlos, por hacerse más presto apto para ayudar á sus prójimos, oía al mismo tiempo lógica de Soto, la física de Alberto Magno, y al Maestro de las sentencias, con algunos comentadores, que eran los libros que se leían

entonces en la Universidad, y queriendo aprenderlo todo junto, no aprendía nada, porque la multitud y diversidad de especies turbaba y confundía su memoria. Quitábale mucho tiempo el que gastaba en juntar limosnas, no solamente para sí y sus compañeros, que era lo menos, por contentarse con poco, mas para socorrer personas necesitadas. Pero mucho más le embarazaba aquella hambre y sed insaciable de convertir almas, que no le dejaba pensar en otra cosa de día ni de noche, comiendo contínuamente sus entrañas el celo de la gloria de Dios. Y así parece claro que no trajo el Señor á Ignacio á Alcalá para discípulo, sino para maestro, no para aprender letras, sino para enseñar virtudes, y como en los principios de aquella Universidad, buscó su fundador los hombres más insignes que pudo hallar, para que leyesen las cátedras que fundaba, Dios envió á Ignacio para que leyese la cátedra de santidad y perfección, que es la mayor sabiduría, y leyóla el Santo con obras y palabras, dando heróicos ejemplos de todas las virtudes, y encendiendo un fuego de amor de Dios en los corazones de los que le oían, que no pudo apagar el demonio con las muchas aguas de persecuciones que levantó contra él.

De la limosna que juntaba de día sustentaba á muchos estudiantes pobres que acudían de noche al hospital, dándoles juntamente buenos consejos. A otras muchas personas necesitadas daba lo necesario, y cuando eran enfermas ó vergonzantes, él mismo iba á su casa á llevarles la limosna. Entre muchos que le socorrían para que él socorriese á los necesitados, era el principal D. Diego de Eguía, que no teniendo en una ocasión dinero que darle, abrió una arca y le dió unos vestidos y otras cosas para que tomase lo que quisiese y socorriese aquella necesidad; y el Santo como vió su buena voluntad, hizo un lío de varias cosas que le pareció, y cargándole sobre sus hombros, le llevó para remediar sus pobres. Aprovechó tanto á don Diego y á otro hermano suyo llamado D. Estéban de Eguía esta caridad y aprovecharon tanto los dos hermanos con la comunicación de Ignacio, que primero fueron por su consejo en peregrinación á Jerusalén, y después entraron en la Compañía, y San Ignacio escogió al Padre Diego de Eguía por su Confesor, porque era varón muy santo y de candidísimas costumbres. Supo la caridad de Ignacio Martín Saez, hombre principal y rico de Azpeitia, que había venido á Alcalá á cierto negocio. Conocía á Ignacio de muy antiguo, y oyendo decir de él muchas cosas, deseaba ocasión de hablarle. Vióle salir un día de escuelas, fuéle siguiendo á lo largo y reparó que entraba en una casilla y á poco rato salió de ella y se fué. Entró en la casilla el caballero y halló á una pobre mujer enferma en la cama; preguntóla ¿quién era aquél hombre que había entrado en su casa? Respondió la buena mujer: «Yo no sé si es hombre ó angel, solamente sé que todos los días me viene á visitar, y fuera de traerme lo necesario, me consuela en mis dolores y me alienta á padecer la enfermedad con paciencia y conformidad con la voluntad de Dios.» Entonces la dijo Martín Saez, quién era el que la socorría, y que le dijese cuándo volviese otra vez, como sabía una persona que le daría cuanto hubiese menester para sí y para otros, con mucho gusto. Esperaba la mujer al Santo muy contenta de que ya sabía quién era, y en entrando le contó lo que había pasado. Mas él, viendo que le conocían y acechaban, dijo á la mujer: «Hasta ahora os he socorrido con lo que he podido; en adelante Dios os socorrerá por otro camino»; y con esto despidiéndose de la enferma, nunca más volvió á su casa. De esta manera remediaba otras necesidades, procurando según el consejo de Cristo, que no supiese su mano siniestra, lo que hacía su mano derecha.

Su principal cuidado, como dije, era aprovechar á las almas, y así en viendo un corrillo de estudiantes, sin poder contenerse, se entraba en medio de ellos y movía plática de cosas espirituales, exhortándolos á huir el pecado y procurar la salvación eterna, frecuentando los Sacramentos de la confesión y comunión. Procuraba principalmente

Universidad de Deusto Biblioteca

ganar para Dios aquellos estudiantes que tenían séquito en la Universidad, y con sus costumbres malas ó buenas podían hacer mucho provecho ó mucho daño en los demás, por parecerle que en uno se ganaban muchos, y cuando sabía que alguno de la Universidad ó villa vivía escandalosamente, no había medio que no tomase por sacarle de su mala vida y quitar aquel tropiezo á los demás. Dejando otros casos particulares, no se puede callar lo que le sucedió con un estudiante de la mejor sangre de España y que tenía una dignidad eclesiástica en la principal iglesia de ella. Vivía con más libertad de lo que á su estado convenía, y como sucede en personas tales, llevaba tras sí á muchos estudiantes que hacían vanidad de seguir su mal ejemplo y se enlazaban en torpes liviandades, con escándalo y murmuración universal. Dolíase Ignacio de ver á Dios ofendido, y no sabiendo qué hacer, lo encomendó á su Majestad y se determinó á hablar á aquel caballero. Fué á boca de noche á su casa, pidió audiencia y el eclesiástico, sabiendo quién le buscaba y adivinando lo que le podía querer, se turbó, y quisiera no admitirle, pero no hallando pretexto le mandó entrar y le preguntó con algún desdén, qué quería. Dijo el Santo que necesitaba de hablarle á solas en un negocio de importancia. Ya estaba arrepentido el caballero de haberle admitido, pero viéndose en tales términos, mandó que saliesen fuera los criados. Cuando estuvieron solos, le dijo Ignacio por una parte con grande sumisión, y por otra con grande libertad: «No extrañéis, señor, la visita de un pobre pecador y despreciado como yo; porque nace de una buena voluntad y verdadero deseo de vuestro bien, ni tengáis por atrevimiento hablaros en materia que ninguno os habla, antes juzgad que os ama más que todos quien os dice lo que os callan todos, importándoos tanto el saberlo y advertirlo. No me espanto que ignoréis lo que se dice de vos en Alcalá, porque los que os cercan continuamente, os cierran los oidos con lisonjas, para que no puedan entrar las verdades, y alabando todas vuestras acciones pretenden desmentir las voces

con que en todas partes se murmura vuestra vida contraria á vuestras obligaciones. Espántome que no oigais ó no escuchéis las voces de vuestra conciencia, que os dice sin rebozo cual sóis, y cual debéis ser. Pensáis por ventura, que Dios es aceptador de personas, y que os ha de sufrir por vuestra nobleza, riqueza, ó dignidad? O que os ha dado estas prendas y talentos para ofenderle, y que esa dignidad eclesiástica que os obliga á ser como hacha sobre el candelero, puede autorizar los delitos para que tengan más sequito y pretendan impunidad? ¿No sabéis que los poderosos han de ser poderosamente atormentados? »Alteróse sobremanera el caballero, y empezó á dar gritos y á decir que le mandaría echar por un corredor si hablaba más palabra. Ignacio, sin turbarse ni alterarse, ni responder á las injurias, proseguía con mayor fuerza que antes: «¿Es posible, que importa tan poco la salvación, que así la tenéis olvidada? ¿Tan poco vá en perderse para siempre, ó ganarse por una eternidad, que no os dá cuidado tan gran cuidado? ¿Qué será de vos, si se pierde vuestra alma? ¿Con qué ganancia resarciréis tanta pérdida? ¿Con las riquezas, que se han de quedar acá? ¿Con las honras, que no han de pasar allá? ¿Con los deleites, que duraron un momento? Mirad por vos, y por tantos como se pierden por vuestra causa, de cuyas almas habéis de dar estrecha cuenta en el último día al Juez de vivos y muertos que las compró con su sangre y redimió con su pasión.» Como vió el caballero que Ignacio no temía sus amenazas, ni se alteraba con sus injurias, empezó á temerle y estimarle, y á mirarle como más que hombre, y poco á poco se fué ablandando y templando con sus razones, y al fin se le rindió y sujetó y prometió la enmienda de su vida. Cuando esperaban los criados por las primeras voces que oyeron, que su amo les mandase dar de palos á Ignacio, ó arrojarle por una ventana, vieron que salía de la sala acompañándole con mucha honra y cortesía, y porque era hora de cenar le rogó que se quedase á cenar con él, y el Santo lo hizo por ganarle más la voluntad. Acabada la cena, mandó el ca-

ballero aparejar una mula para que Ignacio se volviese á su casa, porque era tarde y llovia, y mandó á sus criados que le acompañasen y alumbrasen: no quiso él aceptar la mula, el acompañamiento de los criados no pudo escusar: mas en saliendo de su casa, se descabulló de ellos, y volvieron maravillados de que se les hubiese desaparecido, y mucho más de la mudanza repentina de su señor, el cual en adelante fué muy amigo del Santo, y se aprovechó de sus consejos, y hizo muy buenas obras.

Ibánsele juntando muchos discípulos de todos estados, que le oían y seguían, y entre ellos algunos religiosos que gustaban de su doctrina, y para más comodidad, hacía pláticas espirituales, ya en casa de un devoto, ya en casa de otro, y allí eran convidadas las personas que se deseaban aprovechar, aunque lo más ordinario era hacerlas en el hospital, adonde acudía todo género de gente á oirle y hablarle, especialmente las fiestas, en amaneciendo y después de comer y á la tarde, que no le dejaban tiempo para estudiar: por lo cual tenía avisado al hospitalero, que le escusase siempre que pudiese con los que le venían á buscar. La doctrina que les enseñaba, era declararles los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, amonestándoles que se guardasen de jurar, maldecir, murmurar y todo género de culpas. Declarábales también los Artículos de la Fe, los Pecados Mortales, los Sentidos y Potencias de el alma, sacando de todo esto documentos morales á propósito de los oyentes. Contábales ejemplos y vidas de Santos, y exhortábalos á confesar y comulgar, y hacer el examen de la conciencia dos veces al día, una después de comer, y otra después de cenar. Enseñábales á rezar meditando, deteniéndose en cada palabra de la oración, que es el tercer modo de orar que pone el Santo en los Ejercicios, y llama oración de compás. Decía todo esto el Santo con tanta eficacia y fuerza de espíritu, que todos los que le oían una vez, no le perdían otra, y deseaban oirle muchas, reformando sus vidas y costumbres. Daba los Ejercicios espirituales á muchas personas. No hablo

de el Ejercicio de enseñar la doctrina cristiana á los niños, de que hizo siempre tanto aprecio, para lo cual los juntaba en las calles y plazas.

Cuatro meses solamente había estado en Alcalá, y en tan poco tiempo era rara la mudanza que se reconocía en la Universidad y villa, con mucha frecuencia de Sacramentos y aunque los desapasionados conocían que tan buenos frutos no podían nacer sino de buen arbol, como nuevo, siempre es sospechoso y pasa por la censura, hasta que con los años cobra autoridad y veneración, se hablaba variamente de Ignacio, y unos le condenaban, otros le alababan, y estos eran todos los que le oían y trataban. Tan nuevo era en aquel tiempo comulgar más que una vez al año, no habiendo peligro de muerte, que si alguno quería comulgar más á menudo, por escusar murmuraciones, se iba á comulgar á las ermitas de el campo; porque no causaba esto menos admiración, (dijo después uno de los oyentes de San Ignacio al Padre Miguel Perez,) que si vieran volar un buey. Al Santo y á sus compañeros sucedió un día en la iglesia de San Justo y Pastor, que entrando en la sacristía para decir misa el doctor Alonso Sánchez, Canónigo de aquella Iglesia, llegó Ignacio y le rogó que pusiese formas para comulgar él y sus compañeros. Mostró enfado el Canónigo de la petición, y con desvío dió á entender, que no lo quería hacer; mas empezándose á vestir le trocó Dios el corazón, y les envió á decir que esperasen, que él los comulgaría, y por la devoción que vió en ellos cuando comulgaban y al dar las gracias, se les aficionó y llevó á comer á su casa; y oyendo hablar al Santo después de la comida, se le aficionó mucho más, y en adelante los miró con respeto y veneración.

Había ya muchas personas que por las exhortaciones de Ignacio, y por medio de los Ejercicios espirituales, habían desnudado el hombre viejo y vestídose de el nuevo, y se daban muy de veras á la oración, penitencia y todas las virtudes. No pudiéndolo sufrir el demonio, enemigo de las almas, temiendo el daño que le amenazaban estos prin-

cipios, se valió de sus ardides para atajar tantos frutos. Afligía con molestas tentaciones á los que trataban de veras de servir á Dios, embarazaba á muchos hacer sus penitencias, porque al querer tomar disciplina no podían mover la mano, como si la tuvieran presa; y finalmente levantó contra Ignacio una grave tempestad, incitando á algunos de sus Ministros que socolor de celo murmuraban públicamente de estas, que llamaban novedades y alumbramientos y culpaban á los Superiores porque no podían pronto remedio á los males que amenazaban.

Llegó la noticia de lo que pasaba á los Inquisidores de Toledo, los cuales como celosos y vigilantes, temiendo no saltase en Alcalá alguna centella de el incendio que prendía Lutero en Alemania, ó volviese á resucitar de las cenizas el fuego de los alumbrados que poco antes se había apagado en España, acudieron luego á remediarlo y vino á esta averiguación el Licenciado Alonso Mejía, Canónigo de la Santa Iglesia de Toledo para que tomando por acompañado al Doctor Miguel Carrasco, Canónigo de la Iglesia de Alcalá, hiciesen averiguación de la vida y doctrina de Ignacio y sus compañeros. A diez y nueve de Noviembre de mil quinientos y veinte y seis mandaron los dos Canónigos parecer ante sí á un Venerable Padre de S. Francisco, llamado Fr. Bartolomé Rubio y á otras personas fidedignas que con el trato familiar que habían tenido con Ignacio, podían bien decir sobre lo que les fuese preguntado; y habiéndolos tomado juramento, les hicieron su interrogatorio y ellos respondieron: «Que saben y han visto que el dicho Ignacio y sus compañeros andaban descallos con mucha pobreza y humildad y hacen vida ejemplar á manera de apóstoles. y que el dicho Ignacio, doctrina y platica de los Mandamientos y en especial de el amor de Dios y de el provecho de el prójimo, y acuden á los pobres y á los Hospitales y Cárceles á curarles y ayudarles, y que el dicho Ignacio, en el Hospital de Antezana, donde se recogía, y en otras partes, á algunas personas que le oían les platicaba muy bien de cosas de Dios,

de los Mandamientos, de los Artículos, de los pecados mortales, de los cinco sentidos, de las potencias de el alma; y lo declara muy bien por los Evangelios con San Pablo y otros Santos; díceles hagan exámen de la conciencia dos veces al día trayendo á la memoria lo que han pecado, y estando de rodillas delante de una imágen, digan: Dios mío, Padre mío, Criador mío; gracias y alabanzas te hago por tantas mercedes que me has hecho y que me has de hacer: suplícote por los merecimientos de tu pasión me des gracia que sepa examinar mi conciencia. Exhórtalos á que comulguen de ocho en ocho días, disponiéndose bien para ello. También les platica de los Sacramentos de la Iglesia. Exhórtales mucho al servicio de Dios, á vencer las tentaciones de el demonio, á padecer por amor de Dios cualquier trabajo. Enséñales cuando la cosa no será pecado y cuando será pecado venial y cuando mortal:» Y en particular dos de los dichos testigos dicen: «Que de las dichas pláticas se sentían tan movidos, que querían irse al desierto y hacer una vida de Santa María Egipciaca.»

Hallando los Jueces por esta información y por otras que hicieron, que ni en dicho ni en hecho discrepaba Ignacio de la santa doctrina de nuestra Madre Iglesia Romana, sin llamarle ni decirle palabra se volvió á Toledo el Canónigo Mejía, dejándo el proceso al Licenciado Juan Rodríguez de Figueroa, Vicario que entonces era de la Audiencia y Corte Arzobispal de Alcalá, por Don Alonso de Fonseca, Arzobispo de Toledo, encargándole que anduviese sobre aviso, mirando sobre el modo de proceder de aquella gente. A pocos días el Vicario se fué con el secreto que pudo á la posada de Ignacio, y habiéndole preguntado algunas cosas, le vino finalmente á descubrir cómo de parte de la Inquisición se había hecho pesquisa de su vida y doctrina, y no se había hallado ni en una ni en otra, cosa culpable, por lo cual podía proseguir como antes; solamente le prohibió hacer juntas de gente, diciendo que parecían conventículos; y mandó rigurosamente que no anduviesen él y sus compañeros vestidos de una misma manera diversa

de los demás sino que, ó vistiesen como los demás estudiantes ó á lo menos de diversos colores porque no pareciese que querían introducir nuevas sectas ó nuevos modos de vivir. No repugnó á esto Ignacio; tiñó sus vestidos y los de sus compañeros de la manera que el Vicario dijo y así en adelante él y Arriaga anduvieron vestidos de negro, Calixto y Cáceres de leonado y el mozo francés se quedó con su antiguo color; mas todos descalzos, y las cabezas descubiertas. Pareció luego al Vicario que no anduviesen descalzos y Ignacio obedeció y todos se calzaron.

Pasó todo esto poco antes de Navidad de el año mil quinientos y veinte y seis. Mas viendo el Vicario la continuación y fervor con que Ignacio hablaba de Dios, y el gran concurso de gente que seguía no pudiendo persuadirse que un hombre sin letras, tratando contínuamente en sus pláticas de los misterios de la fe, y Mandamientos de la ley de Dios y otros puntos dificultosos dejase de tropezar en algo, volvió á los seis de Marzo de mil quinientos y veinte y siete á hacer secretamente información muy menuda, preguntando á las personas que le eran más familiares y no hallando esta vez tampoco nada digno de censura, antes nuevos y mayores elogios de su vida y doctrina, lo pasó todo en silencio hasta que hubo nueva ocasión ó influjo que le hizo tomar la resolución que diremos.

CAPITULO VIII.

De cómo fué puesto San Ignacio en prisiones, y se hicieron nuevas informaciones de su vida y doctrina.

Entre las personas que con las palabras de Ignacio y los Ejercicios espirituales habían mudado de vida, había algunos, que sintiendo aquella guerra que hace la carne al espíritu cuando el espíritu quiere sujetar la carne, viéndose molestadas de tentaciones, tristezas y desmayos, se arrojaban en el suelo y hacían otras demostraciones semejantes. En sabiéndolo Ignacio, acudía luego y los consolaba y

animaba á proseguir en el divino servicio y á no temer al demonio que procuraba poner estorbos en el camino para que volviesen atrás. Con sus palabras los dejaba confortados y serenos, de lo cual tomaban ocasión los parientes de las tales personas, y otros, para murmurar y decir que Ignacio era encantador y mago, pues con sus palabras sacaba de juicio á los hombres y mudaba sus vidas y costumbres, y los infundía tristeza y alegría cuando quería y como quería. Y verdaderamente era mago y encantador, aunque no como ellos lo entendían sino como lo era San Pablo, á quien llamó Mago, Juliano Apostata; y dice San Cirilo que le convenía el nombre, porque encantaba y mudaba á los gentiles con sus palabras y doctrina; y Clemente Alejandrino le llama encantador de las almas por las mudanzas que hacía en ellas. No es poca gloria de San Ignacio participar una misma calumnia con el Apostol de las gentes.

Todo esto llegaba luego á los oidos de el Vicario Figueroa, aunque como tenía hechas tantas informaciones de la vida de Ignacio, con tanta alabanza suya, no bastó para que procediese contra él. Por este tiempo supo que Calixto, el cual había ido á Segovia, estaba cercano á la muerte en aquella ciudad; á la primera noticia se puso en camino á pie, como siempre, sin comer ni reposar día y noche por socorrer á su compañero. Con su llegada salió Calixto del peligro, y dejándole convaleciente se volvió á Alcalá donde halló sus cosas muy mudadas.

Dos mujeres honradas, una viuda que se llamaba María de el Vado y una hija suya de buen parecer, llamada Luisa Velázquez, movidas de una extraordinaria devoción por las pláticas que habían oído á Ignacio, propusieron de gastar en romería toda su vida, visitando los hospitales de España y sirviendo en ellos á los pobres. Consultaron con el santo su determinación y él las procuró disuadir, proponiéndoles el peligro á que se ponían andando por posadas y tierras agenas, diciéndolas que no era conveniente á las mujeres la peregrinación, sino el recogimiento en su casa

y que en ella podrían servir á Dios frecuentando la confesión y comunión, y ejercitando las virtudes y ejercicios convenientes á su estado; que no faltaban en Alcalá hospitales y enfermos que visitar y servir donde podrían lograr sus fervores. Por estas y otras razones que les dió, desistieron por entonces de su intento; pero mudándose presto y no pudiendo contenerse con el demasiado fervor, determinaron hacer una peregrinación á nuestra Señora de Guadalupe, y á la Verónica de Jaén, y no quisieron dar cuenta á Ignacio porque estaban ciertas que les embarazaría esta romería, como la primera; y así, vestidas de peregrinas se salieron con secreto de su casa por la Cuaresma de aquel año de veinte y seis, dejando avisadas algunas pocas personas de su ausencia y viaje.

A pocos días echaron menos á estas mujeres en Alcalá, y se empezó á hablar variamente de ellas, hasta que divulgándose que habían ido á Guadalupe y Jaén peregrinando, se convirtieron las murmuraciones contra Ignacio, echándole la culpa de esta determinación, culpándole mucho de que hubiese persuadido ó permitido que unas mujeres honradas se pusiesen en tan largo y peligroso camino. Quien más sintió esto fué un Doctor á cuyo cargo estaban, que se llamaba Pedro Ciruelos; porque atizando otros el fuego, dió por hecho que Ignacio había sido el autor de esta romería y saliendo de sí con la cólera, decía: Que era muy mal permitido que un hombre vil y desconocido, con sus embelecos tuviese alborotado todo un lugar, y sacase de su casa las mujeres honradas, haciéndolas andar por los caminos, con peligros de su honestidad y que era menester meterle en una carcel, y castigarle con rigor. Y pareciéndole que el Rector de la Universidad, que era el Doctor Mateo Pascual Catalán, no haría justicia de aquel estudiante como deseaba, y que el Vicario la haría; se fué al Vicario y le contó todo lo que pasaba é imaginaba, dando muchas quejas contra Ignacio, y agravando sus culpas; y como era hombre de mucha autoridad, por ser el primero á quien el Cardenal Cisneros puso en su nueva Universidad á leer la Cátedra de Teología de Santo Tomás, persuadió y obligó al Vicario que le prendiese.

Envió Figueroa su Alguacil á prender al Santo, y él, sin réplica ni queja, con su acostumbrada mansedumbre y serenidad le siguió á la carcel, donde entró al principio de Mayo de mil y quinientos veinte y siete. No es justo pasar en silencio lo que ponderaba muchas veces un varón sabio en Medicina que se halló presente en la calle Mayor, cuando le llevaban preso, y vió que por una parte iba Ignacio á la carcel de los malhechores, y por otra venía Don Francisco de Borja, hijo del Duque de Gandía, mozo gallardo de solo diez y siete años, con grande autoridad y acompañamiento de criados. ¡Quien le dijera á aquel nobilísimo mancebo, hijo de un Grande de España, tan acompañado y servido que había de venir á ser hijo y súbdito de aquel pobre y despreciado en la apariencia, Ignacio! ¿Mas Dios, que juega en el orbe de la tierra, como dice Salomón, tenía determinado lo que á los ojos de los hombres parecía locura y desatino; porque aquel Príncipe vino á ser hijo de San Ignacio, despreciando la grandeza por ser humilde religioso de la Compañía. ¿Y quién le dijera á Ignacio que aquel Excelentísimo mancebo había de ser hijo suyo? Quizá se lo dijo el Señor, y le regaló en su prisión con esta noticia; á lo menos sabemos, que siendo San Francisco de Borja Virrey de Cataluña, y casado, sabía ya San Ignacio que había de ser hijo y General de su Religión.

Era la carcelería en que le pusieron, algo libre, y por eso acudían á él muchas personas que le conocían por oirle hablar de Dios; y los que no le conocían por conocer á un hombre de quien se decían tantas cosas; y como nunca perdía ocasión de aprovechar á sus prójimos, les hacía pláticas espirituales, explicando la Doctrina Cristiana; y á los que hallaba bien dispuestos daba los Ejercicios. Mostraba en el rostro la serenidad y la alegría de que estaba lleno su corazón; y algunas veces no cabiendo dentro rebosaba por la boca y decía que no había cosa más dulce que padecer por Dios, porque no había cosa más dulce que el amor de Dios,

ni mayor amor que padecer. Visitóle un día el Doctor Jorge Naveros, varón de mucha ciencia y de mayor virtud, que leía entonces Filosofía, y después leyó la Cátedra de Escritura, el segundo después de Fray Dionisio Vazquez, Agustino; y habiéndose detenido hasta dada la hora de lección, porque le tenía preso con sus palabras; los discípulos que le esperaban en escuelas, cuidadosos cuando supieron que venía le salieron á recibir á la puerta del Colegio mayor, y le preguntaron dónde había estado y cómo se había detenido. El, sin responder palabra, se fué con ellos hasta la mitad de el patio y allí dijo en alta voz: *Vidi Paulum in vinculis:* sabed que he visto á Pablo en las prisiones; y les contó con grande admiración lo que había visto, y oído, y particularmente, que estando preso no teniendo solicitud de sí, la tenía de el bien de los otros, y tenía libre la palabra de Dios y el corazón sereno en medio de las acusaciones y calumnias. Sabiendo el Vicario la mucha gente que acudía á la carcel de todos estados, y las pláticas que les hacía, entró un día muy colérico, y llamando al Santo, novelero, reprendió á los que allí estaban, porque eran amigos de novedades. Mas Ignacio, volviendo por ellos y por la verdad, le dijo con una gravedad humilde y una humildad severa: «No pensé yo, señor, que era novedad tratar de Cristo entre cristianos.» Quedó el Vicario con esta respuesta confuso y lleno de vergüenza, y los presentes admirador y gozosos.

Sabiendo la inocencia de Ignacio, le ofrecieron su favor muchas personas de autoridad, prometiendo que le harían sacar de la cárcel. Entre las demás fueron las más señaladas doña Teresa Enríquez, madre del duque de Maqueda, señora bien conocida en España, por su gran piedad y devoción, y doña Leonor Mascareñas, dama que entonces era de la emperatriz y después aya de el Rey D. Felipe II, siendo príncipe de España. Conocían estas señoras á Ignacio desde que, volviendo de Jerusalén, antes de hacer asiento en Barcelona, pasó, en hábito de peregrino, por Valladolid, donde estaba entonces la corte, y les contó su peregrinación, y lo que había visto en aquellos Santos Lugares, de que le cobraron devoción y grande estima de su santidad. Pero Ignacio, poniendo su confianza en sólo Dios, que sabía la verdad, y deseoso de padecer algo por Cristo, no consintió que alguno hablase por él, ni quiso tomar procurador, ni abogado, ni hombre que alegase de su justicia, queriendo parecerse en esto á su Maestro y Señor, Jesucristo, á quien en todo deseaba imitar y seguir. Llegó por este tiempo de Segovia, Calixto, aun no bien convalecido de su enfermedad, porque en sabiendo que Ignacio estaba preso se vino á Alcalá, y fué derecho á la cárcel; mas al Santo pareció mejor que se presentase al Vicario, como lo hizo, diciendo: Que si Ignacio tenía delito, él era cómplice de la misma culpa, y merecedor de la misma pena, por ser su compañero, que en todo le procuraba imitar, y que por eso se había venido con él á la cárcel, y ahora se presentaba á su merced para que examinase su causa juntamente con la de Ignacio. Admiróse el Vicario de ver á un hombre que se venía él mismo á la prisión, redundando todo en honra de el Maestro que tenía tales discípulos y tal doctrina les enseñaba. Mandóle volver á la cárcel; mas el Santo, viendo que le era dañosa, por estar mal convalecido, procuró que le sacasen de ella, como se hizo, siendo abogado de los otros el que no quería abogado, para que su caridad realzase más su paciencia.

No cesaba el Vicario de hacer nuevas informaciones y pesquisas sobre la vida y doctrina de Ignacio, por si descubría algo nuevo porque mereciese ser condenado; y en lo que más se detuvo desde los diez de Mayo hasta los catorce, fué en examinar y preguntar á diversos testigos acerca de aquellos desmayos que padecían muchas de las personas que le trataban. Ya habían vuelto de su romería aquellas dos mujeres, madre é hija, y Ignacio había estado diez y siete días en su prisión, y al día diez y ocho fué el Vicario á la cárcel, con Juan de Madrid, su notario, y mandó parecer ante sí al preso Ignacio, y comenzó á tomarle su confesión, haciéndole algunas preguntas según las diversas

Universidad de Deusto
Biblioteca

acusaciones que de él se habían dado, y, entre otras, le preguntó si guardaba el sábado. Sí, dijo él, á honra de la benditísima Virgen María; pero yo no entiendo de ceremonias de judíos, ni mi tierra lleva semejante gente. Después de otras preguntas de menos importancia, á que satisfizo, le preguntó dos cosas principalmente: la primera, cuál era la causa de aquellos desmayos que padecían algunas personas á quienes enseñaba y comunicaba. Respondió: «Lo que yo puedo alcanzar de estos desmayos es que, como se mejoran en la vida, dejando los pecados y costumbres pasadas, la carne se revela contra el espíritu; y el demonio, sentido de ver que se le huyen de su bando, les trae grandes tentaciones, por si puede con ellas hacerles volver atrás; á que se añaden las contradicciones de el mundo, por medio de los parientes y amigos; todo lo cual causa en ellos aquella tristeza y desmayos que les hacen salir de sí. Cuando así veo á las tales personas, las procuro consolar con buenas palabras, y animar á que sufran con fortaleza aquellas contradicciones y tormentos, asegurándoles que, si resisten á los principios y no se dejan vencer, dentro de dos meses ya no sentirán aquella guerra; y esto lo digo por la experiencia que tengo de lo que me ha pasado á mí y á otras personas.» Lo segundo que le mandó declarar fué, si había aconsejado á María del Vado, y á Luisa Velázquez, su hija, que fuesen en romería á Guadalupe y Jaén. «En ninguna manera, respondió; antes, con toda verdad, afirmo que las procuré disuadir y apartar de toda peregrinación; y si ellas lo hicieron, fué sin saberlo yo, y contra toda mi voluntad.» Entonces el Vicario, con rostro risueño, asiéndole blandamente de los hombros, le dijo: Pues no es otra la causa principal de vuestra prisión. Tomada de esta manera su confesión, y puesta por el notario en su proceso, se fué el Vicario, y Ignacio se quedó prosiguiendo sus acostumbrados ejercicios, con la gente que á él venía. Pasados tres días, á veinte y uno de Mayo, mandó el Vicario parecer ante sí á aquellas mujeres, con una criada, que habían llevado consigo, y habiéndose informado de nuevo de ellas sobre la vida y doctrina de Ignacio, y dado ellas muy buena razón, y en harta loa del Santo, al fin se informó de su romería y quién las había dado aquel consejo. Todas tres conformemente respondieron que de su voluntad habían tomado aquel camino, y por la devoción que tenían á Nuestra Señora de Guadalupe y á la Verónica de Jaén, sin haber intervenido consejo de alguno. Con esta información y con el dicho de estas mujeres se concluyó el proceso de la causa de Ignacio, y él quedó aguardando la sentencia.

CAPITULO IX

De como fué dado por libre San Ignacio, confirmando Dios su inocencia con un caso maravilloso.

Después de doce días, á primero de Junio de mil quinientos y veinte y siete, mandó el Vicario parecer ante sí á Ignacio, para dar sentencia definitiva en su causa y de sus compañeros. Leyóla el notario públicamente en la cárcel, y contenía tres puntos. El primero, que, acerca de lo que se les oponía de su vida y doctrina, estaban del todo inocentes y sin culpa. El segundo les mandaba que, dentro de diez días siguientes, dejasen el hábito que traían y se conformasen con el hábito común, que usaban los naturales de estos reinos, tomando el de estudiantes, con manteo y bonete, ó el de legos, como mejor les pareciese, y que hasta haber mudado el dicho hábito no saliesen de su posada. Lo tercero les mandó que, pues no habían estudiado Teología, no tratasen de enseñar al pueblo los Misterios de nuestra Santa Fe, hasta haber estudiado Teología tres años; y esto se lo mandó so pena de excomunión mayor, ipso facto incurrenda y destierro perpétuo de estos reinos. La misma sentencia fué notificada á Calixto y á los otros compañeros. Acetó Ignacio la sentencia, y respondió al Vicario, en lo que tocaba al mudar de vestido: «Cuando nos mandasteis

que mudásemos el color de el vestido, obedecimos con mucho gusto, porque era facil teñir los que traíamos; mas ahora, que nos mandáis traer vestidos diferentes, y costosos, aunque deseamos obedecer, no podemos, porque somos pobres; y así, mandad que nos provean de vestidos, para que obedezcamos.»

Parecióle bien al Vicario, y haciendo llamar á un Sacerdote honrado y virtuoso, que se llamaba Juan de Lucena, y se ocupaba en obras de caridad y en pedir limosna para pobres, le encargó que fuese con Ignacio y pidiese limosna para vestirle. Salió Luzena con el Santo á pedir limosna, y yendo por la calle que va de la plaza de San Justo á la puerta de el Vado, llegó á un corrillo de gente principal, que estaba viendo jugar á la pelota, bien de mañana, junto á la casa de Lope de Mendoza, y dijo como el Vicario le había mandado pedir limosna á la gente piadosa, para vestir á aquel pobre estudiante, y así les rogaba que se la diesen. Estaba Lope de Mendoza muy sentido con el Santo, porque con grande libertad le había reprendido de un escándalo que daba en la villa, como lo había hecho con otros, y volviéndose á Lucena, le dijo: «¿Es posible que un hombre como vuestra merced ande pidiendo limosna para un hombre como este, hipócrita y alborotador?» Y añadió: «Quemado muera yo, si este no merece ser quemado.» Respondió Ignacio con mucha modestia, y, á lo que parece, con espíritu profético: «Pues mirad no os suceda lo que decís.» Oyeron mal los presentes las palabras de el caballero, y corrió por la villa, pareciendo mal á todos, por ser muy conocida ya la santidad de Ignacio. Luego que esto pasó, vino nueva de el nacimiento de el príncipe D. Felipe II, que diez ó doce días antes, á los veinte y uno de Mayo del año de mil quinientos y veinte y siete, había nacido en Valladolid, y aparejándose todos para festejar y solemnizar tan alegre nueva, Lope de Mendoza se subió á una torre de su casa, llevando consigo un frasco de pólvora, para disparar desde allí arcabuces: saltó por descuido no sé qué centella y emprendió en el frasco, y Lope de Mendoza se comenzó á abrasar, y sintiendo el fuego, bajó corriendo á una pila que estaba llena de agua y echóse en ella, y allí, sin remedio, acabó. Divulgóse luego por Alcalá desastre tan lastimoso, y todos conocieron ser castigo de el cielo, para que se cumpliese en él lo que había dicho de el Santo. Había sido convidado á comer aquel día en casa de una mujer viuda, llamada Mencía de Benavente, conocida y reverenciada de todos por su virtud. Esta solía contar que, saliendo Ignacio de reposar un poco, después de comer, le dijo ella muy admirada: «Padre, Padre, Lope de Mendoza se ha quemado.» A lo cual respondió él muy lastimado: «El lo dijo esta mañana, pasando yo por su casa.» Y refiriéndole otros lo mismo, ponderando cómo Dios había vuelto por su inocencia, respondía con extraño sentimiento, saltándosele las lágrimas de los ojos: «Por cierto, él se lo buscó, que yo no lo quería.» Con esto quedó más confirmada y venerada de todos su santidad, y el cielo, con este testimonio, volvió por Ignacio, á quien el Vicario había condenado á silencio, afirmando juntamente que su doctrina era sana, como su vida inocente, prohibiendo que enseñase, antes de estudiar Teología, al que poco después, sin más Teología, quisieron en París dar el grado de Doctor.

A pocos días, viendo Ignacio cerrada la puerta, con la prohibición de el Vicario á hablar de Dios y tratar del provecho de sus prójimos, como él no se contentaba con atender al estudio de las ciencias, sino atendía á la salud de las almas, haciéndosele muy de mal estar en Alcalá tanto tiempo callando, determinó ir á Salamanca, donde esperaba con más comodidad juntar el estudio con los empleos de su celo; y así, se partió, con gran dolor y sentimiento de muchos que en Alcalá dejaba ganados para Dios.

Aunque Ignacio salió con pocas letras, adquiridas de la Universidad de Alcalá, cogiendo para sí solamente acusaciones, calumnias, persecuciones y cárceles, cogió después para su Religión grandes frutos de sabiduría y santidad, y eminentes sujetos que la ilustraron, bastantes á ennoblecer muchas familias religiosas; porque, no contando los

muchos y insignes varones que en todos tiempos ha dado á la Compañía esta insigne Universidad, de ella salieron tres de los más principales compañeros de San Ignacio: en la fundación de su Religión, Lainez, Salmerón y Bobadilla; y seis años después de fundada, el de mil quinientos y cuarenta y seis, el Padre Francisco de Villanueva, enviado por San Ignacio, dió principio al Colegio de Alcalá, uno de los primeros que ha tenido toda nuestra Compañía, y á ninguno, segundo. En él han leído los Dezas, los Vazquez, los Suarez, Azores, Arrubales, Torres y otros insignes Doctores que, con su doctrina y escritos, han ilustrado la Iglesia y añadido muchas luces á la Teología. En él leyó Sagrada Escritura San Francisco de Borja. De este Colegio han salido varones apostólicos que, con el sonido de su predicación, han convertido innumerables pecadores, herejes y gentiles, en Europa, Asia y América; ha merecido valerosos mártires, que con el derramamiento de su sangre confirmaron la fe que predicaban; ha tenido confesores ilustres en virtudes y milagros, para ser no menos insigne en la santidad que en la sabiduría, y se puede decir de él lo que se dijo de la tierra: *Uterus semper pariens;* porque siempre está dando nuevos varones excelentes en todo género de letras y virtudes, y nunca se cansa de producir sugetos que acuerdan sin envidia la gloria de los primeros. Y todo se concede á los merecimientos de San Ignacio, que tanto hizo y padeció por la gloria de Dios en esta Universidad, y así Dios le ha honrado en ella á él y á su Religión.

CAPITULO X

Parte á Salamanca donde es afligido y encadenado

De camino para Salamanca, quiso pasar Ignacio por Valladolid, para verse con el Arzobispo de Toledo, don Adolfo de Fonseca, que estaba en aquella ciudad y corte; contóle todo lo que había pasado en Alcalá, y la sentencia de el Vicario, prometiéndole que, aunque no estaba en su distrito y jurisdicción, le obedecería con mucho gusto en todo lo que le mandase. El Arzobispo le recibió benignamente y alabó su determinación de ir á Salamanca, y le mandó dar cuatro escudos para el camino, diciéndole que tenía amigos en un Colegio mayor de aquella Universidad, de los cuales se podía valer en todo lo que se le ofreciese. Los compañeros se habían partido á Salamanca por camino más derecho; y así, estaban ya en aquella ciudad cuando él llegó. No sabía dónde posaban; mas entrando en una iglesia á hacer oración, le vió una piadosa mujer y, movida, á lo que parece, de instinto divino, le preguntó su nombre, y le dijo dónde estaban sus compañeros, y le llevó á su posada.

Luego empezó Ignacio á exhortar á los estudiantes de la Universidad y á los ciudadanos á huir el pecado, seguir la virtud, frecuentar los Sacramentos, despreciar los bienes temporales, y apreciar los eternos, con tanto celo y fruto, que en diez ó doce días que solamente habían pasado, no se hablaba ya de otra cosa en la ciudad sino de el nuevo estudiante, y unos le llamaban Santo y Apostol, otros estaban dudosos y recelosos, no se encubriese alguna novedad perniciosa (de que fué fecundo aquel siglo) con máscara de piedad. Por lo cual los religiosos de Santo Domingo, celosísimos siempre de la fe católica, aunque no les tocaba por oficio, creyendo que les tocaba por celo todo lo que pertenecía al bien de la Iglesia, quisieron averiguar la verdad y examinar á Ignacio. Confesábase con

un religioso de Santo Domingo, de el convento de San Estéban; éste le dijo un día: «Veníos á nuestro convento á comer el domingo, pero venid prevenido de respuestas, para las muchas preguntas que mis frailes os han de hacer, porque se quieren informar muy de propósito de la doctrina que enseñáis.» Como la doctrina era tan segura, no rehusó el examen de gente tan docta; fué el día señalado al convento con Calixto, y habiéndolos recibido los religiosos con mucha caridad, y dádoles de comer, los llevaron á una capilla, donde se quedaron solos con su confesor y otros dos frailes, de los cuales era uno el Subprior que gobernaba el convento por el Prior, que estaba ausente.

Estando aquí, le dijo el Subprior: Mucho nos alegramos y edificamos de ver cosa tan nueva en esta Universidad, unos estudiantes tan ejemplares y celosos, que no contentos con atender á su estudio y á la salvación propia, atienden á la salvación de las almas: vida propiamente apostólica; pero no me diréis por vida vuestra, qué ciencia habéis estudiado y cuántos años habéis cursado en ella? Respondió Ignacio por sí, y por sus compañeros, que él era de todos el que tenía más estudios, y no había estudiado Teología y apenas había cursado los principios de la Filosofía. Pues cómo, dijo el Subprior, sin saber Teología, con un poco de Gramática os ponéis á predicar? Replicó Ignacio: «Padre, nosotros no predicamos; mas cuando se ofrece alguna buena ocasión, hablamos de Dios.» ¿Qué es lo que habláis, dijo, que eso deseamos saber? «De las virtudes y vicios, respondió Ignacio, ya afeando este vicio, ya aquél, ya alabando esta virtud, ya aquella.» Entonces dijo el Subprior: «De las virtudes y de los vicios no se puede hablar, sino es habiendo estudiado Teología, ó teniendo ciencio infusa: vos no habéis estudiado Teología, como confesáis: luego tenéis ciencia infusa. Pues decidnos, cómo y cuándo y dónde os la infundió el Espíritu Santo?» Parecióle al fraile, que con este argumento le concluía, y necesitaba á confesar una cosa, que en su boca había de parecer

gran soberbia. Y aunque al Santo no le pareció eficaz el modo de argüir, porque él no hablaba de los puntos sutiles de las virtudes y vicios que enseña la Teología Escolástica, sino exhortaba á huir los vicios y abrazar las virtudes, por los motivos y razones cristianas, que se pueden aprender con el ejercicio y trato de cosas espirituales; habiéndose detenido un rato, pensando si respondería al argumento, pareciéndole mejor callar, le dijo: «Basta Padre, no hablemos más en esta materia.» El Subprior que le parecía tenerle concluído, le apretaba á que respondiese, y él dijo con toda resolución: «Yo no responderé más palabra, sino es á mi superior, á quien tenga obligación de obedecer.» Enojóse el Subprior, y díjole: «Si la doctrina es mala, ¿por qué la enseñáis? y si es buena, ¿por qué la ocultáis? Allá fuera predicáis á los ignorantes, y calláis entre los que os pueden entender. No son estos tiempos, en que se levantan tantos errores y herejías contra la Iglesia, para que enseñen y prediquen hombres idiotas, ni para que ignoremos nosotros la doctrina que se predica y enseña.» Calixto traía en la mano un bordón de peregrino, un sombrero de grande ala y una sotanilla muy corta sin manteo; y mirándole el Subprior, dijo: ¿Qué traje es este? Respondió Ignacio por su compañero: Que el Vicario de Alcalá los había mandado vestir de estudiantes, mas que su compañero, viendo á un clérigo necesitado, le había dado su manteo. Sonrióse el Subprior, mostrando que le parecia mal la escusa, y dijo entre dientes: *Charitas incipit a se ipso*. Y no pudiendo persuadir á Ignacio, que hablase más en lo que le preguntaban, dijo: «Esperad, que ya haremos que respondáis á todo lo que se os preguntare.» Luego se salieron los frailes, y él sin alterarse, preguntó al Subprior si quería que se estuviesen en la capilla ó fuesen á otra parte. Respondió que en la capilla, y mandó cerrar todas las puertas del convento, y después llevar á Ignacio á una celda.

Aquí estuvo tres días, en que le trataron los frailes con mucha caridad: comía con ellos en el refectorio, y en todo

el día no se vaciaba su célda de religiosos que acudían á verle; unos por el gusto de oirle hablar de Dios, otros por si podían descubrir algún error en su doctrina. Hablaba él á todos con mucha libertad de cosas de espíritu, y tanto más altamente, cuanto ellos eran más capaces, y muchos decían que aquel hombre era Santo, y que no podía dejar de ser muy ilustrado de Dios, el que sin haber estudiado hablaba así de sus grandezas; otros decían, que en tiempos tan llenos de novedades, no se debía aprobar alguna doctrina, sin mucha consideración, ni permitir de ninguna manera á un hombre sin letras que enseñase ni tratase de aquellas materias. En este tiempo, los padres, con celo de atajar cualquier daño que se pudiese seguir, sabiendo la novedad que habían causado en la ciudad sus exhortaciones, y el concurso de gente que acudía á ellas, dieron parte de todo al Provisor del Obispo, para que examinase á Ignacio y su doctrina.

Al fin de los tres días envió el Provisor á su Notario, para que llevase á Ignacio y su compañero á la carcel pública, y como si estuvieran ya convencidos de algún delito, parece que los llevaban más á ser castigados que presos, porque pareciéndoles poco ponerlos entre los que lo estaban por comunes delitos, los subieron á lo más alto de la carcel á un aposento retirado, casi caído, que tenía enmedio una columna de madera porque el techo no se viniese abajo, lleno de suciedad y mal olor. Y como si todo fuera poco, ataron á la columna una gruesa cadena de nueve palmos de largo, y en las dos argollas de los extremos metieron un pie de cada uno, tan estrechamente, que no podía moverse uno, sin llevar consigo al otro. Causóles tanto gozo el verse presos, que pasaron toda aquella noche en vela cantando salmos que sabían de memoria, y alabando á Dios, porque quería que padeciesen algo por él. Súpose el día siguiente en la ciudad, que Ignacio estaba preso, y ya en los pocos días que había estado en Salamanca, le habían ganado sus pláticas muchos devotos que vinieron luego á visitarle, y viendo que no tenían en que dormir,

sino el suelo, ni que comer, les trajeron comida y cama, y se la hicieron admitir por más que Ignacio lo rehusaba, diciendo que le quitaban de consuelo y gozo cuanto le disminuían de trabajo y pena padecida por Cristo. Hablaba á los que venían á la carcel con la misma libertad que siempre, procurando ganarlos para Dios; pero de él se hablaba en la ciudad váriamente, porque los que antes no aprobaban su doctrina sin haberla examinado, la daban ya por condenada; otros más prudentes esperaban el suceso, y otros tenían ya tal concepto de su virtud, que juraban por su inocencia.

El Bachiller Frías, que era el Provisor, vino á la carcel y tomó su confesión á Ignacio y á Calixto, cada uno de por sí, y preguntando de el libro de los Ejercicios de que le habían dado noticia sus acusadores, el Santo se le entregó para que los examinase: preguntado si tenía más compañeros, respondió que fuera de Calixto tenía otros tres, y le dijo los nombres y donde estaban, porque conocía los bienes que encierra la Cruz de Cristo, y no quiso gozarla solo sin dar parte á sus compañeros. Envió á prenderlos el Provisor, y trajeron á la carcel á Cáceres y Artiaga, y no prendieron á Juan, no sé por qué, quizá por ser muchacho y francés, que no sabía bien la lengua castellana, y así hacía menos ruido que los demás. Pusieron á Cáceres y Artiaga en lo bajo de la carcel con los otros presos, y á Calixto apartaron de Ignacio, porque no pudiesen comunicarse. Rogaban algunos al Santo que tomase abogado que le defendiese; pero no quiso más abogado, que su inocencia, ni más defensor que el Señor por quien padecía.

Pasados algunos días, fué presentado delante de cuatro Jueces, los tres Doctores, que se llamaban Isidoro, Paraviñas y Frías, y el Bachiller Frías, Provisor. Habían visto todos cuatro, y examinado con mucho cuidado y no con menor admiración el libro de los Ejercicios, y preguntaron al Santo muchas cosas acerca de él, y de otras cuestiones sutiles de Teología. Protestó primero con modestia, que

era un hombre sin letras; pero mandándole los Jueces, que no obstante respondiese, respondió con tanto acierto á todas sus preguntas y dificultades, que mirándose unos á otros los Doctores, no sabían qué decir. El Bachiller Frías, que se mostraba más riguroso censor, por probarle en todo, le propuso una cuestión de Cánones. Dijo él que no sabía lo que los Doctores en aquel caso determinaban; mas con todo eso respondió lo que se debía responder en aquel caso. Mandáronle últimamente, que explicase el primer Mandamiento de la Ley de Dios, como solía explicarle al pueblo. Aquí fué donde Ignacio se excedió á sí mismo, porque pedirle que hablase de el amor de Dios, era pedir á Homero que hablase de los versos, ó á Apeles; de la pintura, y así dijo tan altas cosas de cómo debía ser preferido Dios á todas las criaturas y servido con toda el alma, vida y corazón; y lo dijo con tal fervor y encendimiento de rostro, que no parecía salir palabras de su boca, sino fuego abrasador de el volcán de su corazón; de manera que los Jueces no quisieron preguntarle más. Cuando hablaban de los Ejercicios, insistieron mucho en un punto que es una regla que allí da el Santo para discernir el pensamiento que es pecado venial del que es pecado mortal, reprendiéndole porque sin letras se ponía á distinguir lo que sin mucha ciencia no se puede determinar. A lo cual respondió: «O es verdad lo que digo de este punto, ó no; si es verdad, no merece reprensión; si no lo es, enmendadme, que para eso sois mis Jueces.» Mas los jueces no se atrevieron á reprobarlo, y le dejaron. Sucedió por entonces, que los presos rompieron aquella parte de carcel, donde estaban los compañeros de Ignacio, y huyéndose todos y dejando las puertas abiertas, ellos solos se quedaron como por guardas de la carcel, y así fueron hallados solos á la mañana, con gran rumor y admiración de la ciudad, concibiendo de aquí grande estima de la virtud de los discípulos de Ignacio, que satisfechos de su inocencia y contentos con su prisión, no huían de ella, pudiendo tan facilmente; redundando todo en loor de el maestro que tal

doctrina y paciencia les enseñaba. Los mismos Jueces, admirados los mandaron poner en una casa grande que estaba vecina, y les dieron toda la casa por carcel, hasta que se concluyese la causa; con todo eso al Santo le dejaron en su cadena, con harto consuelo suyo.

Crecía cada día el concurso de caballeros de la primera nobleza, y todo género de gente á visitarle y oírle hablar de Dios, y el que venía una vez volvía muchas, por el gusto y provecho que sacaba de su conversación. Vino un día con el Bachiller Frías D. Francisco de Mendoza, que fué después Cardenal y Arzobispo de Búrgos, y gran protector de la Compañía, y preguntándole amigablemente cómo se hallaba en la prisión, y si le daba mucha pena estar preso, le dijo: «Lo mismo me preguntó hoy una señora, que se compadeció de mis cadenas, y tenía por gran miseria, lo que yo tengo por grande felicidad; y así os responderé lo mismo que á ella. ¿Tanto mal os parece estar en cadenas? Si tuviérais mucho amor de Dios, conociérais, que trae consigo tanto gozo el padecer por amor de Dios, que cuantos deleites hay en el mundo no tienen comparación con este. De mí puedo decir, aunque pecador, que no hay en Salamanca, ni en España, ni en todo el mundo tantos grillos y cadenas como deseo padecer por amor de mi Señor Jesucristo.» Ciertas religiosas que tuvieron noticia de la santidad de Ignacio, le escribieron cuánto sentimiento tenían de que estando inocente padeciese tan larga prisión, quejándose de los jueces, porque, sin culpa, le afligían. A esta carta respondió otra Ignacio, reprendiendo su sentimiento, porque era señal que ignoraban los tesoros que encerraba el padecer por Cristo, y mostrando cuánto gusto y deseo tenía de padecer aquello y mucho más por amor de su Señor; diciéndoles tanto de las riquezas que hay en la Cruz, que las religiosas abrasadas con sus palabras, quedaron envidiosas de Ignacio porque padecía, y deseosas de padecer muchos trabajos por amor de Dios.

Pasados veinte y dos días de prisión, fué llamado con sus compañeros para oir la sentencia, la cual fué en suma,

que en su vida y doctrina no había error ni mácula, y que podían como antes hablar de Dios, y enseñar la doctrina cristiana; mas que nunca definiesen, qué cosa es pecado mortal, ni venial, hasta haber estudiado cuatro años Teología. Leída la sentencia, le mostraron los Jueces mucho amor, queriendo que fuese aceptada de él con gusto; mas el Santo conociendo que con esto le embarazaban el hablar de el pecado mortal, pues cualquiera cosa que dijese de él, dirían los calumniadores que era contra lo que le habían prohibido; no recibía bien la sentencia, diciendo que cómo sin condenarle en ninguna cosa, le cerraba la boca para no aprovechar á las almas? Instando el Doctor Frías en que aceptase la sentencia, pues le quedaba libertad para hablar de Dios y enseñar la doctrina cristiana, dijo: Que obedecería su sentencia mientras estuviese en la jurisdicción de Salamanca. Con esto salieron todos libres, y Ignacio empezó á pensar qué haria, porque estar en Salamanca no le parecía conveniente, no teniendo toda libertad para aprovechar á sus prójumos y pensando en ello y encomendándolo á Dios, se determinó ir á estudiar á la Universidad de París, donde le pareció que podía con más comodidad estudiar las ciencias y aprovechar á las almas.

Quien pensare que San Ignacio no sacó fruto de su venida á Salamanca, porque en entrando en la Universidad fué preso y encadenado y estuvo más días en la carcel que en las escuelas, no considera los frutos de sabiduría que ha producido el Colegio que tiene la Compañía en aquella insigne Universidad, el cual fundó el año de mil quinientos y cuarenta y ocho el Padre Doctor Miguel de Torres, enviado por San Ignacio, con otros dos compañeros de el Colegio de Alcalá. Y ha sido una puerta por donde han entrado en la Compañía muchos de los primeres sugetos de ella, entre los cuales se cuenta el Cardenal Juan de Lugo, el Exímio Doctor Francisco Suarez, el Padre Doctor Gregorio de Valencia, insigne Teólogo, el Padre Juan Maldonado, insigne comentador de los Evangelios, el Padre Francisco de Ribera, insigne escriturario, y muchos de la primera

nobleza de España. Pues los maestros que ha tenido ¿quién los contará? Y ya que los cuente, ¿quién los alabará? El Padre Francisco Suarez, el V. Padre Luis de la Puente, el Padre Francisco de Ribera, Hurtado de Mendoza, Ripalda, Enríquez y otros semejantes, que han ilustrado con sus libros todas las ciencias, y nunca cesan de escribir las plumas con que vuela por todo el mundo la fama de este Colegio; no contando los Predicadores Apostólicos, que con lengua erudita han anunciado el Evangelio entre los gentiles, y llegando con el sonido de su voz hasta los fines de la tierra: frutos que se deben á lo que padeció en Salamanca San Ignacio, cuyas cadenas se han convertido en coronas de la Compañía, que coje con gozo lo que él sembró con dolor.

CAPITULO XI

Sus estudios en la Universidad de París.

Quince ó veinte días después que salió de la cárcel, sin poderle detener ruegos ni promesas de amigos, salió de Salamanca para la Universidad de París, á pie, llevando delante un asnillo cargado de libros. A sus compañeros dejó en Salamanca, con promesa de llamarlos á París si hallase en aquella Universidad modo para que estudiasen, y si no, proseguirían sus estudios en Salamanca, hasta que el Señor dispusiese otra cosa. Llegando á Barcelona, no hubo medio que no tomasen sus amigos y conocidos antiguos para detenerle y disuadirle el viaje, por el rigor del frío, siendo el corazón del invierno; por la guerra rompida entre España y Francia, la cual había llenado los caminos de insultos y homicidios, contándole casos frescos, hasta decirle que los franceses habían puesto en asadores á algunos españoles. Mas todas estas razones no pudieron hacer que concibiese algún temor, porque entendía que le llevaba Dios á París, y dentro de su providencia no recelaba ningún riesgo. Y no le engañó su confianza, porque caminan-

Universidad de Deusto Biblioteca

do todo el mes de Enero á pie y solo por los Pirineos, y por medio de Francia, llegó bueno y sano á París, sin haber experimentado ningún peligro, por Febrero del año de mil quinientos y veinte y ocho.

Tomó una posada en la Universidad con otros estudiantes españoles, pagando la parte que le tocaba, de unas limosnas que le dieron en Barcelona, de las cuales se sustentaba también por estar más desembarazado para el estudio; no teniendo necesidad de buscar la comida, pero se vió presto obligado á dejar la posada y buscar la comida de limosna, porque como era tan enemigo del dinero y tan amigo de no tener nada, dió á guardar á uno de sus compañeros veinte y cinco escudos que había cobrado de un mercader de París por una letra que trajo de Barcelona; el compañero se los gastó luego, y viéndose él sin dinero para pagar la posada y para sustentarse se fué al hospital de Santiago de los Españoles y empezó á mendigar, como en otras partes.

Había conocido por experiencia, que la mucha priesa con que había tomado sus estudios había hecho que fuese poco fundado en ellos; por esto determinó antes de pasar á otras facultades, perfeccionarse en la latinidad y letras humanas; y para esto acudía al Colegio de Monteagudo. Está el Colegio muy lejos de el hospital; en el Colegio empezaban las lecciones antes de el día, y acababan de noche, según el uso de París, y las puertas de el hospital se abrían después de haber salido el sol y se cerraban á las Ave Marías; con que habiendo de cumplir con las leyes del hospital, había de ir tarde á las lecciones y salir temprano; por otra parte el mendigar le quitaba mucho tiempo, con que no aprovechaba, como quisiera, en las letras. Escribió á los compañeros que había dejado en Salamanca la poca comodidad que había para estudiar en París, y recomendólos á doña Leonor Mascareñas, que por su respeto los favoreció mucho. El empezó á pensar, qué haría para proseguir sus estudios; y viendo que muchos estudiantes de la Universidad servían á algunos Doctores ó Primarios, y tenían que

comer y lugar de estudiar, hizo grandes diligencias para buscar á alguno á quien servir; y hacía una consideración que le causaba mucho consuelo: que en el maestro había de mirar á Cristo; en uno de los estudiantes á San Pedro, en otro á San Pablo y en los demás á los otros Apóstoles, y cuando le mandase el maestro, pensaría que le mandaba Cristo; cuando un estudiante, que San Pedro; cuando otro, que San Pablo, y que de esta manera obedecería con mucho gusto y puntualidad á todos. De aquí sacó la regla que nos dejó de que mirásemos á Cristo en cualquier superior, y en nuestros hermanos á sus discípulos, porque esta consideración hace suave la obediencia y gustosa la sujeción. No halló á quien servir, queriendo Dios probarle también en esto; pero un religioso español amigo suyo, le aconsejó que fuese todos los años á Flandes un par de meses á pedir limosna á los mercaderes españoles, y con pérdida de poco tiempo lograría todo el curso, y estaría desembarazado para estudiar. Parecióle bien, encomendólo á Dios, como todas sus determinaciones, y resolvióse á ejecutarlo.

Ibase á Flandes en tiempo de vacaciones, y entre los mercaderes ricos españoles, recogía toda la limosna que había menester para el curso; y habiendo pasado así los dos años primeros, el tercero pasó á Inglaterra, y en Lóndres halló esta limosna con más abundancia. El andar á pie por países extraños pidiendo limosna para sustentarse, parecía muy mal á un guipuzcuano llamado Juan Madera, diciendo que deshonraba su casa y parientes mendigando, y que no podía hacerlo con buena conciencia, pues no era dueño de la honra de su familia. No podía el Santo convencer á Madera con razones ni ejemplos; y queriendo volver, no por su honra, sino por la de la pobreza voluntaria, que siendo tan noble é ilustre por haber emparentado con Jesucristo, padece descrédito con los que no la conocen, propuso esta cuestión á algunos principales Doctores de la Sorbona: Si podía un hombre noble, habiendo renunciado el siglo por amor de Jesucristo, pedir limosna por las puertas, sin escrúpulo, ni descrédito de sus parientes? Res-

pondieron uniformemente, que no era materia de escrúpulo ni descrédito, sino de mérito y alabanza. Con que satisfizo á Madera.

Diferente juicio hacían en Flandes los varones prudentes, venerándole como á Santo, cuyos descendientes se glorían hoy en Brujas y Ambers, de que sus mayores le hospedaron en su casa; y en esta ciudad dejó en la de Juan de Cuellar, que mereció recibirle, escrito en la piedra superliminar de la puerta: *Non nobis Domine, non nobis,* como un claro testimonio de la mayor gloria de Dios, que buscaba en todas las cosas. En Brujas, particularmente, un Gonzálo de Aguilar, persona rica, estimó y veneró de manera á Ignacio, que vino después muchas veces á París, sólo por verle y hablarle y siempre quería estar en su misma posada, por gozar más de su conversación celestial. En la misma ciudad de Brujas le convidó un día á comer Luis Vives, hombre prudente, conocido por sus escritos y erudición: sobre mesa habló tan altamente de Dios, que admirado Luis Vives, dijo á los presentes, después que se había ido: Este varón es verdaderamente Santo, y sin duda Dios le tiene para fundar alguna religión. Tal era su vida y doctrina, que aún solo con prudencia humana se conocía que le tenía Dios escogido para cosas tan grandes.

Con más claridad y sin conjeturas lo dijo el Santo, por revelación divina, en Ambers. Llegóse á pedir limosna á algunos mercaderes que estaban en conversación; diéronsela, y entre los demás había un mancebo llamado Pedro Cuadrado, que le dió también limosna; miróle el Santo con atención y cariño, y llamándole aparte, le dijo: «¡Ah señor mío, vos que ahora me dáis limosna, sabed que ha de llegar tiempo en que me la hagáis mucho mayor. Dad gracias á Dios por el beneficio que os quiere hacer, y sabed que habéis de fundar un Colegio de una religión que Dios quiere enviar al mundo, por este miserable pecador.» Contó Pedro Cuadrado á los otros compañeros lo que Ignacio había dicho, y aunque á todos causaron novedad estas palabras, no las despreciaron por la estimación que tenían de su santidad; y Pedro Cuadrado las tuvo en la memoria toda su vida, y después de fundada la Compañía, doña Francisca Manjón, mujer de Pedro Cuadrado, contaba esto siempre que veía á alguno de la Compañía; y últimamente se cumplió la profecía, muchos años después que la dijo el Santo, cuando Pedro y doña Francisca fundaron el Colegio de Medina de el Campo.

Pasados los tres primeros años, los mercaderes que estaban en Flandes, le enviaban sus limosnas á París, y de España también le iba de sus devotos algún socorro, sin tener necesidad de ir á Flandes, ni perder aquel tiempo. Con esto prosiguió sus estudios con más fervor y sin tantos embarazos, hasta acabarlos. Gastó en perficionarse en letras humanas, desde Febrero de mil quinientos y veinte y ocho, en que llegó á París, hasta primero de Octubre de veinte y nueve, en que, día de San Remigio, se renuevan los estudios mayores en aquella Universidad: este día empezó á oir el curso de Filosofía en el Colegio de Santa Bárbara, de el maestro Juan de Peña; y aunque al principio el demonio que había concebido gran miedo á Ignacio y á sus estudios, se los procuró embarazar con las mismas trazas que en Barcelona, trayéndole consolaciones y gustos espirituales; como estaba ya experimentado y escarmentado, fácilmente conoció y rechazó aquellas ilusiones y engaños; antes se concertó con Pedro Fabro, que era su compañero, que á la hora de estudiar no hablasen de cosas de Dios, porque si acaso entraba en alguna plática ó coloquio espiritual, luego se arrebataba y engolfaba tan adentro del mar que en muchas horas no podía volver á tierra ni atender al estudio. Con este cuidado, en tres años y seis meses que dura el curso en París, acabó su Filosofía con mucho crédito, y recibió el grado de Maestro en Artes á los trece de Marzo de mil quinientos y treinta y nueve, pasando por el exámen que llaman de la Piedra, que es muy riguroso en aquella Universidad; porque aunque él huía de la vana ostentación de las letras, su maestro le hizo que tomase el grado, y á él le pareció bien por acreditar

su doctrina con los hombres, viendo que en Alcalá y Salamanca solamente había hallado este impedimento para ayudar á sus prójimos. Desde que acabó el curso de Filosofía gastó hasta el año de mil quinientos y treinta y cinco en el estudio de la Sagrada Teología, en el Colegio de los Padres Dominicos.

Aunque en París se aplicaba con el cuidado que hemos visto al estudio de las Ciencias, no se descuidaba de sus acostumbrados ejercicios; y porque no podía dar tanto tiempo á la oración y lección, como solía, se retiraba algunas veces á una cueva de el Monte de los Mártires, cuarto y medio de legua de París á renovar los rigores y contemplaciones de la gruta de Manresa. Otras se iba á una Iglesia de nuestra Señora de Campis, que está en los Arrabales de San Germán, y es poco frecuentada, y hacía lo que en la ermita de nuestra Señora de Villadordis. Con estos frecuentes retiros restituía á las virtudes lo que había dado á las letras, aunque en él eran progresos en la santidad todos los pasos que daba en la sabiduría, como lo ordenaba todo á la gloria de Dios. En las penitencias excedió, que juntas con el temple de París, que le era muy contrario, padeció tantas enfermedades al fin de sus estudios de Teología, que fué forzado á interrumpirlos para no perder la vida. Con todo eso, salió con mucho caudal de ciencia de Filosofía y Teología, y en esta Universidad y en las otras donde estuvo, aprendió en sus aciertos y en sus yerros á ordenar acertadamente los estudios de su religión.

Vió que la pobreza y necesidad que padeció á los principios, por querer pedir su comida de limosna, le había quitado mucho tiempo de estudiar, y por eso quiso que nuestros estudiantes tuviesen todo lo necesario, sin haber menester buscarlo; pues donde hay suma pobreza, decía, no es facil atender al estudio de las ciencias; porque el cuidado de buscar con que mantener el cuerpo, quita mucho tiempo que se había de gastar en cultivar el entendimiento; y así ordenó en las Constituciones, que los Colegios donde los nuestros estudian, tengan rentas en común, lo cual no contradice á la pobreza y ayuda mucho á alcanzar la doctrina. Vió que las devociones y gustos de las cosas celestiales que le venían al pensamiento, al ponerse á estudiar, le ocupaban el entendimiento y no le dejaban atender al estudio; y que el mucho tiempo que gastaba en aprovechar á sus prójimos le hacía falta para las letras, y ordenó que los hermanos estudiantes no se entreguen sin medida á las cosas espirituales, ni al aprovechamiento de sus prójimos, sino es que todo esto lo tomen con tasa, de manera que no embarace al estudio de las ciencias, persuadidos que en el estudio tomado puramente por Dios, sirven mucho á Dios, y se hacen aptos para ayudar mejor después á las almas. Vió que sus muchas penitencias y enfermedades que nacieron de ellas, retardaron el curso de sus estudios, y encargó á los superiores que miren mucho por la salud de los estudiantes, porque no pierdan la salud, y se retarden para alcanzar la doctrina que buscan para la gloria de Dios. Vió que el demasiado deseo de acabar sus estudios, le había hecho detener en ellos, y el querer juntamente aprender muchas facultades á un mismo tiempo, había hecho que no aprendiese ninguna; y por eso dejó ordenado los tiempos de los estudios, de manera que se gaste el tiempo debido en ellos, sin apresurarlos, no pasando á una facultad sin saber otra, ni estudiando primero lo que había de ser postrero. Y finalmente de sus retiros á más oración y penitencia, aprendió los Triduos y Ejercicios que hacen los estudiantes cada año, aunque sea esto común á otros, para resarcir lo que el estudio de las letras pudiere gastar de el estudio de las virtudes.

Universidad de Deusto Biblioteca

CAPITULO XII

Fruto que hizo en París, y persecuciones que padeció por esta causa.

Luego que entró en París San Ignacio, antes de empezar el curso de Filosofía empezó á procurar la salud de las almas, con tanto celo, que algunos mancebos, nobles y de grandes esperanzas, renunciaron el mundo, con sus honras y dignidades, y se abrazaron con la Cruz de Cristo. No enseñaba públicamente, porque no sabía la lengua francesa; pero llegábase á los corrillos de los estudiantes (costumbre que guardó todo el tiempo que estuvo en París), al salir de las escuelas, y empezando á hablar de lo que ellos trataban, poco á poco, con grande arte y suavidad, iba mudando la conversación, que empezando en cosas de la tierra, acababa en las del cielo; y á los que hallaba de esta manera dispuestos, daba los Ejercicios espirituales. Tres virtudes, que en él maravillosamente resplandecían, daban alma y eficacia á sus palabras. La primera un desprecio grande de todas las cosas, no buscando más que las almas de los que trataba. La segunda un amor entrañable, que mostraba á todos, junto con grande liberalidad, porque socorría sus necesidades, buscándoles lo que habían menester, y no perdonando trabajo por escusarles cualquier trabajo. La tercera una paciencia invencible, con que sufría las injurias y desprecios, sin quejarse ni alterarse, haciendo beneficios á los que le hacían agravios, venciendo el mal con el bien.

En un suceso, de muchos que se pudieran traer, se muestran bastantemente todas estas virtudes. Aquel español de quien dijimos que le gastó todo el dinero que le había dado á guardar, y obligó á mendigar, con detrimento de sus estudios, se partió de Paris para España; y estando en Ruan, distante treinta leguas de París, esperando embarcación, cayó en una grave enfermedad. Viéndose en tierra agena, solo y desamparado, acordándose de la caridad de Ignacio, fió tanto de ella, que le escribió el estado miserable en que se hallaba, y rogó que le viniese á ayudar. Apenas recibió la carta, cuando se dispuso al viaje, y su primer propósito fué hacer este camino á pie, y descalzo, sin comer ni beber, para conseguir, con esta penitencia y mortificación, la salud de aquel hombre infiel. Encomendólo á Nuestro Señor, y le vino cierto temor y escrúpulo de que esto era tentar á Dios; pero mirándolo más, y encomendándolo más á Dios, se sintió movido á seguir el primer propósito. La misma mañana que partió de París, estándose vistiendo, le vino tal sobresalto y temor, que parecía no podía vestirse; pero venciendo esta repugnancia con la gracia divina, salió de la ciudad antes de amanecer, y caminó tres leguas, hasta un pueblo que se llama Argiantul, con tanta pesadumbre y fatiga como si llevara los pies de plomo. Duróle esta tentación hasta que, habiendo subido una cuesta con mucho trabajo, llegó á un lugar álto, llano y espacioso, y luego de repente se sintió lleno de celestiales consuelos, con tan extraordinario esfuerzo, que empezó á correr por los campos con tanta ligereza, que no parecía que andaba por la tierra, sino que volaba por el aire y iba hablando con Dios y regalándose con amorosos coloquios, siéndole forzoso parar en el camino muchas veces, no ya por la fatiga, sino por la dulzura y suavidad, que no cabía en su corazón. Anduvo aquel día catorce leguas, y á la noche se recogió en un Hospital, durmiendo, en una misma cama, con un mendigo, por hacer aquel acto de mortificación. La segunda noche durmió en un pajar, y al tercer día llegó á Ruan, habiendo caminado los tres días á pie y descalzo, sin comer ni beber, como había propuesto; y en viendo al enfermo le abrazó con increíble amor y caridad, y le sirvió y regaló en su enfermedad, hasta que estuvo sano; entonces le buscó embarcación para España y le dió cartas de recomendación para sus amigos, rogándoles que le favoreciesen y ayudasen en todo.

Universidad de Deusto Biblioteca

No le salía barato á Ignacio el fruto que hacía en los estudiantes: costábale muchas persecuciones, que siguen inseparablemente al celo de las almas, como al cuerpo la sombra. Y no fué de las menores la primera, por ocasión de tres mancebos españoles que ganó para Dios, uno toledano, llamado Juan de Castro, de agudo ingenio, y Doctor de la Sorbona; otro, por sobrenombre Peralta, y el tercero un vizcaíno que se llamaba Amador. Moviéronse tanto con los Ejercicios espirituales, que dieron cuanto tenían á los pobres; y haciéndose pobres por Cristo, vivían como tales en el Hospital de Santiago, pidiendo su comida de puerta en puerta, dándose como discípulos y compañeros de Ignacio. Comenzó á divulgarse esto en la Universidad y hacer grande ruído, interpretándolo cada uno á su modo. Los que más se alborotaron fueron unos caballeros españoles, parientes y amigos de los mancebos, los cuales fueron al Hospital y procuraron persuadirles que dejasen aquella vida, que ellos llamaban locura, y se volviesen á sus casas. No pudiendo vencerlos con razones ni con amenazas, porque respondían que ellos habían aprendido de Ignacio la verdadera sabiduría, que no se lee en las escuelas, y que si no tenían ánimo para imitarlos, los dejasen seguir el camino del cielo, que habían tomado; los sacaron por fuerza del Hospital y los llevaron á la Universidad, y les dijeron tantas cosas, y pusieron tales miedos, que al fin prometieron que acabarían sus estudios antes de tomar nuevo modo de vida.

Quien más enojo concibió contra el autor de esta mudanza fué el Doctor Pedro Ortiz, español, estimado en la Universidad por insigne letrado, y el Doctor Diego de Govea, Rector del Colegio de Santa Bárbara; este por Amador, que era su discípulo, y aquél porque cuidaba de Castro y Peralta; y juntándose el sentimiento al celo, ó juzgando celo el sentimiento, dijeron tanto de la vida y doctrina de Ignacio, apoyando lo que corría en la Universidad, ó porque lo creían, ó porque lo querían creer, que sólo por arte mágica podían hacerse tales mudanzas, que no faltó quien acusase al Santo ante Fray Mateo Ori, varón doctísimo, de la Orden de Santo

Domingo, Inquisidor de París, que luego adivinó, por la relación que le hicieron, cuál era la mágia con que Ignacio trocaba los corazones y entendimientos; y por conocerle, más que por examinarle, deseó verle y hablarle. Estaba á la sazón el Santo en Ruan, á socorrer á aquel español enfermo, que dijimos, y de aquí tomaron ocasión sus contrarios para decir que bien se conocía ser su vida y doctrina sospechosas, pues se huía cuando se trataba de examinarlas. Escribióle un amigo lo que pasaba, y recibiendo la carta en una calle de Ruan, habiendo ya despachado al español enfermo, llamó al punto un escribano y le pidió fe y testimonio como acababa de recibir aquella carta, siendo testigos el mismo que la traía y los que se hallaban presentes, y que del mismo lugar en que la recibía, se partía luego á París. Dióle el escribano el testimonio, y, acompañado de él y de los testigos, salió de Ruan y tomó el camino de París; y en llegando á la ciudad, sin ir á su posada, se fué derecho á presentar al Inquisidor Fray Mateo Ori. y, contándole el caso, dijo. que en aquel Tribunal había una delación contra él, y, fuese verdad ó mentira, estaba dispuesto á dar razón de sí. Admirado el Inquisidor de que se hubiese venido á su Tribunal sin ser llamado, le dijo que no tuviese pena de cuanto le habían delatado, porque él estaba satisfecho de su inocencia y sabía bien que no tenía culpa ninguna. Y después de haberle hablado, quedó con mayor concepto de su santidad, aunque la había concebido grande, por las mismas calumnias de sus acusadores.

En comenzando Ignacio el curso de Filosofía, otro mayor celo de hacerse apto para ayudar á las almas le hizo templar su celo y dejar de dar los Ejercicios. Con esto cesaron de perseguirle sus enemigos; tanto, que reparándolo un compañero, le dijo: «¿Qué es esto, Ignacio? ¿qué mudanza es esta? ¿Los que antes os querían tragar y decían males de vos, ahora os alaban y tienen por Santo?» A que respondió él: «No os espantéis de eso; dejad que se acabe el curso, y lo veréis todo trocado; ahora callan, porque yo callo; pero en comenzando yo á hablar hablarán ellos, y se vol-

verá el mar á alborotar, y las olas se levantarán hasta el cielo.» Así sucedió después de el curso de Filosofía, cuando volvió á dar los Ejercicios y tratar con más fervor de la salud de las almas; que se levantaron, no una, sino muchas tempestades, que le hubieran anegado si no tuviera de su parte al que libró á Jonás de las olas tempestuosas del mar en el vientre de la ballena. Y ahora, en el mismo curso de Filosofía, como no podía reprimirse de el todo, y, cuando hacía menos, hacía lo bastante para turbar al infierno, padeció una de las mayores de París.

Persuadía el Santo, en los corrillos y conversaciones, que dije, á muchos estudiantes, que, dejando los juegos y entretenimientos, los días de fiesta confesasen y comulgasen, lo cual era causa de que tales días, por acudir á estos devotos ejercicios, faltasen á algunos de letras, que en París no se dejan del todo las fiestas; sintiéndolo los maestros, y más que todos, Peña, por ser principalmente sus discípulos, condiscípulos de el Santo, los que frecuentaban por su consejo los Sacramentos. Llamóle tres veces, y amonestóle que dejase á sus discípulos y no se metiese en vidas ajenas, pues él no era reformador de la Universidad; que estudiase él y dejase estudiar á los otros, si no quería tenerle por enemigo. Mas el Santo, que no sabía dejar el servicio de Dios por el miedo y respeto de los hombres, prosiguió como antes. El maestro, picado de que no hiciese caso de tantos avisos, avisó al Doctor Diego de Govea, y contándole lo que pasaba, acordaron los dos que amenazasen á Ignacio con el castigo de la Sala, que es en París muy riguroso y afrentoso, y sólo se da á estudiantes inquietos y de perniciosas costumbres, que con ellas alborotan y escandalizan la Universidad, y hácese en esta forma: Llaman á toque de campana á los maestros, que vienen armados con unas varas, y á los estudiantes, para que vean este espectáculo; y desnudando las espaldas al reo, descargan sobre ellas los maestros muchos azotes. Amenazó Peña al Santo con este castigo, de parte del Rector; mas para él, que deseaba ser afligido y afrentado por Cristo, amenazarle con

azotes y afrentas fué espolearle para que prosiguiese en lo comenzado.

Ya le pareció al Maestro, que no podía dilatarse el castigo; habló al Doctor Govea, y como estaba muy sentido con Ignacio, por su discípulo Amador, determinó ejecutarle en viniendo á las escuelas. Supo el Santo lo que le esperaba, avisándole algunos que se guardase de ir al Colegio de Santa Bárbara, porque teníanresuelto los maestros azotarle; y en lugar de retirarse, se partió luego al Colegio. Sintió en este camino que rehusaba la naturaleza ir á donde le llevaba la gracia, y perdió el color, teniendo grande horror á los azotes, no porque habían de herir el cuerpo, sino por el nombre y buen crédito que había de perder; y enojándose consigo y reprendiéndose, dijo: «¿Qué es esto, asnillo? ¿tiras coces contra el aguijón? Has de ir aunque te pese, y sino te llevaré yo arrastrando, y te haré bailar al són que te hicieren los azotes.» Apresuró el paso, entró en las escuelas, y luego cerraron las puertas y se tocó la campana; por una parte venían los maestros, armados con las varas, por otra los estudiantes. Entonces, vencida la primera repugnancia, y alcanzada victoria de sí mismo, fué combatido de dos espíritus, que, aunque parecían contrarios, eran hermanos, nacidos de un mismo padre: el amor de Dios le inclinaba á padecer por Dios, y el amor de Dios le movía á excusar el castigo por el honor de Dios. Entre estos dos afectos buenos, no sabía á cuál volverse, porque al irse á la pena, le retiraba la gloria de Jesucristo, y al determinarse á buscar esta gloria, le tiraba la pena padecida por Cristo; y vacilando, decía: «¿Qué cosa para mí más deseada que ser afrentado por Cristo y mis prójimos? Regalo es para mí ser azotado por el que fué antes azotado por mí; gloria es ser afrentado por el que sufrió por mí afrentas. Mas esta afrenta no tanto cae sobre mi persona cuanto sobre la doctrina que enseño; no es tanto azotarme á mí cuanto volver á azotar á mi Señor, castigando sus preceptos y consejos. Yo aparejado estoy para los azotes; vengan sobre mis espaldas, como vinieron sobre las de mi Redentor. Pero

¡cuántos mancebos dejarán el camino comenzado si me vén azotado porque les enseño! Despreciarán el Evangelio, porque yo le predico, teniendo por afrenta oir á un hombre afrentado, y se le quitará á Dios mucha gloria y á las almas mucho provecho. No es de perder tan buena ocasión, ni son para desechadas estas afrentas; quiérolas padecer: he hallado lo que muchos años he deseado, no lo quiero perder. Pero ¿qué digo? No quiera Dios que yo busque antes mi propio interés que su honra, ni que pretenda mi ganancia con su pérdida; quiero perder mis penas por ganar su gloria.».

En esto le llamaron para que entrase en la sala, y él dijo que deseaba antes hablar con el Rector. Fuese al Doctor Govea, que aún no había salido de su aposento, y le dijo con grande autoridad: «No ignoraba yo, que me estaba aparejado este castigo, y pudiera huir de él, no entrando en el colegio, mas he venido á buscar los azotes, porque nada deseo más que ser azotado y afrentado por mi Redentor, por el cual estoy aparejado, no solo á sufrir azotes, sino la misma muerte y todos los tormentos de el mundo; por eso en las cárceles y cadenas que he padecido por semejante causa, no he querido abogado ni intercesor. Solamente me duele en este caso el escándalo que padecerán tantos estudiantes como Dios ha sacado por mi medio de los vicios, los cuales volverán atrás de el camino de la virtud, viéndome á mí afrentado, no por otro delito que por habérsele enseñado, y mucho más me duele la ofensa que se hace á Cristo, siendo castigado un hombre porque enseña su doctrina. Si estos azotes se me dieran entre bárbaros infieles, entendiera que eran esmaltes de la doctrina, porque se apoyaba por buena la que se castigaba como contraria á la suya; pero en una Universidad tan cristiana, por unos Doctores católicos, ¿cuánto perderá de estimación y crédito?» No le dejó Govea pasar adelante; tomóle de la mano y metióle en el general, donde estaban los maestros y discípulos esperando, y puesto enmedio de ellos, con admiración y espanto de todos, se arrojó á los

pies de Ignacio, y derramando muchas lágrimas le pidió perdón de el intento que había tenido por haber dado oidos á quien no debiera, y dijo á voces que aquel hombre era santo, porque no cuidando de su dolor y afrenta, solo tenía cuidado de la honra de Dios y bien de sus prójimos. Y con este público testimonio de la santidad de Ignacio, quedaron confusos los malos y alentados los buenos, y con mayor estimación su doctrina.

Quedóle Govea tan aficionado, que fué siempre pregonero de su santidad, y fué causa de que se encargase la misión de la India Oriental á sus compañeros; porque estando él en Roma á negocios de el Rey de Portugal don Juan el Tercero, le escribió el Rey, que le buscase algunos predicadores insignes que enviar á la India Oriental á predicar el Evangelio; porque este piadosísimo Rey tenía más deseo de dilatar el reino de Cristo, que su señorío y y estados. Respondióle Govea las calidades de Ignacio y sus compañeros, diciéndole que había hallado lo que su Majestad deseaba, unos varones llenos de Dios, desnudos de sí mismos, dispuestos á la conversión de las almas, nacidos para la India, y elegidos de Dios para apóstoles. Y luego fué escogido para esta Misión San Francisco Javier, y el Padre Simón Rodríguez, de los cuales hablaremos adelante. No solo el Doctor Govea veneró á Ignacio como á Santo desde esta ocasión, mas también su maestro y los doctores más principales de la Universidad, entre los cuales se señalaron mucho Moscoso, Valle, y Marcial, que hicieron los Ejercicios espirituales, y salieron no menos admirados de la sabiduría de Ignacio, que se encierra en aquel librito, que antes lo estaban de su santidad. Y entonces fué cuando le quisieron dar el grado de Doctor, de que ya he hablado; honrando Dios más á su siervo, cuanto él menos cuidaba de su honra por la de Dios. No hablo de las persecuciones que padeció después, queriéndole matar algunos hombres tan viciosos, que se afrentaban de ver á sus parientes ò amigos, virtuosos, imitadores de Jesucristo y amadores de su Cruz.

Universidad de Deusto Biblioteca

CAPITULO XIII

De algunas conversiones singulares que hizo San Ignacio en París

No se pueden decir todas las conversiones notables que hizo San Ignacio en París: contaré una ú otra para muestra de su celo siempre el mismo y siempre nuevo, por los nuevos modos que discurría y hallaba para traer las almas á Dios. Había en París un religioso y sacerdote, cuya vida debiendo ser por estos dos títulos muy ajustada y ejemplar, era muy desbaratada y escandalosa. Dolíale mucho su perdición, y la de muchos que presumían disculpa de sus vicios en los de el que delinquía con mayores obligaciones. No sabía qué hacer para reducirle á mejor vida, porque ir un lego á corregir un religioso, un secular á un sacerdote, y más de la autoridad que él era, lo interpretara á falta de respeto, y perdieran la eficacia sus palabras por la importunidad de quien las decía. Encomendóle á Dios, y un domingo por la mañana, yendo á comulgar á una iglesia que estaba cerca de la casa de el religioso, se entró en el aposento y rogó que le confesase. Puesto á sus pies, después de haber confesado los defectos cuotidianos, le pidió licencia para repetir algunos pecados de la vida pasada, que más agravaban y remordían su conciencia. Empezó á confesar los pecados graves de su mocedad, y juntamente á llorar y suspirar, no pudiendo á veces hablar de el mucho dolor. Y para agravar sus culpas ponderaba la infinita majestad de el ofendido, y la grande vileza de el ofensor, las misericordias de Dios para con él, y sus ingratitudes para con Dios. Empezóse á compungir el confesor con la compunción de el penitente, y de los pecados que oía se iba su memoria á sus pecados, no pudiendo atender á los de el penitente por atender á los suyos, diciendo en su corazón: ¡Ay de mí! Si éste llora así los

pecados de su mocedad, ¿cuánto debo yo llorar los míos? Diferentes son las obligaciones de un soldado que las de un religioso; ¿pues cómo vivo yo siendo religioso, peor que este vivía siendo soldado? ¡Ay de mí! Si así se lloran pecados llorados tantas veces, ¿cómo no lloro yo una vez siquiera mis pecados? Cómo no me arrepiento de ellos? Cómo me estoy encenagado en los vicios? — Acabó el Santo de confesarse, y recibida la absolución se despidió de el religioso. Quedó este herido de la mano de Dios, no pudiendo pensar en otra cosa más que en su vida pasada, y no sabiendo qué hacer ni pudiendo sosegar salió en busca de Ignacio, y hallándole, le dijo: Aquella confesión no fué de vuestras culpas, sino de las mías; aquellas lágrimas eran para mis pecados, aquel dolor era para mis culpas, aquellos golpes que dabais en vuestro pecho hacían pedazos mi corazón. Yo quiero mudar de vida, y vivir como pide mi profesión; á vuestro cargo estará el guiarme: vos me herísteis, Ignacio, á vos vengo que me sanéis. Así lo hizo el Santo, dióle los Ejercicios espirituales y salió de ellos un ejemplar de penitencia y religiosas virtudes; y mientras Ignacio estuvo en París, siempre le reverenció como á padre espiritual y médico de su alma. Fué este un nuevo arte de convertir, (de que se valió después otras veces) descubrir sus culpas para mover á otros á penitencia, y hacer de sus mismos pecados, ejemplos para reducir pecadores; y no fué menos nuevo y singular, aunque diferente, el modo con que redujo á otro pecador.

Supo que un hombre estaba miserablemente perdido por una mujer que vivía en un villaje, cerca de París; procuró apartarle de su torpe amistad, ya con palabras blandas ponderándole la suavísima misericordia de el Señor, ya con amenazas de el tremendo juicio de Dios y de las penas eternas de el infierno; pero en vano, porque su amor era ciego para ver su daño, y sordo para oir las amonestaciones saludables de el que procuraba su salud. Viendo que no admitía ningún remedio este enfermo desahuciado, determinó á ejemplo de el Médico divino, tomar, estando

sano, la medicina que había de tomar el enfermo. Sabiendo que aquel hombre había de pasar de noche por junto á una laguna para ir á la casa de aquella mujer, se adelantó al anochecer, y llegando á la laguna desnudando sus vestidos, se metió dentro de el agua hasta los hombros. Era enmedio del invierno, que en París es muy riguroso; estaba el agua frigidísima, y entrando en ella empezó á temblar todo el cuerpo; pero el fuego de su caridad, á quien no podían apagar las muchas aguas, vencia los hielos y se encendía más con ellos, rogando á Dios que abriese los ojos de aquél miserable y le sacase de el camino de su perdición. Vióle venir, y cuando se acercaba á la laguna, le dijo con una voz lastimera y juntamente terrible: «¿A dónde caminas, miserable? No ves la espada de la divina justicia, que viene á caer sobre tu cabeza? ¿No miras el infierno abierto para tragarte? Anda, corre, date prisa, que yo me estaré aquí atormentando por tus culpas, hasta ver si á costa mía se quiere aplacar el justo enojo de Dios. Aquí me hallarás, todas las noches, haciendo penitencia por tus pecados, mientras tú no dejares esa mujer que te tiene tan perdido.» Quedó atónito el hombre con las palabras de el Santo, y mucho más con la vista de aquel espectáculo: paróse, dejó el camino que llevaba, y la ocasión para siempre, y quedó desde entonces muy amigo de el Santo, aprovechándose de sus consejos y reconociendo que le debía la salud de su alma.

Deseaba mucho ganar un insigne Doctor de la Universidad; buscóle un día en su casa, y hallóle jugando á los trucos. Embarazóse de que le viese en aquel ejercicio, y queriendo disculpar su juego con hacerle cómplice, le rogó que jugase. Escusóse Ignacio, afirmando repetidas veces, que nunca en toda su vida había tomado el taco en las manos; mas el Doctor le importunaba tanto, que prometió jugar, mas con una condición, que quien perdiese había de hacer por treinta días lo que quisiese el que ganase. Aceptó el Doctor el partido, aunque lo tomaba de burlas, y empezando á jugar, con ser muy diestro y ejercitado, y

no haber jugado Ignacio otra vez en su vida, él no pudo ganar mano, y el Santo no perdió suerte, con tanta admiración de el Doctor, que conociendo que la mano de Dios gobernaba el taco, y que no se podía hacer sin manifiesto milagro, se sujetó á Ignacio por treinta días en que le dió los Ejercicios de que salió muy aprovechado, con grande aprecio de las cosas de el cielo y desprecio de las de el mundo, diciendo que nunca había ganado más que cuando había perdido, pues perdiendo el juego, ganó su alma.

Estando San Ignacio hablando con un discípulo suyo espiritual, vieron pasar por la calle un pobre hombre, roto y descolorido que iba melancólico suspirando. Conoció, con luz de el cielo, adónde y á qué iba, y dijo á su discípulo, que le siguiese y hiciese todo lo que le viese hacer, porque él iría trás ellos. Hízolo así el discípulo, fuese con el hombre mostrándose triste y melancólico y suspirando como él, hasta que llegaron fuera de la ciudad, á un lugar apartado. Detúvose allí el hombre, y el discípulo le preguntó: ¿Qué tenéis? De qué estáis triste? Qué buscáis ahí? Respondió gimiendo y suspirando: Qué tengo de tener? Tengo tantos trabajos, dolores y tristezas, que ando buscando un lazo para acabar la vida; porque mejor me es morir de una vez, que vivir muriendo cada día. Oyendo esto, dijo el discípulo: ¡Ay, miserable de mí! No sois vos solo el que padecéis trabajos, que yo también padezco muchos, y no puedo salir de ellos sino con la muerte. A este tiempo llegó el Santo, y volviéndose á su discípulo, como á hombre desconocido, le dijo: ¿Quién soís? Por qué andáis triste? Respondióle, mostrando grande amargura de corazón, que él era un hombre miserable lleno de trabajos, de los cuales no podía salir sino con la muerte. Comenzó Ignacio á consolarle con dulces y suaves palabras, diciéndole que no tomase la muerte con sus manos, pues si se libraba de males temporales, se condenaba á males eternos; que esperase en Dios que no desampara á los que confían en él, y remediaría los males que le había enviado para su mayor bien, que dejase la muerte y buscase en el Señor

Universidad de Deusto Biblioteca

la verdadera vida. Empezóse á ablandar poco á poco con estas y otras razones el discípulo, y últimamente vino á decir que estaba arrepentido, y le parecía bien lo que le aconsejaba, y volviéndose al hombre desesperado, le dijo: ¿Qué pensáis hacer? porque este buen hombre tiene razón, y yo quiero seguir su consejo, porque si tomo yo la muerte con mis manos, por huir de los trabajos de este mundo que presto se acabarán, caigo en los de el infierno, que no han de tener fin. Movido el miserable con el ejemplo de su compañero, dijo que lo mismo le parecía á él, y que quería dejar su mal propósito; y más movido después con las palabras de el Santo, se arrepintió de su culpa y se volvió á su casa consolado y animado á padecer con paciencia y conformidad los trabajos que el Señor quisiese enviarle.

¿Qué diré de los herejes que redujo á nuestra santa Fe, sin nota de ellos, llevándolos él mismo al Inquisidor para reconciliarlos con la Iglesia? Finalmente el Doctor Peralta depuso con juramento, que cuando no hubiera hecho Ignacio otra cosa más de lo que él vió por sus ojos, cuando le trató domésticamente en París, eso solo le parecía bastante para canonizarle; pero nos quedan sus más insignes conversiones en los compañeros que ganó para fundar su Religión; de los cuales es justo dar aquí alguna noticia, para que se vea de qué piedras fabricó Dios el Templo de la Compañía de Jesús, y cómo las labró el sabio arquitecto Ignacio, para echar los fundamentos de tan grande y prodigioso edificio.

LIBRO TERCERO

DE LA VIDA Y VIRTUDES DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

CAPITULO PRIMERO

Como ganó San Ignacio á Pedro Fabro y San Francisco Javier, sus primeros compañeros.

Como sabía Ignacio desde Manresa, que Dios le tenía escogido para fundar una Religión que tuviese por fin la salvación de las almas, su principal cuidado era juntar compañeros que le ayudasen en los empleos apostólicos. Por eso escogió en Barcelona aquellos tres mancebos, que con el otro francés le acompañaron en Alcalá y Salamanca, siendo partícipes de sus persecuciones y trabajos, y teniéndose por dichosos de padecer por Cristo. Pero no eran estos de los elegidos de Dios para tan grande obra, ni de el linage de aquellos varones, por quien se había de obrar salud en Israel; y así viendo

que en cualquier parte donde Ignacio ponía el pie nacían espinas de nuevas acusaciones y calumnias, no teniendo ánimo para seguir aquel gigante de fortaleza, volvieron atrás y casi todos tuvieron poco felices fines. Calixto, habiendo peregrinado á Jerusalén, por consejo de San Ignacio, para volver con nuevos fervores de ayudar á las almas; trocando el cielo por la tierra, de mercader Evangélico, se hizo mercader de bienes temporales y se embarcó á la India en busca de riquezas, el que, discípulo de Ignacio, pudiera ir en busca de almas; de la India volvió rico de oro y pobre de virtudes, y estuvo en Salamanca con admiración de los que antes le habían visto en otro traje y estado, y con otros pensamientos; y últimamente vino á morir en su ejercicio de mercader. Arriaga, en dejando la pobreza y humildad de Cristo, entró en pretensiones de honras y dignidades; primero le dieron una encomienda, después un Obispado en la América; estando ya fundada la Compañía de Jesús, escribió á San Ignacio rogándole que aceptase este Obispado para alguno de la Compañía; y no admitiéndole el Santo, pasó á las Indias Obispo, y allí murió, bebiendo incautamente un poco de veneno. Cáceres volvió á Segovia, su pátria, y entre sus parientes y amigos y los regalos de su casa, se trocó en otro hombre, y hecho mundano le trató el mundo como merecía, quien habiendo huído de él, se volvía á poner en sus manos. Tomando la profesión de soldado, fué preso y tenido por espía en Inglaterra y Francia y de el ejército de Carlos V y de todos maltratado; dos veces estuvo para ser ahorcado, y una le dieron tales tormentos, que desde entonces pasó una vida miserable. El francés Juan, siendo el menor en edad, fué el más prudente, pues aunque dejó á Ignacio y el modo de vida que había comenzado, no dejó á Dios; porque se hizo religioso y perseveró constante en la religión hasta la muerte.

Tampoco eran de los escogidos los tres primeros compañeros que se le juntaron en París, Castro, Peralta y Amador; y así habiéndose dejado sacar de el Hospital de Santiago, donde estaban con Ignacio, por las persuasiones y amenazas de sus amigos, dejaron el modo de vida evangélica, que habian tomado y desampararon al Santo; y aunque perdieron el ser apóstoles en su Compañía, no perdieron las buenas costumbres que en su compañía habían aprendido. Castro se volvió á España, y predicó en Burgos algún tiempo, hasta que no pudiendo resistir á sus mismas exhortaciones con que movía á otros á seguir á Cristo, se entró en la Cartuja de Valencia, en el Monasterio de Valle de Cristo, y acabó santísimamente como hijo de tan santa religión. Peralta peregrinó á Jerusalén á pie, y estuvo en Roma, de donde volvió á España; y no se sabe cosa más particular, como ni de Amador, sólo que vivieron loablemente.

Los varones grandes nacen tarde, y á los árboles suelen quitar los primeros frutos para que después los den más sazonados; así faltaron á Ignacio los primeros y segundos compañeros para que sucediesen los terceros: partos que consolarán muchos abortos, y tales que merecían ser esperados más tiempo porque fueron como unos nuevos epóstoles de el mundo, que le alumbraron con su doctrina, le edificaron con su ejemplo, le aprovecharon con sus obras, le admiraron con sus milagros; hijos finalmente dignos de Ignacio, compañeros de su celo, retratos de su santidad, copias vivas de sus virtudes y espejos en que se deben mirar todos los hijos de la Compañía, para llenar su vocación y cumplir con el alto fin para que han sido llamados.

El primero, á ninguno segundo, fué Pedro Fabro, saboyano, á quien se aficionó Ignacio sobremanera luego que le conoció, por sus excelentes prendas y inocentes costumbres, de un natural dulce, de un espíritu sólido, de un ingenio agudo, de un juicio maduro, de gran modestia y circunspección en todas sus acciones y palabras. Era natural de Villareto, aldea de Saboya, hijo de padres pobres de bienes temporales, y ricos de piedad y devoción. Habiéndole enseñado con mucho cuidado la doctrina cristiana, le envió su padre al campo, de seis años, para que guardase una pequeña manada de ovejas; y el niño, que apenas sa-

Universidad de Deusto Biblioteca

bía hablar, hecho maestro antes de poder ser discípulo, convocaba los pastores, y puesto sobre una piedra les enseñaba la Doctrina Cristiana con tanta gracia, que venían á oirle los pastores de los lugares vecinos. Un celo tan adelantado mostraba bien que no había nacido aquel niño para pastor de ovejas, sino para apacentar las almas con la verdadera doctrina como lo hizo á su tiempo, sustentando á los católicos en la fé y haciendo de los mismos lobos ovejas de el rebaño de Cristo, para lo cual le dió el Señor tal inclinación á las letras, que andando en el campo en guarda de su ganado, suspiraba por el estudio; hasta que de diez años sabiendo ya leer y escribir, alcanzó de su padre con muchos ruegos y lágrimas, que le pusiese en la escuela de Pedro Veliardo, varón de mucha santidad, que enseñaba la Gramática á los niños, no tanto por interés, cuanto por instruir aquella edad en la virtud. A los poetas y escritores profanos y lascivos hacía castos y evangélicos (decía después el mismo Fabro), porque dejando lo impuro que había en ellos, convertía todo cuando les leía en edificación, sacando documentos saludables para las costumbres. Aprovechó de manera Fabro en esta escuela de letras y virtudes, en dos años que estuvo en ella, que á los doce de su edad consagró con voto su virginidad á Dios, y propuso de hacer una vida perfecta, aunque no determinó por entonces el modo que había de seguir: en la Lengua latina y griega y en la retórica salió eminente. Deseando pasar á ciencias mayores, lo dificultaba su padre por el mucho amor que rehusaba apartarle de sí, y pocos medios con que se hallaba para enviarle á las escuelas; mas juntándose á sus instancias los ruegos del Padre Jorge Fabro, Prior de la Cartuja de Requie, en Saboya, fué enviado á la Universidad de París. Aquí tuvo por maestro en la Filosofía á Juan de Peña, que le amó singularmente porque en el ingenio y aplicación no tenía igual, y todos sus condiscípulos no solo le reconocían superior, pero le miraban como un milagro; su maestro mismo no rehusaba hacerse tal vez su discípulo; porque en hallando algún texto de Aristóles muy dificultoso, pedía á Fabro que se le declarase. Habiendo acabado el curso de la Filosofía, recibió el grado de maestro de Artes, juntamente con San Francisco Javier, su condiscípulo.

Vivían juntos Fabro y Javier en el Colegio de Santa Bárbara y estaban para entrar á estudiar la Teología, cuando vino Ignacio al mismo Colegio á estudiar la Filosofía con el maestro Peña que empezaba de nuevo el curso. Recibieron los dos condiscípulos á Ignacio en su mismo aposento, y Peña encargó á Fabro que le pasase las lecciones que él había leído. Hacíalo con mucho cuidado por el amor que había cobrado á Ignacio por sus grandes virtudes; y Ignacio deseando ganarle para Dios y hacerle compañero de sus intentos, le iba disponiendo poco á poco con gran prudencia y suavidad, rogando juntamente á nuestro Señor que le moviese el corazón á lo que fuese su mayor gloria. Empezaban á brotar con fuerza las pasiones en Fabro, y como era muy temeroso de Dios, y aborrecía aún la sombra de la culpa, procuraba vencer las tentaciones con ayunos contínuos; pero no cesaban, y si por algún tiempo se templaban, era combatido de la vanidad, como si hubiera vencido por sus propias fuerzas. Viéndose atormentado de escrúpulos sin saber qué hacer, se descubrió á Ignacio y le dijo, que él deseaba irse á un desierto donde no viese objeto alguno que pudiese hacer impresión en sus sentidos, y castigando noche y día su carne la sujetase perfectamente al espíritu. Conoció Ignacio con su gran discreción de espíritus, que esta resolución era nueva tentación, porque no era el desierto para Fabro, ni Fabro para el desierto, por quererle Dios para que le sirviese en las ciudades, aprovechándose á sí y á las almas con los talentos, que para eso liberalmente le había dado; y díjole que no siempre los lugares solitarios eran asilo contra las tentaciones; que San Antonio no había carecido de ellas en los desiertos de Egipto, y San Jerónimo había hallado en los de Palestina las imágenes de las doncellas que había dejado en Roma; y que se ven hombres muy ayunadores y

penitentes que no dejan de sentir los movimientos de la concupiscencia. Que el aire de la vanidad, en todas partes corre, y muchas veces desea la alabanza quien no tiene quien le alabe, y á quien faltan testigos de sus acciones quiere complacerse á sí mismo. Y enseñóle el modo de vencer las tentaciones con actos contrarios, con la oración y frecuencia de Sacramentos; aconsejóle el exámen cuotidiano de la conciencia, y le dió la práctica de el exámen particular, para arrancar una á una las raíces de las faltas; y hallóse Fabro tan bien que, sosegados sus escrúpulos y temores, pudo hacer una confesión general por consejo de el mismo Santo; de que quedó más quieto y más estimador y venerador de el que miraba como médico de su alma.

Con ver Ignacio á Fabro tan suyo, no le declaró sus intentos en dos años, en que procuró suavemente quitarle todas las imperfecciones y plantar las virtudes, después de los cuales le descubrió un día, como en confianza, que él pensaba pasar el mar, y ir á la Tierra Santa para gastar la vida en la conversión de los infieles y padecer la muerte si Dios fuese servido por tan buena causa. Apenas oyó estas palabras Fabro, cuando abrazándose estrechamente con Ignacio, le dijo: Yo os seguiré, sin apartarme de vos hasta la muerte. Desde entonces se dió por compañero de Ignacio, aunque el Santo quiso que estuviese oculto hasta su tiempo; quizá por haber visto que la publicidad había malogrado los primeros y segundos compañeros. Partióse Fabro á Villareto, donde había muerto su madre, y habiendo estado ocho meses haciendo fruto en muchas almas, alcanzada la bendición de su padre, y licencia para disponer de sí en servicio de Dios, volvió á París, sin traer de su casa ni de su patria más que á sí mismo, para entregarse más libremente á Dios, cuanto más desnudo, y así fué necesario en adelante que Ignacio le sustentase de las limosnas que á él le daban, haciendo aún en esto el oficio de Padre de éste su hijo primogénito. Pareció á Ignacio que era ya tiempo de dar á Fabro los Ejercicios espirituales que había reservado hasta ahora, porque desembarazado de todos los

pensamientos del mundo, y libre de escrúpulos y temores, estuviese su alma más capaz de la perfección que Dios le había de comunicar por tan poderoso medio; y para que los hiciese con más quietud, le sacó del Colegio de Santa Bárbara, y le llevó á una pobre casilla en la calle que llaman Jacopea. Aquí los hizo con tanto fervor que se estuvo seis días sin comer ni beber, y deseaba proseguir su ayuno, si Ignacio, á quien lo comunicó no le mandára comer. Siendo en lo más riguroso del invierno, se salía por las noches mal vestido, como estaba, al patio lleno de nieve y hielo y se estaba algunas horas en oración, y el frío no le embarazaba por ser mayor el fuego que ardía en su pecho. Pusiéronle en el aposento un montón de carbón, para que encendiese lumbre contra el rigor del tiempo, mas él nunca la encendió, antes esparció los carbones por el suelo, y desnudándose tomaba sobre ellos, en vez de lecho, el reposo á que le obligaba la necesidad. Acabados los Ejercicios de que salió muy aprovechado y gran maestro de jugar estas armas espirituales, determinó ordenarse de Sacerdote, para lo cual sirvió de primera preparación aquel retiro, y dijo su primera Misa el día de Santa María Magdalena, de quien era singularmente devoto, ofreciendo á Dios el sacrificio de su Hijo, y ofreciéndose á sí mismo con él para morir por él, si quisiese su Majestad algún día aceptar hostia, al que ahora recibía Sacerdote.

Si quisiera decir lo que después hizo y padeció por amor de Cristo y de las almas este venerable Padre, tuviera que correr la mayor parte de Europa, alejándome demasiado de este lugar, aunque no de la gloria de Ignacio que engendró en Cristo este hijo, y enseñó á este discípulo lo que él había de enseñar á muchas provincias y reinos. Mas no se escusa apuntar lo que no se puede decir, ni se puede callar sin injuria de la alabanza, á la cual se quita mucho de gloria cuando se niega á varones tan grandes. Después de haber peregrinado por Italia de la manera que diremos, le envió el Sumo Pontífice á Parma, donde leyó públicamente la Sagrada Escritura y Teología, y con sus sermones mudó

la ciudad en otra, que se desconocía á sí misma por la frecuencia de Sacramentos y reformación de costumbres. Y para que el fruto fuese durable, instituyó algunas Congregaciones, con leyes prudentísimas y muy devotos ejercicios. De Parma le envió Paulo III á Alemania para resistir á las heregías, y fué el primero de la Compañía que entró en aquel Imperio, y el capitán de los muchos hijos de Ignacio, que han peleado y vencido á los enemigos de la fe en las partes septentrionales. Aquí convirtió innumerables hereges, confirmó á los católicos, redujo á observancia muchos monasterios, reformó la clerecía y alentó á los Prelados para que acudiesen á sus ovejas; y fué increíble el provecho que hizo con sus sermones, lecciones, pláticas espirituales, cartas y otros medios sin perdonar ninguno, por ayudar á las almas. Desafió muchas veces á Bucero y Melanton y los convenció tan claramente, que no sabían qué responder á la fuerza de sus razones y al espíritu de Dios que hablaba por su boca. El venerable Padre Pedro Canisio, llamado Martillo de los hereges, habiendo buscado á Fabro, cuando entró en Alemania, cuenta en una carta la vida y el fruto que hacía, por estas palabras: «Llegué prósperamente á Maguncia, donde hallé, para gran bien mío, á aquel varón que buscaba, si acaso es varón y no es antes angel de el Señor. En mi vida he visto hombre más modesto, ni más profundo teólogo, ni que le iguale en virtud. No tiene otras ansias sino cooperar con Cristo en la salvación de las almas. No le he oído hablar palabra que no sea de mucha gloria de Dios, y de gran piedad, sin ser molesto á los que le oyen, por la copia de santas palabras. Tiene tan grande autoridad, que se han puesto en sus manos, para que los instruya, muchos Religiosos, muchos Obispos, muchos Doctores, y entre ellos el mismo Cocleo, hombre bien conocido por sus escritos, el cual dice que no puede dar á Dios bastantes gracias por haber gozado de su instrucción. Muchos Sacerdotes y Eclesiásticos han echado de sí á sus mancebas, ó se han entrado Religiosos, ó se han convertido á una santa vida, dejando la profana que tenían, por las exhortaciones y trabajo de este Padre. Lo que yo he experimentado en mí, apenas podré decir cómo, con los Ejercicios espirituales que me dió, se me ha mudado el alma y todos los sentidos; el entendimiento se me ha ilustrado con nuevas luces de la gracia, y en todo mí siento nuevo vigor; porque rebosando la abundancia de la beneficencia divina hasta el mismo cuerpo, todo yo me he confortado y transformado totalmente en otro hombre.» Todo esto es del venerable Padre Pedro Canisio.

En España y Portugal hizo tanto fruto en príncipes, señores y caballeros, religiosos y seglares, y todo género de gente, que muchos le llamaban Apóstol de el gran Dios; y el mismo Padre Fabro se humillaba y confundía de ver la liberalidad con que el Señor favorecía sus trabajos. El mismo fruto hizo en Italia, Flandes y Francia, y en todas las partes donde estuvo, aunque fuese de paso, porque se determinó á no tener jamás ociosa la palabra de Dios, y así, en los caminos, en los campos, en las ciudades, en las plazas, en las calles, en la mesa y en todos los lugares y ocasiones, hablaba de Dios con tanto espíritu, que aficionaba á la virtud á cuantos le oían; y era como un fuego divino, que iba prendiendo sus llamas en todo cuanto encontraba. Buena prueba es lo que él mismo escribió á San Ignacio, dando gracias á Dios, y á sí mismo confusión; que así como no le pesó de haber dejado á Roma por Parma, por la grande mies que allí cogió, así también no le pesó de haber dejado á Parma por ir á Alemania, ni á Alemania por venir á España, ni á España por Maguncia, porque en todas partes se iba multiplicando el fruto que hacía. Una cosa rara se dice de este Santo Padre: que á cuantos persuadía una vez, no volvían más atrás en sus santos propósitos, y quedaban perpetuamente prendados de su trato y apacibilidad. Y muchas veces bastaba una palabra sola para mudar un corazón, como le sucedió con un mancebo llamado Maximiliano Capela, á quien dijo solamente: «¿Queréis quedaros con nosotros?» Y luego dejó el mundo y todas sus esperanzas, y, sin volver á su casa, se quedó con el Padre Fabro, y flo-

Universidad de Deusto Biblioteca

reció mucho en la Compañía. Mas ¡cuántos sugetos grandes le debe la Compañía! ¡cuántos Colegios! ¡cuánto le debe el mundo! Quien leyere la historia de su vida y considerare sus obras, juzgará que, aunque no hubiera tenido la Compañía mas que á Fabro, ó no hubiera hecho más de lo que Fabro hizo, no hubiera venido de valde al mundo.

Todas las virtudes fueron en él heróicas, y no tuvo nada pequeño este varón grande, como le llama San Francisco de Sales. Gran despreciador de sí y de todas las cosas; y decía él que era uno de los que llevan todas las cosas consigo. Gran devoto de la Reina de los Angeles, y no sabía pedir nada á Dios sino por su medio; rogábala continuamente que le alcanzase de la Santísima Trinidad ser buen hijo de el Padre, buen siervo de el Hijo y buen discípulo de el Espíritu Santo. Por ella ofrecía al Padre su memoria, fuerzas y obras; al Hijo su entendimiento y palabras; al Espíritu Santo su voluntad y pensamientos. Pedíala que adornase su alma de aquellas virtudes con que se preparó para recibir á Cristo. Suplicábala que adorase en su nombre á la Santísima Trinidad; y á la Santísima Trinidad, que bendijese á la Virgen. En las fiestas de los Santos, la daba gracias por los beneficios que les había hecho con su intercesión. A los que deseaba convertir ó aprovechar espiritualmente, encomendaba á la Virgen para que, como Madre á hijos, los presentase al Padre y aplacase el enojo que tenía contra ellos. No se pueden decir todos los obsequios que hizo á la Madre de Dios, y menos los favores y regalos que ella le hizo. Orando en Gandía delante de una Imagen de la Virgen que tenía los ojos bajos, los levantó para mirarle, y desde entonces la llaman Nuestra Señora de el Milagro, y hoy es venerada con este nombre en el Convento Real de las Señoras Descalzas de esta corte: la misma imagen le habló en otra ocasión. Apareciósele la Reina de el cielo á algunos para llamarlos á la Compañía, trayendo á su lado á Fabro, que aún vivía. Fué también muy devoto de los Angeles y Santos, y de las Animas de el Purgatorio; y tenía hecho un catálogo que aumentaba cada día, de los Santos tutelares de los lugares por donde pasaba, para encomendarse á ellos todos los días; y cuando pasaba de un reino á otro, ú de un obispado á otro, ú de un lugar á otro, en el término que partía jurisdicciones se despedía del Angel Custodio de la primera, encomendándose al de la segunda; y por medio de los Angeles y Santos le hizo Dios grandes mercedes. Recibió de el Señor gracia de sanidad, de discernir espíritus, de ciencia y sabiduría, y otras muy singulares; y por la oración, en que gastaba muchas horas con revelaciones y regalos divinos, conseguía cuanto deseaba. Toda la vida fué vírgen; su sabiduría y celo le ganaron el nombre de Doctor y de Apóstol; los inmensos trabajos que padeció, corriendo á pie muchas provincias, con hambre, sed, fatigas, desprecios y peligros evidentes de muerte por los hereges y salteadores, de que le sacó milagrosamente Dios, le pueden dar la honra de Mártir. Comunicóle San Ignacio, como á primogénito, el mayorazgo de su espíritu, y todos los compañeros le reconocían por superior, y le elegían por general de la Compañía, en segundo lugar, después de su fundador. Habiendo sido elegido de la Sede Apostólica por teólogo de el Concilio Tridentino, con Laynez y Salmerón, le previno la muerte; y el cielo, que le deseaba, á los cuarenta años de su edad, á primero de Agosto de mil quinientos y cuarenta y seis; breve vida, si se cuentan días; larga, si se cuentan sus obras; breve para el mundo, que le perdió; larga para la gloria, que le ganó; y así, fué visto en el cielo, entre los bienaventurados, con admirable resplandor. San Francisco de Sales le llama Beato, y visitó por su devoción una capilla que habían dedicado en su patria á honra suya, como escribe Carolo Augusto en la vida de el Santo, y quiso ver la casa donde nació y conocer á sus parientes, y dijo grandes alabanzas de Fabro, cuya vida leía frecuentemente, congratulándose con Saboya porque había encendido en la Compañía dos faroles al mundo: Fabro y Jayo. En sabiendo la muerte de Fabro San Francisco Javier le puso, entre los Santos de el cielo en una letanía, que decía todos

Universidad de Deusto Biblioteca

los días para implorar el divino favor. Este es Pedro Fabro, primer discípulo, primer hijo, primer compañero de San Ignacio; primer Sacerdote, primer teólogo y primer predicador de la Compañía de Jesús, á quien debe San Ignacio algunos de sus primeros compañeros y de sus más esclarecidos hijos.

El segundo compañero de San Ignacio fué San Francisco Javier, cuyo nombre solo basta por alabanza, natural de el castillo de Javier, siete leguas de Pamplona, en el reino de Navarra; hijo de padres ilustrísimos, descendiente de reyes de Navarra; nacido, no el año de mil cuatrocientos y noventa y siete, como escribimos en su vida con todos los historiadores antiguos, sino el de mil quinientos y seis, como bien prueba el Padre Possino en un Tratado particular que de este punto sacó á luz pocos años ha. Dotó Dios á Francisco de todas aquellas prendas y calidades que eran necesarias para que fuese un nuevo vaso de elección, que llevase su nombre á nuevas gentes y pueblos; y habiendo andado desde sus primeros años perfectamente delante de Dios, queriendo acrecentar su casa y familia con honras y dignidades, vino á estudiar á la Universidad de París por los años de mil quinientos y veinte y siete. Aquí fué, como dijimos, compañero de aposento de Pedro Fabro, en el Colegio de Santa Bárbara, no dedignándose un mancebo tan noble de tener en su compañía á un mancebo pobre que había dejado el cayado para tomar el libro; pero el ingenio de Fabro, su modestia, y el aplauso que se había ganado en las escuelas con sus relevantes prendas, hacía su amistad y trato apetecible de todos; mas no era sino que Dios juntaba en uno los que quería tan unos en Dios, y por lo mismo hizo que admitiesen en su mismo aposento á Ignacio, aunque nobilísimo, pobre y despreciado para los ojos que aún no miraban las grandes calidades y riquezas de su alma.

Luego que Ignacio conoció la generosidad de Francisco, la grandeza de su espíritu, la magnanimidad de su corazón, la alteza de sus deseos y esperanzas, con que no sabía pensar ni desear nada pequeño, deseó mucho ganarle

para Dios, pareciéndole que de tan subido metal se podía fabricar una trompeta muy sonora del Evangelio. Costóle más ganar á Javier que á Fabro, porque estaba más arraigado y preso de el mundo con los deseos y esperanzas de los honores que le prometían su nobleza, ingenio y letras; y aunque había admitido en su mismo aposento á Ignacio, le parecía mal aquella pobreza y desprecio con que se trataba; discurriendo, aún á lo mundano, que no merecía estimación de ninguno el que se desestimaba á sí; y retirábase de su trato y conversación, y cuando le decía algunos desengaños de la vanidad del mundo, se reía de las palabras y de quien las decía, permitiendo Dios que Francisco tuviese algo de Saulo, para que en todo se pareciese después á Pablo. No se desanimaba Ignacio con la resistencia; la misma resistencia hacía crecer su deseo, y el deseo buscar trazas de conseguir el intento. Habiendo acabado Javier la Filosofía, con alabanza de singular ingenio, y graduádose de Maestro en Artes á quince de Marzo de mil quinientos y treinta, empezó á leerlas en la Universidad con grande aplauso; y Ignacio, introduciéndose por la puerta de el genio, para ganarle por la voluntad el entendimiento, alababa en todas partes á Javier y le solicitaba discípulos, y se los traía al general. Y como Javier era generoso y agradecido, y naturalmente aman los hombres á quien saben que los ama y estima, empezó á perder el horror á Ignacio, y luego á tenerle afición, y últimamente á trabar con él amistad. Cuando Ignacio le tuvo por amigo, con la confianza de tal le repetía muchas veces aquella sentencia de Cristo, que desde entonces le quedó impresa, y le repetía en sus sermones, conversaciones y cartas: «*¿Quid prodest homini, si universum mundum lucretur; animæ vero suæ detrimentum patiatur?* ¿Qué le aprovecha al hombre ser señor de el mundo, si pierde su alma? Pues, Francisco, sed buen juez en una causa tan vuestra, en que tiene dada sentencia Cristo: ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Mirad bien, que no hay más sabiduría que el temor de Dios, ni más riqueza que ganar á Cristo, ni

Universidad de Deusto Biblioteca

más honra que el servir á aquel Señor á quien servir es reinar.» Rindióse Javier á estas razones, y mucho más al espíritu de Dios, que hablaba en Ignacio, y después que acabó de leer el curso de Filosofía, le dió el Santo Padre los Ejercicios, y en ellos hizo grandes penitencias, y se estuvo cuatro días sin comer ni beber, y puesto delante de Dios se ataba con cordeles los pies y las manos para mostrar que era aquel convidado que entró en las bodas sin el vestido nupcial, porque mereció que atadas las manos y los pies le arrojasen en las tinieblas exteriores.

Este es el hijo que más dolores costó á Ignacio, y estuvo para costarle la vida; porque un cierto Miguel Navarro, que vivía á expensas de Javier, viéndole tan adicto á Ignacio, y adivinando que se había de transformar en una manera semejante de vida con que él perdería el sustento, y la familia de Javier, como él pretextaba, el lustre y resplandor, intentó matar á Ignacio y lo ejecutára si al subir por la escalera de el aposento con la espada desnuda, no oyera una terrible voz, que le dijo: ¿A dónde vás, desventurado? ¿Qué quieres hacer? Quedó pasmado, creyendo que venía sobre él la ira de el cielo, y arrepentido de su culpa, entró en el aposento de el Santo y le pidió perdón de su mal intento, y él le abrazó y perdonó, rogando á Dios que le perdonase. Mas si fué Javier el hijo que más dolores costó á Ignacio, también fué el que después le dió mayor gozo en lo inmenso que trabajó por la gloria de Dios, hecho apóstol de las Indias, á cuya elección precedieron profecías y señales divinas para que ni esta gloria le faltase de los grandes apóstoles; porque mudado Javier en otro varón con el magisterio de Ignacio, trocados sus pensamientos y deseos, caminó en seguimiento de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo, más de treinta y tres mil leguas por mar y tierra en todas las cuatro partes de el mundo, acometiendo peligros, padeciendo trabajos, tolerando afrentas, sufriendo heridas, reduciendo pecadores, convirtiendo reinos, sujetando naciones, hablando todas las lenguas, diciendo innumerables profecías, sanando á todos los enfermos, resucitando los muertos, obrando estupendos milagros, siendo el mayor milagro el mismo Javier en quien Dios depositó las virtudes, atesoró las gracias, amontonó los dones, de cuyas alabanzas que han ocupado por más de un siglo todas las voces de la fama, se excusa aquí la pluma; porque de Javier no se puede decir poco, ni yo puedo decir mucho sin divertirme infinito de mi principal intento, remitiendo al lector á la Vida que tenemos escrita de este grande Apóstol; contentándome ahora con decir, que si es la mayor alabanza de Javier ser apóstol de un mundo, es mayor gloria de Ignacio ser apóstol de Javier.

CAPITULO II

De otros dos compañeros que ganó San Ignacio, Diego Laynez y Alonso Salmerón

El tercer discípulo y compañero de San Ignacio que se le llegó en París, fué el Padre Diego Laynez, honra de España, lustre grande de toda nuestra Religión, y gloria y corona de su padre y maestro. Era natural de Almazán, en el reino de Castilla, en el Obispado de Sigüenza, hijo de padres ricos y principales, y no menos piadosos y cristianos. Siendo muy niño y yendo su madre de Almazán á Sigüenza, al pasar un arroyo que iba muy crecido tropezó la cabalgadura en que iba el ama que llevaba al niño en los brazos, y cayendo en el arroyo estuvo á gran peligro de ahogarse, si un tío suyo no le sacára asiéndole de las ataduras de las fajas, sacándole Dios de las aguas como á Moisés, para gran bien de su pueblo. Criáronle sus padres en el temor santo de el Señor, aún con mayor cuidado que á los otros hijos por habérsele dado Dios dos veces, naciendo á la vida y librándole de la muerte. En su niñez dió muestras de muy despierto y vivo ingenio, de suavísima condición, mucha compostura é inclinación á toda virtud. Habiendo aprendido en Soria y Sigüenza las primeras le-

tras, vino á la Universidad de Alcalà de catorce ó quince años, y oyó el curso de Filosofía de el Doctor Alejandro, que despúés fué Magistral de Sevilla. Con su mucha agudeza y aplicación dejó atrás á todos sus condiscípulos, y admiró á la Universidad en los ejercicios de letras. Era tanta su modestia, que habiendo de hacer una lección latina y queriendo algunos de sus compañeros ayudarle porque saliese más elegante, nunca lo permitió, diciendo que no permitiese Dios que él se valiese de los estudios ajenos, y mostrase saber lo que no sabía; y era tan compasivo con los pobres, que haciendo la cuenta al fin del curso de lo que sus padres le habían enviado para su gasto, hallaba ser más lo que había dado á los pobres, que lo que había gastado consigo. Habiendo acabado el curso de Artes, y graduádose de maestro, queriendo imitar á los antiguos filósofos y doctores grandes de la Iglesia, que peregrinaban en busca de la sabiduría por las más célebres Universidades por oir á nuevos maestros, vino siendo de veinte y un años, con Alonsó Salmerón que era de diez y ocho, á la Universidad de Paris, y no menos les traía el deseo de ver y tratar á Ignacio que había dejado á Alcalá lleno de el suave olor de sus virtudes. Como Dios los traía para compañeros de Ignacio, dispuso que el primero que encontró Laynez, que acaso se había apartado de Salmerón, fuese el Santo Patriarca, al cual sin haberle visto jamás, conoció luego por lo que de él había oído, y mucho más por las señas que vió de una extraordinaria santidad, que se manifestaba aún en su rostro; hablóle y aficionóse-le, y buscando á Salmerón, le dijo como habían hallado lo que buscaban y más de lo que pensaban, y le llevó á Ignacio que, poco á poco, enseñándolos cual era la verdadera sabiduría, los ganó para Dios y para compañeros de sus intentos y deseos. Como Laynez, de quien hablamos ahora era tan bien inclinado, y Dios se le había traído á las manos sin buscarle, tuvo poco que hacer en persuadirle buscase la perfecciòn; dióle los ejercicios y salió muy aprovechado en el conocimiento de sí mismo, y menosprecio

del mundo. Estuvo en ellos tres días sin comer ni beber, otros quince comió solamente pan y agua: traía un áspero cilicio, disciplinábase con grande rigor, pidiendo á Dios con muchas lágrimas que le diese luz y conocimiento del estado en que quería le sirviese, y al fin se determinó á seguir los pasos de Ignacio, é imitar sus ejemplos. En los estudios hizo maravilloso progreso; porque fuera de perficionarse en la doctrina de Aristóteles, aprovechó de manera en la Sagrada Teología, que ya desde entonces se conocía cuán grande lumbrera de la Iglesia había de ser.

Este es el grande Diego Laynez, inferior en la sabiduría á ninguno de su siglo, y comparable en la santidad á los más eminentes de él, que resplandeció en la Compañía y en la Iglesia, y en el mundo como un sol clarísimo, esparciendo sus rayos en Alemania, Italia, Francia y Africa, por donde corrió para bien de innumerables almas, enseñando como doctor, predicando como apóstol, disputando con los herejes y refutando sus errores como martillo de las herejías, sustentando la fe y religión en muchas partes, como columna de la Iglesia. Donde más mostró el Padre Diego Laynez su sabiduría, fué en el Concilio de Trento, donde asistieron tres veces él y Salmerón, como Teólogos de los Sumos Pontífices, Paulo III, Julio III y Pio IV; siendo la primera vez que fueron el Padre Laynez, de treinta y cuatro, y el Padre Salmerón de poco más de treinta años, y todas tres veces fué admirada y venerada la sabiduría de el Padre Laynez de todos aquellos padres y maestros de la cristiandad, que le oían como pudieran á uno de los Doctores grandes de la Iglesia, y siendo muy pocos á los que permitían decir su parecer en espacio de una hora, el Padre Laynez ordinariamente decía tres horas enteras. La segunda vez que fué á Trento, habiendo enfermado de unas récias cuartanas por los excesivos trabajos que había tomado por la santa Iglesia, deseando los Legados de su Santidad, que él hablase el primero en las materias que se proponían por la gran luz que daba con su doc-

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto Biblioteca

trina, no querían señalar nueva materia en día de cuartana, sino en día que pudiese hablar Laynez el primero. Protestó en una ocasión, que no citaría Santo ni Doctor para confirmar las verdades católicas, sin haberle leído todo desde el principio hasta el fin, y citó treinta y cinco ó treinta y seis Santos y Doctores, y entre ellos al Abulense que escribió tantos libros, que para leerlos parece corta la vida de un hombre. Solía decir el Padre Doctor Diego de Ledesma, varón de grandes letras y no menor santidad, que había deseado vivir, muchas veces, en tiempo de San Agustín, ú de otro de los esclarecidos Doctores de la Iglesia para tratar con él y gozar de la luz de su doctrina; mas que después que trató y comunicó al Padre Diego Laynez, perdió esta curiosidad, y le pareció que Dios le había cumplido sus deseos. El Padre Salmerón, varón tan sabio como todo el mundo conoce y publican sus escritos, que le trató íntimamente casi toda la vida, sentía tan altamente de la sabiduría de el Padre Laynez, que habiendo leído el mismo Salmerón en Nápoles una lección de Escritura, tan llena de doctrina y erudición, que espantó á los más sabios, le preguntó un caballero, su amigo, si había alguno que supiese más que él, y si sabía tanto el Padre Laynez. A lo cual respondió el Padre Salmerón: Asegúroos, señor, con la misma verdad y ingenuidad que me lo preguntáis, que en esta y en todas las demás materias sabe el Padre Laynez tanto más que yo, cuanto yo sé más que vos. Muchos juzgaron que su sabiduría era sobrenaturalmente infusa, creyendo que naturalmente no se podía saber tanto, y más juntando los viajes, negocios y ocupaciones en que se empleó por servicio de la Iglesia.

Más que su sabiduría, admiró en el Concilio de Trento su modestia y humildad con que servía en los hospitales á los enfermos; pedía limosna para vestir y socorrer á los pobres de la ciudad, y enseñaba á los niños la doctrina cristiana. Muchas veces le buscaron las dignidades y siempre huyó de ellas; rehusó constantemente el Obispado de Mallorca, el Arzobispado de Pisa y el capelo que le quisieron dar Paulo IV y Pio IV, mas no pudo huir que la Compañía le nombrase por su General después de su Fundador (como el mismo Santo se lo había profetizado) ni que después admitiese sus instancias con que pretendió renunciar este cargo, teniéndose por indigno. Antes de su elección le pareció á un Padre muy espiritual, que veía á San Ignacio en el pecho de el Padre Laynez, y no se engañó; porque en su gobierno y en su vida volvió á resucitar el Santo Patriarca para bien de su Religión. No es para callar, que en el Conclave que se juntó para elegir Sumo Pontífice, por la muerte de Paulo IV, habiendo llamado los Cardenales al Padre Laynez para cierta dificultad que se les ofrecía, y teniéndole dentro, trataron muchos Cardenales de los más celosos de el bien de la Iglesia de hacerle Papa; mas entendiéndolo él, pidiendo licencia se salió de el cónclave para quitarles con su ausencia la ocasión de elegirle; con todo eso tuvo doce votos para Papa. Caso raro, que quisiesen elegir los Cardenales Sumo Pontífice al que ni era Cardenal, ni tenía alguna dignidad eclesiástica y más raro que él huyese de la suprema dignidad de la Iglesia. Dió el cielo un grande testimonio de la sabiduría y santidad de este singular varón, apareciendo en una ocasión sobre su cabeza el Espíritu Santo mientras decía misa. Favorecióle Dios con visitas, ilustraciones y revelaciones, aunque él, por su profunda humildad encubría cuanto podía los favores de el Señor. Toda su vida guardó entera su pureza virginal, venciendo algunos combates bien peligrosos de algunas mujeres hermosas y lascivas. Murió á los cincuenta y dos años de su edad á diez y nueve de Enero de mil quinientos y sesenta y cinco, y el B. Pio V que entonces era Cardenal, dijo que en aquel día había perdido la Iglesia la mejor lanza que tenía para su defensa. Y fué en Roma tan universal el sentimiento, que decían los Cardenales y otras personas graves que jamás habían visto en aquella corte tan universal dolor en muerte de alguna persona. El Santo y sapientísimo Cardenal Belarminio hacía tanto aprecio de su santidad, que decía

no deseaba ver beatificado á otro en la Compañía antes que al Padre Laynez. Cuánto le debe nuestra Compañía, díjolo nuestro Padre Santo Ignacio por estas palabras: «A ninguno de toda la Compañía debe ella más, que al maestro Laynez, aunque entre en esta cuenta Francisco Javier.» ¿Qué se pudiera decir después que fué General y acrecentó mucho más la Compañía en sugetos, colegios y provincias, sino es lo que decía y deseaba el Padre Nicolás de Bobadilla, que viviese cien años en el Generalato, y que si después de muerto resucitase, se le volviese el cargo y se le prorogase hasta el día del juicio? El venerable cuerpo de este admirable varón guardamos como un precioso tesoro en este Colegio imperial, en la capilla de nuestro Padre San Ignacio, al lado derecho de el altar.

Alonso Salmerón, muy parecido á Laynez en la sabiduría y santidad, era hijo de padres pobres, pero honrados y virtuosos, naturales de Olias y Magan, aldeas de Toledo; criaron á su hijo en temor de Dios, y viéndole de agudo ingenio y muy inclinado á las letras, le enviaron á estudiar primero á Toledo, y después á Alcalá, donde entró de doce años, y en esta edad orabá con tal elegancia en latín y griego, que se andaban en la Universidad tras él, mirando como un milagro, que un niño de tan pocos años hubiese alcanzado tanta eminencia en aquellas letras, que piden muchos para adquirirse perfectamente, y ordinariamente se llevaba los premios que se señalaban á los que se aventajaban en estos ejercicios de bien hablar; y habiéndose dado principio el año de mil quinientos y veinte siete al colegio Trilingüe, para que se criasen en él treinta mancebos que estudiasen de propósito las lenguas latina, griega y hebrea, uno de los primeros que fueron proveídos en estas becas, fué Salmerón por la fama que tenía en toda la Universidad, á cuya causa se le dió facultad para que desde el Colegio oyese el curso de Filosofía del Doctor Alejandro, juntamente con Laynez su condiscípulo. Graduado de maestro en artes con nombre de uno de los mejores Filósofos que habia en Alcalá, pasó á París, como dijimos en

busca de Ignacio, el cual le dió los ejercicios espirituales en que fuera de otras asperezas, se estuvo tres días sin comer ni beber; después hizo muchos viajes en Italia con San Ignacio y sus compañeros, como diremos adelante, padeciendo hambre, sed, fatigas, sirviendo en los hospitales y ejercitándose en otras obras de caridad.

Fundada la Compañía, sirvió mucho á la Iglesia en Hybernia y Escocia, donde fué enviado de Paulo Tercero, con el Padre Pascasio Broet, por Nuncio Apostólico; en Polonia, donde fué por mandado de Paulo Quarto con Lipomano, Obispo de Verona, que iba por su Nuncio á negocios gravísimos de la Iglesia; en Flandes, donde estuvo dos veces por orden de el mismo Papa, una con el Cardenal de Pisa, y otra con el Cardenal Carrasa; en Alemania, donde en la Universidad de Inglostadio sucedió en la Cátedra de Teología á Juan Ekio, varón doctísimo; en Roma, donde leyó en la Sapiencia; en Trento, donde estuvo tres veces como Teólogo de tres Sumos Pontífices; en Modena, donde reprimió á los hereges; en Nápoles, donde apagó las centellas de la heregía, que se habían levantado; por lo cual le llamaban comunmente martillo de los herejes; en Basilea, donde provocado de los hereges los convenció en pública disputa tan claramente que no hallaron otra escusa que dar, sino que estaban tomados de el vino; y en otras muchas ciudades donde disputó, enseñó y predicó con increible fruto. En Italia le llamaban apóstol, y decían que después de San Bernardino, ninguno había predicado con semejante espíritu y provecho de las almas. No digo los trabajos y peligros que padeció por la fe y gloria de el Señor, andando largos caminos á pie, siendo preso, encarcelado, perseguido y calumniado de los herejes, gozoso porque era digno de padecer por el nombre de Jesús. ¿Mas qué diré de sus virtudes? Conservóse vírgen toda la vida; era hombre de grande caridad, y muy amorosas entrañas, de mucha llaneza, sinceridad y verdad, muy celoso de la fe católica y de el bien de la Santa Iglesia; enemigo y perseguidor de errores y herejías, despreciador de

Universidad de Deusto Biblioteca

honras y dignidades, y deseoso de vivir y morir en su santa pobreza, muy desnudo de todo lo que es carne y sangre y de cualquier afecto desordenado de sus deudos, muy observante de todas las ceremonias y cosas eclesiásticas, muy amigo de la penitencia y aspereza; tan humilde y despreciador de sí, que con estimarle todos como un oráculo de sabiduría, engrandecía cualquiera cosa de los otros, y la notaba en sus cartapacios; preguntaba y consultaba sus cosas con otros, aunque supiesen mucho menos que él; á los casos de conciencia que le consultaban, no respondía de repente sino tomando tiempo, y después de haberlo primero bien estudiado. Tuvo especial dón de hablar de Cristo nuestro Redentor; hacíalo amenudo y con tanto gusto y fervor, que entrado en esta materia, ya sabían los que le oían que le habían de dejar decir. Sus ordinarias pláticas, después de comer y cenar, eran de la Sagrada Escritura, ú de Cristo nuestro Señor, ú de la Santísima Virgen de quien era devotísimo. Supo el día de su muerte, y cuando se acercaba, preguntando si moría de buena gana, respondió: *¿Si aliquando, cur non modo?* La noche antes de morir repetía muchas veces: «A la vida eterna, á la vida eterna, de hoy más saldremos de trabajos.» Y otras veces decía: «Alégrese mi ánima en el Señor Dios, alégrese mi ánima, alégrese.» Y preguntando, por qué se alegraba tanto, respondió: «Porque el Señor comienza á mostrarme los caminos de su misericordia.» Murió en Nápoles á los setenta años de su edad, á trece de Febrero de mil quinientos y ochenta y cinco, y á su entierro acudió toda la ciudad á besarle las manos y pies, y cortarle los cabellos y uñas, y pedazos de el vestido por reliquia. Lloraban todos, y un caballero dijo á los presentes: Bien podemos llorar, señores, que es muerto el contraveneno y martillo de los herejes. Carlos de Tapia que le conoció en Nápoles, dice que se puede llamar el Padre Alonso Salmerón, el príncipe de los Teólogos y Predicadores de su tiempo, y que fué tan perito en todas las ciencias que parecía señalarse más en aquella que trataba.

CAPITULO III

De el Padre Nicolás de Bobadilla y Padre Simón Rodríguez, quinto y sexto compañero de San Ignacio

El quinto compañero de San Ignacio fué el Padre Nicolas Alfonso, que se llamó de Bobadilla, tomando el sobrenombre de su mismo pueblo, cerca de Palencia. Habiendo estudiado en Valladolid y Alcalá, donde fué colegial artista, y se graduó de maestro en Artes, y leído públicamente Filosofía en la Universidad de Valladolid con mucho aplauso, se fué á París para estudiar Teología. Era pobre y supo aquí, que la virtud de San Ignacio hacía liberales á muchos ricos para que le diesen limosnas con que sustentarse á sí y á otros, pidió á Ignacio que le socorriese, y el Santo le dió más de lo que pedía, porque fuera de sustentarle para que estudiase, con su trato y comunicación le aficionó á la perfección, de modo que habiéndole metido en ejercicios, se dió por su discípulo y compañero, y con la enseñanza de el Santo salió varón apostólico que sirvió gloriosamente á la Santa Iglesia.

Después de haber peregrinado por Italia con los demás compañeros, fué enviado de el Sumo Pontífice á una isla de el reino de Nápoles á ajustar unas paces muy deseadas entre los duques de Traglacocio que con grave escándalo sustentaban mortales diferencias, y no habiendo bastado muchos medios, el Padre Bobadilla los apaciguó. Hizo mucho fruto en varios lugares de el reino de Nápoles, viviendo en los Hospitales, y pidiendo su comida de puerta en puerta; y cayendo enfermo de el mucho trabajo, se hizo llevar á un Hospital público de Nápoles, para curarse como pobre. Después fué elegido de nuestro Padre San Ignacio para la misión de la India Oriental con el Padre Simón Rodríguez, que es harto gran prueba de su santidad y celo; mas por estar enfermo, y no poder partirse tan presto, entró en su lugar San Francisco Javier; y él recompensó

bien en Europa lo que había de hacer en la India, porque en Alemania, Italia, Sicilia, Iliria y Epidaurio sirvió mucho á la gloria de Dios y á la salvación de las almas, convirtiendo á la fe y á la penitencia innumerables herejes y pecadores. Llamábanle comunmente en Alemania varón lleno de Dios, columna de la cristiandad de aquel imperio, verdadero discípulo y apóstol de Jesucristo; y merecíanle tan altos renombres, fuera de sus excelentes virtudes la constancia en defender la autoridad de la Iglesia, la vigilancia en sustentar la religión y el celo en dilatar la fe; por lo cual era no menos temido y aborrecido de los herejes, que amado y venerado de los Príncipes y Prelados, que le traían de un Obispado á otro y de una ciudad á otra, como á contraveneno de todos los errores. Asistió á muchos Concilios, que se celebraron en Alemania contra Lutero, siendo tan estimado su parecer entre todos los Teólogos, que cargaban sobre sus hombros el mayor peso de los negocios. El Sumo Pontífice le escribió, agradeciéndole lo mucho que trabajaba en servicio de la Iglesia, exhortándole á proseguir en hacer bien á toda Alemania. El Rey de romanos Don Fernando le escogió por su teólogo en el Concilio de Trento; más sobreviniendo la guerra que hizo el Emperador á los enemigos de la religión, pareció precisa su asistencia en el ejército, donde no menos peleaba con oraciones, que los soldados con las armas, y los exhortaba contínuamente á que huyendo los vicios, mereciesen las victorias que tal vez niega Dios á la justicia de la causa, por causa de las maldades que cometen los que la procuran. Servía á los soldados enfermos, aún estando él enfermo, y sacramentaba á los necesitados, sacrificando su vida temporal á perpetuos riesgos, por la espiritual de sus prójimos. Al fin, en todas partes pareció hijo y compañero de Ignacio, y murió el último de todos los compañeros; habiéndole guardado Dios muchas veces la vida de los lazos que le armaban los enemigos de la verdad, los cuales una vez le maltrataron y despojaron hasta de la camisa, y le hirieron en la cabeza por el celo con que defendía la religión; y conservándosela una

vez que bebió el veneno que le dieron, y otra, que fué herido de peste por servir á los apestados; y alargándosela en una ocasión que estaba muy al cabo de una enfermedad, por los merecimientos de su Santo Padre, á quien se encomendó. Había deseado morir en el Colegio de Loreto, por espirar en el seno de la Vírgen á quien tiernamente amaba, y concedióselo el Señor, lleno de años y merecimientos de triunfos y coronas, á veinte y tres de Septiembre de mil quinientos y noventa, con fama de Santo, merecida por sus virtudes, entre las cuales resplandeció mucho la humildad con que rehusó un Obispado que le quiso dar el Rey de romanos. En un apuntamiento en que pinta cómo ha de ser el buen religioso, nos dejó un retrato de sí mismo: Nunca ocioso, enemigo de el descanso, vergonzoso en la alabanza, fugitivo de la comodidad, magnánimo contra los vicios, can en el dormitorio, paloma en el refectorio, ciego en la ciudad, mudo en la ira, muerto ó cadáver entre las mujeres, raro en las palabras, contínuo en las lágrimas, amargo para sí, dulce para los otros, vencedor de sí y amador de todos.

Antes que Laynez, Salmerón y Bobadilla, conocía á San Ignacio Simón Rodríguez de Acevedo; pero dióse por su discípulo después de ellos, y por eso se cuenta el sexto compañero. Era portugués, natural de Bucela, de el obispado de Viseo, hijo de Gil Gonzalo, el más principal de el pueblo, y Catalina de Acevedo. Estando el padre á la muerte, llamó á todos sus hijos, y echándoles su bendición, volvió los ojos á Simón, que era muy niño, y le tenía su madre en los brazos, y la dijo: «Señora, criad este niño con mucho cuidado, porque Dios le guarda para grandes cosas de su servicio.» En lo cual parece que, sobrenaturalmente vió lo que había de suceder y los frutos que había de dar á Europa y á la India. Crióle su madre en temor de Dios, y él se aprovechó tanto de sus consejos en la niñez y puericia, que siendo solicitado de algunas mujeres diversas veces, por su buen parecer, se resistió siempre, como José á la egipcia, y conservó entera su virginidad desde la cuna hasta el se-

Universidad de Deusto Biblioteca

pulcro. Habiendo aprendido las primeras letras en Portugal, fué á París á estudiar la Filosofía; aquí trató con San Ignacio, y le comunicó los deseos que tenía de ir á la Tierra Santa y convertir allí á los infieles; y entendiendo que el Santo tenía el mismo intento, y que había estado ya en Palestina y pensaba volver á ella, le pareció que Dios le quería para compañero de Ignacio, y que para eso le había traído á estudiar á París; y así se juntó con él. Después hizo los Ejercicios espirituales con mucho aprovechamiento, y venciendo grandes embarazos que le pusieron sus parientes y amigos, peregrinó á Italia con los demás compañeros, hasta que fué señalado de San Ignacio para ir á la India Oriental en compañía de San Francisco Javier. Mas fué tanto el fruto que hicieron en Portugal los meses que estuvieron en Lisboa aguardando navegación, que el rey y los señores de el reino pretendieron detenerlos, codiciosos de no perder dos apóstoles, que así los llamaban. Pero al fin, por consejo de Ignacio, el rey envió á San Francisco Javier á la India, y se quedó con el Padre Simón Rodríguez en Portugal; y aunque él suspiraba continuamente por sus Indias, no cabiendo en Portugal su fervor, aquí sirvió gloriosamente á Nuestro Señor, plantando y acrecentando mucho la Compañía, de que fué Provincial; y aun podemos decir que gran parte del fruto que hizo San Francisco Javier en la India, y después del santo apóstol otros, se debe al Padre Simón, porque él criaba sugetos para la India, enviando Apóstoles á donde él no había merecido ir por apóstol.

Fué muy estimado y venerado de el Rey de Portugal, de los señores y de toda la corte, y maestro de el Príncipe heredero; pero él, solicitado de sus primeros fervores de convertir infieles y de el deseo y esperanza de el martirio, pretendió huirse á la India, á Etiopía ó al Brasil; mas por muchas diligencias que hizo nunca lo pudo conseguir, porque Dios se quería servir de él en Portugal. Fué también Provincial de Aragón, y en Italia trabajó con mucho fervor y celo en la salvación de las almas. Fué muy señalado en

todas las virtudes; de tanta penitencia, que, fuera de los ayunos, vigilias, cilicios y disciplinas contínuas, traía sobre el pecho una cruz de acero, de puntas agudas, y en el mismo pecho esculpió con un cuchillo una cruz, como quien deseaba traer en su cuerpo las señales de la Pasión de Jesucristo, en que continuamente meditaba. De tanta humildad, que rehusó constantemente el obispado de Coimbra, que con instancia le ofreció D. Juan el Tercero; y siendo maestro de el Príncipe, se portaba como el más humilde religioso de la Compañía, deseando huir aquella honra y el palacio, que llamaba carcel y purgatorio. De tanta mortificación y despego de parientes, que nunca se valió de la autoridad y mano que tenía en la corte para los adelantamientos ó conveniencias de ellos, ni aun quiso volver á su patria á ver á una hermana y deudos, por más que se lo rogaron; queriendo dejar para siempre lo que había dejado por Dios. De tanto desinterés, que habiéndole dado el rey cien mil escudos para socorrer las necesidades de el Colegio de Coimbra, no admitió los ochenta, juzgando que bastaban los veinte mil para la necesidad presente, y aun estos volvió luego al rey, viéndole necesitado, diciendo que se debía anteponer el bien público al particular; y aunque los admitió el generoso príncipe, fué para volverlos después con grandes usuras, porque fundó y dotó con real magnificencia el Colegio de Coimbra. De tanto celo de la observancia religiosa, que admiró al mundo el fervor que plantó en la provincia de Portugal, que ha sido materia de las alabanzas de insignes escritores de fuera de nuestra Compañía. De tanta devoción á María Santísima, que contemplando sus perfecciones, al decir en el Oficio divino aquellas palabras *Astitit Regina a dextris,* se levantó de la tierra como pretendiendo subir al cielo, para ver la hermosura de su querida Señora. En la oración le regalaba Dios con visiones celestiales, de que diremos á su tiempo algunas pertenecientes á la Compañía. Dijo muchas profecías, y ha hecho Dios por él milagros en vida y en muerte, la cual sucedió á quince de Julio de mil quinientos y setenta y

nueve. En su última enfermedad llamaba continuamente á San Ignacio; y ansioso de que su alma se desatase de el cuerpo para volar á Dios, repetía frecuentemente: «¡Ven, Señor! ¡ven, Dios de mi alma! ¡ven, buen Jesús, no te detengas; sácame presto de esta carcel, para llevarme á tí!» En espirando vió un varón grave y de mucha autoridad, una luz resplandeciente sobre su aposento, indicio de la gloria de que gozaba en el cielo y de el resplandor que con su vida y doctrina había dado en el mundo. Y esto baste de los primeros compañeros de Ignacio, con que ya empieza á echar los cimientos de su religión; á los cuales hemos agraviado más que alabado, pintando su perfección con más sombras que luces, contentándonos con bosquejos en lugar de imágenes acabadas de santidad, estrechando á breve cláusula hazañas, virtudes, gracias y excelencias, á que viene estrecha la mayor alabanza; aunque los primeros ejemplos que dieron en su compañía, y que hemos de contar en sus lugares, muestran bien la grandeza y alteza de perfección á que ascendieron con su magisterio.

CAPITULO IV

Cómo San Ignacio hizo con sus compañeros los primeros votos y echó los primeros cimientos de su Religión

Viéndose Ignacio con seis compañeros por el mes de Julio de mil quinientos y treinta y cuatro, le pareció tiempo de comenzar la grande obra que Dios le había encomendado. No les había comunicado sus intentos, ni aún sabían unos de otros, porque él, conservando á cada uno en sus buenos propósitos y deseos de vida perfecta, reservaba para el tiempo oportuno declararles los altos fines para que Dios los había juntado. Pareció explicarse ya con ellos, y hablando aparte á cada uno, le aconsejó que ayunasen y orasen por algunos días, pidiendo á Dios luz para tomar el estado de vida en que se quería servir de él á su mayor gloria, y declaró como no era solo en los buenos propósitos,

mas que tenía compañeros que seguirían su determinación. Mucho se alegró cada uno con esta noticia, y creció el gozo de todos cuando en un día se vieron juntos Pedro Fabro, Francisco Javier, Diego Laynez, Alonso Salmerón, Nicolás de Bobadilla y Simón Rodríguez; porque conocía cada uno las prendas de los demás y se tenía por el menor de todos, dándose el parabién á sí, y á Dios las gracias de tener tal compañía, diciendo todos con el Profeta: «¡Oh, qué bueno y qué gustoso es habitar los hermanos en uno!»

Hincáronse de rodillas á hacer una breve oración, pidiendo la luz de el Espíritu Santo, y luego les dijo Ignacio: «Paréceme, hermanos carísimos, que Dios, por su infinita bondad y misericordia, sin merecimientos nuestros, nos llama á cosas grandes de su servicio, renovando perpetuamente aquel su antiguo estilo de escoger los flacos de el mundo para confundir los fuertes, porque sea suya toda la honra, como toda la obra es suya. A cada uno de vosotros, gracias al dador, ha concedido talentos para servirle mucho por sí; pero haberos juntado en uno, dándoos una alma y un corazón, una misma voluntad de agradarle y un mismo propósito de servirle, ha sido multiplicar muchas veces los talentos, añadiendo á cada uno los de todos, sin duda porque no os mide con una ciudad, ni aun con un reino, sino con un mundo, á cuya salud os destina. No os espante la grandeza y arduidad de la empresa, pues no está abreviada la mano que sustenta de tres dedos la máquina del orbe, ni busquéis á tan sumo Artífice la proporción de los instrumentos. Yo soy el menor de todos, y, teniendo á Dios, nada me acobarda y todo me parece posible, porque no hay nada imposible para Dios. Mi deseo es conformar mi vida, cuanto sufre la humana flaqueza, con la vida de Jesús, que es el ejemplar que nos ha puesto el Padre delante de los ojos; pues no le podemos hallar mejor, y debemos esperar que nos dará gracia para copiar el prototipo el mismo que nos lo propone á la imitación. Cristo empleó todas sus obras, palabras y deseos, su vida y su muerte en la salud de los hombres; ¿en qué podemos nosotros emplear nuestra vida

que en lo que la empleó nuestro Redentor? ¿Por cual causa podemos padecer con más gusto la muerte, si él nos quisiese hacer tan dichosos, que por la que murió el Salvador de el mundo? ¿Y qué honra y gloria mayor para el hombre, que cooperar con su Redentor á que se logre la redención y no se pierdan los hombres que él compró con su preciosa sangre y dolorosa Pasión? No dudo que la vida en que cada uno cuida de sí solo, viviendo á Dios y á sí, parece más quieta y más gustosa que aquella en que uno vive para sí y para otros; pero como Dios es el autor de la seguridad y de la quietud, sabe dar la paz enmedio de las ciudades y negarla en lo más retirado de los desiertos; y como toda la seguridad está en Dios, donde estamos por su voluntad, estamos seguros, y donde nos acogemos por nuestra propia voluntad hallamos los peligros de que huímos. Más seguro estuvo Jonás en el vientre de la ballena que le recibió por disposición divina, que en la nave que escogió él para huir á Tarsis. No corrió peligro David cuando salió en el nombre del Señor á pelear con el gigante. Segura entró Judith, por voluntad de Dios, en medio del ejército de los asirios á quitar la vida à Olofernes. No temamos que se apague nuestra luz por alumbrar á otros, ni perderemos el camino del cielo, guiando por él á los que van errando: á cuenta de Dios corre salvar á los que por su amor entran á sacar á otros de los riesgos. No hablo del consuelo y gozo, porque ese no le buscan los que aman de veras á Cristo, y tan gustosos le acompañan en el monte Calvario como en el Tabor; pero aun ese sabe dar el piadosísimo Señor en medio de el mundo á los que en él están, no sentados, sino crucificados. Pues si atendemos al premio, ¿quién duda que se promete mayor al que procura salvarse á sí y á otros, que al que, cuidando de sí solo, descuida de los demás? Y por eso dice Cristo que el que obrare y enseñare se llamará grande en el reino de los cielos. Pero, ¿qué mayor premio de servir á Dios que servirle? ¿qué mayor gozo y gloria para nosotros que alabar al Señor por las bocas de todos los que le alaban por nuestro medio, amarle por las voluntades de

cuantos le aman por nuestras exhortaciones, y poner tantos substitutos que suplan nuestra tibieza, cuantos le sirvieren movidos de nuestras palabras y obras? ¿No es esta vida apostólica? ¿no es esto á lo que llamó Cristo á Pedro y á Andrés, á Juan y á Diego, cuando les dijo «Venid en mi seguimiento y os haré pescadores de hombres»? ¿Quién no emula tan gloriosos ejemplos? ¿quién no desea repetir pasos sobre las huellas de aquellos preciosos pies que evangelizaban la paz? Mas veo que exhortaros es espolear á quien corre y apresurar á quien vuela, porque tiene alas vuestro celo para buscar la mayor gloria divina, y deseáis más las ocasiones de convertir las almas que deliberáis de procurarlo. Yo he corrido con la imaginación muchas provincias y reinos donde pudiéramos emplearnos en reducir herejes, convertir mahometanos, alumbrar gentiles y convertir pecadores; pero, sobre todo, me lastima que esté la tierra de Palestina en poder de los turcos, que posean los enemigos la heredad de el Señor, que habiten los infieles la patria de el Redentor, y que se cometan tantos pecados en tierra regada con la sangre de el Cordero que quita los pecados de el mundo, perdiéndose tantas almas donde corrió por el suelo el precio de su redención. Aquí me llama el deseo, por si puedo restituir á los cristianos esta tierra, haciendo cristianos á los turcos que la poseen. ¿Y qué sabemos? No lo merecemos, pero todo cabe en la piedad de el Señor. ¿Qué sabemos si hallaremos la corona del martirio en Palestina, y derramaremos la sangre donde la derramó nuestro capitán Jesús? No sé qué diga, hermanos míos; que sola esta contingencia regocija el alma, y desea ya verse en aquella su tierra de promisión ú de esperanza; y quiero hacer voto de peregrinar á ella, juntándole con el de voluntaria pobreza y perpétua castidad, para atender con más desembarazo al fin de tan alta vocación. ¿Qué me decís?»

Con esto calló, esperando que los demás dijesen su parecer, pero todos sin deliberar ni discurrir, como si hubieran hablado por la boca de Ignacio, aprobaron su propósito, alabaron su determinación y se dieron por sus perpé-

tuos compañeros, prometiendo seguirle á cualquiera parte que los quisiese llevar. Abrazáronse aún más con los corazones y con las almas que con los brazos, mirándose en adelante como hermanos, y á Ignacio como á Padre de todos que los había engendrado en Cristo. Quisieran partirse luego á Jerusalén, y empezar á poner en ejecución sus propósitos en aquellos santos lugares, continuando la palma del martirio que cada uno se prometía; pero á Ignacio pareció que esperasen dos años, para que acabasen todos la Teología, porque algunos estaban en medio de ella, y que después se partiesen á Venecia á esperar navegación; y porque la dilación no entibiase sus propósitos, que hiciesen voto de peregrinar á Jerusalén al tiempo señalado, juntándole con el de pobreza y castidad, lo cual aprobaron todos. Solamente se ofreció una duda; qué debían hacer en caso que al tiempo señalado faltase navegación para la Tierra Santa ú otro cualquier accidente embarazase su pasaje, y después de larga deliberación determinaron lo que luego diremos. Señalaron para hacer sus votos el día quince de Agosto, consagrado con la subida á los cielos de la Reina de los Angeles, y de los hombres; el lugar, un templo de nuestra Señora, que estaba media legua de París, en un collado que se llama Santa María del Monte de los Mártires.

Los días que faltaban hasta los quince de Agosto gastaron en ayuno, oración y penitencia, para disponerse mejor á ofrecer á Dios este agradable sacrificio, y llegado el día, se fueron á la dicha Iglesia de el Monte de los Mártires, y habiéndose todos confesado, dijo la misa el Padre Pedro Fabro, que solo era sacerdote, en una capilla soterránea de la misma iglesia, donde se dice que el Apóstol de Francia San Dionisio fué descabezado, y por esto se llama la capilla de el Santo Mártir; y antes de consumir, volviéndose á sus compañeros que estaban solos en la capilla, con el cuerpo de Jesucristo en las manos, primero Ignacio, y luego los demás, cada uno de por sí hicieron voto de perpétua castidad y pobreza, y de peregrinar á

la Tierra Santa, para convertir los infieles á nuestra santa fe, y de no aceptar estipendio ni limosna en recompensa de misas; porque aunque podían lícitamente, quisieron cerrar esta puerta á la codicia y la boca á los luteranos, que calumniaban á los clérigos de que hacían granjería de lo sagrado. El voto de pobreza interpretaron de esta manera, que para cierto día que señalaron, habían de dejar cuanto tenían sin reservar más que el viático necesario para el camino de Venecia; aunque después ni esto reservaron, porque se fueron pidiendo limosna. Al voto de ir á Jerusalén pusieron esta condición: que si habiendo esperado en Venecia un año, no hubiese embarcación para Palestina, ó se embarazase por otra causa, se pondrían en manos del Sumo Pontífice, para que dispusiese de ellos á su voluntad en servicio de la Iglesia; y de aquí tuvo principio el cuarto voto que hacen los profesos de la Compañía de especial obediencia al Sumo Pontífice, para ir donde los mandare, entre fieles ó infieles, turcos, judíos, herejes ó cismáticos, con viático ó sin él, y de cualquiera manera que los quisiere enviar. Después de hechos los votos, recibieron el Santísimo Cuerpo de Cristo nuestro Señor, y Fabro que decía misa, habiendo vuelto al altar, y hecho los votos el último de todos, recibió el Cuerpo y Sangre de Cristo. Los mismos votos renovaron los dos años siguientes, en el mismo día y en la misma Iglesia, de donde tuvo origen también la renovación que se usa en la Compañía. En la iglesia de el Monte de los Mártires se lee esta inscripción en una lámina de bronce.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto Biblioteca

D. O. M.

Siste Spectator, atque in hoc Martyrum sepulchro, probati Ordinis cunas lege, Societas Iesu, quæ S. Ignatium Loyolam Patrem agnoscit, Lutetiam Matrem. Anno salutis 1534, Augusti 15, hic nata est: cum Ignatius, et Socii, votis sub sacram Synaxim religiosè conceptis se Deum in perpetuum consecrarunt, ad maiorem Dei gloriam.

Estos fueron los primeros rudimentos y niñeces de la Compañía de Jesús, que cabiendo entonces en aquel Templo de María Santísima, presto saliendo de la cuna ocupó todo el mundo, dilatándose por Italia, Francia, España, Alemania, Polonia, Inglaterra, Escocia, Hibernia, Portugal, La India y otras muchas provincias, islas y reinos de Europa, Africa, Asia y América, caminando tanto como el sol, para esparcir en todas partes los rayos de su doctrina y santidad. Ni podía crecer menos la Compañía, que nacía en la casa y en el día de María.

Pero si nos paramos un poco y miramos las circunstancias de este nacimiento, hallaremos el horóscopo de esta grande Religión, y podremos adivinar los sucesos de este Orden. Nació la Compañía en un monte, geroglífico de la alteza de santidad á que la había de levantar el Señor, y tuvo por cuna ó albergue el sepulcro de los mártires; como renaciendo de sus cenizas para mártir y madre de mártires; por eso cuenta en poco más de cien años, muchos centenares de hijos que han dado la vida y derramado la sangre por la fe que predicaban entre gentiles, herejes, mahometanos y otros enemigos de la religión cristiana, con tormentos atrocísimos, semejantes á los que padecieron aquellos campeones ilustres de la primitiva Iglesia, y con otros, especialmente en Japón, no hallados de el ingenio de los Nerones y Dioclecianos. Y la misma Compañía ha padecido desde sus principios contínuas persecuciones, calumnias, falsos testimonios, destierros y todo género de trabajos, por premio de su celo y testimonio de su caridad. Nació en casa de María, porque naciesen los hijos como había nacido el padre, en otro templo de la Virgen, cuando se consagró á Dios, y para que tuviesen á María por Madre los que tenían por Capitán á Jesús. Mas porque nacer en templo de mártires, prometía que había de ser Madre dolorosa de hijos afligidos, fué en día de su gloriosa Asunción, mostrando que todas las penas se convertirían en glorias, y las persecuciones de la tierra labrarían preciosas coronas en el cielo. Desde este día escogieron Ignacio y sus compañeros á María por singular Patrona de aquella recién nacida Compañía, que desde este día la experimentó Madre, creciendo á su sombra, dilatándose con su favor, venciendo con su socorro á todo el poder de el infierno que pretendía arrancarla de el mundo, porque ella arrancaba los vicios y plantaba las virtudes en los corazones de los mortales. No hablo de el año de este nacimiento, el mismo como al principio dije, en que Enrique Octavo negó la obediencia á la Iglesia Romana, y se hizo cabeza de la Anglicana; lo cual ponderan mucho los escritores de este tiempo, particularmente Sandero, engrandeciendo la misericordia de el Señor, que dió á su Iglesia hijos, en lugar de Abel, á quien mató Caín, una Compañía para su defensa, consagrada con especial voto á su obediencia, y dedicada á su dilatación en todo el orbe, por un reino que le quitó un hijo desobediente á la madre que le concibió en sus entrañas, y que algún día le tuvo por defensor. No ponderó lo que alguno advirtió, que en este mismo año de treinta y cuatro fué criado Sumo Pontífice Paulo III que confirmó después la Religión, y la favoreció de modo que pareció no menos dado de el cielo á la Compañía que á la Iglesia; á la Iglesia para añadirla una nueva Compañía de soldados escogidos, y á la Compañía para darla plaza y señalarla puesto, y no otro sino todo el mundo entre los mejores batallones que tiene esta Esposa de el Señor para su defensa.

Universidad de Deusto Biblioteca

Volviendo á Ignacio, que dejamos dando gracias al Señor por haberle concedido el primer logro de sus deseos y primer fruto de sus esperanzas, después que el padre y los hijos cumplieron con los oficios de devoción, pasaron lo restante de el día junto á una fuente que nace de el mismo monte, y se llama de San Dionisio, porque el Santo Mártir, según es tradición, lavó en ella con sus propias manos su cabeza cortada. Aquí comieron con hacimiento de gracias lo que traían prevenido de París, que era no para satisfacer la hambre, sino para quebrar el ayuno por fiesta y celebridad de el día y de la acción. Pasaron en pláticas espirituales hasta ponerse el sol en que se volvió cada uno á su posada.

CAPITULO V

Como se partió Ignacio á su patria, donde fué recibido como Santo

Para conservar á sus compañeros en los buenos deseos y propósitos, sin que se entibiase el fervor, los instruyó en el modo de portarse, que se ejercitasen todos los días en la oración y meditación y examen de conciencia, que confesasen y comulgasen de ocho en ocho días, y juntasen con el estudio de las ciencias el de las virtudes. Principalmente los exhortaba á la caridad de unos con otros; y para conservarla, porque vivían en diversas posadas, se visitaban frecuentemente, juntándose, ya en una casa ya en otra, donde conferían sus estudios y trataban de cosas espirituales, exhortándose mútuamente á la guarda de sus votos y santos propósitos; y acostumbraban también, á imitación de los Padres antiguos, convidarse á comer los unos á los otros, y antes y después de dar el sustento al cuerpo, daban su manjár al alma con pláticas y conversaciones de el cielo. Con esto crecían en la perfección y en el amor, y también en las letras, enderezándolas ya, como dice el Padre Laynez, á la gloria de Dios y provecho de

los prójimos. Con el trato y comunicacion espiritual llegó á ser tan grande la caridad con que se amaban, que entre ellos no había mas que un alma y un corazón, como entre los cristianos de la primitiva Iglesia, y lo que uno quería, luego lo querían todos; y de aquí tuvo origen la caridad que ha florecido en la Compañía entre gente de diversas naciones, que sin duda es herencia de aquellos primeros Padres. Ejercitábanse en penitencias y mortificaciones, y el Santo iba siempre delante con el ejemplo, solo que eran mayores sus rigores de los que aconsejaba; y aunque procuraban imitarle sus compañeros en todas las virtudes, se quedaban muy atrás de él que corría más, ahora que tenía quien le siguiese y se apresurase por alcanzarle. Dióse más al celo de la salvación de las almas, no olvidándose de ayudar á sus prójimos en lo corporal, aunque fuese con peligro de su propia vida; y así, de servir y curar á un apestado le dieron unos terribles dolores que eran indicios de la peste; por lo cual estuvo algunos días fuera de el Colegio y del trato de sus compañeros, hasta que Dios quiso librarle de aquel contagio y peligro.

Estando ocupado San Ignacio en estas obras, le apretaron de manera los dolores de estómago, que perdidas de el todo las fuerzas y el aliento, no podía estudiar ni aplicarse á otro ejercicio de piedad, mas que á una invencible paciencia. Consultó los médicos, diéronle algunos remedios sin provecho, y últimamente resolvieron que no tenían otro sus males, sino ir á buscar la salud á su patria en los aires naturales, porque los de París eran muy contrarios á su complexión. Persuadíanle los compañeros que hiciese esta jornada, y aunque él deseaba no volver á su patria que había dejado para siempre, todavía se determinó á ir, llegándose á los consejos de los médicos y ruegos de los compañeros, otras causas, que eran satisfacer á la honra y hacienda de un vecino de Azpeitia, que por su ocasión, aunque sin culpa suya, había padecido daños, y por dar buen ejemplo á los que en su juventud le había dado malo y moverlos á penitencia y amor de Dios, y particular-

Universidad de Deusto Biblioteca

mente porque Javier, Laynez y Salmerón tenían dependencias en España, acerca de la renunciación de sus bienes á que se habían obligado con voto, y como humildes y prudentes temían que por ser aún nuevos en la virtud, podrían volver atrás con el cariño de sus parientes y amigos, y deseaban que Ignacio, en quien no había riesgo, volviese y concluyese los negocios de todos.

Dispuso la jornada, dando á sus compañeros nuevos documentos de lo que habían de hacer en su ausencia, señalándoles á Fabro por Superior, que era hermano mayor y Sacerdote. Mas estando á punto de partir, le delataron algunos, no sé si con bueno ó mal celo al Inquisidor Fray Mateo Ori, de quien antes hicimos mención. La suma de la delación era, que Ignacio había juntado algunos compañeros que hacían vida diferente que los demás, y convenía examinar qué junta y compañía era esta, porque no se levantase de pequeños principios alguna nueva secta. Que tenía un librillo con que mudaba los hombres y hacía de ellos lo que quería, (hablaban de el libro de los Ejercicios) y que tan grandes mudanzas eran sospechosas.

Súpolo Ignacio, y antes de ser llamado, se fué al Inquisidor, y le dijo que tenía noticia que en su tribunal había una delación contra él, y venía á rogarle que examinase su causa, y si le hallase culpado, le castigase como merecía, y si no, diese testimonio de su inocencia. El Inquisidor, que le conocía ya, por haber sido delatado antes falsamente en su tribunal y por los herejes que solía llevarle para que los reconciliase con la Iglesia, le respondió que no hiciese caso de lo que le habían acusado, porque no había contra él acusación ninguna criminal, sino algunas niñerías y vanidades, que por conocer él eran calumnias, no había querido aún hacerle llamar. Con todo eso le rogó que las examinase con todo rigor; porque cuando yo era solo, dijo, no me daban cuidado todas las acusaciones y calumnias que se decían contra mí, dejando á Dios que volviese por mi inocencia; mas ahora que tengo compañeros, me parece que tengo obligación de volver por mi fama,

porque es de muchos. Entonces el Inquisidor, por cumplir con su oficio, se informó secretamente de la vida y doctrina de Ignacio y sus compañeros, y hallando que la doctrina era sana y la vida santa, no prosiguió en la averiguación. Solamente una curiosidad tenía, que era ver los Ejercicios, y yendo el Santo á visitarle otro día, le dijo que desearía ver aquel libro con que mudaba tanto los corazones, y los traía al servicio de Dios. Diósele, leyóle Ori, y quedó tan admirado de aquella doctrina celestial, que le pidió licencia de trasladarle para su uso y provecho espiritual, la cual dió el Santo de buena voluntad.

Veía el Inquisidor que la acusación era pura calumnia, y por eso no quería dar sentencia, aunque Ignacio instaba que se la diese, pareciéndole que no era necesario; hasta que el Santo se fué un día al Inquisidor, llevando consigo un Notario y dos ó tres Doctores de la Sorbona, y le dijo como él estaba para partirse á España á negocios importantes, y que no podía salir de París, dejando en la ciudad alguna sombra de sospecha en su fama; por lo cual le rogaba que pues no quería dar sentencia en su causa, á lo menos diese fe y testimonio de su inocencia y limpieza, si hallaba que la podía dar en justicia. Diósela luego el Inquisidor como la pedía y aún mayor, porque era llena de alabanzas de su vida y doctrina, y de ello dió fe el Notario; y el Santo tomó de todo un traslado auténtico de que poder usar cuando fuese necesario, y adelante se verá que fue de el cielo este consejo.

No habiendo ya embarazo, salió de París á los principios de el año de mil quinientos y treinta y cinco, habiendo convenido con sus compañeros, que continuasen sus estudios hasta veinte y cinco de Enero de mil quinientos y treinta y siete, y en este día se partiesen á Venecia, donde él los estaría esperando; aunque después anticiparon su salida, por la razón que diremos. Había determinado hacer el viaje á pie; pero sus compañeros viéndole flaco y enfermo, y que el camino era áspero y largo de doscientas y treinta leguas, le obligaron á aceptar una cabalgadura

Universidad de Deusto Biblioteca

de poco precio que le compraron, de la cual debió de usar pocas veces, cuando la flaqueza le forzaba á ello, ó solo para llevar algunos libros ó papeles, porque el Padre Laynez escribe que hizo á pie este camino, como todos.

Habiendo llegado á Guipúzcoa, temiendo la honra que le podían hacer en Azpeitia, quiso entrar ocultamente; pero dos leguas antes, estando en una posada, llegó á ella un vecino de Azpeitia, llamado Juan de Eguibar, amigo antiguo de el Santo, y preguntando quién había en la posada, respondieron que un pobre estudiante, que en el aspecto y modestia parecía hombre santo, y no podía desmentir en el lenguaje ser de el país, pero que no sabía quién era, porque él no lo había querido decir. Acechó Eguibar por los resquicios de la puerta de un aposento donde el Santo se había recogido, y vióle hincado de rodillas, todo absorto en Dios. Conocióle luego, y sin hablar palabra, volvió á montar á caballo y corrió á Azpeitia y á Loyola á avisar á los hermanos y parientes de el Santo, como venía á su patria y á su casa. No se puede decir el gozo de devoción y ternura de afecto que causó esta nueva en todos, porque la fama de las virtudes y obras de Ignacio había llenado de admiración la provincia. Dispusieron los parientes y amigos salir á caballo á encontrarle en el camino, los clérigos ordenaron una procesión para recibirle á la entrada de el pueblo, no como á hombre de la tierra, sino como si fuera un Santo de el cielo. Enviaron delante un sacerdote anciano y grave, que le saludase de parte de sus parientes y le dijese como la casa de Loyola, siempre suya, le esperaba con mayor gozo después de tan larga ausencia. Y porque temieron que por huir el recibimiento y honra que querían hacerle dejaría el camino real y atravesaría por los montes y asperezas, enviaron criados que corriesen el monte, y fingiendo que iban de camino, viesen por dónde iba y se adelantasen á avisar.

Cuando llegó el sacerdote, y Ignacio se vió descubierto, sintiólo mucho; pero disimulando después de haber cumplido con la cortesía, se escabulló de él, y dejando los

caminos ordinarios, atravesó por montes y sierras asperísimos y se encaminó no á Loyola, sino á Azpeitia; mas por donde pensó huir de la honra, cayó en ella, porque avisando los criados, cuando llegó á su pueblo halló el camino lleno de gente que había salido á esperarle; los nobles á caballo, los demás á pie y los clérigos en procesión, y con este recibimiento y honra, bien contra su voluntad, entró en la villa. Esperaban sus hermanos cuándo se venía con ellos á su casa, y entendiendo que se quería ir á hospedar al Hospital con los pobres, le rogaron que no les hiciese tal agravio, y no bastando ruegos ni persuasiones, se quejaron agriamente de que hacía contra la honra de todos en querer dejar su propia casa por el hospital, y la compañía de sus hermanos por la de los mendigos. Mas el Santo les dijo, que después que él se había hecho pobre por Cristo, no tenía más casa que la de los pobres, y procuró deshacerles aquellos puntos de mundo con razones de espíritu con que los dejó, si no convencidos, desengañados, y se fué al Hospital de Santa María Magdalena, diciendo para atajar instancias y importunaciones, que había de morar en él todo el tiempo que estuviese en Azpeitia. Dió al Hospital la cabalgura que sirvió al principio de traer leña para los pobres; pero después, pareciendo que no debía servir á otro uso, aunque fuese de tanta piedad, la que había servido á un varón tan santo, la eximieron de toda carga y trabajo, y la dejaron andar libre, paciendo por los campos, hasta que de vieja se murió.

Estando en el hospital le enviaron sus hermanos una buena cama para que durmiese, y abundante comida cada día; pero es cosa rara, como consta de el testimonio de los que cuidaban de el hospital, que nunca se acostó en ella, sino sobre la tierra desnuda, puesto un madero por cabecera, aunque por la mañana descomponía algo la cama, de modo que pareciese haber dormido en ella. De la comida abundante que le enviaban, tampoco gustó jamás; toda la daba á los pobres, y él pedía limosna por las puertas para sustentarse. Dábanle buenas limosnas como á Santo, y na-

Universidad de Deusto Biblioteca

tural de su pueblo, más él tomaba para sí lo peor, y lo demás repartía entre los necesitados de el hospital. También cuidaba de buscar vestidos, para los que estaban desnudos, y estándolo él, no quería aceptarle para sí.

Picándoles á sus parientes el punto, pareciéndoles que vivir Ignacio en su patria en el hospital era contra su honra, le venían cada día á importunar se fuese á la casa de uno de ellos, la que quisiese; y no habiendo podido conseguirlo, se juntaron un día muchos y una parienta suya, hincada de rodillas, le pidió por la Pasión de Cristo, les hiciese aquella merced de irse á la casa de Loyola. No pudo negarse á petición que se hacía por la Pasión de Cristo, y dijo que se fuesen á su casa, que él iría. Entrada la noche se fué á la casa de su hermano, y luego mandó juntar la familia y les hizo una plática de el desprecio de lo temporal y estima de lo eterno, llena de desengaños, causando en los presentes gran devoción y muchas lágrimas. Después de cenar le llevaron á una sala que tenían aderezada para que durmiese, más él pasó toda la noche en oración, y á la mañana, antes de amanecer, se volvió á su hospital. Fuéronse sus hermanos á quejarse de que había dejado su casa de aquella manera, y él les respondió con toda resolución: «Yo dejé el mundo por servir á Dios, y mientras estoy en vuestra casa, me parece que estoy en el mundo, y no puedo servir á Dios, como estando fuera de ella.

CAPITULO VI

Penitencias, conversiones, milagros y profecías que hizo y dijo San Ignacio en su patria

Con la mudanza de aires llegó Ignacio mucho mejor á Azpeitia, que había salido de París, y aunque no estaba de el todo sano, ni convalecido, como era tan inclinado á la penitencia quiso renovar sus antiguos rigores, que había remitido algo por las enfermedades, deseando también hacer una vida penitente en los mismos lugares donde la

había hecho mundana. Púsose la cadena de hierro á raiz de las carnes, vistióse el cilicio y tomaba frecuentes disciplinas, con sus ordinarios ayunos. Con estas penitencias y con la oración en que pasaba las noches enteras, fuera de muy pocas horas que tomaba para el sueño preciso, pedía á Dios suspirando y clamando la conversión de muchos pecadores que había en su patria, y el remedio de grandes abusos. Y no eran vanos sus ruegos, porque de día cogía el fruto de la oración y lágrimas que de noche derramaba, ganando muchos para Dios en el hospital y fuera de él, con pláticas espirituales, sermones y otros medios de que se valía.

Enseñaba la doctrina á los niños públicamente, sin poderlo estorbar su hermano Martín García, que pareciéndole este ejercicio poco lustroso, le dijo: Que no se cansase en hacer la doctrina, porque vendrían pocos á oirle; á que respondió: «Con un niño solo que venga, lo tendré yo por un excelente auditorio para mí.» Mas no venían pocos oyentes, sino muchos, no solo de los niños, sino de hombres y mujeres de todos estados, y de los más nobles y principales, á los cuales daba saludables consejos para la reformación de sus vidas y crianza de sus hijos. Quiso Dios manifestar cuán agradable le era este ejercicio, con algunas profecías que le reveló, acerca de los mismos niños. En una destas doctrinas estaba entre los demás un niño de ocho años, llamado Francisco Almario, con su madre, la cual le dijo al Santo: «Padre, eche la bendición á este niño, y pida á Dios que me le guarde para mi consuelo y alivio.» Miró el Santo al niño con atención, y dijo á la madre: «Tened confianza en Dios, que este niño ha de vivir muchos años, y ha de tener muchos hijos.» Así se cumplió, porque llegó á la edad de ochenta años, y tuvo quince hijos. Otra vez preguntó el Santo las oraciones á un niño pequeño llamado Martín Alarcio: tenía mala cara y era balbuciente, con que al responder hacía gestos y visajes con la boca, y causaba risa á algunas matronas nobles. Volvióse á ellas el Santo, y díjolas: «¿Qué os reís de este niño? Yo os ase-

Universidad de Deusto Biblioteca

guro que tiene más hermosa el alma, que feo el rostro; y la hermosura de su alma siempre irá creciendo, porque ha de ser sacerdote, gran siervo de el Señor y muy provechoso á su patria, ganando muchas almas para Dios.» En llegando el niño á edad competente, se ordenó y fué sacerdote muy virtuoso, no cesando de procurar la salud espiritual de sus naturales.

Predicaba el Santo tres días cada semana por la tarde en el hospital, fuera de los domingos y fiestas, que tenía sermón en la Iglesia Parroquial, y era tanto el fervor de su espíritu y la devoción de sus oyentes, que duraba el sermón ordinariamente dos horas y á veces tres, y siempre estaba el auditorio gustoso y atento, derramando contínuas lágrimas por sus culpas, y por ver con sus ojos la mudanza que había causado la mano de el muy alto, haciendo de un noble y rico un mendigo voluntario y de un soldado libre, un predicador apostólico. Corriendo la fama por la comarca, concurría tanta gente, que no cabiendo en la iglesia, se veía forzado á predicar en el campo, haciendo Dios en todos sus sermones uno ó muchos milagros; porque estando flaco y enfermo, que apenas podía echar la voz, especialmente un tiempo que padeció fiebre contínua, no solo perseveraba dos y tres horas predicando, que fuera mucho en un sano y robusto; pero le oían claramente los que estaban lejos como los que estaban cerca, distando algunos más de trescientos pasos, cuando naturalmente apenas le habían de oir los que estaban cien pasos. El primer sermón empezó diciendo: «La causa de haber venido á mi patria, que yo para siempre había renunciado, ha sido el contínuo remordimiento de la conciencia que siempre he tenido de el mal ejemplo que os dí siendo mancebo, pareciéndome que tenía obligación de satisfacer con algún buen ejemplo á tantos malos. Desde que me aparté de vosotros nunca he cesado de pedir á Dios perdón de estas culpas, con lágrimas y penitencias; y ahora vengo á rogaros que me perdoneis cuanto os escandalicé en mi mocedad, y roguéis á Dios que me quiera perdonar. Y si acaso alguno por mi escándalo

se perdió, de mi penitencia tome ejemplo, para hacerla por sus pecados, como yo la he hecho por los míos. Principalmente he venido á restituir á N. (y nombróle) la honra y hacienda que por mi causa perdió, porque habéis de saber, que yo con otros mancebos de mi edad hurtamos una cantidad de fruta de una huerta, y el dueño de ella hizo prender á N. por sospechas, y padeció en la honra y hacienda sin culpa, obligándole la justicia á la restitución de el daño que no había hecho. Pues sepan todos, que yo fuí el malhechor, y que aquel hombre estaba inocente y sin culpa.» Decía todo esto con grande sentimiento, derramando muchas lágrimas de sus ojos y haciéndolas derramar al auditorio. Estaba presente aquel hombre, y el Santo le pidió perdón desde el púlpito, de el daño que le había causado, y dijo que le daba para restitución dos heredades que le tocaban de su legítima, y que si excedía la paga á la deuda, lo donaba gratuitamente, y hizo testigos de esto á todos los que había en su auditorio.

Con este principio de tanta humildad, en que conforme al consejo de el Sabio, empezó acusándose y reprendiéndose á sí mismo, pudo reprender con grande libertad los vicios y desórdenes, que eran grandes en Azpeitia, y en toda aquella tierra, sin haber diferencia entre los seglares y eclesiásticos, sino que estos vivían peor con mayores obligaciones. Tenían los sacerdotes en su casa las amigas con la misma libertad y desenvoltura que si fueran mujeres propias, andando ellas con el traje propio de las mujeres casadas: y reformó el clero de manera que echando las amigas fuera de su casa, empezaron una vida casta, santa y digna de ministros de Cristo. Usábase mucho el juego de los naipes y dados, perdiendo el tiempo, el dinero y la conciencia, por las muchas ofensas de Dios, que de él se ocasionaban; predicó un día contra este vicio con tanto espíritu y fervor, que al acabar el sermón todos arrojaron los dados y naipes en un río vecino, y en más de tres años no hubo hombre en Azpeitia ni en todo su contorno, que tomase las cartas ni los dados en la mano; cosa admirable y

que sola prueba abundantemente la eficacia de sus palabras, y el espíritu de que procedían. Habíase introducido mucha profanidad en los trajes de las mujeres, y reprendiendo un día este abuso, las que estaban en el auditorio herían sus rostros y arrancaban sus cabellos, no cesando de llorar y suspirar hasta que volviendo á su casa, desnudando el traje profano, se vistieron honestamente.

Los días que hay desde la Ascención de el Señor hasta la venida de el Espíritu Santo, dedicó á la explicación de los diez Mandamientos, tratando cada día uno, y afeando el vicio contrario, para disponer los oyentes á recibir el Divino espíritu; y habiendo hablado el primero con la alteza que solía de el amor de Dios, y movido al auditorio á grande contrición, fué desarraigando cada día el vicio que afeaba, como si tuviera en su mano los corazones de todos; y es que tenía de su mano á Dios, en cuya mano está el corazón de el hombre para moverle á lo que quisiere. El sexto día habló con tanta fuerza contra el vicio deshonesto, ponderando el miserable y peligroso estado de los que están metidos en este laberinto, que muchas mujeres públicamente malas se redujeron á vida penitente. De estas hubo tres tan fervorosas, que por satisfacer sus culpas y huir las ocasiones de caer, se fueron á pie peregrinando á tierras remotas. Otra que no tenía fuerzas para esto, se dedicó perpétuamente en el hospital al servicio de las enfermas. No es facil decir cuántos escándalos se quitaron, cuántas haciendas se restituyeron, cuántas enemistades se acabaron de hombres que pensaban llegar con ellas al sepulcro, y cuántos pecadores se convirtieron á penitencia, que parecían estar obstinados en sus delitos.

Desarraigados los vicios y abusos de su patria, fué facil plantar las virtudes y usos santos. Introdujo que á medio día se diese señal con la campana, para que todos hiciesen oración por las ánimas del purgatorio, y por los que están en pecado mortal; y porque esta costumbre fuese estable y permanente, hizo señalar una renta para el que tuviese este cuidado. Instituyó la cofradía de el Santísimo

Sacramento, por su devoción á este soberano Misterio, y por el amor que tenía á los pobres, la dió por estatuto que todos los domingos saliesen á pedir limosna por las puertas para los vergonzantes, y él donó para la institución de la cofradía una gran parte de su hacienda. A la casa de Loyola dejó esta piadosa carga; que todos los domingos repartiese en la iglesia á los pobres más necesitados doce panes, en reverencia de los doce Apóstoles. Finalmente, el fruto que hizo en su patria se dice en una palabra, con que lo significaron los vecinos de aquel pueblo en las informaciones, que todo cuanto deseó hacer en Azpeitia lo consiguió.

Hizo San Ignacio cuanto quiso á gloria de Dios, porque Dios hizo cuanto quiso San Ignacio; queriendo su Majestad que fuese profeta, acepto en su patria, venerado por sus obras, y admirado por sus milagros: privilegio de pocos siervos de Dios, que ordinariamente hacen poco ó ningún fruto entre los propios, aunque hayan hecho mucho entre los extraños; pero justamente concedido al sievo fiel, que miraba á los propios como extraños, mirando en todas partes á los extraños como propios; y documento grande para los que han dejado el mundo, que si vuelven á su patria por alguna causa necesaria la extrañen como destierro, teniendo por más ajeno lo que han dejado por Dios.

Había en el hospital donde Ignacio estaba un enfermo llamado Bastida, que había padecido por muchos años gota coral: dábale muy frecuentemente y con tanta fuerza, que muchos hombres no le podían tener, para que no se despedazase. Dióle un día con mayor furia que otras veces, estando presente el Santo. Compadecióse de el enfermo, y llegándose á él le tomó la mano y levantando los ojos al cielo, hizo una breve oración, y luego le puso la mano en la cabeza. ¡Cosa maravillosa! El contacto solo hizo de repente lo que no habían hecho las medicinas en muchos años; abrió Bastida los ojos como si despertara de un profundo sueño, y cobró tan perfecta la salud que en toda su vida sintió ni rastro de aquella enfermedad. Más maravilloso parece otro caso, en que, no el contacto del Santo, sino de

lo que había tocado al Santo, dió la salud á una enferma. Una honrada matrona había tenido muchos años un brazo seco, sin poder usar de él para ningún ejercicio, habiendo buscado en vano el remedio en médicos y medicinas: vínole devoción de lavar la ropa de San Ignacio, con esperanza de cobrar por este medio salud, púsose á lavarla; y al punto sintió el brazo sano y sin impedimento, y pudo conseguir con dos manos lo que había empezado con una.

Con la fama de las maravillas que Dios obraba en Azpeitia, traían al Santo de otros lugares y tierras distintas enfermos para que los curase. Una señora, natural de Gumaya, había padecido por mucho tiempo una contínua fiebre, y estaba desahuciada de los médicos; ética y tísica confirmada, y tan flaca que no tenía más que la armazón de los huesos. Trajéronla á Azpeitia sus parientes con mucho trabajo y miedo de que se les quedase en el camino. Cuando llegaron estaba el Santo predicando; oyéronle el sermón, y en acabando pusieron á la enferma en su presencia, y ella le dijó con gran fe: «Padre, mire cómo estoy; écheme su bendición, y alcánceme de Dios la salud.» Excusábase él, diciendo que no le tocaba bendecirla, porque aún no era sacerdote. Pero importunado de los ruegos de muchos, y mucho más de su misma compasión, bendijo á la mujer, y hizo sobre ella la señal de la cruz, y con esto cobró perfecta salud, y se volvió á su casa buena y alegre, alabando á Dios, y engrandeciendo la virtud de su siervo. De allí á pocos días volvió la mujer al Hospital á traer al Santo un presente de frutas y peces, en señal de agradecimiento. No lo quería aceptar, diciendo que lo vendiese, y diese el dinero á los pobres por amor de Dios, de quien había recibido aquella merced; mas por no desconsolarla, lo admitió y repartió á los pobres de el hospital en su presencia. De lejos de Azpeitia trajeron una mujer que había estado cuatro años endemoniada, y con muchos conjuros y diligencias no había querido salir el mal espíritu. Puesta en la presencia de el Santo, hacía grandes extremos y movimientos, con que mostraba el común enemigo el temor que le tenía: hizo

la señal de la cruz sobre la cabeza de la endemoniada, y al punto quedó libre de el demonio. Movidos algunos de este milagro, le trajeron otra mujer, tenida comunmente por energúmena, porque como furiosa hacía grandes visajes y movimientos. Conoció el Santo con luz sobrenatural, que no estaba poseída de el demonio, pero que la espantaba con visiones y fantasmas, obligándola á hacer aquellos extremos: hizo sobre ella la señal de la cruz, y libróla de aquel trabajo y persecución.

El que curaba milagrosamente las enfermedades, quiso Dios que padeciese una por este tiempo, para que diese ejemplo de paciencia, como le había dado de las demás virtudes. En ella pretendieron sus hermanos, ya con más justo título, llevarle á su casa, pero no lo pudieron conseguir porque se quiso curar en el hospital con los pobres. Lo que no pudo excusar fué que le asistiesen dos sobrinas suyas llamadas doña María Oriola y doña Simona Algaza, las cuales merecieron por su devoción ver un favor grande que Dios le hizo. Ibanse á recoger una noche, dejando luz encendida en el aposento de el Santo: mandó que la apagasen, y replicando ellas que no era bien quedarse sin luz, por lo que se podía ofrecer de noche, respondió: «Apagad la luz, que si fuese necesario, poderoso es Dios para alumbrar las tinieblas de la noche.» Apagaron la luz y recogiéronse á descansar: púsose el Santo en oración, duró en ella algún tiempo, y creciendo el fervor, comenzó á suspirar y á dar algunas voces y clamores. Las sobrinas que estaban con cuidado, como oyeron voces, corrieron con gran priesa, abrieron la puerta, y hallaron el aposento lleno de luz, y al Santo cercado de rayos. Cuando se vió descubierto, conjuró á las sobrinas, que no dijesen jamás lo que habían visto; pero secreto de tanta curiosidad y estimación de el Santo, no podían ellas guardarle mucho tiempo, y así le publicaron luego.

Universidad de Deusto Biblioteca

CAPITULO VII

Cómo se partió á Venecia, y peligros de que Dios le libró en este camino

En hallándose Ignacio bueno de su enfermedad, trató de partirse para Venecia, y luego cargaron sus parientes, amigos y conocidos, así eclesiásticos como seglares, á persuadirle que se quedase con ellos, quejándose porque quería dejar á los propios por los extraños, y con desordenada caridad posponía la salud de los que le tocaban por parentesco, ó amistad ó naturaleza de país, á los que por ninguno le pertenecían: que si antes había huído de su patria porque no le embarazase servir á Dios, ya Dios le había puesto en estado que su patria no podía dañarle á él, y él podía aprovechar á su patria, conservando y aumentando el fruto que había cogido en pocos meses, el cual sin duda faltaría con su ausencia por la flaqueza humana que va siempre cuesta arriba,en la virtud y por esto vuelve fácilmente atrás; que yahabía vencido lo que parecía no poderse vencer, vivir entre sus hermanos en un Hospital con los pobres, mendigando su comida, y así no tenía causa ni pretexto para dejarlos. De esta manera pretendían parar el sol, encerrando y estrechando á sólo un pueblo la luz que había hecho Dios nacer para alumbrar todo el mundo. Respondía, que el Señor le llamaba á otra parte, y no podía dejar de obedecer de Dios por complacer á los hombres, y que cuando estaba en su patria le parecía que se estaba aún en el mundo, y no era justo volver á tomar lo que había dejado por Dios ni mostrar que se arrepentía de lo que había hecho por su amor.

No pudiendo detenerle, pretendió su hermano que á lo menos admitiese un caballo para el viaje y criados que le acompañasen hasta el primer puerto de Italia, alegando sus pocas fuerzas para caminar á pie recién levantado de una enfermedad; y viendo que repugnaba, le importunó que si

no lo admitía por sí lo admitiese á lo menos por la honra de sus hermanos y deudos, á quien todos culparían con mucha razón por haberle dejado ir solo y á pie, á peligro de quedarse por los caminos. Aunque no se convenció el Santo de sus razones, se dejó vencer del sentimiento de su hermano, que alegaba por mérito haberle dejado vivir en el hospital, y llamaba pertinacia no querer conceder nada, habiéndoselo concedido todo. Admitió el caballo y dejóse acompañar de su hermano y otros parientes hasta los confines de Guipúzcoa, por la parte de Navarra, que era camino de pocas leguas, y allí se despidió de ellos, y á pie, sin criados ni dinero, entró en Navarra y fué al castillo de Javier, después en Castilla, á Almazán, Sigüenza y Toledo; y habiendo despachado felizmente los negocios de Javier, Laynez y Salmerón, sin querer recibir dineros ni otras cosas que sus padres le daban, se partió á Valencia, y de aquí á Segorbe, al Monasterio de la Cartuja del Valle de Cristo, para ver á su amigo Juan de Castro, de quien hicimos antes mención, el cual había entrado en la Cartuja y vivía ejemplarmente en aquel Monasterio.

Comunicó San Ignacio con Castro sus intentos de ir á Palestina y de instituir una Orden que no menos atendiese á la salvación y perfección ajena, que á la propia. Propúsole la traza y modelo de ella, según Dios se lo había enseñado (aunque él no manifestaba la revelación de Dios); díjole los compañeros que tenía, nombrándolos, porque los conocía Castro muy bien; pidióle que lo encomendase á Nuestro Señor. Gastó el siervo de Dios una noche entera encomendando este negocio, y á la mañana le dijo, lleno de gozo y alegría, que no dudase ser esta obra de Dios, y así, que la pusiese luego en ejecución; y añadió que estaba tan cierto de cuán grata era al Señor esta obra, y del feliz éxito de ella, que si le parecía dejaría la Cartuja, donde era aún novicio, y le seguiría. «Eso no, dijo el Santo, no quiera Dios que vuestra paternidad deje el camino que ha comenzado.» Y así, habiéndose prometido mútuamente oraciones, dejó á Castro en la Cartuja, y él se volvió á Valencia.

Universidad de Deusto Biblioteca

Aquí le hospedó en su casa un hombre rico y piadoso, llamado Martín Pérez, que, viendo sus obras y oyendo sus palabras, se hizo su pregonero y panegirista por la ciudad, publicando que tenía en su casa un Santo y un Apóstol, excitando el deseo de muchos, que venían por curiosidad á verle, y volvían heridos de sus palabras, con propósito de enmendar sus costumbres y tratar de veras de su salvación; arrojando ahora la primera semilla de el insigne Colegio que pocos años después se fundó en Valencia para gloria de Dios y provecho de las almas, recibiendo y deseando los valencianos en su ciudad á los Padres de la Compañía por hijos de tal Padre, que en pocos días había dado materia de alabanza y admiración para muchos años.

En Valencia se embarcó para Italia, contra el consejo de sus amigos, que le decían ser muy peligroso pasar en aquella sazón el mar Mediterráneo, por tener cogidos los pasos el famoso corsario Barbarroja. Mas ya que Dios le libró de los corsarios, no le faltaron los peligros de el mismo mar, porque se levantó una tan brava tormenta, que, quebrado el mástil con la fuerza de el viento, y perdidas muchas járcias y obras muertas, la nave era gobernada de la tempestad, y los navegantes de la desesperación; porque habiendo ofrecido votos, sin aplacarse el mar ni el viento, no les quedaba más esperanza que la de acabar con la vida los temores y sobresaltos. Mas Ignacio no perdió el gobernalle en la tormenta, ni su serenidad en tanta turbación; antes, mirando su conciencia y aparejándose para morir, cuando todos estaban atemorizados con la imagen de la muerte, que se les ponía delante, él no tenía ningún temor, ni de la muerte ni de el juicio de Dios, con la seguridad que le daba el mismo Dios de que sus pecados estaban perdonados; solamente le causaba confusión no haber correspondido debidamente á los dones y beneficios divinos. Al fin, como Dios estimaba tanto la vida de su siervo, poco á poco fué perdiendo su fuerza el viento, su hinchazón las olas, su braveza el mar, y el bajel, salvo, aunque derrotado, tomó en Génova puerto.

Apenas salido de este riesgo le metió Dios en otro mayor, gustando de ejercitarle, como le veía sin temor entre los temores, y con seguridad en medio de todos los peligros. Saliendo de Génova solo y á pie, al pasar el Apenino, que divide el Genovesado, de Lombardía, cubierto á la sazón de nieve, se entró por una senda que, siendo al principio ancha, se iba estrechando insensiblemente, y prometiendo al empezar llanuras, á cada paso amenazaba precipicios: cuando advirtió el riesgo, con la esperanza de mejor camino se fué empeñando hasta llegar á un alto y estrecho despeñadero, que venía á dar en el corriente impetuoso de un río que bajaba de aquellas montañas. Hallóse en el mayor aprieto que se había visto en su vida, como el mismo Santo decía después; porque por cualquiera parte que tendía la vista, no veía sino despeñaderos y profundidades que se perdían de vista, y en lo bajo el río, que con el ruído y estruendo aumentaba el temor y el riesgo. Paróse un poco con algún sobresalto, viéndose cercado por todas partes de peligros; y encomendándose á Dios se echó en el suelo, y asiéndose de las piedras que sobresalían, y de las breñas y matas, andando con las manos y con los pies, salió de aquel precipicio, y por grandes despeñaderos llegó á la falda de el monte y prosiguió su camino hasta Bolonia, con harto trabajo, porque unas veces hallaba embarazados los pasos con la nieve, otras cortados con grandes lagunas, causadas de las muchas lluvias.

A la entrada de Bolonia cayó de una puentezuela de madera en la cava, que estaba llena de agua y lodo. No quiso perder tan buena ocasión de mortificarse, y, sin limpiarse, entró en la ciudad y la recorrió toda pidiendo limosna; y aunque halló lo que más deseaba, que eran burlas, risas y apodos, no le dieron en ciudad tan rica y piadosa un bocado de pan ni una blanca; cosa muy reparable, y que muestra cómo Dios quiso probar de todas maneras á su siervo en esta jornada, trayéndole en contínuos peligros y haciéndole padecer sin alivio, porque fuese más perfecta su paciencia, aunque no faltó su Majestad en el tiempo de la

Universidad de Deusto Biblioteca

mayor necesidad; porque cayendo enfermo de los trabajos pasados, fué acogido en un Colegio de españoles que hay en esta ciudad y curado con mucha caridad, y en una semana estuvo bueno de la calentura y dolor de estómago que le afligía, y luego se partió á Venecia, donde llegó al fin del año de mil quinientos y treinta y cinco.

CAPITULO VIII

Fruto que hizo en Venecia, y cómo fué acusado y se declaró su inocencia

Como el fuego divino que ardía en el pecho de Ignacio no podía dejar de abrasar; con el estudio de Teología, que prosiguió en Venecia, juntaba el de aprovechar á sus prójimos con pláticas y Ejercicios espirituales, causando raras mudanzas en muchas personas, que dejaron sus vicios ó se abrazaron con la perfección. Aquí cogió el fruto de la semilla que arrojó en Alcalá en el alma de don Diego y don Esteban de Eguía, que habiendo peregrinado, por consejo de el Santo, á Jerusalén, de donde ahora volvían heridos de Dios, tuvieron por especial misericordia encontrarle en Venecia, porque deseando seguir á Cristo, y no sabiendo qué camino tomar, le pidieron consejo de lo que debían hacer. Dióles los Ejercicios espirituales, para que en ellos hiciesen elección de el estado de vida en que Dios los quería, y salieron con determinación de seguir á Ignacio, haciéndose sus discípulos, lo cual ejecutaron en Roma, entrando en la Compañía después de fundada. Esteban Eguía, que era ya viejo, sirvió en oficios de Coadjutor, con grande humildad, y murió santamente. D. Diego, que era Sacerdote y graduado de Maestro, acrecentó mucho la santidad, que desde niño le había acompañado, con la penitencia, mortificación, oración y profundísima humildad; y era de tanta pureza y inocencia, que el Padre Laynez, Fabro y los demás, comunmente le llamaban Diego el Santo, y nuestro Padre San Ignacio tenía tanta estima de su santidad, que solía decir:

«Cuando estemos en el cielo, estará D. Diego tan alto que no le alcanzaremos á ver.» Pero la alabanza que le merecía tantas alabanzas era el bajo concepto que tenía de sí, diciendo y sintiendo que era cuarto falso que sólo puede pasar entre muchos buenos. También era dicho suyo, que quien se tiene en algo es poco, y quien se tiene en mucho es nada.

Más dificultad le costó ganar á Diego de Hoces, español, natural de Málaga, de ilustre sangre, hombre de letras y de buena vida, que volvía también de Jerusalén. Deseaba Hoces darse á la perfección y romper de una vez con el mundo, y veía, por la experiencia de muchos, cuán á propósito eran para esto los Ejercicios que daba Ignacio, y él estaba inclinado á hacerlos; pero había oído decir tantas cosas de el Santo, y de su doctrina, y de los Ejercicios, que no se atrevía á hacerlos, porque no se le pegase algún error que no pudiese desechar después facilmente. Al fin, por persuación de Ignacio, se determinó á entrar en los Ejercicios; pero juntó primero gran cantidad de libros de Concilios, Padres y Doctores, para defenderse con ellos de cualquiera mala doctrina que Ignacio le quisiese persuadir, y para refutar los errores que descubriese en los Ejercicios. Apenas habían pasado tres días, cuando sintió mudarse en otro hombre, y empezó á correrse de sus temores, y descubriendo su corazón al Santo, le pidió perdón de las sospechas que había tenido; y, finalmente, acabando los Ejercicios, se hizo su discípulo, y es contado el décimo de sus compañeros, aunque no le cuentan entre los primeros Padres que le ayudaron á formar la Compañía, por haber muerto dos años antes que fuese aprobada con autoridad Apostólica; pero mereció ser el primero que entrase en la gloria, tomando posesión de ella por toda la Compañía, y dando principio á los muchos que en ella se habían de salvar; porque habiendo trabajado mucho en Italia con los otros compañeros, como diremos, murió en Pádua el mes de Marzo de mil quinientos y treinta y ocho, y nuestro Padre San Ignacio tuvo dos ilustres revelaciones de su gloria, las cuales contaremos á su tiempo.

Universidad de Deusto Biblioteca

Dió también San Ignacio los Ejercicios espirituales á muchos caballeros de la primera nobleza de Venecia y de su ilustrísimo Senado, con mucho provecho de sus almas. Entre los demás, aprovechó notablemente Pedro Contarini, que tenía entonces á su cargo el Hospital de San Juan y San Pablo, donde Ignacio acudía frecuentemente á servir á los enfermos, y después fué Obispo de Basso, y siempre gran protector y Padre de la Compañía; y no solo él, mas también Zacarías, Marcos y Filipo, y toda su clarísima familia. Como éstas eran personas tan señaladas, y con su ejemplo podían atraer á muchos á la virtud, lo sintió mucho el demonio, y procuró con todas sus fuerzas desacreditar al Maestro, para desacreditar su doctrina y hacer que todos se recatasen de él como de hombre sospechoso.

Divulgóse un rumor por la ciudad, que Ignacio era un hombre fugitivo, que habiendo sembrado sus errores en España, y estado preso, se había venido á Francia, huyendo de el fuego en que quemaron su estátua; y que ni en Francia había podido perseverar, porque insistiendo en enseñar mala doctrina, se había visto forzado á salir huyendo de la Inquisición, porque no le castigase; y, finalmente, había pasado á Italia para inficionarla, como había hecho á España y Francia. Creían algunos estas calumnias, y retirábanse de el Santo como de hombre sospechoso en la fe. Mas luego que llegó á entender lo que de él se decía, sin ser llamado, se presentó á Jerónimo Verallo, Arzobispo rosano, Nuncio de la Santidad de Paulo III en aquella República, que después fué Cardenal, y suplicóle que hiciese examinar su causa en tela de juicio, y si mereciese pena le castigase, y sino declarase su inocencia. Tuvo el Nuncio por bien hacer lo que le pedía, y examinó la causa con gran diligencia, y declaró la verdad por sentencia, dando un ilustre testimonio de la entereza de vida y pureza de doctrina de Ignacio, como se vé en la sentencia original, que se guarda en el Archivo de Roma.

Desde este tiempo quedó tan aficionado al Santo y á la Compañía Gaspar Doctis, Auditor de el Nuncio, por quien corrió la causa; que mientras vivió no cesó de favorecerle á él y á ella: tan alto concepto había concebido de la santidad de Ignacio y de sus hijos, que él quiso serlo, entrando en la Compañía cuatro años después de confirmada; y aunque no llegó á vestir el hábito, nunca desnudó el afecto, y aprovechó más á la Compañía fuera que pudiera dentro, porque hecho Prepósito de el templo de Loreto, solicitó con el Cardenal Pío Carpense, protector de aquella Casa, que fundase en ella un Colegio de la Compañía, como se hizo, para utilidad de los peregrinos, que de todo el mundo concurren á aquel ternísimo y dulcísimo santuario. Pero dejando á Ignacio en Venecia prosiguiendo en coger los frutos de su celo, es tiempo de volver á buscar los compañeros que dejamos en París.

CAPITULO IX

De tres compañeros que ganó Fabro á San Ignacio

Quedó Fabro en lugar de Ignacio, y quedó Ignacio en Fabro, porque no parecia faltar el Padre, de París, mientras estaba el hijo que en todo le imitaba, no perdiendo ocasión de aprovechar á los prójimos, lo cual hacía principalmente en las pláticas familiares, en que con rara destreza trocaba las conversaciones de los estudiantes, de humanas en divinas, teniéndolos gustosos por la gracia natural con que endulzaba los desengaños, y dejándolos aprovechados con la fuerza de sus razones, acompañadas de el ejemplo de todas las virtudes. Ganó á tantos, apartándolos de los vicios, y trayéndolos á la perfección y á la religión, que cuando tratada de salir de París para Venecia, un Doctor parisiense, no menos señalado en virtud que en letras, le dijo que pecaba gravemente en dejar aquella ciudad, donde había hecho tanto fruto en tan poco tiempo, y cada día le haría mucho mayor por las esperanzas inciertas de servir más á Dios, y aprovechar más á los prójimos en otra

Universidad de Deusto Biblioteca

parte; y añadió, que si no le creía á él, le daría este parecer firmado de muchos Teólogos de la Universidad.

Hubiera sido gran tentación para el celo ardentísimo de Fabro, si Dios que los había juntado á todos para fundar la Religión de la Compañía de Jesús, no los conservára unidos entre sí, y con Ignacio, para que cumpliesen la determinación de su eterna voluntad, Mas estaban tan constantes en seguir al Santo y su vocación, que aunque los demás le dejasen, cada uno proponía no desampararle jamás; y en esto ponía Fabro su principal cuidado en conservar en los mismos deseos y fervores á los compañeros que San Ignacio le había encomendado, y en no perderle ninguno; antes como buen negociador, se los aumentó, y habiéndole entregado cinco, le volvió ocho, ganándole tres por medio de los Ejercicios espirituales, que fueron Claudio Jayo, Pascasio Broet y Juan Coduri, todos tres escogidísimos maestros en Sagrada Teología, y los dos primeros, sacerdotes. En los Ejercicios que hicieron con grande fervor, fuera de las otras penitencias se estuvieron tres días sin comer ni beber, y al fin de ellos determinaron seguir á Ignacio, y hicieron los votos en el monte de los Mártires, á quince de Agosto de mil quinientos y treinta y seis, cuando los renovaron los compañeros.

Claudio Jayo, á quien llama San Francisco de Sales, como dijimos, farol de la Compañía, era saboyano, natural de Annesi, en el Obispado de Génova, de angélicas costumbres y singularísimo ingenio. Es contado entre los más principales compañeros de San Ignacio, y uno de los que más han ilustrado la Compañía con sus letras y virtudes; en Italia, donde hizo increíble fruto con sus sermones; en Alemania, donde con sermones, disputas, lecciones de controversias y de escritura, confundió la herejía, sustentó la religión, aumentó la fe, siendo amado de todos los católicos, temido de todos los herejes, solicitado de todos los prelados y príncipes ortodoxos, para que alumbrase sus obispados y dominios con las luces de su sabiduría contra las tinieblas de los errores. Fué muy estimado su

parecer en muchos Concilios Provinciales á que asistió en Alemania, y en el Concilio Tridentino donde fué por teólogo de el Cardenal de Augusta. Murió en Viena á los seis de Agosto de mil quinientos y cincuenta y dos, y fué llorada su muerte en toda Alemania como de común padre de los fieles, angel de Dios, doctor esclarecido, muro inexpugnable de la Iglesia, terror y martillo de los herejes, que todos estos títulos le daban comunmente en aquel imperio, y el de apóstol de Alemania, que le da también el venerable Padre Pedro Canisio. Quien más sintió su muerte fué la Universidad de Viena y la de Inglostadio, donde fué sucesor de el ilustre doctor y defensor acérrimo de la fe Juan Equio, en la cátedra de Teología. Con todo género de gente alcanzó este venerable Padre opinión de santo, y verdaderamente, nada se veía en él que no oliese á santidad; muy dado á la oración, muy apreciador de el tiempo que tenía menudamente distribuído, gastándole todo con Dios ó por Dios; muy modesto en todas sus acciones y palabras, despreciador de sí, y de las honras y dignidades. Rehusó los Obispados los de Trieste y de Viena, que le quiso dar el Rey de Romanos don Fernando, haciendo mayores diligencias para huir la mitra que otros hacen para conseguirla.

Juan Coduri, natural de Sein en la Provenza, aunque fué de los últimos compañeros que se le llegaron á San Ignacio, no fué el postrero en el fervor y devoción, porque en las peregrinaciones, misiones y trabajos que tomaba aquella apostólica Compañía por la gloria de Dios y provecho de las almas, dió grandes resplandores y rayos de admirables virtudes; de grande prudencia, altísima oración, en que fué visto levantado en el aire, y ferventísimo celo de el bien de los prójimos. Hizo el primero la profesión después de nuestro Santo Padre, en el cual tiempo le comunicó nuestro Señor tanta abundancia de la Divina dulzura y tantos sentimientos espirituales, que sin ser poderoso para disimularlos y encubrirlos, era forzado á prorrumpir en frecuentes suspiros y sollozos; y yendo con el Padre Lay-

nez á andar las estaciones de Roma, le llevaba la vehemencia de el espíritu como fuera de sí por aquellos campos, llenándolos de gemidos y clamores, dando al cielo voces bañadas con abundantes lágrimas; de manera, que los que no sabían el fuego que en su corazón ardía, le juzgaban por loco; otros, que conocían las avenidas de divinas consolaciones que inundaban su alma, temían que con la fuerza de el espíritu había de reventar. Parece que adivinaba este siervo de el Señor, que estaba cerca el término de su navegación, y así se apresuraba para dejar la carga de este miserable cuerpo, y saltar en el cuerpo de la bienaventuranza, porque el segundo año después de confirmada la Compañía, en el día que se celebra la muerte de San Juan Bautista, de quien tenía el nombre y en cuya natividad había nacido y ordenádose de sacerdote, pasó de esta vida mortal á la eterna, de la misma edad que el Precursor de Cristo. Vió San Ignacio subir al cielo su alma llena de resplandores y acompañada de coros de ángeles.

El Padre Pascasio Broet, tenido comunmente por natural de Bertancour, cinco leguas de Amiens en Picardia, afirman los flamencos que es de Cambray, y merece bien la competencia de flamencos y franceses tan insigne varón que puede ilustrar su patria y nación, como ilustró la Compañía, sirviendo á la Iglesia con grande alabanza en varias Misiones y peregrinaciones por Italia, Francia y Hibernia, donde fué por Nuncio Apostólico con el Padre Alonso Salmerón; y en todas partes hizo rarísimas conversiones de pecadores endurecidos, redujo gran número de herejes, reformó muchos monasterios de religiosas, y, lo que fué de gran provecho, muchos curas de almas y sacerdotes, que son la levadura de todo el pueblo; y por decirlo en una palabra, mudaba las ciudades enteras donde entraba, desterrando los vicios y introduciendo las virtudes; y para que el fruto fuese estable, instituía congregaciones, que con el ejemplo conservasen en fervor á los demás. Ponía muchas almas en gran perfección, no solamente religiosas, mas también seglares, y trajo muchos á la vida religiosa, que

entraron en nuestra Compañía y en otras Ordenes; no habiendo género de gente á quien no ayudase á conseguir la salvación y perfección. Habiéndole escogido San Ignacio para introducir la Compañía en Francia, que habiéndola concebido en sus entrañas, no quería admitirla después de nacida por la oposición de algunos Senadores de el Parlamento, de los Doctores parisienses, y principalmente de el Obispo de París; no es decible cuántas persecuciones, calumnias, injurias y falsos testimonios padeció; mas con invencible paciencia venció todas las dificultades, y abrió la puerta en Francia á la Compañía, para que llevase los admirables frutos que desde el principio ha producido, y cada día por la misericordia de el que da el incremento son mayores. Llamaba San Ignacio al Padre Pascasio, angel, y verdaderamente lo fué en la castidad, y pureza y suavidad de su natural. Era de muchas letras y prudencia, que realzaban mucho su santidad; y así, pretendiendo el Rey de Portugal que alguno de la Compañía fuese electo Patriarca de Etiopia, San Ignacio, y el Padre Laynez y el Padre Claudio Jayo y otros pusieron los ojos en el Padre Pascasio para este cargo tan grande y de tanta gloria de Dios; pero la empresa de Etiopia no se hizo entonces, y así cesó la elección. Veinte años contínuos pidió al Señor la humildad, y consiguióla en alto grado, juntamente con la mansedumbre y otros dones con que enriquece Dios á los humildes. Pasó á mejor vida en París el sexto de los diez primeros Padres, á catorce de Septiembre de mil quinientos y sesenta y dos. En vida echó algunas veces los demonios de los cuerpos; pero mayores milagros son haber echado al demonio de innumerables almas.

Estos son los tres varones que ganó el Padre Pedro Fabro para San Ignacio con los Ejercicios de el Santo Padre, que con los seis que él había juntado antes, hicieron nueve compañeros y discípulos, y con el Santo, los diez primeros Padres de la Compañía de Jesús. Si consideramos la virtud y letras de estos diez primeros Padres, veremos, que cada uno era capaz de fundar una Religión, y de aquí

Universidad de Deusto Biblioteca

argüiremos cuánta era la santidad de el que todos reconocían por Padre y maestro, teniéndose por niños en su comparación: y así como con sus Ejercicios se convirtieron, con su enseñanza y dirección llegaron á tan grande perfección. En ellos hay dos canonizados, San Ignacio y San Francisco de Javier; tres Padres de el Concilio de Trento, venerados como tres oráculos de sabiduría; Diego Laynez, Alonso Salmerón, Claudio Jayo; otros dos señalados para Teólogos de el mismo Concilio, Pedro Fabro y Nicolás de Bobadilla, si á Fabro no le embarazára la muerte, y á Bobadilla el asistir al ejército católico de el Pontífice y Rey de romanos; muchos Doctores que leyeron Teología y Escritura en las más célebres Universidades de Europa; y finalmente diez Apóstoles, que con sus Misiones y legacías, tomadas por los Sumos Pontífices, sirvieron fielmente á la Santa Iglesia. De donde tomó ocasión Miseno, calvinista para decir, que el número diez entre los Pitagóricos, es llamado Atlas, y que por eso los primeros Padres de la Compañía fueron diez, porque sustentaron la silla Apostólica, como Atlante sustenta al cielo. Yo no sé si me atreva á decir, que quiso Dios fuesen los primeros Padres de la Compañía diez y no más, porque no igualasen en el número á los Apóstoles á quien imitaban en el celo, y como eran inferiores en el mérito, lo fuesen también en el número.

CAPITULO X

Cómo se partieron los compañeros á Venecia en busca de San Ignacio, y sucesos de el camino

Aunque habían convenido con Ignacio los compañeros que saldrían de París á veinte y cinco de Enero de mil quinientos y treinta y siete, se vieron obligados á anticipar su jornada casi tres meses, por la guerra que se incendió sobre el Ducado de Milán, entre el Emperador Carlos Quinto y Francisco Primero, Rey de Francia; porque dilatando el viaje, temían hallar cerrada la entrada de Italia con las armas de los ejércitos, y ya el Emperador había entrado por la Provenza. Por eso determinaron tomar su camino por Lorena, que tenía paces con Francia y España, y después por Alemania la alta, juzgando este paso el más desembarazado, aunque muy trabajoso por el invierno que empezaba. Salieron pues, á quince de Noviembre de mil quinientos y treinta y seis, dejando algunos compañeros en París, que ajustasen las dependencias de todos, y diesen de limosna á los pobres lo poco que les había quedado, prometiendo esperarlos en Melun, ciudad distante diez leguas de París.

Tuvieron todos en la salida no pocos embarazos de los amigos y conocidos, que procuraban detenerlos, con las esperanzas de crecer y adelantarse mucho por las letras. A Javier, estando para partir, le vino nueva, que le habían hecho Canónigo de la Iglesia de Pamplona; más él, que había despreciado el mundo por Cristo no volvió los ojos á esta dignidad, aunque principio de otras mayores. Simón Rodríguez padeció dos tentaciones, la primera en Melun: mientras esperaba los compañeros que habían quedado en París, se le hizo en un hombro un tumor grande, y de él le procedió una ardiente fiebre, y dolor tan agudo que no le dejó parar en toda la noche, dando vueltas en el suelo, que era su cama, y la de todos, en la posada donde estaban. Pero aunque le afligía mucho su mal, más pena le daba el ser necesario detenerse allí muchos días, mientras aquel tumor se supuraba con las medicinas, ó se abría con la lanceta ó cauterio; con que, ó habían de esperarle sus compañeros, ó irse sin él; y en lo primero había riesgo de hallar después cerrados los pasos, y en lo segundo gran desconsuelo suyo, y peligro de perder para siempre tan amada compañía. Viéndose en esta aflicción, empezó á rogar á nuestro Señor con lágrimas, que por los méritos de sus compañeros se dignase de darle salud, para que no perdiese aquella compañía, ni dejase de seguir á su siervo Ignacio. Sus compañeros hicieron también oración á Dios con grande fervor, pidiéndole que no faltase alguno de el nú-

Universidad de Deusto Biblioteca

mero que su Majestad tenía elegido para su servicio. Y Dios, que no podía hacerse sordo á las voces de tantos y tan grandes siervos suyos, habiendo pasado Simón aquella noche sin dormir con grandes dolores, tuvo al amanecer un sueño, y al despertar se halló sin dolor, sin calentura, sin tumor, ni rastro de él, y tan bueno y sano, que viniendo dentro de pocas horas los compañeros que habían quedado en París, se partieron todos con grande alegría y consuelo, dando gracias á Dios, porque con tales maravillas los confirmaba en sus propósitos, y mostraba cuán de su gusto era aquella Compañía, pues obraba milagros para que no se deshiciese.

Pero fáltanos decir, cómo viniendo los compañeros, que habían quedado en París á Melun, al primer día de la jornada encontraron unos soldados franceses que eran centinelas, los cuales admirados de el traje y modo con que caminaban, llegaron á ellos y les preguntaron que quiénes eran, de dónde venían y adonde iban. Callando los Padres españoles, respondió un Padre francés: «Somos Académicos parisienses que vamos en peregrinación.» No obstante insistían los soldados en preguntarles sus patrias y el término de su peregrinación, hasta que un labrador que estaba mirando con grande atención á los peregrinos, dijo á los soldados: «Dejadlos pasar, que son los señores reformadores que ván á reformar algún pais.» Recibiéronlo por chanza los soldados, y dejáronlos pasar. No sé con qué espíritu dijo esta que parece profecía aquel labrador, y me pareciera más claro haberlo dicho con espíritu de Dios, si como dijo á reformar un pais dijera á reformar un mundo.

Estando todos juntos en Melun, consultaron si sería bien hacer esta peregrinación pidiendo limosna ó reservando el viático necesario para llegar hasta Venecia, y también si convenía ir todos juntos, ó partirse en dos compañías. Encomendáronlo á Dios, comulgaron por esta intención, y después juzgaron que debían ir juntos para conservar así mejor la caridad, y que sería conveniente reservar algún

viático, por haber de andar entre herejes, y con muchos trabajos por causa de el tiempo entre los hielos y nieve. Salieron juntos de Melun, y ordenaron su camino de esta manera. Iban á pie, vestidos de hábito clerical, con báculos en las manos, y al hombro una bolsa de cuero con la Biblia y el Breviario los que eran sacerdotes, y los papeles de sus estudios que habían reservado de todo lo que poseían: llevaban al cuello el rosario de nuestra Señora para hacer pública profesión de católicos entre los herejes, y en el rostro tal modestia, que cualquiera sin esa divisa, conociera no solo que eran católicos, mas también religiosos y varones apostólicos. Fabro, Claudio y Pascasio que eran sacerdotes, decían todos los días misa, y comulgaban á los demás. Al empezar su camino, empezaban su meditación que duraba por largo espacio, y acabada esta, unos ratos trataban entre sí de cosas espirituales, otras cantaban himnos y salmos, otras conferían alguna materia de estudio. Y no contentos con la meditación de la mañana, volvían á meditar á la tarde, y de esta manera repartiendo el día con diversos ejercicios de piedad y devoción le daban á Dios todo. De el dinero que habían reservado para su viático, compraban de comer, pero su mesa era como de pobres mortificados, y su comida se podía llamar un perpétuo ayuno. Ninguno era superior de los demás, porque ninguno lo quería ser, y cuando tenían alguna duda lo resolvían por votos, y lo que juzgaban los más se ejecutaba con tanta paz y conformidad, que aunque al resolverse fuesen algunos de contrario parecer, al ejecutarlo ya todos tenían el mismo.

Al segundo ó tercero día después que salieron de Melun, yendo por su camino muy alegres en el Señor, oyeron ruido de gente que los seguía, volvieron los ojos atrás y vieron dos hombres á caballo que corrían á toda priesa, y llegando cerca se arrojaron de los caballos un hermano de el Padre Simón, y un amigo suyo: abrazóse el hermano con el Padre Simón, y derramando muchas lágrimas, le dijo: «¿Qué es esto, hermano mio? por qué me dejas solo y

privas de tu dulce compañía con la cual llevaba en paciencia la ausencia de nuestra amada patria? ¿Cómo quieres dejar sola á nuestra madre, que no tiene otro consuelo en su viudez, mas que la compañía de sus hijos? Yo no podré volver sin tí, ni me atreveré á poner delante de los ojos de mi madre, para darla una nueva que la ha de quitar la vida.» El sentimiento y lágrimas no dejaron pasar adelante al hermano, y entonces prosiguió el amigo: «No desconsoléis, señor, de esta manera á vuestra madre y hermano, ni los dejéis por ir con unos hombres desconocidos, en seguimiento de un hombre, que hoy le acusan, mañana le prenden, y en todas partes le aborrecen y persiguen. Pensad cuánta será la pena de una madre que tanto os ama, cuando le lleven la nueva de que os váis perdido y vagamundo adonde no os han de ver más sus ojos. No ocasionéis este dolor á quien costásteis tantos dolores, ni déis la muerte á quien os dió la vida. ¿Quién deja los propios por los extraños, los parientes por los no conocidos, la madre y hermanos por los que no sabe quien son? Nunca esperamos de vuestra cordura semejante resolución.» Multiplicaba razones el amigo y lágrimas el hermano, pero ni las razones ni las lágrimas hicieron titubear su constancia, antes les habló con tanto desengaño, que sino les persuadió que le siguiesen, á lo menos alcanzó que le dejasen seguir su propósito y se volviesen á París.

Después de algunos días, caminando todos con grande aliento y fervor, se sentó en el camino San Francisco Javier, diciendo que no podía pasar adelante. Admiráronse los compañeros, y le preguntaron la causa, y aunque él por su humildad sentía más decirla que sus dolores, importunado de sus ruegos hubo de declarar la verdad. Habíase preciado mucho de sus fuerzas y destreza en correr y saltar; y queriendo castigar esta leve culpa como si fuera un gravísimo delito, tomó unos cordeles muy delgados, y llenándolos de nudos, se los apretó á los muslos tan fuertemente, que le causaban estraño dolor y tormento. De esta manera caminó algunos días, creciendo á cada paso

el dolor con el ejercicio, hasta que, vencidas las fuerzas, aunque no la paciencia, no pudo pasar adelante. Vieron los compañeros los cordeles que habiendo hecho unos surcos profundos en la carne apenas se descubrían: espantáronse de tan nueva mortificación, y en brazos le llevaron al lugar más vecino donde viéndole un cirujano francés y considerando las heridas, dijo que él no se atrevía á curarle, porque para cortar ó desatar los cordeles era necesario cortar la carne, y en cortarla había mucho peligro de cortar los nervios; y concluyó que solo el médico de el cielo podía hacer aquella cura. Afligiéronse los compañeros, temiendo no perdiese aquella compañía el mejor soldado que tenía: y Javier más afligido con la aflicción de ellos que con su propio mal, les dijo que acudiesen al médico á quien el cirujano los había remitido, y confiasen de su piedad que no los desampararía. Así lo hicieron; oraron todos aquella noche con la confianza que les daba de el amor paternal de Dios la salud milagrosa del Padre Simón; y no les salió vana, porque á la mañana se hallaron los cordeles hechos pedazos, las heridas llenas de carne, y sobre todo con tales fuerzas, que aquel mismo día prosiguieron su camino, dando gracias á Dios por tan singular beneficio.

Vencidos tantos embarazos, lo demás de el camino fué lleno de trabajos, peligros y disputas con los herejes. En la Lorena les llovió casi todos los días, y en Alemania estaba todo tan cubierto de nieve, que tal vez fué menester detenerse tres días en un lugar, hasta que otros más expertos hollasen el camino. Pensaron huir el peligro de los soldados por Lorena, y no fué así, porque algunas tropas francesas marchaban por aquella provincia á Flandes, y la llenaban de robos y insultos, de manera que los naturales de la tierra no se atrevían á salir de sus casas, y en ellas no estaban seguros, y asi en cada lugar se espantaban de ver á los pobres peregrinos libres de el furor de los soldados, á quien ningún respeto humano ni divino detenía. No menos se admiraban de ver cuán seguros se metían en

los riesgos, sin algun temor ó recelo; pero iban muy confiados por las experiencias contínuas de que caminaban dentro de la providencia divina que los servía de escudo contra todos los peligros. Los soldados les preguntaron quién eran y dónde iban. A que respondieron los Padres franceses, que eran Académicos parisienses que iban al Templo de San Nicolás; y era verdad, que habían de pasar por él en los confines de Lorena; pero no les hicieron pregunta ninguna por donde fuesen conocidos los Padres españoles.

En Alemania empezaron las disputas con los herejes, y juntamente las victorias que alcanzaba la verdad de los errores de Lutero; no perdiendo ellos ocasión de defender la fe y procurar traer á ella á todos los que trataban. Este celo les ocasionó buena acogida de los católicos, que se gozaban de ver á unos extranjeros con los rosarios al cuello hacer profesión de la fe Romana, donde era tan aborrecida, y muchos peligros de los herejes, que tenían por enemigos declarados á los que así se declaraban por la religión católica; aunque ganaron tanto crédito con su excelente doctrina y singular modestia, que algunas veces fueron tratados benignamente de los mismos herejes. En Basilea apenas entraron en la posada, cuando á la fama de que habían llegado unos Teólogos parisienses, vinieron á visitarlos gran número de herejes, de los cuales era el principal Carlostadio, famoso heresiarca y gran discípulo de Lutero; y con la confianza que les daba su propia presunción, provocaron á los Padres, y aunque ellos no esperaban hacer fruto en los que habían dejado la fe por buscar la libertad, admitieron la disputa, y en ella se señaló mucho el Padre Laynez, y apretó de manera á uno de los herejes que se dió por concluído, y confesó no tener qué responder, mas con todo eso no abrazó la fe por no dejar los vicios.

De Basilea caminaron á Constancia, y en un lugar que está cinco leguas antes de la ciudad, el cura que era muy versado en la doctrina de Lutero, y se preciaba de ingenioso, luego que los vió y supo quién eran, convocó á los principales del pueblo y se fué con ellos á la posada de los Padres para que le viesen concluir á los Teólogos Papistas. Duró la disputa muchas horas, hasta que pareciéndole ya hora de cenar, acomodando aquel verso de Virgilio, les dijo: *Et jam nox humida cœlo præcipitat, suadentque cadentia sidera cœnam:* Cenemos primero, y después volveremos á disputar; y mañana os convido para ver mis libros y mis hijos, porque el cura era casado y tenía muchos hijos. Quiso cenar con los Padres en una misma mesa, y no queriendo ellos, por decir que no podían comunicar en la mesa con los que no comunicaban en la Iglesia, se rió el hereje del escrúpulo, y los Padres cenaron como solían, con gran moderación en una mesa, y el cura con los suyos en otra comieron bien y bebieron mejor. Acabada la cena, volvieron á la disputa y apretáronle de manera, especialmente Laynez, que era siempre el más acre, que confesó claramente que estaba cogido y no tenía qué responder. Díjole entonces uno de los Padres: ¿Pues para qué sigues una secta que no puedes defender? Desengaña á los que están engañados por tí, pues conoces que tú y ellos os váis al infierno. Enfurecióse el hereje y blasfemando contra Dios y contra sus Santos, dijo: Yo os meteré mañana en la carcel; y os cargaré de prisiones y veréis si sé defender mi secta. Y prosiguiendo en sus amenazas y blasfemias, se salió de la posada muy de priesa. Algunos de los que estaban presentes interpretaron á los Padres las palabras del cura, que ellos no habían entendido por haberlas dicho en lengua alemana, diciéndoles que corría gran riesgo su vida, por ser hombre terrible que no amenazaba en vano sino que aún cumplía más de lo que prometía. Pasaron aquella noche todos en vela, parte en oración, ofreciendo á Dios sus vidas por la defensión de la fe, parte en piadosos coloquios, animándose á padecer la muerte y dando gracias á Dios que los quería dar en el camino lo que iban á buscar á Palestina. Pero antes de amanecer vieron entrar en la pieza donde estaban un mancebo de

Universidad de Deusto Biblioteca

gentil disposición, como de treinta años; el cual habiéndoles saludado en alemán, como no lo entendían, les hizo señas que le siguiesen. Siguiéronle sin repugnar, ni aún preguntarle dónde los llevaba; y él los sacó del pueblo y llevó no por camino trillado, sino atravesando montes y selvas, volviendo muchas veces el rostro á ellos, y mirándolos con una apacible risa, como quien los aseguraba de todo temor. Habiendo caminado con ellos casi tres leguas, los sacó al camino real donde ya se veían las pisadas de los caminantes, y mostrándoles con el dedo por donde habían de ir, de repente desapareció de sus ojos. Ninguno de los Padres dudó que quien los había guiado era angel, y no hombre; y por ventura era el Angel Príncipe de la Compañía, que empezaba á hacer el oficio de custodio de ella; dieron gracias á Dios, porque con providencia tan maravillosa les había guardado la vida, y de nuevo la consagraron á su servicio y gloria.

Habiendo pasado de la ciudad de Constancia, que estaba por Lutero, les salió al camino de un hospital distante una milla del pueblo más vecino, una mujer, y conociendo que eran católicos en los rosarios que traían al cuello, se fué á ellos con grande alegría, y puestos los brazos en cruz, les hizo una gran reverencia, y les dijo en alemán unas palabras que ellos no entendían, pero echaron de ver que eran quejas de mujer católica, que se lamentaba de la miseria de los tiempos; y presto se certificaron, porque haciéndoles señas que esperasen un poco, corrió al hospital y volvió cargada de rosarios deshechos, cruces quebradas y estátuas de la Virgen hechas pedazos, reliquias todas de la impiedad de Lutero, conservadas por la piedad de la buena mujer. Hincáronse de rodillas y adoraron las cruces y imágenes. Cogió la mujer el precioso tesoro, y habiéndole guardado en su hospital, fué delante de los Padres al pueblo, y entrando por él, decía á cuantos encontraba, lo que después se supo de un intérprete: «Mirad, pérfidos herejes, cuán falso es lo que decís, que todos los hombres siguen ya á Lutero, y que no ha quedado en ninguna parte quien tenga la Fé romana. ¿De dónde son estos? ¿son de fuera del mundo? Bien hice yo en no creeros. Tenéisme por engañada, porque no me dejé engañar; vosotros sóis los engañados, que yo bien sé que es verdad lo que creo y confieso.» Supieron luego que era esta una mujer muy constante en la fe católica, por lo cual le habían echado del pueblo, y ella se había ido á vivir á aquel hospital. Vinieron los Ministros á disputar con los Padres, y aunque admitieron las disputas, no sacaron ningún fruto; porque los herejes recurrían en todos los puntos á la Sagrada Escritura, según la nueva edición que ellos mismos habían hecho, quitando, añadiendo y mudando del texto legítimo lo que les hacía al caso para apoyar sus errores.

Por estos pasos y peligros entraron en Italia, y llegaron á Venecia después de cincuenta y cuatro días de camino, á ocho de Enero de mil quinientos y treinta y siete, y tuvieron por sobrado descanso de tantos trabajos los abrazos de su amado Padre, que los recibió con lágrimas de gozo y alegría, dando gracias al Señor de que habiendo dejado seis hijos en París, le traía nueve á Venecia; y ellos se las dieron al Señor de hallar en Hoces el nuevo compañero que Dios les había dado en aquella ciudad.

CAPITULO XI

Envía San Ignacio sus compañeros á Roma, después de haber dado insignes ejemplos de caridad en Venecia

Mientras se hacía tiempo de partir á Roma á pedir la bendición al Sumo Pontífice para pasar á Jerusalén, repartió San Ignacio sus compañeros en dos hospitales de Venecia: cinco fueron al de San Juan y San Pablo, donde asistía más ordinariamente San Ignacio, y los demás al hospital de los Incurables, que tocó en suerte á San Francisco Javier; y en estas dos escuelas de caridad y mortificación, hacían todos lo que veían hacer á su Santo Padre y maestro. Servían á los enfermos con singular cuidado y diligen-

cia en los más bajos y viles oficios, como si en cada uno vieran á Cristo; aplicábanles las medicinas, dábanles de comer por sus manos, barrían las piezas, limpiaban los vasos, hacían las camas; de día asistían á su cabecera; las noches pasaban en vela con ellos, y el rato que dormían era junto á la cama del más necesitado; consolaban sus tristezas, alentaban sus desmayos, exhortábanlos á la paciencia y á recibir los Sacramentos, y los que eran sacerdotes se los administraban; y, por decirlo en una palabra, todos los dolientes tenían, en cada uno, maestro, consolador, enfermero, siervo, y una madre amorosa, que los amaba y acudía con entrañas de verdadera caridad: y ésta no se acababa con la muerte de ellos, porque, después de haberlos ayudado á morir, los amortajaban y enterraban, ofreciendo á Dios oraciones y sacrificios por su alma.

Esto era común á todos; pero todos dieron singulares ejemplos, de que diremos algunos, de que podrán colegirse los demás; y empezaremos por el de San Francisco Javier, que es admirable. Había entre los otros enfermos uno de mal francés, tan podrido y asqueroso, que aun los ojos tenían asco de mirarle. Cobróle natural horror Javier, y curábale de mala gana; pero advirtiendo que se le iba resfriando la caridad con aquel enfermo, esforzándose cuanto pudo se fué á él, y poniendo su boca en la llaga podrida, empezó á chupar la materia muy despacio, saboreándose como si bebiera un licuor muy dulce y regalado; y repitió esto muchas veces, hasta que conoció que la naturaleza se daba por vencida de la gracia, y Dios le premió acto tan heróico con que en adelante tenía particular gusto en curar semejantes enfermos, y así trataba las llagas podridas como si tratara flores muy olorosas y suaves. A otro compañero pidió un enfermo que aplicara una medicina á una llaga encancerada que tenía en las espaldas, y, sintiendo repugnancia, hizo más de lo que el enfermo pedía, chupándole la materia de la llaga. Otro, viendo que no recibían en el hospital de San Juan y San Pablo un leproso, porque no había cama para darle, partió con el leproso la suya, y quiso Dios que

á la mañana amaneció cubierto de lepra, y el leproso no pareció más, que debió de ser angel, ó el Señor de los ángeles, que vino en aquel traje y figura á honrar la virtud de sus siervos; pero como Dios solamente pretendió realzar y publicar tan insigne caridad, duró poco la lepra, porque al día siguiente por la mañana amaneció sano, como si nunca hubiera estado leproso.

Admirada la ciudad, venían muchos Senadores á los hospitales á ver lo que habían oído, y mirándolo con sus ojos no podían contener las lágrimas, pareciéndoles que veían en cada uno á San Roque, que en aquella República dió semejantes ejemplos, por los cuales le venera como á Santo en un templo suntuoso. El Padre Laynez escribió diez años después, hablando de esta caridad: «*Hactenus Venetiis ejus odoris fragrantia perseverat.*» Aún persevera en Venecia la fragancia del suave olor que entonces se esparció. Mas lo que agradaba á Dios y admiraba á los hombres atormentaba al demonio, enemigo de toda virtud. Había en uno de los hospitales una energúmena, que guisaba la comida á los enfermos, y siempre que entraban en la cocina los Padres, los miraba con terrible semblante y decía muchas injurias. No se sabía entonces que estuviese endemoniada, atribuyendo esto á su mala condición, hasta que un día, atormentándose á sí misma, empezó á dar grandes alaridos y á quejarse tristemente, diciendo: «¡Ay de mí! harto hice yo para que estos no viniesen aquí, y no lo pude embarazar; mal haya quien aquí los trajo. No sabéis quién son, yo los conozco muy bien: son varones excelentes, de muchas letras y de mucha santidad.» Y en adelante los perseguía más descubiertamente con injurias y baldones.

Habiéndose ocupado los Padres en estos ejercicios hasta mediada Cuaresma, pareció á San Ignacio que se partiesen á Roma, y él se quedó en Venecia, porque Juan Pedro Carrafa, que en esta ciudad le había sido contrario, por razones que no hay para qué referir aquí, estaba en Roma, Cardenal, y temió que su presencia podía dañar á sus com-

Universidad de Deusto Biblioteca

pañeros en aquella corte; y no fué vano su temor, porque en parte les fué contrario (aunque con buena intención, como de tan gran varon se debe creer), y quizá lo fuera mucho más si estuviese con ellos San Ignacio. Mas aunque no los acompañó con el cuerpo, no los desamparó con el espíritu, ofreciendo continuas oraciones, por las cuales los favoreció Dios en el camino, y en Roma con singulares providencias.

Repartiólos San Ignacio de tres en tres: un Sacerdote con dos que no lo eran, y mezclados españoles con franceses ó saboyanos. Decían misa cada día los sacerdotes, y los que no lo eran recibían el Cuerpo de Cristo Nuestro Señor. Los demás ejercicios de oración y devoción, semejantes á los de el primer viaje de París á Venecia; los trabajos, mayores. Caminando á pie, y sin ningún viático, ayunaban todos los días, comiendo lo que les daban de limosna, tan corta de ordinario, que muchas veces pasaban todo el día con un poco de pan y agua. El tiempo era muy lluvioso, y á la noche, llevando los vestidos mojados, dormían en los Hospitales ó pajares, y tal vez al cielo descubierto. Caminando hacia Rávena, en tres días no pudieron hallar ni un bocado de pan con que desayunarse; y añadiéndose á este trabajo el de sus penitencias voluntarias, caían en tierra desmayados, ya uno, ya otro, sin poder dar un paso adelante, siendo forzados la Dominica in Pasione, para no morirse de hambre, á entrar en un pinar á comer algunos piñones verdes. Encontrando un río, que con las lluvias había salido de madre casi mil pasos, alcanzaron con dificultad que los pasasen de la otra parte; y por estar los caminos llenos de lagunas, caminaron todo un día por el agua, no comiendo en todo él más que un bocado de pan por la mañana; y en medio de estos trabajos, sentían en sí un contento y gozo admirable, considerando que los padecían por amor de Jesucristo, dándole continuas gracias por ellos. Y no fué poco alivio para todos haber sanado con el trabajo de aquel día el Padre Juan Coduri de la sarna de que tenía llenas las piernas.

En Ravena se fueron al Hospital con los pobres; diéronles un aposento lleno de suciedad y mal olor; había una cama sola, que se dió á tres, los más necesitados; y aunque ellos querían cederla á los otros compañeros, mirando las sábanas, las hallaron tan asquerosas, que tomaron por mortificación lo que se les daba por comodidad; solamente Simón Rodríguez, que era uno de ellos, no pudiendo vencer la repugnancia que tenía de acostarse en aquella cama, quiso más dormir en el suelo; pero arrepintióse presto de su poca mortificación, y la quiso castigar como si fuese grave culpa, porque llegando después á otro hospital, y escusándose la hospitalera de no darles sábanas, porque no había más que unas de algodón, en que había muerto el día antes un enfermo de piojos, pareciéndole que Dios le ofrecía esta ocasión para satisfacer por la inmortificación pasada, se acostó en aquella cama y pasó la noche en un perpétuo martirio de muchos, aunque pequeños verdugos. Otra victoria mayor alcanzó Simón en Rávena. Andando por la ciudad pidiendo limosna, llegaron á una puerta: le mandaron entrar; halló tres mujeres, más hermosas que castas, como mostraban sus palabras libres y acciones descompuestas; volvió atrás con más priesa que había entrado, y puesto en el umbral, encendido en amor de Dios, dijo tanto de la gravedad de el pecado y de la importancia de la salvación, que todas tres quedaron cogidas del que procuraban cojer en su red, y arrepentidas de sus culpas pasadas, determinaron borrarlas con la penitencia. Mientras predicaba á las mujeres, se le apareció el demonio en figura de hombre religioso, triste y melancólico, y le procuró apartar de allí, diciendo que era en vano querer reducir aquellas mujeres; mas como él trabajase en vano en querer que desistiese Simón de lo comenzado, al fin desapareció dejando señas de quién era.

Prosiguiendo el camino, en algunos ríos daban á los barqueros, porque los pasasen, las escribanías, el cuchillo de las plumas y otras alhajillas de su uso, y aun parte de el vestido, porque de otra manera no querían. Llegando á

Universidad de Deusto Biblioteca

Ancona cerca del anochecer, no teniendo qué dar al barquero, que no había querido pasarles de limosna, se partió uno á la ciudad, dejando en rehenes á los demás, y empeñó el Breviario en una librería, por el precio que habían prometido, y libertó á los compañeros, y luego, pidiendo todos limosna por la ciudad, redimieron el Breviario. Habiéndose detenido dos ó tres días en Loreto, visitando la Casa de la Virgen y regalándose con esta Soberana Reina en devotos coloquios, prosiguieron con el mismo trabajo, y llegaron á Tolentino, de noche y lloviendo, con harta necesidad de cenar, pero muy tarde para pedir limosna. De tres compañeros que se habían adelantado de los demás, los dos echaron por las orillas de la calle, huyendo de el lodo, defendiéndose de la lluvia con los aleros que sobresalían de los tejados, y Simón Rodríguez echó por enmedio de la calle, diciendo con gracia que él no tenía nada que perder, ni por qué huir de el lodo ni de el agua, pues no podía enlodarse ni mojarse más de lo que estaba; luego vió venir hacia sí un mancebo de grande estatura, como de treinta años, y, á lo que pudo ver, de hermosísimo rostro, y tomándole la mano, sin hablarle palabra, se la abrió y llenó de monedas, y volviéndosela á cerrar desapareció, sin volverle á ver. No sabía lo que le había sucedido, ni qué le había dado aquel hombre, hasta que á la luz halló su mano llena de pequeñas monedas de plata, de que todos dieron gracias á Dios, y compraron pan y vino, y higos, y esta fué su cena espléndida aquella noche, y el dinero que sobró repartieron á otros pobres, porque ellos no llevaban provisión de un lugar á otro, buscando cada día la comida de aquel día. Este parece el mismo varón que los sacó de aquel grande peligro en el viaje de París á Venecia; y no es maravilla que Dios sustentase, por medio de los ángeles, á los que, siendo ángeles en vida, tomaban tales trabajos por su gloria y servicio. Tanto fué lo que padecieron en este camino, que en los lugares per donde pasaban, viéndolos á todos con el mismo hábito y aspecto penitente caminar á Roma á pie, con tanta fatiga y pobreza, decían que sin duda habían cometido algunos enormes delitos, por los cuales iban haciendo aquella rigurosísima penitencia, para mover á piedad al Sumo Pontífice y alcanzar el perdón, no persuadiéndose que alguno podía tomar voluntariamente tan gran rigor.

Cuando los devotos peregrinos llegaron á vista de Roma, no se puede decir el gozo que concibieron y la devoción con que la saludaron, y á lo menos Laynez entró con los pies descalzos, por reverencia á aquella tierra santa, regada con la sangre de tantos mártires y escogida por Cristo para Cabeza de su imperio. Su primera estación fué á los templos de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. Después se recogieron los Padres españoles al Hospital de Santiago de los españoles, y los franceses al de los franceses, hasta que, visitando con gran reverencia y devoción las estaciones de Roma, y procurando aprovechar á sus prójimos con piadosas conversaciones y buenos ejemplos, se hicieron reparar de algunos españoles ricos, que, viendo su modestia y celo, hicieron que todos fuesen recibidos en el Hospital de Santiago, y allí les enviaban todos los días la comida.

Estaba en Roma el Doctor Pedro Ortiz, que por mandado del Emperador Carlos Quinto, trataba ante el Papa la causa matrimonial de doña Catalina, Reina de Inglaterra, repudiada injustamente de Enrique Octavo. Habíanles dicho á los Padres, que el Doctor Pedro Ortiz les había de ser muy contrario, por haber sido en París opuesto á San Ignacio; pero Dios, en cuya mano están los corazones de los hombres, le había mudado de manera, que luego que los vió y conoció los agasajó mucho y dió cuenta de su venida á Paulo Tercero, alabando su doctrina y santidad, y diciendo que se habían hecho pobres voluntariamente por Cristo, y deseaban pasar á la Tierra Santa, solo con fin de predicar la fe y convertir á los infieles. Mandóle el Pontífice que se los llevase, para que disputasen en su presencia mientras comía, según la costumbre que tenía este gran Pontífice de oir discurrir y argumentar hombres

doctos, cuando estaba á la mesa, sobre algún punto que él mismo ponía. Llevólos Ortiz, y disputaron con tanta agudeza de ingenio y solidez de doctrina, junta con una modestia y humildad tan rara, que llegando los Padres á besar los pies á su Santidad, cuando se levantó de la mesa, extendiendo los brazos, como para abrazarlos á todos juntos, les dijo: «Mucho gozo recibimos, viendo tantas letras con tanta modestia, y tanta sabiduría con tanta virtud. Si deseáis algo de lo que Nosotros podemos, lo concederemos con toda voluntad.» Respondieron que solamente pedían su bendición apostólica y licencia para pasar á Palestina, y predicar allí el Evangelio á los infieles. Dijo el Papa: «Yo os concedo de muy buena gana lo que me pedís, pero juzgo que no podréis pasar á Jerusalén;» lo cual advirtió por la liga que el mismo Papa y Carlos Quinto y la señoría de Venecia disponían contra los turcos. Concedió facultad á los que no eran sacerdotes y á Ignacio que estaba ausente, para que los ordenase cualquier Obispo en tres días de fiesta continuados á título de pobreza voluntaria y de aprobada doctrina, dispensando en la edad con Salmerón, para que entrando en los veinte y tres años se pudiese ordenar de sacerdote.

Mandóles dar, sin pedir ellos nada, setenta escudos, á que se añadieron otros ciento y cuarenta de algunos devotos españoles, y todos se los pusieron en Venecia sin conducción; porque ellos no quisieron tomar nada de esta limosna, reservándola para la navegación, mendigando en Roma su comida, con harta admiración de los que sabían qué varones eran, y con cuánto aplauso habían disputado delante de Su Santidad; y volviéronse á Venecia, como vinieron, á pie, y pidiendo limosna.

CAPITULO XII

Cómo se ordenó San Ignacio y sus compañeros de sacerdotes, y se repartieron por los lugares del dominio veneciano

Llegados á Venecia, se fueron á los hospitales donde antes habían estado, para ejercitarse en los mismos oficios. Después hicieron voto de perpétua castidad y pobreza en manos del Nuncio Veralo, y Domingo día de San Juan Bautista, veinte y cuatro de Junio de mil quinientos y treinta y siete, se ordenaron de sacerdotes San Ignacio y todos los compañeros que aún no lo eran, con tanta devoción, que la pegaron al Obispo Arbense Vincencio Nigusanti, que los ordenaba, y confesó que en cuantas órdenes había hecho, no había sentido semejante consuelo y gozo espiritual, atribuyéndolo á los merecimientos de aquellos siervos de Dios. Ocho días después, á los cinco de Julio, en una patente que dió el Nuncio á San Ignacio, entre otras palabras, dice: *Volentes te ob præclara virtutum dona, et sacrarum litterarum peritiam, quibus te novimus insignitum, benigno favore prosequi*, «queriendo por los excelentes dones de las virtudes y pericia de las sagradas letras, con que nos consta que estás adornado, favorecerte benignamente, etc.» y le concede licencia para interpretar la Escritura, predicar, oir confesiones, etc.

Estando Ignacio y sus compañeros esperando el tiempo de embarcarse para Jerusalén, y aparejándose para la jornada, se embarazó el viaje, no con poco sentimiento suyo, por causa de la guerra que rompió la señoría de Venecia con el turco Solimán, habiendo hecho antes liga con el Sumo Pontífice y el Emperador: y es muy de notar que en muchos años antes y después, hasta el de mil quinientos y setenta, ninguno dejaron de ir naves de peregrinos, sino solamente este en que habían de ir los nuestros; porque la Providencia divina, que suavemente dispone todas las

cosas para el cumplimiento de su eterna voluntad, les embarazó esta empresa tan gloriosa, porque los tenía escogidos para otras más altas. Aunque cada día iban perdiendo más la esperanza de pasar á la Tierra Santa, todavía quisieron esperar un año entero, por cumplir perfectamente el voto que en París habían hecho.

No habían dicho los nuevos sacerdotes su misa, y determinaron recogerse cuarenta días en algún lugar solitario, á imitación de los que Cristo estuvo en el desierto, donde tratando con Dios y consigo solamente, se aparejasen mejor para celebrar el sacrosanto Sacrificio. San Ignacio, Fabro y Laynez se fueron á Vincencia; San Francisco Javier y Salmerón á Monte-Celso; Coduri y Hoces, á Treviso; Claudio Jayo y Simón Rodríguez á Basán; Pascasio y Bobadilla á Pádua, que todas son tierras del señorío Veneciano, porque no quisieron salirse de aquel Estado por estar cerca, si acaso se abriese puerta para la navegación de Jerusalén. Recogiéronse en la primera casilla ó ermita que hallaron en los confines de estas ciudades y lugares, sirviéndoles de cama la tierra dura, y cuando mucho un poco de paja; de comida, un pedazo de pan que iban á pedir de limosna; de bebida, un vaso de agua: gastaban gran parte del día y de la noche en la oración y contemplación de las cosas divinas; las penitencias se las tasaba á cada uno su fervor, y con eso eran más de lo que podían llevar sus fuerzas, sino es que las moderase algo el que habían elegido por superior; porque deseosos de ejercitar la obediencia y humildad, era por semanas el uno superior de el otro.

Cerca de Vincencia, entre las ruinas de un antiguo Monasterio destruído por las guerras, donde después han fabricado convento los Padres Capuchinos, encontró San Ignacio unas paredes casi derribadas, con un techo medio caído, y esta casilla abierta por todas partes y expuesta á los vientos y lluvias, escogió para sí y sus dos compañeros. Para no perecer del frío y humedad, metieron un poco de paja, y sobre ella dormían en el suelo. Aquí renovó

San Ignacio los rigores de Manresa; y Dios renovó los favores que allí le había hecho, regalándole con semejantes visiones y revelaciones celestiales. De los tres iban dos á pedir limosna dos veces al día á la ciudad, y era tan poco lo que juntaban, que apenas volvían á su ermita con el pan que bastase para sustentar la vida. El que se quedaba en la ermita, mojaba y cocía en un poco de agua los mendrugos de pan duros y mohosos, para que se pudiesen comer; y este era ordinariamente San Ignacio, porque de la abundancia de lágrimas que continuamente derramaba, por el mucho gozo de su espíritu, tenía casi perdida la vista de los ojos, y no podía salir al aire ni al sol.

Habiendo sido Ignacio y sus compañeros cuarenta días anacoretas, salieron y entraron en las ciudades á ser apóstoles. Vino Coduri á donde estaba Ignacio con Fabro y Laynez, y todos cuatro en el mismo día, y á la misma hora salieron á predicar á la ciudad de Vincencia, y de repente en cuatro diversas plazas, haciendo púlpito de algún banco ó mesa que encontraron, comenzaron á dar voces y hacer señas con los bonetes, llamando á todos los que pasaban á oir la palabra de Dios. Juntóse mucha gente á la novedad, y ellos con grande fervor y eficacia empezaron á predicar penitencia. Algunos los tuvieron primero por locos, oyendo los gritos que daban; otros viendo su aspecto penitente y la eficacia con que hablaban, los miraban con el espanto que pudieran á Enoc y Elías si vinieran del paraíso, ó á San Juan Bautista si saliera del desierto: muchos se reían de su lenguaje, porque como extranjeros, hablaban y pronunciaban mal el italiano, mezclando algunas palabras latinas y otras españolas ó francesas; pero estos mismos, deteniéndose un rato para reir de los predicadores, sintiendo la fuerza del espíritu que hablaba en ellos, convertían las risas en lágrimas. Y continuando su predicación los días siguientes, concurría gran número de gente, ya no por curiosidad y entretenimiento, sino por el provecho que sacaban de estos sermones, con los cuales muchos se arrepentían de sus

Universidad de Deusto Biblioteca

pecados y salían de los vicios en que estaban sumidos. Lo mismo hacían los otros compañeros de San Ignacio en las ciudades y lugares que les tocaban, y con el mismo fruto y provecho.

De la demasiada aspereza y rigor cayó enfermo de calenturas San Ignacio, y algunos de sus compañeros; aunque ninguno peligró, sino el Padre Simón Rodríguez que estaba en Basán en compañía de un santo ermitaño que vivía en una ermita llamada de San Vito, cerca de Basán, en un cerro alto y muy ameno, de donde se descubre un valle apacible y hermoso, que es regado de un río llamado en latín Meduaco, y en italiano Brenta. Era hombre anciano y venerable, italiano de nación. Antonio en el nombre, y un Antonio Abad en el aspecto y apariencia: lego, idiota y sencillo, pero muy austero y penitente, tenido de todos por santo, de quien contaban los de Basán cosas maravillosas, especialmente de su larga oración y rigurosa penitencia, á las cuales llamaba él la substancia de la vida solitaria. Pero sus palabras son los mejores testigos de sus obras, porque no obraba de otra manera que hablaba. Decía que la más sublime y provechosa sabiduría era no hacer la propia voluntad; que quien era enemigo de Dios, no podía tener paz consigo; y que en vano quería llegar alguno á Dios sin apartarse de sí. Afirmaba que la mayor parte de los hombres se ocupaban en buscar nombres que no tienen substancia; y que no era rico, sino quien sabía perderse á sí por ganar á Dios. Reíase de gran parte de los hombres que se dejan gobernar del necio y la necia, esto es, del mundo y la carne, y que en uno y otro eran necísimos. Decía que á la buena muerte había de preceder la muerte, y quien ha de hacer grandes cosas, ha de pensar que no es para nada. Que para vivir una vida feliz el cristiano, era menester saber sacar bienes de los males. Daba gracia á Dios que en Basán, su patria, no tenía parientes vivos, porque estos ordinariamente cuanto más cercanos, son más enemigos, y había de hallar entre ellos más que le contradijesen, que no que le imitasen.

Decía que no daba la gloria á los que pensaban se vende cara, sino á los que por mucho que les cueste, juzgan se la dan de valde. Aquello de David: «Los impíos andan en círculo», explicaba de esta manera; que los hombres del siglo de su propio amor pasan á buscar las cosas criadas y de las cosas criadas vuelven á su amor, y al contrario, que los justos también andan en círculo, porque del amor de Dios pasan á amar á los prójimos, y del amor de los prójimos vuelven á amar á Dios. A un rico que estaba muy contento con esta vida, y decía que era cosa muy dulce vivir en el mundo, le dijo: «¿Si tanto agrada el camino, cuánto agradará el Palacio donde caminamos?» A un caballero que decía perdonára de muy buena gana cuanto hay en el cielo por esta vida, si fuera perpétua, le dijo: «Una de dos; ó juzgas fábula todo cuanto se dice de la gloria, ó conociendo en tí graves pecados, temes ir á donde te ha de ir peor que acá.» Otras sentencias decía semejantes, que mostraban un gran desengaño y desprecio del mundo. Su muerte da también testimonio de su vida: vivía con la esperanza de morir, y así estando enfermo y visitándole uno, le consolaba según el estilo del mundo, diciéndole que no habia de morir de aquella enfermedad, porque aún le quedaban veinte y cinco años de vida; y él, que necesitaba más de consuelo para sufrir la vida, que para esperar la muerte, respondió: «Si alguno me vendiera esos años, yo no los comprara por un maravedí.» Estando ya cercano á morir, se recreaba con la muerte que tenía presente, y repetía muchas veces: «¡Oh muerte, tú me has esperado mucho tiempo, y ahora te espero yo con deseo de que llegues!»

Este era el venerable anciano que recibió en su ermita á Simón Rodríguez y Claudio Jayo con mucho gusto, porque deseaba compañeros y discípulos á qnien dejar en herencia su aspereza y modo de vida: y aunque había tenido muchos que empezaron á seguirle, le dejaban luego por no tener ánimo para imitarle. Dióles en un rincón de su casilla una tabla para dormir, cama bastantemente acomodada

Universidad de Deusto Biblioteca

para los que estaban acostumbrados á dormir en la tierra desnuda: de noche se levantaban á orar, cantar salmos con él, y ayunaban y se ejercitaban en las mismas obras de penitencia que el ermitaño. De estos rigores, juntos con los trabajos pasados, cayó malo Simón Rodríguez por el mes de Septiembre, y llegó casi á lo último de la vida, tanto, que habiendo traído el ermitaño un médico para que le visitase, le desahució, desesperando de su vida. Súpolo Ignacio, y aunque estaba actualmente con calentura, flaco y descaecido, dejando al Padre Laynez en el hospital y en la cama, porque estaba también enfermo, se partió á Basán con el Padre Fabro con tanta priesa, que parecía que volaba; y estando Fabro sano, y siendo mozo, no le podía seguir, y había menester esperarle San Ignacio muchas veces. Una vez que se adelantó más, apartándose un poco del camino, se puso á hacer oración por la salud de su compañero, y Dios le consoló y reveló que le había otorgado lo que pedía; porque al llegar el Padre Fabro, levantándose el Santo de la oración, le dijo: «No hay porque congojarnos del peligro de nuestro hermano Simón, porque no morirá de esta enfermedad.» Y llegando á Basán y hallando al enfermo muy congojado y consumido sobre unas tablas, le abrazó con amor de verdadero padre, y le dijo: «No temáis hermano Simón, que no moriréis de esta enfermedad, antes cobraréis salud.» Y diósela con aquel abrazo, porque luego se sintió mejor, y presto se levantó y estuvo bueno. Y el Santo le trocó la cama de tablas en otra más acomodada para la convalecencia.

Estando ya sano el Padre Simón de esta enfermedad, le sanó San Ignacio de otra más peligrosa, que fué una tentación gravísima acerca de su vocación, si es verdadera la sospecha común de que fué el Padre Simón, y no el otro compañero, aunque todos los historiadores antiguos callaron el nombre, por respeto y reverencia. Habíanse ido á Basan San Ignacio, Fabro, Simón y Claudio; y Simón, que había quedado muy aficionado al ermitaño de San Vito, al sitio ameno, al retiro, á la penitencia y á la oración, empezó á titubear en su vocación, y á discurrir, si sería mejor quedarse con aquel santo ermitaño en continua contemplación y penitencia, ó proseguir en el camino comenzado. Ofrecíansele razones por una y otra parte: parecíale, que el retiro tiene más sosiego, el tratar con prójimos más peligro; en la soledad se vive con Dios, en las ciudades se vive también con los hombres; la contemplación es una bienaventuranza incoada; conversar en el mundo está lleno de desasosiegos, engaños, peligros, y otras mil ocasiones de turbación, en que si un hombre no está muy sobre sí, será su corazón un mar alborotado á quien levantan todos los vientos. Por otra parte se le ofrecía su voto, y se acordaba de las razones que había oído á Ignacio, cuando los exhortó á emplearse en la salud de las almas, conociendo, que este era más alto fin, de más agrado á Dios, más conforme á la vida de Cristo y de los Apóstoles, y que entrarse en el mundo para sacar á otros de los peligros de él, es ser semejante á los ángeles que entraron en Sodoma para sacar á Lot, y al que entró en el horno de Babilonia, para librar del fuego á los tres mancebos. También se le hacía de mal dejar á Ignacio, acordándose de la ternura con que le amaba, y á sus compañeros con quien se había dado las manos de perpétua unión y hermandad; mas tirábale mucho la paz y seguridad, que aprendía en la vida del ermitaño. Batallando con estos pensamientos, sin saberse determinar, le pareció consultarlo; y teniendo por parte á Ignacio, aunque ninguno más desinteresadamente le dijera lo que le convenía, determinó volver á la ermita de San Vito, y proponer al ermitaño sus dudas, y hacer lo que le dijese.

Tomó el camino y luego se le puso delante un hombre armado, de aspecto terrible, con la espada desenvainada. Asustóse al principio, pero luego se alentó á pasar, juzgando que no serían contra él aquellas amenazas; y apenas dió un paso, cuando aquel hombre, echando llamas de fuego por los ojos, arremetió á él para herirle. Volvió las espaldas, y empezó á correr cuanto podía hacia Basán, y el

Universidad de Deusto Biblioteca

hombre armado tras él. Los que estaban en el camino se espantaban de verle huir con tanta priesa, sin perseguirle nadie, porque no veían al hombre armado; mas él entró en la posada donde estaba San Ignacio y los otros compañeros, asustado y atemorizado, sin aliento ni respiración, y el Santo, mirándole con rostro apacible, y nombrándole por su nombre, le dijo lo que Cristo á San Pedro: *¿Modicæ fidei, quare dubitasti?* Hombre de poca fe, ¿porqué dudaste? Con las cuales palabras entendió Simón, que Dios había revelado al Santo todo lo que pasaba, y se confirmó en su vocación, para no retroceder jamás del camino comenzado.

Desengañó también Dios al ermitaño Antonio de un error, que había concebido acerca de San Ignacio. Habiendo oído muchas cosas de su santidad á los dos compañeros Simón y Claudio, deseaba mucho conocerle; mas cuando vino á su ermita y le vió vestido de clérigo, y que en lo exterior no mostraba aquella austeridad que él imaginaba, como era hombre sencillo y sin letras, y profesaba tanta aspereza, cayó en el engaño en que suelen caer algunos varones de más penitencia que ciencia, midiendo la perfección por la penitencia y la penitencia por el vestido; siendo cierto, que debajo de un vestido común, puede haber una santidad singular, y que la medida de la santidad no es la penitencia, sino la caridad. Estando en oración este santo viejo, le reprendió el Señor del juicio que había hecho de su siervo Ignacio, y le reveló la gran perfección á que había subido; y como el que juzgaba hombre de vida común, era una gran columna de la Iglesa, un nuevo vaso de elección, un varón lleno de espíritu de los Apóstoles á quien él había escogido para la salud de muchos. Quedó corrido Antonio del juicio que había hecho; y después, para confusión suya, y satisfacer al bajo concepto que había tenido de San Ignacio, contaba mucho lo que le había pasado, hablando siempre de él con grande estima y ponderación. No es de callar, sea misterio ó curiosidad, que más de cien años después, el de mil seiscientos y sesenta y nueve, haciendo don Pedro Schaviani un altar de mármol,

á honra de San Ignacio, en Santa María de Castillo, principal iglesia de Basán, el cual había procurado antes hacer en otras iglesias de aquella ciudad, se halló, y hoy día está sepultado al pie del primer escalón por donde se sube al altar del Santo Patriarca, el cuerpo del santo ermitaño Antonio. La ermita de San Vito, y sitio donde vivió, se dió después á la Compañía, y dejándole ella por no ser á propósito para nuestros ministerios, se dió á los Padres Capuchinos.

CAPITULO XIII

Reparte Ignacio sus compañeros por las Universidades de Italia, y muerte del Padre Diego de Hoces

Vuelto San Ignacio á Vincencia, convocó á esta ciudad á todos sus compañeros para que los recién ordenados dijesen su primera misa, y se consultasen y determinasen algunas cosas muy importantes. Recibiólos á todos en su casilla, que como dije era un pedazo de Monasterio arruinado; y esta es la primera vez que hallo haber estado nuestros Padres con alguna forma de comunidad y colegio en casa á parte, porque no se habían juntado todos en una casa con su Padre y Maestro hasta ahora, que los convocó para celebrar (digámoslo así) la primera Congregación general de la Compañía novicia. Qué vida hacían en esta casa, se puede conocer por la que hicieron antes y después; más parecía de ángeles que de hombres, porque sus palabras y sus pensamientos todos eran celestiales. Habíales prevenido San Ignacio lechos de paja, para que no les hiciese daño dormir sobre la tierra; sustentábanse de la limosna que pedían por la ciudad; pero era ya tanto el concepto que de ellos tenían desde que empezaron á predicar, que donde antes no hallaban tres solos lo preciso para sustentar la vida, ya se sustentaban once con abundancia; y hasta ahora experimentan esto los misioneros de la Compa-

ñía, que en los lugares donde al principio no suelen hallar posada, ni qué comer, en empezando á predicar la palabra de Dios, hallan muchos que les conviden con sus casas, teniéndose por dichosos en que las admitan, y les sobra todo, lo cual se debe á los merecimientos de San Ignacio, y á la gracia de nuestra vocación, queriendo Dios conceder á los misioneros apostólicos lo que á los Apóstoles, á los cuales no faltó nada cuando fueron á predicar sin alforja ni provisión.

Como esta casilla era tan desacomodada, cayeron enfermos Javier y otro compañero, y porque tuviesen algo de más comodidad, los hizo llevar San Ignacio á un hospital de la ciudad; mas aquí no les faltó materia de paciencia y ejercicios de pobreza, porque fuera de otras incomodidades comunes á todos los pobres enfermos, no había más de una cama para los dos; tenían ambos calenturas, y cuando á uno le venía el frío, otro estaba en lo ardiente del crecimiento, con que no se podía aliviar á uno, sin mortificar y agravar el mal del otro; y era tanta su caridad, que ninguno procuraba su alivio, sino el de su compañero, á costa de su penalidad y trabajo. En el mayor desamparo de favor humano no faltó el consuelo divino, porque á San Francisco Javier se le apareció una noche el Doctor Máximo de la Iglesia, San Jerónimo, de quien era muy devoto, y le profetizó lo que había de suceder á él y á sus compañeros. Tú, dijo, irás á Bolonia, y allí padecerás muchos trabajos: de tus compañeros, unos irán á Padua y otros á Roma; otros á Ferrara y otros á Sena; todo lo cual se cumplió después, aunque entonces no habían determinado nada.

Celebraron los nuevos sacerdotes su misa en Vincencia, con grande devoción, sino es Simón Rodríguez, que la dijo después en Ferrara, y San Ignacio, que teniéndose por indigno de tratar tan altos Misterios, tomó año y medio para prepararse más. Perdidas del todo las esperanzas de pasar á Jerusalén, hallándose desobligados de la primera parte de su voto, determinaron cumplir la segunda, que era ofrecerse al Sumo Pontífice, para que dispusiese de ellos

á su voluntad en servicio de Dios y provecho de las almas; y determinaron que Ignacio, Fabro y Laynez fuesen á Roma en nombre de todos, y los demás, mientras el Papa no les mandaba otra cosa, se repartiesen por las Universidades de Italia á predicar la palabra de Dios, procurando despertar los pecadores á penitencia, y ganar algunos mancebos, si pudiesen, á su Instituto, para que siendo mayor el número de los predicadores, fuese mayor el provecho de las almas; y para conformarse en el modo de vida, como estaban conformes en la voluntad y celo de la gloria de Dios, determinaron que todos guardasen estas reglas ó instrucciones: Que viviesen en los hospitales sirviendo á los enfermos, y se sustentasen de la limosna que pidiesen de puerta en puerta: Que por semanas fuese uno superior de su compañero, para que el súbdito ejercitase la humildad y obediencia, y el superior moderase sus penitencias y trabajos, si el fervor le dictase más de lo que podían llevar sus fuerzas: Que predicasen por las calles y plazas donde huviese oportunidad y concurso de gente y fuese la materia de sus sermones la hermosura de la virtud, la fealdad de los vicios, los cuatro novísimos, y todo lo que pudiese aprovechar á las almas, poniendo la fuerza en las vivas y eficaces razones, dichas con fervor y espíritu, y no en la elocuencia y en la hermosura de las palabras: Que oyesen de penitencia á todos los que se quisiesen confesar con ellos: Que pusiesen gran cuidado en enseñar la Doctrina Cristiana á los niños, y instruirlos en las buenas costumbres: Que no perdiesen ocasión, ni dejasen de tomar ningún medio que juzgasen á propósito para aprovechar á los prójimos. Y finalmente, que no recibiesen ni un maravedí en recompensa de estos ministerios, trabajando puramente por la gloria de Dios, sin esperar otra paga, ni remuneración de sus trabajos, que agradar á la Divina Majestad, y hacer bien á todos. Deseaban los compañeros saber como se habían de nombrar, por tener común el nombre cómo la vida, y esto no se consultó, porque Dios le había revelado á San Ignacio en Manresa el nombre que

Universidad de Deusto Biblioteca

había de tener su familia, con tanta claridad, que ni el Santo lo pudo dudar jamás, ni permitir que se le diese otro nombre, por no ir contra la voluntad del Señor; y así determinó, ó por mejor decir, declaró lo que Dios había determinado, que á todos cuantos les preguntasen, quién eran, respondiesen: *Somos de la Compañía de Jesús,* y que no tomasen otro nombre; porque así como se habían juntado en el nombre de Jesús para seguir é imitar á Jesús en la vida y instituto, así debían tener su nombre y apellido. Luego repartió entre los compañeros las Universidades, enviando á San Francisco Javier y Bobadilla, á Bolonia; á Salmerón y Pascasio, á Sena; á Simón Rodríguez y Claudio Jayo, á Ferrara; á Juan Coduri y Diego de Hoces, á Padua, cumpliéndose la profecía de San Jerónimo; y el Santo, con Fabro y Laynez, partió á Roma, á quien seguiremos, después de haber acompañado poco tiempo á sus hijos, en quien dejó multiplicado su celo, para que no hiciese falta su presencia donde quedaba su espíritu.

Poco sabemos de lo que hicieron los compañeros de San Ignacio en las Universidades donde estuvieron, ó por mejor decir, ignoramos mucho de lo que obraron, porque no son pequeñas y vulgares las cosas de que tenemos noticia. En Ferrara señalaron á Simón y Claudio en el hospital un aposento á parte y su ración para cada día; el aposento admitieron, y la ración no quisieron aceptar, pidiendo de limosna su comida todos los días, lo cual era de mucha edificación, pero mucho más la caridad con que en los hospitales, cárceles, calles y plazas predicaban, platicaban, servían y consolaban á los enfermos y afligidos. Admirada de esto una buena vieja, que cuidada del hospital, viendo que los Padres trabajaban todo el día sin descansar, le vino curiosidad de saber qué hacían de noche, por haber reparado, que había muy tarde luz en su aposento: acechó por el resquicio de la puerta y vió, que después de haber dormido un rato, encendían luz de un pedernal, y helados de frío como estaban, se hincaban de rodillas y á coros cumplían la obligación del rezo divino, y después perseveraban con

gran silencio en oración, hasta amanecer, en que salían juntos á decir misa, y después acudían á sus ordinarios ministerios. Estaba en aquella ciudad la marquesa de Pescara, y deseaba conocer á estos Padres por si eran como se decía, y hombres á quien pudiese, con seguridad, descubrir su conciencia. Encontró un día al uno de ellos, y preguntóle si era de los sacerdotes que habían venido á Italia para ir á Jerusalén, y respondiendo que sí, le preguntó dónde posaban, y entendiendo que en el hospital, fué allá, y rogó á la vieja, que la dijese con toda verdad, quién eran aquellos sacerdotes extranjeros, y cómo vivían. Ay, señora, respondió la vieja, que son unos santos; duermen muy poco tiempo y gastan todo lo demás de la noche, ya juntos rezando el oficio divino, ya á solas contemplando; y con trabajar tanto en predicar y confesar, que no cesan en todo el día, no han querido recibir la comida que se les señaló en el hospital, sino pedir de puerta en puerta un pedazo de pan, que solamente comen: están muy mal vestidos, y sin defensa contra los fríos, y con todo eso no se llegan nunca á la lumbre, aunque se lo roguemos, y finalmente, son unos varones en quien no se halla acción que no sea santa, ni se les oye palabra que no sea de Dios. Y añadió, que si quería saber mejor quién eran, lo preguntase á toda la ciudad, porque en toda eran alabados por las buenas obras que á todos hacían. Alegróse mucho la marquesa de estas noticias, y hízolos pasar del hospital á una casa vecina á su palacio, para comunicar con ellos frecuentemente: aquí prosiguieron sus misterios, y el duque de Ferrara, Hércules, les oyó algunos sermones, y se les aficionó notablemente, y les hizo grandes ofertas, y prometió darles toda la limosna necesaria para la jornada de Jerusalén: y yéndose Simón Rodríguez á Padua, por la ocasión que diremos, Jayo se quedó con todo el peso de los ministerios en que había para muchos operarios, á que se añadió elegirle por su confesor el duque Hércules, que favoreció mucho á la Compañía, por respeto de los Padres Claudio y Simón, en las persecuciones que padeció después en Roma.

Universidad de Deusto Biblioteca

En Padua, Hoces y Coduri padecieron á los principios más que hicieron, aunque lo que padecieron hizo crecer después el fruto: apenas entraron en la ciudad y empezaron á predicar, cuando el Vicario del Obispo, como los tiempos eran tan llenos de novedades, temiendo no fuesen engañadores los que parecían predicadores, y con capa de santidad sembrasen mala doctrina, los mandó echar en la carcel y cargar de cadenas, y de esta manera pasaron aquella noche cantando Salmos y tratando de las cosas del cielo, con tanto gusto y alegría, que Hoces en toda la noche no hizo más que reir. A otro día, mirándolo mejor el Vicario, y conociendo la inocencia y santidad de los Padres, los mandó quitar las prisiones y sacar de la carcel, y dió licencia para ejercitar todos sus ministerios, honrándolos mucho y tratándolos como á hijos, como escribe Laynez. Prosiguieron trabajando con tanta continuación y fruto, que en predicar y confesar tenían bien qué hacer desde la mañana hasta la noche, y muchas personas mudaron de vida por sus exhortaciones.

Llegó el tiempo en que Dios quería premiar á Hoces sus breves trabajos y dilatados deseos con premio eterno, y saliendo un día á la plaza á predicar, tomando por tema aquella sentencia de Cristo: *Vigilate et orate, quia nescitis diem, neque horam:* «Velad y orad, porque no sabéis el día ni la hora»; dijo muchas cosas de la muerte, aún con más fervor que solía. Poco después le dió una recia calentura, y entendió que aquella vez había predicado más para sí que para sus oyentes; recogióse al hospital, trató de aparejarse para morir, y murió con gran paz y alegría, por la esperanza cierta de su bienaventuranza. Hallábase San Ignacio en Monte-Casino, donde había ido á dar los Ejercicios al Doctor Pedro Ortiz; entendió por divina revelación la enfermedad de Hoces, y estando rogando á Dios por su salud, le manifestó Dios su muerte en el mismo punto que sucedió; porque en el mismo lugar donde San Benito vió el alma de San Germán, Obispo de Capua, ser llevada por los ángeles al cielo, vió San Ignacio subir al cielo un alma rodeada de ángeles y vestida de una resplandeciente luz, y supo que era de su discípulo y compañero Hoces. Poco después, estando oyendo misa, al decir el Sacerdote en la confesión aquellas palabras: «*Et omnibus sanctis*»; vió un gran coro de santos, y entre ellos á Hoces, con mayor resplandor y claridad que los demás; no porque fuese más santo que los otros, como nuestro Padre advertía, sino porque con aquella especial luz y claridad se le quiso Dios dar á conocer entre los otros, y mostrarle la grande gloria que había alcanzado en tan poco tiempo. El mismo cadáver de Hoces daba testimonio de su bienaventuranza; porque siendo el rostro, cuando vivo, moreno y feo; después de muerto quedó blanco y hermoso como de un angel, de lo cual, admirado Coduri, no cesaba de mirarle, llorando de ternura y besándole con devoción.

Muerto Hoces, vino Simón Rodríguez á ayudar á Coduri, que no podía acudir solo á todos los ministerios; y cayendo poco después enfermo del demasiado trabajo, hubo de cargar Simón Rodríguez con toda la misión. Entre los muchos que redujo Coduri á mejor vida, fué un clérigo principal, á quien quitó una amiga con quien había vivido muchos años escandalosamente, y tenido muchos hijos: agradecido éste al médico de su alma, que le había curado tan peligrosa enfermedad, no quiso que estuviese en el hospital, y, casi por fuerza, le llevó á su casa, donde le asistió con gran caridad y regalo. Otra matrona de la primera nobleza de Padua, con la misma piadosa violencia llevó á su casa al Padre Simón, porque había ayudado á dos hijos, uno á bien morir y otro á que entrase religioso; y ellos, al despedirse de su madre, el primero para ir á la otra vida, y el segundo para ir á la religión, la encomendaron tierna y encarecidamente que tuviese al Padre Simón por hijo en su lugar.

¿Qué diré de lo que trabajó Javier en Bolonia, donde fué con Bobadilla? Podemos decir que fué esta misión el noviciado de su apostolado. Su primer deseo, entrando en Bolonia, fué decir misa al sepulcro de Santo Domingo, para

Universidad de Deusto Biblioteca

pedir que le comunicase alguna parte de aquel espíritu apostólico de que el Señor le llenó; y estando celebrando, fueron tantas las consolaciones y ímpetus que sintió, y tantas las lágrimas que derramó, que se hizo reparar de todos los presentes. Asistía entre los demás una beata de la Tercera Orden de Santo Domingo, que había venido de España á pasar lo que le quedase de vida junto al sepulcro de su Santo Padre; reparó mucho en el Santo, y deseó conocer y saber quién era aquel sacerdote á quien Dios tanto se comunicaba; y llevada de este deseo, se fué con otra Tercera, de la misma Orden, llamada Isabel Casalino, y conociendo más claramente de sus palabras que era varón de Dios, dió cuenta Isabel á un tío suyo, llamado Jerónimo Casalino, Canónigo de San Petronio y Rector de la iglesia de Santa Lucía, el cual visitó al Santo, y, pagado de su virtud, le sacó fuera del hospital y le hospedó en su casa, aunque nunca pudo recabar de él que comiese á su mesa, ni de la comida que él le daba, sino un poco de pan que pedía de limosna por la ciudad: del demasiado trabajo, añadido á su larga oración y rigurosas penitencias, contrajo unas cuartanas que le duraron algunos meses y le pusieron tan flaco, que más parecía muerto que vivo; y con todo eso, visitaba todos los días los enfermos y encarcelados para servirlos y consolarlos, y se empleaba en enseñar la Doctrina Cristiana, y en sermones, pláticas y confesiones, como si estuviera muy sano y robusto. Dejó tan buen olor de sí, y tanta fama de su santidad en Bolonia, que pasando después por esta ciudad para la India Oriental, fué increíble la alegría de todos, y le detuvieron algunos días para consolarse con él; siendo tan grande el concurso, que, no bastando los días, gastaba también las noches confesando y respondiendo á los que le pedían consejo: al despedirse le siguieron muchas millas, y después se dió á la Compañía la iglesia de Santa Lucía, con otras casas, para fundar Colegio, y el aposento donde había vivido se consagró en Capilla, donde una imagen suya hace continuos y grandes milagros.

Bobadilla, después de haber trabajado gloriosamente en Bolonia con San Francisco Javier, se partió á Ferrara á ayudar á Claudio Jayo que estaba solo, por haber ido Simón Rodríguez á Padua; y en Ferrara se ganó grande estimación del duque Hércules, y Obispo de San León, y de toda la ciudad, por sus empleos apostólicos, como Salmerón y Pascasio en Sena. Al fin, todos los compañeros, en todas las partes donde estaban, eran venerados como apóstoles; y no cabiendo la fama en las Universidades donde predicaban y enseñaban, se extendió por Italia y llegó á Roma al tiempo que más era menester, para deshacer una gravísima persecución que se había levantado en esta ciudad contra el Santo Padre y los que le acompañaban.

CAPITULO XIV

Maravillosa aparición de Cristo á San Ignacio, en el camino de Roma, y fruto que hicieron él y sus dos compañeros en aquella ciudad.

Callando los trabajos y fatigas que Ignacio y sus compañeros padecieron en el camino de Roma, solamente quiero decir la visión maravillosa con que Dios le previno para los varios sucesos que le esperaban en aquella ciudad.

Ansioso el Santo de ver ejecutados los divinos decretos, para honra y gloria de Su Majestad, y de dar principio á aquella grande obra de que le había de seguir tanto servicio, tomó por todo el camino á María Santísima por medianera con su Hijo, rogándole instantemente que, pues era Madre de Jesús, le introdujese con Jesús y le hiciese de su Compañía su soldado y su siervo; lo mismo pedía al Padre Eterno, que le pusiese con su Santísimo Hijo. Caminando, pues, un día, lleno de estos santos pensamientos, se adelantó de sus compañeros y se entró en un templo desierto y medio arruinado, que estaba cerca del camino, pocas millas de Roma. Allí, con una breve y fervorosa oración, pidió al Padre, y á la Madre de Jesús lo que solía, y al mismo Jesús

encomendó aquella pequeña Compañía y escuadrón que había juntado para su servicio. Sintió al mismo punto encendérsele el alma con unas llamas de amor desacostumbradas, y llenarse de tanta alegría y dulzura, que se conocía bien era aparato de algún favor singular. Luego, arrebatado en un divino éxtasis, entre una grande claridad y resplandor de gloria, vió al Eterno Padre, que, volviéndose á su Hijo benditísimo, que estaba allí cargado de una cruz muy pesada, le encomendó á Ignacio y á sus compañeros, para que los tuviese debajo de su amparo y protección y los mirase como cosa propia. Entonces el benignísimo Jesús, volviendo los ojos á Ignacio, le dijo estas palabras: *Ego vobis Romæ propitius ero:* «Os seré propicio en Roma.» Con esto desapareció la visión, y Ignacio quedó combatido de varios afectos, de temor y confianza, de confusión propia y amor á Jesús: parecíale que aquella cruz pesada que traía Cristo sobre sus hombros, no había de cargar tanto sobre los hombros de Cristo como sobre los suyos y los de sus compañeros, y que esto había querido significar el Señor en venir cargado con la cruz; pero considerando luego el favor que Cristo le prometía, no temía las persecuciones ni los tormentos; antes los desafiaba, deseando que viniesen y cargasen sobre sus hombros la cruz que había visto sobre los de su Señor: abrasábase en amor de Jesús, considerando el favor que le había prometido, y agradecía al Padre Eterno aquella infinita benignidad con que le había encomendado á su Hijo, y confundíase de que, siendo nada, le hiciese Dios tan grandes favores; y volviéndose á la Virgen, no sabía qué decirla, viendo que era la puerta por donde le venían tantas gracias. Cuando llegaron Fabro y Laynez, salió á ellos, inflamado el rostro, rebosando aquel gozo de que estaba lleno su corazón, y díjoles: «Hermanos míos, no sé si vamos á Roma á las cruces ó á las ruedas; una cosa sé: que vamos con Cristo, y que en cualquier suceso le tenemos propicio y favorable.» Y contóles lo que había visto y oído, para prevenirlos y animarlos á cualesquiera trabajos en que el Señor los quisiese poner.

Llegó San Ignacio á Roma en el mes de Octubre de mil quinientos y treinta y siete, y luego se ofreció á sí y á todos sus compañeros al Sumo Pontífice, Paulo III, para que los emplease en servicio de Dios y provecho de las almas. Recibiólos benignísimamente Su Santidad, y como tenía ya noticia de la sabiduría de Fabro y Laynez, por haberlos oído disputar en su presencia, los mandó leer públicamente en la Sapiencia, á Fabro Sagrada Escritura, y á Laynez la Teología Escolástica; y ellos lo hicieron, no solo con satisfacción, mas con aplauso común de toda Roma. Iban muchas veces, llamados del Sumo Pontífice, á disputar en su palacio, por el gusto que tenía en oirlos; sin olvidarse ellos, por eso, de aprovechar á los prójimos en cuanto las ocasiones les ofrecían y la ocupación les daba lugar. Al mismo tiempo se empleaba San Ignacio todo en la salvación de las almas, con pláticas y exhortaciones, y con los Ejercicios espirituales.

Entre las muchas personas á quien San Ignacio dió los Ejercicios, hubo algunas de grandes letras y autoridad. Uno fué el Cardenal Gaspar Contarini, varón gravísimo y doctísimo, como lo testifican sus escritos, que tenía en Roma el primer nombre de sabio, y pagóse tanto de la prudencia y sabiduría divina de Ignacio, que, admirado, decía muchas veces haber hallado por beneficio de Dios el maestro de su alma que muchos años había buscado; trasladó de su propia mano los Ejercicios que le dió el Santo, y ayudóle después para la confirmación de la Compañía; de manera, que escribiendo San Ignacio á Pedro Contarini, dice hablando del Cardenal: «Es el que en todas partes se ha mostrado hacedor de lo que tanto hemos deseado.» Otro fué el Doctor Pedro Ortiz, de quien hicimos antes mención, el cual primero fué contrario en París al Santo, después favoreció en Roma á sus compañeros, y ahora, tratando con él, se le aficionó mucho y deseó le diese los Ejercicios; y para hacerlos con más quietud y recogimiento, dejando los amigos y criados se fué á Monte-Casino, que estaba como tres jornadas de Roma, y estuvo allí cuarenta días hacién-

Universidad de Deusto Biblioteca

dolos, y San Ignacio dándoselos; y salió Ortiz tan aprovechado, que, siendo excelente y famoso teólogo, afirmaba haber aprendido en estos cuarenta días una nueva Teología que no estaba en los libros, la cual estimaba más que toda la ciencia que había adquirido en muchos años en las Universidades, porque decía haber gran diferencia entre estudiar un hombre para enseñar, y estudiar para obrar, porque en el primer estudio recibe luz el entendimiento, y en el segundo se abrasa en amor de Dios la voluntad. Quedó tan obligado á San Ignacio, por las mercedes que de Dios había recibido por su medio; que, desde este tiempo, fué siempre en adelante gran defensor de la Compañía.

Muriendo Diego de Hoces, mientras Ignacio estaba en Monte-Casino, le consoló el Señor, no solamente con revelarle su gloria, como dijimos, sino con darle otro en su lugar que no trabajó menos, ni sirvió menos á Dios, que pudiera Hoces si viviera muchos años: era este un mancebo español de singulares prendas, llamado Francisco Estrada, que habiendo venido á Roma para crecer y medrar, y estado en servicio de un Cardenal, como no hallase tan presto los aumentos que esperaba, trató de irse á Nápoles á sentar plaza de soldado; pero quiso primero comunicar su determinación con el Doctor Ortiz, por cuyo medio había entrado en casa de el Cardenal, y yendo á buscarle á Monte-Casino, encontró con San Ignacio, de quien ya era conocido; y después de las salutaciones ordinarias, preguntándole el Santo dónde caminaba, le contó muy de espacio su poca fortuna, y descubrióse cómo quería dejar á Roma y irse á militar á Nápoles, para ver si tenía más ventura en la campaña, que en la corte. Oyóle San Ignacio con mucha atención, como si se lastimara de su desgracia; y luego le respondió muy contra lo que el mancebo esperaba: «Mucho siento veros tan ocupado en buscar lo que nunca habéis de hallar. Buscáis en Nápoles lo que no encontráis en Roma, y pensáis encontrar en la milicia lo que no habéis hallado en el palacio. Sois como el enfermo, que da vueltas en la cama toda la noche de un lado á otro, pensando hallar en el lado que escoge el descanso que no encuentra en el que deja; no considerando que está en él la enfermedad, y que á cualquiera parte la lleva consigo. Mudáos de Roma á Nápoles, y volved de Nápoles á Roma; trocad la vida cortesana por la militar, que en todas partes hallaréis la misma inquietud; porque esa está en vos, que ponéis la afición en las criaturas debiéndola poner en el Criador, y buscáis los bienes de la tierra, debiendo buscar los de el cielo. Sin razón os quejáis de los hombres, como si se pudiera esperar de ellos otra cosa. A nadie engaña quien engaña á todos; y ¿á quien no engañaron esperanzas puestas en hombres? No os quejéis de el mundo porque os trata mal; antes debéis agradecerle, que os muestra lo que es, para que no os fiéis de él, y os aparta de sí, para que os lleguéis á Dios: por esto no siento ver engañadas vuestras esperanzas, sino veros engañado á vos, que no halláis el desengaño en tantos engaños, y el escarmiento en tantas experiencias, escogiendo por remedio de un mal otro mal, y huyendo de una ciudad á otra, debiendo huir de todas, pues todas están en el mundo, y en todas son los mismos los hombres.»

Con estas palabras, dichas con grande espíritu y eficacia, se mudó de manera el corazón de el mancebo, que luego, renunciando todas las esperanzas de el mundo, determinó seguir los consejos de San Ignacio; y haciendo unos ejercicios, se dió por su discípulo, y fué en la Compañía un San Juan Crisóstomo en la predicación; y le sucedía durmiendo infundirle Dios tanta noticia de Homilias de este apostólico Doctor, que nunca había leído, que al día siguiente las predicaba, como si muy de espacio las hubiera estudiado. Corriendo por Italia, Francia, España y Portugal, convirtió innumerables almas al Señor, y dió un excesivo número de hijos á las religiones; basta decir, que ganó cien mancebos en Bresa, y ciento en Salamanca; pero no es maravilla, pues como él confesó á Ribadeneira, cuando estaba predicando venía un rayo de celestial luz que le abrasaba el corazón, para que abrasase el de sus oyentes.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto Biblioteca

No digo las virtudes de este verdadero hijo de San Ignacio, que bebió su espíritu en la misma fuente, ni los favores que recibió de la Virgen de las vírgenes, que le enviaba algunas personas para que les enseñase lo que debían hacer, merecidos por la virginidad que conservó toda la vida. Otros muchos se fueron llegando en Roma á San Ignacio y sus compañeros, movidos por sus palabras, ú de sus ejemplos, ó porque no hallando solidez en las cosas humanas, se recogían á buscar á Dios, en compañía de aquellos que tan de veras le servían.

Convocó San Ignacio á Roma para la Pascua de Resurreción de mil quinientos y treinta y ocho á los compañeros, que estaban repartidos por las Universidades de Italia, y empezaron á venir mediada la Cuaresma, con harto sentimiento de las ciudades que dejaban; y aunque no quisieron admitir los dineros, ni otra cosa de cuantas les daban para el viaje, no pudieron excusar la honra de los que quisieron acompañarlos. Con Simón Rodríguez y Coduri, se vino hasta Loreto, un canónigo muy principal de Padua, á pie, y aunque en Pádua los había estimado y venerado como á santos, en el camino hizo mayor concepto porque veía; que fuera de caminar á pie y ayunar todos los días, á la noche tomaban un breve descanso sobre la tierra desnuda, y lo demás de la noche pasaban en oración, hasta la hora de proseguir el camino, el cual gastaban orando, alabando á Dios y platicando de cosas espirituales. Vivía San Ignacio con Fabro y Laynez en una casa y viña de un hombre noble y devoto, llamado Quirino Garzonio, cerca de el Convento de los Mínimos, que se llama en Roma de la Trinidad del Monte; pero en sabiendo sus devotos que venían los otros compañeros, le buscaron y alquilaron otra casa mayor, y le persuadieron que dejando la primera por ser pequeña y angosta, se pasase á la segunda que era más capaz. Aquí se juntaron todos, y pasaron harta necesidad, porque eran tan escrupulosos en su pobreza, que en viendo cerrada la puerta á la navegación de Jerusalén, volvieron todas las limosnas que para ella les habían dado á las personas de quien las habían recibido; á Ortiz entregaron los doscientos y diez escudos del Papa y otros devotos de Roma, y San Ignacio remitió á Valencia los cuatro escudos que le había dado Martín Pérez.

Repartió Ignacio sus compañeros por diversas iglesias de Roma, con licencia del Cardenal Juan Vicente Carrafa, Legado del Pontífice en Roma, por haber ido Su Santidad á Niza á componer las controversias que había entre Carlos V y Francisco I; él escogió para sí el templo de Nuestra Señora de Monserrate, acordándose de el templo en que había nacido á Dios, y aquí predicaba en lengua castellana; á Fabro y Javier, señaló la iglesia de San Lorenzo in Dámaso; á Laynez, San Salvador del Lauro; á Salmerón, Santa Lucía; á Claudio, San Luis de los Franceses; á Simón Rodríguez, San Angel de la Pesquería; á Bobadilla, San Celso. A los sermones de San Ignacio acudía mucha gente noble, y el Doctor Ortiz se llamaba dichoso y bienaventurado, porque no había perdido ninguno de cuantos el santo había predicado en Roma. El Doctor Jerónimo Azio afirmaba, que no había visto jamás predicador que hablase más á propósito, y de quien se pudiese decir con más razón, que hablaba *tanquam potestatem habens*, y este era el sentir común, y así, aunque todos sus compañeros eran oídos con mucho aplauso, y Laynez, Salmerón y Bobadilla con admiración, porque fuera de su talento natural, que era raro, estaban encendidos en deseo de la salvación de las almas, y hablaban con grande espíritu; con todo eso los oyentes todos daban á Ignacio la primacía, porque las razones y desengaños, que los otros vestían de elocuencia, él las proponía desnudas de todo ornato, y vestidas sólamente de aquel fuego de amor de Dios, de que tenía llena el alma, á que ningún corazón podía resistir, y así fueron innumerables y admirables las conversiones de pecadores que redujo á penitencia. Esta era la hambre y sed que todos tenían y que sola les afligía, y así no cuidaban de que habían de comer, y para satisfacer la precisa necesidad acabando de predicar en los templos ó en las plazas, salían

Universidad de Deusto Biblioteca

por las calles á pedir de limosna un pedazo de pan. Mudóse toda Roma en un momento, como dice Fray Jerónimo Román, Agustiniano, en su libro de la *República del Orbe;* porque se restituyó el uso de los Santos Sacramentos de la Confesión y Comunión, que estaba como olvidado; se renovó la costumbre de la primitiva Iglesia, de confesar y comulgar á menudo; se introdujo el estilo de predicar muchas veces entre año los domingos y fiestas, para apartar á los hombres de los vicios y conservarlos en los deseos de la virtud; se proveyó de remedio á los huérfanos, y á las doncellas cuya castidad peligraba, y á las mujeres que se apartaban de su mal vivir, y también á los catecúmenos, que se pasaban de el judaismo y secta de Mahoma á la Fe de Jesucristo: las cuales obras hizo después perpetuar San Ignacio, procurando y alcanzando que se edificasen casas y colegios donde se recogiesen, no solo en Roma, mas á ejemplo de Roma, en toda Italia, como adelante veremos.

CAPITULO XV

De una gravísima persecución que se levantó en Roma contra San Ignacio y sus compañeros

La tempestad que en Roma se levantó, huviera anegado sin duda á la pequeña navecilla de la Compañía, si no fuera Jesús el piloto, y mandara á los vientos que callasen, y al mar que se sosegara. Había en la ciudad un fraile piamontés, en lo exterior católico, en lo interior luterano; predicaba con aplauso, por su elocuencia, facilidad y gracia en el decir, y sembraba los errores de Lutero con mucho arte porque entre proposiciones católicas mezclaba luteranas, pero de paso, sin insistir, y de esta manera daba el veneno disimulado, para que los incautos le bebiesen sin conocerlo. Asistieron algunos compañeros de San Ignacio á sus sermones, y como sabían los dogmas de Lutero, por haber disputado muchas veces con luteranos, conocieron que la doctrina era perciciosa, y que hablaba el perverso

Heresiarca por la boca de su predicador; prosiguieron oyendole con mayor cuidado, y se confirmaron mas en su dictamen.

Ofrecióseles si acaso el fraile decía aquello por ignorancia y sin malicia; y por no deber nada á la caridad se fueron á él, y con grande cortesía alabaron su talento, su elocuencia, su celo, y disculpando en todo la intención y atribuyéndolo á inadvertencia, le declararon como tal y tal proposición que había enseñado en el pulpito, eran proposiciones de Lutero. Como la herejía es hija de la soberbia; juzgando el fraile, por el hábito pobre que traían, que serían hombres idiotas, con desprecio y arrogancia empezó á dar razón de las proposiciones que había dicho; mas como los Padres le replicasen con eficacia y apretasen con argumentos á que no tenía qué responder, se enfureció y acudió al asilo de los que se hallan cogidos, respondiendo con injurias á lo que no podía con razones; y fiado en el aplauso del pueblo, y de algunas personas de grande autoridad que le favorecían, dijo á los Padres: ¿Qué cómo siendo unos hombres ignorantes, que aún no merecían ser sus discípulos, querían hacerse sus maestros? Que fuesen á sus sermones á aprender, y no á censurar; y si no entendían, callasen para no hacer notoria su ignorancia. Que era intolerable arrogancia querer ellos reprobar lo que oía con aplauso toda Roma. Que si envidiaban la estimación que tenía, procurasen alcanzarla con méritos; y no pretendiesen derribar á otros para subir ellos, notando de herejía la doctrina ajena para conciliar á la propia la autoridad de católica. Y añadió, que para que conociesen cuánto despreciaba sus avisos, asistiesen al primer sermón, en que diría y enseñaría lo mismo que había enseñado, para que ellos se avergonzasen de condenarlo. Así lo hizo después en sus sermones; y los Padres, viendo que no aprovechaban las admoniciones secretas, empezaron á predicar contra la doctrina de el falso predicador, aunque sin nombrarle; mezclando, entre los desengaños que tocaban á las costumbres, algunos puntos acerca de la autoridad de el Sumo Pontífice, de las

Universidad de Deusto Biblioteca

indulgencias, de la excelencia del celibato, de la necesidad de las buenas obras juntas con la Fe para la justificación, en los cuales artículos erraba el luterano.

Sintió mucho el hereje que los Padres descubriesen sus engaños; y no atreviéndose á disputar públicamente con ellos, ni á dar razón de una doctrina que fiaba su mayor apoyo de no ser conocida, pidió consejo á unos españoles amigos suyos, tocados de su misma peste, que se llamaban Pedro de Castilla, Francisco Mudarra y un cierto Barrera, cuyo nombre no se sabe; y á todos pareció poner en Ignacio y sus compañeros la nota que ellos habían puesto en él, para quitarles el crédito y hacerlos callar, y juntamente tomar venganza de aquella que llaman injuria, y aún determinaron matar á Ignacio si pudiesen. Luego empezó el fraile á infamar pública y privadamente en todas partes y ocasiones al Santo y sus compañeros; haciendo primero la salva con grande pompa de palabras, por mostrar que el celo le obligaba á decir, con harto dolor suyo, lo que quisiera callar, conciliándose la autoridad de verdadero con la misma falsedad. Decía que él había aborrecido siempre decir mal de alguno y más siendo religioso, que debe llorar sus culpas y no mirar las ajenas, y predicador á quien toca reprender los vicios y no las personas; mas que ya por religioso y por predicador, y aún por católico, se veía obligado á romper el silencio, por no hacerse reo de los daños que se le siguiesen á Roma y á todo el mundo por haber callado. Que no era bien dejasen de ladrar los perros, cuando andaban sueltos los lobos, ni dejar quemar la casa por no publicar que hay fuego. Con esto descendía á Ignacio, y regateando el nombrarle, al fin lo hacía, diciendo que se guardasen de él, porque era lobo con piel de oveja, que no contento con destruir por sí mismo las ovejas de el rebaño de Cristo, había juntado otros lobos tan crueles como él, para repartirlos por varios reinos y provincias, y que fuese común el daño y más dificultoso el remedio. Que no se fiasen de apariencias, porque los peores herejes son los que se disimulan con el vestido pobre, el desprecio del mundo, el ayuno,

la penitencia, las buenas palabras y todos los aparatos de la santidad, que hacen bien quista la iniquidad á los ojos sencillos que solo ven lo de fuera. Que no estuviese más ciega Roma, maestra de la fe, que lo habían estado Alcalá, París y Venecia, donde habían conocido los errores de este hombre, y queriéndole castigar como merecía, si él no se hubiera huído de la hoguera que le estaba aparejada para él y un libro que había compuesto, digno de tal autor; porque no contento con engañar de palabra en sermones y pláticas familiares, había escrito unos que llamaba Ejercicios espirituales y llamára mejor hechizos ó embustes, con el cual movía los corazones á lo que quería, y volvía á los hombres locos y supersticiosos. Contaba de Ignacio muchos delitos, y añadía últimamente que si no le creían á él, creyesen á otros españoles muy católicos y celosos, que con ser de su misma nación, atestiguaban lo mismo, y sobre todo á uno, que primero había sido su discípulo y después, conociendo sus engaños, le había dejado, que afirmaba como testigo de vista, aún más de lo que él decía.

Los españoles que citaba por testigos, eran los que le habían dado el consejo, Castilla, Mudarra y Barrera, que haciendo propia la injuria del fraile en todas las ocasiones y en los palacios de algunos príncipes, donde tenían cabida por ser hombres de autoridad, publicaban de Ignacio los mismos delitos que el luterano. El otro á quien citaba que primero fué discípulo y después desamparó á Ignacio, era un mozo llamado Miguel que hizo el papel de Judas en esta fábula y tragedia, de quien se valieron los españoles para acusar á Ignacio, comprando con dinero su testimonio. Era Miguel aquel mozo navarro, que queriendo en París matar á San Ignacio por haber ganado á San Francisco Javier, fué detenido con la voz del cielo, para que no ejecutase su maldad, que ó movido del prodigio ó deseoso de imitar á Javier, si no fué por apartarle de Ignacio, se hizo discípulo del Santo Padre, mas no pudiendo, ni aún de burlas seguir vida tan contraria á sus costumbres, le desamparó luego. En Venecia, nó por enmendarse, sino por no

dejar de ser inconstante, pretendió segunda vez ser su discípulo; no le admitió el Santo, fiando poco de su perseverancia, de lo cual quedó tan picado, que de compañero que había querido ser, se hizo perseguidor y calumniador; por lo cual fué facil traerle á sí el predicante hereje y sus amigos con poco dinero. Este Miguel delató á Ignacio ante Benedicto Conversino, gobernador de Roma, de los errores y delitos que estaban ya esparcidos por toda la ciudad.

No es facil decir cuánto descrédito padeció el Santo y sus compañeros con los príncipes y caballeros y todo género de gente; porque á los que veneraban antes como á varones de Dios y nuevos apóstoles, miraban ya como á hipócritas, facinerosos, herejes, que venían á inficionar á Roma con sus malas costumbres y perniciosa doctrina. Los que antes los seguían, huían de ellos; los que eran sus devotos, se daban por desconocidos, ó porque creían los delitos, ó si no los creían, por no ser tenidos por sospechosos, tratando con gente á quien todos condenaban. Dos sacerdotes que con licencia del Cardenal Carrafa, vicario del Papa, eran compañeros de los Padres y les ayudaban á confesar, cuando vieron el mar alborotado y las olas por las nubes, se huyeron y escondieron por no ser participantes del castigo que á Ignacio y á sus compañeros amenazaba. Triunfaban los enemigos preciándose de muy católicos, porque habían descubierto unos nuevos herejes, y así ellos como otros crédulos ó maliciosos, enviaban cartas por diversas ciudades, avisando cómo Ignacio y sus compañeros habían sido convencidos de herejía y otros enormes delitos; algunos afirmaban que estaban condenados á quemar, y no falta quien escribiese que estaban ya quemados.

Viendo tan cerradas todas las puertas, no desconfiaba Ignacio, antes esperaba con más seguridad el favor de Dios, cuanto más veía armados contra sí á los hombres; y así él como sus compañeros, derramando muchas lágrimas, procuraban con voces despertar al Señor, que al parecer dormía en la nave y la dejaba zozobrar, diciéndole: Señor, sálvanos, que perecemos; y vínoles el remedio de donde menos

podía esperarse. Cuando todos desampararon á Ignacio, sólo Quirino Garzonio, que le había recibido en su casa cuando vino á Roma, se daba por su amigo y devoto y trataba con él sin recatarse de nadie, porque estaba tan seguro de su santidad y la de sus compañeros, por lo que había visto, que no quería ni podía creer á las voces de sus calumniadores contra sus propios ojos. Era Garzonio pariente de Juan Domingo de Cupis, Cardenal y decano del Sacro colegio, y sabiendo que trataba familiarmente con Ignacio, le llamó y afeó mucho que manchase su fama comunicando con tal gente. Respondió Quirino que él había observado con mucha diligencia y atención los dichos y hechos de Ignacio y sus compañeros y no solamente no había hallado en ellos seña alguna de herejes ó facinerosos, sino todas de hombres verdaderamente santos y apostólicos. Rióse el Cardenal y díjole: «Bueno es eso Quirino, ¿qué te has dejado engañar de buenas apariencias? Pero no me espanto, porque ¿el lobo que viene vestido con piel de oveja, quién le conocerá, ó ¿quién se guardará de él? Ahora sabes que no hay ninguno tan malo como el que siendo malo procura parecer bueno; paréceme que te ha hechizado á tí como á todos los que le siguen con los que él llama Ejercicios; créeme tú á mí y no trates con ellos si quieres conservar entera tu fama, porque tú no sabes ni has oído las cosas que yo sé de esos hombres, que son muy diferentes de como los pintas.» Turbóse Quirino con las palabras del Cardenal y fuése muy afligido á contar á Ignacio lo que pasaba. Consolóle el Santo y díjole: «No os aflijáis, que no es el Cardenal el primero que ha sido engañado con falsas informaciones, y espero en Dios que no será el posfrero que se desengañe; lo que el Cardenal dice, nace de un pecho cristiano y celoso de la fe católica; esperemos en Dios, que callando nosotros hablará él y volverá por la inocencia, descubriendo la verdad.» Como Quirino no dejaba la comunicación de Ignacio, le importunaba muchas veces el Cardenal con las mismas razones, añadiendo que si no miraba por su fama, mirase á lo menos por su conciencia; porque las herejías se pegan muy fa-

cilmente, y dificultosamente se echan de el alma una vez que se han introducido en ella; hasta que Quirino dijo un día al Cardenal que no se admiraba tuviese aquel concepto de Ignacio, no habiéndole tratado: que le hablase una vez y le pidiese razón de su vida y doctrina, y se informase de cuanto quisiese saber, y si después le condenase, él le daba por condenado y prometía apartarse de su trato y comunicación. El Cardenal, que deseaba apartar á su pariente de Ignacio, le respondió con algún enfado: «¿Ahora me queréis meter á mí con ese hombre? ¿Qué dirán en Roma si le ven entrar en mi casa? Pero venga, que yo le trataré como él merece.» Y así lo hizo, aunque muy de otra manera que él pensaba. Fué Ignacio á hablar al Cardenal y estuvo con él dos horas, esperando mucha gente, y entre ellos el mismo Quirino. Lo que le dijo el Santo no se sabe; puédese conocer del efecto, porque el Cardenal, olvidado de sus años y dignidad, se echó á sus pies y le pidió perdón de lo que había creído y dicho contra él, como se supo después del mismo Quirino, á quien el Cardenal lo contó, y al despedirse le salió acompañando con grande honra, prometiéndole su favor y ayuda en cuanto él valiese. También le mandó dar todas las semanas para sí y sus compañeros una buena limosna de pán y vino, que no cesó mientras vivió el Cardenal, el cual quedó tan trocado y desengañado, que en adelante fué descubiertamente gran protector y defensor de Ignacio y de toda la Compañía.

Con este buen suceso se alentó mucho el Santo, viendo que Dios se declaraba por él, y se fué á Conversino, y le rogó que examinase con todo rigor su causa, y la delación que había hecho contra él Miguel Navarro. Y el Señor, que había desengañado al Cardenal, dispuso que se desengañasen todos con modos bien maravillosos, propios de la amorosa providencia con que mira por la honra de sus verdaderos siervos. Vínole á Ignacio á las manos una carta que Miguel Navarro había escrito en otro tiempo de él y sus compañeros; guardóla, y un día que fueron citados él y Miguel al Tribunal del Gobernador, llevó consigo la carta. Empezó Miguel á acusarle con tanta mayor resolución y

desvergüenza, cuanto era más falso lo que decía. Callaba Ignacio, hasta que él acabó de decir, y entonces, sin turbarse ni alterarse, sacando del pecho la carta, le dijo: «¿Conoces esta letra y esta firma?» Respondió Miguel que sí y que era suya la firma y la letra.» Pues oye ahora lo que escribiste.» Fuéla leyendo, y en ella decía Miguel á un amigo suyo tantas alabanzas de Ignacio y sus compañeros, de su vida, doctrina y santidad, hablando como testigo de vista, que no parecía carta sino panegírico fingido del Santo para su abono, y era que Dios, á quien está presente lo futuro, gobernó entonces la pluma de Miguel para que fuese testigo de la inocencia en la ocasión que había de ser acusador. Acabada la carta, dijo el Santo á Miguel: «Estos éramos entónces por tu misma confesión, ¿quién se ha mudado? Nosotros somos los mismos que éramos, tú debes de ser otro; entonces escribías como sentías porque hablabas tú; ahora dices lo que no sientes, porque no eres tú quien habla, sino los que te han comprado para que digas lo que te mandan decir.» Estaba atónito Miguel, perdido el color, sin saber qué decir ni qué responder, porque ya no podía negar ser suya la carta, y siéndolo, no tenía respuesta ni disculpa su contradicción. Estuvo un rato mudo y luego dijo algunas palabras con tanta turbación y confusión, que no se pudo entender lo que decía, ni él quería que se entendiese, porque ya no pretendía responder sino salir bien de la tramoya. Conoció el juez la falsedad de la acusación é hizo varias preguntas á Miguel con grande arte y maña, porque era muy versado é inteligente, hasta que entendió toda la maraña, y después de haberle reprendido ásperamente y amenazado con graves castigos; intercediendo San Ignacio para que se le remitiese la pena, le condenó por sentencia pública á destierro de la ciudad de Roma.

No contento el Señor con dar este testimonio de la inocencia de Ignacio, dió otro más ilustre y maravilloso; porque dispuso que se hallasen en Roma en aquella ocasión á diversos negocios, los mismos que habían sido sus jueces, y dádole por libre en Alcalá, París y Venecia, que eran las

ciudades donde sus calumniadores decían que había sido condenado; porque de España había venido Don Juan de Figueroa, que le hizo prender en Alcalá y dió por libre, declarando la bondad de su vida y doctrina; de Francia el Inquisidor Fray Mateo Ori, ante quien había sido acusado en París, y había dado público testimonio de su doctrina y santidad, y finalmente, de Venecia estaba el Doctor Gaspar de Doctis, que había dado la sentencia en su favor defendiéndole de las falsas acusaciones de sus calumniadores, y todos tres dieron insigne testimonio de la santidad y doctrina de Ignacio. Aunque acreditada la vida y doctrina de el Maestro, quedaban acreditados los discípulos y compañeros que le seguían é imitaban; dispuso Dios que al mismo tiempo viniesen de las ciudades donde habían predicado, por haberse sabido en ellas lo que pasaba en Roma, cartas ó elogios de su doctrina católica y de su vida verdaderamente santa y apostólica. De Sena escribió el Vicario general Francisco Coscio, por Salmerón y Pascasio; de Bolonia, por Agustín Zaneto, Obispo de Sebaste y Sufragáneo del de Bolonia por Javier y Bobadilla; y por el mismo Bobadilla y Claudio Jayo, Octaivano de Castello, Obispo de San León y Vicario general del Obispado de Ferrara; de Pádua, por Simón Rodríguez y Coduri, el Vicario general; y el duque de Ferrara Hércules, no sólo escribió alabando mucho á los Padres que habían estado en su ciudad, pero mandó á su embajador que interpusiese toda su autoridad y diese en su nombre testimonio de su virtud y santidad. Con esto cesaron los vientos contrarios, se aplacaron las olas, se quietó el mar, y se cumplió bien lo que prometió Cristo á San Ignacio, que les sería propicio en Roma.

CAPITULO XVI

Sentencia que se dió en favor de San Ignacio y de sus compañeros, y caridad que ejercitaron en Roma

Después de tan feliz suceso, de tantos y tales testimonios de varones graves y ciudades, parecía no haber más que desear ni pretender, especialmente que los acusadores y calumniadores, viendo descubierto todo el embuste, y condenado á Miguel, temiendo que todo había de caer sobre sus cabezas, convirtieron las calumnias en alabanzas y confesaron públicamente delante de el Vicario de el Papa y de el Gobernador de Roma, que habían sido engañados y mal informados; porque Ignacio y sus compañeros eran varones de vida inculpable é irreprensible doctrina, y con esto pretendían que no se procediese á sentencia en aquella causa, y se quedase así, imponiendo perpétuo silencio á ambas partes.

Conoció San Ignacio que esto era cubrir la lumbre con ceniza y no apagarla, con que podría volver después á encenderse un fuego que abrasase á la Compañía; porque constando por autos públicos de la acusación y no constando de la absolución, podrían decir sus enemigos, que por negociación y favor había embarazado que se diese sentencia contra su vida y doctrina; por esto pedía instantáneamente que en el mismo tribunal donde había sido acusado, se pronunciase la sentencia definitiva en aquella causa. Muchas personas de autoridad hablaron al Santo para que se contentase con haber vencido á sus enemigos, y no quisiese triunfar tanto de ellos, y sus mismos compañeros con más modestia que prudencia, no mirando lo futuro y viendo que de presente estaba Roma desengañada, decían que no había para qué pretender más de lo que se había conseguido, porque lo demás parecía venganza á los que no lo miraban con buenos ojos; pero San Ignacio, cordero siempre en sus calumnias y león para volver por la honra de

Dios, estuvo firme y constante en pedir sentencia por las razones que escribió á Venecia á su grande amigo Pedro Contarini: «Sé muy bien, dice en su carta, que con esto no hemos de cerrar las bocas á los maldicientes, ni soy tan necio que presuma he de vivir libre de murmuraciones; pero no debo ni puedo permitir que se ponga mancha en la doctrina sana y católica, ni que la vida inocente se tenga por mala y facinerosa. Llámennos norabuena rústicos, ignorantes, rudos; digan que no sabemos hablar, que de eso no cuidaremos; tampoco sentiremos por lo que nos toca, que digan somos engañadores, vagamundos y perversos, pero en diciéndonos que la doctrina que enseñamos es falsa, y que el modo de vida que hemos tomado es malo, esto no lo sufriremos, porque no nos toca á nosotros, sino á Cristo y á su Iglesia.»

Pero por más diligencias que el Santo hacía para que la sentencia se diese, no tenía efecto, porque el gobernador por las intercesiones de muchas personas poderosas y de autoridad que se lo pedían, no quería pronunciar la sentencia, entreteniendo á Ignacio con buenas palabras; hasta que viendo que insistía mucho en la misma pretensión, le dijo con resolución, que era la voluntad del Cardenal Vicario que se diese el pleito por concluído y se impusiese silencio á ambas partes. Calló por entonces el Santo, pero viniendo presto á Roma el Sumo Pontífice y retirándose á Frascati, que está como cuatro leguas de Roma, se fué allá, y en latín le hizo larga relación de todo el suceso, contándole llanamente las veces que había sido acusado, preso y condenado y las causas por qué; y le dió á entender el daño que recibía la doctrina de Jesucristo, y cuánto se embarazaría el fruto que él y sus compañeros podrían hacer en los prójimos, si no se pronunciase sentencia en aquella causa, y quedasen siempre sus contrarios con poder para resucitar la misma calumnia. Parecióle bien al Papa, y mandó á su Gobernador que pronunciase sentencia en la causa de Ignacio y sus compañeros, conforme á los méritos de ella, y así lo hizo el Gobernador; porque habiendo sido examinado y alabado el libro de los Ejercicios y siendo llamados muchos testigos y entre ellos los tres jueces arriba nombrados, que habían absuelto á Ignacio en Alcalá, París y Venecia, y leídas las cartas de las ciudades y de el duque de Ferrara en favor de los compañeros, pronunció la sentencia en esta forma:

Benedicto Conversino electo Obispo Britoveriense, Vice Camerario de la ciudad de Roma y Gobernador general de su distrito.

«A todos y á cada uno de los que estas nuestras letras vieren, salud en el Señor. Como sea de mucha importancia para la república cristiana que sean conocidos los que con ejemplo de vida y sana doctrina, trabajando en la Viña de el Señor aprovechan á muchos y edifican, y también los que al contario tienen por oficio sembrar cizaña; y como se hayan esparcido algunos rumores y hecho algunas denunciaciones de la doctrina y vida, y señaladamente de los Ejercicios espirituales que dan á otros los venerables señores Ignacio de Loyola y sus compañeros que son; Pedro Fabro, Claudio Jayo, Pascasio Broet, Diego Laynez, Francisco Javier, Alonso Salmerón, Simón Rodríguez, Juan Codurí y Nicolás de Bobadilla, maestros por París y presbíteros seculares de las Diócesis de Pamplona, de Génova, de Sigüenza, de Toledo, de Viseo, de Ebredum y de Palencia, los cuales Ejercicios y doctrina, algunos decían ser erróneos y supersticiosos, y apartados de la doctrina católica. Nosotros, por lo que á nuestro oficio debemos y por lo que Su Santidad nos ha mandado, mirando esto con diligencia, hicimos información para plenariamente conocer esta causa y ver si por ventura era así lo que de ellos se decía; por lo cual, examinados primero algunos que contra ellos murmuraban, y vistos por otra parte los públicos instrumentos y sentencias de España, de París, de Venecia, y de Vincencia, de Bolonia, de Ferrara y de Sena, que en favor de los dichos venerables señores Ignacio y sus compañeros, con-

Universidad de Deusto Biblioteca

tra sus acusadores, fueron mostrados, y además de esto, examinados en juicio algunos testigos en vida, doctrina y dignidad, *omni ex* parte, mayores. Finalmente, toda la murmuración, y acusaciones y rumores contra ellos esparcidos, hallamos ser falsos; por lo cual juzgamos ser propio de nuestro oficio pronunciar y declarar, como pronunciamos y declaramos el dicho Ignacio y sus compañeros, por las dichas acusaciones y rumores, no sólo no haber incurrido en infamia alguna de hecho ó derecho, mas antes haber de esto sacado mayor aprobación y testimonio de su buena vida y sana doctrina. Viendo como hemos visto, ser vanas y de toda verdad ajenas las cosas que sus contrarios les oponían, y al contrario ser hombres de mucha virtud y muy buenos los que por ellos testificaron; y por esto hemos querido dar nuestra sentencia, para que sea público testimonio contra los adversarios de la verdad, y para serenar los ánimos de todos aquellos, que por causa de estos acusadores y detractores han concebido de ellos alguna siniestra opinión ó sospecha; pidiendo, y encargando y rogando á todos los fieles en el Señor, que á los dichos venerables señores Ignacio y sus compañeros los tengan y estimen por tales, cuales nosotros los habemos hallado y probado, y por católicos sin ningún género de sospecha, mientras que perseveraren en el mismo tenor de vida y doctrina, como con el ayuda de Dios esperamos que perseverarán. Dada en Roma en nuestra Casa, á diez y ocho días de Noviembre de mil quinientos y treinta y ocho años.»

Hiciéronse muchos traslados de esta sentencia, y autorizados se enviaron por varias ciudades y provincias á donde los contrarios habían enviado sus cartas. Grande honra resultó á Ignacio y sus compañeros de esta sentencia en todas partes y principalmente en Roma; recobrando la primera estimación que tuvieron de varones santos y apostólicos, y añadiendo la de hombres dignos de padecer, por defensa de la verdad, contumelias y afrentas. Oíanlos con mayor aplauso y fruto, y los que antes, por demasiada credulidad, habían dicho mal de ellos, los alababan y engrandecían cuanto podían, por satisfacción de las ofensas pasadas; sólamente los contrarios estaban confusos, murmurando en el silencio como perros enojados y temerosos; y no contento el Señor con esta confusión, hizo que se volviesen contra ellos las saetas que habían tirado, y fueron acusados y condenados del delito que imputaban. El fraile se huyó de Roma, temiendo el fuego que le amenazaba, y habiendo conservado el hábito religioso en algunas ciudades católicas por donde pasaba, por si podía inficionarlas con el disimulo, le desnudó en Ginebra, donde hizo pública profesión de luterano, y dicen que es autor de un libro pernicioso que se intitula *Sumario de la Escritura*, que es contra la Escritura, Iglesia y Santos, y finalmente murió en una hoguera, como lo merecían sus errores. Barrera, pocos días después de la sentencia, habiendo caído en una enfermedad, restituyó la fama á San Ignacio; y confesando su culpa y pidiendo perdón de ella, acabó su vida. Castilla fué condenado á carcel perpétua por hereje, y habiendo estado mucho tiempo pertinaz, se reconoció y volvió al camino de la verdad, y llorando sus errores y culpas pasadas murió en Roma, asistiéndole un sacerdote de la Compañía. Mudarra, habiéndole preso por su vida escandalosa y perniciosa doctrina, se escapó de la carcel y del fuego en que fué quemada su estátua en medio de Roma.

No sé si diga que fué mayor, á lo menos fué un nuevo testimonio de la santidad de los Padres la caridad que ejercitaron este mismo año de mil quinientos y treinta y ocho, que fué en Roma de gran carestía; y siguiéndose un invierno muy frío, se veían á cada paso en las calles y plazas pobres desnudos, flacos, macilentos, tendidos en el suelo por no poder tenerse en pie; ni aún podían echar la voz para pedir el remedio á los ricos, que se hacían sordos á los clamores mudos de la necesidad. Compadecido Ignacio de tanta miseria, hizo su casa, hospital; juntó todas las camas que pudo para los enfermos y para los otros pobres, mandó tender en el suelo gran cantidad de heno. A sus compañeros repartió diversos oficios; unos salían por las calles á reco-

Universidad de Deusto Biblioteca

jer los pobres y los traían sobre sus espaldas cuando no podían venir por su pie; otros se quedaban en casa para curarlos, lavarles los pies, limpiarlos y hacer los demás oficios de la misericordia; otros salían á pedir dineros, vestidos, medicinas y todo lo necesario, y el Santo era el alma que á todos movía y alentaba con su ejemplo y dirección. Presto llegaron los pobres á cuatrocientos y siendo él tan pobre, que pedía limosna para sustentarse á sí y á los suyos, era tan rico de confianza, que los sustentaba á todos, sin que les faltese nada de lo necesario.

Espantó á Roma este ejemplo, y venían de día los ciudadanos y de noche los Príncipes y Prelados á ver tan estraña caridad; los ricos se confundían de no hacer ellos lo que hacían unos pobres, y muchos Cardenales y hombres poderosos enviaban gruesas limosnas; personas hubo, que no teniendo que dar, se quitaron sus vestidos para vestir á los desnudos; otros recibían en su casa enfermos que curar y vestir. De esta manera se sustentaban en Roma hasta tres mil pobres que se habían juntado de la ciudad y lugares vecinos, que perecieran si faltara la caridad de el que hacía caritativos á los más escasos. También socorría Ignacio largamente á Monasterios, y personas honradas y vergonzantes; y portábase con tanto desinterés, que rogado é importunado de los que enviaban el dinero, nunca quiso tomar un maravedí para sí; antes tenía un libro blanco en que escribía los nombres de los necesitados, para repartir con cuenta y razón la limosna. Solamente la caridad que usaba con las almas, era mayor que la que ejercitaba con los cuerpos. No entraba ninguno en casa que no se confesase luego, y en ella se les enseñaba la doctrina cristiana, exhortándolos á la paciencia y á huir culpas, por las cuales fuéle Dios enviar los trabajos; á ciertas horas rezaban juntos algunas oraciones y preces, con que parecía la casa monasterio concertado de religiosos, de donde salían los pobres, ricos de desengaños y con deseos y reglas de vivir cristianamente y procurar de veras la salvación.

LIBRO CUARTO

DE LA VIDA Y VIRTUDES DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

CAPITULO PRIMERO

Cómo fundó San Ignacio su Religión, y primera confirmación de ella.

Con la victoria pasada y caridad presente iba creciendo el aplauso de los Padres en Roma, y muchos deseaban hacerse sus discípulos y compañeros, para seguir su modo de vida; también el Sumo Pontífice quería valerse de ellos en servicio de la Iglesia, y así se lo dijo á San Ignacio, el cual juntó un día á todos sus compañeros y les dijo: «Nuestro Santísimo Padre me ha dicho que nos quiere dividir, valiéndose de nosotros para cosas de el servicio de Dios y de la Iglesia. No quisiera que esta división de los cuerpos dividiera las almas que están unidas en Jesucristo, ni que la distancia de los lugares res-

Universidad de Deusto Biblioteca

friase el amor y caridad que hay entre nosotros; para esto deseo saber vuestro dictámen; si os parece que nos quedemos unidos con el vínculo de amor con que hemos perseverado hasta ahora, ó busquemos otro más estrecho y fuerte que no pueda romper el tiempo ni los accidentes. Dios nos ha juntado de diversas naciones, si no me engaña el deseo, para que formemos un cuerpo ó un alma, que haciéndose toda á todas las naciones, á todas las encamine á la salvación. Las obras que Su Majestad ha hecho hasta ahora por nuestro medio, de que no debemos ensoberbecernos más que los instrumentos en manos del oficial, nos dan prendas seguras de que quiere servirse de nosotros para su gloria El que hizo todas las cosas de nada, y escoje las cosas que no son para destruir á las que son; y cualquiera que sea este servicio que podemos hacer al Señor, no debemos permitir que muera con nosotros, sino procurar que viva más que nuestra vida. Si los padres desean hijos que hereden sus riquezas y perpetúen su memoria, ¿por qué no solicitaremos nosotros herederos á quien dejar los deseos que Dios nos ha dado de su Mayor Gloria? Poco vive quien vive solo su vida, y poco obra quien obra sólo mientras vive; aquél se puede llamar celo consumado, que vive después de la muerte y pasa de un alma á otra, como fingía aquel filósofo, que pasaban de un cuerpo á otro las almas. ¡Qué dichosos seremos si convertimos almas á Dios aún después de la muerte! Ya muchos desean seguirnos y alistarse en nuestra Compañía; pero si ella no tiene unión firme, cuanto más creciere, estará más cerca de su ruina, pues la multitud sin unión en un edificio, es peso que le derriba y en una comunidad es confusión que la deshace. A todo se ocurría, si de nosotros y los que nos quisieren seguir se formase una Religión que tuviese por instituto, después de la salvación y perfección propia, la salvación y perfección de los prójimos; pues así, la unión fuera indisoluble y el fruto perpétuo. La dificultad de fundar una Religión nueva, luego se viene á los ojos; pero como ha de ser obra de Dios y no nuestra, eso toca á aquél á quien nada es imposible; y para

lo poco que nosotros hemos de poner de nuestra parte, nos alienta la promesa liberal de que le hemos de tener propicio en Roma. Hemos votado la castidad y la pobreza; lo mejor nos falta que ofrecer á Dios, que es la voluntad por medio de la obediencia: mientras conservamos la propia voluntad, aún somos nuestros; en despojándonos de ella por medio de la obediencia, seremos todos de Dios. Bien veo que esto pedía madura consideración y consultarlo con el Señor muchos días, por medio de la oración, acompañada de ayunos y penitencias; pero como no sabemos cuándo, ni dónde nos enviará Su Santidad, ni si volveremos á juntarnos en esta vida, lo que antes no se determinare, quizá no podrá determinarse después; y así será bien, que por algunos días nos entreguemos totalmente á la oración y penitencia, dejando todos los otros cuidados para atender á este solo, y pedir al Señor luz y gracia para conocer su voluntad y cumplirla.»

A todos pareció bien lo que San Ignacio decía, y luego hubieran determinado lo que proponía acerca de la fundación de la nueva Religión, porque sabían que Dios hablaba por su boca, y que tenía él muy considerado y meditado en la oración lo que les mandaba considerar; pero queriendo el Santo que esto se hiciese con maduro consejo de todos, discurrieron si convendría que se fuesen todos á la soledad por treinta ó cuarenta días, ó á lo menos tres ó cuatro compañeros, en nombre de los demás, á darse totalmente á la oración y penitencia para alcanzar de Dios luz en negocio tan importante; y parecióles no salir de la ciudad por dos causas principales: la primera, porque no hubiese escándalo en Roma, pensando algunos, cómo habían sido perseguidos y calumniados, que se habían huído ó que maquinaban alguna novedad, ó que eran poco firmes en lo comenzado, pues lo dejaban tan presto; la segunda, porque acudían á los hospitales á ayudar corporal y espiritualmente á los enfermos y á los muchos conventos de monjas, de donde eran llamados para su reformación y perfección, y ayudaban á toda la ciudad con sermones, confesiones, exhortaciones, ejerci-

cios y otros medios; y ausentándose cesára el fruto, que era tan grande, que como escribe uno de los compañeros, si cuatro veces se multiplicaran, no pudieran satisfacer á los que acudían á ellos; y así, por no faltar al provecho de las almas ni proceder sin consideración en negocio de tanta consecuencia, partían el día dando algunas horas á la predicación y ministerios ordinarios, y otras á la oración y consideración de lo que se había de consultar por la noche, que era el tiempo señalado para las conferencias, ofreciendo á Dios todo el tiempo que duraron las consultas, especiales mortificaciones y penitencias por el acierto. El modo de consultar cada uno consigo lo que después habían de conferir todos, era conforme á las reglas que da San Ignacio en los Ejercicios: después de traer á la memoria el punto que se había de tratar, se ponía indiferente de suyo á los dos extremos, sin desear más uno que otro, para que solo Dios y la razón le inclinasen á lo más conveniente: luego pedía al Señor luz para conocer en aquel punto su voluntad, después se proponía las razones que había por una y otra parte; y últimamente, porque no le llevase el afecto á alguno de los extremos, se consideraba como si no fuese de aquella Congregación y miraba, según Dios, que dijara á un estraño si le pidiera consejo en aquel caso y circunstancias. No era lícito á ninguno comunicar con otro de aquella materia; porque no cediese la razón á la autoridad y fuesen menos los votos, sintiendo uno lo que veía sentir otro.

En juntándose á la noche, propuesta la cuestión, decía cada uno su parecer con las razones que se le habían ofrecido por una y otra parte, y después de bien controvertido se determinaba por la mayor parte de los votos; de esta manera determinaron, primero que la Compañía se formase en Religión, con ciertas leyes y constituciones, si al Vicario de Cristo pareciese, y después otras muchas cosas de nuestro Instituto. Y es cosa rara que todas las cosas que propuso, y á que se inclinó San Ignacio, fueron aprobadas de todos; solo Bobadilla se opuso al Santo y á los demás, en un punto, porque no quiso venir en que se obligase la

Compañía con voto á enseñar la doctrina cristiana á los niños, aunque á todos los demás parecía así; y por su respecto, más que por sus razones, determinaron que no se obligase á este ministerio con más estrechura que á los demás de predicar y confesar; pero determinaron también, para obviar inconvenientes en los demás puntos, que el voto de uno solo contra todos los demás, fuese nulo y írrito; más para nosotros el debido aprecio de este ministerio, bástanos saber, que le estimó tanto San Ignacio y sus compañeros, que quisieron ponerle por uno de los votos de su Religión; y ya que no lo hizo el Santo Fundador, por la razón dicha, á lo menos nos puso en la profesión solemne después de los votos de pobreza, castidad y obediencia este recuerdo, para perpétua memoria: *Specialem curam circa puerorum eruditionem, etc.*

Tres meses gastaron en estas consultas, hasta el día de San Juan Bautista de mil quinientos y treinta y nueve, que fué la última, y concluyeron todos los puntos principales de el Instituto de la Compañía. De ellos se hizo un sumario que entregó San Ignacio al Cardenal Contarini para que le diese á Paulo III. Hízolo el Cardenal diciendo á Su Santidad, como Ignacio y sus compañeros estaban dedicados con especial voto á su obediencia y de sus sucesores, y habían dedicado todos sus trabajos y fuerzas al provecho de los prójimos, y deseaban no se acabase esto con sus vidas, sino tener otros que llevasen adelante sus propósitos, si Dios llamase á algunos que los quisiesen imitar; por lo cual deseaban se fundase una Religión de Clérigos Seglares que estuviese obligada con especial voto á la obediencia de el Romano Pontífice; cuyo fin é Instituto fuese emplearse toda en la defensión y dilatación de la Santa Fe Católica, y en ayudar á la salvación de las almas, predicando, confesando, leyendo públicamente, enseñando la doctrina cristiana á los niños y rudos, dando los Ejercicios espirituales y ejercitando los demás ministerios que condujesen para este fin, sin esperar paga en esta vida, buscando solamente la mayor gloria de Dios y bien de las almas, como lo po-

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto Biblioteca

dría ver Su Santidad en la Regla que deseaban guardar, contenida en el sumario que le presentaba para que le aceptase y aprobase, si á Su Santidad pareciese conveniente.

Recibió el Pontífice la fórmula del Instituto de la Compañía y dióle á examinar á Fray Tomás Badía, Maestro de el Sacro Palacio, que fué después Cardenal de San Silvestre, para que le viese y examinase. Examinóle Fray Tomás con gran diligencia, por espacio de dos meses, y después se le volvió á Su Santidad, alabándole con grandes palabras. No obstante, le vió y examinó con diligencia el mismo Papa, porque era varón prudentísimo y doctísimo; y con espíritu de Sumo Pontífice, previendo los grandes frutos que había de producir en la Iglesia aquella pequeña planta, dijo: *Digitus Dei est hic:* «éste es el dedo de Dios.» Y añadió: «Paréceme que levanta Dios en este tiempo esta Compañía para presidio y defensa de la Santa Iglesia, que se halla tan afligida y perseguida;» y aprobó la Religión de la Compañía de Jesús y su Instituto, *vivæ vocis oraculo*, en Tívoli á tres de Septiembre de mil quinientos y treinta y nueve.

Por este tiempo ó poco antes, tuvo Simón Rodríguez, mientras oraba, dos misteriosas visiones; vió una viña fértil, pero inculta en muchas partes, por haber nacido unas hierbas venenosas, que con su contacto marchitaban y secaban las cepas para que no llevasen fruto, y cuando la miraba con mayor compasión, vió nacer una vid, que llenándose de verdes hojas y hermosos racimos, extendía los sarmientos por entre las hierbas nocivas para embarazar los estragos: luego entendió que la viña era la Santa Iglesia, aflijida en muchos reinos de las herejías y vicios; y la nueva vid la Compañía, que nacía para reparar con sus frutos los daños que las malas hierbas causaban. Otra vez se le representó un arbol de hermosa copa y abundantes frutos, y una vid, que naciendo de su raiz, se abrazaba con él indisolublemente; y entendió que era la Iglesia el arbol y la Compañía la vid, que estrechándose con el arbol por el voto de especial obediencia, procuraba aumentar los frutos y acrecentar la hermosura. Que no fueron sueños estas visiones, dice el estado de el mundo que al principio pintamos, al tiempo que vino la Compañía y los grandes frutos que desde su nacimiento produjo en la Santa Iglesia, que obligó á decir al Papa Pío IV, en un Breve, que escribió al Rey Felipe II. «Estos operarios, aunque han venido á la viña de el Señor los últimos, como traídos del Señor á la hora de nona, han comenzado á trabajar tan util y provechosamente, que no sólo han procurado arrancar de ella las espinas y malezas, pero la han extendido y propagado en otras partes, y es casi increíble cuanto ha aprovechado esta Orden en poco tiempo, cuanta utilidad ha traído á la Iglesia de Dios, etc.» Y Gregorio XIII en diversas Constituciones: «Que los hijos de la Compañía son como sarmientos, que extendidos por casi todo el orbe, dan cada día abundantísimos frutos, desterrando los lobos y reduciendo las ovejas al rebaño de el Señor, y trayendo las gentes incultas y bárbaras al gremio de la Santa Iglesia.»

CAPITULO II

Cómo confirmó el Papa Paulo III la Religión de la Compañía de Jesús

Habiendo aprobado el Papa la Compañía y su Instituto, de palabra; le rogó San Ignacio que diese la confirmación por escrito, y su Santidad lo remitió á tres Cardenales muy opuestos á la institución de nuevas órdenes, por asegurarse más, si lo aprobasen ellos, ser voluntad del Señor. El principal era Bartolomé Guidicion, hombre muy docto y piadoso, de quien dijo Paulo III en su muerte, que aquel día había perdido su sucesor, juzgándole el más digno de la Tiara; pero tan contrario á la fundación de nuevas Religiones, que ni aún dejarse hablar quería en esta matería. Decía este Cardenal que más necesidad tenía la Iglesia de reformar las Religiones antiguas que de fundar otras nuevas; y sentía que todas se habían de reducir á cuatro, y tenía escrito un libro de este argumento. Por esto, cuando se le

cometió el negocio de la confirmación de la Compañía, ni aún quiso leer la fórmula del Instituto, y despidió desde luego aquel negocio diciendo, que por buena y santa que fuese una Religión, le estaba mejor á la Iglesia no tenerla; porque las religiones poco á poco se van relajando y hacen después más daño á la Iglesia con su relajación, que hicieron al principio con su fervor, porque los ejemplos de los religiosos son más dañosos que los de los seglares, y si se corrompe la sal, ¿qué será de lo demás? Y finalmente, todas las razones que había discurrido su ingenio y dictámen contra la institución de nuevas órdenes, las armó ahora contra la Compañía; y como era hombre de tanta autoridad, determinó totalmente á su dictámen á los otros Cardenales, que de suyo estaban inclinados á lo mismo.

Los que menos entendían de los secretos de la providencia de Dios, daban por concluído este negocio, y juzgaban que no había que esperar el suceso que se deseaba, á lo menos mientras viviesen los tres Cardenales; pero San Ignacio, á quien la esperiencia había enseñado que Dios conduce muchas veces sus voluntades á los fines que tiene determinados por los caminos contrarios, para quo se sepa que El es el Autor de sus obras, y á quien obedecen todas las criaturas, no desconfió ni desmayó; antes viendo que era negocio de Dios y no suyo, trató de alcanzar de su Majestad con oraciones y súplicas, lo que no alcanzaba de los hombres con razones y ruegos. Ayunó, hizo muchas penitencias él y sus compañeros por este fin, y prometió hacer decir tres mil misas por el feliz suceso de negocio tan arduo.

Mientras pasaba esto en Roma fueron enviados del Papa los compañeros de San Ignacio á diversas partes; Simón y Pascasio partieron á Sena; Fabro y Laynez en compañía de Enio Filonardo, Cardenal de San Angel, á Parma y Placencia; Bobadilla al reino de Nápoles; Jayo á Bálneo Regio; Estrada á Monte Pulciano y Bresa; y de todas partes venían cartas á Roma de lo mucho que trabajaban todos en servicio de Dios. El Cardenal Filonardo escribía al Sumo

Pontífice maravillas de lo que hacían Fabro y Laynez; mas que no podía decir, si Fabro solo daba en Parma á un mismo tiempo los Ejercicios de San Ignacio á cien personas entre clérigos y seglares, con raras mudanzas de vida, fuera de otros muchos que sacó de sus vicios en que estaban anegados; tanto que, escribe un autor, hizo, á Parma santa. Francisco Bandino, Arzobispo de Sena, escribía de Simón Rodríguez y Pascasio, que habían mudado á Sena, reformado el clero, reducido á observancia un Monasterio de religiosas, tan contrario á su Arzobispo como á sus reglas. Igual era el fruto y semejantes los informes de lo que obraba Bobadilla en el reino de Nápoles, Jayo en Bálneo Regio, y Estrada en Bresa y Monte Pulciano. San Ignacio y los Padres que estaban en Roma, no cesaban de aprovechar á los prójimos en sus ordinarios empleos. Al mismo tiempo el Doctor Ortiz, en nombre del Emperador Carlos V, pedía al Padre Fabro para ir primero á Vormes á asistir al Concilio que se había de juntar allí contra Lutero y después pasar á España. Don Juan el Tercero, Rey de Portugal, pedía al Sumo Pontífice y á Ignacio, seis de sus compañeros para enviarlos á predicar la fe á la India Oriental, donde sus armas victoriosas habían abierto muchas puertas al Evangelio.

Considerando el Sumo Pontífice lo que obraban los hijos de Ignacio en servicio de Dios y de la Iglesia, y cómo de todas partes eran pedidos y deseados, empezó á pensar que no podía dejar de ser obra de Dios la que producía tales efectos, y se inclinaba á dar la confirmación; pero Guidición resistía constantemente, hasta que Dios, en cuya mano están los corazones, mudó el suyo con las palabras de San Ignacio; porque yendo á hablarle y proponiéndole modestamente el Instituto de la Compañía, le oyó con benignidad, y leyendo el Sumario y considerando el fin y los medios, le agradó mucho todo, de manera que desde entonces, de contrario se hizo protector, y como procurador de esta obra, porque ninguno la favoreció más con el Papa. El Abad Fernando Ughelli añade en el libro intitulado

Universidad de Deusto Biblioteca

Italia Sacra, no sé con qué fundamento, aunque no pudo moverse sin él tan gran varón, porque nuestros autores no lo dicen, que se apareció San Ignacio en sueños al Cardenal y le amonestó que no se opusiese á la obra de Dios. Lo cierto es, que el Cardenal admirado de ver en sí tan súbita mudanza, repetía muchas veces: «A mí no me han parecido bien jamás, ni me parecen bien ahora, religiones nuevas; pero ésta no me atrevo á reprobarla, porque siento interiormente una inclinación á ella y unos movimientos tan extraordinarios, que de donde me apartaba la razón humana, me lleva la voluntad divina, y, como sin querer, me veo obligado á abrazar con la voluntad lo que con la fuerza de los argumentos reprobaba el entendimiento. Trajo á su sentir á los otros Cardenales, y los tres hablaron al Sumo Pontífice, alabando mucho el Instituto de la Compañía, y particularmente Guidicion, diciendo, que aunque él juzgaba en general que no se debían admitir nuevas religiones, ésta le parecía conveniente y necesaria para remediar los males de la cristiandad, y principalmente para detener el curso de las herejías que se iban extendiendo por toda Europa.

Finalmente, el Papa Paulo III confirmó la Compañía en la Bula, que empieza: *Regimini*, con grandes alabanzas de Ignacio y sus compañeros, á veinte y siete de Septiembre, día de San Cosme y Damián, de mil quinientos y cuarenta. Pero esta confirmación fué entonces con cierta limitación, porque no quiso que pasasen de sesenta los profesos; hasta que dos años y medio después, á catorce de Marzo de mil quinientos y cuarenta y tres, por otra Bula que empieza: *Iniunctis*, quitó aquella limitación y dió licencia para que tuviese todos los profesores que quisiese admitir, por ver el gran provecho que había en la Santa Iglesia, que le obligó á decir en un Breve de el año de cuarenta y nueve: «Que la Compañía era un campo fertil, que no todos los años, sino todos los días producía con la palabra y el ejemplo muchos y abundantes frutos para alabanza del Sumo Rey, y aumento de la fe católica.» Después la confirmó otra vez Julio III en Bula de el año de cincuenta, que empieza: *Exposcit*, donde dice: «Que en la Compañía y sus loables institutos, y en la ejemplar vida y costumbres de Ignacio y sus compañeros, no se halla cosa que no sea pía y santa, y que todo va encaminado á la salud de las almas de los suyos y de los demás fieles de Cristo y á la exaltación de la Fe.» Y después los Sumos Pontífices que se han seguido la han confirmado, defendido, alabado y llenado de tantas gracias y privilegios, que de sus Bulas y Letras apostólicas se pudiera componer un libro, no pequeño, de panegíricos, tanto más ciertos y ajenos de lisonja, cuanto son pronunciados por las lenguas del cielo, como llaman los Santos Padres á los Sumos Pontífices.

Mas volviendo á Ignacio, quién dirá el gozo y alegría que tuvo con la confirmación de la Compañía, viendo cumplidos tan dilatados deseos, cogiendo el fruto de tantas lágrimas, oraciones, ayunos, penitencias, viajes, fatigas, calumnias, persecuciones, acusaciones, cárceles, cadenas y otros innumerables trabajos que había tomado y padecido, para poner fin á esta obra de tanta gloria de Dios? Semejante gozo tuvieron sus compañeros, así los de Roma como los que estaban fuera. San Francisco Javier escribió á los hermanos de Roma: «Entre los muchos y grandes consuelos que cada día recibo de la bondad de Dios, tengo por el mayor de todos haber sabido que el Instituto de nuestra Compañía ha sido aprobado y confirmado con autoridad de el Sumo Pontífice: hago á Dios inmortales gracias, porque el modo de vida que reveló en secreto á su siervo, y nuestro Padre Ignacio, ha querido se establezca por su Vicario, para memoria eterna de la posteridad.»

Universidad de Deusto Biblioteca

CAPITULO III

Cómo fué San Ignacio elegido General de la Compañía

Estando ya confirmada la Compañía, seguíase elegir Prepósito General y dar cabeza á este cuerpo, que iba creciendo con el favor de el Señor; porque fuera de los primeros Padres, se habían llegado á Ignacio muchos mancebos escogidos, de los cuales había en Roma hasta doce; otros había enviado á estudiar á París. Para la elección convocó el Santo Padre á Roma, por cartas, á todos los compañeros que estaban en Italia, y ellos vinieron cerca de la Cuaresma de mil quinientos y cuarenta y uno: de los diez, faltaron á esta congregación cuatro; San Francisco Javier y Simón Rodríguez, que estaban en Portugal para partirse á la India; Pedro Fabro, que había ido á Alemania á la Dieta Imperial de Vormes, y Bobadilla, que estaba en Visiñano, ciudad de Calabria, donde hacía tanto fruto, que el Sumo Pontífice le mandó no saliese de aquella ciudad. Mediada la Cuaresma, porque hasta entonces habían esperado á Bobadilla, juntó San Ignacio á los compañeros que estaban en Roma, y habiéndoles dicho la necesidad que tenía de cabeza el cuerpo de la Compañía, y las partes que debía tener el superior de una Religión recién nacida, que no solo necesitaba de quien la gobernase, mas también de quien la criase y aumentase para gloria del Señor; les mandó que se recogiesen tres días á oración contínua, pidiendo á Dios luz para elegir, y que en ellos ninguno hablase con otro acerca de esta materia, para que la elección fuese más libre, conforme el Señor les dictase y no por autoridad ajena, y que al fin de los tres días trajesen sus votos escritos.

Recogiéronse los tres días á oración y después se juntaron los votos de todos, así de los presentes, como de los ausentes; porque Javier y Rodríguez habían dejado sus votos escritos antes de partirse; Fabro le envió desde Vormes en carta por diversas vías para que no dejase de llegar, y siempre el mismo; solamente faltó el de Bobadilla, porque pensó poder venir á la elección, y ni le dejó antes ni envió después. Antes de leer los votos, quiso San Ignacio que se recogiesen otros tres días á hacer oración para que el Señor confirmase la elección, si era de su gusto; y así cerrados y sellados los guardaron en una urna, y al séptimo día, que fué nueve de Abril de mil quinientos y cuarenta y uno, se leyeron las cédulas, y por voto de todos los presentes y ausentes fué declarado San Ignacio por Prepósito General, sin que le faltase otro voto más que el suyo; juzgando todos, como debían, que ninguno podía gobernar mejor la Compañía, que el que la había fundado, y que en sus manos la llenaría el Señor de bendiciones y acrecentamientos, como lo significan en sus mismos votos.

El de San Francisco Javier decía así: «Yo digo y firmo, que *nullo modo suasus ab homine* juzgo, que el que ha de ser elegido por Prelado en nuestra Compañía, al cual todos debemos obedecer, me parece, hablando conforme y según mi conciencia, que sea el Prelado nuestro antiguo y verdadero Padre Don Ignacio, el cual, pues nos juntó á todos, no con pocos trabajos, no sin ellos nos sabrá mejor conservar y gobernar y aumentar de bien en mejor, por estar él más al cabo de cada uno de nosotros. Y *post mortem illius*, hablando según lo que en mi alma pensé, como si hubiese sobre esto de morir, digo, que sea el Padre Pedro Fabro. Y en esta parte *Deus est mihi testis*, que no digo otro de lo que siento. Y porque es verdad, hago la firma de mi propia mano, escrita en Roma, año de mil quinientos y cuarenta, á quince de Marzo. Francisco.»

No es menos digno de leerse el voto del Padre Salmerón, que dice así: «En el nombre de Jesucristo: Yo Alfonso Salmerón, de esta Compañía, aunque indignísimo, hecha oración á Dios y considerado con madureza aqueste negocio, según mi corta capacidad, elijo y pronuncio por mi Prelado y Superior y de toda la Compañía, á Don Ignacio de Loyola, el cual, según la sabiduría que Dios le ha comunicado, así como á todos nosotros nos engendró en Cristo y nos crió con la leche de su doctrina, siendo pequeños;

Universidad de Deusto Biblioteca

ahora más grandes en Cristo, nos sustentará con el mantenimiento sólido de la obediencia y como buen Pastor nos podrá guiar y dirigir y carear á los abrevaderos fértiles y abundantes del Paraíso, y á la fuente de la vida, para que cuando le vuelva esta manada á Jesucristo, Sumo Pastor, digamos con verdad: Nosotros somos de su pueblo y rebaño; y él diga con alegría: Señor, de todos los que me encargaste, ninguno se perdió, lo cual el mismo Jesús, buen Pastor, se digne concederlo. Amén. Este es mi parecer, escrito en Roma á cuatro de Abril de mil quinientos y cuarenta y uno. Alfonso Salmerón.»

El Padre Juan Coduri dice: «Después de haberlo encomendado á Dios, *a me, non ab alio motus*, como testigo el que reina en los cielos, mirando la mayor gloria divina, y el mayor bien de toda la Compañía, soy de parecer, que debe ser elegido por Superior aquel á quién siempre conocí fervorosísimo celador de la honra de Dios y del bien de las almas, porque siempre se tuvo por el menor de todos y procuró servirles á todos como siervo; este es el venerable Padre Don Ignacio de Loyola, etc.»

El Padre Claudio Jayo, dice: «Yo juzgo y deseo que sea elegido por Prepósito General de la Compañía del nombre de Jesús, el señor Ignacio, á quien Dios muchos años ha nos dió por Padre; y yo, el menor de toda la Compañía, cuanto á mí toca, le elijo, y después de Dios y los Santos, encomenderé de muy buena gana, y desde ahora encomiendo mi ánima á su gobierno y dirección. Claudio Jayo.» Eran los votos de los demás semejantes. Fabro señalaba en segundo lugar, después de la muerte de San Ignacio, á San Francisco Javier; y fuera de Javier, de quien vimos el voto, Simón Rodríguez y Coduri señalaban para el mismo caso á Fabro; los demás no señalaban á ninguno en segundo lugar. En el voto de San Ignacio, es admirable la prudencia con que señaló al más digno de sus hijos, sin determinarle, por no mostrar singular amor ni estima de ninguno, abrazando con igual caridad á todos los que había engendrado en Cristo, diciendo en él: «Excluyendo á mí mismo, doy mi voz en el Señor para ser Prelado á aquel que tendrá mas votos para serlo.»

Fué recibida la elección con aplauso de todos los Padres; sólamente San Ignacio, que deseaba más obedecer que mandar, y se tenía por indigno de este cargo, se afligió mucho y dijo á sus hijos con grave sentimiento: «¡Oh qué mal me conocéis, hermanos míos, y cuán otro me juzgáis de el que soy! Muchas partes pide un buen Superior, y yo no tengo ninguna; yo no soy digno de este oficio ni le sabré hacer, porque quien no sabe gobernarse á sí, ¿cómo podrá gobernar á otros? Y como conozco mis culpas pasadas, mis faltas presentes, mi poca virtud, mis flacas fuerzas y mi inhabilidad para regir á otros, no puedo aceptar la carga que me echáis sobre los hombros; y así ruégoos que me perdonéis y os volváis á juntar otros tres ó cuatro días á hacer oración y encomendar á Dios este negocio con más fervor, para que elijáis Superior que merezca este cargo y le sepa hacer.

No querían los Padres condescender con la humildad de San Ignacio, diciéndole que se cansaba en valde, porque todos querían por General al que Dios les había dado por Padre. Multiplicaba el Santo razones para moverlos á segunda elección; hasta que ellos, movidos de sus instancias se recogieron otros cuatros días á hacer oración, y con el mismo consentimiento y conformidad de votos, volvieron á elegirle General. No podía inclinarse á aceptar el cargo de que se juzgaba tan indigno; pero los compañeros le hablaron ya con más resolución, diciendo que se oponía claramente á la voluntad de Dios, y que se desengañase, porque ellos no elegirían otro mientras él viviese, y el Padre Diego Laynez le dijo con una santa libertad: «O tomad Padre la carga que véis que Nuestro Señor tan claramente os pone sobre los hombros, ó por lo que á mí toca, deshágase la Compañía, porque no quiero otro Superior y cabeza, sino el que veo que quiere Dios;» en que mostró el aprecio grande que tenía de San Ignacio este gran varón, porque solía decir, que si la Compañía se deshiciera y cada uno de los compa-

Universidad de Deusto Biblioteca

ñeros se fuera por su parte, él no dejaría de seguir su empresa y servir á Dios Nuestro Señor en lo que había comenzado, ejercitándose en los ministerios que la Compañía usa para beneficio y utilidad de los prójimos.

Viendo el Santo á sus compañeros firmes y resueltos en lo que ya dos veces habían determinado; pareciéndole por una parte éste negocio, de Dios, á quien no podía resistir, y por otra viendo con los ojos de su humildad su insuficiencia, que ninguno veía sino él, les dijo: «Pues perseveráis en vuestra determinación, yo pondré este negocio en manos de mi confesor y le daré cuenta de mi vida pasada, y le declararé las culpas de mi vida presente y mi poca salud y fuerzas, y si después de todo eso me mandare en nombre de Cristo Nuestro Señor, que acepte esta carga, la aceptaré y obedeceré. Apretábanle los Padres para que aceptase luego, pues estaba tan clara la voluntad de Dios, y no les diese mas largas, ni los entretuviese con dilaciones nacidas de su humildad, y no de razón que hubiese para ello, porque esto era repugnar á Dios; que si hubiese algún yerro en la elección, á ellos y no á él pediría Dios cuenta, y la darían de buena gana de esta culpa; que él ya había resistido aún más de lo justo, y pues Dios, después de sus resistencias, le quería para Superior, si no tenía las partes necesarias para serlo, se las daría. Con todo esto perseveró en la determinación de consultarlo con su confesor; creyendo que sus compañeros le elegían porque no le conocían, y que su confesor, conocidas sus culpas, le podría asegurar más en lo que era gusto de Dios; y los compañeros, aunque de mala gana, hubieron de venir en ello.

Confesábase entónces con un santo varón de la Orden de San Francisco, llamado Fray Teodosio, que estaba en San Pedro Montorio, que es el lugar donde el Santo Apóstol fué crucificado; aunque después de General tomó confesor de la Compañía. Aquí se fué solo, sin ninguno de sus compañeros, quizá porque no informasen al confesor contra su informe, para estar recogido tres días, que fueron, Jueves, Viernes y Sábado Santo: en ellos hizo con Fray Teodosio una confesión general de toda su vida; luego le refirió lo que en su elección había pasado y cómo él había resistido, y las razones que tenía para ello, declarándole todas las cosas que podían conducir para darle acertadamente consejo; luego le rogó que lo encomendase á Dios, y consideradas las razones que había por una y otra parte, le mandase lo que le pareciese mayor gloria de Dios. Respondió el confesor, que él no hallaba nada en aquel punto que necesitase de exámen; porque estaba claro que en resistir á su elección, resistía al Espíritu Santo. «Con todo eso, Padre, dijo San Ignacio, yo os ruego que lo encomendéis á Dios muy de veras, y lo que después os pareciere lo escribáis en un papel y lo enviéis á mis compañeros. Con esto se volvió á casa, y Fray Teodosio dejó pasar tres días antes de enviar la respuesta.

Mientras venia quiso Dios alentar á San Ignacio, para que aceptase el cargo que le daba y mostrar á todos cuán grande era en sus divinos ojos, el que en los propios era tan pequeño, y honrar al que tanto huía de la honra y estimación. Vivía con los nuestros en casa un mozo seglar, vizcaíno, llamado Mateo. Luego que se fué el Santo á San Pedro Montorio, entró el demonio en él, ó se manifestó, si ya estaba dentro, porque el mozo arrojaba espumarajos por la boca, daba voces y gritos, y se maltrataba contra el suelo, y algunas veces se pegaba de modo con él, que diez hombres de buenas fuerzas no le podían levantar. Compadeciéronse los padres, de Mateo, hicieron sobre él los exorcismos de la Iglesia y el demonio no le dejaba; poníasele en la boca, y la hinchaba, y en haciendo sobre ella la señal de la Cruz, se deshinchaba, y pasaba el demonio á la garganta y la hinchaba, y haciendo aquí la señal de la Cruz, se pasaba al pecho, causando la misma hinchazón; de manera, que el demonio mudaba lugares huyendo de la Cruz, pero no salía del cuerpo. Viendo los Padres que no quería dejar al pobre mozo, le decían algunas veces: «Ya que nosotros no podemos echarte de este cuerpo, pronto volverá á casa el Padre Ignacio, y te echará, que quieras, que no quie-

Universidad de Deusto Biblioteca

ras.» Oyendo esto el demonio, dando grandes gritos y despedazándose, decía: «No me nombréis á Ignacio, que es el peor enemigo que tengo.» Volvió el Santo á casa, supo lo que pasaba, encerróse con Mateo, hizo una breve oración y libróle del demonio. Otras veces confesó el demonio que Ignacio era el mayor enemigo que tenía en el mundo; pero ahora lo mostró, no solo con palabras, sino también con obras; porque intentó quitarle la vida. Vino estando el Santo durmiendo y echóle la mano á la garganta para apretársela y que no pudiese pronunciar el nombre de Jesús, que era el arma con que se defendía de semejantes asaltos: no obstante, haciendo mucha fuerza, dijo: Jesús, con una gran voz, y al sonido de este poderoso nombre huyó el enemigo y él quedó vencedor, aunque ronco por muchos días, de manera que no podía hablar. El mozo Mateo, desatado de las prisiones del demonio, rompió también las del mundo y se entró Monje Camandulense, y se llamó Fray Basilio.

Pasados los tres días trajo el mismo Fray Teodosio á los compañeros de San Ignacio un papel firmado de su mano en que decía: Que le parecía se encargase el Padre Ignacio del gobierno de la Compañía, sin admitirle excusa ni dilación alguna; porque ésta era la voluntad de Dios. Leyóse el papel estando juntos todos los compañeros, y San Ignacio, conociendo claramente ser esta la voluntad de Dios, bajó el cuello y aceptó el cargo de General á diez y nueve de Abril de mil quinientos y cuarenta y uno. Y nota Orlandino, que admitió San Ignacio el cargo de gobernar la Compañía de Jesús por el tiempo que su gran patrón San Pedro recibió el de apacentar el rebaño de Cristo. Mas ¿quién ha habido tan ambicioso de las dignidades y que las haya buscado, como San Ignacio las aborrecía y huía? ¿Quién no se admira de tantas diligencias como hizo para no ser General? ¿Quién no se pasma más de tan profunda humildad con que se juzgaba indigno y inhabil para gobernar la Compañía, el que Dios había escogido para fundarla? ¿Y cómo podía tenerse por tan gran pecador el que era tan gran santo? Pero éste es un enigma que nunca se acaba de desatar, y no entendemos el lenguaje de la humildad de los Santos los que carecemos de su perfección. Lo que podemos decir es, que sobre tan profunda humildad y resistencia á las dignidades, se había de fundar el voto de los profesos de la Compañía, de no pretender dignidades ni admitirlas fuera de la Compañía, sino es obligados, con precepto de quien se lo pueda mandar.

Elegido Prepósito General, determinaron Ignacio y los compañeros hacer la profesión solemne el viernes siguiente, que era veinte y dos de Abril. Salieron este día á visitar las siete Iglesias, que son las principales Estaciones de Roma, y pararon en la de San Pablo, que es una de ellas, apartada del ruido y bullicio de la gente. Aquí se reconciliaron unos con otros, y después dijo San Ignacio Misa en la capilla de Nuestra Señora, donde estaba entonces el Santísimo Sacramento, y llegando el tiempo de recibir el Cuerpo de Cristo nuestro Señor, teniéndole en la una mano y en la otra su profesión escrita en un papel, volviéndose á los Padres la leyó en voz clara con grande devoción, y luego recibió el Cuerpo y Sangre de Cristo nuestro Señor. Después hicieron su profesión los otros compañeros, según la fórmula que está en las Constituciones, sin guardar orden de antigüedad, y así la hizo inmediatamente después de San Ignacio el Padre Juan Coduri, que fué de los últimos, ó el último compañero; y luego comulgaron de mano del Santo. Acabado este acto de tanta devoción, se fueron al altar mayor, y allí se abrazaron y besaron á San Ignacio la mano; derramando todos muchas lágrimas de consuelo, dando gracias á Dios porque les había dejado ver aquel dichoso día, en que sin reservar nada de sí, se le habían ofrecido en holocausto. Después prosiguieron con la misma devoción, visitando las Iglesias que les faltaban.

Hablo aquí solamente de los compañeros que hicieron la profesión en Roma con San Ignacio, y no de los otros que la hicieron en otras ciudades, sino es Bobadilla que la hizo después en Roma, estando para partirse á Alemania; pero no se puede callar la devoción anticipada de San Francisco

Javier, con que se previno para este día, que mucho tiempo antes había deseado, con un papel firmado de su mano, que dejó al Padre Diego Laynez, cuando se partió á Lisboa; en que después de haber dicho que asiente las Reglas y Constituciones de la Compañía, que Ignacio con los otros compañeros estableciere, y las aprueba cuanto es de su parte, y promete la guarda de ellas, añade: «Juntamente después que la Compañía fuere confirmada y elegido Prepósito, desde ahora para aquel tiempo prometo perpétua obediencia, pobreza, y castidad; y así te ruego, mi Padre carísimo Laynez, para servicio de Dios nuestro Señor, no dejes de ofrecer esta mi voluntad en lugar de mí, que estoy ausente, al Prepósito general que elegiréis con los tres votos Religiosos; porque desde ahora para el día en que fuere elegido prometo guardarlos; y en fe de mi ánimo y sentir, confirmo este escrito con mi firma, en Roma, año de mil quinientos y cuarenta, á quince de Marzo.»

CAPITULO IV

Como empezó San Ignacio á gobernar la Compañía, y avisos que dió á sus hijos

En viéndose San Ignacio General de la Compañía, pareciéndole que su oficio era ir delante de todos con el ejemplo y ser el primero en la humildad, como lo era en la dignidad, empezó su cargo ejercitándose en los oficios más humildes de la casa, hasta hacerse despertador de los demás, y mozo del cocinero; siendo cosa maravillosa ver á un varón tan venerable, Superior y Padre de todos, traer la leña, encender el fuego, y guisar la comida, barrer, fregar y obedecer al cocinero, como si el cocinero fuera el General, y él fuera el cocinero.

Luego fué su primer cuidado instruir á los suyos en un modo uniforme de vida, para que como eran unos en la profesión, lo fuesen en el proceder; y dióles mientras salían las Constituciones unos avisos generales de cómo se

habían de portar con Dios, consigo y con los prójimos, los cuales se leían en todas las Casas y Colegios, y se guardaban con grande exacción, y son los siguientes, que podemos llamar el bosquejo y primeras líneas de nuestras Constituciones.

1.° Tendremos cuidado de guardar el corazón con mucha limpieza, en el amor de Dios; de suerte, que ninguna cosa amemos, sino á sólo Dios, y deseemos conservar con el prójimo por amor de él, y no por nuestros gustos y entretenimientos.

2.° No hablar sin necesidad, para edificación suya, ó de algunas personas, dejando aquellas cosas que no hacen al provecho del alma; como querer saber nuevas y cosas del mundo, procurando siempre tratar en cosas de humildad y de mortificación de la voluntad, y no en cosas que hagan reir y murmurar.

3.° Ninguno quiera ser tenido por decidor, ni se precie de pulido, ni discreto, ni bien hablado; mirando á Cristo, que todo esto tuvo en nada, y eligió ser despreciado por nosotros de los hombres, antes que honrado y tenido.

4.° No queramos ver, ni hacer cosa que no se pueda hacer delante de Dios y sus criaturas; y así nos imaginaremos siempre delante de él.

5.° Con ninguno se porfiará pertinazmente, mas con paciencia daremos razones, con intención de declarar la verdad, y porque nuestro prójimo no quede en error, y no por llevar la nuestra adelante.

6.° Una de las cosas en que nos hemos de fundar, para agradar á Nuestro Señor, será el echar de nosotros todas las cosas que nos puedan apartar del amor de los hermanos, trabajando de los amar con entrañable caridad; porque dice la Suma Verdad: *In hoc cognoscent omnes, quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.*

7.° Si alguno hiciere alguna cosa de poca edificación, y por eso le pareciere que le han de tener en poco y menos de lo que antes le tenían; humillándose pida perdón á aquellos, que de su mal ejemplo se podían escandalizar, pidiendo

Universidad de Deusto Biblioteca

también penitencia á su Superior, y de muchas gracias á Dios, que le ha permitido abajarle, porque sea de todos conocido por quien es; y no quiera ser tenido por mejor delante de los hombres, de lo que es delante de Dios; y los hermanos que lo viesen, piensen que podrán ellos caer en mayores flaquezas, y rueguen á Dios por la enmienda de ellas.

8.° En nuestros mayores, *et qui nobis præsunt,* debemos siempre contemplar la persona de Cristo, que representan; y en nuestras dudas recurrir á ellos, teniendo por cierto, que por ellos nos ha de regir nuestro Señor.

9.° No debemos callar las tentaciones, ni aún aquellos pensamientos que parecen buenos; mas debemos comunicar con nuestros Confesores, ó Superiores: *Quia Satanas transfigurat se in Angelum lucis;* y todas nuestras cosas debemos hacer por parecer y consejo de nuestros Padres Espirituales, más que por el nuestro; antes el nuestro le debemos tener por sospechoso.

10. En el conversar, habernos hemos modestamente; trabajando por no nos mostrar tristes y graves, ni muy alegres y disolutos; mas como dice el Apóstol: *modestia vestra, etc.*

11. Nunca difiramos las buenas obras pequeñas, con pensamiento de otras mayores en otro tiempo; porque tentación es muy común del enemigo, ponernos siempre la perfección en las cosas futuras, y inducirnos al desprecio de las presentes.

12. Todos perseverantemente estemos en la vocación á que el Señor nos llamó: *Ne primam fidem irritam faciamus;* porque suele el enemigo á los que están en el desierto dar tentaciones de comunicar con los prójimos y aprovecharlos; y á los que aprovechan al prójimo, suele poner gran perfección en el desierto en vida solitaria, y así vá asido de lo que está lejos para nos impedir lo que está presente.

Aunque vivía San Ignacio con sus hijos en casas alquiladas, tenía ya Iglesia propia, que era la de Nuestra Señora de la Estrada, á la falda del Capitolio, algo estrecha, pero en lugar acomodado para nuestros ministerios; porque Pedro Codacio, sacerdote honesto y noble, de familia pontificia, muy estimado en Roma de los Príncipes y Cardenales, habiendo entrado el primero de la nación italiana en la Compañía, alcanzó que nos diesen este templo antes de confirmarse la Compañía. Aquí, por cuarenta y seis días contínuos, explicó San Ignacio la doctrina cristiana á los niños, llenándose siempre la Iglesia, no tanto de niños, cuanto de mujeres y hombres de todos estados, sacerdotes y seglares, nobles y plebeyos, y entre ellos muchos varones doctos y de autoridad. Su modo de explicar era este: declaraba primero algún misterio ó misterios de la fe, y repetía muchas veces aquellas verdades, que era menester guardase la gente ignorante en la memoria: después tomando ocasión de los puntos que había tratado, pasaba á reprender los vicios, y exhortar á las virtudes con palabras toscas, mal limadas y pronunciadas, por no saber bien la lengua italiana, pero con tanto fervor, espíritu y eficacia, que al acabar la plática, en lugar del aplauso vano que se suele dar á la humana elocuencia, salía la gente triste, sin hablar palabra, con los ojos bajos, mirándose á sí mismos, y descontentándose de su vida y costumbres: muchos se iban derechos á los pies del confesor llorando y suspirando y no podían decir sus pecados de puro dolor y lágrimas, como afirman el Padre Diego Laynez, que oía confesiones entonces en nuestra Iglesia, y el Padre Pedro de Ribadeneyra, como testigo de vista; y añade Ribadeneyra, que era tal el espíritu y fervor con que predicaba, que parecía estar abrasado del fuego de la caridad, y arrojar llamas encendidas en los corazones de los oyentes; tanto, que aún callando él, parecía que su semblante inflamaba á los presentes, y que los ablandaba y derretía en el divino amor la inflamación de su rostro.

Escribe también Ribadeneyra (que entonces era muchacho y repetía cada día al pueblo lo que San Ignacio había enseñado el día antes), que pareciéndole á él perdían algu-

na fuerza las cosas que el Santo decía, por el mal lenguaje italiano con que las decía, le advirtió que era menester que pusiese cuidado en hablar bien, para que sus pláticas fuesen mejor recibidas de todos. Respondió que tenía razón; que notase y escribiese faltas en un papel, y se las advirtiese para que las enmendase. Hízolo Ribadeneyra, y viendo que eran muchas las palabras impropias, y defectos que cometía en hablar, los dejó de notar, y le dijo, que aquello le parecía cosa sin remedio, porque era menester enmendar casi todas las palabras. A que respondió con grande paz: «Pues Pedro, ¿qué haremos á Dios?» Queriendo decir: si Dios no me ha dado más, ¿qué tengo de hacer, sino servirle como puedo con el talento que me ha dado? ¿Qué humildad era la de Ignacio, que en la corte de Roma se ponía á predicar, sabiendo que su lenguaje le podía ocasionar la risa y desprecio de todos? ¿Y cuál era la fuerza de su espíritu, pues en la misma patria y empóreo de la elocuencia era estimado y seguido como gran predicador el que apenas sabía hablar? ¿Quién no admira más esta rudeza y barbaridad con que el Padre predicaba, que el dón de lenguas que ha concedido el Señor á tantos de sus hijos, para anunciar el Evangelio á las gentes y naciones?

Conociendo San Ignacio que estaba á su cargo todo el mundo, para cuya salud había Dios enviado la Compañía, como lo mostró cuando pidiéndole D. Juan el Tercero seis de sus compañeros para la India Oriental, respondió: «Si de diez que somos, se lleva seis la India, ¿qué quedará para lo restante del mundo?»; solícito de la salud de todos los mortales, y abrasado de aquella caridad de Dios, con que desea que todos los hombres se salven, empezó á repartir sus hijos por diversos reinos y provincias, que los llamaban, ó necesitaban de su enseñanza, y á diversas Legacías donde los enviaba el Sumo Pontífice, y á la fundación de las Casas y Colegios, que ya pedían en muchas ciudades. Por esto llama el Padre Juan de Polanco á la Casa Profesa de Roma, donde Ignacio estaba, Corazón de la Compañía de donde empezó á vivir toda ella, Cabeza de donde tuvieron principio sus acciones y movimientos, y Estómago de donde se reparte el alimento para conservar y aumentar la virtud de todo el cuerpo. Al mismo San Ignacio comparaba Paulo III á Eolo, rey de los vientos; porque como este, según las fábulas, repartía los vientos para excitar tempestades, Ignacio enviaba sus hijos por todas partas á hacer estragos en la herejía é infidelidad. Al despedirlos decía con unas palabras de fuego: *Ite, omnia accendite, et inflammate.* Id y encendedlo todo, abrasadlo todo en el fuego del amor divino. Y es de maravillar cuán pendientes estaban los hijos de la voluntad del Padre para ir y volver donde los mandaba, siendo como los animales del carro de la gloria de Dios, y Ignacio el espíritu que los regía y el fuego que los abrasaba, caminando centenares y millares de leguas para llevar la gloria de Dios donde no era conocida ó era despreciada, con tanta velocidad, que en menos de un año estaba extendida la Compañía por Italia, España, Francia, Alemania, Irlanda, Portugal, la India, produciendo en tan diversas tierras este arbol recién plantado maravillosos frutos de vida para salud de las gentes.

No se excusa de decir aquí el modo con que caminaban entonces los nuestros, según la instrucción de San Ignacio, muy semejante al estilo que guardaron los primeros Padres desde París á Venecia, y de Venecia á Roma, y al que guardan ahora nuestros peregrinos en los dos años de noviciado. Aunque los viajes fuesen largos, los hacían á pie, mal vestidos, pidiendo limosna, durmiendo en los hospitales si los hallaban, ó sino en algún pajar ó albergue pobre, que les daban por amor de Dios. Cuando no hallaban qué comer, ó dónde dormir, socorríanse con algún dinerillo, que para este fin llevaban guardado. Al salir y entrar en las posadas hacían oración; á todos los que encontraban en el camino exhortaban á la penitencia y frecuencia de sacramentos, oración y todo género de virtudes; y cuando paraban en algun pueblo por descanso del camino, salían á las plazas á predicar la palabra de Dios, y mover los hombres á penitencia; confesaban y comulgaban

los domingos, ó más amenudo los que no eran sacerdotes. Había entre ellos suma paz, y tanta conformidad, que todos querían lo que quería uno, siguiéndose la voluntad del que la manifestaba primero, aunque todos procuraban ocultarla, dejando que quien iba señalado por superior determinase lo que se había de hacer. El más flaco iba adelante, como regla del caminar, y los demás le seguían, acomodándose á su paso; si alguno caía enfermo, se detenían todos con él algunos pocos días, esperando que pudiese seguirlos; mas si la enfermedad duraba, quedábase con él uno, que parecía más apropósito para servirle y regalarle, y los demás proseguían su camino. Todos iban alegres y regocijados en el Señor, y la hambre, sed, fatigas y demás penalidades del camino las tenían por regalo y descanso; y si algún trabajo sentían, no era el suyo, sino el de los compañeros.

CAPITULO V

Vida que hacían por este tiempo los de la Compañía

Para nuestro consuelo ó estímulo, y á lo menos para gloria de Ignacio, que era el alma del cuerpo de la Compañía, conviene decir la vida que hacían los nuestros en este tiempo, que era como el estado de la ley natural de la Religión; que habiendo tan poco escrito, no por eso era menos perfecto, como tenía la regla viva del Fundador, que con palabras y ejemplos afervorizaba los tibios, apresuraba los fervorosos, y á todos hacía correr por el camino de la perfección.

En la Casa Profesa de Roma, donde el Santo vivía estaban todos abrasados en amor de Dios y de las almas, sin tener otro deseo que de cargarse con la Cruz de Jesucristo, ni otro cuidado más que aprovecharse á sí, y á sus prójimos; la humillación tenían por honra, la pobreza por riqueza, el ayuno por regalo, la mortificación por delicias; ninguno tenía más voluntad, que no tener voluntad, ni otra

ambición que de los oficios bajos, ni otra codicia que de lo peor de casa, ni otra contienda, que sobre servir á todos, y no ser servido de ninguno. No se conocía la envidia, sino se daba este nombre al ánsia que cada uno tenía de imitar las virtudes que veía en los demás; no se oían quejas, sino es cuando uno quitaba al otro el trabajo por aliviarle de él, y nadie decía mal sino de sí mismo. El Padre Pedro Canisio, habiendo estado un poco de tiempo en esta Casa; escribiendo á uno de ella, dice, lamentándose de haber perdido tal Casa y tal Padre y Maestro: «En esa Escuela se aprende la pobreza rica y la servidumbre libre, la humildad gloriosa y el amor noble de Jesucristo Crucificado. Verdaderamente siempre que me acuerdo de la hermosísima filosofía, cuyo magisterio tenéis siempre vosotros pronto; conozco el bien que perdí saliendo de ella, y siento que me acusa mi conciencia de negligente y perezoso, porque en el breve tiempo que ahí estuve, no me aproveché con más cuidado de tan oportuna enseñanza.» Esto dice Canisio, y se puede decir en una palabra, que en aquella casa moraban las virtudes, como en casa propia, y parecía un cielo en la tierra, cuyos habitadores se podían llamar angeles terrenos, ó hombres celestiales, parecidos á los angeles que subían y bajaban por la escala de Jacob; porque después de haber subido á Dios por la contemplación, bajaban á los hombres por la predicación para subirlos á Dios; al fin no había motivo más poderoso para moverse á la piedad, que mirar tales ejemplos de que tenemos un suceso singular.

Había venido á Roma de las partes septentrionales un mancebo de grandes prendas naturales, tan engañado de los errores de Lutero, que todo su deseo y pretensión era engañar á otros para desengañarlos, como él pensaba; pero cuando procuraba con falso celo pervertir por varios modos á cuantos podía, fué delatado á los inquisidores de Roma; hiciéronle prender, y puesto en la carcel, compadecidos de su edad y aficionados á su ingenio, en que estaba la culpa y la disculpa, procuraron por sí mismos y por medio de

Universidad de Deusto Biblioteca

grandes teólogos, desengañarle y traerle á la verdad católica. El, que estaba muy poseído de el error, ó hacía vanidad de no rendirse á los argumentos de quien procuraba convencerle, perseveraba con pertinacia en su engaño, hasta que por último remedio llamaron á Ignacio, cuya santidad sabían tenía más eficacia que todas las razones humanas: contáronle el caso, pidiéronle que le tuviese algunos días en casa, por si podía reducir aquella oveja al rebaño del Señor. Dolióse el Santo Padre de la perdición de el mancebo, admitióle con grande benignidad, tratóle con mucho amor, procurando con buenas palabras y mejores obras ganarle la voluntad. Empezó el mancebo á pagarse de la afición que el Santo y sus hijos le mostraban, y reparando mucho su vida y costumbres, admiraba la conformidad de voluntades, la modestia y compostura de el porte, la gravedad de las palabras y la santidad de las oraciones; y como la virtud naturalmente se hace amar de los que la miran, casi sin echarlo de ver, se iba mudando su corazón, y el que antes aborrecía las medicinas y los médicos, ya amando los médicos, perdió el horror á las medicinas. Oía de buena gana los consejos que le daban y no le parecía demasiado sujetar el entendimiento á los que había rendido la voluntad, con que los Padres pudieron desengañarle, y él conoció sus errores, y los detestó y lloró y se reconcilió con la Iglesia. Preguntado de algunas personas ¿cómo habiendo estado tan pertinaz á todas las razones y argumentos, que tantos y tan grandes Teólogos le proponían, ahora se había reducido con las palabras de los Padres? Respondió agudamente: que á los desengaños que quisieron entrar por los oídos, se pudo hacer sordo, pero á la luz que entraba por los ojos, no pudo hacerse ciego ni resistir; porque viendo tan santa vida, tan loables costumbres, tanta caridad y amor en los Padres de aquella casa, se persuadió que no podía faltar la verdadera fe donde moraba la santidad.

Uno de los ejercicios que más edificaban á Roma, era la asistencia de los nuestros á los hospitales, que ocasionó la enfermedad al primero que murió de la Compañía, después

de confirmada. Este era hermano del Padre Diego Laynez y se llamaba Marcos, que oyendo decir que su hermano había entrado en un Orden de clérigos, temiendo no se enredase en alguna herejía, como los tiempos eran tan peligrosos, rezó por él tres años enteros el Credo, y al fin, con instinto de Dios, vino á Roma para ver á su hermano, y con sus consejos y los Ejercicios de San Ignacio, se determinó á entrar en la Compañía, y siendo enviado al hospital como todos los novicios, sirviendo á los enfermos con extraordinario fervor y humildad, le dió una calentura, de que murió á los treinta de julio de mil quinientos y cuarenta y uno, y apareciéndose luego á su hermano, le dijo que consolase á sus padres y los dijese que no estuviesen tristes y desconsolados por su muerte, porque él estaba muy alegre y gozoso en la Bienaventuranza. Con estas nuevas de el premio que daba Dios en el cielo á los hijos de Ignacio, de que había muchas á los principios, animaba el Señor á todos á trabajar fielmente en la viña del Señor.

No era diferente de la de Roma la vida que hacían en París, Pádua y Lovaina, algunos mancebos escogidos que tenía el Santo Padre en las Universidades, habilitándose con el estudio de las ciencias para el empleo de las almas, ni la que hacían todos sus hijos en los Colegios que se iban de nuevo fundando. Pero merece particular memoria el fervor que plantó en el Colegio de Coimbra el Padre Simón Rodríguez; porque fuera de las penitencias y mortificaciones que hacían dentro de casa, mayores de las que suelen caber en fuerzas humanas, los que eran más conocidos en la ciudad por su nobleza ó prendas, salían con algún traje que causase confusión, para ser despreciados de los que antes eran estimados, y burlarse del mundo, siendo burlados de él. Por las noches mandaba el Padre Simón Rodríguez á algunos que saliesen por las calles y en medio de las tinieblas dijesen á grandes voces: Infierno ¡Infierno! para aterrar con estas palabras á los que estaban en pecado mortal. Otros decían en las calles y plazas: ¡Ay de vosotros, pecadores miserables! ¿cuándo habéis de dejar de pecar, ha-

Universidad de Deusto Biblioteca

biendo tan pronto de morir? Algunas noches enviaba el Padre Simón algunos que dijesen á gritos: «¡Tierra, tierra: ve á la plaza á oir la palabra de Dios». Seguíalos á la plaza mucha gente y allí, subiéndose uno de los estudiantes sobre una mesa, hablaba de la muerte, de el juicio y rigor de la cuenta que les había de pedir el Supremo Juez de todas las obras, palabras y pensamientos; y acababa convidando para el sermón del día siguiente, que había de predicar Francisco Estrada, que era entonces estudiante. ¿Quién no vé aquí el acto de contrición, que se hace ahora de noche por las calles? que ha parecido novedad á los que ignoran nuestras historias, siendo solo resurrección de la costumbre de nuestros mayores. Preparado el pueblo de esta manera, predicaba Estrada el día siguiente con gran fervor y elocuencia cristiana. Muchos se apartaban de sus vicios; otros reprehendían estos fervores, teniéndolos por demasiados, y los que no se conocían ó no miraban sus pecados, decían que esto era bueno para predicar á los moros ó á los herejes, no para cristianos y católicos. Finalmente era tal su vida, que ninguno murmuraba de ellos en toda la ciudad sino de que eran demasiado fervorosos y celosos, como lo cuenta con admiración el sapientísimo Doctor Martín de Alpizqueta, por otro nombre, el Doctor Navarro, bien conocido por su piedad y doctrina.

«Preguntados—dice—en secreto fuera de Portugal, en nombre de un excelentísimo consejo, qué sentíamos de la nueva Compañía, y qué adivinábamos acerca de ella, respondimos: Que el buen juicio y presagio que teníamos de ella, se había aumentado con lo que vimos y observamos por espacio de siete años en su primer Colegio de Coimbra, lo cual hubimos por un milagro; porque siendo aquel Colegio el primero de toda su Orden y gobernándose con las leyes naturales, divinas y comunes, (por no haber aún recibido las reglas con que la común libertad se coarta en las Religiones) y viviendo ciento y más Colegios, sustentados del rey con gran liberalidad, todos estudiantes y mancebos y de la misma calidad que los estudiantes seglares, y teniendo tanta libertad como los que vivían fuera de los Colegios y Monasterios, de tal manera, que podían salir de el Colegio y de la ciudad, aunque fuesen solos y no pidiesen licencia al Prefecto, á todas las obras de piedad que el Espíritu Santo les dictaba, visitando á todo género de gente, hombres y mujeres, enfermos y sanos, malos y buenos, para apartarles de lo malo y exhortarlos á lo bueno; y siéndoles contraria casi toda la ciudad, la Iglesia Catedral con todos sus párrocos y todos los monasterios, así de religiosos como de religiosas, y á lo menos tácitamente también la Universidad, y siendo todos estos que acabo de decir agudos, curiosos y por su genio inclinados á novedades y á inquirir vidas ajenas, y prontos á murmurar con sal y gracia de lo que saben, según su costumbre; siendo, pues, esto así, en todo aquel tiempo no oí jamás murmurar de ninguno, ni sériamente ni en chanza, ni poner mancha de vicio en alguno, sino solo de que mortificaban demasiadamente su carne y sensualidad, abatiendo su honra y la de sus parientes, usando de vestidos viles y haciendo de buena gana, en utilidad de su Colegio, todos los oficios que les mandaban por bajos y humildes que fuesen, dentro y fuera de casa, pública y privadamente, y que proponían con demasiada eficacia, aunque con utilidad, de día y de noche, la vanidad de el mundo, clamando que los hombres eran tierra, polvo y ceniza: la cual detracción, bien considerada, era una grande alabanza.»

«Y verdaderamente, no sin razón, tuvimos esto por milagro; lo uno, porque apenas se ha oído jamás, que haya habido alguna congregación de tantos mancebos, que vivan con tanta libertad entre tantos clérigos, religiosos, estudiantes, ciudadanos, inclinados á morder y censurar y contrarios á ellos, sin que alguno fuese notado en tanto tiempo con alguna nota de vicio y aún sin que muchos fuesen infamados, murmurados y castigados pública ó privadamente. Lo otro, porque San Agustín, *Quantumlibet*, 47. *dist. ad Vincent. Donatistam*, dice que son raros los Colegios de hombres, aunque sean pequeños y de ancianos, cuales eran los

Universidad de Deusto Biblioteca

suyos, en que no haya alguno de estos colegas que sea notado de algún vicio, por estas palabras: «Por más cuidado que haya en mi casa de la disciplina religiosa, hombre soy y vivo entre hombres; y no soy tan arrogante que presuma que mi casa es mejor que el arca de Noé, donde entre ocho hombres se halló un reprobo: ó que la casa de Abraham, á quien se dijo: Echa fuera la esclava y á su hijo; ó que sea mejor, que la casa de Isaac, al cual se dijo, hablando de los hijos que tenía Rebeca su mujer en el vientre: A Jacob amé y á Esau aborrecí.» Lo otro, porque de un Colegio de el Obispo Osio, *in cap. Osius, de elect.* el eruditísimo Nicolás, Arzobispo de Palermo, colije, que aunque ninguno de el pueblo en singular, se deba presumir malo en duda, con todo eso puede con razón juzgar cada uno, que en el pueblo hay algunos malos.»

«Este testimonio hemos querido dar, primeramente para gloria de Dios y de nuestro Señor Jesucristo, de cuyo nombre se apellida la dicha Compañía, el cual de muchas maneras muestra ser verdad en ella lo que uno dijo *en Glosa, cap. Nisi cum pridem, de renunciat. verb. Spiritus.*

Tu spiras ubi vis, tu munera dividis ut vis.

Scis cui das quod vis, quamtum vis, tempore quo vis.»

«También para que sepan todos los otros Colegios de la misma Orden, extendidos ya con maravillosa celeridad por todo el orbe cristiano, con cuán gran milagro empezó á florecer el primero de todos en Coimbra, corte antiquísima de los reyes de Portugal, y ahora Academia ínclita y muy florida. Ultimamente, para que se acuerden cuanto deben trabajar para conservar siempre el nombre y fama que adquirieron en aquel penoso nacimiento, y cada día más y más aumenten lo que hacen, para que correspondan los fines á los principios.» Hasta aquí el Doctor Navarro.

Llegó presto la fama de las obras que hacía la Compañía á los reverendísimos y amantísimos padres de la Cartuja, aunque tan retirados, á quienes nunca nos mostraremos bastantemente agradecidos; porque el año de mil quinientos y cuarenta y cuatro, tres años después de confirmada la Compañía, celebrando los dichos Padres Capítulo General en la Cartuja, quisieron hacer hermandad con la Compañía, y comunicarla el tesoro grande de sus merecimientos; la cual se hizo con grande conformidad y interés de la Compañía, y alegría de aquellos venerabilísimos Padres, como se ve por las letras siguientes:

«Fray Pedro, humilde Prior de la mayor Cartuja, y todos los otros Definidores de el Capítulo General de la Orden Cartujana, al Reverendo en Cristo, Padre y varones devotos, Ignacio, Prepósito General y á todos los otros sus hermanos de la nueva Compañía de Jesús, en cualquiera parte que estuvieren desean aquella salud que el Señor tiene aparejada á los que le aman.»

«Habiendo oído, hermanos en el Señor dilectísimos, la fama y olor suave de la ejemplar conversación de vuestras reverencias, de su saludable doctrina, voluntaria pobreza y todas las demás virtudes, con las cuales resplandecen en las tinieblas de este miserable siglo y procuran encaminar por la estrecha senda de la salud á los que andan descaminados y perdidos, de animar á los flacos, de esforzar y despertar á su aprovechamiento á los que están en pie, y el fruto grande que con sus trabajos y ministerios acarrean á la Santa Iglesia católica; mucho nos habemos gozado en el Señor y le habemos hecho gracias, por haberse dignado en ésta tan grande calamidad de su Iglesia, que padecemos, enviar nuevos obreros á su viña, acordándose de su misericordia, y queriendo nosotros cooperar con nuestra pobreza y ayudar en esta santa obra á Vuestras Reverencias, les rogamos y pedimos, por la caridad de aquel Señor, que no dudó ofrecer su ánima en la Cruz por nosotros, que no reciban en vano la gracia del Señor, sino que perseveren en su santo propósito y en todas las cosas se hayan como ministros de Dios con mucha paciencia, y no desmayen entre los trabajos, y peligros y persecuciones que se suelen ofrecer á todos los que quieren piadosamente vivir; porque sino desmayan, á su tiempo cojerán, y nosotros, hermanos, si algo pudiéremos delante de el divino acatamiento con

nuestros sacrificios, oraciones y todos los otros piadosos ejercicios (de los cuales hacemos á Vuestras Reverencias y á todos sus sucesores en la vida y después en la muerte, estrechamente partícipes) con muy entera voluntad ayudaremos sus piadosos trabajos en el Señor, pidiéndoles por su amor, que también Vuestras Reverencias nos reciban en la comunicación y participación de sus buenas obras. Dada en la Cartuja, y sellada con nuestro sello el jueves después de la Dominica *Cantate*, del año de el Señor de mil quinientos y cuarenta y cuatro, celebrándose nuestro Capítulo General.»

Lo que se debe advertir aquí, es que no fué Pedro de Sardis el General que hizo este decreto, como pensó Ribadeneira y Orlandino, porque este fué elegido General el año de mil quinientos y cincuenta y tres, nueve años después que se hizo el decreto; sino Pedro de Leydis, que fué elegido General el año de mil quinientos y cuarenta, y murió el de mil quinientos y cuarenta y cinco, como lo nota el Padre Teófilo Raynaudo en el elogio de San Ignacio, que intitula: *Sanctus Ignatius Loyola anima mundi.* El nombre de Pedro con que se llamaron ambos, fué causa de esta equivocación.

CAPITULO VI

Obras insignes que en Roma fundó San Ignacio y persecuciones qae por ellas padeció

No estaba ya en uso la Decretal de Inocencio Tercero de que los médicos no curen á los enfermos hasta que se hayan confesado; de lo cual se seguía, que muchos morían sin recibir los sacramentos, y otros los recibían cuando no estaban para ello; porque como los hombres que han vivido olvidados de que han de morir, piensan que es pronunciar la sentencia de su muerte avisarlos que se confiesen; los amigos de la carne, por no dar tan triste nueva al miserable enfermo, no le avisan de su peligro hasta que ya está

más en la sepultura que en la vida: justo castigo, que mueran desprevenidos los que vivieron descuidados, y se olviden de sí en la muerte, los que se olvidaron de Dios y de la cuenta en la vida. Veían esto con lágrimas los ojos de Ignacio y de sus hijos, llamados á confesar algunos de estos enfermos; y afligido de la perdición de tantas almas, se fué á Paulo III, y le contó lo que pasaba, rogándole que renovase la Decretal, y para que se practicase con más suavidad, la pusiese una moderación; que el médico pudiese visitar una y dos veces al enfermo antes de confesarse, pero no la tercera: así lo hizo el Papa y después Pío V lo estableció en un *propio motu.*

En Roma había muchos judíos obstinados como siempre lo están, en el aborrecimiento de Cristo y de los cristianos. A estos procuró San Ignacio alumbrar y desengañar; y persuadiéndose, que muchos dejaban de convertirse por no perder sus haciendas, alcanzó de Paulo III, que hiciese una Constitución para que los judíos que en adelante se convirtiesen á nuestra santa fe, no perdiesen nada de sus haciendas, como antes se usaba; y que los hijos que venían á la fe contra la voluntad de sus padres, les heredasen enteramente, y aún lo que habían ganado con usuras, cuyo dueño no se reconociese, pues la Iglesia suele aplicarlo á obras pías, alcanzó se les aplicase á ellos mismos en beneficio del Santo Bautismo, para que no costándoles dinero á estos hombres codiciosos el ser cristianos, recibiesen más facilmente el Bautismo. Y porque no había lugar señalado donde se recogiesen, separados de los otros judíos y sus malas persuasiones, los que se querían convertir á nuestra santa fe, ni tenían maestros que los instruyesen en los misterios de ella; no reparando en la estrechura de nuestra casa, que era mucha, ni en la pobreza, que era grande, recibió en ella por algunos días á los que se querían reducir, y los sustentaba y doctrinaba, y después de bautizados y bien enseñados, los ponía á algún oficio, para que viviesen cristianamente entre los cristianos. Por esta caridad, que usaba con los convertidos, se

Universidad de Deusto Biblioteca

convertían otros muchos; entre los cuales hubo algunos muy principales de letras y autoridad entre ellos, que estando desengañados, desengañaban á los demás, mostrándoles por las escrituras, que su esperanza era ya desesperación, esperando al que había venido, y su ley una sombra que había desaparecido con la luz: Que no tenía por maestro y profeta á Moisés, quien no creía sus profecías y quería que durase más su ley que lo que él quiso; ni le estimaba con el aprecio justo, quien le anteponía al que anunció el mismo Moisés y todos los otros profetas. Que eran más dichosos que sus padres, porque poseían al que desearon ellos con tantas ansias, y se hacían sumamente infelices, queriendo antes porfiar en una vana esperanza, que admitir una verdadera profesión.

Para que esta obra fuese perpétua, procuró que se hiciese en Roma una casa de Catecúmenos, donde se sustentasen y doctrinasen los judíos que pedían el santo bautismo, y finalmente á costa de grandes trabajos, lo consiguió y puso en perfección. Después mandaron Julio III y Paulo IV, que todas las Sinagogas que hay en Italia pagasen cada año cierta suma de dinero para sustentar esta casa de los Catecúmenos, que persevera hoy, para perpétua memoria de la caridad de Ignacio y testimonio de que la Iglesia católica no desecha á ningún género de gente, y tiene la puerta abierta para recibir á todos los que se quisieren acojer á ella, como á puerto seguro. No hablo de el cuidado que ponía en reducir los moros y turcos que había en Roma, de que no pocos fueron bañados con el agua del bautismo. Por el fruto que esperimentó de esta casa, escribió á sus hijos que andaban en la India, que fundasen en ella casas de Catecúmenos, donde se criasen los hijos de los gentiles, para ser después maestros de los demás, y ellos lo ejecutaron con grande emolumento de la religión cristiana. A Jayo aconsejó también que instituyese, en Alemania, Seminarios donde se criasen mancebos hábiles en virtud y letras sagradas, que fuesen después predicadores y curas de almas, y importaron en Alemania estos Seminarios más de lo que se puede decir.

Había en Roma grande número de mujeres perdidas, que eran otros tantos lazos de Satanás para prender á los mancebos, ó tizones del infierno para abrasar la ciudad en llamas de concupiscencia. Procuraba el Santo con incansable desvelo apagar este fuego y sacar aquellas mujeres de su mal estado, porque no se perdiesen á sí y á tantos como llevaban tras sí; pero aunque muchas, movidas de sus palabras deseaban mudar de vida, las detenía la necesidad de sustentar la vida, no sabiendo qué hacer por no haber casa donde se recogiesen estas mujeres, porque en el Monasterio de Santa María Magdalena, que llaman de las Arrepentidas, no recibían sino las que querían ser religiosas, y no todas podían ó querían tanta perfección, ó por ser casadas ó por no tener ánimo para vida tan contraria á la que habían seguido. Deseó Ignacio que se instituyese una casa donde se recibiesen todas las que quisiesen salir de sus culpas; las casadas hasta reconciliarse con sus maridos y las solteras hasta tomar estado. Comunicólo con muchos señores y señoras principales, y todos ofrecían ayudar con sus limosnas á la obra, si hubiese quien se quisiese encargar de ella, no queriendo empezar ninguno por no empeñarse en mayores gastos. Viendo el Santo que se pasaba el tiempo y ninguno comenzaba, como la caridad es más animosa para semejantes obras que la riqueza y el poder, le dijo al Padre Pedro Codacio, Procurador de nuestra casa, el cual sacaba á la sazón unas piedras grandes de las ruinas de un antiguo edificio en una plaza que estaba enfrente de nuestra Iglesia: «Vendedme esas piedras, y hacedme de ellas hasta cien ducados.» Hízolo Codacio, y padeciendo la casa mucha necesidad, ofreció el Santo los cien ducados á la obra, diciendo: «Si no hay quien quiera ser el primero, sígame á mí, que yo lo seré.» Siguiéronle muchos, y así se comenzó y acabó esta insigne obra en el templo de Santa Marta, donde se instituyó una Cofradía, que se llamó de Nuestra Señora de Gracia, la cual tenía cuidado de proveer de lo necesario á las mujeres que se apartaban de su mala vida y recogían á esta casa, y tres matronas ho-

Universidad de Deusto Biblioteca

nestas y graves, tenían tres llaves con que estaban cerradas, porque á ninguna que entraba se dejaba salir, sino es á las casadas para volver con sus maridos, y á las solteras para casarse ó entrar monjas. Dióles por confesor al Padre Diego de Eguia; y era tan grande y extraordinario el fervor de espíritu que Dios las comunicó, que muchos predicadores en los púlpitos las ponían por ejemplo, de que movidas muchas doncellas honestas quisieron entrar en aquella casa, y á pocos años, de recogimiento de mujeres perdidas, se convirtió en monasterio de vírgenes muy observantes, en que dura hasta hoy; y las mujeres convertidas se pasaron á la casa que llaman de Pii.

Aún más admirable se mostraba la caridad de San Ignacio en las diligencias que hacía para sacar estas mujercillas de sus culpas; porque siendo en Roma de tan grande autoridad, estimado y venerado de todos por su cargo, y mucho más por su santidad; cuando alguna se quería recoger, la acompañaba él mismo por las calles públicas, hasta dejarla en la casa de Santa Marta ó de alguna señora principal, donde estuviese guardada y fuese enseñada en toda virtud, antes que hubiese esta casa, en que le ayudó particularmente Dona Leonor Osorio, mujer de Juan de Vega, Embajador entonces de el Emperador Carlos V. Decíanle algunos, más prudentes á lo de el mundo, que celosos de la gloria de Dios; que perdía el tiempo y el trabajo en procurar sacar á estas mujercillas de su mala vida, porque como estaban tan acostumbradas á la culpa, fácilmente volvían á ella. A los cuales respondía San Ignacio unas palabras dignas de su caridad: «No tengo yo por perdido este trabajo, antes os hago saber que si pudiera con todos los trabajos y cuidados de mi vida, hacer que una de estas mujeres sola una noche dejase de ofender á mi Dios, los tendría todos por muy bien empleados; y esto, aunque supiese que después había de volver á sus culpas.»

También hizo que se fundasen dos casas para los huérfanos, una para niños y otra para niñas, donde tuviesen asegurada su castidad y fuesen criados en toda virtud;

aprendiendo juntamente oficios con que después se sustentasen y sirviesen á la república. Para socorrer á las doncellas, cuya castidad peligra por su descuido y poca virtud de las madres ó por la pobreza y necesidad que padecen, alcanzó que se instituyese el monasterio que se llama Santa Catalina de Funarils, en que viven en recogimiento y virtud, hasta que en edad competente toman estado de casadas ó religiosas. Todas estas casas ó recogimientos se gobernaban por las leyes que San Ignacio les dió; y á ésta de las doncellas han dado los Sumos Pontífices muchos privilegios, y uno especialmente, que los que gobiernan ésta casa, pueden llevar á ella las doncellas que están en peligro de perder su castidad, aunque sea contra la voluntad de sus padres.

Callando los frutos que estas obras y otras que instituyó en Roma San Ignacio, han producido en todo tiempo, quiero decir el modo prudente con que las ejecutaba. Comunicaba el intento con personas graves y celosas, inclinadas á obras de caridad, para que le ayudasen con su consejo y autoridad al logro de su deseo; y después de haber conferido con ellas las razones y allanado los inconvenientes que se ofrecían, se iba á algunos hombres principales, ricos y devotos, y les persuadía que concurriesen con sus limosnas á cosa tan de el servicio de Dios, de que se habían de seguir grandes bienes á las almas. En dando principio, buscaba un Cardenal protector, á cuya sombra creciese la obra; escribía, con aprobación de los mismos á quien había comunicado el intento, reglas con que se gobernase; instituía una hermandad que con su celo la conservase y perpetuase; y en viéndola asentada y que podía por sí caminar y subsistir, daba su lugar á otra, y la dejaba para entender en otra semejante de el servicio de Dios, porque no sabía estar ocioso, y siempre buscaba nuevos modos y caminos de aprovechar á sus prójimos.

Sentía mucho el demonio las almas que San Ignacio le quitaba, y levantó contra él dos persecuciones, harto peligrosas si no tuviera tan propicio al Señor en Roma. Un

Universidad de Deusto Biblioteca

cierto Mateo de San Casiano, que tenía cabida en el Palacio de el Pontífice, tomó una mujer casada, á su marido; la cual arrepentida, deseando salir de el adulterio y entrar en la casa de Santa Marta, lo consiguió por medio de San Ignacio. Cuando supo el adúltero la fuga de la mujer, saliendo de sí con la pasión, como hombre loco y desatinado, se fué de noche á la casa de Santa Marta y la apedreó, diciendo mil blasfemias y amenazas, acompañándole otros mancebos, cuyas amigas estaban también en esta casa, los cuales continuaron por cuatro meses apedreando las ventanas y diciendo abominaciones; y como supo Mateo que Ignacio era el autor de esta obra, se volvió contra él y contra toda la Compañía, diciendo de él y de sus hijos cuanto se le venía á la boca; y cuando los encontraba en la calle les decía tales afrentas y cosas tan sucias que sólamente tal boca las podía pronunciar, y ninguna pluma, sino la suya las pudiera escribir; porque no contento con lo que decía de palabra, hizo libelos infamatorios en que decía tantas maldades y tan abominables sacrilegios, que los nuestros apenas osaban salir de casa, porque cuantos hombres perdidos encontraban les decían oprobios ó echaban maldiciones, como á hombres que habían venido á Roma para su destrucción. Sufrió Ignacio y calló por algún tiempo, hasta que conoció que se embarazaba el servicio de Dios, porque los calumniadores se hacían más atrevidos con el silencio, y muchos se retiraban de nosotros, turbados de lo que oían, aunque no acababan de creerlo, por ser testigos de lo contrario sus ojos. Entonces se fué á Paulo III y le suplicó que hiciese ver esta causa en justicia, y cometiese á los jueces más rectos y enteros, que hallase, la inquisición de los delitos que se imputaban á él y á sus hijos, para que la verdad se aclarase y no fuese Dios ofendido ni padeciesen los inocentes con escándalo de los flacos. Y aunque el Sumo Pontífice estaba bien satisfecho de la inocencia y santidad de Ignacio y de toda la Compañía; por condescender con sus ruegos cometió la causa al Gobernador Francisco Micheli y á su Vicario general Pilipo Archinto. Estos hicieron su pesquisa con gran diligencia, y hallando tales informes de la virtud de Ignacio y sus hijos, que podían servir, antes para su canonización que para su condenación; pronunciaron sentencia á once de Agosto de mil quinientos y cuarenta y seis, en que los declaraban inocentes de todo cuanto les imputaban, engrandeciendo su vida y doctrina, y el provecho que hacían en las almas; y obligaron á los calumniadores á desdecirse de palabra y por escrito de cuanto les habían imputado; y por los ruegos de el Santo que, según su costumbre, intercedió por ellos para que no los diesen otra pena, ni les tocasen en la persona, no padecieron mas riguroso castigo. Y pudo tanto la verdad y la caridad con Mateo de San Casiano, que admirado y confundido, resfriándose aquel amor loco, se arrepintió de su culpa y amó y alabó tanto después á Ignacio, cuanto le había aborrecido y calumniado antes; cumpliéndose lo que dice el Apóstol, que quien hace bien á su enemigo, junta y amontona ascuas encendidas sobre su cabeza para abrasarle en su amor.

Acabada esta persecución, se levantó otra, por la Casa de los Catacúmenos. Cuidaba de ella un sacerdote seglar, y imaginando que Ignacio le era contrario en el gobierno y que se hacía más caso de lo que el Santo quería que de lo que él mandaba, movido de envidia, empezó á infamarle públicamente y á sus hijos, diciendo que eran herejes y otras muchas calumnias; y concluía, que habían de quemar en una hoguera al Padre Ignacio. No quiso en este caso volver por sí, sino vencer con el silencio y paciencia, esperando que Dios volvería por su causa; lo cual hizo presto Su Majestad, porque sin pretenderlo San Ignacio, se vinieron á descubrir tantos y tan graves delitos de el mal sacerdote, que por sentencia pública fué suspenso perpétuamente de el ministerio sacerdotal, privado para siempre de todos los oficios y beneficios que tenía, y encerrado en una carcel por todos los días de su vida. De esta manera pagó la pena de el talión; siendo infamado y condenado el que pretendió infamar y condenar á los inocentes.

Universidad de Deusto Biblioteca

CAPITULO VII

Trae San Ignacio á la Compañía á Jerónimo Nadal y Miguel de Torres, y despide á Guillermo Postel

Ibale Dios enviando á San Ignacio hijos, y á la Compañía soldados, para que pudiese conquistarle las almas que el demonio le tenía tiranizadas; y aunque muchos entraron en Roma y otras partes por el ejemplo de los nuestros y por medio de los Ejercicios espirituales, solamente cuento dos vocaciones de dos principalísimos sugetos, Jerónimo Nadal y Miguel de Torres, que se llegaron á San Ignacio en Roma traídos de sus palabras, de sus Ejercicios, y de sus oraciones.

Era Jerónimo Nadal mallorquín, de agudo ingenio y singulares prendas, señalado en las lenguas latina, griega y hebrea, y no menos en Filosofía y Teología; sabía mucho de Matemáticas, pero tenía tanta estima de sí, que no le parecía haber quien supiese más. Había sido en Alcalá condiscípulo de Laynez y Salmerón, y estudiaba en París al mismo tiempo que Ignacio juntaba los compañeros. Conociendo el Santo sus grandes talentos y pareciéndole capaz de ser un gran ministro de la gloria de Dios, si los consagrase á su servicio, procuró ganarle para su compañero. No quería entonces Nadal tanta pobreza y humildad, aunque huía los vicios y frecuentaba los sacramentos, porque estaba muy prendado de las esperanzas de el mundo que le cerraban los oídos á los desengaños. Diéronle varios asaltos Fabro y Laynez, y á todos se resistió, y últimamente á Manuel Miona, confesor de San Ignacio, con quien él se confesaba también, que le persuadía se hiciese su compañero; mas como Miona entones no lo fuese (aunque después entró en la Compañía y fué gran siervo de Dios y hijo muy regalado de su Madre) le arguyó Nadal: «¿No eres tú Ignaciano y quieres que yo lo sea? Si tan bueno es seguir á Ignacio, haz lo que aconsejas y ve delante, que yo veré después lo que me está bien.» Con todo eso tenía Nadal comunicación con Ignacio, el cual haciéndosele un día encontradizo, le llevó á una parte retirada para leerle una carta que escribía á un sobrino suyo, persuadiéndole con muchas y eficaces razones á dejar el mundo y seguir á Cristo; y preguntóle en amistad, ¿qué le parecía de la carta y si hallaba en ella algo digno de enmienda? ponderándole juntamente las principales razones, con pretexto de dar razón de lo que escribía. Entendió Nadal el arte y ni tenía qué responder á los desengaños, ni se hallaba con ánimo de vida tan perfecta como Ignacio y los compañeros profesaban; y por no mostrar flaqueza, se escusó de la perfección con la misma perfección, y sacando el libro de los Evangelios, le dijo: «A este seguiré yo, no á tí ni á tus compañeros, porque esta sé yo que es doctrina de Jesucristo; pero tú y los tuyos, ¿qué sé yo quién sois? Ni ahora os entiendo, ni sé en lo que habeis de venir á parar.» Y con esto se fué muy de priesa y en adelante huía de Ignacio y sus compañeros, temiendo no le encantasen, persuadiéndole el desprecio de el mundo.

Volvióse á Mallorca y aquí anduvo diez años fluctuando entre diversos pensamientos y deseos, porque no se contentaba con la vida que tenía, aunque no era mala, ni se atrevía á emprender otra mejor: quería seguir á Cristo, y temía dejar el mundo. No pudiendo sosegar, consultó á un ermitaño llamado Antonio, que habiendo vivido antes en una cueva, vivía entonces en una cisterna seca, á quien él estimaba por santo: éste le exhortó á que se diese á la oración, y haciéndolo, le vinieron deseos de juntar compañeros para aprovechar á las almas por medio de la predicación, como hombre á quien Dios había concedido el espíritu de la Compañía, si se dejara gobernar de su voluntad; que le quería para soldado, no para capitán; para seguir á Ignacio, no para que otros le siguiesen á él. Por este tiempo se fundó y confirmó la Compañía, y se partió á la India San Francisco Javier y acertaron á venir cartas á Mallorca de los muchos millares de almas que convertía en el Oriente el

Santo Apóstol; y acordándose Nadal de lo que había dicho á Ignacio en París, que no sabía en que había de parar él y sus compañeros, se decía á sí mismo con admiración: «¡Ves aquí en lo que ha parado Ignacio, en fundar una Religión que tanto fruto hace en la Iglesia! ¡En esto ha parado Javier, su compañero, en sér apóstol de un nuevo mundo! ¡Qué es posible que de aquellos principios se han seguido tales fines!» Y dando un golpe con el puño en una mesa, dijo: «Aquí algo hay.» Con esto se determinó de ir á Roma, no para entrar en la Compañía, sino para pedir á Ignacio algunas reglas de bien vivir. Comunicó su intento con el anacoreta, y éste le persuadió, que en todo caso hiciese este viaje, quizá por alguna luz que tuvo de lo que había de suceder. Partióse con sentimiento de sus parientes, á principio de Julio de mil quinientos y cuarenta y cinco, y llegó á Roma entrado Octubre. Habló con el Padre Jerónimo Domenec, y este le llevó á San Ignacio, con quien trató familiarmente; hasta que un día se quejó al Santo de Laynez y Domenec, porque le persuadían á hacer los Ejercicios, que era tanto como persuadirle que entrase en la Compañía, para la cual no tenía virtud ni talentos. A que le respondió San Ignacio: «Bien podéis hacer los Ejercicios, que eso os será muy provechoso; y de la vocación á la Compañía, no estéis solícito, porque ese es negocio de Dios, y si él os llamare, no faltará en que os ocupéis en ella.» Pensando mejor las cosas, vencido, aún más de las oraciones que de las razones del Santo, á quien el mismo Nadal atribuye toda su felicidad, entró en los Ejercicios, determinado á no entrar en la Compañía, sino es que Dios, con alguna manifiesta revelación se lo mandase; y á los principios empezó á desear ardientemente tener alguna visión celestial ó otra señal con que le declarase su voluntad. Harto se la declaraba, si él la quisiera entender, porque se sentía interiormente tan movido á entrar en la Compañía, que no podía hallar sosiego en otra cosa; pero no asintiendo la voluntad á lo que persuadía el entendimiento, escribía razones por una y otra parte, de si convenía seguir á Ignacio, esforzándose á hallar solución á los argumentos con que estaba convencido. Confesóse con el Santo de toda su vida, y él le dijo: Que Dios quería, que como habíamos usado antes mal de las potencias y sentidos en ofensa suya, así después de recuperada la gracia por la penitencia, usemos de todos esos dones de Dios para su servicio. Esto le inclinaba más á la Religión, pareciéndole que en ella sola podía recuperar bien el tiempo perdido y restaurar el malogro de los talentos; pero temiendo querer lo que ya quería, y dejar lo que no quería, luchaba con Dios, sin darse por vencido, hasta que considerando, en el ejercicio de las banderas, las razones que hay para seguir á Cristo en pobreza, humildad y desprecio del mundo; queriendo responder á ellas y no sabiendo, cansada la cabeza y fatigado el ánimo, parecía estar para desesperarse, cuando rayando la luz de el cielo en su alma, esclareciendo su entendimiento y ablandando su voluntad, se rindió á Dios víctima voluntaria; y hallándose de repente con gran serenidad, tomando la pluma escribió estas palabras: «De todas las razones que he traído por una y otra parte para la elección de la vida religiosa, las que me apartaban de Cristo son tan flacas, que no es menester refutarlas, y las mismas cosas que antes me retraían, ahora me atraen; porque después de bien examinado hallo, que no hay cosa que se oponga á esto, sino es mi amor propio y el horror que tiene la carne á la Cruz de Cristo; y en esto conozco ciertamente que Dios me llama, porque el mundo, el demonio y la carne, me procuran detener, á los cuales ofende todo lo que toca al cielo y al espíritu: y así, aunque resistan todos estos enemigos y me pongan todas las dificultades que á un hombre se le pueden ofrecer; en el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, determino y resuelvo seguir los consejos evangélicos, haciendo los votos de la Compañía de Jesús, y estoy aparejado á observar religiosamente lo que en ella se observa, aunque quieran que luego me obligue con voto; y todo esto, con sumo temor y temblor, confiado en la misericordia que ha usado conmigo Jesucristo Nuestro Señor, lo voto ahora con

toda el alma, toda la voluntad y todas mis fuerzas. A él sea la gloria. Amen. En el día veinte y tres de Noviembre, después de diez y ocho días de ejercicios.»

Después de este voto, quedó lleno de un gozo y alegría toda celestial y divina, premio de su resolución; y el mismo día añadió otro voto de hacer los votos que hace la Compañía, aunque ella no le quisiese recibir; y después le estrechó más, diciendo no quería tener libertad de hacer estos votos en otra Religión, sino es que la Compañía no le admitiese para ninguno de sus ministerios, ni el ínfimo; y en caso que fuese excluído, haría los votos donde la Compañía le señalase. Para que se vea cuán flaco es el hombre para resistir á Dios, y cuán liberal anduvo con Dios y con la Compañía, después de la abundante gracia, el que antes se resistía tanto á Dios y huía tanto de la Compañía; mas al fin pudieron más las oraciones de San Iguacio, que todas sus repugnancias y contradiciones; y entrando en la Compañia no le faltaron ocupaciones, antes tuvo muchas, y de mucha gloria de Dios en Italia, Sicilia, España, Portugal y Africa, y ayudó á San Ignacio en el gobierno de la Compañía, y publicó las Constituciones en gran parte de Europa; y solia decir San Ignacio, que para desenredar un negocio intrincado y dificultoso y concluirle con felicidad, no era facil hallar otro como Nadal. Toda la vida tuvo sentimiento de haber perdido la gloria de ser uno de los primeros compañeros de San Ignacio, por no habérsele llegado en París; pero sino fué de los primeros, á ninguno sino á ellos fué segundo en la Compañía. Y al que entraba para los primeros empleos de ella con tanto caudal de letras y fama de hombre señalado, le mandó San Ignacio dos días después servir al cocinero y al hortelano, cavando la tierra, barriendo, fregando y obedeciéndoles en cuanto le mandasen, y él estaba más contento y gozoso entre estos oficios humildes, que jamás había estado entre los aplausos y estimaciones del mundo. Sobre este fundamento de humildad edificó San Ignacio en el Padre Nadal un alto edificio de perfección, y después de haberle ejercitado

en los oficios ínfimos de la casa, le ocupó en los primeros cargos de la Religión. Fué esta entrada el año de mil quinientos y cuarenta y cinco, y antes se había dado por discípulo y hijo de San Ignacio, Miguel de Torres, cuya vocación no es menos admirable que la de Nadal, aunque costó menos trabajo al Santo Padre.

Estudió Miguel de Torres en Alcalá, Filosofía y Teología, fué Catedrático de Artes, Colegial Mayor y Rector de la Universidad, y tan estimado por sus letras y prudencia, que fué escogido entre todos los Colegiales Mayores y Doctores de la Universidad, para defender en Roma el pleito que ella tenía contra el Cardenal D. Juan de Tavera, Arzobispo de Toledo que pretendía sujetarla á su jurisdicción. Llegó á Roma por el mes de Septiembre de mil quinientos y cuarenta; llevaba mala opinión de San Ignacio por las voces que sembraba el demonio por medio de sus ministros, para desacreditar la Compañía y embarazar el fruto que hacía en las almas; por eso miraba al Santo y á sus hijos con horror, sin querer hablarlos ni aún verlos. Comunicaba familiarmente con Juan de Vega, gran protector de la Compañía; decíale éste grandes alabanzas de San Ignacio, pero él no perdía su opinión. Sabiendo Salmerón el mal concepto que Torres tenía del Santo, rogó á Juan de Vega que le introdujese con él, porque deseaba hablarle. Diciéndoselo Juan de Vega, respondió: «¿Qué dirán los que me vieren tratar con unos hombres que se han huído de España, por no caer en manos de la Inquisición? ¿Y qué se dirá de mí en Alcalá, cuando se sepa?» Al fin, después de muchas instancias y importunaciones del Embajador, dijo, que hablaría á Salmerón, pero de noche y disfrazado de manera que ninguno lo entendiese. Así se hizo, vino el Doctor Torres disfrazado en casa del Embajador, donde estaba Salmerón; hablaron los tres á solas y por conclusión de la plática le pidieron Salmerón y el Embajador, que hablase una vez sola á Ignacio; escandeciose y dijo: «Eso no haré yo, porque ese Ignacio es el que en España quisieron quemar; y si me vieran hablar con él los

españoles, me tuvieran por sospechoso en la fe. Rogáronle, que á lo menos disfrazado en un lugar fuera de Roma le hablase, y él vino en ello con mucha dificultad, y muy contra su voluntad.

Vistióse Miguel de Torres de camino, y de noche salió de Roma como quien hacía un viaje, y llegó solo al puesto donde San Ignacio le esperaba. Iba muy prevenido y armado de razones, como quien iba á hablar con un hombre cauteloso y sofista, que engañaba facilmente á los que trataban con él; pero en poniéndose á la vista del Santo, aún no le había hablado Ignacio cabales diez palabras (como el mismo Torres confesaba después) cuando trocado su corazón, se arrojó á sus pies, pidiéndole perdón del mal concepto que había tenido de él, y se puso en sus manos para hacer cuanto le mandase, porque á todo estaba dispuesto. Dióle Ignacio los Ejercicios en un lugar fuera de Roma, y él los hizo con mucho fervor y salió de ellos con deseo de ayudar á las almas en cuanto pudiese, pero sin intento de ser de la Compañia; mas viendo que San Ignacio estaba inclinado á que se quedase con él, le dijo: «Trátelo V. Paternidad con Dios, y lo que su Majestad le diere á entender, eso haré yo de muy buena gana.

Dijo San Ignacio tres Misas á la Santísima Trinidad por este intento, como solía en graves negocios, y saliéndose un día al campo con Torres, le dijo: «Señor Doctor, yo he dicho tres Misas por el negocio que v. md. me encomendó, y me ha sido respondido que v. md, se entre en la Compañía», y íbale á dar algunas razones, lo cual no permitió el Doctor Torres, diciendo: «No, Padre, si por razones vá, quizá tendré yo otras que responder á las que V. Paternidad me diere; y á mi bástame saber que la benditísima ánima de V. Paternidad lo siente así que es voluntad de Dios que yo entre en la Compañía para que yo lo haga»; y allí hizo voto de entrar en la Compañía, aunque no le quiso recibir luego San Ignacio, hasta que concluídos felizmente sus negocios, diese cuenta de ellos á su Colegio y Universidad. Cuando se volvió á España le mandó San Ignacio que pasase por Gandía, y confirmase al Duque D. Francisco de Borja en el voto que tenía hecho de entrar en la Compañía, y al Duque escribió de la misma manera que confirmase en su voto al Doctor Torres, queriendo el prudentísimo Santo, que los dos se confirmasen mútuamente en su vocación, y se encendiesen como los carbones encendidos que se aplican uno á otro; y así lo hicieron y se consolaron mucho de verse con los mismos deseos y propósitos de seguir á Jesús.

Vuelto á Alcalá, vivió en su Colegio Mayor con hábito de colegial y espíritu de la Compañía, hasta que el año de mil quinientos y cuarenta y siete, pidiendo el Cardenal D. Francisco de Mendoza, Obispo de Coria, á nuestro Padre San Ignacio algunos hijos suyos para fundar un Colegio en la Universidad de Salamanca, escribió el Santo al Doctor Miguel de Torres estas palabras: «El Cardenal D. Francisco de Mendoza me pide le envíe algunos de los nuestros para fundar un Colegio en Salamanca, que él quiere dotar; no tengo á quien encomendar esto sino á V. Reverencia, y así podrá tomar uno ú dos compañeros de los que en este Colegio de Alcalá están, y irse con ellos á Salamanca por Superior.» Obedeció al punto el Doctor Torres; vistióse el hábito pobre de la Compañía, tomó del Padre Villanueva, Rector del Colegio de Alcalá, la noticia que pudo de nuestro modo de proceder y con los Hermanos Pedro Sevillano que sabía bien de las cosas de la Compañía, y Juan Gutierrez, hermano del Padre Martín Gutierrez, se partió á Salamanca dejando una Cátedra de Teología que le ofrecían, y una Canongía de Zaragoza. Amóle tanto San Ignacio, que decía: «Quien tocare al Doctor Torres, me toca á mí en las niñas de los ojos.» Valióse de él para negocios gravísimos y empresas de la gloria de Dios; hízole Visitador de Portugal, Provincial de Andalucía, y de Portugal donde fué Confesor de la Reina D.ª Catalina. Y habiendo ilustrado la Compañía con sus grandes letras y excelentes virtudes, y defendídola de graves persecuciones con prudencia y paciencia, principalmente en Salamanca al fundar

Universidad de Deusto Biblioteca

aquel insigne Colegio; sabiendo algunos años antes, de boca de San Francisco de Borja, que era del número de los predestinados, murió lleno de días y de merecimientos á veinte y tres de Octubre de mil quinientos y noventa y tres, y subió su alma á la gloria en un globo de fuego, indicio de la caridad, que en él resplandeció singularmente. Decía este venerable Padre, que en más de cuarenta años nunca había dejado la oración, y nunca había experimentado en ella alguna dulzura.

No cuidaba menos San Ignacio de desembarazar su Religión de los sujetos inútiles ó dañosos, que traer á ella provechosos operarios para la gloria del Señor; y de muchos de prendas relevantes á los ojos del mundo, que despidió de la Compañía por faltarles la virtud, que él estimaba sobre todas, me contento con referir el suceso del famoso Guillermo Postel, que fué por este tiempo. Era normando, y había corrido mucha parte del mundo, muy buen filósofo, teólogo, médico, eminente matemático, y profesor regio de esta facultad en la Universidad de París; sabía excelentemente la lengua latina, griega, hebrea, caldea y otras muchas, y tenía impreso un Arte de doce lenguas, jactándose que podía ir desde Francia á la China, entendiendo y siendo entendido, sin intérprete, de todas las naciones que hay enmedio. Al fin era hombre en quien se habían juntado las ciencias y buenas letras á componer un milagro de erudición y sabiduría, muy estimado por esto de Francisco Primero, Rey de Francia, y de Margarita, Reina de Navarra, y de muchos Cardenales. Vino á pie de París á Roma para entrar en la Compañía, por lo que había oído y visto de ella; recibióle San Ignacio por el afecto con que lo pedía y esperanzas que daba de ser provechoso en adelante; pero poco á poco fué descubriendo lo que era, y algunas opiniones extravagantes, fundadas en su engañado juicio y sacadas de los rabinos y otros autores hebreos; adivinaba también lo venidero, haciendo profecía los sueños de su delicada cabeza. No hubo medio de blandura ni de rigor que no tomase el Santo para desengañarle por sí

y por medio de los Padres Laynez y Salmerón, que le aconsejaron leyese solamente á Santo Tomás: remitióle también al Vicario del Papa que era hombre sabio y prudente; y como nada bastase para poner en razón á Postel, le despidió de la Compañía, mandando á su hijos que ninguno le hablase ni saludase, como á hombre de poco sana doctrina y que iba ya á despeñarse en errores. En saliendo de la Compañía estuvo algunos días en casa de un Cardenal, de quien se valió para que Ignacio le volviese á recibir, aunque ningunos ruegos ni autoridad fueron poderosos; y al Cardenal pagó el hospedaje adivinándole cosas que era facil persuadir á quien las deseaba. Después dió en mayores desvaríos, y se hizo maestro de herejías; y en Venecia se dejó llevar de manera de la afición á cierta religiosa llamada Madre Juana, que osó decir que en una venida que había de hacer Cristo dentro de pocos años, sería ella Redentora de las mujeres, como Cristo lo había sido de los hombres, y compuso de este asunto un libro, que intituló *de Virgine Veneta*. A esta locura llega un espíritu, que hinchándose con la licencia, llenándose primero de propia satisfacción, previene hospedaje al espíritu de la vanidad, que lo es juntamente de la mentira y el error. Fué en Venecia preso de la Inquisición, y llevado á Roma puesto en estrecha carcel: quiso escaparse por una ventana, pero cayó y se quebró un brazo, y con las voces que él mismo dió fué sentido y vuelto á la carcel, y apretado con más fuertes prisiones. Finalmente, en la Sede vacante de Paulo Cuarto, ó concluída su causa, ó por fuga, como dicen algunos, salió de la carcel y se fué á Basilea, y de allí á Francia, donde no dejó el oficio de adivino, aunque le había servido tan poco su arte, que no le descubrió las desgracias que le habían de suceder: aquí también enseñó algunas herejías, hasta que de más de cien años murió católico, según algunos afirman, abjurados sus errores.

Universidad de Deusto Biblioteca

CAPITULO VIII

Avisos que dió San Ignacio á los Padres Laynez y Salmerón, enviados al Concilio de Trento del Papa Paulo Tercero

Habiendo ajustado Paulo Tercero las paces entre el Emperador Carlos Quinto y Francisco Primero, trató de juntar el Concilio de Trento contra Lutero, y los otros Herejiarcas que afligieron en aquel siglo la Iglesia. Envió por sus Legados á los Cardenales Juan María de Monte, que después fué Papa Julio Tercero, y á Marcelo Cervino, que también fué Papa, y en su asunción se llamó Marcelo Segundo y al Cardenal Reginaldo Polo; y escogió por sus Teólogos al Padre Diego Laynez y Padre Alonso Salmerón. De Italia, España, Francia y Portugal venían al Concilio doctísimos Prelados, y de toda la Iglesia los más sabios religiosos y varones más eruditos, y era honra muy singular para la Compañía que escogiese Su Santidad sus Teólogos de la nueva Religión; por eso la temió San Ignacio como si fuera persecución por conocer las muchas que había de ocasionar á la Compañía, no de los herejes, que esas, más son para desear que para temer, sino de otros que habían de mirar el crédito ajeno, como descrédito propio; y así sucedió, porque no es facil decir, ni conviene individuar cuántas tempestades se levantaron contra la Compañía en España, por la estimación que ganaron los Padres para la Compañía en el Concilio. Menos temía la edad de los que eran enviados, porque Laynez tenía treinta y cuatro años, y Salmeron treinta, porque conocía su humildad, prudencia y santidad; pero como las grandes honras son un encanto que suele mudar los hombres mayores, ocurrió á todos estos riesgos con su gran prudencia. Previnolos con muchos días de oración, y hizo que otros también ofreciesen oraciones y sacrificios por el buen suceso de esta legacía, para que cediese en gloria de Dios

y servicio de la Santa Iglesia, y dióles saludables avisos de cómo se habían de portar en el Concilio y fuera de él, con Dios, consigo y con otros; que por resplandecer en ellos una celestial sabiduría, me ha parecido poner aquí la suma de ellos, por no defraudar al lector, de tesoro tan precioso.

«Como es menester, dice, que Dios nos ayude y favorezca para tratar con los prójimos á gloria suya y provecho de las almas, así es menester que nosotros nos ayudemos y seamos cuidadosos en nuestros ministerios, porque de otra manera haremos más daño que provecho á aquellos con quien tratamos, y ellos también nos le harán á nosotros; pues por nuestro Instituto no podemos huir el tratar con los hombres, es menester que vamos muy prevenidos y advertidos, para que les aprovechemos á ellos, y no nos desaprovechemos á nosotros; para esto, tres cosas habéis de mirar generalmente, que son tres avisos en que se contienen otros muchos. En el Concilio habéis de buscar solamente la gloria de Dios y bien de la Iglesia; fuera del Concilio habéis de procurar aprovechar á todos, según el Instituto que profesáis; en casa y entre vosotros habéis de tener mucho cuidado de no olvidaros de la propia perfección y aprovechamiento, sabiendo que esta parte es necesaria para cumplir las dos primeras, y que el día que os olvidáreis de vosotros, ni buscaréis el provecho de las almas, ni el bien de la Iglesia, ni la gloria de Dios, sino vuestra honra y interés propio.»

«Y empezando por esta tercera parte que os dispone para las otras, haya entre vosotros suma paz y conformidad de voluntades, y en cuanto fuera posible de pareceres y sentencias. Ninguno se fie de su propio juicio, ni se pague de manera de su sentir que desprecie el de los demás; antes tenga su juicio por sospechoso y examínele muy bien, pesándole con la razón y prudencia. Pues se espera cada día que venga Claudio Jayo al Concilio, enviado del Cardenal de Augusta, todos estaréis juntos y escojeréis de noche alguna hora para conferir las cosas que se han

Universidad de Deusto Biblioteca

tratado en el Concilio, y las que se han de tratar el día siguiente. Para conservaros mejor en humildad y caridad, rogará uno alternativamente todas las noches á los otros dos compañeros, que corrijan y reprendan libremente sus faltas para que las enmiende; y no se excusará ni dará razón de lo que ha hecho, sino es que se la pidan y manden que la dé. Por las mañanas deliberaréis juntos lo que habéis de hacer en el día; y dos veces al día se pedirá cada uno á sí mismo cuenta de sus acciones.»

«En el Concilio conviene que seáis tardos y considerados en el hablar, especialmente en las cosas que se han de hacer ó determinar; en oir á los otros, atentos y sosegados, y sagaces para entender la sentencia y parecer de los que hablan, para tomar de allí ocasión de responder cuando fuere necesario, ó de consentir en ello y aprobarlo, cuando conviniere. En las disputas que se ofrecieren traeréis las razones que hay por una y otra parte, porque no parezcáis muy adictos á vuestra sentencia; y procurad con todas vuestras fuerzas que ninguno, de vuestras palabras salga sentido ó desazonado. De las cosas que trajereis no daréis por autor á ninguno de los vivos, especialmente de los primeros, y nobles, sino es habiendo mirado y tratado las cosas muy despacio, siendo iguales con todos, y dañosos á ninguno. Si las cosas que se traen á disputa piden que déis vuestro voto, diréis con gran paz, serenidad y modestia vuestra sentencia, concluyendo con estas ó semejantes palabras: *Salvo meliori judicio.* No seguiréis opiniones nuevas, que parece se inclinan á las de los herejes, ó de aquellos que siguen novedades. Y mientras la Iglesia no definiere alguna de las partes, procuraréis no asentir ni afirmar ninguna de ellas con adhesión, aunque os parezca muy probable. De una cosa habéis de estar persuadidos: que en las doctrinas, ó sean adquiridas con estudio y diligencia humana, ó enseñadas de Dios, importa mucho tratarlas despacio, como quien está sentado descansando, y no de priesa, como quien corre y va de camino con deseo de llegar al término; y así, en el disputar, no miréis vuestra comodidad y conveniencia, sino la de aquél con quien habéis de disputar.»

«Fuera del Concilio no perderéis ocasión de aprovechar á todos en cuanto pudiereis; antes buscaréis las ocasiones de confesar á los que quisieren, de predicar al pueblo, de enseñar á los niños la Doctrina cristiana, de mover á los hombres á la perfección por medio de los Ejercicios espirituales; y finalmente, de visitar los hospitales y consolar y ayudar á los enfermos con gran caridad, para que el Espíritu Santo baje tanto más afluentemente sobre el Concilio, cuanto con más fervor se hubieren dado antes muchos ejemplos de humildad y caridad. En los sermones no tocaréis ningún lugar de que haya controversia entre los católicos y protestantes, sino todo vuestro sermón se ordenará á mudar las costumbres y persuadir la obediencia á la Santa Iglesia Católica. En los sermones pediréis al pueblo francamente que ruegue á Dios por los aciertos del Concilio. En el oir confesiones considerad bien lo que decís á los penitentes, y no les aconsejéis nada sin grande cautela, persuadidos que lo que dijereis al penitente á la oreja se ha de publicar después. Por penitencia les daréis algunas oraciones por el feliz suceso de el Concilio. En explicar y dar razón de los Ejercicios espirituales, y generalmente en todas las conversaciones, no consideréis que habláis en secreto, sino en público, para medir vuestras palabras y no decir nada que no queráis sepa alguno. En dar estos mismos ejercicios guardaréis estas reglas: que no daréis otras meditaciones sino las de la primera semana, sino á muy pocos, que tratan de hacer elección de vida por las reglas de las elecciones. No permitiréis que se obliguen con votos, ni los pondréis en aposentos muy estrechos. Las leyes y preceptos de los Ejercicios los mitigaréis cuando hubiere necesidad, y principalmente con aquellos que los han de hacer enteramente.»

«En el modo de enseñar la Doctrina cristiana á los niños os acomodaréis á la edad, para irlos instruyendo suavemente en los misterios de nuestra fe, explicándolos según la capacidad y condición de los oyentes; y estas doctrinas acabaréis exhortando brevemente á los oyentes á que procu-

Universidad de Deusto Biblioteca

ren, con oración, hacer á Dios propicio al santo Concilio. Cada cuarto día visitaréis alternativamente los hospitales públicos, en horas que no sean desacomodadas para los enfermos; y, fuera de confesarlos, procuraréis consolarlos y mitigar su dolor, no solo con buenas palabras, sino con algunos regalillos, según vuestra posibilidad, y también les amonestaréis que se acuerden en sus oraciones de rogar á Dios por el Concilio que se ha empezado á celebrar. En cualquier conversación ó coloquio que tuviereis con los hombres habéis de buscar ocasión de lo que más importa, que es exhortarlos á la penitencia y á toda virtud; y siempre habéis de tener delante de los ojos procurar, no solamente el provecho de uno, sino de todo el orbe cristiano. Así como en las cuestiones y argumentos es bueno hablar poco, así para excitar á los hombres á seguir la virtud y huir los vicios, ha de ser la oración larga, llena de caridad y afecto.»

Guardaron los Padres perfectamente estos avisos; porque antes de entrar en el Concilio se iban á los hospitales á servir, consolar y confesar á los enfermos; iban á las iglesias y plazas á enseñar la Doctrina cristiana y predicar la palabra de Dios. Habiendo en la ciudad muchos pobres necesitados, y muchos soldados italianos que volvían de la guerra de Alemania desnudos y muertos de hambre y de frío, buscaban á todos comida, vestido y albergue, porque no cabían en los hospitales. Cuando después de ejercitarse en estas y otras obras semejantes, entraban en el Concilio y decían su parecer con grande peso de razones, erudición de Escritura, Concilios, Santos y Doctores, y con igual modestia y circunspección no acababan de alabar y admirar los Padres del Concilio tanta ciencia junta con tanta humildad y tanta sabiduría, con tanta caridad y celo. Algunos españoles, que antes de oirlos hablar en el Concilio los despreciaban por el vestido humilde y pobre, y se corrían de que fuesen españoles, los miraban como honra de toda la nación; aunque no faltó español que, envidioso de su aplauso, concibió un odio contra toda la Compañía, que le

acompañó hasta la muerte, queriendo que pareciesen celo los celos, y en la muerte lo dejó como en herencia á los de su séquito, que persiguieron de muchas maneras á la Compañía.

Mas cuánta honra se siguió á la Religión con la venida de los tres Padres Laynez, Salmerón y Jayo, no se puede facilmente decir. Muchos prelados ignoraban el instituto de la Compañía, otros estaban mal informados; y dando razón los Padres, aun más con sus obras que con sus palabras, quedaron, no solamente informados, sino aficionados, y trataron de fundar Colegios en sus diócesis, juzgando que no podían llevar contra veneno más eficaz conta las herejías y vicios, que semejantes varones. Guillermo de Prado, Obispo de Claramonte, trató primero con Jayo del Instituto de la Compañía, después con Laynez, y propuso fundar dos Colegios; y cumpliólo tan bien, que fundó tres: el de París, el de Billon y el de Meriaco, y en todas ocasiones fué gran protector de la Compañía en Francia. Por la misma causa se fundaron muchos Colegios en España: el de Granada, el de Murcia, el de Plasencia y otros en otras partes. Y el santo Arzobispo de Braga, Fray Bartolomé de los Mártires, de la Orden de Santo Domingo, fundó en Braga un Colegio de muchos sujetos y renta, por lo cual le debe inmortales gracias la Compañía, á quien amó entrañablemente. Por esto pudo afirmar el Padre Antonio de Araoz, escribiendo de España á San Ignacio, «que los Padres del Concilio Tridentino habían ganado más opinión y estima para la Compañía en España, en solos cuatro meses, que todos cuantos en ella estaban juntos en muchos años.» De manera, que podemos decir que Dios, llevando á la Compañía al Concilio, pretendió poner el hacha en el candelero, para que luciese su sabiduría, y la ciudad sobre el monte, para que se manifestase á todos la fábrica admirable de su poderosa mano. Las otras dos veces que estuvieron en Trento Laynez y Salmerón, en tiempo de Julio III y Pío IV; guardando los mismos avisos de San Ignacio, fueron siempre acrecentando el crédito de la Compañía, que le habían ganado la primera vez.

CAPITULO IX

Como San Ignacio escribió las Constituciones de la Compañía

Desde que San Ignacio fué elegido General, rogándoselo sus compañeros y hijos, empezó á escribir las Constituciones de la Compañía, en que se detuvo algunos años, como en cosa de suma importancia y dificultad, queriendo que la misma experiencia de los sucesos de la Religión, en sus misiones y empresas, añadiese luces á la prudencia; pero las principales luces le vinieron del cielo; por eso diré las ilustraciones divinas que San Ignacio tuvo al escribir las Constituciones, porque esta es una respuesta general á las dudas que se pueden mover sobre las singularidades que ordenó en la Compañía, saber que no inventó de su cabeza este Instituto, sino que se lo enseñó el Espíritu Santo, que, siendo en sí el mesmo, es diverso en sus inspiraciones; y como habló en diversas lenguas por los sagrados Apóstoles, enseña diversos modos de vida por los santos fundadores de las Religiones, para hacer de la variedad la hermosura y vestir á su esposa, la Santa Iglesia, con aquel vestido de oro, con variedad de labores que la pinta el real Profeta en el salmo 44, y explica á este intento San Bernardo, diciendo: «No es maravilla que en este destierro donde peregrina la Iglesia haya esta manera de unidad plural y pluralidad una; pues también en la patria donde reina ha de haber alguna igualdad desigual, pues está escrito: en la casa de mi Padre hay muchas mansiones.»

En todos los negocios de la gloria divina guardaba San Ignacio una regla de consumada prudencia; que de tal manera recurría á Dios, como si él no hiciese nada, y de tal manera hacía cuanto era en sí, como si no recurriera á Dios; pero especialmente, guardó esta regla en escribir las Constituciones de la Compañía. Quien le viera orar, suplicar, instar, pidiendo al Señor luz y conocimiento de su voluntad, con oraciones, sacrificios y penitencias, pensara que tenía ociosa la prudencia, y que pretendía que Dios con su mismo dedo le escribiese la ley, como á Moisés en el monte; y quien le viese pensar, discurrir, examinar, conferir y volver á mirar muchas veces las mismas cosas que tenía muy examinadas y pensadas, creyera que, olvidado de la confianza, lo fiaba todo de la industria.

Para escribir se retiraba de el bullicio de la gente, á un lugar apartado, ó en su aposento, poniendo por guarda de la puerta al Padre Bededicto Palmio, que no dejase entrar á ninguno. Había leído las Constituciones y Reglas de todas las Religiones y notado los diversos sucesos y estados de ellas, advirtiendo las causas de su mayor fervor ó descaecimiento, para ocurrir cuánto sufre la fragilidad humana, expuesta siempre á mudanzas, á los riesgos de la caída. Con todo eso, al escribir no tenía en su aposento más libros que el de los Evangelios y el Contemptus Mundi, y guardaba este método, que podrá aprovechar á los que desean acertar los grandes negocios. Propuesto el punto que se había de resolver, desnudándose de todo afecto y propia inclinación, se ponía indiferente entre los dos extremos, y pedía á Dios luz para acertar con su voluntad. Luego discurría las razones que había por una y otra parte, y las escribía porque no se le olvidasen, con tanto cuidado y diligencia, que se ve hoy en Roma un papel de mano de el Santo, en el cual, en un punto no muy grave, tenía ocho razones por una parte y quince por otra. Después examinaba todas las razones muy despacio, mirando cuáles pesaban más y á cuál parte se inclinaba la balanza; y hechas todas estas diligencias, como si no hubiera hecho ninguna, no daba por resuelto aquello á que la razón le inclinaba; encomendábalo luego á Dios con lágrimas y suspiros, pidiendo que le enseñase su santísima voluntad, y luego volvía muchas veces á ponderar las mismas razones, y añadía otras de nuevo; y antes de determinar algún punto, especialmente si era grave, decía misa muchos días y tenía muchas horas de oración, para que el Señor le declarase lo que ha-

bía de ser más gloria suya y más conveniente para la Compañía; y para alcanzar esto, ponía por intercesor al Hijo con el Padre, y á la Madre con el Hijo, y á los ángeles y santos con el Hijo y la Madre, como se ve en los apuntamientos.

Cuarenta días continuados dijo misa, y se dió con más fervor á la oración y penitencia, solamente para determinar si convenía que las iglesias de nuestras Casas profesas tuviesen alguna renta para sustento de el edificio; de donde se infiere cuánto cuidado pondría en la resolución de otros puntos más graves, si para resolución de este gastó tantos días, dijo tantas misas y ofreció tantas oraciones. Y no se detenía el Santo en esta elección y determinación por falta de luz, sino por mayor prudencia y seguridad: antes todos los siete primeros días de la consultación, dice en los apuntamientos que hacía para su memoria, con estilo cortado, y á veces imperfecto, de quien escribe para entenderse, no para explicarse, que se hallaba inclinado á no dejar renta en las Casas profesas, con señales de que era esta la voluntad de Dios; y al octavo escribe: «Pasando por las elecciones con mucha tranquilidad y devoción en todo, me parecía no tener parte, ni todo, ni ser cosa asaz digna para mirar en ello, teniendo por acabado, y con mucha tranquilidad de mente, y así siempre me restaba con un no tener nada.» Y el día siguiente, habiendo dicho que ofreció á Dios no tener nada, con mucha devoción y lágrimas, añade: «Quietándome en la oblación hecha, habiendo sentido mucha claridad, á la noche, pasando por las elecciones de todo, de parte de nada, haciendo la oblación de no nada con mucha devoción, paz interior y tranquilidad de ánimo, con una cierta seguridad ó asenso de ser buena elección.» El día décimo escribe que le venía gana de no mirar más en este punto, ni considerar más razones, acordándose que Cristo envió á los Apóstoles en pobreza, y después el Espíritu Santo cuando bajó sobre ellos, y añade: «Habiendo hecho la oblación de no tener nada, dando por rata, válida, etc.» Y luego dice: «Que miraba como cosa

acabada la elección.» Y después: «Que sentía grande tranquilidad y seguridad de mente para no buscar ni querer buscar cosa alguna, teniendo la cosa por acabada.» Y el día siguiente, hablando de la luz que le comunicó Dios, de que era su voluntad no dejase nada de renta en las Casas profesas, dice: «No acabando de dar gracias á Dios Nuestro Señor mucho intensamente con inteligencia y con lágrimas de tanto beneficio y de tanta claridad recibida, no se pudiendo explicar.» Los días siguientes va diciendo la claridad grande que recibía de ser la voluntad de Dios el no tener nada, y como tenía la oblación hecha por segura, por firme, por acabada, hallando en ella satisfacción, consuelo y agrado de Dios; y con todo eso perseveró en este examen hasta los cuarenta días, pidiendo nuevas confirmaciones á la Santísima Trinidad, poniendo por intercesores á los ángeles y santos, y á Nuestra Señora y á Jesús con el Padre, las cuales alcanzó muchas veces, como él mismo escribe á cada paso en aquellos papeles; lo cual, aunque no era necesario para su seguridad, era muy conveniente para nuestro consuelo, así en este punto como en los otros más importantes de nuestro Instituto, para que sepamos entre qué luces y resplandores divinos se escribieron nuestras Constituciones. En otra parte diré algo de las visiones que tuvo por este tiempo; basta decir ahora, en general, lo que él dejó escrito: que al formar las Constituciones, tenía muchas veces presentes los Mediadores, en que entiende á JESUS y MARIA, la Madre medianera con el Hijo, y el Hijo con el Padre.

Después que había hecho una Constitución, la ponía escrita de su mano sobre el altar donde decía misa, y al ofrecer el Sacrificio, la ofrecía al Señor, rogándole con humildad que la aprobase, si aquella era su voluntad, y perseveraba en esta petición hasta que entendía claramente y sin ninguna duda, que era voluntad de Dios lo que había escrito. Donde se vé cómo el Espíritu Santo es el autor principal de nuestras constituciones, como decía San Francisco de Borja, llamándolas: *Obra divina de Ignacio, ó por me-*

jor decir, de el Espíritu Santo en él. En cuyo testimonio fué vista sobre su cabeza, cuando las escribía, una llama de fuego semejante á las lenguas en que vino el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, mostrando que el mismo que enseñó entonces á los maestros de el mundo, era el maestro que ahora dictaba á Ignacio lo que había de escribir, para formar varones apostólicos para bien de el mundo. Por este mismo tiempo preguntó San Ignacio al Padre Diego Laynez, si le parecía que Dios había revelado á los fundadores de las Religiones las reglas y constituciones de su Orden; y respondiendo el Padre Laynez que tenía por cierto que les había revelado las cosas mas substanciales y principales de su Instituto, le dijo el Santo: «Lo mismo me parece á mí.» De donde coligen con mucha razón los historiadores de su vida, que hablaba San Ignacio de experiencia; mas no sólo ahora le enseñaba Dios lo que había de escribir, porque muchos años antes le había revelado las cosas principales de el Instituto. El Padre Luis González de Cámara, en un diario que hizo de las acciones y palabras de San Ignacio, por mandado de don Juan el Tercero de Portugal, escribe que preguntándole él mismo, ¿por qué no había puesto coro en la Compañía? ¿por qué no la había dado hábito particular? y ¿por qué había ordenado las peregrinaciones de los novicios, que todas eran cosas nuevas y diferentes de lo que usaban otras Religiones? Después de haberle dado muy buenas razones, le dijo: Que estas y otras muchas cosas ordenadas en la Compañía, las había entendido en Manresa en una grande ilustración. El Padre Jerónimo Nadal en una historia manuscrita que se guarda en el Archivo de Roma, dice: Que cuando preguntaban al Santo Padre por qué había ordenado esto ó aquello en la Compañía, solía dar por razón, la ilustración de Manresa. Y el eximio Doctor Francisco Suarez *en el tom.* 4°. *de Religione*, prueba que el Instituto de la Compañía se atribuye especialmente al Espíritu Santo, no solo con aquel modo general con que manan de él todas las obras de piedad, sino también porque tuvo principio en la especial providencia con que el Espíritu Santo gobierna y defiende la Iglesia, y así ilustró, inspiró y dirigió al B. Ignacio y le reveló expresamente muchas cosas, para que no errase ni se apartase un punto de lo que más convenía á la Santa Iglesia. Callando muchos elogios, no puedo omitir lo que se escribe en nuestros anales el año de mil seiscientos y doce, que dijo Cristo á una mujer obstinadísima contra la Compañía: «Quien toca á la Compañía, me toca á mí en las niñas de los ojos, porque este Instituto salió de mi Padre.»

Han pasado las Constituciones por muchas y rigurosas censuras, y de todas han salido sin enmienda y con alabanza. Fueron examinadas en la primera Congregación General que se juntó después de la muerte de el Santo; porque no quiso él, por su grande humildad, que tuviesen fuerza hasta que toda la Compañía las aprobase, y fueron recibidas todas con suma veneración de los Padres congregados. Por el mismo tiempo, inclinándose Paulo IV á mudar algunas cosas de nuestro Instituto, dió á examinar las constituciones á cuatro cardenales de gran prudencia y doctrina, pero desafectos á la Compañía; y después de cuatro meses de exámen, las volvieron al Pontífice alabando todo, sin atreverse á quitar ni añadir nada; y Paulo IV las aprobó y confirmó, la cual aprobación, decía Nadal, que estimaba mucho, por ser de un Sumo Pontífice, inclinado á hacer alguna mudanza en el Instituto de la Compañía. También las confirmaron y alabaron otros Sumos Pontífices y el Concilio Tridentino, como inspiradas de Dios á San Ignacio. Hasta los herejes que aborrecen á la Compañía, como las tinieblas á la luz; habiendo leído con gran cuidado las Constituciones y reglas, con deseo de hallar que reprender y calumniar, admirados de la prudencia y sabiduría con que están escritas, obligados de la fuerza de la verdad, las han alabado y engrandecido; y los que porfiaron en condenar alguna constitución, la truncaron y quitaron palabras, no hallando modo de reprobarla, si la dejaban entera, queriendo más ser mentirosos que parecer necios: con que no es maravilla que los varones sabios y desapasionados las

Universidad de Deusto Biblioteca

hayan estimado tanto. El Padre Diego Laynez solía decir, que bastaban las constituciones de Ignacio para gobernar todo un mundo. El ilustrísimo señor don Fray Prudencio de Sandoval, de la Orden de San Benito, Obispo de Pamplona, hablando en las Corónicas del Emperador Carlos V, de el Instituto y gobierno de la Compañía, dice: «Es uno de los más altos y prudentes, y llenos de caridad, que se sabe haber habido en ninguna república de el mundo, y así se vé en el acrecentamiento grande que en toda la redondez de la tierra en breve tiempo ha habido.» El Cardenal Felipe Sega, solía decir que el arte con que se ordenó este cuerpo de la Compañía, tan hermoso, tan apto, tan excelente, fué totalmente divino, y no humano, y su arquitecto Ignacio le dispuso, no tanto con sabiduría adquirida con trabajo, cuanto con luz concedida de el cielo. El Cardenal Peron decía: Que después de la Sagrada Escritura, no había cosa que fuese mejor, ni obra más divina, que el libro de las Constituciones. Mas basta lo que dijo Julio III en la Bula de la confirmación de la Compañía, que en sus loables Institutos no se halla cosa que no sea piadosa y santa; en que canoniza, por decirlo así, todas y cada una de las constituciones. Y todo esto he dicho, para que los que nos preciamos de hijos de Ignacio, guardemos y estimemos sus Constituciones, como leyes venidas de el cielo.

Pero débese advertir, por conclusión de este punto, que debajo de nombre de Constituciones, se comprenden las declaraciones que están á la margen, las cuales escribió San Ignacio, no Polanco ó Nadal, como se engañaron algunos; porque San Ignacio desde el principio dividió esta obra en tres partes; una el texto, que llamamos Constituciones; otra la declaración de ellas, para poner á la margen, y otra la suma de el Instituto, que dió al Sumo Pontífice y se puso en las Bulas apostólicas de la confirmación de la Compañía. Leése esta partición en los manuscritos antiguos, y en ellos se vé, que todo es de mano de el Santo Padre. Y así no tienen solo estas declaraciones la autoridad de ser aprobadas de la Sede Apostólica, como las Constituciones que están

en el cuerpo; por lo cual deben ser tenidas por constituciones papales, por sentencia de la Roma romana; mas tienen recomendación de ser también escritas por San Ignacio, como las mismas Constituciones. De este admirable instituto me ha parecido dar aquí alguna breve noticia en gracia de los lectores, empezando por el nombre de la Compañía, que es lo primero que deseamos saber en las cosas y lo primero en que tropezaron los émulos, ó demasiado celosos.

CAPITULO X

De el nombre de la Compañía, su fin y medios en general

Varios nombres se han dado á los de la Compañía en algunos reinos y provincias; unos con algún fundamento y otros por sola ignorancia, ó uso nacido de la ignorancia. Hánlos llamado teatinos, iñiguistas, jesuitas y también apóstoles. El nombre de teatinos dió á la Compañía el vulgo por ignorancia, porque ese toca á otra Religión gravísima de clérigos Reglares que fundó don Juan Pedro Carrafa, Obispo de Teati (después Papa Paulo IV) juntamente con San Gaetano Tienne, y don Bonifacio Piamontés y don Paulo Romano; y llámase Religión de Clérigos Reglares Teatinos, por haberla fundado el Obispo de Teati, como también de San Gaetano, por haberla fundado el Santo. Y como esta Religión es de clérigos como la nuestra, y tiene alguna semejanza en el hábito y se fundó casi en el mismo tiempo; el vulgo no sabiendo distinguir entre los religiosos de ambas Religiones, acomodó el nombre de teatinos, que era algo más antiguo, á los religiosos de la Compañía de Jesús. El de Iñiguitas tuvo algún fundamento, por ser Iñigo ó Ignacio quien la fundó; pero no es este el nombre de esta Religión, ni se le ha dado ninguno que tenga autoridad, y es muy contra el deseo de su fundador. El de Jesuitas es propio, si quiere decir lo mismo que Compañía de Jesús. El de Apóstoles que dan á los de la Compañía en Portugal y en la India Oriental, heredado de San Francis-

Universidad de Deusto Biblioteca

co Javier y el Padre Simón Rodríguez y los que imitaron su celo, le rehusa cuanto es de su parte la Compañía; porque aunque procura imitar á los Sagrados Apóstoles, corriendo por todo el mundo para llevar la luz de el Evangelio á las naciones y pueblos, no quiere título tan sobre sus merecimientos.

El nombre propio y legítimo de esta Religión, es Compañía de Jesús. Así la llamó Ignacio, y antes de fundarla como vimos, mandó á sus compañeros que se llamasen de la Compañía de Jesús. Muchos, así católicos como herejes, aunque con muy diferente celo, reprendieron este nombre; pareciendo á unos desgracia tomar nombre tan alto, á otros especie de hurto y aún sacrilegio, usurpar como propio el nombre común á todos los fieles, que (como refiere San Epifanio) antes de llamarse cristianos, se llamaban en Antioquia Jeseos, como si dijéramos jesuitas ó discípulos de Jesús. Y aún afirman las historias orientales. que en el gran reino de el Catayo, los cristianos que viven entre los gentiles, se llaman de muy antiguo, jesuanos ó jesuitas. Más universal es lo que dice el Apóstol San Pablo en su primera epístola á los Corintios: *Fidelis Deus, per quem vocati estis in societatem Filii eius Iesu Christi.* Fiel es Dios, por por el cual habéis sido llamados á la Compañía de su Hijo Jesucristo. Sobre las cuales palabras dice un teólogo cuyo nombre callo, contrario siempre á las cosas de la Compañía: «Como esta Compañía sea la Iglesia de Cristo, vean los que se arrogan este título, si piensan según el modo de hablar de los herejes, que la Iglesia está solamente en ellos.» Martín Kemnicio, hereje, escribió un libro contra la Compañía de Jesús, en el cual, entre muchas calumnias, reprende particularmente este nombre, y en lugar de llamarnos jesuitas, (como nos llaman comunmente en las provincias Septentrionales) nos llama por burla, unas veces jebusitas, otras suitas, otras jesubider, que en tudesco significa enemigos de Jesús; y dice, que como los emperadores romanos se llamaban africanos, ó asiáticos ó germánicos, tomando el nombre de las provincias que sujetaban con las

armas, así los de la Compañía se llaman jesuitas, porque hacen guerra á Jesús. A Kemnicio han imitado otros muchos herejes de varias sectas, que como hacen guerra á Jesús, no quieren oir el nombre de Compañía de Jesús, porque suena á gente que alista Jesús contra ellos.

A los libros de los herejes han respondido evidentemente muchos doctores propios y extraños; pero de las calumnias de los enemigos de la fe no se debe hacer caso ni querer cerrar sus bocas, ni embarazar sus plumas, porque todas sus calumnias son alabanzas. Para satisfacer á los católicos que proceden movidos de celo, aunque no *secundum scientiam*, se debe presuponer que este nombre de Compañía de Jesús, no fué invención de San Ignacio, sino revelado de Dios, que le mandó expresamente que le pusiese á su Religión; por lo cual el Santo, siendo tan humilde que en otras cosas pedía su parecer á los que eran muy inferiores en prudencia y santidad, este puntó jamás quiso que se pusiese en duda, sino que con toda resolución dijo: Que este Orden se había de llamar la Compañía de Jesús. El Padre Juan de Polanco, que fué su secretario muchos años, hablando de el nombre de la Compañía, escribe: «Claro está, que este nombre le fué revelado á Ignacio de muchas maneras, y que fué movido con grande inclinación á ponerle el mismo Jesús que se le dió, y fué confirmado tantas veces de Dios en este punto, que le oí decir, resistiera manifiestamente á la voluntad y mandato de Dios, si dudara de poner este nombre á esta Religión. Y como muchos le persuadiesen y escribiesen, que mudase el nombre, porque no diésemos ocasión á los que murmuraban, por decir, que tomábamos como propio el nombre común; de tal manera permaneció en su propósito, que afirmó, estando yo presente, que si toda la Compañía junta y todos los hombres á quien no tuviese obligación de obedecer, juzgaran que se había de mudar este nombre, no consentiría jamás con ellos. De esta tenacidad de ánimo ó seguridad, que no cedía á ninguna razón, todos los que conocian la modestia de Ignacio y la facilidad que tenía de obrar antes por el parecer aje-

no que por el suyo, entendían que no obraba en este caso con humano impulso; porque nunca tenía esta firmeza y resolución de ánimo, si no es cuando la lumbre de el cielo le fijaba en ella, porque entonces no atendía á razones humanas.» Hasta aquí Polanco. El Padre Pedro de Ribadeneira en un libro manuscrito, entre otras cosas que confirman lo mismo, y yo dejo por nombrarse allí personas particulares, dice estas palabras: «Nuestro bienaventurado Padre Ignacio dijo al Padre maestro Jerónimo Nadal, que el nombre de la Compañía de Jesús se le había dado Nuestro Señor, y que otro que Dios no se le podía quitar. Y el año de mil quinientos y cincuenta y cuatro, escribiendo el Padre Miguel de Torres una larga disputa que había tenido en Salamanca con N. sobre el Instituto de la Compañía y particularmente sobre este nombre de Compañía de Jesús, y diciendo, que mirase si sería bien mudar para quitar la ofensión, nuestro Padre le respondió, que aquel nombre tenía mas hondas raíces de lo que el mundo sabía, y que así no había que tratar de mudarle y de tomar otro; y esto viene bien con lo que el mismo B. Padre dijo: «Que aunque todos sus compañeros fueran de otro parecer, y quisieran dar otro nombre á nuestra Religión, él no lo consintiera, porque sabía cierto, que era la voluntad de Nuestro Señor que se llamase como se llamó, la Compañía de Jesús.» Todo esto escribe Ribadeneira.

Dejando otros testimonios, ¿cual puede ser más claro de que Jesús dió á la Compañía este nombre, que no haber habido poder humano para quitársele, habiéndolo pretendido muchos y muy poderosos, á cuya autoridad no tenía resistencia la Compañía? Antes el mismo Señor que se le dió, ha querido que se establezca y perpetúe con las Bulas Apostólicas, y Decretos de los Sumos Pontífices; porque con este nombre aprobó y confirmó esta religión Paulo Tercero y Julio Tercero, y todos los otros Papas la dan este nombre; y particularmente Gregorio XIV en la Bula que empieza: *Ecclesiæ Catholicæ,* en que aprueba y confirma las cosas de el Instituto de la Compañía, que algunos habían

impugnado. Hablando de el nombre, dice: «Establecemos que el nombre de Compañía de Jesús, con que este laudable Orden fué nombrado de la Sede Apostólica en su nacimiento, se debe conservar en ella perpétuamente en los tiempos venideros.» ¿Pues cómo se podrá decir, que ha hurtado la Compañía un nombre que la ha dado Cristo y sus Vicarios? Cuán léjos está la Compañía de querer estrechar la Iglesia á su religión ninguno, lo ignora; pues saben todos con cuántos trabajos, fatigas, sudores y derramamiento de su sangre ha procurado siempre y procura hasta hoy dilatar los términos de la Iglesia, llevando la fe de Cristo á reinos y provincias donde nunca se había predicado, y á otros de donde la habían desterrado los vicios é idolatria.

Pero no es nueva esta calumnia, ni la primera vez que la envidia ha impugnado los nombres de las sagradas religiones; porque á la de Santo Domingo reprendieron algunos en sus principios, porque se llamaba Orden de Predicadores, como si no hubiera otros predicadores en la Iglesia, hasta que Inocencio Tercero, Honorio Tercero y Gregorio Nono, y otros Sumos Pontífices confirmaron á esta esclarecida Orden nombre tan merecido por su celo en la predicación de la palabra de Dios; sin que por esto digan sus hijos que no hay en la Iglesia otros predicadores. De otra manera nos habíamos de quejar de muchas santísimas y gravísimas religiones, porque han tomado el nombre de la Trinidad, ú de Nuestra Señora, como si los demás no confesáramos este Misterio ó no fuéramos devotos y siervos de la Virgen. Esto respondió Enrique Quarto de Francia á los herejes y políticos que se oponían al nombre de Compañía de Jesús: Que si les desagradaba el nombre de Jesuitas, ¿por qué no reprendían á los que se llamaban Religiosos de la Santísima Trinidad, ó del Espíritu Santo? Y que si pensaban ser ellos tanto de la Compañía de Jesús, como los que tienen este nombre, ¿por qué no decían lo mismo de las que en París se llaman Hijas de Dios? Pero ni nos quejamos, ni nos podemos quejar de los nombres de

Universidad de Deusto
Biblioteca

otras Religiones; porque tomar el nombre común, no es decir que no conviene á otros; como en la Trinidad llamar Espíritu Santo á la tercera Persona, no es negar que el Padre sea Espíritu Santo, ni que sea Santo y Espíritu el Hijo; y por llamarse Jeseos ó discípulos de Jesús los cristianos de Antioquía, no decían que no eran discípulos de Jesús los de Jerusalén y Roma; ni por haber dado la Silla Apostólica al Rey de España, título de Católico, dice que no es Católico el de Francia; como por llamar al de Francia Cristianísimo, no dice que el de España es menos cristiano. Aún más hizo San Ignacio con el humilde epíteto, que añadía al nombre de su Religión, llamándola la Mínima Compañía de Jesús; pues expresamente supuso que había otras Compañías de Jesús, de las cuales era la mínima su Religión, y que todas las Religiones eran Compañías de Jesús, mayores que la suya.

Mucho menos se debe tener por arrogancia ó soberbia, haber tomado este título; porque fuera de no haber sido elección de San Ignacio, sino obediencia al mandato de Dios, Compañía de Jesús, no quiere decir (como algunos han pensado por alabanza y otros han fingido para calumnia) Congregación ó junta de compañeros de Jesús, sino Escuadrón de soldados de Jesús que militan debajo de su bandera; como lo explicó San Ignacio, empezando la fórmula de el instituto que ofreció á Paulo Tercero, por estas palabras: «Cualquiera que en esta Compañía (que deseamos se llame la Compañía de Jesús) pretende alistarse debajo de el Estandarte de la Cruz, para ser soldado de Cristo.» Y Julio Tercero llama á la Compañía, Milicia; y todo conforma con la revelación que tuvo el Santo en Manresa, de la Religión que había de fundar; proponiéndosele Cristo como Capitán que alista soldados para conquistar los reinos y provincias que le tiene usurpados Lucifer, capitán de los demonios; la cual revelación pone San Ignacio en su libro de los Ejercicios, llamándola Meditación de las dos Banderas; la una de Cristo sumo Capitán y Señor nuestro; la otra de Lucifer, mortal enemigo de nuestra

humana naturaleza. Como Dios suele acomodarse al genio de los que elige para sus obras, y por Isaías, cortesano, habla en estilo de corte; por Amós, pastor, usa de voces y comparaciones del campo; y llama pesca á la predicación, cuando escoge pescadores para Apóstoles; eligiendo á un soldado para fundar una Religión, quiso que la llamase Compañía, y honrarla él con el nombre de Jesús, porque había de alistar Ignacio gente y levantarla esta Compañía, para que llevase por el mundo este Santísimo Nombre.

El fin de esta Compañía es, conforme á su nombre, imitar á Jesús á quien tiene por Capitán, y hacer lo que El hizo en la tierra, que fué llevar los hombres al cielo; y aún por eso la dió su nombre, para obligarla con él á imitar sus ejemplos. Este fin propone San Ignacio en el Exámen que se lee á todos los que pretenden entrar en la Religión, diciéndoles: «El fin de esta Compañía es, no solamente atender á la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la misma intensamente procurar de ayudar á la salvación y perfección de la de los prójimos.» Lo mismo dice en otras partes de las Constituciones, declarando cómo es propio de la Compañía ir á diversas partes del mundo con la dirección del Romano Pontífice y del Prepósito General de la Compañía, y vivir en cualquier parte de él donde se pueda esperar de sus trabajos mayor servicio de Dios y fruto de las almas. Y en la fórmula del Instituto, que ofreció á Paulo Tercero y han aprobado y confirmado los Sumos Pontífices, se declara más este fin, explicando sus partes, y juntamente sus medios, diciendo: «Como esta Compañía, mirando por blanco servir á solo Dios y á su Esposa la Santa Iglesia, debajo de la bandera de la Cruz y obediencia del Sumo Pontífice, después de la observancia de los votos, está fundada principalmente para emplearse en la defensión y dilatación de la santa fe católica; en ayudar á las almas en la vida y doctrina cristiana, predicando, leyendo públicamente y ejercitando los demás oficios de enseñar la palabra de Dios, dando los ejercicios espirituales, enseñando á los niños y

Universidad de Deusto
Biblioteca

á los ignorantes la doctrina cristiana, oyendo las Confesiones de los fieles, y administrándoles los demás sacramentos para espiritual consolación de las almas. Y también es instituída para pacificar los desavenidos, para socorrer y servir con obras de caridad á los presos de las cárceles, y á los enfermos de los hospitales, según que juzgáremos ser necesario para la gloria de Dios y para el bien universal, etc.»

Procurar la salvación y perfección propia de sus religiosos, es fin necesario de todas las Religiones; mas la Compañía mira la salvación y perfección propia y la de los prójimos, como dos fines principales ó como dos partes principales de un fin adecuado; y ordena su misma perfección y los medios para adquirirla, á la salvación y perfección ajena; de manera, que en la oración, meditación, caridad, obediencia y otras virtudes que conducen para alcanzar su perfección, procura la Compañía hacer á sus hijos instrumentos aptos para ayudar á la salvación y perfección de los prójimos. Por esto, de la penitencia, ayuno, aspereza en el vestido y comida, que son medios muy útiles para la perfección, toma lo que basta para conseguir la propia, y deja lo que podía embarazarla para procurar la ajena; y se ayudan de manera estos dos fines, que buscando la perfección propia, se hacen aptos los de la Compañía para procurar la ajena; y procurando la ajena, aumentan la propia por un medio perfectísimo y excelentísimo, cual es éste de ayudar á la salvación de las almas. Notó esto el Padre Diego Mirón, hijo querido de San Ignacio, y escribe: «Háse de advertir que no es el principal fin de nuestra Compañía orar y meditar, aunque estos comunes medios tienen mucha eficacia para adquirir las virtudes necesarias para los ministerios de nuestro Instituto, que no se adquieren tanto meditando y orando, como refrenando nuestras pasiones. Por lo cual puso nuestro Padre Ignacio en las Constituciones la contínua abnegación por fundamento de las virtudes sólidas en que estriba la Compañía; y Cristo Señor nuestro fundó en esta misma abnegación la santidad, cuando dijo aquella sentencia: «*Niéguese á sí mismo, y tome su Cruz;* por lo

cual debemos nosotros enderezar la oración y meditación á sujetar entera y perfectamente nuestros afectos á la razón y á Dios: y si acaso á alguno le aparta el gusto de la oración de los ministerios de las almas, que le son mandados de la obediencia, éste falta totalmente á su vocación. También usa de oración ajena de nuestro Instituto, el que casado con su juicio no se sujeta á lo que le mandan, cuando le mandan lo que no es conforme á su genio. Porque así como otras Ordenes tienen sus medios de conseguir su fin, así la Compañía tiene su particular y especial modo de oración, enderezado á vencer y serenar las pasiones, y á sujetar los juicios y voluntades á la seña de la obediencia, con lo cual nos hacemos idóneos para procurar sin riesgo la santidad de los prójimos, que es el fin de nuestra Compañía, á mayor gloria de Dios.» Hasta aquí Mirón.

No me detengo á ponderar la excelencia de este fin; bastando saber que es el mismo que Cristo dió á sus sagrados Apóstoles, á quien dijo que fuesen perfectos como su Padre Celestial era perfecto, y que los llamaba para ser pescadores de hombres. Y ya que el mismo Cristo no pudo tener la primera parte de este fin que es perfeccionarse, porque desde el primer instante tuvo toda la perfección; tomó la segunda, ordenando todas sus palabras y acciones, su pasión y su muerte á la salvación de el mundo. Por lo cual dice San Dionisio Areopagita, que no hay cosa más divina que ayudar á salvar las almas, según aquello de el Apóstol: «*Somos hechos coadjutores de Dios.* Y San Gregorio: que no hay sacrificio tan agradable á Dios, como el celo de las almas. Y San Crisóstomo, que así como vale más un alma que todo el universo junto, así hace más quien convierte una alma sola, que si repartiera á los pobres inmensas riquezas.» Y San Isaac Syro escribe: «Bueno es enseñar á los hombres el bien, y atraerlos á que vivan debajo de la disposición divina y sacarlos de el error, transfiriéndolos al conocimiento de la verdad; porque este es el orden de Cristo y de los Apóstoles, y es en gran manera sublime.» Y por eso dice Santo Tomás, que tienen el supremo grado entre las Religiones, las que se ordenan á enseñar y predicar.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Mas importára poco que tuviera la Compañía tan alto fin, si no tuviera medios proporcionados para conseguirle. Estos propone el Santo, en general, en la décima parte de las Constituciones, donde dice: «Para la conservación y aumento de el espíritu de la Compañía y consecución de el fin que ha tomado de la ayuda de las almas, y para conseguir su último fin sobrenatural; son más eficaces aquellos medios que juntan al instrumento con Dios, y le disponen para ser gobernado de la divina mano, que no aquellos que le disponen acerca de los hombres. Tales son la bondad y virtud, y principalmente la caridad y la pura intención de el divino servicio, y la familiaridad con Dios en los ejercicios espirituales de la devoción, y el celo sincero de la salvación de las almas para la gloria de aquel que las crió y las redimió, pospuesto otro cualquier interés. Por lo cual todos los que entraren en esta Compañía se dén á las virtudes sólidas y perfectas, y á las cosas espirituales, y se haga de ellas más caudal que de las letras y otros dones naturales y humanos, porque aquellas interiores son las que han de dar eficacia á estos exteriores para el fin que se pretende.» Los medios inmediatos que tiene la Compañía para encaminar á los hombres á la salvación y perfección, fuera de estar expresados en la fórmula de el Instituto que trajimos antes, son manifiestos á todos.

Cuan convenientes sean los medios que tiene la Compañía, así para adquirir su perfección propia, como para procurar la salvación y perfección ajena, lo dicen todos los Sumos Pontífices que la confirman, mandando que nada se innove, mude ó altere, por ser inspirado de Dios y necesario para que la Religión se conserve y prosiga en llevar los frutos que ha producido y produce cada día en la Santa Iglesia; y particularmente Gregorio XIII en la Bula, que empieza: *Quanto fructuosius*, dice: «El Espíritu Santo que excitó á Ignacio de Loyola de buena memoria, y á sus compañeros también les dió y confirmó medios excelentes y proporcionados para servir á esta Santa Sede,» Con todo esto

tocaré algunas cosas que tiene la Compañía y no tienen otras Religiones, no para defender lo que ya ninguno impugna, ni puede; sino para que se vea la armonía con que todo está concertado, y se estime la sabiduría que Dios comunicó al arquitecto de tan maravillosa fábrica.

CAPITULO XI

De algunas cosas particulares que tiene la Compañía

Decía discretamente, aunque la comparación es humilde, el venerable Padre Francisco de Villanueva, primer Rector de el Colegio de Alcalá: Que la Compañía es como una danza bien concertada, que los que la ven de lejos, piensan que los danzantes están locos, y que sus meneos son desatinos; mas los que la miran de cerca, admiran el concierto y arte de los movimientos: así los que ven de lejos la Compañía, como no saben la disposición de este cuerpo, la proporción de sus partes y la conveniencia de sus leyes, muchas cosas les parecen desaciertos; más los que de cerca la examinan, no acaban de admirar y alabar la grandeza y excelencia de este Instituto.

Pide San Ignacio particular y cuidadosa elección en los que han de ser recibidos en la Compañía; porque siendo el fin de esta Religión aprovecharse á sí y á los prójimos, no todos pueden ser á proposito para estos dos fines; pues aunque todos pueden aprovecharse á sí, no todos pueden aprovechar á otros; para lo cual se requiere ciencia, prudencia y otros talentos que no se pueden hallar en todos; y pues hay muchas Religiones donde busquen la perfección propia los que no pueden atender á la ajena, es razón que no embaracen en la Compañía el lugar que puede ocupar otro que cumpla con todo el fin de la Religión. Aún de los otros defectos corporales ó naturales, que se padecen y no se causan, quiere el Santo que carezcan los que han de profesar su Religión; porque los que han de tratar con hombres para ganarlos á Dios, no tengan nota que los haga

Universidad de Deusto Biblioteca

contemptibles, porque no se estima la doctrina de quien se desprecia la persona. Por esto el Santo Padre y San Francisco Javier y todos los varones sabios y celosos de la Compañía, han juzgado siempre que la Compañía es Religión de pocos y escogidos. Y San Francisco de Borja escribió en una carta á toda la Religión, que el descuido en la elección de los que se han de recibir, es abrir la puerta á su destrucción. Dos puertas tiene la Compañía, una para recibir y otra para despedir, de que hablaré después; y toda su felicidad consiste en saber abrir y cerrar estas puertas; porque si se abre la primera á todos sin elección, y se cierra la segunda á todos con falsa compasión, se llenará el cuerpo de la Religión de males incurables que le quitarán la vida y consiguientemente las operaciones que debe producir en provecho de las almas.

Uno de los impedimentos que puso San Ignacio para ser de la Compañía, es haber tenido hábito de otra Religión, lo cual hizo por decoro de las otras Religiones y por mayor conveniencia de la suya; por no dar ocasión de ofensión á ninguna Orden, recibiendo los que ella desechaba, ó la dejaban, y quitar toda tentación á los religiosos de otras Ordenes, para dejar la suya por la nuestra, especialmente á los principios, en que por nueva y estar en la primitiva observancia, quisieran entrar por ventura algunos religiosos como ha sucedido muchas veces á las Religiones nuevas; también por temer el Santo, que los que han empezado á ser inconstantes faltando á la primera Religión á que Dios los llamó, lo continuarán faltando á la segunda, donde quizá se van ellos por levedad de ánimo; y no menos porque los que han dejado una Religión, nunca dejan bien los dictámenes que aprendieron en ella y echan menos los estilos que allá había, y los desean introducir en la Religión que toman, con que ó turban su buen orden y armonía ó viven siempre descontentos, echando menos la Religión que dejaron, desde que entran en la nueva que apetecieron.

Después de recibidos con tanta elección, quiere San Ignacio que tengan dos años de probación antes de hacer los votos. Y dejando que este aumento de tiempo no es nuevo, sino renovado, porque San Basilio no señaló tiempo de probación, más quiso que durase hasta que los novicios fuesen bastantemente probados; y los esenos, religiosos muy estimados entre los judíos, eran probados tres años, y en la regla que dió el angel á San Pacomio, señaló tres años de probación. Aunque las Religiones usan hoy un año de noviciado, la Compañía ha menester dos; porque si las Religiones que solo cuidan de su perfección propia tienen un año, la que se aplica igualmente á la salvación ajena, bien ha menester dos; porque quien ha de tratar en medio de el mundo con hombres y muchas veces con pecadores, y hasta con herejes y gentiles, necesita de doblado espíritu que el que ha de tratar solo con Dios en el retiro de su celda; y quien necesita de doblado espíritu, también necesita de doblado noviciado, que es el cimiento de la perfección religiosa. Fuera de que son tantas las experiencias que por la razón dicha hace, y ha menester hacer la Compañía, ejercitando á sus novicios en la vida activa y contemplativa, y en todas las virtudes necesarias á un varón apostólico, arrancando la soberhia con ejercicios de humildad, el amor propio con actos de mortificación, plantando la caridad y el celo con ensayos de estas virtudes, disponiéndolos á las misiones con las peregrinaciones, que es necesario todo el tiempo para tantas pruebas.

Cumplidos los dos años, hacen los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, que los constituyen verdadera y propiamente religiosos, como los mismos profesos de la Compañía; como está declarado y definido por Gregorio XIII en la Bula que empieza: *Quanto fructuosius*, y en la que comienza: *Ascendente Domino*, no obstante que son simples y disolubles por la misma Compañía, cuando despide á alguno por justas causas. Y aunque él no se puede ir de la Religión y ella le puede despedir, no es el partido injusto ni desigual, y á todos está bien; porque al sujeto le bastan dos años para conocer la Religión, que no se muda y es siempre la misma, y á la Religión no le bastan dos

años para conocer al sujeto, porque los hombres se mudan fácilmente, y suele ser muy otro en la ocasión, el que era muy ajustado en el retiro. Y necesitando la Compañía de más experiencias que las de dos años para fiar á sus hijos el peso de tan altos y dificultosos ministerios, no convenía tenerlos más tiempo suspensos, sin el mérito y consuelo de ser verdaderos religiosos, y menos que ellos estuviesen libres, para irse cuando quisiesen; porque fuera de ser una tentación contínua de dejar la Religión, á la cual muchos vinieran como á una Universidad, para estudiar, no para servir á Dios; no tuviera autoridad para castigarlos y reprenderlos por miedo de que se le fuesen. Tampoco convenía atarse indisolublemente á ellos para no poder desembarazarse de los que dañan á los demás; y en tener la Religión esta potestad, no hay inconveniente, porque es madre y una madre no echa de casa á su hijo, sino es á más no poder, y por causas que él mismo da voluntariamente, no porque esté enfermo y no la pueda servir; y como se compone comunmente de varones espirituales y prudentes de mucho temor y amor de Dios, no se puede presumir que arrojen de la comunidad á ninguno á quien pueden conservar. Aun mirando el interés, no despedirán los sujetos, cuando han de empezar á servir, perdiendo lo gastado en sustentarlos y criarlos, para recibir otros con quien es menester gastar de nuevo el tiempo, el cuidado y la hacienda de la Religión.

En esta constitución y facultad, consiste el mayor bien de la Compañía, y más son los religiosos que lo envidian que no los que lo censuran. Quísolo San Ignacio, ó por mejor decir, Dios, para bien de la misma Compañía y de los prójimos, á cuya salud se dedica; y así, apareciendo Cristo á una gran sierva suya que le encomendaba la Compañía, la dijo, que le agradaba mucho su oración, porque tenía á su Compañía en el corazón. Y añadió, que no permitía permaneciesen en ella mucho tiempo los que tienen notables faltas, por el bien de los que quedan. A la misma república conviene que la Compañía despida los que no son á propósito, para que con más seguridad pueda fiar sus hijos y sus almas de los que sabe son probados con tan grande elección; y le estuviera muy mal que los que tiene por ministros de Dios, para su salvación, fuesen escándalo y tropiezo; pues si se corrompe la sal, ¿con qué se preservarán las otras cosas de corrupción? Por eso San Ignacio y San Francisco Javier, San Francisco de Borja y el venerable Padre Simón Rodríguez y todos los grandes gobernadores de la Compañía, fueron en este punto severos; condenando la falsa piedad y imprudente caridad, como la llama San Ignacio, de los que ponen en peligro todo el cuerpo, por no cortar el miembro podrido, que habiéndose resistido á los remedios suaves, aun no se cura con el hierro y con el fuego.

Siendo bien probados los sujetos en el noviciado, y en los estudios en que ordena el Santo cómo se han de hermanar las ciencias con las virtudes para salir buenos estudiantes y mejores religiosos, y habiendo empezado á ejercitarse en los misterios propios de la Compañía; los que salen bien de todas las esperiencias y tienen el caudal de letras y virtud que piden las Constituciones, ascienden á la profesión, que se llama de cuatro votos; porque fuera de los tres votos solemnes de pobreza, castidad y obediencia, hacen otro, también solemne, de especial obediencia al Sumo Pontífice acerca de las misiones; por el cual se obligan á estar prontos para ir á donde el Papa les enviare y de cualquiera manera que los quisiera enviar, entre fieles ó infieles, solos ó acompañados, sin viático ó con él, con peligro de la vida y como pareciere, para el bien de las almas al pasto universal; en lo cual quiso el Santo hacer especial punta á los herejes que negaban entonces la obediencia al Romano Pontífice y ofrecer á la Iglesia, para su socorro, una compañía de cavallos ligeros, armados y diestros en todo género de armas, para que dispusiese de ellos á toda su voluntad y los enviase á donde lo pidiese la necesidad ó la gloria de el Señor. Fuera de estos cuatro votos solemnes, hacen los profesos cinco votos simples de que daré después alguna razón.

Universidad de Deusto Biblioteca

No hablando de los profesos de tres votos solemnes, que quiere San Ignacio sean muy pocos, grado que se puso en la Compañía, no por sí sino como accidental, como dice Suarez, por ocurrir á algunos inconvenientes, que se pueden ver en las Constituciones, y en las Bulas de Paulo III, Julio III y Gregorio XIII; instituyó San Ignacio el grado de los coadjutores formados espirituales, y temporales, el año de mil quinientos y cuarenta y seis; porque siendo los ministerios de los profesos, de tanta gloria de Dios, no convenía que dejasen estos oficios por atender á lo temporal, según lo que decían los apóstoles: No es justo que nosotros dejemos de predicar la palabra de Dios, por servir á las mesas; y así puso coadjutores temporales, que ayudasen en lo temporal y desembarazasen de este cuidado á los profesos. Y siendo los ministerios espirituales de la Compañía tantos, y no pudiendo atender á todos, los profesos que forzosamente han de ser pocos por el gran caudal de letras y virtud que requiere este grado; les añadió coadjutores espirituales que les ayudasen en los ministerios espirituales, en los cuales pide también mucha virtud y suficiencia de letras. En todo lo cual imitó nuestro Santo Padre Ignacio á Cristo y á sus sagrados Apóstoles; porque habiendo el Señor elegido doce apóstoles para maestros de el mundo, viendo que eran pocos doce hombres, aunque tan grandes, para tan copiosa miés; escogió setenta y dos discípulos que fuesen como coadjutores espirituales de los apóstoles, y les ayudasen en la predicación. Y los mismos apóstoles eligieron por sus coadjutores, para repartir las limosnas, á los siete Diáconos, que también los ayudaron en el ministerio de la predicación. Y San Pablo llama á Tito y á Marco, Aristarco, Lucas, Demas y á otros, sus coadjutores; porque unos lo eran en lo espiritual, y otros en lo temporal.

De este cuerpo es la cabeza el General, que quiso el Santo fuese perpétuo, porque siéndolo había menos ocasión de ambición, habiendo menos elecciones; era más facil hallar uno que llenase aquel puesto por una vida, que muchos

que se vayan sucediendo por número breve de años; siendo perpétuo, la misma experiencia le haría maestro; podría emprender cosas grandes en servicio de Dios, habiéndolas él de proseguir y acabar sin temor de que otro las deshiciese ó mudase; podía gobernar á los súbditos con mayor autoridad, y castigar á todos los que lo mereciesen con más libertad; porque no suele mandar con independencia quien no ha de mandar siempre, y suele obedecer á muchos quien manda á los que puede obedecer. También los súbditos tienen más respeto y obediencia á quien siempre los ha de mandar, y se ajustan mejor al gobierno presente los que no esperan otro. Por las mismas razones quiso que el General fuese absoluto, y que él solo elija los Superiores de las Provincias y Casas, y promoviese á los grados; también por evitar los inconvenientes que acompañan frecuentemente las elecciones, cuando se hacen por votos, en que suelen dividirse los capitulares en bandos, y tal vez no eligen el que conviene á la Religión, sino el que está bien á la parcialidad.

En las Constituciones dice el Santo las partes que ha de tener el General, de sabiduría, prudencia, celo, humildad, trato con Dios y demás virtudes, retratándose á sí mismo; por lo cual, diciendo cuál fué San Ignacio, decimos cuál debe ser el General de su Religión; pero como los honores suelen mudar á los hombres, y siendo perpétuo y absoluto podía usar mal de su autoridad, y siendo solo no alcanzar su capacidad á un cuerpo tan grande, y estando tan extendida la Compañía no podía conocer los súbditos que había de gobernar; proveyó el Santo á todo con mucha prudencia. Dióle algunos varones excelentes y consumados en ciencia y virtud, con nombre de Asistentes de los reinos y provincias que están á su cuidado, que hoy son cinco: Asistente de Italia, de España, de Alemania, de Francia y de Portugal. Estos asisten al General con el consejo, preparándole los negocios de sus Asistencias, para que él pueda resolver lo conveniente; y juntamente están á la mira de sus acciones, para que si no correspondiere á su obligación, le de-

Universidad de Deusto Biblioteca

ponga de su cargo la Compañía en Congregación general; y en caso urgente le pueden deponer ellos, habiendo recibido por cartas los votos de las Provincias. También tiene el General otro, con nombre de Admonitor, que le avise con respecto de las faltas que comete en su gobierno; y así éste como los Asistentes, los pone y quita la Congregación general, para que, no dependiendo del General su conservación, puedan con más libertad hacer su oficio. Para que el General haga las elecciones de los Superiores con acierto, y promueva á los grados con rectitud, y disponga todas las cosas con madureza, tiene informes secretos y exactos de todos los sugetos, de la edad, ciencia, virtud y talentos, y se le envían de nuevo cada tres años, por lo que se mudan los hombres buenos en malos, ó de de buenos en mejores; y fuera de estos informes generales, se le dan otros particulares de los que se le proponen, para que elija Provinciales, Prepósitos y Rectores, y para que promueva á los grados.

Porque un cuerpo compuesto de tanta diversidad de miembros y grados se conservase siempre unido, deseó el Santo mucho que floreciese en la Compañía singularmente la obediencia y caridad, porque ésta une los miembros entre sí, y aquélla los junta con su cabeza; pues, como dice Cristo, el reino desunido se desolará; y no puede dejar de estar dividido donde falta la obediencia al Rey ó el amor entre los súbditos. Por eso encomendó tanto en las Constituciones, en las cartas, en vida y cercano á la muerte, la obediencia, diciendo que aunque en los ayunos, vigilias y penitencias nos hagan ventajas otras Religiones, en la obediencia desea que se conozcan los hijos verdaderos de la Compañía. La caridad nos encarga en muchas partes con grande encarecimiento, como distintivo de los discípulos de Jesus, y da en las Constituciones muchos medios para su conservación y aumento: esa fué una de las causas por que no quiso que hubiese elecciones, porque suelen ocasionar divisiones; y nos manda que amemos en el Señor, con particular afecto, á los extranjeros, para que donde es

mayor el peligro, resplandezca más la claridad. Y por la misericordia del Señor, ninguna virtud ha florecido más en la Compañía, donde no hay diferencia de naciones, ni de condiciones, ni aun de almas, porque todos los verdaderos hijos de esta Compañía, que llama San Francisco Javier Compañía de caridad y amor, son una alma y un corazón, como de su tiempo lo testifica Fray Luis Estrada, de la sagrada Orden de San Bernardo, por estas palabras: «Cosa maravillosa es, y que parece un divino hechizo y encanto, lo que noté en algunas casas de la Compañía: hombres, no solo diferentes en linaje, mas también en patria y lengua diferentes, estudiantes, mancebos, maestros ancianos, en pocos años se unen de manera con recíproca caridad, que se hacen un alma y un corazón; tanto, que quien no los conociere pensará que son hijos del mismo padre y de la misma madre, ó que tienen el mismo natural y genio.» De la obediencia que ha habido en la Compañía no quiero traer más testimonio que el de Gaspar Scioppio, hereje, en su Taumatalogía, donde dice que la Compañía es tan devota y diligente en el obedecer, que se tiene por un dedo de Dios y por un milagro y obra propia de la Omnipotencia.

Para que este cuerpo se conservase siempre sano, fuera de abrir una puerta para purgar los malos humores (como habla San Agustín de los que salen de la Iglesia), cerró dos puertas, una á la ambición y otra á la codicia, mandando que nunca se ensanchase nada acerca de la pobreza, que llama el Santo firme muro de Religión; y por eso obliga con voto á los profesos, que son los únicos que tienen voto en la Congregación general, que es la que puede dar leyes á la Religión, que nunca muden nada acerca de la pobreza, sino es cuando pareciere estrecharla más. A lo cual pertenece también mandar en las Constituciones, que no se reciba estipendio ni limosna alguna por misas ni otros ministerios de los que puede ejercitar la Compañía, según nuestro Instituto; para que haciéndolo sin interés, se hagan puramente por amor del Señor, dando de valde lo que de valde recibieron, y de esa manera se hagan con más libertad y

Universidad de Deusto Biblioteca

mayor edificación y provecho de los prójimos, que estiman al predicador y ministro cuando busca sus almas y no sus haciendas; cuando no busca su conveniencia propia, sino la honra de su Señor.

Cerrada con una llave la puerta de la codicia, que es raiz de todos los males; cierra con dos ó con tres la de la ambición, que aun es más peligrosa, obligando á los profesos á hacer dos votos: uno de no pretender dignidades dentro de la Compañía, y otro de no pretenderlas ni admitirlas fuera, si no es obligado, so pena de pecado; y el tercero, de manifestar al Prepósito general ó á la Compañía si saben que alguno ha pretendido alguna dignidad. Las razones que movieron al Santo á excluir las dignidades de la Compañía fueron muchas y muy graves, que podemos reducir á estas. Como para Obispos se buscan los hombres más eminentes en letras y virtud; saliendo estos de la Compañía, se enflaqueciera mucho faltando su ejemplo y doctrina, y por dar á la Santa Iglesia algunos buenos Obispos, la quitara muchos buenos predicadores, misioneros y operarios. Profesando la Compañía tantas letras, que son gran disposición para las Prelacías, muchos entraran en ella para adquirir ciencia, no para alcanzar perfección; y quien se hiciese religioso con este motivo, no cuidara cómo sería santo, sino cómo sería Obispo, de que se siguiera no ser Obispo santo. Hubiera menos que se aplicaran á enseñar Gramática, á confesar la gente pobre, á correr en misiones los pueblos y semejantes ministerios, y muchos que desearan cátedras, gobiernos y puestos altos, que los hicieran plausibles á los Príncipes y poderosos que podían darles la mano. No tuvieran los pretendientes libertad para decir la verdad, cuando conviene para gloria de Dios, y usaran de la lisonja, que es el arte común de los ambiciosos. No tuvieran tanta fuerza para persuadir al desprecio de las honras y riquezas, si presumiera el pueblo que las pretendían ó deseaban; pues quien no acompaña las palabras con las obras, deshace lo que dice con lo que hace; y perdiera mucho crédito la Compañía y sus ministerios, si pareciera

que servía á la Iglesia y á la república, no para ganar almas, sino para ganar mitras. Como el Instituto de la Compañía es para discurrir y vivir en cualquiera parte del mundo donde se espera mayor servicio de Dios y ayuda de las almas, no pudiera cumplir bien este fin admitiendo dignidades, pues el Obispo está preso en su obispado, y no puede dejar las ovejas propias por apacentar las ajenas; y los que pudieran serlo, no quisieran salir de las cortes ó ciudades, donde están á la vista de los que pueden promoverlos; y menos pasar á las Indias, entre gentiles y bárbaros, donde no se puede esperar más dignidad que la del martirio, la mayor, pero no la más apetecida de los ambiciosos. Dejo otras razones, pues bastan estas para entender la conveniencia de este voto. Por eso hizo extrañas diligencias San Ignacio siempre que quisieron dar obispado ó capelo á alguno de sus hijos, al Padre Diego Laynez, á San Francisco de Borja, á Claudio Jayo y á otros, y lo mismo han hecho después todos los Generales.

Mas porque no obstante estos votos, puede obligar el Sumo Pontífice á aceptar las dignidades, como lo ha hecho algunas veces, aunque hasta ahora son más los que han rehusado constantemente las mitras, que los que las han aceptado á fuerza de preceptos, y más son los Cardenales que han deseado trocar la púrpura por el humilde hábito de la Compañía, que los que han sido asuntos de ella al cardenalato; considerando el Santo que los que están en puestos altos tienen muchos que los lisonjeen y pocos que les digan las verdades; para no desamparar á sus hijos que salen de la Religión por la puerta de la obediencia, obliga á los profesos á hacer un voto, y es, que en caso de ser promovidos á alguna dignidad, oigan los consejos que les diere por sí ó por otro el Prepósito General de la Compañía. Aunque por evitar escrúpulos en los que tienen la dignidad, que pueden tener razones, para lo que hacen, ocultas al General, y no ponerles obligación que parezca sujección; los obliga solamente á seguir los consejos que les diere, en caso que juzgaren ser aquello mejor que lo que á ellos se

Universidad de Deusto Biblioteca

les ofrece. Y estos son los cinco votos simples que hacen los profesos inmediatamente después de la profesión; el primero, acerca de la pobreza; y los cuatro, acerca de las dignidades, dentro y fuera de la Compañía.

Habiendo proveído San Ignacio con estos y otros medios á la salud espiritual del cuerpo de la Compañía, quiso atender también á la corporal, para que conservase las fuerzas necesarias para los empleos de la mayor gloria de Dios. Por eso no puso extraordinarias asperezas y penitencias, aunque él fué penitentísimo y sabía cuánto importa la penitencia para la perfección; porque como la penitencia no es fin sino medio, y toda la perfección del medio consiste en proporcionarse al fin, no fuera virtud la penitencia que embarazára el fin de la Compañía, según lo que dice Cayetano de sentencia de Santo Tomás, que si alguno está obligado á alguna arte liberal, como enseñar, ó predicar, ó mecánica, como edificar, cavar, etc., que la abstinencia que embaraza la potencia para ejercitarlas, no es virtud; lo cual se ha de entender de otra cualquier aflicción de el cuerpo, como advierte Suarez, por la identidad de la razón. Pues como la Compañía esté obligada por su Instituto á enseñar, predicar, confesar, etc., penitencia que embarazará el cumplimiento de esta obligación, como hiciera la extraordinaria aspereza si fuera común á todos, dejára de ser virtud por no ser medio proporcionado. Y por eso dice San Ignacio en las Constituciones: «La castigación del cuerpo, no debe ser inmoderada ni indiscreta en abstinencias, vigilias y otras penitencias que dañan é impiden mayores bienes, y á la causa conviene que cada uno tenga informado á su confesor de lo que hace en esta parte.»

No quiso tampoco dejar regla determinada de penitencias, porque no podía poner regla que cuadrase á todos, á los mozos y viejos, á los sanos y enfermos, á los fuertes y flacos, á los que siempre han sido inocentes y á los que en el siglo cometieron graves pecados; por eso dejó una regla viva en el Superior, que á cada uno puede y debe, cuando alguno es descuidado, señalarle las penitencias de que necesitare según su edad, complexión, fuerzas, ocupaciones y tentaciones; siendo como la regla de Lesbos, de la cual dice Aristóteles que se doblaba hasta ajustarse con la piedra. Desde el principio de su conversión nos enseñó el Santo en sí mismo esta regla de prudencia; pues teniendo uno de los pies fuerte y robusto, y otro flaco y sentido por la herida que recibió en el castillo de Pamplona, calzó al enfermo, y dejó descalzo al sano, viendo que este pie podía hacer penitencia y aquel no. La regla de San Ignacio es conforme á la doctrina y uso de los Santos Padres y monjes antiguos; y en la regla que dió el Angel á San Pacomio se dice: «Concede á cada uno que coma y beba según sus fuerzas, y ordénales obras que sean proporcionadas para ellos, ni les prohibas ayunar, ni comer, porque á los fuertes convienen obras fuertes, y flacas y ligeras á flacos.» Otra razón tuvo el santo para no poner regla determinada de penitencias, porque no podía poner muchas para todos, y no quería que ninguno se contentase con pocas. Y así ha sucedido, que ha habido en la Compañía y hay hombres penitentísimos, que necesitan de contínuo freno para no acabarse la salud y la vida.

Por la misma razón de aprovechar mejor á los prójimos, quiso San Ignacio que tuviese la Compañía un modo de vida común en lo exterior en la comida y vestido, imitando á su capitán Jesús, que como enseña Santo Tomás, hizo vida común en lo exterior, especialmente en la comida y bebida, para conseguir el principal fin porque se hizo hombre, y vino al mundo, que fué para traer á los hombres á sí y llevarlos al cielo; y mirando este fin, concluye el santo doctor, que no convenía hiciese Cristo en este mundo vida austera en la comida y bebida, porque es conveniente que el que conversa comunmente con algunos, se conforme á ellos en la conversación, según aquello de el Apostol á los Corintios: «Soy hecho todo á todos para ganarlos á todos.» Así se hizo todo á todos San Francisco Javier y otros hijos de Ignacio, que ganaron á Dios reinos y provincias; de quien se puede decir lo que escribe San

Universidad de Deusto Biblioteca

Crisóstomo de un mancebo, retrato de un verdadero Jesuita: «Parecía que no se diferenciaba de los demás, porque no era de agrestes ó rústicas costumbres, ni se hacía admirar por lo desgreñado de el cabello, antes era común en el hábito, en la voz, en el aspecto y en todas las demás cosas. Con lo cual cogió con más facilidad á muchísimos de sus compañeros dentro de sus redes, porque tenía interiormente una increíble sabiduría.»

No por esto es la Compañía Religión ancha, como algunos imaginan, antes es de estrecha y rigurosa observancia, como prueba Suarez largamente en el *Tomo IV de Religione.* Y no consiste su principal rigor en las asperezas de el cuerpo, aunque de estas hay más de lo que se piensa; sino en las mortificaciones de el espíritu, que son contínuas y más sensibles que las de la carne. Por eso un monje cartujo muy prudente y religioso, preguntado de Enrique Quarto de Francia, qué diferencia había entre la aspereza de la Cartuja y de la Compañía, respondió discretamente: Que el Cartujo, mortificando el cuerpo, sujetaba á Dios el alma; y el Jesuita, mortificando el alma, sujetaba á Dios el cuerpo. El Padre Jerónimo Nadal dejó escrito: «Nuestro modo de vida nos pide que seamos, hombres crucificados al mundo y á quien el mundo esté crucificado; que seamos, digo, hombres nuevos, que se hayan desnudado de sus afectos para vestirse de Cristo, muertos para sí y vivos para la santidad; que, como dice San Pablo, se muestren discípulos de Dios en trabajos, en vigilias, en ayunos, en castidad, en ciencia, en longanimidad, en suavidad, en Espíritu Santo, en caridad no fingida, en palabra de verdad, por las armas de la justicia, á la diestra y á la siniestra, por gloria y bajeza, por infamia y buena fama, por las cosas prósperas y adversas, caminen á largas jornadas á la patria celestial y lleven á otros á ella ayudándolos en cuanto pudieren, mirando siempre la gloria divina.» Nuestro Padre San Ignacio en la declaración de el Proemio de la cuarta parte de las Constituciones, habiendo dicho que se deben recibir en la Compañía mancebos, que se críen y

eduquen en virtud y costumbres propias de la Compañía, da la razón: «Lo uno, por los grandes trabajos que este Instituto tiene; lo otro, por la grande abnegación de sí mismos que pide.» Y Julio Tercero en la Bula de la confirmación de la Compañía, dice: «A la verdad, este Instituto pide hombres del todo humildes y prudentes en Cristo, y señalados en la pureza de la vida cristiana y en letras.»

Volviendo á la vida común en lo exterior, que dejó San Ignacio en la Compañía, no la dió hábito particular, sino el común de los clérigos honestos; porque siendo como es Religión de clérigos, se debía confirmar el vestido con el estado. Fuera de que vino al mundo en tiempo que los herejes tenían grande horror al hábito religioso; y como venía para convertir los herejes, no quiso desagradar con el hábito, que no es cosa esencial á los que deseaba ganar la voluntad para conquistar el entendimiento. Para predicar á los gentiles también es muy conveniente el hábito común; porque así nos parecemos más á los obispos y curas, de quien comunmente han de ser gobernados, y cuanta menos diversidad hay entre los predicadores y ministros, hay menos ocasión de turbación entre los infieles, que como discurren por los ojos no sabiendo bien distinguir la diversidad de los hábitos, de la diversidad de voluntades, piensan que no hay una voluntad donde hay diferentes trajes. Y por eso Inocencio Tercero, sabiendo que habían ido algunos religiosos de diferentes órdenes á predicar el Evangelio á Libonia, y que entre los nuevos convertidos había murmuración por la diferencia de los hábitos; escribió al Obispo y á los religiosos, que todos se conformasen en un hábito en orden al oficio de la predicación. Aún para ganar á los mismos fieles conduce un traje que nos haga menos extraños á ellos, según lo que decíamos antes de el Apostol, que se hacía todo á todos para ganarlos á todos; y conforme al ejemplo de el Hijo de Dios que tomó traje de hombre, vistiendo nuestra naturaleza humana, para ganar á los hombres. Al fin, San Ignacio quiso observar aquella regla que da Celestino Papa en la segun-

Universidad de Deusto Biblioteca

da Epístola Decretal que escribe á los Obispos de Francia, diciendo: «Diferenciémonos de el pueblo en la doctrina, no en el vestido; en la conversación, no en el hábito; en la pureza, no en el traje.» Mas porque nuestro hábito clerical sea religioso, manda el Santo Patriarca en las Constituciones, que sea honesto, acomodado al uso de la región, y que no contradiga á la profesión de la pobreza. Careciendo la Compañía de hábito propio, sabe que son propios para ella todos los que convienen á la caridad para la conversión de las almas; y así en las provincias de los herejes ó infieles, donde no se permite ninguna señal de hábito clerical, se visten de soldados, de médicos, mercaderes, artífices, como es menester para no ser conocidos y ser permitidos. Y conócese que ha sido consejo divino, éste de la Compañía; pues de esta manera han podido entrar los hijos de ella en los reinos y provincias de los gentiles, herejes y cismáticos, y traído innumerables almas á la Religión Católica.

Dispuesto el cuerpo de la Compañía con tanta proporción de miembros para diversos ministerios; con tantos remedios y preservativos, para que conserve la salud espiritual; con moderación tan prudente para que no pierda las fuerzas corporales para servir al Señor; con tan conveniente traje y modo de vida, para tratar entre los hombres á quien desea ganar; restaba solamente desocupar á la Compañía de otro cualquier empleo que no fuese el propio de su Instituto. Por eso, no puso en ella coro, aunque es ocupación de ángeles, porque no era llamada la Compañía para cantar, sino para predicar; y esta fué una de las cosas que le mandó el Señor expresamente en Manresa; y así dijo el santo á algunos de sus hijos: Que si se dejara llevar de su inclinación, pusiera coro en la Compañía; pero que Dios le había enseñado que se quería servir de nosotros en otros ejercicios diferentes, y no en el de cantar en el coro. De esta manera, dice San Pablo, que Jesucristo no le ha enviado á bautizar, sino á predicar; no porque el bautizar no sea santo y santísimo, sino porque él había sido escogido para publicar el Evangelio, y se hallaban muchos para administrar el Bautismo. Por eso dice el Santo en las Constituciones: «Porque las ocupaciones que se toman para ayudar á las almas son de grande importancia, y propias de nuestro Instituto, y muy frecuentes, y por otra parte nuestra habitación es incierta en este y en aquel lugar, no usarán los nuestros de coro para decir las horas canónicas, y las misas y otros oficios, supuesto que para los que tuvieren devoción de oirlos hay muchas partes donde puedan cumplir su devoción. A los nuestros conviene tratar aquellas cosas que son propias de nuestra vocación:» No dejaré de añadir á las palabras del Santo, que si la Compañía tuviera coro, quizá se contentára con el coro, y en cantando sus hijos en él las alabanzas de Dios, les pareciera habían cumplido con su Instituto; y ahora saben que tienen obligación de predicar y enseñar, que es ocupación tan excelente, que prohibió San Gregorio Magno en un Concilio romano á los sacerdotes y diáconos de la iglesia romana, so pena de anatema el cantar en el coro, porque su oficio propio era la predicación de la palabra de Dios; sobre el cual decreto dice Santo Tomás: «Más noble modo es de provocar á los hombres á la devoción, el de la doctrina y predicación, que el del canto; y así, los diáconos y prelados á quien toca provocar las almas de los hombres al servicio de Dios, no deben insistir en el canto, porque no los retraiga esto de cosas mayores.»

Por esta misma razón y por otras que dejo, desembarazó San Ignacio á la Compañía de el cargo de monjas; de lo cual me contento con referir lo que le pasó con Isabel Rosés, aquella matrona que le había favorecido tanto en Barcelona. Fué á Roma á ver al Santo Padre, y deseosa de vivir, según los consejos evangélicos debajo de la obediencia de la Compañía, juntándose con otras dos matronas romanas, obtuvo de Paulo Tercero licencia para abrazar este modo de vida. El santo, aunque contra su voluntad, por mostrarse agradecido á su bienhechora, viendo que el número era tan corto, tomó el cargo de ellas; pero presto se arrepintió, porque fué tanto lo que le ocuparon en pocos

días que estuvieron á su cargo, con sus escrúpulos, cuestiones y dificultades, que dijo le daban más que hacer tres mujeres solas, que toda la Compañía; y así se fué á Paulo Tercero, y obtuvo de él, que librase á la Compañía, entonces y perpétuamente, de el cargo de mujeres que quieran vivir en comunidad debajo de su obediencia, y así lo hizo el Papa por Letras apostólicas. Y con Isabel Rosés se excusó por una carta en que entre otras cosas, la dice: «Viendo conforme á mi conciencia, que á esta mínima Compañía no conviene tener cargo especial de dueñas, con votos de obediencia, según que habrá medio año que á su Santidad expliqué largo; me ha parecido á mayor gloria divina, retirarme y apartarme de este cuidado de teneros por hija espiritual en obediencia, mas por buena y piadosa madre como en mucho tiempo me habéis sido á mayor gloria de Dios, etc.

Esto baste de el Instituto de la Compañía y de las cosas particulares de ella; por lo cual no se pretende notar o que hacen las demás Religiones, antes, las mismas razones, que prueban la conveniencia de los medios que tiene la Compañía para conseguir su fin, prueban la que tienen los medios que usan otras Religiones para conseguir el suyo. Todas son milicias de la Iglesia, y no convienen las mismas armas á todos los soldados; unas armas son para Saul, y otras para David: Saul mató con su lanza muchos enemigos; David derribó al gigante con una piedra; Jahel mató á Sísara con un clavo del Tabernáculo; Sangar quitó la vida á seiscientos filisteos con una reja; Sansón á mil con una quijada de un bruto, y todos fueron ayudados y movidos de Dios en favor de su pueblo y de su ley, para mostrar el Señor que él puede vencer con todas las armas, y que no hay ninguna desproporcionada á su poderoso brazo. Todas las Religiones han servido y sirven maravillosamente á la Santa Iglesia con sus Institutos, y la perfección de cada una consiste en ajustarse á las leyes que el Señor la ha inspirado, y jugar bien las armar que la ha dado para defender á su esposa, y triunfar de los enemigos que la combaten.

CAPITULO XII

Testimonio que da Santa Teresa, de la Compañía de Jesús

Aunque el argumento que da Cristo para conocer el arbol son sus frutos, y pudiera traer muchos testimonios de Sumos Pontífices, Cardenales, prelados, santos y varones gravísimos de todas las Religiones que ponderan el increíble fruto que ha hecho en el mundo la Compañía, hasta decir Gregorio XIV en la Bula, que empieza: *Ecclesiæ Catholicæ*: «Que juzgaba pertenecer principalmente al daño común de la Santa Iglesia la turbación y menoscabo de la Compañía, y su paz y integridad á la común utilidad de la misma Iglesia;» por lo cual debió de decir el B. Josafat, Arzobispo de Polonia, y martir esclarecido de la sagrada orden de san Basilio, «que no tenía él por verdadero católico al que no amaba á la Compañía:» para no amontonar elogios, y parecer antes panegirista que historiador, me contento con traer algunos de los testigos que da de esta Religión la seráfica madre santa Teresa de Jesús; tanto porque sepamos los de la Compañía cuánto debemos ser devotos de esta admirable virgen por lo mucho que estimó y amó á la Compañía, cuanto porque su testimonio, como de tan gran doctora y tan ilustrada de Dios, vale por mil, y sus palabras enriquecen y consagran el libro donde se escriben, porque valen piedras preciosas y son reliquias de grande veneración.

En una carta que escribe á Cristobal Rodríguez de Moya, respondiendo á otra en que le propone la fundación de un convento de monjas descalzas en Segura de la Sierra donde entrarían dos hijas suyas, con tal que estuviesen sujetas á la Compañía de Jesús; responde la santa madre estas palabras: «Junta N. S. personas en estas casas, que me tienen espantada, y hacen harta confusión, puesto que se han de escojer personas que sean de oración y para nuestro modo; y si no, no las tomamos: dales Dios un contento y alegría tan ordinaria, que no parece sino paraíso en la

tierra. Esto es así, como se podrá v. m. informar de muchas personas, en especial si acertasen á ir por ahí algunos de la Compañía de Jesús que han estado por acá, y á mí me conocen y lo han visto; porque ellos son mis Padres y á quien después de nuestro Señor debe mi alma todo el bien que tiene, si es alguno; y una de las cosas que me ha aficionado á esas señoras, es saber han tratado con estos Padres y á servir á v. m. en todo lo que pudiere, porque no todas las personas espirituales me contentan para nuestros monasterios sino son las que estos Padres confiesan, y así casi todas las que están en ellos, y no me acuerdo ahora estar ninguna de las que he tomado que no sea hija suya, porque son las que nos convienen, que como ellos habían criado mi alma háme hecho el Señor merced que en estos monasterios se haya plantado su espíritu; y así, si v. m. sabe de sus Reglas, verá que en muchas cosas de estas nuestras Constituciones conformamos, porque traje yo Breve del Papa para poderlas hacer; y ahora, cuando nuestro Reverendísimo General vino por aquí, las aprobó y mandó se guardasen en todos los monasterios que yo fundase, y dejó mandado que los Padres de la Compañía predicasen y que ningún prelado se lo pueda estorbar, y si ellos quieren confesar también lo pueden hacer, sino que tienen una Constitución que se lo quita, y sino es alguna vez no lo podemos acabar con ellos; así que nos tratan y aconsejan muy ordinariamente y nos hacen harto provecho. El mismo deseo que estas señoras tienen, tuve yo de sujetar esta casa á estos Padres, y lo procuré. Sé muy cierto que no admitirán monasterio, aunque sea de la princesa, que ya tendrían muchos en el reino y así no es cosa posible. Alabo á nuestro Señor, que de ninguna Orden se podría tener la libertad que nosotras tenemos de tratarlos, y jamás se nos quitará, ni quita.» Este capítulo de la carta de santa Teresa de Jesús, afirma el Padre Juan Eusebio haberle visto escrito de su misma letra y tenerle autenticado con fe de escribano. En otra carta que escribió á doña Ana Enríquez, dice: «Para las cosas del alma hallo soledad, porque no hay aquí ninguno de la Compañía que conozco.»

En el libro de su Vida habla repetidas veces de la Compañía. En el cap. 5, pag. 24, de la impresión de Madrid del año de mil quinientos y veinte y siete, dice: «Duré en esta ceguedad, creo, más de diez y siete años, hasta que un Padre Dominico, gran letrado, me desengañó en cosas, y los de la Compañía del todo me hicieron tanto temer, agravándome tan malos principios, como después diré.» En el cap. 23, pág. 173, dice: «Mas como su Majestad quería ya darme luz para que no le ofendiese y conociese lo mucho que le debía, creció de fuerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, que ya tenía noticia de algunos porque habían venido aquí los de la Compañía, á quien yo, sin conocer á ninguno, era muy aficionada, de sólo saber el modo que llevaban de vida y oración, mas no me hallaba digna de hablarles ni fuerte para obedecerles, que esto me hacía más temer, porque tratar con ellos y ser lo que era, haciame cosa récia.» Y pág. 176, hablando de un siervo de Dios: «Algunas veces me maravillo, que siendo persona que tiene gracia particular en comenzar á llegar almas á Dios, como no fué servido entendiese la mía ni se quisiese encargar de ella, y veo fué todo para mayor bien mío, porque yo conociese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesús.» Y pág. 180. «También me daba pena, que me viesen en casa tratar con gente tan santa como los de la Compañía de Jesús, porque temía mi ruindad y parecíame quedaba obligada más á no lo ser y quitarme de mis pensamientos, y que si esto no hacía, que era peor; y así procuré, con la sacristana y portera, no lo dijesen á nadie.» Y después de haber dicho como un Padre de la Compañía la enderezó en la vía del espíritu, por andar antes errada, y cómo la puso en mortificación, dice: «Dejóme consolada y exforzada, y el Señor, que me ayudó, y á él, para que entendiese mi condición y cómo me había de gobernar, quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y así lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado

Universidad de Deusto Biblioteca

gracia para obedecer á mis confesores, aunque imperfectamente, y casi siempre han sido de estos benditos hombres de la Compañía de Jesús, aunque imperfectamente, como digo, los he seguido. Conocida mejora comenzó á tener mi alma, como ahora diré, etc.»

Todo el cap. 24 gasta en alabanzas de la Compañía, confesando que la enseñaron, aconsejaron, y purificaron su alma; diremos una ú otra cláusula, por no trasladar aquí todo el capítulo, pág. 182: «Hacía mucha oración porque el Señor me tuviese de su mano, pues trataba con sus siervos, no permitiese tornase atrás, que me parecía fuera gran delito y que habían ellos de perder crédito por mí.» Pag. 183: «En este tiempo mudaron á mi confesor de este lugar á otro, lo cual yo sentí mucho, porque pensé me había de tornar á ser ruín y no me parecía posible hallar otro como él; quedó mi alma como en un desierto, muy desconsolada y temerosa, no sabía qué hacer de mí.» Luego añade: «Vivía cerca; yo me holgaba, por tratar mucho con ellos, que de sólo entender la santidad de su trato, era grande el provecho que mi alma sentía.» Dice también cómo halló otro confesor tan santo como el pasado, que aun la puso en más perfección, y fué el Padre Baltasar Alvarez. Y prosigue así en este capítulo, como el capítulo 26, encareciendo lo que le aprovechó este venerable Padre, poniéndola en más alta perfección y mortificación, etc.

En el cap. 34, pág, 279: «Consolábame mucho que había casa de la Compañía de Jesús en aquel lugar donde iba, y con estar sujeta á lo que me mandasen, como lo estaba acá, me parecía estaría con alguna seguridad.» En el cap. 38, habiendo hablado de las mercedes que Dios hacia á un Rector de la Compañía que la confesó algún tiempo, añade: «De los de cierta Orden y de toda la Orden junta, he visto grandes cosas; vílos en el cielo con banderas blancas en las manos, algunas veces, y como digo, otras cosas de grande admiración, y así tengo esta Orden en grande veneración porque los he tratado mucho, y veo conforme su vida con lo que el Señor me ha dado á entender.» Hablaba

la santa de la Compañía de Jesús, como en su manuscrito original declaró expresamente, y lo afirma el Padre Ribera en el lib. 4, cap. 5, de la Vida de santa Teresa de Jesús, la cual vida el reverendo Padre Fray Juan de Jesús María, Carmelita Descalzo, en el Compendio de la Vida de santa Teresa, llama historia dignísima de fe. El Padre Juan Eusebio, después de haber traído lo que he dicho, añade, que por certificarse más envió á pedir al Escorial, donde se guarda el original de mano de la santa, que se cotejase el texto, y que delante de muchos testigos que lo vieron dió testimonio el Padre Fray Antonio Mauricio, bibliotecario de san Lorenzo el Real, en que afirma decir el texto estas formales palabras: *De los de la Orden de este Padre, que es la Compañía de Jesús, de toda la Orden junta he visto grandes cosas; vílos en el cielo con banderas blancas, etc.*

Mucho han sentido los hijos de santa Teresa este y otros agravios semejantes que ha hecho, no sé quién, á las obras de su santa Madre y á la Compañía, quitando el nombre de una Religión tan benemérita de la santa, de sus libros, de los cuales perder una letra es perder un tesoro. Y así, congregándose en Roma el año de mil seiscientos y cincuenta los reverendísimos Padres Carmelitas Descalzos para celebrar Capítulo general, hicieron el decreto que se sigue, por el cual debe la Compañía eterno agradecimiento á toda la Sagrada Religión del Carmen Descalzo: «Hemos sabido que los escritos de nuestra santa Madre se han impreso truncados de todas aquellas cosas que tocan á la Compañía de Jesús, porque hallándose en los más códices manuscritos y en los más de los libros impresos mucho tiempo ha, y finalmente en el mismo contexto original de la santa Madre, todas aquellas cosas que se notan en el libro que tiene por título: *Gloria Sancti Ignatii*; con todo esto en aquella edición de que antes hicimos mención, se hallan todas estas cosas quitadas. Esta edición infiel, no tanto injuriosa á la Compañía de Jesús como á la santa Madre, totalmente la reprobamos, y testificamos que no ha

Universidad de Deusto Biblioteca

salido de nosotros; antes si alguno de nuestra Orden se hallase haber dicho tal cosa ó haber procurado que otro la hiciese, decretamos que no debe quedarse sin castigo, y prohibimos que los nuestros usen de esta edición truncada, y testificamos que esta proposición fué propuesta en este nuestro Capítulo general y aprobada por aclamación de todos. En el día diez y seis de Mayo de mil seiscientos y cincuenta. Fray Francisco del Santísimo Sacramento, Prepósito general.»

Volviendo á la santa Madre en el mismo cap. 38, página 333, dice: «Estando en un Colegio de la Compañía de Jesús con los grandes trabajos que he dicho tenía algunas veces y tengo de alma y de cuerpo, estaba de suerte, que aún un buen pensamiento, á mi parecer, no podía admitir; habíase muerto aquella noche un hermano de aquella Casa de la Compañía, y estando, como podía, encomendándole á Dios y oyendo misa de otro Padre de la Compañía, por él; dióme un gran recogimiento y víle subir al cielo con mucha gloria y al Señor con él; por particular favor entendí ir su Majestad con él.» Cap. 39, pág. 348: «Estando en un Colegio de la Compañía de Jesús y estando comulgando los Hermanos de aquella casa, ví un pálio muy rico sobre sus cabezas; esto ví dos veces: cuando otras personas comulgaban no veía.» Cap. 40, pág. 354: «*Estando una vez en oración con mucho recogimiento, suavidad y quietud, parecióme estar rodeada de ángeles y muy cerca de Dios; comencé á suplicar á su Majestad por la Iglesia, dióseme á entender el gran provecho que ha de hacer una Orden en los tiempos postreros y con la fortaleza que los de ella han de sustentar la fe.*» Habla de la Compañía de Jesús, como dice el Padre Ribera, y Martín Martínez que afirma que en los manuscritos está declarado su nombre, y que también lo dijo la Santa de boca, y escribió por su mano. Y añaden: Que en aquella revelación dijo el Señor á santa Teresa: «Si tú supieses cuánto han de ayudar estos en los siglos venideros á la Iglesia afligida, etc.» En otros muchos lugares habla de la Compañía ó de sujetos particulares de ella, ya confesando cuanto la ayudaron para su perfección, ya para sus fundaciones, ya cuánto los amaba, ya cuánto los estimaba; los cuales dejo por brevedad, concluyendo con una cláusula que escribe en una carta á un Provincial de la Compañía prometiéndose la unión y hermandad de su Religión y la nuestra: «Jamás creeré que por cosas muy graves permita su Majestad que su Compañía vaya contra la Orden de su Madre, pues la tomó por medio para repararla y renovarla.»

Mas no pudo dejar la revelación que tuvo acerca de la santidad y gloria del V. Padre Baltasar, á quien ella confiesa deber tanto. Oyendo un día la misa que decía dicho Padre; vió todo el tiempo que duró el sacrificio, una diadema de grande resplandor sobre su cabeza. Otra vez la reveló el Señor, que no había ninguno en el mundo que excediese á Baltasar Alvarez en la perfección, y que en el cielo había de tener lugar eminentísimo correspondiente á la santidad que tenía en la tierra. Y después de muerta, apareciéndose á una gran sierva de Dios, la dijo hablando del mismo Padre Baltasar Alvarez: «Yo también soy hija de la Compañía; tuve en ella confesor, á quien reconozco y venero en el cielo.» Todo esto refiere el V. Padre Luis de la Puente en la vida del Padre Alvarez. La misma seráfica virgen vió á los cuarenta Padres y Hermanos, que murieron en el mar á manos de los herejes, yendo á predicar el Evangelio al Brasil, con coronas de mártires en el cielo, como lo escribe Fray Diego de Yepes, Obispo de Tarazona, en la vida de la santa. Y Fray Elías de Santa Teresa testifica que vió al venerable Padre Martín Gutiérrez, en el mismo punto que en Francia murió preso y maltratado de los herejes, subir al cielo con corona de mártir. Añado solamente, porque se vea cómo conserva en el cielo la estimación que hizo en la tierra de la Compañía, lo que escribe en un sermón que predicó en Cádiz á las honras de la venerable doña Beatriz de Quevedo, el año pasado de mil seiscientos y setenta y cuatro, don Juan de Acosta y Mendoza, racionero de la Catedral de

aquella ciudad, impreso en ella el mismo año. «Confesábase doña Beatriz de Quevedo en la Compañía, era muy regalada con visiones y revelaciones de Dios, y andaba temerosa y afligida si su camino era seguro, y si en los favores que el Señor la hacía padecía algún engaño; encomendóse á Santa Teresa, rogándola que la enseñase ó desengañase, y la gloriosa virgen la dió breve respuesta y largo elogio: *Si tienes á la Compañía, ¿qué más tienes que buscar ni desear?*»

CAPITULO XIII

Causas de las persecuciones de la Compañía de Jesús

Nació la Compañía, como se dice de la perla, entre las tempestades y borrascas. Apenas se fundó algún Colegio en tiempo de San Ignacio, ni se ha fundado después sin que se levantase contra él alguna grave persecución; y no ha podido esta gran madre de espirituales hijos dar á luz ningún gran parto, sin padecer graves dolores, aunque después ha recompensado el Señor y ha hecho olvidar la tristeza con el gozo de ver nacidos en el mundo á la gracia tantos pecadores y á la fe tantos infieles. Mas no pretendo referir aquí las persecuciones que tuvo la Compañía viviendo San Ignacio, y menos las que ha padecido después, por ser materia aunque gustosa para la Compañía, como para el navegante hablar de las tormentas que pasó, y al soldado tratar de las batallas y riesgos de que salió victorioso, ingrata á los que con bueno ó mal celo las ocasionaron; sólo pretendo responder á la admiración de los que extrañan como Religión que tanto fruto ha hecho en el mundo, ha sido tan perseguida; cuando á los beneficios debía seguir el agradecimiento, y no hay quien desee arrancar el arbol que produce saludables frutos, como tantos, así católicos como herejes, han procurado arrancar del mundo, si pudieran, este arbol de la Compañía de Jesús; impugnándola con palabras y escritos, con libelos, sátiras, libros de que se pudiera hacer una librería; pues cuando el

Padre Pedro de Ribadeneyra imprimió el libro de los autores de la Compañía que habían escrito hasta el fin del siglo pasado, sacó un hereje otro libro de los autores que habían escrito contra la Compañía, y de solo sus nombres pudo formar un libro; y si él hubiera imitado á Ribadeneyra que escribió la vida y muerte de los escritores de la Compañía, contando la vida y muerte de los calumniadores, él se respondiera á sí mismo, y las obras de tales doctores falsificáran sus palabras y se volvieran elogios sus libelos, pues ninguno es mayor para el bueno, que la calumnia del malo.

A siete reduce el Padre Daniel Bártoli las causas de las persecuciones de la Compañía, que yo llamára siete cabezas del dragón coronado de puntas, que como hace guerra á la Iglesia, figurada en la mujer del Apocalypsi, no cesa de combatir esta Compañía que Dios levantó para defensa de la Iglesia, armando todas sus puntas contra ella, como en sus principios las afiló contra las Sagradas Religiones de Santo Domingo y San Francisco, fingiendo de sus Religiones y religiosos semejantes delitos, que después han fingido de la Compañía, obligando á los dos hijos y lumbreras de estas sagradas familias Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, á que respondiesen á las calumnias y deshiciesen con las luces de la verdad las sombras con que pretendían los enemigos obscurecer la hermosura y resplandor de tan valerosas milicias de la Iglesia. Las siete causas reducidas á mucha brevedad, son: la primera, no saber nuestras cosas; condenándonos por imaginación ó por malicia, y no por ciencia. De esta manera calumniaban los gentiles á los cristianos en la primitiva iglesia diciendo que adoraban una cabeza de asno, y que al salir el sol sacrificaban un niño, bebiendo su sangre y comiendo su carne. Así se crían en Sajonia y otras provincias heréticas de Alemania, desde niños, en creencia de que los de la Compañía (como también lo dicen del Sumo Pontífice) tienen el rostro de demonio, alas de murciélago, cola y cuernos de cabra: invención digna de los predicantes que nos

pintan tales á los ojos, y nos estampan en la imaginación de los simples, los cuales, como dijo Minucio de los antiguos cristianos, empiezan á aborrecernos antes de conocernos. Cuántas cosas dice de nosotros el vulgo ignorante por lo que soñó ó oyó, sin averiguación, sin que haya quien le desengañe y diga lo que Enrique Segundo, rey de Francia, á uno que calumniaba de hipócritas á los de la Compañía: «Juzgad á los de la Compañía por lo que hacen, que la intención solo Dios la ve, y la murmuración de los hombres no hace culpable al inocente.»

La segunda causa es saber mal nuestras cosas, aprendiéndolas en los libros ó libelos de los calumniadores, como si fueran á saber quién era Cristo, á la información de los fariseos; y quién fueron los mártires, á las causas que hicieron ó escribieron los tiranos que los martirizaron. Han salido, como decía, muchos libros contra la Compañía, unos de herejes con nombre de católicos y otros de católicos con nombre de herejes, haciendo los primeros agravio al nombre católico con el escrito infame, y quitando los segundos al libro su propio nombre, por darle el que convenía más á su pluma. No han faltado herejes que fingiendo haber sido algún tiempo católicos y de la Compañía de Jesús, como si revelaran misterios de fe, hacen la salva de San Juan en su primera epístola: *Quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, etc.* Y como las murmuraciones hallan siempre gratos oídos, y nunca faltan á las sátiras lectores; algunos creen lo que leen sin exámen, pensando que saben más nuestras cosas, cuando más las ignoran; y otros hacen que creen lo que no creen, por calumniar más libremente, alegando textos ajenos, en que han faltado algunos católicos á dobladas obligaciones que les traía la profesión y estado. La tercera causa es la vida de la Compañía, desemejante á la de algunos cristianos en el nombre, que quieren parecer buenos, haciendo á los demás peores; y no quieren que haya virtud que condene sus vicios, sino otros vicios mayores que los hagan parecer virtudes. Esta razón dan los malos de perseguir al

justo en el libro de la sabiduría: *contrarius est operibus nostris, et improperat nobis peccata legis.* Pues que si se interpone algún interés esperado ó persuadido, entonces se afila la lengua, se aguza la pluma y no se harta de calumnias la venganza, ni agravios la ira. Por ambos títulos escribió un autor que vivía pocos años há, contra la Compañía, catorce libros en varias lenguas y de varios asumptos, en que por no decir ninguna verdad, aun su nombre no dijo. La cuarta causa, son los defectos de algunos particulares, aplicados á todos, injusticia muy antigua de la cual se queja San Agustín en la epístola 137: «Hay, dice, gente que se alegra y desea saber si algún obispo, algún clerigo, algún monje ó alguna virgen consagrada á Dios, cae en algún mal hecho, para juzgar, aunque no lo vean, que todos son como él, no guardando para sí esta regla; porque aunque lleguen á saber el adulterio de una mujer, no por eso repudian la suya; pero si de alguna que profesa perfección oyen cualquier indicio de culpa ó saben alguna verdadera caída, aquí es el aguzar el ingenio, y las diligencias y las razones, para que de todos los demás se crea lo mismo.» Hasta aquí San Agustín. Comunidad en que todos sean santos, sólo se halla en el cielo; y nadie condena todo el Colegio Apostólico, porque hubo un Judas traidor. Religión relajada no es aquella donde hay alguno malo, porque ninguna fuera buena, sino donde se peca sin castigo; porque donde es castigado el que yerra, dice San Agustín, los defectos contribuyen al ornato: como las sombras ayudan en la pintura á que sobresalgan los colores; así las culpas castigadas debidamente, muestran la hermosura de la observancia y la rectitud de la regla. No condenen á todos por uno; como no estiman por uno ni por muchos, buenos á todos; y digan lo que Ferdinando Segundo: «Con alguno de la Compañía me puedo enojar; con toda la Compañía no puedo.»

La quinta causa es, que ordinariamente quien vive mal, no se persuade que hay quien viva bien; y la costumbre de pecar, especialmente en pecados de sensualidad, llega á

parecer á algunos necesidad, y tienen un no querer que parece no poder; y en tan miserable estado apelan por consuelo á pensar, que todos son como ellos, y que quien no lo muestra no es más casto sino más cauto; de que nace hablar y escribir lo que creen, ó lo que quieren que otros crean, y siempre tiene mala causa la castidad en el tribunal del vicio; por eso condenaron á Susana de adulterio los dos ancianos deshonestos, y la absolvió Daniel, que era virgen, como lo ponderó discretamente San Máximo, diciendo: «Segura tiene la victoria la castidad en el tribunal de la virginidad.» La sexta causa es, que la grandeza y excelencia de las letras y virtudes es para quien las mira de mala gana, un gran quebradero de ojos, y suele tomar por medio, cerrarlos por no ver, y al no ver se sigue el no querer creer lo que quisiera que no fuera. Aquella, que un docto escritor de la Orden de los Capuchinos, hablando de los libelos que se han escrito contra la Compañía, llama imprenta de la envidia, de la cual salieron tantos libros infamatorios contra Ignacio y sus hijos, persiguiéndolos el demonio con palabras y escritos; es una oficina que siempre oprimirá cuantas comunidades de hombres levantaren la cabeza sobre aquellos términos que no pueden sufrir los que no quieren tener superior, ni sufrir igual. La séptima causa es la malignidad de algunos despedidos de la Compañía, que por no echarse á sí la culpa la echan á la Religión, y quieren que ella parezca culpada por parecer ellos inocentes. Y como el cielo no tiene mayores enemigos que los que cayeron de él, no tienen mayores perseguidores comunmente las religiones que los que salieron de ellas; de los cuales se puede decir lo que San Cipriano hablando de las calumnias que padeció en sus principios la Iglesia: «De los apóstatas nacen todos estos fingidos rumores; porque no pueden alabarnos los que nos dejaron.» Bien lo ha experimentado en todos tiempos la Compañía; pero ningún testimonio mayor de su inocencia, que no temer echar de su casa los testigos de sus acciones; pues sólo una grande inocencia no teme irritar á la desbocada malicia.

Estas siete causas tiene Bártoli de las persecuciones de la Compañía, mas todas éstas nacen de los hombres; á que quiero añadir las que tiene Dios para permitir estas persecuciones á su Religión, que se pueden reducir á otras siete, y son siete fuentes de gozo, mayor para la Compañía, que toda la pena que puede ocasionarla verse perseguida. La primera causa es, que imite la Compañía de Jesús á su Capitán, y se cumpla en ella lo que en ella, particularmente se debe cumplir, lo que dice San Pablo: *Omnes qui pie volunt vivere in Cristo Jesu, persecutionem patientur:* todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecuciones; lo cual pareció tan necesario á San Agustín, que añadió consecutivamente á las palabras del Apostol: *Si ergo non pateris pro Cristo ullam tribulationem, vide ne nondum cœperis in Christo pie vivere:* si no padeces alguna tribulación, mira no sea que no hayas empezado á vivir en Cristo piadosamente. El Nombre de Jesús obliga á la Compañía á vivir piadosamente en Jesús; y el vivir piadosamente en Jesús tiene por pensión, mejor diré por premio, padecer persecuciones; porque dejar solo á Jesús en las penas, lo hicieron los discípulos cuando aún eran imperfectos; y el gozarse de padecer contumelias por el nombre de Jesús, es propio de los Apóstoles, después que bajó sobre ellos el Espíritu Santo. Por eso nuestro Padre San Ignacio en el ejercicio del rey temporal, idea, como dije, de la Compañía, propone á Jesús á semejanza de un rey que convida á sus vasallos á pelear y padecer la misma fortuna que él padeciere, en hambre, sed, fatigas, calumnias, persecuciones, etc. Por lo cual debe la Compañía tener por dicho á sí lo que dijo Cristo á sus discípulos: *Non est servus major domino suo. Si me persecuti sunt, et vos persequentur.* No es el siervo mayor que su señor. Si á mí me han perseguido, á vosotros también os perseguirán. Por eso apareció Cristo con la Cruz á cuestas á San Ignacio cuando iba á Roma á fundar la Compañía; porque supiese que había de llevar la Cruz que él había llevado, pues se alistaba debajo de su bandera.

De la primera razón nace la segunda, que es tratar Jesús á su Compañía, como trató á sus apóstoles y discípulos más queridos, y mostrar que la tiene en esa cuenta; lo cual es una suma honra y premio bastante de lo que trabaja en utilidad de las almas. Esto dijo Paulo Quarto á los Padres de la primera Congregación General, y en ellos á toda la Compañía, consolándola en las persecuciones que padecía entonces, y previniéndola para las que había de padecer después, con estas palabras: «No penséis que habéis de ser de mejor condición que los predicadores y embajadores de Dios en una y otra ley; correréis la misma fortuna que ellos; muchos no os recibirán á vosotros, ni vuestra doctrina, sino os perseguirán y os quitarán la vida, juzgando que hacen sacrificio digno de el agrado de Dios. Es trájico y lamentable este siglo, en que Dios juntó y llamó esta bienaventurada Compañía; vemos afligida de muchas maneras la Iglesia de Dios, y que en todas partes la persiguen. Pretenden contrastar la Esposa de Cristo, no sólo los que viven ajenos de el conocimiento de su fée, los bárbaros, y los que en islas y tierras nuevamente descubiertas la persiguen, como enemigos del nombre de Cristo, sino también aquellos, que con nosotros vanamente se jactan y glorían del nombre de cristianos.» Esto dijo el Pontífice, y este ha sido siempre el destino de los que se emplean en la salvación de las almas, padecer persecuciones. Por eso pone san Pablo por la primera señal de su apostolado, antes de los milagros y prodigios, la paciencia: por eso han padecido persecuciones todos los profetas, los apóstoles, los varones apostólicos; y las Religiones que más se han dedicado al provecho de los prójimos, han sido más perseguidas; porque quien hace guerra, es forzoso que la padezca; y quien persigue al demonio, procurando quitarle de las garras la presa que tiene usurpada, no puede dejar de ser perseguido de el demonio. Dejará tal vez en paz al que cuida de sí solo, pero nunca deja sosegar al que no sólo cuida de sí, mas también de los otros; como hemos visto en San Ignacio, que cuando, por atender á sus estudios, interrumpía algo la solicitud de la salvación de las almas, nadie le perseguía, y todos le veneraban como á santo; pero en procurando apartar á los pecadores de sus vicios, se armaba contra él el mundo y el infierno, y le hacía guerra con acusaciones, calumnias, amenazas y muertes. Cristo mismo, los treinta años que estuvo callando, no tuvo más persecución que la de Herodes; pero luego que empezó á predicar, se volvieron contra él los escribas y fariseos, los sacerdotes y pontífices, y finalmente todo el pueblo, que le pidió para la Cruz. En la Compañía vemos á los novicios estimados de todos, como angeles, porque callan y cuidan de sí; y á estos mismos, después que son profesos y empiezan á hablar y procurar la salvación de las almas, perseguidos de muchos. Y la razón de todo es; porque á quien cuida de sí solo, le persigue el demonio por sí mismo con tentaciones, y no siente que sea estimado y venerado; porque de esa misma estimación hace tentación, para derribarle por vanidad; mas á los que cuidan de la salvación de otros, los persigue por si mismo con tentaciones, y por medio de hombres con calumnias y acusaciones, para quitarles la autoridad y estimación necesaria para hacer fruto en las almas.

Pero el mismo medio que toma el demonio para desacreditar á la Compañía es su mayor crédito, si bien se considera, y esta es la tercera razón de permitir Dios las persecuciones. Como la Compañía, para ejercitar su ministerio apostólico, anda en el mundo y conversa con los hombres y trata con los pecadores, había menester una señal y marca, de que no es de el mundo, aunque anda en medio de el mundo; porque los mundanos piensan que las virtudes habitan solamente en los yermos y están encerradas en los monasterios, y que son como todos, los que tratan con todos. Esta opinión deshacen las persecuciones de el mundo, conforme á la sentencia de Cristo, que dice á sus discípulos: *Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret; quia verò de mundo non estis, sed ego elegi vos de mundo, propterea odit vos mundus:* «Si fue-

rais del mundo, el mundo amára lo que era suyo; mas porque no sóis del mundo y yo os elegí del mundo, por eso os aborrece el mundo.» De donde saca por consecuencia San Crisóstomo, que es argumento de virtud ser aborrecido de el mundo, y de malicia ser amado. Desgracia es ser amado de quien desacredita con el amor; y dicha ser aborrecido de quien acredita con el odio; por eso se debe preciar la Compañía, de este odio que la marca por de Jesús, y aborrecer el amor que le señalare por de el mundo. Este mismo odio de el mundo con que Dios aflige á su Compañía, es argumento de lo mucho que la ama; pues el mismo Señor testifica en muchas partes de la Escritura, que aflige y castiga á los que ama. Y al fin, quien da lo que escojió para sí, no puede dar mayores muestras de amor; y pues Cristo escogió afrentas y Cruz, mucho ama á los que hace semejantes á sí en la participación de estos bienes que el mundo tiene por males. Y aunque tal vez algunos de la Compañía den alguna ocasión para las persecuciones, no deja de ser grande favor de el Señor purificarla con ellas, como el oro en el crisol, para conservar siempre puro este vaso de elección, en que quiere llevar por el mundo su Santo Nombre.

La cuarta razón es, porque obras tan divinas como las de la salvación de las almas, esperen el premio de solo Dios, y se hagan puramente por agradarle. Por eso permite Dios que sean perseguidos de los hombres, los que procuran salvar los hombres, y que halle desagradecimiento el mayor beneficio, y vituperio la acción más digna de alabanza; porque sepamos que tan alto ministerio está sobre las alabanzas y premios de la tierra, y se levanta hasta el cielo, para recibir la corona de quien sólo puede darla. Quien pretende gloria humana por ser coadjutor de Dios en la salvación de las almas, hace venal un tesoro que no tiene precio, y estima en poco lo que no se puede estimar bastantemente: por eso conviene que no halle lo que busca, porque no busque lo que no halla. Piedras encontró Cristo de los judíos, por las buenas obras que les hacía; y piedras suelen encontrar los predicadores, que á imitación de Cristo, hacen buenas obras á los hombres; pero entre esas piedras ven el cielo abierto, como san Esteban, y estas son las piedras preciosas de que se esmalta su corona. Y sobre todo, los que ayudan de alguna manera á que se logre la redención de las almas, no era justo que las comprasen á otro precio, que el que costó á su Señor; de trabajos, de desprecios, afrentas y penas.

La quinta razón porque Dios permite las persecuciones á la Compañía, me parece la misma porque permitió á su Apostol aquel estímulo, de que él dice: *Ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meæ, Angelus Satanæ qui me colaphizet:* «porque la grandeza de las revelaciones no me levante, me ha sido dado el estímulo de la carne, un angel de Satanás, que me abofetee.» El cual estímulo, dice San Crisóstomo, y San Ambrosio y otros doctores, que eran las persecuciones que el Apóstol padecía de sus enemigos. Para que la Compañía no se levante sobre sí, por las grandes obras que Dios por su sola voluntad se sirve de hacer por ella en todas las cuatro partes de el mundo, y se conserve digna de nuevas empresas de su mayor gloria, la da su Majestad el contrapeso de las persecuciones con que la humilla, y después de humillada la levanta, según el estilo que ha guardado perpétuamente en el mundo, de humillar á los que quiere exaltar. De esta manera tentó á Abraham, mandándole sacrificar el hijo, para prometerle que de él nacería el Mesías; hirió á Jacob antes de bendecirle; envió á Joseph por esclavo á Egipto, para hacerle gobernador de aquel reino; dejó perseguir á David de Saul, para sentarle en el trono de Israel. Y por callar ejemplos particulares, de esta manera permitió afligir á su pueblo de los gitanos, para llevarle á la tierra de promisión; y después ha permitido las persecuciones de su Iglesia, para que con ellas creciese y se coronase. Lo mismo ha querido hacer con su Compañía; y así escribe Nadal: «Tenemos observado desde los principios de la Compañía, que cuando nuestro Señor la

quiere exaltar y hacer digna de algún nuevo favor, primero la humilla y la deja padecer alguna grave persecución.»

Por otra razón, quiere el Señor que tenga su Compañía este perpétuo estímulo de persecuciones, porque le sirva de espuela para correr por el camino de la perfección, según su instituto, no descuidando de su aprovechamiento, ni de el ajeno. Tiene la Compañía en el pueblo casi tantos ojos que la censuren, cuantos tiene que la miren; ningún defecto nuestro se reputa leve, todos se estiman graves; júzgase la intención cuando no se puede la obra; nada se tiene por casual, todo se juzga misterioso. Y es desgracia feliz, porque los ojos que nos censuran, nos obliguen á andar más cuidadosos: por eso el tribuno Druso, á un arquitecto que le ofrecía disponer las ventanas de su casa de manera que nadie la pudiese registrar, pidió que las pusiese de modo que todos viesen sus acciones, porque examinase antes su cuidado las obras que había de censurar él de todos. San Pablo dice á los corintios: *Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus:* «somos hechos espectáculo al mundo, y á los ángeles y los hombres», ó *theatrum*, como lee San Jerónimo; como si dijera el Apóstol: Todos nos miran y reparan, los ángeles y los hombres, el cielo y el mundo; somos como los que están en un teatro, de quien todos notan las acciones, las palabras y hasta los movimientos. Pues todas nuestras obras y palabras están expuestas á la censura, debemos hacer lo que los representantes, que ensayan lo que han de decir y hacer antes de salir al teatro; así hemos de ajustar nuestras acciones al nivel de la razón, y medir nuestras palabras con el compás de la prudencia, para que salgan inocentes de el tribunal de el mundo, que es tan riguroso con los que le han dejado, como piadoso con los que le siguen. Y alabar la providencia de el Señor con su Compañía, en darla por luces, no solamente sus ojos, con quien cumple la buena intención, sino los ojos de todos, para que entiendan los hijos de San Ignacio, que son deudores á todos los que son llamados, para ganarlos á todos, y que en su proceder no han de atender solamente á los ojos de Dios, mas también á los de los hombres.

La séptima razón es, porque la Compañía que tanto hace por el Señor padezca mucho por él y sea grande, haciendo y padeciendo, como haciendo y enseñando. Es razón de el Padre maestro Juan de Avila, apóstol de la Andalucía, que hablando de las persecuciones de la Compañía, decía: «Que las permitía el Señor, porque no le agradan tanto á su Majestad sus siervos cuando hacen grandes cosas, como cuando padecen con alegría y confianza grandes adversidades; porque de otra manera, añade, ¿cómo se discernirá el verdadero siervo de el falso, si no sirve de piedra de toque la persecución? El águila prueba sus hijos á los rayos de el sol; los lapidarios examinan los metales en la piedra; y Cristo prueba sus siervos en la humillación.» Esto había dicho antes Rafael á Tobías: *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit, ut probatio tentaret te:* «porque eras afecto á Dios, fué necesario que la tentación te probase.» Y es lo que hizo Dios con Job, cuando al que era ojos de el ciego, pies de el cojo, padre de los pobres, protección de las viudas, amparo de los huérfanos y asilo de todos los miserables, le envió tantos trabajos, multiplicando los talentos al que negociaba tan bien con ellos, añadiendo caudal de penas, que produce mayores réditos al que sabe doblar el de las obras; haciendo grande en la paciencia, al que lo era en la misericordia. A una persona que padecía grandes adversidades, la dijo nuestro Padre San Ignacio: Si Dios te hace padecer muchos trabajos, señal que te quiere hacer gran santo; y si tú quieres ser gran santo, pídele gran materia de padecer; porque no hay leña que más avive el fuego de el amor divino que el leño de la santa cruz, que escojió Cristo para el sacrificio de su caridad inmensa.

Por esto con mucha razón estimaba y deseaba nuestro Padre San Ignacio las perfecciones de la Compañía, y tenía por la mayor persecución no ser perseguida, porque será indicio de no cumplir perfectamente con su Instituto.

Viéronle en una ocasión con señales de tristeza, cosa nueva, porque no había nada que pudiese alterar la serenidad de su rostro, ni la paz de su corazón; y súpose que la causa era porque en una Provincia sucedía todo prósperamente, siendo estimada y celebrada la Compañía de la Corte y de el pueblo; y lo que á otros de vista menos perspicaz daba alegría, al que la tenía tan aguda causaba pena, sospechando que no andaba en aquella muy fervoroso el celo de la salvación de las almas, pues el demonio la dejaba en paz. Al contrario, habiendo el Cardenal Siliceo Arzobispo de Toledo, por malos informes, prohibido con censuras, que ninguno de sus súbditos se confesase con alguno de la Compañía, y mandando á todos los curas y beneficiados de su arzobispado, so pena de excomunión mayor *latæ sententiæ*, que no admitiesen en sus iglesias á ninguno de la Compañía á confesar ó predicar, y hecho otras grandes molestias; cuando lo supo el Santo, mostró grande alegría, y dijo al Padre Pedro de Ribadeneyra, que era muy buena nueva esta para la Compañía, porque padeciendo ella sin culpa, era señal de que Dios se quería servir mucho de la Compañía en Toledo, como la misma experiencia lo mostraba, pues donde había sido más perseguida, allí había hecho mayor fruto. Lo mismo sentían de las persecuciones de la Compañía, San Francisco Javier y San Francisco de Borja; el primero, sentía verse á sí y á la Compañía sin persecuciones, y sentía que no podían los de ella militar fielmente mucho tiempo sin ser perseguidos, el segundo se alegraba de verla perseguida y deseaba que lo fuese perpétuamente. El Venerable Padre Baltasar Alvarez llamaba á las persecuciones de la Compañía, granizo de perlas que desfrutan la viña, pero la colman de riquezas. Bendito sea Dios, que hasta hoy vemos caer este granizo sobre esta heredad del Señor, para testimonio de que aun es la Compañía lo que fué, y prenda de que es acepta al Señor, pues quiere que las tentaciones la prueben.

CAPITULO XIV

Como trató san Ignacio de renunciar el Generalato

El año de mil quinientos y cincuenta, año de Jubileo, fué muy alegre para la Compañía; porque el Papa Julio Tercero, que siendo Cardenal Legado en el Concilio de Trento la había favorecido mucho, sublimado al Sumo Pontificado la favoreció mucho más. Publicado el Jubileo, le pidió San Ignacio que concediese á los de la Compañía que andaban en la India, Congo, Brasil y Africa, y no podían venir á Roma sin gran detrimento de el servicio de Dios y salvación de las almas, que ellos y los pueblos que tenían reducidos á la fe ganasen este gran Jubileo. El Papa, mirando á San Ignacio con rostro risueño, le dijo: «Lo que toca á conceder el Jubileo á los de la Compañía ausentes, yo se le concedo de muy buena gana, con sólo esta restricción, que quiero comunicar en esta parte con vuestra Compañía toda mi potestad. Gozen todos los de vuestra Compañía, en cualquier parte de el mundo que estén, de los tesoros de la Iglesia y de las gracias liberalísimas de este año, y para que las ganen, señaladles lo que os pareciere»; y no quiso que cesase por este año del Jubileo el uso de los privilegios que Paulo Tercero había concedido á la Compañía, sino que en cualquiera parte de el mundo gozase y usase de todos la Compañía. Hízole San Ignacio las debidas gracias, y contóle algo de el fruto que hacían los nuestros en la India y las otras partes remotas; y habiéndolo oído el Pontífice con grande atención, se enterneció, y sin poder detener las lágrimas, dijo que eran para él unas alegrísimas nuevas. Finalmente, coronó estas y otras gracias que hizo, con la mayor de confirmar la Compañía, que había probado y confirmado Paulo Tercero; distinguiendo y aclarando las cosas que parecían dudosas ú obscuras en la Bula de su Predecesor.

Tomando San Ignacio ocasión de ser año de Jubileo,

convocó á Roma los profesos y principales Padres de la Compañía que podían venir sin detrimento de el divino servicio en las tierras y provincias donde estaban, para comunicar con ellos las Constituciones que había escrito. Había concedido Paulo Tercero en la Bula de la confirmación de la Compañía, que las Constituciones que ella aprobase, quedasen aprobadas y firmes, sin ser necesario recurrir á otro Tribunal. Y estando juntos los Profesos, se las entregó San Ignacio para que las viesen y examinasen, y los que venían de diversos reinos y naciones, con la experiencia que tenían de sus genios y costumbres, advirtiesen y enmendasen lo que no fuese conveniente á sus provincias, para templar de manera las reglas, que se acomodasen á todos sin necesitar de excepciones que quitan la autoridad á las leyes, ú de singularidades que son contrarias á la unión y caridad. Y aunque ahora á todos los Padres, y después en los reinos donde las hizo publicar parecieron como escritas con espíritu de Dios, comunes para todas las provincias y singulares para cada una; con todo esto no quiso, como dijimos, que tuviesen fuerza de leyes estables hasta después de su muerte, porque no cediese la razón á su respeto y autoridad.

Para otro fin había juntado á los Padres, aunque no lo había declarado. Deseaba mucho dejar el Generalato: parecíale que sus hombros eran muy flacos para tanta carga, que no tenía la destreza que era menester para gobernar la nave de la Compañía, combatida de muchas tempestades; juzgaba que esta obra del Señor crecería más en otras manos que en las suyas; aborrecía toda honra, y deseaba obedecer á todos y no mandar á ninguno. Por otra parte le pareció tiempo, muy apropósito para conseguir esta gracia de sus hijos, el presente en que estaba confirmada de nuevo la Compañía, escritas las Constituciones y él lleno de años y achaques, que alegaban para eximirle de un peso que pedía sobre muchos talentos, muchas fuerzas. Estando, pues, juntos los Padres en un lugar, no atreviéndose á proponerles á boca su deseo porque no lo resistiesen como al

principio y deshiciesen con razones sus razones; les envió la carta que pongo aquí para memoria eterna de su humildad:

«A los carísimos en el Señor nuestro, los Hermanos de la Compañía de Jesús

»En diversos meses y años, siendo por mí pensado y considerado, sin ninguna turbación intrínseca ni extrínseca que en mí sintiese, que fuese en causa; diré delante de mi Criador y Señor que me ha de juzgar para siempre, cuanto puedo sentir y entender á mayor alabanza y gloria de su Divina Majestad.

»Mirando realmente y sin pasión alguna que en mí sintiese por los mis muchos pecados, muchas imperfecciones y muchas enfermedades, tanto interiores como exteriores; he venido una y muchas veces á juzgar realmente que yo no tengo casi con infinitos grados las partes convenientes para tener este cargo de la Compañía, que al presente tengo por inducción y imposición de ella.

»Yo deseo en el Señor nuestro, que mucho se mirase, y se elijiese otro, que mejor ó no tan mal, hiciese el oficio que yo tengo, de gobernar la Compañía. Y elijiendo la tal persona, deseo asimismo que al tal se le diese el tal cargo. Y no solamente me acompaña mi deseo, mas juzgando con mucha razón para que se le diese el tal cargo; no sólo al que hiciere mejor ó no tan mal, mas al que hiciere igualmente. Esto todo considerado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, un solo mi Dios y mi Criador, yo depongo y renuncio simplemente y absolutamente el cargo que yo tengo, demandando, y en el Señor nuestro, con toda mi ánima, rogando, así á los Profesos como á los que mas querrán juntar para ello, quieran aceptar esta mi oblación así justificada en la Divina Majestad.

»Y si entre los que han de admitir y juzgar á mayor gloria divina se hallase alguna discrepancia, por amor y reverencia de Dios N. Señor, demando lo quieran mucho

encomendar á la su Divina Majestad, para que en todo se haga su santísima voluntad, á mayor gloria suya, y á mayor bien universal de las ánimas y de toda la Compañía, tomando. El, todo, en su divina y mayor alabanza y gloria para siempre.»

Leída en público esta carta, contra la expectación de todos, que no pensaban contenerse en ella tal petición, quedaron admirados y confusos de la humildad del Santo Padre, y la primera voz de todos fué que no se le admitiese la renuncia: pero luego, para consuelo de el Santo y poderle responder con más autoridad y resolución, determinaron que se redujese á votos, y todos fueron de que prosiguiese en el cargo, sino es el de Andrés de Oviedo, varón santo y de gran candidez, que dijo se le concediese lo que pedía. Admiráronse todos, y dijéronle ¿cómo había juzgado que Ignacio dejase el cargo que tan maravillosamente ejercitaba con tanta gloria de Dios y acrecentamiento de la Compañía? y respondió, no con menos estima de su Santo Padre que los demás, aunque con simplicidad: «Yo no hallo razón para que deje el Generalato; pero él, que es santo, juzga que es conveniente, y por esto juzgo yo que debe de convenir»; pero desengañado luego, fué del mismo parecer que los demás. Y así respondieron al Santo, enviando quien se lo dijese de su parte: Que prosiguiese gobernando la Compañía, como la gobernaba, porque ni ellos querían ni podían elegir otro General mientras él viviese; que él era Padre y Maestro de todos y el Fundador de la Compañía, á quien Dios había escogido para que, como sabio arquitecto, pusiese el fundamento de este edificio espiritual, en el cual ellos y todos los demás hijos suyos se fuesen, como piedras vivas, asentando sobre la piedra angular, que es Cristo Jesús, nuestro Señor y Capitán. Que no querían hacer agravio, ni mostrarse desagradecidos á la merced que Dios les había hecho, tomando otro Padre diferente de el que su Majestad les había dado; antes deseaban viviese muchos años para que los gobernase y enderezase, como hasta entonces lo había hecho, en el camino de la perfección y servicio divino.

Ya que los Padres no quisieron descargarle del Generalato, se consoló mucho con una enfermedad que este mismo año padeció, pensando que el Señor le quería eximir de esta carga y sacarle de la carcel de el cuerpo; y se regocijaba tanto con este pensamiento y esperanza, que fué menester que sus hijos le rogasen é importunasen por amor de Jesucristo, y los médicos le amonestasen se divirtiese de aquellos sus deseos y no pensase tanto en su partida, porque le causaba notable debilidad y flaqueza; mas quiso Dios darle salud, con que prosiguió su gobierno; pero su humildad no le dejaba quietarse, y así trató otra vez muy de propósito de dejar el cargo de General, juzgándose cada día más indigno del; y dejólo de hacer, porque le dijeron con toda resolución que se cansaba en valde, porque la Compañía no vendría en ello, ni consentiría que otro la gobernase mientras él viviese. También llamó de la India á San Francisco Javier, y entre otros fines de la gloria de Dios para que le llamaba, uno era para hacerle General de la Compañía, haciéndose hijo de él que era Padre; pero halló muerto á San Francisco Javier la carta de San Ignacio, con que le cerró Dios todas las puertas al cumplimiento de su deseo.

Aunque no es nueva esta humildad en los santos fundadores, pues el gran patriarca Santo Domingo quiso dejar el cargo de General, alegando su insuficiencia, y el seráfico Padre San Francisco de hecho le dejó; con todo eso nunca acabo de admirar este conocimiento ó desconocimiento con que San Ignacio se juzgaba inepto para gobernar la Compañía, viendo cuánto había crecido en su gobierno en Casas, en sujetos, en perfección, en misiones apostólicas, en frutos de la conversión de las almas y en todo género de empresas de la gloria divina, y como á todo aquello en que ponía la mano echaba Dios la bendición con tanta largueza, que decía Marcelo II, versadísimo en historias, no había leído jamás que á algún hombre, después del tiempo de los apóstoles, hubiese Dios concedido la gracia que al Padre Ignacio, que viese tan extendida y

Universidad de Deusto Biblioteca

acrecentada la obra que había hecho Dios por sus manos: ya que ignorase lo que sabían todos, que no había en su tiempo quien le igualase en la prudencia, y que tenía en tan alto grado todas las partes para General, que como escribe Luis González en el capítulo en que dice cuál debe ser el General, se retrató á sí mismo, y parece que sacó las reglas de cómo había de gobernar, del modo con que él gobernaba. Y el P. Oliverio Manareo, hombre de gran virtud y prudencia, decía, que cuando gobernaba los Colegios y Provincias; para acertar, hacía lo que juzgaba hiciera en tal ocasión Ignacio, y con eso le sucedía todo felizmente.

CAPITULO XV

Como vino á Roma San Francisco de Borja, llamado de San Ignacio

Este mismo año de cincuenta, vino á Roma San Francisco de Borja, siendo ya Profeso de la Compañía, para verse con San Ignacio y echarse á sus pies y comunicarle su alma como á padre y maestro espiritual. Mas por ser grande gloria de San Ignacio haber tenido tal hijo, tomando el agua desde su nacimiento, diremos aquí lo que había pasado entre los dos santos.

El año de mil quinientos y cuarenta y seis, murió en Roma el Padre Pedro Fabro, primer compañero de nuestro Padre San Ignacio. Sintiólo mucho toda la Compañía, por ser varón de tan grande santidad y que tanto podía acrecentarla, y el santo Padre los consoló, diciendo: «No hay por qué entristecernos por la muerte de Fabro, porque Dios nuestro Señor nos recompensará esta pérdida y nos enviará otro en lugar de Fabro, que honre y acreciente la Compañía más que el que nos quitó.» Esto dijo por San Francisco de Borja, duque de Gandía, que entró poco despues en la Compañía y fué el primero que hizo la profesión en ella después de la muerte de el Padre Fabro. Pero ya

algunos años antes había profetizado la entrada de el santo duque con palabras más claras, porque dándole en Roma un pliego de cartas, sin decirle de quién eran, antes de abrirlas dijo al doctor Miguel de Arrobira, que le preguntó qué cartas eran aquellas: Estas cartas son de don Francisco de Borja, Virrey de Cataluña. Y añadió: «¡Quién le dijera á este señor, que andando el tiempo ha de venir á Roma para ser cabeza de nuestra Compañía!» Admiraron estas palabras á Miguel de Arrobira, porque era entonces casado San Francisco de Borja; pero después se vió el cumplimiento de tan ilustre profecía.

Había pasado por Barcelona el Padre Antonio de Araoz, y dado noticia al Virey, de la Compañía, y de la santidad de Ignacio; y él, aficionado á la Religión y al Fundador, juzgando que ninguno podía desatarle mejor algunas dudas que tenía acerca de su modo de vida, le escribió una carta, en que después de darle la norabuena de la institución y confirmación de su Orden, le consultaba si debía proseguir en la costumbre que tenía de confesar y comulgar los domingos y fiestas principales de el año; porque aunque muchos varones doctos y espirituales le aconsejaban que continuase, no faltaban otros doctos y religiosos á quien parecía poca reverencia que un hombre seglar, casado y ocupado en tantos negocios, se llegase tantas veces á la mesa de el Señor. Para que San Ignacio le aconsejase lo que había de hacer, porque se ponía en sus manos determinado á seguir en todo su parecer, le contaba su modo de vida, y cómo se aparejaba para recibir al Señor, y qué efectos sentía en su alma después de haberle recibido.

Respondióle San Ignacio como refiere Ribadeneyra en la vida de San Francisco de Borja: Que aunque no se puede dar una regla universal para todos; pero que es de suyo más seguro y acertado llegarse al Señor con reverencia y amor, que retirarse con temor y pusilanimidad. Y que de la disposición y aparejo, de la intencion, y fervor en recibirle, y de la experiencia de su aprovechamiento, que después de haberle recibido siente cada uno, ha de sacar lo

que debe hacer, para llegarse más ó menos al Señor. Y que sobre todo, el seguir el consejo de un padre espiritual, letrado y prudente en estas cosas y las que tocan al gobierno de el alma, es la regla más segura. Pero que cuanto á la persona de su señoría, según lo que le escribía y lo que había entendido de otros acerca de su vida y oración, se atrevía á aconsejarle, que confiado en la misericordia del Señor y alentado con los favores que había recibido de su bendita mano, prosiguiese en lo que hacía, porque esperaba había de ser para grande gloria de Dios, provecho de su alma, y de otras muchas que se animarían á imitar su ejèmplo. En esta misma carta dice el Santo, que entre los otros frutos admirables que el comulgar á menudo suele traer al alma que dignamente recibe al Señor, uno es perseverancia para que no caiga en pecado grave; y si cayere por flaqueza, para que se levante presto. Con esta carta quedó muy confirmado San Francisco de Borja en su buena costumbre, para llevarla adelante sin hacer caso de los dichos de los que tenían tal frecuencia por novedad mal introducida, y con deseos de comunicar frecuentemente por cartas con San Ignacio, y tratar con los Padres de la Compañía, como lo hizo.

Muriendo luego el duque de Gandía, padre de San Francisco, se vino él á Gandía, y muriendo aquí la duquesa su mujer, el Padre Fabro que pasó por allí pocos días después, le dió los Ejercicios espirituales de San Ignacio, y salió de ellos tan aprovechado y aficionado, que procuró y alcanzó de Paulo Tercero los aprobase y confirmase para la común utilidad, como dijimos en otra parte. Fundó también un Colegio de la Compañía en Gandía, y hizo Universidad por privilegio de el Papa y del Emperador, y dió el gobierno de ella á la Compañía, siendo la primera que tuvo. Después, para cumplir el voto que tenía hecho muchos años antes, de hacerse religioso si se viese libre del vínculo de el matrimonio, determinó entrarse en la Compañía; porque aunque se inclinaba de suyo á entrar en la Religión de San Francisco, por la devoción que desde niño

había tenido á este Santo Patriarca y á su Orden; entendió claramente ser voluntad de Dios, que se hiciese religioso en la Compañía; y así envió á Roma un criado con cartas para San Ignacio, en que le escribía su deseo, y le rogaba que le admitiese por uno de sus hijos y súbditos, y como á tal le mandase lo que debía hacer y cómo lo debía disponer. Y para que el Santo Patriarca pudiese mejor dirigirle, le avisaba particularmente de su edad, fuerzas, salud, hijos, hijas y negocios comenzados. Alegróse mucho San Ignacio con esta nueva, viendo que le cumplía Dios sus promesas, enviándole tal hijo, y escribióle una carta con que le recibe en la Compañía, la cual quiero poner aquí por mostrar el Santo su gran prudencia en la disposición de los negocios y en el modo conque trata al duque, unas veces como á gran señor, otras como á súbdito y hijo suyo.

«Ilustrísimo Señor: Consolado me ha la Divina Bondad con la determinación que ha puesto en el alma de V. S. Infinitas gracias le den sus Angeles y todas las almas santas que en el cielo le gozan, pues acá en la tierra no bastamos á dárselas, por tanta misericordia con que ha regalado esta su mínima Compañía en traernos á ella á V. S. de cuya entrada espero que sacará su Divina Providencia copioso fruto, y bien espiritual para su alma y para otras innumerables, que de tal ejemplo se aprovecharán. Y los que ya estamos en la Compañía, nos animaremos á comenzar de nuevo á servir al Divino Padre de familias, que tal hermano nos da, y tal obrero ha escogido para la labranza de este su nuevo majuelo, de el cual á mí (aunque en todo indigno) me ha dado algún cargo. Y así, en el nombre del Señor yo acepto y recibo desde ahora á V. S. por nuestro hermano, y como á tal le tendrá siempre mi alma aquel amor que se debe á quien con tanta liberalidad se entrega en la Casa de Dios, para en ella perfectamente servirle. Y viniendo á lo particular, que V. S. desea saber de mí, del cuándo y cómo de su entrada, digo, que habiéndolo mucho, por mí y por otros, encomendado á nuestro Señor, me parece que para mejor cumplir con todas las obliga-

ciones, se debe esta mudanza hacer de espacio y con mucha consideración, á mayor gloria de Dios nuestro Señor; y así, se podrán ir allá disponiendo las cosas de tal manera, que sin que á ningunos seglares se les dé parte de su determinación, en breve tiempo os halléis desembarazado para lo que en el Señor tanto deseáis. Y para venir aún á declararme más en particular, digo, que pues esas señoras doncellas tienen ya edad para ponerlas en sus casas, V. S. las debría casar muy honradamente, conforme á cuyas hijas son; y si hay buena ocasión, el Marqués también se case; y á los demás hijos, no sólo les queda el amparo y sombra de su hermano mayor, al cual quedará el Estado; pero demás de esto les quede á ellos hacienda competente, con la cual puedan honestamente pasar, á lo menos en una principal Universidad, prosiguiendo los estudios en que tienen echados tan buenos cimientos. Pues es de creer que la Majestad de el Emperador, siendo ellos los que deben (y yo espero que serán) les hará la merced que tienen merecida vuestros servicios y promete el amor que siempre os ha tenido. Débese también poner diligencia en las fábricas comenzadas, porque deseo queden en su perfección todas vuestras cosas, cuando nuestro Señor fuere servido que se haya de publicar la mudanza de vuestra persona. Entre tanto que estas cosas se concluyen, pues V. S. tiene tan fundados principios de letras, para sobre ellas edificar la Sagrada Teología, si ser puede, querría que en ella se graduase de Doctor en esa Universidad de Gandía; y esto con mucho secreto por ahora (porque el mundo no tiene orejas para oir tal estampida) hasta que el tiempo y las ocasiones nos den, con el favor de Dios, entera libertad. Y porque las demás cosas que ocurrieren se podrán ir cada día declarando, no diré en esta más de que esperaré á menudo cartas de V. S. y yo escribiré ordinariamente, y suplicaré á la Divina y Soberana Bondad, lleve con su favor y gracia adelante las misericordias comenzadas en el alma de V. S. De Roma, etc.»

No es facil decir cuánto se alegró el duque de verse recibido en la Compañía; pero deseando verse de el todo fuera de el mundo, y dentro de la Religión, preso y atado con los votos de ella, para gozar de la libertad de los hijos de Dios, escribió su deseo á San Ignacio; y el santo Padre, habiéndolo encomendado á nuestro Señor, lo comunicó con el Sumo Pontífice, y le suplicó que diese licencia al duque para hacer profesión en la Compañía, y para administrar por espacio de cuatro años el Estado, porque en este tiempo podría acabar los negocios que tenía comenzados, y cumplir con todas sus obligaciones. Dió el Papa licencia, y el duque hizo la profesión en la Compañía el año de mil quinientos y cuarenta y siete, y en los tres años siguientes fué cumpliendo todas las cosas que San Ignacio le había mandado, teniendo todo este tiempo frecuente comunicación, por cartas, con el Santo Padre; hasta que el año de mil quinientos y cincuenta, con ocasión de el Jubileo de el año santo, vino á Roma con otros Padres de la Compañía á verse con San Ignacio, como lo había deseado ansiosamente desde que se hizo su hijo. Salió de Gandía cantando el Salmo: *In exitu Israel de Ægypto, etc.* Y aquel verso del mismo profeta: *Laqueus contritus est, et nos liberati sumus.* En Roma entró con grande acompañamiento de Cardenales y Príncipes, que le salieron á recibir fuera de la ciudad, con harto sentimiento de su humildad; pero San Ignació le había escrito al camino que recibiese esta mortificación, como había recibido otras semejantes en aquel viaje, pues Dios se la enviaba sin quererla él. Convidóle el Sumo Pontífice con su Palacio y los Cardenales y Príncipes con los suyos; pero él escojió la pobre Casa de la Compañía. A la puerta le esperaba San Ignacio con otros muchos Padres y Hermanos: y en viéndole San Francisco, se arrojó á sus pies, pidiéndole la mano y su bendición. Recibióle el santo Padre en sus brazos, con el gozo y alegría que se puede pensar. Y aquí se vió el fin de aquella gustosa representación que empezó en Alcalá; arrojándose San Francisco de Borja, delante de la grandeza y nobleza romana, á los pies de el que entonces vió llevar preso por las calles de Alcalá.

Universidad de Deusto Biblioteca

Cuánto sirvió á Dios en la Compañía, el que á vista de el cadáver de la Emperatriz determinó no servir más á señor que se le pudiese morir: cuánto acrecentó la misma Compañía en España, en las Indias y en todo el mundo, siendo Comisario General, siendo Vicario, siendo General: cuánto sirvió á la Santa Iglesia y á la Fe, con legacías y misiones apostólicas; á cuán alto grado de santidad ascendió, y en qué grado tuvo todas las virtudes, ni se puede decir en tanta brevedad, ni hay para qué contarlo cuando tantas plumas se han empleado en sus alabanzas; aunque todas quedan cortas en los elogios de el que siendo grande de la tierra, se hizo pequeño para ser grande de el cielo, y todo redunda en gloria de el padre y maestro de quien recibió la dirección, imitó los ejemplos, heredó el espíritu con el cargo y gobierno de toda la Compañía, después de el Padre Diego Laynez, su segundo General.

CAPITULO XVI

De la fundación del Colegio Romano y Germánico.

Entre las otras obras de piedad y gloria de Dios, que hizo San Francisco de Borja esta vez en Roma, la principal fué dar principio al Colegio Romano. Parecióle que no era justo careciese Roma de el fruto que gozaban ya tantas ciudades con la doctrina y enseñanza de la Compañía, habiendo sido la primera que abrazó esta Religión; y así, por consejo de San Ignacio determinó fundar en Roma un Colegio, al cual dió principio á diez y ocho de Febrero del año de mil quinientos y cincuenta y uno, en unas casas muy estrechas, que estaban debajo de el Campidolio. Pasáronse aquí de la Casa profesa catorce estudiantes con el Padre Juan Peletario, francés, que era su Rector; y el mes de Septiembre siguiente, doblándose los estudiantes, se pasaron á otra más anchurosa. Enseñaban los maestros al principio solamente las lenguas latina, griega y hebrea y arte de retórica, con harto sentimiento de los otros maestros de la ciudad, que temiendo no se disminuyese el número de sus oyentes, por los que acudían al Colegio, venían algunas veces con sus estudiantes á nuestros Generales, á perturbar y estorbar las lecciones; hasta que el año siguiente tuvieron nuestros maestros sus oraciones y disputas en la iglesia de San Eustaquio, delante de muchos Cardenales y Obispos, y personas de grande autoridad, con tanta aprobación y aplauso, que bastó para reprimir á los maestros seglares. Y el año de cincuenta y tres se empezaron á leer fuera de las lenguas dichas, la filosofía y teología, y creció este año el número de los Hermanos de la Compañía á sesenta, y el siguiente á ciento; con que no cabiendo en las Casas donde estaban, buscaban sitio acomodado y capaz donde vivir, y Dios se le dió por donde menos le esperaban. Había comprado doña Victoria Tolfa, sobrina de Paulo Quarto y marquesa de la Guardia, muchas casas para hacer un monasterio de monjas, y juntólas con las suyas y las casas en que había vivido Paulo Quarto siendo Cardenal, que formaban todas una isla rodeada por todas partes de calles. Comenzando el monasterio no salía á su gusto y buscaba otra obra pía á que aplicarlas, y por consejo de el Papa Pío Quarto las dió liberalmente á la Compañía para la fundación de el Colegio Romano. Aquí se multiplicó de manera el número de los nuestros, que llegaron á ser doscientos y veinte de casi todas las provincias de la cristiandad; juntándose á veces en él, estudiantes de diez y seis naciones, de lenguas y costumbres diferentes, pero más unidos entre sí, que lo están los hijos de un padre y una madre.

Volviendo á San Francisco de Borja, aunque dió la limosna bastante para dar principio al Colegio, no pudiendo fundarle ni dotarle por haber de dejar luego la administración de su estado, no quiso admitir el título de fundador que San Ignacio le ofrecía, guardándole para otro que le pudiese fundar. Pero San Ignacio, con mucho trabajo, procuró llevar adelante este Colegio, porque veía los grandes frutos que se habían de seguir de él á todas las

Universidad de Deusto
Biblioteca

provincias de la cristiandad, y especialmente á las que estaban inficcionadas de herejías. Puso gran cuidado en ordenar las cosas de este Colegio, porque decía que había de ser la forma y modelo de todos los de la Compañía; por esto deseaba mucho que floreciese en virtud y letras, y en esto ponía más cuidado que en dejarle bastante renta; porque si bien á los principios padeció grande necesidad, esperaba que algún día tendría fundador poderoso. Lo cual sucedió el año de mil quinientos y ochenta y dos, en que el Sumo Pontífice Gregorio XIII viendo el fruto que se seguía de este Colegio y la necesidad que tenían de el Colegio Romano para su gobierno y doctrina el Seminario de el clero romano y los de los ingleses y alemanes y otros que Su Santidad había fundado para bien de estas naciones; se hizo fundador de este Colegio, labrándole de una obra sumptuosa y dotándole de muy bastante renta para el sustento de muchos maestros y estudiantes de diversas naciones de nuestra Compañía. El día que se comenzó el edificio, hizo poner Su Santidad debajo de la primera piedra una rica medalla, en que estaban grabadas estas palabras: «*Gregorio Papa XIII, edificó desde sus principios y dotó el Colegio de la Compañía de Jesús, como Seminario de todas las naciones, por el amor que tiene á toda la Religion Cristiana, y en particular á esta Compañía. En Roma, año del Señor de M.D.LXXXII. y el deceno de su Pontificado.*» Y después mandó poner en la portada esta inscripción: «*Gregorio XIII, Pontífice Máximo, á la piedad y buenas letras. Año de M.D.LXXXIII.*»

No es de pasar en silencio la fundación de el Colegio Germánico, de que tanta gloria se ha seguido al Señor, de el cual tiene la Compañía el gobierno, y San Ignacio fué la mayor parte para que se fundase y el todo para que se conservase. No contento el Santo con enviar sus hijos á Alemania para reparar los estragos de la herejía, se desvelaba en buscar nuevos caminos de socorrer á aquel Imperio. Tratando un día de este punto con el Cardenal Juan Morón, varón prudentísimo, le propuso el Cardenal que le

parecía conveniente hacer un Seminario donde se criasen mancebos alemanes, de buen ingenio, en virtud letras y costumbres católicas; los cuales, después de bien instruídos, volviesen á sus tierras para ser predicadores y curas de almas; porque habiéndole venido á Alemania el mayor daño, de la ignorancia y malas costumbres de los eclesiásticos; de la buena vida y doctrina de los clérigos le había de venir el remedio. Y no conviniendo hacer el Seminario en Alemania, donde los herejes, parientes y amigos de los mancebos los podrían facilmente pervertir; no había lugar más á propósito que Roma, de donde, como emporeo de la fe y la santidad, se había de derivar á todo el mundo la salud. Pareció á San Ignacio este consejo divino; prometió no perdonar trabajo por ayudarle. Comunicólo Morón con el Cardenal Santa Cruz, que también le aprobó, y los dos se lo dijeron á Julio Tercero, el cual, no solamente le alabó, mas dijo que él había tenido el mismo pensamiento; y luego señaló alguna renta para sustento de los alemanes, y otros Cardenales contribuyeron con sus limosnas. Encomendó el Papa á San Ignacio que hiciese venir mancebos de Alemania para el Seminario, y escribiese las Reglas y Estatutos que habían de guardar; y al fin, que la Compañía se encargase de todo el gobierno y enseñanza de los seminaristas. Luego hizo venir el Santo veinte y cuatro mancebos de diversas partes de Alemania, y puestos en la casa que estaba prevenida, les dió reglas muy prudentes; señalóles personas escogidas que los gobernasen, y puso en el Colegio Romano excelentes maestros que les enseñasen las facultades y ciencias que debían saber para refutar y convencer á los herejes. De una cosa sola no quiso por ningunos ruegos ni instancias que se encargase la Compañía, y fué de el dinero y rentas de el Colegio; porque, fuera de pedir mucha solicitud y trabajo temporal, era cosa expuesta á sospechas y murmuraciones, y así, se encomendó esto á personas de fuera de la Compañía.

Esta insigne obra, que el Santo deseaba perpétua, se

Universidad de Deusto Biblioteca

hubiera deshecho presto si su invencible celo se rindiera á dificultades á otro ánimo insuperables; porque muriendo Julio Tercero faltó la renta, y sucedió en Roma una grande carestía con que no podía perseverar el Colegio por la falta de sustento: mas él no desmayó, antes repartió algunos mancebos por diversos Colegios de la Compañía para que los nuestros los sustentasen y enseñasen, y los demás sustentó él en Roma, pidiendo dineros prestados con harto trabajo. Y al Procurador de nuestra casa, que estaba afligido, temiendo que no habíamos de poder pagar las deudas que contraímos, le dijo que no desmayase, porque Dios nos enviaría presto con qué pagarlas cumplidamente; y así sucedió luego, porque le dió el Señor con qué satisfacer hasta el último maravedí. También dijo á sus hijos que no temiesen que faltase el Colegio Germánico por falta de mantenimiento; porque vendría tiempo en que este Colegio, que ahora era pequeño y pobre, tendría grande número de colegiales y bastante renta para sustentarlos, de manera, que antes le sobrase que faltase, lo cual se cumplió cuando el Papa Gregorio XIII le amplificó y dotó con grande liberalidad y celo.

También le escribió, al empezar este Seminario, el Cardenal de Augusta, gran protector de él, que recelaba no había de pasar adelante esta obra, por las muchas dificultades que se levantaban cada día contra ella; á que respondió San Ignacio que no temiese faltase obra de tanta gloria de Dios, y que él estaba prompto á venderse para el sustento de los colegiales, si fuese necesario porque el Colegio no se acabase. Bien veía el Santo, con aquella vista que alcanzaba lo futuro, los grandes bienes que habían de nacer de este Colegio, como de fuente de salud para Alemania; y cuáles hayan sido estos, no quiero más testimonio que el de los mismos enemigos de la fe, entre los cuales, Kennicio, heraje luterano, dice: «Que sólo por este Seminario, aunque faltaran las otras causas, se podría llamar la Compañía, con razón, peste de Alemania, y ruina del Evangelio reformado.»

CAPITULO XVII

Muerte de San Ignacio

Tres cosas decía San Ignacio que deseaba ver antes de su muerte: aprobados los Ejercicios espirituales con autoridad apostólica, confirmada la Compañía de Jesús, y acabadas las Constituciones. Ya Dios le había cumplido colmadamente todos estos deseos; porque vió los Ejercicios espirituales, no sólo aprobados del Sumo Pontífice, mas á pesar de las persecuciones, estimados y venerados en el mundo, y acreditados con los innumerables frutos que producían en la Iglesia de Dios. Veía la Compañía de Jesús, no sólo confirmada una y otra vez por el Vicario de Cristo, pero extendida en toda la redondez de la tierra, por donde corrían presurosos sus hijos, llevando la luz evangélica á las naciones que vivían en la región de la muerte, teniendo ya cristianos los reinos enteros que habían hallado gentiles. Veía las Constituciones, no sólo acabadas, mas también observadas de sus hijos, y confirmadas de el cielo con la perfección y santidad de los que las observaban.

Aun más le concedió el Señor de lo que pedía; porque le reveló los estados que había de tener la Compañía después de su muerte. En una enfermedad grave que antes de ella tuvo, pensando sus hijos que se moría, cercaron su cama muy afligidos, y con lágrimas en los ojos le rogaban que no los desamparase tan presto, que pidiese á Dios más años de vida, hasta dejar de el todo establecida la Compañía; no fuese que quedando ella huérfana sin Padre y Maestro que la gobernase, se deshiciese entre tantas persecuciones y borrascas como cada día se levantaban contra ella. Consolólos el Santo, asegurando que Jesús no desampararía su Compañía. Y luego, fijando la vista en los tiempos venideros, y mirando con ojos proféticos lo que estaba por suceder, dijo: «Los primeros, por la bondad de Dios, fueron buenos; sucederán á éstos otros mejores; y después de

los segundos, vendrán otros terceros también mejores; porque fuera de trabajar gloriosamente, vivirán con observancia doméstica, que será entonces muy perfecta, y guardarán exactamente las reglas.» ¡Singular felicidad de la Compañía haber de ir creciendo en perfección, contra el estilo de las cosas humanas, que van naturalmente descaeciendo cuanto más se acercan á su fin! Es conforme esta profecia á la que citamos de Santa Teresa de Jesús, que la Compañía había de ayudar mucho á la Santa Iglesia en los tiempos venideros.

Después de cumplidos tantos deseos, le quedaba á San Ignacio otro muy antiguo, que era, ser desatado y estar con Cristo; el cual iba creciendo más cuanto más se acercaba al término de su jornada, viviendo sólo con la esperanza de morir, y muriendo cada día que se dilataba su muerte. Los contínuos regalos, gustos y visitas celestiales, que parece le habían de hacer más gustosa la vida, se la volvían más penosa y insufrible, porque le daban á gustar una parte, dándole á conocer el todo que perdía, y le mostraban, como por resquicio, la gloria para avivarle el ansia de verla descubiertamente y poseerla enteramente. Solamente los años y los trabajos, como mensajeros de la muerte, le daban gozo y alegría, por las nuevas que le traían de su cercana partida. Más era tanta su conformidad con la voluntad divina, y el celo de la mayor gloria de Dios; que no se atrevía á pedir que le sacase de este valle de lágrimas, por si aún podía en él hacerle algun servicio. Con todo eso, el deseo de unirse con aquel Señor, á quien ardientísimamente amaba, y gozar de su bienaventurada vista, casi sin pedir licencia á su deliberación, le hacían prorumpir en estos amorosos suspiros: «¡Ay de mí, cuánto se alarga mi destierro! habité con los habitadores de Cedar, mucho tiempo ha estado desterrada mi alma. ¡Oh, señor! ¿cuándo desataréis mis cadenas? ¿cuándo romperéis mis grillos? ¿cuándo me sacaréis de la carcel? ¿cuándo me libraréis del destierro? ¿cuándo me llevaréis á la patria? ¿Qué tengo yo en el cielo, y qué he querido en la

tierra sino á vos? Ahora, Señor, llevaréis en paz á vuestro siervo, porque ha visto acabada la obra que os dignasteis hacer para vuestra gloria.»

A principios de Julio de mil quinientos y cincuenta y seis estaba Roma llena de soldados y armas que se prevenían contra Nápoles; no se oía mas que atambores, clarines, ruido de arcabuces y artillería; y el santo Padre, afligido con esta nueva calamidad, determinó salirse por algunos días de Roma á una casa de campo que había comprado para el Colegio Romano, entre Santa Balbina y las Termas de Antonino. Como sus hijos le veían tan flaco y achacoso, temiendo no le hiciesen daño á la salud los aires de aquel lugar por no estar habitado, consultaron á Alejandro Petronio, médico insigne, que examinando el lugar, dijo se le podía permitir retirarse á él por algunos días. Encomendó el gobierno al Padre Juan de Polanco, su Secretario, y al Padre Doctor Cristobal de Madrid, y fuése á la casa de campo á llorar los males presentes, y prevenirse para la muerte que esperaba presto. Habíale Dios manifestado que se llegaba; y así escribió algunos meses antes á doña Leonor Mascareñas, despidiéndose de ella y diciéndola que aquella sería la última carta que la escribiría, pero que en el cielo la encomendaría más de veras á Dios, que lo había hecho en la tierra. Estando en la casa de campo creció la flaqueza con los aires mal sanos y recios calores del estío; entendió que se llegaba el fin de su peregrinación y volvióse á la Casa de Roma para morir en ella. Había en casa otros enfermos de algún cuidado, á los cuales visitaban los médicos; pero de la enfermedad de el Santo ninguno hacía caso, por parecer que sólo tenía algo de más flaqueza que la ordinaria y una calentura tan ténue que apenas se percibía. Con todo eso, el Santo, que sabía el día y la hora de su muerte, se previno con los sacramentos de la Confesión y Comunión; y á los treinta de Julio á las tres de la tarde, llamó á Polanco, su Secretario, y haciendo salir al enfermero fuera del aposento, le dijo: «Maestro Polanco, ya fe llega la hora de mi partida de este mundo:

Universidad de Deusto
Biblioteca

id á besar el pie á Su Santidad, en mi nombre, y suplicadle que me dé su bendición y Indulgencia plenaria para mí y para otro Padre; y decidle que si yo, como espero de la misericordia de el Señor, me viere en el cielo, rogaré por Su Santidad como lo he hecho hasta ahora, aun cuando tenía necesidad de rogar por mí.» Sospechaba Polanco que el otro Padre para quien pedía la bendición era Laynez, que estaba muy enfermo; pero no fué sino uno que, estando entonces bueno y sano, murió presto. Entristecióse Polanco con las palabras de el Santo; pero el decir los médicos, que no era cosa de cuidado la enfermedad, y el deseo que tenía de su vida, le daban confianza de que no estaba tan cercana su muerte, y así le dijo: «¿Es posible, Padre, que tan presto nos habéis de dejar?» «Sí, hijo respondió el Santo, porque así lo quiere Dios.» Replicando Polanco que los médicos no solamente no juzgaban su mal de muerte pero ni aún de cuidado, porque apenas le hallaban calentura, y que confiaba en Dios que le daría algunos años de vida para su servicio, dijo el Santo: «Estoy tan al cabo, que no me falta mas que espirar.» No obstante, no acabando Polanco de creer lo que tanta pena le daba, le preguntó: «¿Y será menester ir ahora á pedir la bendición de el Sumo Pontífice ó bastará mañana? El Santo, por no manifestar tan claramente que sabía la hora de su muerte, le dijo: «Cuanto más presto fueres me será más grato; pero si ha de ser hoy ó mañana, míralo tú.» Entró Polanco en cuidado y hizo llamar á Alejandro Petronio, y contándole lo que pasaba le pidió que viese al santo Padre, y examinase con cuidado la enfermedad. Hízolo Petronio, y respondió que no había señal alguna de muerte, aunque estaba algo más descaecido de lo ordinario.

Fiado en esto Polanco, no fué aquel día al Sumo Pontífice, por tener que despachar á España unas cartas; y por la noche asistieron él y el Padre Doctor Madrid al Santo, mientras cenaba, y luego trató con ellos un negocio que se ofrecía, no queriendo hacer diferencia alguna en su trato, por ocultar así los favores de Dios; y por lo mismo se

dejaba aplicar las medicinas, y hacía todo lo que los médicos y los enfermeros ordenaban, aunque veía que no había de aprovechar. Con esto se iba asegurando Polanco, y fuése á dormir descuidado; y á la mañana que era viernes, entrando en el aposento de el Santo para saber cómo había pasado la noche, le halló ya cerca de espirar; avisó á otros Padres, y reprehendiendo su incredulidad, fué corriendo á pedir la bendición y indulgencia plenaria al Sumo Pontífice, el cual recibió con grande sentimiento la nueva, y le concedió todo lo que pedía. Mientras tanto concurrieron los hijos al aposento de su santo Padre, y con ellos algunos de fuera, y entre los demás el Cardenal Francisco María Taurasio, de que él se gloria. Pidió una vela bendita, que se conserva por reliquia en el Colegio de Bruselas, y con ella encendida, levantadas las manos y los ojos al cielo, repitiendo: «Jesús, Jesús»; con grande paz y serenidad dió el alma á su Criador postrero día de Julio de mil quinientos y cincuenta y seis, dos horas después de salido el sol. Algunos escriben, que estuvieron presentes á su muerte Jesús y María; y aunque lo creo, no lo afirmo, porque no habiéndolo dicho el humildísimo Santo, no sé de quién se pudo saber.

Cuántas fueron las lágrimas de los hijos en la muerte de tal Padre, ¿quién lo podrá decir? Mas después que el sentimiento dió lugar al discurso, y los sollozos permitieron las palabras; se quejaban amorosamente de su Padre, porque se había ausentado sin despedirse de ellos y llamarlos para que oyesen sus últimas palabras, y las guardasen como testimonio de su amor y testamento de su voluntad. Después no acababan de admirar la modestia y humildad de el santo Patriarca, que sabiendo el día y la hora de su muerte, como si no fuera Fundador, ni General de la Compañía, sino un particular de ella, ni quiso señalar Vicario General, ni convocar á sus hijos, para exhortarlos á la observancia de sus reglas, sino morir olvidado y desconocido, como siempre había deseado, por imitar en la muerte á Jesucristo de la manera que pudiese. Preten-

dió también, que sus hijos no le mirasen á él como á Capitán de su Compañía, sino á Jesús, y que de Jesús oyesen las palabras que habían de guardar, pues al capitán toca dar órdenes á los soldados; por eso ni los consoló, ni los exhortó, ni se despidió de ellos, porque no quedaban huérfanos, ni solos, ni desamparados muriendo Ignacio, los que tenían por Padre, Maestro y Capitán á Jesús. Quiso que Jesús mirase la Compañía como muy suya, y por eso no la miró él como propia; lo cual había significado en otra ocasión á sus hijos, desconsolados por pensar que se moría y les dejaba huérfanos, diciendo: Que la Compañía no estribaba en Ignacio, sino en Cristo.

No fué contrario en esto San Ignacio, aunque fué diverso á otros santísimos Patriarcas, que llamaron á sus hijos en la hora de la muerte, para despedirse de ellos, echarles su bendición y exhortarlos á la observancia de su Regla. No se oponen los que van á un mismo término, por diversos caminos: todos los santos Fundadores buscaban la gloria de Dios, y pretendían llevar sus hijos á Cristo; otros buscaron esta gloria por el camino de la caridad, Ignacio por el de la humildad; otros llevaron sus hijos á Cristo, exhortándolos á ir á él; Ignacio dejándolos él, para que ellos se fuesen á Cristo. Y consiguió San Ignacio lo que pretendía; porque en muriendo, se sintió en la Compañía un nuevo fervor y deseo de la perfección, con grande aliento para trabajar por la gloria de Dios; y la nueva de su muerte causó en sus hijos un sentimiento por la pérdida de tal Padre, lleno de gozo por ver coronados de gloria sus merecimientos; una tristeza, por su ausencia de la tierra, llena de confianza de que les favorecía más desde el cielo, y les haría más propicio á Jesús. Y así, escribiendo Ribadeneyra desde Gante á Roma á un amigo suyo, le dice: «Yo me hubiera caído de ánimo, sabiendo la muerte del Padre M. Ignacio, tan bienaventurada para él, como cruel para nosotros, si no levantára los ojos á aquel de quien él mismo quiso que pendiésemos; sabiendo muy bien que esta Compañía no estriba tanto en Ignacio cuanto en Jesucristo que había elejido este siervo suyo para levantar y perfeccionar esta fábrica. Y así no dejará de enviar otros y otros que le sucedan á él, que aunque por ventura no serán Ignacios pero serán tales que puedan suplir sus veces; y me consuela lo que dijo Fray Juan Hurtado á la hora de la muerte: «que Cristo quitó á la Iglesia, que estaba aún en la cuna, en un mismo día dos firmes columnas, que son San Pedro y San Pablo; para que entendiese, que estribaba en el poder de Cristo.» Quiso Dios manifestar con un suceso, que cuenta el mismo Ribadeneyra en un testimonio que dió de la santidad de Ignacio, que su siervo había de cuidar más de su Compañía desde el cielo. Porque habiéndole enviado el Santo Padre el año de mil quinientos y cincuenta y cinco, de Roma á Flandes, para suplicar al Rey Católico Don Felipe, que diese licencia para fundar en aquellos estados Colegio de la Compañía, y gastado siete meses en este negocio sin fruto y con poca esperanza de alcanzarle por los muchos y grandes contrarios que tenía; muriendo el santo Padre á postrero de Julio de el año de mil quinientos y cincuenta y seis, el Rey le concedió luego lo que se le suplicaba, y firmó el privilegio á tres de Agosto de el mismo año; y tuvo por cierto él y otros muchos que lo supieron, que el santo Padre Ignacio, luego que pasó de esta vida, alcanzó de el Señor en el cielo lo que por medios humanos en la tierra no se podía alcanzar.

Murió San Ignacio á los sesenta y cinco años de su edad, treinta y cinco de su conversión, diez y seis de la confirmación de la Compañía; habiendo, como hemos visto, gastado los primeros años en el palacio y en los ejércitos, como valeroso soldado de la milicia de el mundo; los siguientes en la de el cielo, haciéndose guerra á sí mismo y al infierno, con penitencias, ayunos, mortificaciones, peregrinaciones, estudios, persecuciones, cárceles, cadenas, predicación de la palabra de Dios, institución de la Compañía y otras obras insignes de el divino servicio, con más victorias que batallas, con más triunfos que peleas, con

Universidad de Deusto Biblioteca

más coronas que combates; y los diez y seis últimos en extender la Compañía por todas las cuatro partes de el mundo, donde dejó fundadas cien Casas y Colegios, y en ellos muchos hijos insignes en santidad, profecias y milagros, y por ellos reducidos innumerables gentiles á la Religión Cristiana, y un número sin número de herejes y cismáticos á la Fé Católica, habiendo enviado delante algunos hijos mártires que regaron con su sangre los campos en que sembraban sus hermanos el grano evangélico, para que rindiese el fruto cien doblado. Quien numerare las obras de este gigante de la Iglesia, no contará su vida por años, sino por siglos; y quien pesare sus empresas, juzgará eterno el que llora muerto tan temprano. ¿Mas qué no hace, quien hace todo lo que quiere Dios? ¿Y qué no puede, quien se deja gobernar de el que lo puede todo? Ni ha menester sucesión de tiempo para ser grande el que quiere engrandecer el Señor. «Con razón (son palabras de Gregorio décimo quinto) venera la Iglesia católica en Ignacio de Loyola, la bondad y poder de el Dios misericordioso.»

Aun un retrato, que en todo se parezca á San Ignacio, no nos quedó para consuelo en su muerte, porque no se dejó retratar mientras vivía; por eso le retrataremos aquí después de muerto, por las señas que nos dan los que le conocieron. Fué de estatura algo menos que mediana; el rostro autorizado; la frente ancha y sin arrugas; los ojos vivos y hundidos; los párpados encojidos y arrugados de el contínuo llorar; las orejas medianas; la nariz alta y combada; el color vivo y templado, y con la calva de muy venerable aspecto. Era su rostro como un espejo, en que se veían los afectos que él quería representar de tristeza ó alegría, de enojo ó afabilidad, mejor que si lo explicara con muchas palabras. Eleuterio Pontano, que le conoció mucho tiempo, escribe: que sóla su vista obligaba á respeto y gravedad á los que se ponían delante de él; y que aquellos que sentían en su conciencia alguna culpa, no se atrevían á estar en su presencia, ni mirar su rostro que echaba de sí resplandores. Cojeaba un poco de la una pierna que le quedó desigual desde que se la quebraron en el castillo de Pamplona; pero sin fealdad, porque con la moderación que guardaba en el andar, apenas se echaba de ver. Quedóle la misma pierna tan sentida de la herida, que por ligeramente que le tocasen en ella, le ocasionaba dolor: donde se ve cuánto trabajo le costaría andar tantos y tan largos viajes á pie, y muchas veces descalzo. Su vestido fué siempre pobre, y sin alguna curiosidad, pero limpio; porque aunque amaba la pobreza, no le agradaba la poca limpieza. Al principio era muy robusto y de grandes fuerzas; pero con los muchos ayunos y asperísimas penitencias perdió la salud, padeciendo gravísimas enfermedades y contínuos dolores de estómago, que le hicieron padecer toda la vida un prolijo martirio.

CAPITULO XVIII

Como honró el cielo y la tierra la muerte y sepulcro de San Ignacio

Al mismo punto que espiró en Roma, se apareció en Bolonia glorioso y resplandeciente, á una noble y virtuosa matrona, llamada Margarita Gillo, muy devota de la Compañía. Estaba durmiendo aquella mañana, y de repente la despertó un terremoto que se oyó en su aposento y le hizo todo temblar; abrió los ojos, vió la pieza llena de claridad, y en medio al santo Padre, que resplandecía más que el sol, y mirándola con un rostro apacible y amoroso que representaba la gloria de los bienaventurados, la dijo: «Margarita, yo me voy al cielo, mirad que os encomiendo la Compañía.» Desapareció el Santo, y quedando Margarita llena de gozo y admiración, contó lo que había visto al Padre Francisco Palmio, Rector de el Colegio de aquella ciudad, pintando con tanta propiedad el rostro de San Ignacio y sus vestiduras, que no podía dudarse ser cosa sobrenatural. Con todo eso, por no saberse en Bolonia la muerte,

ni aún la enfermedad de el Santo, contándolo Palmio á los nuestros, no lo creían; pero observando el día y la hora de la visión, cuando después vino á Bolonia la noticia de la muerte de S. Ignacio, conocieron que había sido en la misma hora en que se apareció á Margarita, resplandeciente y glorioso. Después fué el Señor manifestando la gloria de su siervo con visiones y revelaciones, y aun hizo que los demonios publicasen la grande gloria que gozaba, en las partes donde no sabían su muerte.

Luego que murió entraron algunos padres á visitar al Padre Diego Laynez, que estaba en la cama casi deshauciado de los médicos; y queríanle encubrir la muerte, por no darle pena; pero él la conoció en la tristeza mal disimulada de sus semblantes y les preguntó: «¿Es muerto el Santo? ¿es muerto?» Y como le dijesen que sí, levantó los ojos y las manos al cielo, y encomendóse muy de veras á su santo Padre, pidiendo á Dios por los merecimientos de aquel grande siervo suyo, á quien había llevado aquel día á gozar de sí, le librase de la carcel de el cuerpo, para que en su compañía le alabase por toda la eternidad. Oyóle Dios, no para concederle lo que pedía, sino lo que más convenía por entonces, que era su vida y salud, para que sucediese á San Ignacio en el gobierno de la Compañía, como el Santo se lo había profetizado. Pocos días después, sintiéndose el Padre Bobadilla muy afligido de una recia calentura que le había atormentado muchos días, recostándose sobre la cama en que había muerto San Ignacio, se sintió libre de la calentura y con entera salud.

Luego se siguió á los diez y siete de Agosto, la muerte del Padre Doctor Martín de Olave, para quién estando sano había pedido San Ignacio la bendición de el Sumo Pontífice, previendo su enfermedad y su muerte que se ocasionó de andar por Roma en aquella estación peligrosa, dando cuenta de la muerte de el santo Padre á las personas de autoridad, amigas de la Compañía; y como había sido el primero que le dió limosna en Alcalá cuando entró el Santo en aquella Universidad, fué ahora el primero á

quien recibió en el cielo, después que entró en aquella corte celestial, como se debe presumir de las excelentes virtudes de este venerable Padre, uno de los mayores de la Compañía á la cual se resistió primero, haciéndose sordo á muchas voces de Dios; pero no pudo á las que dió diciendo Misa desde el Sacramento que tenía en las manos, diciéndole al corazón: «Aquí te quiero; en esta Compañía has de vivir y morir. Justo es que hagas mi voluntad y no la tuya. Duro es para tí tirar coces contra el aguijón.» A que respondió. «¡Oh, Señor! yo soy tu siervo: tu siervo y hijo de tu esclava la Compañía de Jesús.» Después de entrado, repetía frecuentemente: «¡Oh piadosa familia de soldados de Jesús! ¡Oh miserable de mí, que huí de ella mucho tiempo, y aun murmuré de ella muchas veces!» Y ahora moría consolado de que iba á la Compañía de el cielo, donde le recibiría Ignacio, como le había recibido en la tierra.

Abriendo el cuerpo de el Santo Patriarca hallaron con grande admiración de los médicos y cirujanos, el hígado seco y duro como una piedra, el estómago todo arrugado y encogido por la demasiada abstinencia; y en la vena del hígado que llaman porta, tres piedras, como testifica Realdo Columbo, insigne doctor en anatomía de aquel tiempo. Juzgaron no podía haber vivido naturalmente, y confirmáronse los hijos de San Ignacio, en lo que muchas veces habían oído decir al padre Diego de Eguía, que San Ignacio no vivía naturalmente sino por especial y contínuo milagro que Dios hacía en él para las obras grandes de su gloria y servicio, á que le tenía escogido.

En sabiéndose su muerte en Roma, concurrió á nuestra Casa todo género de gente para venerar el santo cuerpo, y unos le besaban las manos, otros los pies, otros tocaban rosarios, cruces, medallas y cada uno procuraba llevar por reliquia algo de sus vestiduras, y se tenían por felicísimos los que alcanzaban alguna parte de sus uñas ó cabellos. Y crecía de manera por instantes el concurso, que un Cardenal con su autoridad y la fuerza que hicieron sus criados, apenas pudo pasar á besarle las manos y tocar su rosario.

Universidad de Deusto Biblioteca

Fabricio de Máximis, caballero romano que entonces era mancebo, testifica que por muchas diligencias que hizo, no pudo romper por la gente para venerar el sagrado cuerpo que estaba en nuestra iglesia. Fué menester guardar y defenderle con mucho cuidado, para que la gente no le desnudase de sus vestidos y le quitase pedazos de su carne; pero no se pudo resistir de el todo á la piadosa y atrevida devoción de el pueblo, como no se había podido embarazar antes que las personas de la primera autoridad se llevasen muchas cosas de el Santo por reliquia.

Antes de sepultarle hizo una oración el Padre Benedicto Palmio, en que refirió la vida y virtudes de San Ignacio. Asistió una devota mujer llamada Bernardina, casada con Andrés Neruci: traía consigo una hija de catorce años enferma de lamparones, desahuciada de cuatro médicos que la habían curado por más de cinco años sin ningún provecho y con mucho gasto. Trataba de enviarla á Francia, para que la tocase con sus manos el Rey; pero oyendo decir á Palmio la santidad de Ignacio, le vino confianza que había de sanar su hija por sus merecimientos: procuró llevarla á las andas donde estaba el cuerpo y no pudiendo por la apretura de la gente, rogó y importunó á los Padres, que aplicasen á su hija alguna reliquia de el santo Padre. Hízolo el Padre Cornelio Vischaven, aplicando un pañito de que había usado San Ignacio á la garganta de la enferma, llena de llagas asquerosas; y al mismo punto, delante de muchas personas, se cerraron las bocas, se sanaron las llagas, y ni aún rastro quedó de la enfermedad, con increíble alegría de la madre y hija y admiración de los presentes. Otros enfermos de diversas enfermedades cobraron salud con las flores que habían estado sobre su sagrado cuerpo.

Habiéndole tenido casi dos días expuesto á la devoción del pueblo romano, el primer día de Agosto por la noche, depositándole en una caja de madera, le entraron en la Capilla mayor de nuestra iglesia, que se llamaba entonces Santa María de la Estrada, al lado de el Evangelio. Aquí estuvo hasta que fué necesario mudarle á otra parte de la

iglesia vieja, para subir los cimientos de la nueva; y esta traslación se hizo á los treinta y uno de Julio de mil quinientos y sesenta y ocho, siendo General San Francisco de Borja. Estaba á la sazón en Roma el Padre Julio Marcineli, gran siervo de Dios y regalado de su Maj estad con frecuentes visitaciones celestiales: no sabiendo que se trataba de trasladar el santo cuerpo, oyó la tarde antes en su sepulcro una música suavísima y celestial, que repetía entre otras alabanzas: *Gloria Patri, etc. Benedictus Deus in sæcula. Exultabunt sancti in gloria.* Y no dejó de escuchar toda la noche y día el siguiente, hasta que el cuerpo fué trasladado á su lugar, y entendió que aquella música era fiesta que hacían los ángeles por la traslación de San Ignacio. Estuvo en este lugar hasta que se acabó el suntuoso templo que con magnificencia digna de su liberalidad y generosidad edificó el eminentísimo Cardenal Alejandro Farnesio, al cual le trasladó el Padre General Claudio Aquaviva, año de mil quinientos y ochenta y siete, á diez y nueve de Noviembre, día de San Ponciano, en que se acababa la Congregación de Procuradores que se celebró aquel año. También honró el cielo con semejantes demostraciones esta translación, porque yendo algunos Padres á venerar los sagrados huesos que estaban en la sacristía descubiertos, mientras llegaba el tiempo de colocarlos; vieron sobre ellos muchas estrellas resplandecientes, escribiendo el cielo con estos caractéres, mejor epitafio, que el que puso en su sepulcro la modestia de sus hijos, en estos términos: IGNATIO SOCIETATIS IESV FVNDATORI.

Concedió Jesús al sepulcro de su siervo, lo que de el suyo profetizó á Isaías: *Et erit sepulchrum eius gloriosum.* Y si no ¿qué sepulcro de rey ó emperador ha habido en el mundo que se vea coronado de estrellas, honrado con música de ángeles, ilustrado con grandes y contínuos milagros, como el de este humildísimo siervo de el Señor? Deseó morir olvidado y que su muerte fuesè oscura en los ojos de los hombres, y Dios hizo que las luces que faltaron en su

muerte se encendiesen en su sepulcro, y que fuese honrado de los hombres, el que pretendió de su olvido fabricar trono á la gloria de Dios.

Desde que murió visitaba su sepulcro todo género de gente, y entre los demás venía frecuentemente San Felipe Neri, Fundador de la Congregación del Oratorio, á pedir favores á Dios por la intercesión de su siervo, como lo testifica el Obispo Eugobino. Con todo eso los hijos de San Ignacio, por mostrarse muy hijos de la Iglesia, embarazaban en cuanto podían á los extraños todo lo que parecía culto; y sucedió quitar en un día siete lámparas puestas de un devoto, por no sé qué beneficio recibido. Con este recato ó escrúpulo procedían los hijos, hasta que el Cardenal Belarmino y el Cardenal Baronio, que eran los de más autoridad en el Colegio, empezaron á dar al santo público culto, de la manera que lo escribe el Padre Bartolomé Pérez, Asistente de las provincias de España, al Padre Pedro de Ribadeneyra, en una carta de dos de Agosto de mil quinientos y noventa y nueve, donde hablando de el día treinta y uno de Julio, que es el día de la muerte de San Ignacio, dice: «Después de comer, habiendo ya primero avisado el señor Cardenal Belarmino, que quería celebrar la fiesta con una exhortación, se juntaron así los del Colegio, como de los demás Seminarios muchos de los nuestros que están en Roma, que eran al pie de cuatrocientos, y á buena hora antes de abrir las puertas de la Iglesia, hizo su exhortación junto al sepulcro de nuestro Padre, sobre aquellas palabras: *Amavit eum Dominus, et ornavit eum, et stolam gloriæ induit eum.* Tratando de la gloria de su predestinación, de la perfección de su vida y de la grandeza de su gloria con tanta devoción, que la puso muy grande en los que le oyeron. Hallóse á la exhortación el Cardenal Baronio, y acabada, como el Cardenal Belarmino se encaminase á la sacristía, el Cardenal Baronio le llamó para que juntos hiciesen oración en el sepulcro de N. B. P. y hecha, se inclinaron á besar la piedra que está en tierra al pie de su sepulcro; luego mandó que le trujesen una imágen de N. B. P. y algunos de los votos que acá suelen poner en los sepulcros de los santos, (los cuales con nuestra modestia, aunque se han traído, hemos siempre detenido de que no se pusiesen en su sepulcro en público) y tomando una escalera, él mismo subió con la imágen de nuestro Beato Padre, y la puso en alto sobre la sepultura suya, que como V. R. sabe está en el mismo muro al lado del Altar Mayor, y de un lado y de otro de la imágen puso los votos que le trujeron. Luego volvió á besar la tierra, que está al pie del sepulcro, y volviendo á todos los nuestros, les dijo: «Avísenme el año que viene ocho días antes, porque quiero trazar una fiesta solemne, con puertas abiertas, y cantar yo la Misa.» Y porque la imágen de nuestro Beato Padre, que es una que pocos meses há se hizo, que estaba en la sala de la Congregación, no tenía la cornisa dorada; dijo al Padre Vice-Prepósito, que la hiciese dorar á su costa. El día siguiente, que era domingo, Vincula Sancti Petri, vino el buen Cardenal, y dijo Misa en el Altar Mayor, y comulgó á todos los hermanos, y á otros muchos de fuera, todo en conmemoración de la fiesta de nuestro Beato Padre. Duraron las comuniones grande rato con música y motetes que cantaron los de la capilla del Seminario, y entretanto diversas personas se movieron, unas á traer flores al sepulcro, otras á encender hachas, con tal demostración de devoción, que fácilmente fué concurriendo gente al sepulcro de nuestro Beato Padre, y se llenó la Iglesia con ser tan grande; y á la tarde se continuó el concurso, de manera, que viniendo el Cardenal Bombisi para hacer oración al sepulcro de nuestro Beato Padre, tuvo mucha dificultad en romper por la gente, hasta llegar á hacer oración al sepulcro, y sin duda la devoción y moción ha sido tanta, que se ha echado de ver la mano del Señor; y cuando V. R. sepa las particularidades que han concurrido, verá que ha sido cosa de el cielo cuando parece menos se pensaba, ni se trataba de permitir tal demostración; y porque ésta se escribe otro día después, y la quiero embiar con este extraordinario, me remito á otra relación más larga

que haremos y enviaremos á V. R.» En la posdata añade: «El pueblo romano ha entrado en mucha devoción, visitando el sepulcro de N. B. P, el cual queda adornado con un paño de tela de oro, y su imágen y votos que se van poniendo; y lo que más nos consuela es, que *Dominus excitavit Cardinalem Baronium et alios,* con tales circunstancias, que tengo esto por milagro y premisa de que el Señor le quiere ilustrar.»

Fué creciendo no sólo en Roma, mas en toda la cristiandad la veneración de San Ignacio, por los muchos y grandes milagros que Dios obraba en todas partes por su intercesión y merecimientos: casi todos los Príncipes de la cristiandad, muchos Reinos, Ciudades, Iglesias, Concilios provinciales y grandes Prelados, pidieron á Clemente Octavo le pusiese en el catálogo de los Santos, y después repitieron las mismas instancias á Paulo Quinto; porque Clemente, prevenido de la muerte, no pudo concluir esta causa. Todas las cartas son elogios insignes de las virtudes de San Ignacio, y de lo mucho que obraban sus hijos en todas las partes de el mundo; mas yo las dejo aunque de mala gana, por la brevedad. Precediendo las informaciones jurídicas, necesarias y superabundantes, le beatificó Paulo Quinto á veinte y siete de Julio de mil seiscientos y nueve, movido de los deseos de todo el orbe cristiano, y mucho más de las razones que apunta en el derecho de la beatificación, diciendo: «Por la excelencia y santidad de la vida de Ignacio de Loyola, de buena memoria, fundador de la Compañía de Jesús, que no sin grandísimo provecho, y aumento de toda la república cristiana se ha estendido y dilatado por todo el orbe; y por el explendor de los milagros que el Omnipotente y Misericordioso Dios se dignó de obrar y continúa cada día fuera del orden común de naturaleza, por los méritos y intercesión de dicho Ignacio, no sólo mientras vivió en este mundo, sino después de su dichoso fallecimiento en el Señor, para conservar y aumentar la grandísima devoción que los reinos y provincias de todo el universo, por donde se ha extendido, tienen á Ignacio de Loyola, de buena memoria, por las innumerables gracias y beneficios que por sus merecimientos de la mano de Dios reciben.»

Después le canonizó solemnemente Gregorio XV, á doce de Marzo de mil seiscientos y veinte y ocho, día de San Gregorio Magno, célebre por esta causa en nuestra Compañía, juntamente con su hijo San Francisco Javier, Apostol de las Indias, San Isidro Labrador, Patrón de esta Corte de Madrid, San Felipe Neri y Santa Teresa de Jesús. No pudiendo, Gregorio XV, por su muerte expedir la Bula de la Canonización de San Ignacio, la sacó Urbano Octavo que le sucedió en el Pontificado, y en ella, entre muchas alabanzas del Santo Patriarca, dice, como señalándole con el dedo: *Este es aquel Varón á quien escogió Dios, para que fuese capitán de aquellos que habían de llevar su santísimo nombre á las gentes y á los pueblos, y habían de traer los infieles al conocimiento de la verdadera fe, y reducir los rebeldes herejes á la unidad de la Iglesia, y defender en la tierra la autoridad del Vicario de Cristo.* El mismo Urbano Octavo mandó poner en el Martirologio, en el día de San Ignacio este elogio, que en parte compuso el mismo Sumo Pontífice, digno de el Santo Patriarca, y de gran alabanza suya: *Pridie Kalendas Augusti, Romæ, Natalis Sancti Ignatii Confessoris, Fundatoris Societatis Jesu, sanctitate et miraculis clari, et Catholicæ Religionis ubique propagandæ studiosissimi.*

Universidad de Deusto
Biblioteca

LIBRO QUINTO

DE LA VIDA Y VIRTUDES

DE

SAN IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

CAPITULO PRIMERO

Lo que sintieron de la santidad de Ignacio los de la Compañía.

HABIENDO corrido la *Vida de San Ignacio*, en los libros antecedentes, sin pararnos á la contemplación de sus virtudes, por seguir al que corría con pasos de gigante por el camino de la perfección; en éste recogeremos algunas más señaladas para el ejemplo y para la admiración, porque se haga el debido concepto de la santidad de este gran patriarca, en quien Dios recogió las virtudes de muchos santos, á quienes él propuso imitar desde el principio de su conversión, para que la imitación, principalmente de sus hijos y de los que

Universidad de Deusto Biblioteca

se han de emplear en salvar almas, halle juntas en él y tenga un espejo en que mirarse, bastante á componer todas las acciones, según las reglas de la mayor perfección: como los que tratan almas han menester hacerse todo á todos, para ganarlos á todos; han menester tener las virtudes que han de tener todos, para que haciéndose todos á ellos, consigan la perfección que pide su condición y estado. Por eso en Ignacio, á quien Dios hizo en estos siglos ejemplar de varones apostólicos, juntó las virtudes todas de que necesitan los operarios evangélicos y las que han menester los hombres á quien éstos han de traer á la fe, á la penitencia y á la santidad; pudiendo decir Ignacio, como el Apóstol de las gentes, de quien es retrato á todos los que profesan el espíritu apostólico: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo.»

Pero antes de hablar en particular de sus virtudes, será bien saber el concepto que hicieron de su santidad los que le conocieron. Y como Cristo preguntó á sus discípulos, qué decían los hombres de el Hijo de el Hombre, y luego qué decían ellos, que le conocían mejor; preguntaremos á los propios y extraños, qué sienten de Ignacio, y primero á los propios, que pueden darnos más segura noticia. El Padre Felipe Aupolino, dice en un testimonio jurado: «Entrando yo en Roma en la Compañía, viviendo aún el Padre Ignacio, le ví con igual estimación entre los extraños que entre los propios, tanto, que al salir de casa y pasar por las calles, concurría la gente á verle. Nosotros, que gozábamos en casa de su presencia, le venerábamos como á santo; de tal manera, que traíamos al cuello las cortaduras de sus uñas, las cuales pedíamos á porfía al Coadjutor que era su compañero. Fuera de casa concurrían en grande número, para conocerle y hablarle los varones grandes y graves, traídos de la fama de su santidad; y se reparaba que apenas se hallaba alguno que no volviese de hablar con él con deseos encendidos de mejorar la vida, y abrazar la perfección y con sóla su vista consolaba á los tristes y afligidos que venían á él.»

El Venerable P. Pedro Fabro, que quiso más seguir á Ignacio como discípulo que ser maestro de los muchos que cada día convertía en París, pudiendo más para sacarle de aquella ciudad la santidad que en él conocía, que para detenerle la autoridad de tantos doctores, que le decían pecaba gravemente en dejar el fruto cierto por el dudoso: le escribía todas sus dudas, y le daba cuenta de las cosas interiores de su alma, oyendo sus respuestas, como pudiera un niño las de un sabio maestro. Y á los que le pedían consejo para ser en breve tiempo perfectos, les daba éste por un atajo para la perfección: *Imitar á Ignacio*, y así en sus cartas como en sus conversaciones, le ponía por dechado de todas las virtudes. San Francisco Javier se señaló mucho en la estima y veneración de San Ignacio. Desde París escribió á su hermano mayor el capitán D. Juan de Alpizqueta, reconociendo por particular favor de Dios el haber conocido y comunicado á Ignacio; y en esta carta le llama: *Inocentísimo, Sapientísimo, Optimo, Lleno de Dios, Santísimo*. Mas ¡cuanto creció después en este concepto, al paso que él iba creciendo en el conocimiento de Dios, cuyo espíritu es menester para conocer y estimar los espíritus! El Hermano Bernardo, japón, varón santo, retrato de los cristianos de la primitiva Iglesia, bautizado por mano de el santo Apóstol, y el primer japón que entró en la Compañía, habiendo venido á Roma, contaba muchas veces, que el Padre Francisco Javier le decía grandes cosas de el Padre Ignacio, y concluía diciendo: *Hermano Bernardo, el Padre Ignacio es un gran Santo*. Mostraba el santo Apóstol esta estima en todas las ocasiones, porque no le nombraba nunca, ni en cartas, ni en conversaciones, sino es llamándole Santo ó Bienaventurado. Cuando mandaba algo á los de la Compañía, cuyo Provincial era en la India, decía: *Esto os encargo por la reverencia que debéis á nuestro Santo Padre Ignacio*. Escribíale las cartas de rodillas, como lo dice el Sumo Pontífice en la Bula de la Canonización de San Francisco Javier, por estas palabras: *A San Ignacio, que era entonces su Prepósito, no escribía*

sino hincado de rodillas. En estas cartas, le dice unas veces: *Vuestra santa caridad;* otras, *Unico Padre mío en las entrañas de Jesucristo;* otras, *Suavísimo Padre mío;* otras, *Padre de mi alma, etc.* En una carta le dice el gran deseo que tiene de verle, y cómo está pronto á volver á Europa si se lo mandare, y firma: *Hijo menor en destierro mayor. Francisco.* En una carta que se guarda en Roma, sin poderse contener, puso así el sobreescrito: *A mi en Cristo Santo Padre Ignacio.* De sólo hablar ó pensar en Ignacio, se alegraba y regocijaba su alma, derramando muchas lágrimas de gozo; en todos sus peligros y necesidades, éste tenía por el último remedio, pedir á Dios su favor por los méritos de su Padre San Ignacio; por esto traía al cuello en una bolsica, con un hueso de Santo Tomé Apóstol, y la profesión solemne que había hecho en la Compañía, una firma de el Santo Padre, con estas palabras, escritas de su mano: *Con esta firma estaré seguro en medio de los naufragios y riesgos; servirme há de escudo impenetrable para resistir á las ondas furiosas del Océano y reparar los golpes de mis enemigos.* Con esta firma hizo el santo Apóstol muchos y estupendos milagros. Mas todo cuanto obraba en la India, y los peligros de que el Señor le libraba, lo atribuía á las oraciones y merecimientos de San Ignacio; todos sus aciertos los refería á su dirección, y en una carta dice: *Que teme no le castigue el Señor, por no haber sabido aprovecharse de la luz y espíritu de su Padre y Maestro.*

No era menor la estimación que tenía de San Ignacio el Padre Diego Laynez, que le trató y comunicó más de veinte años y siempre le miró como á gran Santo. Cuando hablaba de el acrecentamiento que había tenido la Compañía en tan pocos años, extendiéndose por tantas provincias y reinos, sacándola Dios con felicidad de tantos encuentros y persecuciones; todo lo atribuía á los merecimientos de el santo Padre, y solía decir estas palabras: *Complacuit sibi Dominus in anima servi sui Ignatii:* «Háse complacido el Señor en el alma de su siervo Ignacio.» Tenía Laynez altísimo concepto de la santidad de Fabro; estimábale como á varón muy espiritual, y soberano maestro de regir, consolar y desmarañar almas, como verdaderamente lo era y juzgaban cuantos le conocían, y con todo eso decía, como testifica Ribadeneyra: *Que aunque mirado por sí, le parecía tal el Padre Fabro, mas que comparado con el Padre Ignacio, le parecía un niño que no sabía hablar delante de un hombre sapientísimo.* Añade Ribadeneyra: *Y cierto no le hacía agravio;* mas no era sólo Laynez y Ribadeneyra quien juzgaba esto. El Padre Luis González escribe: «Yo conocí á Fabro en Madrid, traté con él bastante tiempo las cosas de mi alma, y le hallé tal, que me causó grandísima admiración, y me pareció que en todo el mundo no se hallaría otro hombre más lleno de Dios y de dones celestiales. Oyendo decir entonces de la santidad de Ignacio, y cuánto se aventajaba á sus compañeros, daba el crédito que se suele dar á los que cuentan semejantes cosas, especialmente siendo Ignacio el capitán y cabeza de los compañeros; pero cuando ví en Roma á Ignacio, y comuniqué con él las cosas de mi alma, se desapareció de mis ojos Fabro y me pareció que era un niño, si se comparaba con Ignacio.» Estimaba sobremanera Laynez á San Francisco Javier, como se debía á sus más altos merecimientos, por lo que había visto en él, por lo que le había comunicado y por lo que le decían las cartas de la India; y con todo eso el Padre Diego de Guzmán, que trató en Roma al Padre Laynez, afirma en un testimonio jurado, que decía el Padre Maestro Laynez: *Que aunque era muy grande la opinión y estimación que tenía de el Padre Francisco Javier, mas comparándolo con N. P. Ignacio, era como quien compara un enano á un gigante.* El mismo concepto tenían de su santo Padre los otros compañeros, á los cuales dejo por pasar á otros hijos suyos, que merecieron ser testigos de sus obras y palabras.

San Francisco de Borja, fuera de la veneración y estimación que tenía de su santidad y dictámenes antes de hacerse su hijo, después hacía semejantes demostraciones á las de San Francisco Javier; llamábale Padre de su al-

Universidad de Deusto Biblioteca

ma, y recibía sus cartas de rodillas, como si le vinieran de el cielo. No contento con ser hijo espiritual de Ignacio, quiso emparentar con él por unirse con nuevo lazo, casando su hijo Don Juan de Borja con una sobrina de San Ignacio, Señora de la Casa Loyola. Decía lo que otros, que Ignacio *loquebatur tanquam potestatem habens;* y que sus palabras se pegaban al corazón y imprimían en él lo que querían. Cuando se partió de Roma á España, escojió por su retiro á Oñate, distante una legua de Loyola, pareciéndole que aquel suelo espiraba santidad, y se afervorizaba para la perfección con las memorias vivas de su santo Padre; y antes de llegar á Oñate fué á visitar por su devoción el palacio de Loyola, y besó las paredes y suelo de el aposento que había sido oriente de aquel clarísimo sol de el mundo. La misma reverencia tuvo á esta Casa el Padre Jerónimo Nadal, cuando vino por Comisario general de las provincias de España, y se quejaba de los de la Casa de Loyola, porque (viviendo aun Ignacio) no habían hecho capilla el aposento donde nació. Quien así veneraba el aposento donde había nacido el Santo, no es mucho que estimase por gran reliquia cualquiera cosa suya. Había padecido Ignacio por mucho tiempo un intensísimo dolor de dientes, con admirable paciencia, de que compadecido Nadal llamó un cirujano que le sacase el diente dañado; sacóle con mucho dolor de el Santo, por estar arraigado y con igual constancia, porque no hizo más movimiento, que si á otro y no á él le sacaran. Por salir ganancioso de este lance y llevar premio de su piedad, guardó Nadal el diente con disimulo, mas no tanto que Ignacio no lo conociese. Quitóle el diente, y arrojóle tan lejos, que por más diligencias que hizo, nunca lo pudo hallar. Solía ponerse Nadal á discurrir, con su grande entendimiento y ciencia, de las cosas espirituales como un varón perfecto y consumado en todo género de virtudes; y después que se había alargado en la idea cuanto alcanzaba su deseo, mirando á Ignacio le parecía que era menos todo lo que había discurrido, que Ignacio era y obraba.

Habiendo enviado el Rey Don Juan el tercero de Portugal al Padre Luis González á Roma, para que notase todas las acciones y palabras de San Ignacio, y se las escribiese á Lisboa, porque este piadosísimo Príncipe veneraba todos sus dichos como oráculos de sabiduría, y todos sus hechos, como reglas de santidad; le respondió Luis González, después de haber notado por mucho tiempo con sumo cuidado cuanto el Santo obraba y hablaba, y hecho un exacto diario: «Que lo que podía decir á su Alteza acerca de lo que le había mandado era, que el rato que estaba mirando atentamente al Padre Ignacio, era de grandísimo provecho para su alma, porque sóla su compostura y aspecto le abrasaba y encendía notablemente en el amor de Dios, y más que la oración y lección espiritual.» El mismo dice en su diario: «El Padre en su modo de proceder observaba todas las reglas de los Ejercicios exactamente, de manera, que parece primero los haber plantado en su ánima, y de los actos que tenía en ella sacado aquellas reglas. Y lo mismo se puede decir de Gersón; (habla del *Contempus Mundi*, que algunos atribuyen á Gersón) y así no parece otra cosa conversar con el Padre, sino leer á Juan Gersón puesto en ejecución. Y acordaréme de escribir muchos particulares, de los cuales se puede sacar este universal. Lo mismo se puede decir de las Constituciones, máxime de el capítulo en que pinta al General, en el cual parece haberse pintado á sí mismo.»

El Padre Oliverio Manareo, que trató muy familiarmente con San Ignacio, en un testimonio jurado que dió de su santidad, habiendo hablado en particular de sus virtudes con grandes palabras, y contado algunos milagros, profecías y dones singulares de Dios, concluye: «Finalmente, aunque no ignoro que los santos suelen tener á las veces sus lunares; con todo eso en toda su vida no pude notar cosa que pareciese culpa y mereciese reprehensión. Antes como él era varón admirable en todo género de virtudes, así todos y cualesquiera de sus dichos y hechos, me parecía á mí siempre, que respiraban una admirable

santidad y inocencia.» Dejando otros hijos que le nombraban y escribían dándole el título de Santo, y hablaban de él con grande encarecimiento á juicio de los que no le conocían, aunque al suyo se quedaban muy cortos; el Padre Diego de Eguía, su confesor que sabía más de los secretos de su alma, decía tales alabanzas, que algunos que no habían tratado al Santo, se escandalizaban, juzgando que no cabían semejantes elogios en hombre mortal. Y prohibiéndole San Ignacio que hablase de sus cosas, decía: «que deseaba alcanzar de días al santo Padre, para decir cosas grandes, sublimes, estupendas y inauditas;» pero la humildad de el santo le enmudeció, alcanzando de Dios, que muriese antes que él, porque no pudiese descubrir lo que sabía: humildad, que llamara yo de buena gana cruel y avara, si no fuera su culpa su disculpa, porque nos quitó con su ejemplo muchos ejemplos y nos privó con su admiración de muchas admiraciones.

CAPITULO II

Qué sintieron de San Ignacio los varones eminentes en dignidad ó santidad

Por no repetir lo dicho, no hablo de la fama que alcanzó y aumentó siempre en las ciudades y lugares donde estuvo, pues su primer confesor en Montserrate, pronosticó que había de ser un nuevo Pablo y vaso de elección; en Manresa y Barcelona le llamaban Santo y reverenciaban como á tal; en Alcalá le estimaban como Apostol en la predicación y otro Pablo en las prisiones; en París le juzgaban digno de ser canonizado, por sólo lo que allí obró; en su patria le recibieron con procesión, como si fuera ya morador de la gloria; en Basan le predicó un anacoreta, vaso lleno de el espíritu de los apóstoles; en Roma concurría la gente á verle por las calles, como si pasara un santo de el cielo. Al fin, con ser en todas partes perseguido de el demonio y sus ministros por el fruto grande que hacia en

las almas, era mayor la estimación y veneración de el pueblo; no pudiendo todas las nubes de la contradicción ofuscar los rayos de su santidad, para que no los viesen todos los que tenían ojos, aunque los de la envidia, que no pueden mirar lo que no pueden ver, se ofendían con el demasiado resplandor. Una cosa diré aquí solamente, que demuestra la veneración que de él se tenía en Barcelona. El año de mil quinientos y cincuenta y tres, tres años antes de que muriese; edificando la ciudad un templo á la Compañía, hicieron esculpir en la primera piedra, que solemnemente colocaron, el nombre de JESUS y debajo el de IGNACIO, sin otra cosa. Mas ya el año de cuarenta y ocho habían puesto en la primera piedra de un convento de religiosas, que se edificó en Casola de Carsañana, el nombre de Ignacio de Loyola.

De lo que le estimaron y veneraron los Sumos Pontífices que le alcanzaron en Roma, hemos dicho harto y aún no lo podemos decir todo. Deseando don Juan el Tercero ver á San Ignacio, escribió á Paulo Tercero rogándole que se le enviase á Portugal para consolarse con él. A lo que respondió el Papa: Que eso no podía ser, y que antes le enviaría toda su corte romana que al Padre Ignacio, á quien deseaba tener siempre cerca de sí. Julio Tercero no sabía negarle nada, y deseaba que le pidiese gracias que conceder á un varon á quien la Iglesia y el mundo debía tanto. Marcelo Segundo, aunque vivió poco tiempo en el Pontificado, le mostró en él grande amor, fuera de el que le había tenido siendo Cardenal. Y yendo á besarle el pie, le dijo: «Padre Ignacio, yo quisiera una gracia de vos, con tal que lo tengáis por bien y os esté bién á vos; y es, que me déis dos Padres sacerdotes de los vuestros que estén conmigo para consolarme y confesarme.» Y volvió á repetir: «Con tal que os esté bien á vos.» Respondiendo el Santo que toda la Compañía estaba á su obediencia con especial voto, que Su Santidad escogiese los que gustase para que le sirviesen en todo, replicó el Papa: «No quiero yo nombrar ninguno, sino que vos me los déis de vuestra

Universidad de Deusto
Biblioteca

mano.» Desde que fué asumpto al Sumo Pontificado, empezó á tratar de una reforma universal que tenía meditada, y pedía al Santo consejo para disponerla y operarios para ejecutarla, diciendo: «Juntad vos gente, que nosotros la ocuparemos.» Anteponía el parecer de San Ignacio á cualquier razón que se le ofreciese en contrario, y solía decir: «Esto se ha de hacer, porque así parece al Padre Ignacio.» Cuando presidió Cardenal en el Concilio de Trento, rogando á San Ignacio que no sacase de allí á Laynez, ocupado en recojer los errores que había de condenar el Concilio, obra, que decía el Cardenal no haber otro en el mundo que la pudiese hacer como Laynez, concluía la carta: Que si quisiese se dejase la obra imperfecta, se haría á su primer aviso cuando escribiese. Paulo Quarto, aunque tenía oposición en algunos dictámenes con el Santo, le reverenció mucho, y no dejaba que le hablase de rodillas ni descubierto; como tampoco Marcelo, y Julio que le hacía también sentar; y mientras vivió no intentó mudanza ninguna en el Instituto de la Compañía.

Larga fuera contar la estimación que hacían de él los Cardenales, que le visitaban muchas veces, como dice la relación de la sagrada Rota; unos por ver y venerar un santo; otros por dirección en las cosas de su conciencia; y otros por consejo en sus negocios. El Cardenal Bartolomé de la Cueva decía, que la prudencia y santidad de Ignacio eran iguales, y cada una eminente. Llamábale su Padre, y convidado á echar la primera piedra en el nuevo templo de nuestra Casa profesa de Roma, rehusó hacerlo, diciendo: Que esto tocaba al que había fundado el gran templo y la inmensa máquina de la Compañía de Jesus. Y insistiendo San Ignacio con el Cardenal que honrase aquella santa ceremonia, tomó, como por fuerza, las manos al santo Padre, y juntamente con él arrojó la piedra. Cuando murió San Ignacio, lloró el Cardenal la gran pérdida de la Iglesia, aunque su llanto fué común á todos los Cardenales y prelados de Roma, y en una palabra, á todos los buenos y celosos de la gloria divina; pareciéndoles que se había apagado en la tierra, aunque se había encendido con mejor luz en el cielo, una grande lámpara de la Iglesia, como le llamó el Cardenal Gabriel Paleoto Othón, Cardenal de Augusta, consolando á la Compañía en la muerte de su santo Padre y congratulándose juntamente de la gloria de el Santo, le llamó: *Puerto seguro en todas las tempestades y peligros.* Pero quien más se dilata en las alabanzas de San Ignacio, es el Cardenal don Gaspar de Quiroga y el Cardenal Francisco María Thaurasio, en dos ilustres testimonios que dieron de su santidad; aquél le llama varón de rara y excelente santidad, enviado de Dios al mundo para dispertar y encender á los hombres en su vida ejemplar, y dice: «Que habiéndole tratado familiarmente, lo cual reconoce por muy gran merced de Dios, nunca vió en él ni oyó de su boca, cosa que en dicho ni en hecho desdijese de la gravedad y santidad de un perfecto varón; antes le tuvo siempre por hombre verdaderamente humilde, manso, paciente, caritativo, celoso de la gloria de Dios y el bien de sus prójimos, menospreciador de el mundo, prudente, magnánimo, y entre todas las mudanzas de tiempos blandos y ásperos, prósperos y adversos, siempre con el mismo semblante, grave alegría y religiosa gravedad; de manera, que se echaba bien de ver en la compostura de su rostro y paz de su ánimo.» Dejo ahora otras alabanzas del mismo Cardenal, como también el testimonio de Thaurasio, que no es de menor gloria de Ignacio, y entre otras cláusulas, dice: «De tal manera veneramos siempre su nombre y oímos decir tantas cosas de él á todos los buenos, que juzgamos que á su vida irreprehensible no le faltó nada de las cosas que se requieren en un eximio siervo de Dios, para que su vida sea regla de la verdadera perfección.» Añade, que eran innumerables las señales y argumentos de todas las virtudes que puso el Espíritu Santo en el alma de San Ignacio, y que aún en su rostro se descubrían.

Callando los elogios de otros prelados de la Iglesia y príncipes de la cristiandad que no tienen término, paso á los testimonios de los santos y varones espirituales. San

Felipe Neri, que trataba familiarísimamente con San Ignacio, veía muchas veces resplandecer su rostro, y afirmaba: *Que nacían aquellas luces, de la singular belleza y claridad de su alma;* y *que ningún pintor podía representar al natural su rostro, por no haber colores en el mundo que pudiesen expresar su celestial hermosura.* Viendo un día San Felipe á dos de los nuestros en el templo de su Congregación, les dijo: *Vosotros sois hijos de un gran Padre.* Enviaba algunos de sus discípulos á la Compañía cuando los juzgaba idóneos para seguir su Instituto, y él mismo quiso seguirle antes de fundar su Congregación, como afirmaron después de su muerte los Cardenales Cusano y Belarmino, que lo oyeron de su boca; mas Ignacio no quiso recibirle, porque buscaba la gloria de Dios y no la suya, y conoció con luz de el cielo, que había de hacer más fruto fuera de la Compañía, fundando una nueva familia, que fué la Congregación de el Oratorio, que ha dado á la Iglesia eminentísimos varones en santidad, letras y la púrpura cardenalicia. También solía decir San Felipe: «Los hijos de Ignacio que perseveran en la Compañía de Jesús, mueren santamente.» El Santo Fr. Juan de Tejeda, de la Orden de S. Francisco, habiendo comunicado con San Ignacio, decía: *Que estaba lleno de el espíritu de Dios, que obraba con suma libertad de espíritu cuanto le parecía conducente para la gloria de Dios; que con solo verle consolaba á todos, con solo oirle los dejaba satisfechos,* y le llamaba *templo de la paz, porque en él hallaban paz cuantos la buscaban.*

¿Qué diré de él V. P. M. Juan de Avila? Sólo trasladaré las palabras de el Padre Diego de Guzmán, primero su discípulo querido y después hijo de San Ignacio y su ministro en Roma, en un testimonio jurado, que dió de la santidad de Ignacio, donde después de decir el gran concepto que él hacía de la alteza de su perfección, añade: «Puedo decir también de la notable estimación que tenían de nuestro Padre algunas personas muy señaladas en santidad y letras, entre las cuales diremos de el Padre Maestro Juan de Avila, que fué predicador insigne con palabras y ejemplo de vida singular en toda esta provincia de Andalucía, en la cual fué muy señalado el fruto que nuestro Señor sacó en todas las ciudades. Este buen Padre y maestro tuvo grande opinión y satisfacción de la vida y santidad de nuestro bendito Padre, y así lo testificó bien, no solamente con palabras y muchas cartas que escribió hablando de él á diversas personas, mas lo confirmó con obras, enviando á muchos de los que él tenía por discípulos, y aconsejándoles con mucha resolución, que viniesen á entrar en la Compañía; entre los cuales (aunque con mucha confusión mía lo puedo decir) fuí yo uno de ellos; y teniendo por compañero y por mi confesor otro Padre, discípulo suyo, llamado el Padre doctor Gaspar Loarte, nos envió á entrambos á entrar en la Compañía, llevando cartas suyas para el Padre Francisco de Borja, que había sido duque de Gandía. El cual, después de habernos recibido con su gran caridad, nos envió á Roma á entrambos, donde fuimos recibidos de nuestro B. Padre Ignacio con tanta caridad, como habemos dicho arriba, que en esta virtud nuestro Señor lo señaló mucho. Y por decir lo que el dicho Padre Avila estimaba y amaba al dicho nuestro Padre; lo significó particularmente con este modo de parábola, diciendo: «Imagino yo que hubiese un niño, el cual tuviese un deseo de tomar una piedra y ponerla encima de un monte; mas no fuese suficiente ni tuviese fuerzas para ponerla, y con todo eso se esforzase á hacer todo lo que pudiese por ponerla arriba encima de el monte; mas cuando pensase ya poderlo hacer, teniéndola cerca de la cumbre de el monte, le faltasen las fuerzas y la piedra se cayese; mas no perdiendo el ánimo de poderla tornar subir, procurase hacerlo otra vez y otra con todas sus fuerzas; mas á lo último, viendo que no podía, se acogiese á las armas de los niños, que es llorar; y llorando con mucho sentimiento pasase por allí un hombre muy valiente y de grandes fuerzas, y habiendo compasión de ver llorar al niño, le preguntase porqué lloraba, y él le dijese la causa; y entonces este hombre vale-

roso, tomando la piedra con tres dedos y alzase el brazo y la pusiese encima de el monte, con muy gran facilidad; y entonces le preguntase al niño si le parecía que está la piedra bien y á su contento, y así recibiría el niño grandísima alegría y maravilla de ver cumplido lo que él tanto deseaba.» Luego para aplicar la parábola á su propósito, dijo: «Todo lo que nuestro Señor me había dado á mí á desear con muy íntimo deseo, todo lo veo haber dado cumplido y comulado á nuestro Padre maestro Ignacio, y así puedo decir (como dijo San Juan Bautista de Jesuristo nuestro Señor, viendo las grandezas y maravillas que hacía con su doctrina y milagros:) *Amicus sponsi gaudet, quia audit vocem sponsi.* En lo cual se puede ver muy bien en este su testimonio que dió de nuesto bendito Padre, lo que sintió y le estimó, enviando, como he dicho arriba, todos los discípulos que él tenía ó buena parte de ellos á la Compañía propiamente y á la similitud de San Juan Bautista, que envió los suyos á Jesucristo nuestro Señor, y entre ellos envió á la Compañía el dicho Padre maestro Avila al Padre Antonio de Córdova, hermano de el conde de Feria, don Pedro Fernández de Córdova y de el duque de Feria, su hermano, don Gómez de Figueroa; el cual Padre Antonio de Córdova tenía ya aviso de el Papa Julio Tercero, cómo le había nombrado por Cardenal de Roma; y luego en sabiéndolo se partió de Salamanca con un solo criado y vino á entrar en la Compañía al Colegio de Oñate, en Vizcaya, donde estaba el Padre Francisco de Borja, que fué duque de Gandía.» Hásta aquí el Padre Diego de Guzmán, cuyo testimonio no he querido mudar ni en una palabra, atendiendo más al crédito que merece que á la hermosura del estilo que se puede desear en él. Lo mismo dijo el venerable Padre Avila al Padre Miguel de Torres; añadiendo, que el amor que él tenía á la Compañía era amor propio, por ver en ella ejecutado lo que él había deseado y imaginado, aunque rudamente, y que le venía bien el nombre de Juan, para ser paraninfo de Ignacio; y que sentía mucho no tener edad y fuerzas para entrar en la Compañía. En su muerte se mandó enterrar en nuestro Colegio de Montilla.

De la estimación que tenía el V. P. Fray Luis de Granada, ornamento grande de la Orden de Predicadores, dice el mismo Padre Diego de Guzmán. «El R. P. Fray Luis de Granada, el cual todos estiman mucho, como es razón, pues sus obras que ha dejado tan llenas de espíritu y elocuencia, dan buen testimonio de cuán gran santo él era, y de cuán grande lo es ahora en el cielo. El, pues, como digo, tuvo muy grande crédito y estimación de la virtud y santidad de nuestro bendito Padre Ignacio, lo cual puedo yo testificar; porque antes que N. Señor me llamase á la Compañía, él me dió el consejo que entrase, muy conforme al de el buen Padre Maestro Avila, alabando mucho el espíritu de nuestro Padre, pues por medio suyo, Nuestro Señor había levantado y fundado esta su mínima Compañía, de la cual me dijo que estaba muy bien informado; y así nos dijo al otro Padre Doctor Loarte, que fué mi compañero (como dije arriba) y á mí algunas cosas muy señaladas de las mercedes que Nuestro Señor había comunicado (como todavía las hace) á los de la Compañía.» Esto dice Guzmán. ¿Mas para qué son menester testimonios ajenos, cuando el mismo Fray Luis de Granada lo testifica con sus palabras en una carta que escribe á Ribadeneyra, habiéndole dado en Lisboa los Padres de la Compañía la *Vida de San Ignacio* que Ribadeneyra había escrito? «V. Paternidad (dice) me ha ganado por la mano, porque deseaba escribirle y darle las gracias por este libro, que los Padres de aquí me habían dado como á hijo antiguo, que saben ser yo de la Compañía, el cual he leído y ahora torno á leer la quinta parte, maravillado de la vida, y heróicas y admirables virtudes de aquel nuevo espejo de virtud y prudencia, que en nuestros tiempos envió Dios al mundo para salud de infinitas almas.» Y más abajo: «Ha puesto V. Paternidad á todos los hijos de la Compañía un perfectísimo dechado de todas las virtudes de el Padre de ella, que ellos trabajarán siempre por imitar, y nuestro Señor pa-

Universidad de Deusto Biblioteca

gará á V. Paternidad el fruto de este trabajo, y el beneficio perpétuo que hace á sus hermanos, presentes y venideros.»

No quiero, siquiera por no parecer ingrato, dejar dos cartas de dos gravísimas Religiones, la primera que escribió á Ignacio, vivo, y á toda la Compañía, el R. P. Fr. Bruno Loher, Procurador de la Cartuja de Colonia Agripina, dedicándole las obras de el místico y contemplativo Enrique Harpio: la segunda, en que consuela á la Compañía, por la muerte de Ignacio, la gravísima Religión de los Clérigos de San Pablo, llamados comunmente Barnabitas. Fray Bruno dice en nombre de toda su Religión de la Cartuja, amante siempre y amada de la nuestra: «Causábanos gran dolor que brotando cada día nuevas herejías, no hubiese muchos que se opusiesen á estos espíritus infernales, cuando fuera de la esperanza de todos, te trajo Dios, ¡oh Padre celebérrimo Ignacio! despreciadas las pompas de el mundo, honras, riquezas, deleites y la nobleza de el linaje. Creciendo el número de vuestra familia maravillosamente, muchos de vuestros sacerdotes, varones gravísimos y honestísimos, fueron enviados con potestad amplísima de la Sede Apostólica, primero á algunos de los príncipes y magnates de la república cristiana, y á varias ciudades; después otros al Asia, Africa, Arabia, Persia, Babilonia y también á la India meridional y oriental, y á la América, que son las mayores y principales de el mundo. En todas ellas es grande y increíble el fruto de las almas que los Padres de vuestra Compañía han hecho y hacen contínuamente, convirtiendo los judíos y gentiles á la fe, bautizando ciudades y reinos enteros, trayendo á penitencia á los pecadores, confirmando y firmando en la virtud á los buenos, y enseñando á la juventud, así en tierra de cristianos, como de gentiles y barbaros, buenas letras, sólida erudición y santas costumbres; añadiendo á esto muchos y estupendos milagros y prodigios, principalmente entre los infieles. De suerte, que con vuestro incansable trabajo, industria fervor, continuación en enseñar, predicar, exhortar, y con la pureza de vuestra vida, ayudándoos la divina gracia, ya parece que no sólo en nuestra Europa, sino también en todos los reinos y regiones arriba referidas, la Religión, el culto de un solo y verdadero Dios, y de la verdadera piedad, por todo el orbe vuelve á florecer maravillosamente, y crece cada día con nuevos aumentos. También habéis procurado en el imperio turquesco en Jerusalén, y en Constantinopla y en la isla de Chipre, instituir Colegios de estudios, con el ayuda y favor de Julio Tercero, Pontífice Máximo. A esto se llega la frecuente operación de milagros que por los vuestros se hacen, con los cuales Dios Todopoderoso autoriza la entereza de vuestra vida; de los cuales ninguno hasta ahora hemos visto que obren los herejes, que se precian de evangélicos, aunque más se jacten con sus charlatanas bocas de su fe. Son muchos los que entre los indios, antes apartados de nuestra Fe y Religión Católica, tienen firme esperanza, que en llegándose á ella de todo corazón, han de quedar sanos de cualesquier enfermedades y calamidades, lavándose con el agua de el bautismo, ó asistiendo al santo sacrificio de la Misa; y no les sale vana su esperanza, porque al punto obtienen el beneficio de la sanidad. Si en algún tiempo, principalmente en este, parece se puede temer, que por los pecados y maldades de los hombres, nos deje Dios y desampare; pues ha llegado á tal punto y colmo la malicia de el pecado, que ya no puede pasar más adelante. Sóla una cosa resta de consuelo para alentar nuestras esperanzas, y es aquesta nueva y excelente profesión de vuestra Compañía y este Instituto y modo de vida nunca bastantemente alabado. Y estamos totalmente persuadidos, que por vuestro medio, andando el tiempo, se ha de reformar la Iglesia de Cristo.» Hasta aquí el dicho autor.

Los Padres Barnabitas escriben á la Compañía: «Después que tuvimos noticia de el tránsito á mejor vida de el Venerable Padre Ignacio, de bienaventurada memoria, hirió nuestro corazón no pequeño dolor por vosotros y toda vuestra santa Congregación de Jesús, que ha quedado tan do-

florida por verse privada de tal Padre y Maestro, y por nosotros de quien también era Padre. Debemos dolernos verdaderamente en este tiempo en que hay tanta carestía de santos varones; pero debemos consolarnos, porque él ha pasado á mejor vida, pues sabemos que para los justos, el vivir es Cristo, y el morir es ganancia, porque les está mejor á ellos ser desatados y estar con Cristo; y así libre de las cadenas, como San Pedro el primero de Agosto, voló alegre al reino celestial, Sólo tenemos que temer no le haya quitado Dios al mundo por nuestros pecados, y como se lee de el Santo Josías, porque al pueblo de los judíos le amenazaba un gran peligro, les fué quitado antes un rey justo. Como le plugó al Señor, así se hizo, sea su nombre bendito; pero no se ausentó de el todo de nosotros, porque en todos los que conocen á Cristo, en cualquiera parte de el mundo que estén, vive la dulce y grata memoria de el santo varon, á quien tanto debe la república cristiana. Siendo él maestro y capitán, se ha estendido y propagado tanto la fe de Cristo, la Religión, la doctrina que ha llegado hasta los antípodas, entre los cuales, muchos millares de hombres convertidos á la fe, forman una nueva Iglesia, émula de aquella primitiva apostólica, donde hay nuevos apóstoles, nuevos mártires. Envió delante á sus hijos; ahora, después de muchos trabajos padecidos por el nombre de Cristo, se ha seguido el Padre no menos atormentado que ellos, con grandes cuidados con la solicitud de muchas Iglesias, en el ocio martir en quien no solamente ha estribado tantos años vuestra Casa que es tan grande, mas también las de otros muchísimos. El era común Padre de los buenos; porque ¿á qué triste no consoló con sus dulces palabras? ¿A qué afligido no asistió benigno con su consejo? ¿A qué necesitado no ayudaba con el socorro? ¿A cuál no defendió? Para el cojo fué pies, para el ciego ojos, para todos los pobres, consuelo; para todos los necesitados, remedio; etc. De nuestro convento de Milán, á quince de Septiembre de 1556.»

¿Cuántos elogios dejó? De los renombres sólos que le

dan varones gravísimos, pudiera hacer un largo catálogo. Llámanle otro Abraham en la obediencia, otro Francisco en la humildad, otro Juan Bautista en la penitencia, otro Juan Evangelista en la caridad. Nómbranle Patriarca grande de la Iglesia, por la grandeza y multitud de sus hijos; tesoro del orbe, por las riquezas y merecimientos que juntó en sí para bien de los mortales; alferez de el Rey Eterno, porque llevó la bandera de Jesús, siguiendo á tan gran Capitán; atleta fortísimo contra Lutero, por haberle puesto Dios á aquel mónstruo de el infierno; hacha encendida para alumbrar á Alemania; propagador de el imperio de Cristo; sol de la tierra, nacido para desterrar sus tinieblas. columna de la Iglesia; Atlante que sustenta al mundo en los hombros de su piedad y doctrina; maestro de la fe; doctor de la ciencia mística; Etna del divino amor; regla de la perfección religiosa; prodigio de santidad; varon lleno de espíritu santo; espíritu de salud; cabeza de nuevos apóstoles y otros mil títulos de igual alabanza y gloria.

CAPITULO III

Breve discurso de la grandeza de la santidad de Ignacio.

Aunque, como dice el sabio de los proverbios: *Spirituum ponderator est Dominus,* «el Señor es el que pesa los espíritus,» y sólo quien da la santidad puede medirla; todavía como por los efectos se estiman las causas, y por los fines, los medios; reverenciando con humildad la divina sabiduría, y adorando con los ojos cerrados sus secretos juicios en que guarda los tesoros de la perfección de sus santos, para manifestarlos á su tiempo á los mortales; discurriremos la grandeza de la santidad de Ignacio, por los principios que puede alcanzar el discurso que siempre se queda en el atrio cuando va á medir el templo, ó por mejor decir, no sale de la tierra cuando quiere apreciar el cielo, sólo para que los hijos de Ignacio hagan el debido concepto

del Padre que los engendró en Cristo Jesús, y entiendan cuanta verdad es lo que dijo San Felipe Neri, que son hijos de un gran Padre.

El primer argumento de la grandeza de Ignacio, son las alabanzas de tantos como han empleado las lenguas y las plumas en sus elogios; pues como dice San Ambrosio: «Ninguno es más digno de alabanza, que quien puede ser alabado de todos.» Grande es sin duda aquel á quien alaban los propios y los extraños, los que le trataron de cerca, y los que le conocieron por fama; los que vivieron en su tiempo y los que después se han seguido; y hasta los mismos demonios que confesaron muchas veces era Ignacio el mayor enemigo que tenían en el mundo; pues sólo un extraordinario mérito puede conseguir un continuado elogio, y han de ser muy superiores las virtudes de el que ha de dar contínua materia á las alabanzas, que decía Sócrates ser debidas á los grandes hombres, como el incienso á los dioses. Y más si atendemos, qué alabanzas dijeron de él los que mejor pudieron conocerle, por tener ojos de espíritu que alcanzaban á ver la más alta perfección, llamándole no sólo santo y santísimo y grande santo, sino más que santo, faltándoles palabras en el idioma humano para declarar una perfección tan divina. Si fué tanta gloria de David, y argumento de lo que Dios le estimaba aquella honra de que le hizo cargo, haberle dado un nombre grande (esto es una gran fama) según el nombre de los grandes de la tierra, ¿cuánto ama y estima á Ignacio quien le ha dado un nombre grande, según el nombre de los grandes de el cielo, haciendo que sea alabado y celebrado de todos, como lo son los primeros santos de la gloria?

Mayor argumento es ser Fundador de la Compañía de Jesús y cabeza de este cuerpo, que llamó Paulo Tercero, *dedo de Dios*, y Clemente Octavo, *brazo derecho de la Iglesia*. Por este brazo y por este dedo, se ha de medir la grandeza de este gigante, al modo que median los montañeses de Judea la de el Bautista, por la mano de el Señor. Porque habiendo de ser la cabeza proporcionada al cuerpo, debe ser perfectísima y excelentísima en todas sus operaciones, y un espejo en que se miren en supremo grado todas las virtudes, que deben tener los miembros y imitar los hijos. La perfección de las Religiones se toma de el fin y los medios, según la regla de el angélico Doctor que las divide en tres órdenes; unas que se ocupan en la vida activa con Marta, y es el ínfimo grado; otras que se emplean en la vida contemplativa con María, y es el segundo; otras que juntan la oración y contemplación, y llevan el premio de Marta y de María; y en este orden supremo, dice que tienen supremo grado las Religiones que se ordenan á la acción que nace de la contemplación, como el enseñar y predicar. Dedicándose, pues, la Compañía á la contemplación y acción juntamente, y mirando por su Instituto la acción que nace de la contemplación, predicando y enseñando de tantas maneras á todo género de gentes, síguese que tiene altísimo lugar en el supremo orden, y por consecuencia, que su fundador tiene muy alto lugar entre los santos; porque Dios, según el mismo Santo Tomás, proporciona los instrumentos á las obras, y mide los artífices para las fábricas. Por la de la Iglesia se mide la grandeza desmedida de San Pedro; y por la de la Compañía, se ha de medir la de Ignacio, como lo hace entre muchos, el Cardenal Quiroga, en el testimonio citado, donde después de haber encarecido la santidad y virtudes de San Ignacio, para que no parezcan encarecimiento palabras menores, que la verdad las sella todas, diciendo: «Al fin le conocimos, y tuvimos por tal cual convenía que fuese el que nuestro Señor había elegido para obra tan grande como ha sido la fundación y extensión y fruto de su santa Religión.»

Mas después de haber considerado, en general, el cuerpo de la Compañía; podemos hacer nuevo argumento de la grandeza del Padre, por la grandeza de los hijos que le ha dado el Señor, según aquello de la Escritura, que el hijo sabio es gloria de su padre. Los mismos gentiles de la India Oriental, más discretos, cuando los primeros Padres

Universidad de Deusto Biblioteca

de la Compañía les predicaban la fe, se querían llamar Ignacios en el bautismo, por la estima grande que hacían de el Santo Patriarca, diciendo: «Que de el espíritu y obras de los hijos, se conocía cuál era la santidad de el Padre.» ¿Cuántos son los hijos de Ignacio, que han merecido el nombre de apóstoles, de mártires, de doctores? ¿cuántos han sido llamados profetas, por el conocimiento de lo futuro, de lo oculto y de los pensamientos de el corazón humano? ¿cuántos aclamados taumaturgos de los pueblos, por la grandeza y multitud de los milagros? ¿fuera de tantos confesores y vírgenes, ángeles en la pureza y espejos de justicia y santidad? Entre todos los cuales resplandece Ignacio, como el sol entre las estrellas, participando ellos, de sus luces, los resplandores con que alumbran el orbe de la tierra. Dijimos cuáles fueron sus primeros compañeros; añadiremos ahora, sobre lo dicho en otra parte, lo que escribe Ribadeneyra en un testimonio jurado: «Que algunos Padres de la Compañía, que cada uno mirado por sí parecía un grande santo, como el Padre Pedro Fabro, Diego Laynez, Francisco Javier, Francisco de Borja y otros; cotejándolos con el Padre Ignacio, parecían enanos en comparación de un gigante, y ellos mismos lo reconocían, y como á tal le respetaban con grande veneración.» Esto dice Ribadeneyra; pero basta cotejar á Ignacio con Javier sólo, para entender qué gigante es aquél, que hace parecer enano al gigante de el Evangelio. Quien mirase al grande apostol de las Indias, le juzgará sin igual en la la tierra, no hallará celo con que comparar su celo, virtudes con que medir sus virtudes; pero si después mirase á Ignacio, le sucedería lo que á Luis González con Fabro, no inferior á Javier, á juicio de los que conocieron á los dos, que Javier se le fuera de los ojos y casi le olvidara, dejando de admirar un varón tan admirable, arrebatado de la admiración de las virtudes de Ignacio. No hacemos agravio á la gloria de Javier; antes creo hacer obsequio á su grandeza, que no se disminuye por la de su padre y maestro más que la del Bautista por la de Cristo, de quien dijo

el mismo Juan: «Conviene que él crezca y yo disminuya.» Cuando Javier empezó á servir á Dios de veras por los consejos de Ignacio, ya Ignacio tenía méritos para ser canonizado; después no hizo menos el padre que el hijo, sino mucho más, como veremos, y murió Javier antes que Ignacio. Este exceso que le hacía su santo Padre, significó el apostol de las Indias, después que está en la gloria, apareciendo á una regalada sierva de el Señor; mostrándole la Compañía como un hermoso arbol, que extendía sus ramas por toda la redondez de la tierra, cuyo tronco era San Ignacio, y la dijo: «Yo no soy más que una ramita de este arbol.»

Por el fruto de este misterioso arbol se conoce la grandeza de su tronco, de quien son propios todos los frutos, de que están cargados los ramos. «El bienaventurado varón Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, dice el Cardenal Francisco María Taurasio, no puede tener otros testimonios más firmes de su gloria, que las cosas que Dios evidentemente obra por los que siguen su Instituto, verdaderas lumbreras de este siglo, adornados de todo género de virtudes y ciencias; porque ¿como éstos, con admiración de todos, pelearán valerosamente, y hicieran cosas tan excelentes en propagar la fe Católica, en convertir herejes, en reformar en todas las partes de el mundo los católicos, si el mismo Ignacio, siendo Dios el capitán, vestido de la celestial clámide no fuera delante de sus soldados y llevara el estandarte de el Rey eterno, y les diera ánimo, armas y socorro?» Hasta aquí el Cardenal. Como el rey Saul, al deshacer su hijo y soldado Jonatás el escuadrón de los filisteos, dijo, que él había derrotado la estación de los filisteos; podía decir con más razón Ignacio, que conseguía todas las victorias que conseguían sus hijos y convertía todas las almas que ellos convertían, pues todo lo hacían por su ejemplo, dirección y merecimientos. A quien opusiere la diferencia que hay de hacer fruto por sí ó por otros, solamente mostraré cuánto más fruto hacía en Roma Ignacio gobernando la Compañía, que Ja-

vier en la India, convirtiendo muchos centenares de millares de gentiles á la fe, por el voto de el mismo Ignacio, que á nadie parecerá apasionado por traerle yo en su causa, aunque él no le dió, sino entre Javier y Javier. Siendo el santo Patriarca tan celoso de la mayor gloria de Dios, y salvación de las almas, y sabiendo el inmenso fruto que hacía Javier en Oriente, le llamaba á Roma, como dijimos, para hacerle General de la Compañía; entendiendo, que haría más fruto en las almas, gobernando la Compañía y enviando varones apostólicos á todas las partes de el mundo, que siendo apostol de aquel nuevo mundo; porque predicando por sí, era un apostol; gobernando la Compañía, era muchos apóstoles, porque predicaba en todos los que predicaban, corría las tierras que todos corrían; y por decirlo todo en una palabra, predicando por sí, era apostol de nuevas gentes; gobernando la Compañía, era apostol de nuevos apóstoles. Pero tienen en Ignacio mayor fuerza las razones dichas, por ser, no sólo General, sino Fundador de la Compañía; y por eso se le atribuyen, no solamente los frutos que la Compañía hizo en su tiempo, mas todos los que ha de hacer hasta el fin de el mundo. Por esto le llamaron los jueces de la Rota, apostol de las naciones convertidas por sus hijos á la fe. Y de aquí coligió Monseñor Pena su grandeza, cuando hablando con Gregorio décimo quinto, que trataba de canonizarle, dijo: Que no podía creer sino que fuese muy grande amigo de Dios el B. Ignacio, pues Dios le había tomado por instrumento para fundar una Religión que en tiempo de tanta necesidad como tenía la Iglesia, combatida por tantas partes de cismas y herejías, había hecho y hacía tan gran fruto á la Iglesia.

¿Qué diré de el modo con que Dios le sacó de el mundo, y trajo á fundar su Religión? Prevenir con tantas y tan anticipadas profecías la Compañía que había de juntar Ignacio; derribarle como á Pablo, para hacerle nuevo vaso de elección; curarle de las heridas por medio de el príncipe de la Iglesia, como quien le sanaba para bien de la Iglesia; convertirle leyendo las vidas de muchos santos, para que no se contentase con ser uno, sino que anhelase á ser muchos por la imitación; traerle la misma Virgen de las vírgenes el dón de la castidad al principio de su conversión, para que desembarazado de la guerra doméstica, la hiciese más libremente al infierno; y tantos favores y visitas de Cristo y de María; tanta luz de las cosas naturales y sobrenaturales, cuando apenas había tenido tiempo de llorar sus culpas; ¿qué podían ser, sino aparatos de una cosa grande y extraordinaria, que Dios quería dar al mundo en Ignacio? Manifestarle la Esencia divina, si la vió claramente, como sienten algunos, ¿á quién se ha concedido sino á un Moisés, gran legislador y profeta de la antigua Ley? ¿A un Pablo, grande apóstol y doctor de la Ley nueva? ¿A un Augustino, gran Doctor y Luz de la Iglesia? ¿A un Benito, gran Patriarca y Padre de Patriarcas? A lo menos afirman graves doctores, que si se concedió este privilegio á los santos dichos, no se puede negar á San Ignacio; y esto, no solo una vez, sino muchas. Aquel éxtasis de ocho días enteros en que le mostró la armonía, orden y frutos de la Religión que había de fundar, ¿qué ejemplar ha tenido? Dejo los otros dones y gracias singulares que sabemos, y sólo alego aquí los que ignoramos, por mayores. Confesó el Santo sencillamente al Padre Juan de Polanco, su Secretario, que de mil partes de los dones que había recibido de Dios, no podía decir la una, porque no le entendieran los que le oyesen; que es cosa sobre toda admiración, teniendo siempre cerca de sí tantos varones sapientísimos y espiritualísimos. Añadía que sin duda eran muchos más y mayores los favores que Dios había concedido á los santos, de lo que dicen sus historias; porque si no fueran más y mayores, no trocára yo, decía, con ser un gran pecador, con ninguno de los santos, los favores que sin merecimientos míos he recibido ó espero recibir de el Señor.

A los dones pudiera juntar los inmensos trabajos que padeció por la gloria de Dios, que no es el menor argumento de su grandeza; porque padecer grandes tribulaciones

Universidad de Deusto
Biblioteca

sin culpa, por amor de Jesucristo, sólo lo concede su Majestad á los que quiere hacer grandes santos; por eso dijo á sus discípulos: «Bienaventurados seréis, cuando os aborrecieren los hombres y os persiguieren y dijeren falsamente de vosotros todos los males por mi causa: gozáos y regocijáos, porque será copioso vuestro galardón en el cielo. Así lo hacía Ignacio como hemos visto y veremos aún; contando entre los beneficios de Dios, por el mayor, el de las persecuciones y calumnias. Y conforme á esto, preguntado de Nadal, ¿cual era el camino más cierto para la perfección? respondió: «Padecer cosas grandes y muchas por amor de Jesucristo: pedid á Dios esta gracia, que á quién la da le da mucho; y en este beneficio se contienen los mejores beneficios.» Este atajo fué el camino de toda la vida de Ignacio, para que llegase presto á la perfección, y nunca cesase de subir como por atajo de un monte de perfección á otro, y de una eminencia á otra superior.

Con tales argumentos de la grandeza de Ignacio, no se qué diga de su santidad, que se pierde de vista. Pero aun faltan los de sus virtudes y milagros, estos grandes y contínuos, aquellas mayores y más admirables. Sólo diré en general, mientras contemplo sus virtudes en particular, que andando desde el principio de su conversión con una hambre y sed insaciable de la perfección, cotejando siempre un día con otro, hallaba haberse adelantado cada día al antecedente. Y creció con este cuidado de manera que llamaba sus niñeces y primeros borrones al estado de Manresa. Pues si nos acordamos de la espantosa penitencia que allí hizo y de las virtudes que ejercitó, todas con el motivo de la mayor gloria de Dios, y de la fama de santo que ganó; ¿cuál pensamos que sería el estado de varón perfecto, de quién fueron tales las niñeces? ¿cuál sería la pintura acabada, si fueron tan valientes los borrones? ¿Y cómo luciría en su mediodía, sol que tales rayos arrojaba en el Oriente?

CAPITULO IV

De la caridad y amor de Dios de San Ignacio

Viniendo á tratar en particular de las virtudes de San Ignacio, deliberando por cual empezaría, si por su fe, que es el fundamento de la santidad, ó por su humildad, que es el cimiento de la perfección ó por su penitencia, que fué el primer paso de su vida, ó por su mortificación con que deshizo el hombre viejo para formar el nuevo, ó por otra de tantas como resplandecieron en este prodigio de la gracia; siempre se me ofrece á los ojos la caridad, que no sólo es la reina, pero el alma de todas sus virtudes, por la cual vivían, se movían y obraban. Porque si miro su fe, está llena de el celo de dilatarla; si contemplo su esperanza, hallo que espera tan sin interés, que arriesgara lo que espera por servir al amor; si atiendo á su humildad, se abate á sí, por ensalzar la gloria de su Señor; considero, que no hace penitencia tanto por satisfacer á quien ofendió, cuanto por agradar quien ama; y todas sus virtudes me parecen caridad, como el hierro penetrado del fuego parece fuego, y el mismo Ignacio parece amor, que si se quisiera pintar con el traje y forma humana, podía tomar su figura con sus pensamientos, obras y palabras. Por eso empezaré por la caridad, pues he de proseguir y acabar en ella, sin salir de este dichoso círculo, cuyo centro es el amor, de quien nacen y en quien paran todas las líneas de las virtudes.

No usaba Ignacio de superlativos, porque ordinariamente están reñidos con la verdad; y era necesario valerse de ellos cuando hablaba de su amor para con Dios, repitiendo muchas veces en sus apuntamientos: «Que sentía amor intensísimo y un ardor notabilísimo en todo el cuerpo, que le duraba días enteros.» Y aun confesaba que le faltaban palabras para explicar los afectos ardientes de su corazón. No lo encarecen poco los Comisarios apostólicos, si hubie-

Universidad de Deusto Biblioteca

ra en esta materia encarecimiento que no se quedara inferior á la verdad. Después de haber dicho que San Ignacio encendió en su corazón una tan pura caridad con Dios, que desterró totalmente de sí su amor propio, añaden: «Finalmente se abrasaba en tan excesivo amor de Dios, que todo el día le estaba deseando, y no pensaba ni hablaba ni codiciaba otra cosa, sino agradarle y cumplir su voluntad. Todo entero se entregaba á él; á él sólo había determinado de seguir, aunque por eso se quedase sin el cielo y la tierra; todo su pensar, su hablar, su obrar, refería á Dios como á su fin, y lo consagraba á su Majestad y su gloria y honra, y en su boca traía siempre, como por divisa propia á mayor gloria de Dios.» El Sumo Pontífice dice también en las lecciones de el santo Patriarca, hablando de su muerte preciosa. «Partióse de esta vida para abrazarse con su Señor, cuya mayor gloria había tenido siempre en la boca y había buscado siempre en todas las cosas.»

El Padre Diego Mirón, que le trató y comunicó mucho tiempo, le pinta de esta manera: «Nuestro Padre Ignacio estuvo adornado de grandes dotes de la naturaleza, tuvo altos pensamientos con los cuales la gracia le levantó á la cumbre suprema de la perfección; nada intentó, sino cosas grandes por el amor de Dios, y cuantas cosas hacía espiraban fervor. Si miramos la Compañía y todos sus ministerios, todos arden en fuego de caridad; por lo cual este Instituto y modo nuestro de vida, así le llamaba Ignacio, consiste todo en buscar la mayor honra y gloria de Dios como consta en el libro de las Constituciones en que apenas hay capítulo en que no se inculque aquella palabra de buscar en todas las cosas la mayor gloria de Dios. Este fué su perpétuo anhelo y el principio y causa de fundar la Compañía de Jesús, mientras discurría consigo solícitamente de día y de noche de qué manera procuraría la mayor gloria de Dios y le haría siempre los más gratos servicios. A esto miran y de aquí nacen todos los ministerios de nuestro Instituto y las obras de caridad que hacemos, según nuestras Constituciones; y no pensemos que satisfacemos á nuestra obligación haciendo por amor de Dios solamente estas cosas, porque estamos obligados á procurar interior y exteriormente por todos los medios que con la divina gracia fuere posible, la mayor gloria de Dios.» Todo esto dice el Padre Diego Mirón. Y si las obras son el testimonio de el amor, ¿qué mayor prueba de el amor de Ignacio, que una obra de que se ha seguido y ha de seguir tanta gloria á Dios? Aunque también en las obras pequeñas mostraba Ignacio la grandeza de su amor, haciéndolas con perfección grande, como quien las hacía por su Señor. Por esto, viendo en una ocasión á un hermano Coadjutor, negligente en un oficio de humildad, le preguntó: «¿Por quién hacéis eso?» y respondiendo que por Dios, replicó el Santo: »Pues si otra vez lo hacéis de esta manera, os daré una grave penitencia; porque si lo hicierais por los hombres, no era mucha culpa que lo hicierais así; mas haciéndolo por Dios á quien debemos por tantos títulos amar y servir, ¿qué disculpa tenéis en hacerlo con descuido?»

Todas sus potencias, sentidos y miembros de su cuerpo, y hasta sus huesos, como David, quería que alabasen al Señor y se empleasen en su servicio. Desde el principio de su conversión decía esta oración, con que pedía el amor de Dios y le avivaba cada día: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria y toda mi voluntad; todo mi haber y mi poseer; vos me lo disteis; á vos, Señor, lo torno; todo es vuestro; disponed á toda vuestra voluntad: dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta.» De aquí le nacía hacer todas las cosas por puro amor, lo cual manda él á sus hijos en las Constituciones. «Todos, dice, se esfuercen de tener la intención recta, no solamente acerca del estado de su vida, pero aún de todas cosas particulares, siempre pretendiendo en ellas puramente servir y complacer á la divina bondad por sí misma y por el amor y beneficios tan singulares con que nos previno, más que por temor de penas ó esperanza de premios, (aunque de esto deben también ayudarse) y en todas las cosas busquen á

Dios nuestro Señor, apartando, cuanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador de ellas, á él en todas amando y á todas en él, conforme á su santísima y divina voluntad.» De el mismo fuego nacían aquellas palabras ardientes con que se abrasaba á sí y á otros, repitiendo muchas veces: «¡Oh, mi Dios, amor de mi corazón, si todos los hombres te conociesen!» Y otras veces: «¿Qué quiero yo, Señor, fuera de tí, ó qué puedo querer?» Una de sus jaculatorias á Cristo en el Sacramento, era: «Concédeme, Señor, que te ame, de cuyo amor no quiero más premio que amarte más.» Aunque de todos los misterios y virtudes hablaba altamente, como quien estaba lleno de luz de el cielo cuando hablaba del amor de Dios, se excedía á sí mismo. Ninguna conversación era más frecuente, ninguna más dulce; cuando más fatigado de dolores, con oir las alabanzas de Dios se olvidaba de todas sus penas. En Roma acababa las doctrinas con estas palabras: «Amad á Dios de todo vuestro corazón, de toda vuestra alma y de toda vuestra voluntad.» Y decíalas con tal fervor y encendimiento de rostro, que parecía arrojar llamas por la boca, con que abrasaba los corazones de los oyentes. Cuando explicaba al pueblo en estas doctrinas el amor de Dios, decía: «Si la caridad es ferviente en el alma, da vigor al cuerpo para obrar y hace aprovechar al espíritu en el camino de Dios. Una tal alma experimenta paz y alegría, y como reina vence y sobrepuja á cuanto la repugna ó lisonjea. Amar á Dios con toda el alma, es amarle con todas tres potencias. Se ama con la memoria, acordándose de sus beneficios espirituales y temporales, de los preceptos de su ley y de la Iglesia, y de todo lo que es necesario para servirle. Se ama con el entendimiento, pensando atentamente las cosas que principalmente nos mueven y disponen á su mayor amor. Se ama con la voluntad, gozándose de sus perfecciones, procurando en todas las cosas darle gusto, y querer resueltamente perder todo el mundo antes que hacer un pecado.» Después de haber cometido alguna culpa, cuando vamos á buscar el remedio en el sacramento de la penitencia, con la contrición en el corazón, con la confesión en la boca y con la satisfacción en las obras, decía que habíamos de añadir al propósito de no pecar, un deseo grande de agradar y servir á Dios, y un dolor de no tener de nuestros pecados toda aquella detestación que merece su gravedad y malicia. Al fin, todo su deseo era encender aquel fuego que Cristo vino á traer al mundo, y así no perdía ocasión de prender estas llamas en los corazones de los mortales, en los sermones, pláticas, conversaciones y cartas, en que solía pedir para aquel á quien escribía un sumo amor de Dios, que cumpliese todo lo que á su Majestad era más agradable.

Padeció por Dios hambre, sed, desnudez, frío, fatigas, enfermedades, naufragios, persecuciones, desprecios, acusaciones, injurias, falsos testimonios, afrentas, golpes, heridas, cárceles, cadenas, peligros de la vida y todo género de trabajos de la tierra, de el mar, de los hombres y de los demonios, y finalmente, de sí mismo, que no era quien menos se maltrataba con penitencias y mortificaciones, y todo le parecía poco por amor de su Señor, desafiando, como San Pablo, á todas las criaturas, y diciendo animosamente: «No hay cosa criada que pueda apartarme de el amor de mi Jesús.» San Crisóstomo trae por argumento grande de la caridad de el Apostol, tener por gloria estar preso; ¿qué diremos de éste su gran imitador, á quien vimos en Alcalá tan gozoso en las prisiones, y tan deseoso de más y más cadenas en Salamanca? A Don Juan, Rey de Portugal, escribió: «Que por todo el mundo y cuanto pueda dar, no quisiera dejar de haber padecido lo que había padecido por el amor de Dios.» Otra vez dijo: «Que todas las riquezas, honores, delicias y bienes de el mundo puestos en una balanza, no pesaban nada si se ponían en la otra las gracias que había recibido de el Señor en las persecuciones, cárceles y cadenas, padecidas por su amor; y que no había cosa criada que pudiese dar á su alma tan grande alegría como la que recibía de haber padecido por Cristo. Entre tanto como padeció, sólo le faltó la muerte

por atormentarle más, no cumpliéndole un deseo que le duró toda la vida, de morir por Cristo; y eso no por interés de alcanzar con las penas mayor gloria, porque decía, que en caso de no alcanzar premio mayor por el camino de los trabajos, afrentas, pobreza, necesidad, que por el de las riquezas, abundancia y honras, escogiera la pobreza, la deshonra, ser tenido y estimado por loco, sólo por parecerse más á Cristo. Aún llegó á decir, siendo de la mejor sangre de España donde se tiene por tan grande afrenta ser de la nación hebrea, que quisiera ser de esta nación por ser más conjunto á Cristo y á María, según la carne. Por esta fineza mereció que Cristo le hiciese tan semejante á sí desde el principio de su conversión, que llamaban, como dijimos, Simón y Marta á un hombre y una mujer que le hospedaron en su casa, por haber recibido á Cristo en Ignacio; y después mucho más, dándole el mismo fin de convertir pecadores y que juntase discípulos, que fueron llamados apóstoles, y que su Compañía se llamase Compañía de Jesús.

Más adelante pasó la caridad de Ignacio: poco es padecer y morir por Dios, pues se entra por la muerte á la vida y por las penas á la gloria; la misma gloria y vida eterna arriesgara por amor de su Señor. Deseaba ansiosamente morir, y no se prometía el día de mañana por no perder la esperanza de ser en él desatado de las cadenas de el cuerpo; antes se espantaba cuando oía decir á alguno que de allí á dos ó tres meses haría tal cosa ó concluiría tal negocio, diciendo: «¡Jesús, hermano! ¿y tanto pensáis vivir?» Y siendo tan grande el deseo de ver á Dios por amor de Dios, era mayor el deseo de servir á Dios por amor de el mismo Dios; y así conversando en una ocasión con el Padre Diego Laynez y otros de sus hijos, entre los cuales estaba Ribadeneyra que lo refiere apropósito de lo que se iba tratando; preguntó el Santo al Padre Diego Laynez: «Decidme, maestro Laynez, ¿qué hicierais si Dios os pusiera este caso? Si tú quieres morir luego, yo te daré la gloria eterna; pero si quieres quedarte en esta vida, quedarás á las mismas contingencias que antes tenías; y si perseverares hasta la muerte en mi servicio, conseguirás el premio de la perseverancia; y si no perseverares, llevarás el castigo merecido de tu culpa. Si juntamente entendiésedes que quedando en esta vida podíades hacer á Dios algún servicio, ¿qué eligiérades?» Respondió Laynez, aunque era varón santo, lo que respondieran todos: «Padre, yo confieso que escogiera el morirme luego, por ir á gozar de Dios y librarme de contingencias en cosa que tanto importa como la salvación, que una vez perdida no se puede volver á ganar.» «Pues yo, dijo San Ignacio, cierto que no lo hiciera así; antes si entendiera que quedándome en esta vida podría hacer á Dios algún particular servicio, le pidiera que me dejara en ella, y pondría los ojos en el servicio que había de hacer á Dios y no en mi peligro ó seguridad.» Y luego mostrando cuán dignamente sentía de Dios, añadió: «Y en esto no pensara que arriesgaba mi salvación; porque pregunto: ¿Qué rey ó príncipe hay en el mundo que si viese que un vasallo suyo se privaba de alguna grande merced que le quería luego hacer por servirle más, no se tuviese por obligado á conservarle y aún acrecentarle aquella merced de que sólo por su amor y servicio se privaba? ¿Pues hemos de sentir mejor de un rey de la tierra que del rey del cielo, y de un hombre que de Dios? Si esto hicieran los hombres, que son ingratos y desconocidos, ¿qué hiciera Dios que nos previene con su gracia por su sola bondad, y nos la conserva y aumenta con tanta liberalidad? No puede ser que nos desamparase y dejase caer y perder su gloria, habiéndola dilatado por su amor y servicio.»

¿Qué diré ya de la caridad de Ignacio que no sea menos? Si llegara á suceder la contingencia á que se exponía y Dios le enviara al infierno, juzgaba que no le diera pena el fuego ni los otros tormentos; sólo le atormentara el oir blasfemar de Dios, como quien tenía dentro de su pecho un fuego tan ardiente, que no solamente no le podían apagar todas las aguas de las tribulaciones de esta vida, pero ni aun le podían vencer todas las llamas de el infierno,

Universidad de Deusto Biblioteca

imitando á aquel Ignacio Cristífero y Deífero, de quien tomó el nombre y heredó el amor, que decía: «Todos los tormentos de el diablo vengan sobre mí, sólo con que yo goce de Cristo. Pareciera increíble esta fineza si no la hubiera dejado escrita el Santo de su propia mano en su memorial secreto: «Viniéndome (dice) pensamiento si Dios me pusiese en el infierno, se me representaban dos partes; la una, la pena que padecería allí; la otra, como su nombre se blasfemaría allí; cerca la primera, no podía sentir ni ver pena, y así me parecía y se me representaba serme más molesto oir blasfemar su nombre.» Este era el único tormento que padecía en esta vida; ésta la pena que contínuamente le atormentaba, ver á su Dios ofendido; por ello se exponía tantas veces á la muerte por evitar culpas; y por esto diera por bien empleados todos los trabajos y fatigas de su vida, porque una mujer una noche sóla dejase de ofender á Dios, aunque su caridad no se contentaba con menos que con evitar todos los pecados del mundo.

Para comprehender en pocas palabras lo que no se puede decir en muchas, basta la visión de la admirable virgen Santa María Magdalena de Pazzis, la cual se lee en el libro de sus revelaciones, que se guarda en Florencia en el convento de los Angeles, y es de esta manera: «El día veinte y seis de Diciembre, año de mil quinientos y cincuenta y nueve, en la fiesta de San Esteban, la bienaventurada virgen vió en un rapto que la divina Majestad se complacía y deleitaba tanto en el alma de San Juan Evangelista, que en cierta manera parecía no tener otros santos en el cielo. Vió también que de semejante modo se complacía en el alma de San Ignacio, Fundador de la Compañía de Jesús. Por lo cual hablando con voz sonora, decía: *El espíritu de Juan y de Ignacio es el mismo, porque todo es amar á Dios y traer á los hombres al amor de Dios.* Y entendió que por esto se complacía Dios tanto en estos dos santos, porque todo su fin y blanco era el amor de Dios y de el prójimo; y traer las criaturas á Dios por vía de caridad y amor.» Luego añadió: «No reina ahora en la tierra espíritu más feliz que el de Ignacio, porque sus hijos en la guía de las almas procuran principalmente enseñar cuán agradable es á Dios y cuán importante entregarse á los ejercicios interiores, porque este ejercicio interno hace fáciles las cosas dificultosas, y de la lumbre que recibe el alma nace el amor que convierte lo amargo en dulce.» Veía también que todas las veces que los hijos de Ignacio trataban de esta manera las almas, se renovaba la complacencia que Dios tenía en el alma de el bienaventurado Padre: ¿Qué más se puede decir de la caridad de Ignacio, y qué mayor exhortación para que los hijos no descaezcan de el espíritu de tal Padre?

CAPITULO V

De la admirable fé de San Ignacio

Conforme á la caridad de Ignacio era su fe grande y excelente, como la llama el Sumo Pontífice en la Bula de la Canonización. No podía dejar de ser excelente y grande la fé de el que Dios opuso á tan grandes mónstruos de la herejía, y escojió para fundar la Compañía de Jesús, que tiene por fin principal la defensión y dilatación de la fe. Por eso vino el primero de los cortesanos de el cielo á visitarle, San Pedro, sobre cuya fe está fundada la Iglesia, para comunicarle este dón divino, y que sobre la fe de Ignacio se fundase secundariamente el celo de dilatar la que profesa su Religión. Después de fundada la Compañía, se aparecieron los Príncipes de los apóstoles San Pedro y San Pablo al padre Andrés de Oviedo, y le mandaron, que fuese á Ignacio de su parte, y le dijese: Que Cristo se había complacido en él, y quería servirse de su trabajo para el bien universal de la Iglesia. Con esto no es maravilla, que trabajase tanto como trabajó por la Iglesia; ni que dijese al fin de su vida cuando estaba lleno de años y achaques: «Que si fuera menester para el bien de la Iglesia ir á pie desde Roma á España, se pusiera luego en camino. Con este báculo, decía, iré solo y á pie si fuese nece-

sario.» Don Juan el tercero de Portugal, deseaba ansiosamente ver á Ignacio Sumo Pontífice; pareciéndole que si tuviera las llaves de San Pedro, abriera las puertas más cerradas al Evangelio, y dilatara la fe por toda la redondez de la tierra.

Insigne fué el testimonio que dió de su fé en Manresa, cuando Dios le hizo revelación particular de todos los misterios de la religión cristiana; pero no son pequeños, ni para olvidar por nuestra enseñanza, las reglas que da en los Ejercicios espirituales, para tener y guardar el verdadero sentido de la Iglesia militante contra los herejes que entonces la afligían, previniendo también los que habían de nacer después; y si algunas parecieren escrupulosas á la libertad de los hombres mundanos, todas parecerán provechosas y importantes á la humildad de los verdaderos cristianos y católicos. Enseña que, depuesto todo juicio, tengamos el ánimo siempre aparejado para obedecer en todas las cosas á la verdadera esposa de Cristo, que es la Iglesia hierárquica. Que busquemos razones para defender cualquiera precepto suyo, y no para impugnarle. Que para acertar con todo, creamos que es negro lo que á nuestros ojos parece blanco, si lo determina la Iglesia; creyendo que en Cristo y su esposa hay el mismo espíritu que nos gobierna y rige para salud de nuestras almas. Exhorta á alabar los sacramentos, oraciones, cantos, religiones, votos, peregrinaciones, estaciones, indulgencias y finalmente todas las costumbres de la Santa Iglesia, particularizando hasta cosas muy menudas, mostrando que á la grandeza de su fé no parecía pequeño nada que tocase la religión. Quiere que se estime mucho la doctrina escolástica, como muy propia y necesaria para deshacer los errores de los herejes. Aconseja que de las mismas verdades teológicas se hable con tal prudencia, que no sean ocasión á los ignorantes de caer en algún error. Reprehende las comparaciones que se hacen entre los vivos y bienaventurados por el peligro de errar en ello. Finalmente dice, que nuestro sentir y hablar sea con grande sujeción, reverencia y humildad á la santa Iglesia, no adelantándonos en nada á su sentimiento.

¿Mas para qué buscamos otro argumento de su fé, que el deseo insaciable de dilatarla? Publicó la guerra contra herejía y superstición, como dice el *Breviario Romano*, y nunca quiso hacer ni que hiciese la Compañía paces ni treguas con los enemigos de la religión, por no repetir los herejes que en París reconcilió con la Iglesia, ni las persecuciones que padeció en Roma con sus compañeros por arrancar la cizaña que empezaba á sembrar entre el buen trigo aquel religioso piamontés. Para atajar semejantes daños en Italia, solicitó y consiguió que se instituyese en Roma el Tribunal de la Santa Inquisición, compuesto de seis cardenales, que ha sido el mejor preservativo contra las herejías. A la Inquisición de España tenía tanto respeto y veneración, que habiéndole pedido personas de mucha obligación, que alcanzase de el Papa absolución para ciertos moriscos que después de bautizados habían delinquido en la fé, nunca lo quiso hacer remitiéndolos al Inquisidor general de España. Por la unión de Inglaterra con su legítima cabeza, mandó hacer oraciones hasta en la India; escribió cartas muy apretadas al Cardenal Reginaldo Polo, su grande amigo, para que no perdonase trabajo por lograr empresa tan importante; ofreció lugar en el Colegio Germánico á los mancebos ingleses, que bien instruídos y armados contra los errores, amenazas y muertes, quisiesen volver á su patria; destinó algunos de sus hijos para los Estados de Flandes, de donde pudiesen pasar á Inglaterra; solicitó con el Rey Felipe Segundo, que enviase de España muchos predicadores y ministros evangélicos á aquel reino; y aunque no vió cumplidos sus deseos en la tierra, en parte se lograron en el cielo, en la restitución de aquel reino, enajenado segunda vez por sus culpas; y en tantos seminarios y armerías de la fe, donde á cargo de la Compañía se crían mancebos ingleses que vuelven á su patria á hacer guerra á la herejía; y en la sangre de muchos de estos mancebos y muchos más

de la Compañía, han derramado y cada día derraman por la defensa de la Iglesia, cuya muerte ha de dar vida á aquel reino, no cesando de interceder el Padre de tales hijos y no cesando de vencer predicando y muriendo los hijos de tal Padre. Al Emperador de Etiopía envió al V. Padre Andrés de Oviedo, con otros nueve compañeros, para que redujesen á la obediencia de la Iglesia romana el amplísimo Imperio de los abisinos, dividido de ella por espacio de mil y trescientos años; y escribió al mismo Emperador una carta, persuadiéndole con muchos textos de Escritura y Padres y razones eficaces, que obedeciese al sucesor de San Pedro, y con la bendición de el santo Padre dieron principio á la reducción los hijos, concurriendo Dios con milagros semejantes á los de la Iglesia primitiva.

De lo que hizo San Ignacio por conservar la fe en Alemania y desterrar las herejías de todo el Imperio, enviando á Fabro, Jayo, Bobadilla y otros, de todos los cuales se puede decir lo que dijo Ferdinando Primero, de Canisio, que montaba más de mil soldados, hemos dicho mucho y se pudiera decir mucho más, como de los hijos de Ignacio, que después han continuado la guerra con perpétuos triunfos, ganando la Religión todos los despojos. Añadiré solamente la carta que escribió á la Compañía, mandando ofrecer sacrificios y oraciones por las Provincias de Alemania; en que dice: «Como la ley de la caridad, con la cual debemos amar todo el cuerpo de la Iglesia en Cristo Jesús, pida, que á aquella parte principalmente se ponga remedio, que adolece de muy grave y peligrosa enfermedad, nos ha parecido, según la cortedad de nuestras fuerzas, que se ponga con especial afecto el trabajo y industria de nuestra Compañía para ayudar á Germania y á las regiones septentrionales, que con gravísima enfermedad de las herejías peligran; y aunque por otras vías procuramos esto con cuidado y con la aplicación de oraciones y misas, ha muchos años que muchos de nosotros han procurado acudir á la necesidad de aquellas regiones; con todo, para que este oficio de caridad sea más universal y más permanente, ordenamos á todos nuestros hermanos, así á aquellos que nos están inmediatamente subordinados, como á los demás Rectores y Prepósitos que tienen otros á su cargo, que así ellos como sus súbditos, todos los meses si fueren sacerdotes, ofrezcan á Dios el sacrificio de la Misa; y los que no lo son, hagan oración por la necesidad espiritual de Germanía, para que al fin el Señor se compadezca de ella, y de las demás Provincias inficionadas con su veneno, y se digne de reducirlas á la pureza de la fe y religión cristiana. Y es nuestra voluntad, que dure esto mientras lo pidiere la necesidad de las mismas regiones; no olvidando algunas de las otras Provincias, aunque estén en los fines de las Indias, las cuales deseamos que no sean excluídas de este oficio de caridad, donde quiera que estuviere la Compañía. Dada en Roma á veinte y cuatro de Julio de mil quinientos y cincuenta y tres.»

Por esto dicen los Comisarios apostólicos, que la vida y la Religión de San Ignacio fué escogida de Dios, para la defensa de Alemania. Y Ferdinando Segundo, Emperador de Alemania, exhortando en la muerte á sus hijos herederos y sucesores, á conservar la religión Católica en aquel Imperio, dice en su testamento: «Ante todas las cosas, con toda verdad y singular celo, les encomendamos la venerable Compañía de Jesús y sus Padres, porque con su doctrina y enseñanza de la juventud, y vida ejemplar en la cristiana y católica Iglesia, no solamente en las provincias de esta nuestra Austria inferior, sino en todos nuestros reinos y señoríos, y aun en todo el orbe cristiano, obran muy bien y utilmente, y en conservar y en dilatar la religión Católica trabajan con felicidad y extremo sobre todos. Pero al contrario, este ingrato y mal mundo los aborrece y persigue más que á todos, para que por esto tengan mayor necesidad, y merezcan más protección, auxilio y asistencia. Esto confiamos que guardarán sinceramente nuestros sobredichos herederos y sucesores, y ésta es sola nuestra última intención y voluntad.» Florimundo afirma, que debe Polonia á la Compañía el haber conservado la fé.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Urbano octavo, en un Breve que escribe al Rey de Bolonia, ponderando cuánto han defendido la fe los de la Compañía en aquel reino, dice: «En sus Colegios, que son tenidos por aulas de la sabiduría, se labran aquellas espadas de dos filos, con que son confundidas felizmente las legiones diabólicas.» Y en otra parte: «Los que crían la juventud con la leche de la piedad, y con las armas de la luz, ó desbaratan ó atemorizan la heregía.» Hablaba de experiencia este sabio Pontífice, por haber cursado nuestros estudios en otro tiempo. Los dos Reyes de Polonia, Sigismundo y Esteban, como los dos Emperadores de Alemania, Ferdinando primero y segundo, decían que no habían hallado medio más eficaz para desterrar la herejía de sus reinos y estados, que los Colegios de la Compañía, donde se enseña la juventud. En Francia, decía Teodoro Beza, que no veía otras pisadas de la Religión Cristiana y de la integridad de la vida, sino en los Jesuitas; pero este hereje, enseñado á mentir siempre, no acertó á decir verdad sin decir una mentira, afirmando, que veía sólo en los Jesuitas lo que veía en todas las religiones, y en tantos eclesiásticos y seculares.

Sentían mucho los herejes la guerra que les hacía Ignacio y sus hijos; y no pudiendo vencerlos como enemigos, procuraron ganarlos para su bando, juzgando que serían tan valerosos contra la fé como lo eran en su favor, no viendo, como ciegos, que vencía y triunfaba la Compañía por estar alistada debajo de el estandarte de la verdad, y que perdida la causa perdiera la victoria. Para este intento envió Melantón, de Alemania á Roma, un discípulo suyo calabrés llamado Miguel, astuto y sagaz, para que introduciéndose con disimulo entre los hijos de Ignacio los procurase pervertir. Pidió ser recibido en la Compañía, y después de examinado fué admitido en nuestra Casa; y para probarle le pusieron en la cocina, como se acostumbra, dándole por compañero á Oliverio Manareo. Nada parecía menos que lo que era; mostrábase humilde, obediente, modesto, y mentía todas las virtudes no teniendo ninguna.

Ya que le pareció tener á Manareo por muy familiar, le preguntó un día, con fingida sencillez, señalándole unas imágenes de santos que había en la cocina: «¿De qué sirven estas imágenes? ¿Es posible que no teméis cometer algo de idolatría cuando las hincáis la rodilla?» Dióle Manareo razón del uso de las imágenes, y él por disimular no replicó; solamente dijo: «Pues yo conocí teólogos en Alemania, que condenaban el uso de las imágenes.» De esta y otras preguntas semejantes conoció Manareo, que Miguel era lobo con piel de oveja, y andando con cuidado le notó veinte y cinco proposiciones heréticas. Dió cuenta á San Ignacio, y San Ignacio al Presidente de la Inquisición de Roma, que era el Cardenal Carrafa, después Sumo Pontífice. Luego echó á Miguel de casa con su vestido seglar, y apenas salió cuando le prendieron las alguaciles de la Inquisición y le metieron en la carcel, y habiéndole convencido de hereje luterano fué condenado á galeras perpétuas. Como no les salió bien esta trazà á los herejes, usaron otra no menos diabólica, que fué presentar á San Ignacio una suma grande de libros, diciendo los enviaba de limosna un devoto desde Venecia. Venían en dos cestas grandes, con tal arte, que encima se veían luego libros de autores católicos y debajo estaban los de Lutero y Melantón y otros semejantes doctores de la falsedad. No pudiendo desenvolverlos entonces, los pusieron en la librería de el modo que venían; pero dando curiosidad á Manareo de ver qué autores eran aquellos, los fué registrando todos y halló que la mayor parte eran de herejes; avisó á San Ignacio, y el Santo mandó hacer una hoguera y quemar todos los libros.

Viendo los enemigos de la verdad que los de la Compañía ganaban muchos de sus discípulos á la fe, y que ellos con todos sus ardides no podían traer ninguno de la Compañía á su secta, se morían de pena y rabia; y Melantón murió repitiendo estas palabras: «¡Ay! ¡ay! ¡que lo que echo de ver es que en breve tiempo han de llenar el mundo los Jesuitas;» pareciéndole á este infeliz hereje que no tendrían lugar sus errores donde los Jesuitas entrasen. Otro

hereje semejante, llamado Arnaldo, en una oración que hace contra la Compañía, se queja con gracia de la naturaleza porque no guardó en la propagación de la Compañía la providencia que tiene en la procreación de las fieras y animales ponzoñosos, los cuales produce en corto número para que la multitud no haga la tierra inhabitable; pues siendo fieras los Jesuitas produjo tantos. Mas los que temían los lobos deseaban los pastores; y particularmente el B. Pío Quinto, que dice en un Breve al Arzobispo de Colonia: «Tenemos tanta satisfacción del cuidado y diligencia con que la Compañía de Jesús se emplea en el aprovechamiento y salud de las almas, (vos también creemos que lo sabéis) que nos parece que el Señor con su inefable providencia la ha enviado é instituído en estos miserables y calamitosos tiempos de la Iglesia; porque así como los herejes, á guisa de vulpejas, procuran arruinar y destruir la viña de el Señor, así estos sus fieles obreros y diligentes ministros, con su contínuo trabajo, se esfuerzan á defenderla, cultivarla y dilatarla, arrancando las espinas de las herejías y la cizaña de los vicios y las malezas que en ella se crían, y plantando é ingiriendo todo lo que es fructuoso y puede aprovechar. De manera, que por haberse visto los grandes provechos que la Santa Iglesia ha recibido de esta Compañía, por la piedad, caridad y pureza de costumbres y santa vida de los que en ella viven, dentro de pocos años ha crecido tanto esta Religión, que apenas hay provincia alguna de cristianos donde no tenga algunos Colegios fundados, y pluguiese á nuestro Señor tuviese muchos más, especialmente en las ciudades que están tocadas ó inficionadas de herejías. Por estas razones debemos abrazar y amparar con paternal cuidado toda esta Compañía, como lo hacemos; y habemos querido encomendaros afectuosamente el Colegio que tiene en la ciudad de Colonia, porque en gran manera os habéis de alegrar de tener Colegio de la Compañía en esta ciudad, en el cual hallaréis muchas ayudas para ejercitar loablemente el oficio de pastor y la carga que habéis tomado sobre vuestros hombros, con grande

esperanza y expectación nuestra, de manera, que si no tuviésedes á mano tales ministros los habríades de buscar con gran cuidado, como lo han hecho otros muchos Prelados.»

A este honorífico testimonio de el B. Pío Quinto podemos juntar las calumnias de los herejes, que no pueden injuriar á la Compañía sin alabarla, según aquella célebre sentencia de San Jerónimo, que le dice á Helvidio, hereje: «Tus oprobios son mi gloria, pues con ellos entro en el número de los antiguos Padres, que fueron perseguidos de los herejes, y con la misma lengua que los deshonras dices mal de mí; tengo por singular merced, yo que soy el menor, que pase mi reputación por los dientes y colmillos de los perros, que son los herejes, por donde pasó la de los antiguos Padres.» Y San Agustín escribe: «No es pequeña ni poco gloriosa consolación para nosotros, si de los enemigos de la Iglesia somos calumniados con la misma Iglesia.» Lermeo, calvinista, dice: «Que los Jesuitas se han obligado con grandes promesas á defender al Romano Pontífice; pero que han vencido con los hechos las promesas, y pareciéndoles poco impugnar á los ministros de la religión reformada, han dementado en toda Francia y Alemania la edad sencilla de los niños, con el amor y reverencia de la Sede romana, en la cual arte son tan poderosos, que primero faltará la púrpura dos veces teñida, que la flor de la doctrina de el Papa con que imbuyen la juventud.» Miseno, también calvinista, llama á los Jesuitas atlantes de el Papa; Hasenmulero, maceros de el Obispo de Roma; Vitachero, médula de el Papismo; Eunio, evangelistas de el Pontífice, que hacen su causa con tanto cuidado y solicitud, que no pudieran hacer más por Cristo.

Universidad de Deusto Biblioteca

CAPITULO VI

De la milagrosa esperanza de San Ignacio

Esperaba Ignacio en Dios con una confianza semejante á la de Abrahan, de quien dice el apostol que creyó en la esperanza contra la esperanza; pues creía, como vimos, que aseguraba más su salvación cuando la arriesgaba por el Señor. Todo le parecía posible, porque no hay nada imposible para Dios, y no quería que se llamasen milagros las maravillas que son efectos de la providencia, teniéndolas por gajes ó deudas de la confianza, siendo la suya tanto más milagrosa cuanto eran menos milagros los milagros. De tal manera había puesto toda su confianza en el Criador, que por no partirla ni dividirla con ninguna criatura, ni tomaba dinero para sus viajes, ni hacía provisión en sus caminos, ni admitía compañero en sus peregrinaciones, ni aceptaba abogado en sus acusaciones, queriendo á Dios sólo por testigo de su inocencia, por viático de su pobreza, por compañero de su soledad, diciendo, que deseaba andar siempre acompañado de las tres virtudes: Fe, Esperanza y Caridad, y le parecía que toda la confianza que pusiese en los hombres quitaría de la confianza de Dios, y cuanto más esperase de las criaturas menos esperaría de el Criador.

No por eso dejaba de poner los medios convenientes para las empresas que intentaba de el divino servicio, porque no están enemistadas las virtudes ni se opone la prudencia á la esperanza; pero después de tomar todos los medios que le parecían conducir, esperaba de solo Dios el suceso, como si no hubiera puesto ninguno. Yendo un día en Roma á visitar al Embajador de España, no fué tan bien recibido como era razón, y entendiendo que era la causa no valerse tanto la Compañía de su autoridad en los negocios, como de otros, le dijo á Ribadeneyra: «Yo quiero hablar claro á este señor y decirle que há más de treinta años que Dios nuestro Señor me ha enseñado que en las

cosas de su servicio tome todos los medios honestos y posibles; pero de tal manera, que no estribe mi confianza en los medios que tomare, sino en el Señor, por quien se toman; y que si su señoría quiere hacernos merced y ser uno de estos medios para el divino servicio, lo aceptaremos con muy entera voluntad; pero ha de entender, que ni en él ni en otra criatura estribará nuestra esperanza, sino en sólo Dios.»

Aferrado Ignacio con esta fuerte áncora, no temía las olas ni los vientos contrarios, y despreciaba las borrascas y los escollos, no haciendo caso de las contradicciones de los hombres ni de los demonios, ni pudiendo todo el mundo y el infierno impedir ni retardar un paso los intentos de la gloria divina. Este espíritu, padre de grandes acciones, deseaba en todos sus hijos, como escribe San Francisco Javier á los Hermanos de la Compañía, por estas palabras: «Frecuentemente me acuerdo de lo que oí muchas veces á nuestro bienaventurado Padre Ignacio, que todos los de nuestra Compañía han de procurar con todas sus fuerzas vencerse á sí mismos y á todos los temores que les pueden impedir el poner toda su confianza en sólo Dios; porque aunque Dios da la esperanza y confianza á los hombres según su voluntad, ordinariamente la concede á los que se procuran vencer de el todo á sí mismos.» Correspondía el Señor á la confianza de su siervo dándole seguridad en los peligros, socorro en las necesidades, honra en las deshonras y todas las cosas en la falta de todas; de manera, que si decimos lo que un historiador, que toda la vida de Ignacio fué una cadena eslabonada de injurias, persecuciones, afrentas, trabajos y peligros, hemos de añadir, que en esta cadena, como si fuera compuesta de dos preciosos metales, se enlazaron las providencias con los riesgos, las asistencias con los desamparos, los consuelos con las fatigas y los socorros del cielo con las tribulaciones de la tierra, como hemos visto tantas veces en el discurso de su vida; verificándose bien en él la sentencia de el Eclesiástico: «que ninguno esperó en el Señor y quedó confuso.»

Universidad de Deusto
Biblioteca

Con tantas experiencias, nunca por verse pobre y con necesidad dejó de recibir á ninguno que fuese á propósito para la Compañía y pareciese venir llamado de Dios á ella, diciendo, que quien los traía los sustentaría; y repetía muchas veces con el profeta David: «Sirvamos nosotros á Dios y no nos faltará nada; pongamos en él nuestras esperanzas que él nos sustentará. Esperemos en Dios, haciendo lo que debemos, y seremos en sus riquezas apacentados.» Muerto el Padre Codacio, que sustentaba en Roma la Casa Profesa con sus limosnas, por ser hombre de grande autoridad; se padecía mucha necesidad y se temía mayor por ser el año apretado y estar los Cardenales, que nos solían socorrer, en cónclave por la muerte de Paulo Tercero. Con todo eso recibió el Santo en pocos días muchos en la Compañía; y admirándose de esto algunas prudentes de el siglo, se admiraron mucho más después, viendo como Dios, contra toda humana esperanza, le proveía de todo lo necesario. También dió principio al Colegio Romano sin renta, teniendo muchas deudas y empeños, lo cual reparando un hijo suyo, le preguntó, cómo podía ser conforme á prudencia emprender obras nuevas y recibir tantos en la Compañía, cuando no había para sustentar los que estaban en ella. «Sí, dijo el Santo, es menester navegar contra el viento y la tempestad; y tanto más debemos fiar de Dios, cuanto más desesperadas vemos todas las cosas humanas.» Y sucedió así, que al paso que crecía en casa la necesidad, crecían los socorros que enviaba Dios. Por eso, preguntándole Bobadilla ¿con qué rentas sustentaba tanta gente en Roma? le contó las limosnas que le habían dado y las que esperaba. «Todas estas limosnas, dijo Bobadilla, no bastan para la mitad de el gasto.» «¿Pues qué, replicó el Santo, no tengo yo de fiar algo de Dios? ¿No sabéis cuán grande tesoro es la confianza en Dios? Donde está la confianza todo sobra; en las manos de Dios hallo lo que no hallo en las de los hombres; y si ellos no me dieren nada, me lo dará Dios todo.»

Teniendo ya el Colegio Romano treinta y dos sujetos,

y muchas deudas, sin verse medio humano con que pagarlas, fué San Ignacio á visitarle; entró en una sala grande llena de camas, y viendo que estaba á teja vana, le dijo á Polanco, que era el procurador: «¿Qué es esto Polanco? ¿Queréis que estén nuestros hermanos el invierno, que está cerca, sin defensa contra los fríos? Dios quiere que sus siervos vivan pobremente; pero con tanta miseria, ¿cómo queréis que pasen?» respondió Polanco: «El carnicero no nos quiere dar carne, ni el panadero pán, por no haber dinero: mirad, Padre, cómo estaremos para obras.» Replicó el Santo: «¿Dónde está tu fe y confianza? ¿Fáltanle á Dios dineros para socorrer á sus siervos? si ellos son pobres, él es rico.» Y luego mandó que se fabricase un techo de madera, y se hiciese provisión de trigo y demás cosas necesarias; y que se comprasen libros y dispusiesen aposentos con camas, mesas, sillas, y todo lo que era menester para cien sujetos. Y volviéndose á Manareo que era el Rector, le mandó comprar una casa y viña en lugar acomodado, donde fuesen los estudiantes á divertirse algunas veces para interrumpir la tarea de los estudios y conservar mejor la salud. Tenía Polanco para tantos gastos cinco monedillas de oro, que no habían podido pasar por estar faltas de peso; pero como sabían por experiencia que el Santo no mandaba nada temerariamente, ejecutaron el Rector y Procurador lo que les mandaba; y Dios concurrió á la confianza de su siervo, enviando limosnas con que pagar todos los gastos. Al mismo tiempo estaba el Colegio Germánico con muchas necesidades y empeños: fué el Rector á contarle lástimas á San Ignacio y pedirle remedio para sustentar los seminaristas, que eran veinte y cinco. Oyóle el Santo, y sonriéndose le preguntó: «¿No tendrán algún extraordirio el día de Navidad (que estaba cerca) los mancebos alemanes?» «Ni pán tendrán, respondió el Rector, porque no lo quiere dar el panadero.» «Con todo eso, dijo el Santo, comprad unos cabritos y algún regalillo para recreación de aquellos buenos mancebos, que Dios lo dará.» Hízolo el Rector, y el día siguiente envió, sin pedirle nada, el Sumo

Pontífice Julio Tercero á San Ignacio una limosna de quinientos ducados que repartió entre el Colegio germánico y romano.

Creció la necesidad en Roma el año de mil quinientos y cincuenta y cinco; por ocasión de la guerra había gran falta de mantenimientos; los ricos no podían sustentar la familia que antes, y hasta los Cardenales despedían algunos criados, y San Ignacio sustentaba en Roma más de ciento y sesenta de la Compañía, fuera de los mancebos de el Colegio Germánico. Rogáronle los que cuidaban de el Colegio Romano, donde había ciento que repartiese algunos por los Colegios de Italia, porque en Roma era imposible sustentarlos; pero él no dió oídos á la propuesta; antes hizo llamar á Antonio Labacho, excelente arquitecto, y se puso muy de propósito á tratar con él de comprar dos sitios; uno, para el Colegio Romano; otro para el Germánico, y de labrarlos y hacer la traza de la obra, y la cuenta de cuanto costaría. No le engañó su esperanza, porque sustentó á todos cuantos tenía en Roma con abundancia. Díjóle un día el Padre Luis González: «Cierto que parece milagro, que se puedan sustentar en este tiempo tantos de la Compañía en Roma.» Pero el Santo, mirándole con rostro severo, le respondió: «¿Qué milagro? Milagro sería si así no sucediese; porque no es milagro que Dios provea de lo necesario á los que confían en él. El milagro fuera, que Dios desamparara á los que en él esperan. Nosotros siempre habemos experimentado, después que la Compañía está en Roma, que cuanto más gente hay en casa y mayor carestía en la ciudad, nuestro Señor nos provee como piadoso Padre, con mayor abundancia; y como recibí ciento en el Colegio, recibiera mil, si fuera necesario; porque á Dios que los ha de sustentar, tan facil es sustentar mil, como ciento.» Conforme á esto escribió de Roma á Pedro Contarini, su grande amigo y bienhechor: «Nosotros hasta ahora por la bondad del Señor, lo pasamos felizmente, y cada día conocemos más por experiencia la verdad de aquella sentencia: *Nihil habentes, et omnia possidentes*. Digo

aquel *omnia*, que Cristo nuestro Señor prometió á los que buscan ante todas cosas el reino de Dios; porque si al que busca en primer lugar el reino de Dios, todas las cosas se dan por añadidura ¿cómo podrá jamás faltar nada á quien no busca ni pretende otra cosa que el reino de Dios? á quien no tiene su bendición de *rore cœli et pinguedine terræ*, sino toda y sola de *rore cœli*, á quien no tiene dividido el corazón entre las cosas terrenas y celestiales, sino que ambos ojos pone y fija en el cielo».

Esta contínua y maravillosa providencia hacía el Señor más reparable con algunos sucesos muy singulares de la Casa Profesa de Roma, donde el Santo vivía. Tocando un día á comer sin haber bocado de pán, en el mismo punto envió el Señor todo el que era menester para el número de sujetos. Habiéndose acabado otra vez todo el pán y vino, saliendo el portero á recibir una carga de leña que enviaba una señora, de limosna, se dejó la puerta abierta al entrar á guardar la leña y al volver á cerrar halló que le habían puesto un costal de trigo y un pellejo de vino, sin saberse jamás si lo había traído allí algún hombre ó angel. Viniendo una tarde á boca de noche de San Juan de Letrán nuestro comprador, que se llamaba Juan de la Cruz, hombre devoto y sencillo, llegando al anfiteatro que llaman el Coliseo, le salió al encuentro un hombre que sin hablarle palabra, le puso en la mano cien coronas de oro, y luego desapareció de sus ojos. Yendo el mismo Juan de la Cruz á comprar una mañana lo necesario, se llegó un hombre á él y le puso una bolsa de dineros en la mano. No le conoció por no ser aún bien de día, y como era sencillo, temió no fuese algún demonio el que le había dado el dinero, y entróse en Santa María de la Minerva, que estaba cerca, á hacer oración pidiendo á Dios no permitiese que él fuese engañado de el enemigo; y que si aquella era tentación, le librase de ella. Apenas se atrevía á sacar el dinero, esperando cuándo se volvía carbón, ó salía humo de la bolsa: llevólo á casa, y hallaron que eran monedas de oro muy bueno, y con ellas se pagaron algunas deudas. Por el mismo tiempo en que se

padecía harta necesidad, buscando Polanco ciertos papeles en una arca, que estaba sin cerradura y en lugar público halló dentro una cantidad de coronas de oro, tan nuevas y relucientes, como si se acabaran de labrar. Otras veces sucedía estando la casa en aprieto, venir personas que no sabían la necesidad, á traer dineros ó á ofrecerlos. El año de mil quinientos y cincuenta y cinco, queriendo el Padre Juan de Polanco proveer el Colegio Romano de lo necesario, y pagar á los oficiales que andaban en una obra que se hacía; no teniendo dineros, ni hallándolos prestados, ni de otra manera, se fué á San Ignacio y le contó lo que pasaba. Encerróse el Santo en su aposento á hacer oración, y acabada le dijo á los Padres Diego Laínez y Cristóbal de Madrid el aprieto en que estaban las cosas, y lo que había dicho Polanco, mas que él lo había encomendado á Dios, y no dudaba que lo proveería, como Padre benignísimo. Y volviéndose á Polanco, le dijo: «Proveedme vos el Colegio estos seis meses, y tenedme cuidado de él, que después yo le proveeré y os descargaré de este trabajo. Fué cosa rara que siendo ya cerca de la noche, en aquella misma tarde, de dos partes bien diferentes enviaron dos personas dineros con que se socorrió la necesidad presente. Y al cumplirse los seis meses, enviaron á Roma al Santo una buena cantidad de dinero, con que se pagaron algunas deudas que había, y se pusieron las cosas del Colegio, mejor que nunca habían estado. No hablo de semejantes providencias que Dios obraba fuera de Roma en otras Casas y Colegios de la Compañía, por los méritos del Santo Padre.

Por esto decía Polanco, que para hacer cualquiera obra, por costosa que fuese, nunca había de mirar si tenía dineros ó no, sino solamente si lo mandaba el Santo Padre; porque su confianza era un tesoro inagotable, y en ella tenía aseguradas todas las riquezas de Dios. El Santo también probada muchas veces la confianza de Polanco á cuanto se extendía y no quería en que ella tuviese límite, ni que le tasase á Dios lo que había de hacer con sus siervos. De la

misma manera probaba á otros hijos suyos, deseando que todos estuviesen colgados de sólo Dios. Y para perpétuo ejercicio de esta virtud en la Compañía, no quiso que las Casas Profesas tuviesen ninguna renta, ni aún para la sacristía; «sino que ponga, dice, toda su confianza en Dios á quien con su gracia sirve, esperando que sin rentas la proveerá de todas las cosas convenientes á su mayor alabanza y gloria.» En la oración hallaremos nuevos argumentos de su confianza, viendo como nunca se hizo Dios sordo á sus voces, ni despreció los deseos de su corazón.

CAPITULO VII

De la oración y trato familiar con Dios de San Ignacio

Como no sabe el verdadero amante estar sin el amado, ni aún fuera de él, no sabía Ignacio estar sino con Dios y dentro de Dios. Así podemos decir que siempre estaba en oración, porque nunca perdía á Dios de vista, trayéndole presente en todas sus acciones, palabras y pensamientos, haciendo de todas un holocausto que, abrasado en llamas de amor, ofrecía á la Magestad Suprema que contemplaba. Y si le tasamos las horas en que trataba con Dios en el retiro, más es por nuestro ejemplo que por su alabanza, pues él tenía hecho un retiro en su corazón, de donde nunca salía, aún cuando conversaba con los hombres; ó por mejor decir, se retiraba dentro de Dios, que era su templo y su altar, como el objeto de sus adoraciones en espíritu y verdad. Con todo eso, por gozar de la presencia real de Cristo, tenía frecuentemente su oración delante de el Santísimo Sacramento, y hizo abrir en su aposento una ventana que caía á la Iglesia hacia el altar mayor, mirando continuamente por ella aquel tesoro donde tenía su corazón, enseñando á sus hijos con el ejemplo lo que les aconsejaba: Que visitasen muchas veces el Santísimo Sacramento, por ser la prenda y el alimento de el divino amor.

Desde el principio de su conversión fué muy dado á la

oración mental y vocal; y de esta ciencia divina apenas fué discípulo, porque á pocos meses le hizo Dios maestro, enseñándole diversos modos de orar, que primero ejercitó, y después enseñó en el libro de los Ejercicios Espirituales. Vimos como en Manresa gastaba en oración á lo menos siete horas de rodillas, fuera de los oficios divinos á que asistía. Y que en el discurso de los estudios aunque quitaba algún tiempo de la oración para darle al aprovechamiento de los prójimos, siempre empleaba en ella muchas horas; fuera de reservar algunos días para darlos enteramente á Dios, retirándose á algún lugar apartado de toda comunicación, en París, á la cueva de el Monte de los Mártires y á la Iglesia de nuestra Señora de Campos, y en Venecia, á la soledad por cuarenta días, y de la misma manera en todas partes. Después de General de la Compañía, daba á la contemplación todo el tiempo que permitía su obligación y su celo; y la noche dividía en tres partes; una daba al gobierno, otra al descanso que interrumpía con oraciones breves y fáciles, por poder decir: yo duermo y mi corazón vela; y para esto ponía siempre el rosario de nuestra Señora á la cabecera; y la tercera, á la contemplación que empezaba de esta manera. Poníase en pie, considerando presente la majestad de el Señor con quien iba á hablar; luego le adoraba con una profunda reverencia de todo el cuerpo y mucho más de el espíritu, considerándose polvo y ceniza, indigno de hablar con el Señor de la Majestad. Después se hincaba de rodillas; y cuando por su vejez y achaques no podía, se sentaba en un banquillo bajo, pidiendo licencia primero á Dios para estar sentado en su presencia, no por grande, sino pór pequeño y flaco. Empezaba luego la oración, y apenas ponía en Dios el pensamiento cuando empezaban á correr las lágrimas de sus ojos, á encéndersele el rostro y hermosearse como si fuera de un bienaventurado. El Padre Luis González que entraba muchas veces en su aposento mientras oraba, para negocios ocurrentes, dice estas palabras: «Acuérdome, que todas las veces que iba á su aposento á tratar algún negocio, le encontraba con el rostro tan resplandeciente, que atónito y espantado con su vista, me olvidaba de lo que iba á tratar, y de mi mismo. No era su hermosura como la que he notado algunas veces en otros santos varones mientras oraban, sino una cosa rara y extraordinaria, y verdaderamente divina.» El Padre Laynez comparaba á San Ignacio con Moisés, por aquel estrecho trato y comunicación que tenía con Dios; y podía añadir, por los resplandores que comunicaba á su rostro la comunicación de el Señor. Ningún ruído por grande que fuese, le estorbaba la quietud de su oración, si él no había dado causa para ello; mas si la había podido excusar, le embarazaba la falta que le parecía haber cometido en no quitar el impedimento; aunque luego con pedir perdón al Señor, volvía al sosiego de su oración.

Mas cual era esta oración, ¿quién lo dirá, si él mismo no nos lo dice? A los cuatro meses, después de su conversión, le comunicó Dios el dón de contemplación, que suele conceder á otros santos después que han estado muchos años en su servicio. Y preguntado de el Padre Laynez, acerca de su modo de oración, le respondió, que en las cosas de nuestro Señor se había más *passivè* que *activè*, que son los términos de que usan los místicos, poniendo este por el supremo grado de contemplación; y San Dionisio Areopagita dice de su maestro Heroteo, llamado divino por su trato con Dios, que *erat patiens divina*. Por eso, como dije, no había menester retirarse para hablar con Dios; en todas partes le hallaba, ó en ninguna le perdía; á todas horas encontraba abiertas las puertas de el cielo. De cualquiera cosa que veía hacía escalón para subir á abrazarse con Dios; de una flor, de una planta, de una yerbecita, de una hoja y de un gusanillo, se levantaba sobre los cielos, y sobre todas las criaturas, y se sumía en aquel abismo de perfecciones de el Criador, sacando de todo motivos para conocer y alabar á Dios, y también avisos y desengaños para la vida espiritual; y deseaba mucho que los de la Compañía se acostumbrasen á traer al Señor presente en todas las

Universidad de Deusto Biblioteca

cosas, y levantar el corazón á Dios de cualquiera cosa que veían ó oían, por ser este modo de orar muy apropósito para los que están ocupados en cosas exteriores de el servicio divino, y no pueden entregarse mucho á la oración retirada. Para esto enseña el Santo un modo facil en los Ejercicios, aconsejando que miremos como habita Dios en todas las criaturas; en los elementos, dándoles sér; en las plantas, comunicándoles la vida vejetativa; en los animales, la vida sensitiva; en los hombres, la vida intelectiva; produciendo y dando sér y vida á todas las demás criaturas por amor de mí, con que tendré presente á Dios en todas las cosas y en todas le amaré. Otro modo de subir á Dios enseña allí también, y es, considerar como todos los bienes y dones descienden de Dios, como de el sol los rayos y de la fuente las aguas; la potencia finita de la infinita potencia de Dios, y así la justicia, bondad, piedad y misericordia de la justicia, bondad y misericordia de Dios, etc. De esta manera, cuanto vemos, oímos y tocamos, nos ayudará á levantar el corazón, y esto es orar en todo lugar y tiempo, como aconseja San Pablo, y tener la conversación en los cielos, como decía de sí el Apostol. Efecto de la contínua presencia de Dios de San Ignacio, era mirar frecuentemente al cielo, como á casa y palacio de su Señor, y era esto tan reparado en Roma, que los que no le sabían el nombre, daban las señas de él, diciendo: «Aquel Padre que mira continuamente al cielo y habla siempre de Dios;» especialmente cuando había de tener oración retirada, se iba muchas veces á una azotea, y descubierta la cabeza, se sentaba en un banquillo, y fijando los ojos en el cielo, empezaba á llorar, y decía: «*O quam sordet terra, cum cælum aspicio!* ¡Oh cuán mal me parece la tierra, cuando miro al cielo!»

El Padre Luis González en su diario dice, que era muy singular la facilidad que tenía de unirse con Dios por oración, y cualquiera cosa que hacía en servicio suyo, era con tal recogimiento y promptitud, que parecía, no sólo imaginar á Dios presente, sino verle con los ojos, y esto se veía

claramente hasta en el bendecir la mesa. De sólo oir el nombre de Dios ó de Jesús, se emprendía en su pecho un fuego, que no cabiendo dentro, inflamaba el rostro y todo el cuerpo, de manera, que se extremecían los que le miraban, todo encendido como una ascua. ¿Qué sería en el Oficio divino y en la Misa? Cuando empezaba á rezar, empezaba á llorar, y eran tantos los consuelos y sentimientos divinos que Dios le comunicaba, que en cada verso le era forzoso detenerse mucho, y no acertaba á salir de el rezo, gastando en él mucha parte de el día. Estuvo á pique de cegar con gran dolor de ojos, por las lágrimas que derramaba, y su cuerpo se consumía por los frecuentes éxtasis que padecía, por lo cual alcanzaron sus compañeros, de Paulo Tercero, que le conmutase el Oficio divino en algunas oraciones; pero en el rezo de ellas incurría el mismo peligro de cegar; y mucho más en la Misa, que decía con admirable devoción, sin cesar de llorar en toda ella; tanto, que celebrando un día en San Juan de Letrán, en el altar de los santos Apóstoles, uno de los circunstantes de aquellos que no pueden juzgar de las cosas divinas, más que el ciego de los colores, se llegó al Padre Francisco Estrada, que era su ayudante, y le dijo al oído: «Sin duda alguna este vuestro sacerdote es ó ha sido gran pecador, y cometido gravísimos delitos, porque desde el principio de la Misa hasta el fin, no ha dejado de llorar.» Viendo que el Santo iba perdiendo la vista de los ojos, por las contínuas lágrimas, le rogaron sus hijos y aconsejaron los médicos que no llorase; y el Santo, mirándolo como obediencia, pidió al Señor, que le diese dominio sobre sus lágrimas, y alcanzóle tan perfecto, que cuando quería lloraba y cuando no quería no lloraba; y esto sin menoscabo de las visitaciones divinas; antes confesaba después, que sentía más consuelo y dulzura dejando de llorar por obedecer á los médicos, que solía tener antes llorando.

No incurría sólo peligro de perder la vista por las lágrimas, mas también la vida, por el fuego que al celebrar abrasaba su corazón que daba saltos, no cabiendo en el

pecho, erizándosele los cabellos y volviéndose todo el cuerpo colorado como una grana; y de tal manera le consumía las fuerzas, que después de la Misa le hallaban muchas veces exhausto y desfallecido, sin poderse mover ni dar un paso, y era necesario llevarle en brazos á su aposento. El año de mil quinientos y cincuenta llegó á punto de muerte, por haber dicho el día de Navidad dos Misas continuadas. Otras veces enfermó de la misma manera, por haber dicho Misa, y así no la podía decir todos los días, sino al tercer día, y esto aun estando sano y fuerte; pero el día que no decía Misa, comulgaba, por no privarse de el pán de los escogidos.

Habíale enseñado el Señor lo que dejó escrito: que quien ha de celebrar ha de ser como un angel; y así, fuera de su vida angélica, que era la mejor preparación para tan divino ministerio, se empezaba á preparar desde la tarde antes, leyendo por el misal toda la Misa que le servía de materia de contemplación, con tanta dulzura y suavidad por los sentimientos divinos, que no podía hablar ni respirar. No iba al altar el día siguiente sin haber gastado algunas horas en la consideración de la Majestad que había de recibir; con esto, no es maravilla que fuese para él aquella hora de riquezas y de gloria. Aunque manda á sus hijos que gasten media hora en la Misa, mirando á la devoción de los seglares, que no suelen tener paciencia ó constancia para Misas largas, él gastaba siempre una hora entera y muchas veces más; lo cual no era elección en el que observaba perfectamente las reglas que dejó á sus hijos, aunque fuese á costa de su devoción, sino necesidad; porque era forzado á pararse frecuentemente, faltándole unas veces el habla para pronunciar las palabras, otras el sentido, enajenado por la fuerza del amor ó arrebato de las visitas celestiales. Cuando los ángeles, como sucedía muchas veces, se ponían sobre el altar y entonaban celestiales canciones, no podía ser breve la Misa. No digo la exacción con que pronunciaba las palabras y observaba las ceremonias, de que quiso escribir un libro, juzgando que nada debía parecer pequeño en un sacrificio tan grande. Acabada la Misa, perseveraba dos horas dando gracias, y solía decir: «Que aquel era tiempo precioso todo de Dios, y que debía emplearse todo en su amor.» Por eso no era lícito á ninguno llegarle entonces á hablar, si el negocio no era tan preciso que no sufría dilación.

Si quisiera decir los regalos y favores que Dios le hizo en la Misa y en la oración; repitiera los éxtasis, raptos, elevaciones, inteligencias, consuelos, resplandores, encendimientos, visiones de los ángeles y santos, de María, de Cristo y de la Santísima Trinidad, que quedan referidos en sus lugares; y con todo eso dijera muy poco respecto de las gracias que recibió de el Señor este su fiel siervo. De los papeles en que apuntaba para su memoria y perpétuo agradecimiento los favores que recibía de el Señor, y que condenó al fuego, no por otro delito que por sabedores de sus secretos, y poder algún día ser testigos de sus alabanzas, nos quedaron, por divina providencia, los apuntamientos de cuatro meses, pequeña parte de treinta y cinco años de vida perfecta, y están tan llenos de sentimientos y revelaciones de la Esencia divina, de la Trinidad de las Personas y de cada Persona en particular, de como el Padre engendra al Hijo, y como el Espíritu Santo procede de el Padre y el Hijo, de la humanidad de Cristo, de María Santísima y de otros misterios celestiales, que pudiendo en otro llenar la curiosidad, en Ignacio la excitan y hacen más sensible la pérdida con la ganancia. Muchas veces repite que no se puede escribir ni declarar con palabras lo que Dios le daba á entender; y las que trae para explicarse, no las pueden muchas veces entender, sino es los muy espirituales; y por eso no traslado aquí los papeles que he leído y tenido en mi poder. Hablando de las inteligencias que Dios le daba de el misterio de la Santísima Trinidad, dice una vez, que aunque toda su vida estudiase, no supiera tanto; otra, que entendió tanto de la Trinidad, que casi le parecía no haber más que saber; otra que vió el mismo

Sér divino y la misma divina Esencia. Por esto y las revelaciones de Manresa, escribieron todos los obispos de un Concilio de Cataluña al Papa Clemente octavo, entre grandes alabanzas de San Ignacio: «Muchas veces estando fuera de sí, y levantado sobre sí, vió como en un espejo el inefable misterio de la Santísima Trinidad, Trino en Personas y uno en la Esencia.» Añado lo que se lee en su memorial, que las inteligencias de la Santísima Trinidad, que empezaban en la oración ó en la Misa, solían durar ó renovarse después que salía por las calles, con ocasión de ver algunas cosas en número ternario. Las visitas de Cristo eran tantas, que habiendo contado en un solo día cuatro ó cinco apariciones en diversas partes, con muchas lágrimas y mociones interiores, añade, que le vió en otros muchos lugares. Y dice, que era tanto el amor que se encendía en su pecho de ver á Jesús, que le parecía no poder jamás haber cosa que le apartase de Jesús.

Mirando las faltas que le parecía tener en el servicio de Dios, pedía á su Majestad instantemente, que en castigo de ellas le quitase alguna vez los consuelos y regalos que le hacía, para que con esta sofrenada anduviese más cauto y cuidadoso en su servicio; y decía, que era tanta la misericordia de el Señor y la suavidad y dulzura de su gracia para con él, que cuanto más faltaba y más deseaba ser castigado por ello, tanto el Señor era más benigno y con mayor abundancia derramaba sobre él las tesoros de su liberalidad.

CAPITULO VIII

De el amor que tuvo San Ignacio á María Santísima y correspondencia de esta Señora

Después de el amor de Dios, el primer amor debe ser el de la madre de Dios; y este fué tal en Ignacio, que no sé por donde empiece ni por donde acabe, y quisiera más callar que decir poco. Llamaba á María, puerta de la gracia, conforme á lo que ella misma dice en los Proverbios:

que hallará la vida y salud de el Señor quien llegare á sus puertas. Y verdaderamente fué María puerta grande y espaciosa para Ignacio, por donde él entró á recibir todas las gracias de el Señor, y por donde entraron á él todas las gracias que recibió abundantemente desde el principio hasta el fin de su vida. El Concilio de Cataluña, que citamos antes, afirma que María fué como madre de Ignacio, que le concibió en su Templo de Montserrate, y le comunicó todas las virtudes de que estuvo adornado. Pero antes comenzó esta Señora á favorecerle como madre y á servirla él como hijo, con una amorosa correspondencia ó competencia amorosa, sirviendo Ignacio y favoreciendo María, creciendo los obsequios á vista de los favores, y adelantándose los favores para vencer á los obsequios; contribuyendo todo á encender más el fuego de amor de Ignacio para con María. Apuntaré sólo algunos servicios y mercedes, bastantes para inflamar nuestro corazón, aunque esté muy helado con aquella poderosísima y piadosísima Reina, que hace bienaventurados á sus devotos, dándolos en su devoción un carácter de su predestinación. Y aunque algunos de estos ejemplos están dichos en sus lugares; siempre se repite con provecho cuando se habla de aquella, cuyo nombre no puede pronunciarse sin dulzura, ni renovarse la memoria sin utilidad.

No sabía hacer, ni decir, ni pensar, sino es por María, y con María y para honra de María; á ella acudía en todas sus necesidades; con ella esperaba vencer los mayores imposibles; por ella daba principio á todas sus empresas; ni lo grande, ni lo pequeño sabía empezar, ni proseguir, ni acabar si no es en María. La primera vez que se ofreció á Jesús por soldado, fué por medio de su Madre. La primera visita que hizo en saliendo de su casa, fué á la iglesia de Nuestra Señora de Aranzuzu; y de el dinero que cobró en Navarrete, lo que sobró después de pagar sus deudas, dió para adornar una imagen de la Virgen, que vió con poca decencia. Su primera peregrinación, al dejar su patria y parientes, fué al templo de Nuestra Señora de Mont-

serrate, y para ser mejor recibido, hizo antes á la Virgen de las vírgenes voto de perpétua castidad; y no olvidado aún de los bríos de soldado, quiso defender con la espada su pureza virginal, de el moro que ponía mancha al mismo sol. Dando todos sus vestidos á un pobre, reservó la espada y daga para ofrecerla á María, porque las armas son de el vencedor, y era ésta bellona de nuestras batallas, la que había triunfado de su voluntad. Escojió la víspera de la Anunciación de nuestra Señora, para velar las armas de su nueva milicia; porque María le armase de caballero, vistiéndole de la fortaleza de Dios la misma noche que vistió á Dios de la humana carne. En Manresa era su ordinario asilo la ermita de Nuestra Señora de Villadordis, como en París la iglesia de Nuestra Señora de Campis y en todas partes los templos de María eran las casas de su oración. En la misma Universidad de París, para echar los primeros cimientos de su Religión, escogió la iglesia de Nuestra Señora de los Mártires y el día de su gloriosa Asunción; tomando desde entonces á la soberana Reina de los ángeles por singular Patrona de su Compañía, renovándole y festejándole todos los años, como día de el nacimiento de su Religión, y por eso le llamaba Bobadilla, la fiesta de la Compañía de Jesús. Para decir su primera Misa buscó una iglesia de Nuestra Señora, y los diez y ocho meses que se preparó para decirla, fué pidiendo siempre á la Madre, que le introdujese con el Hijo, y le hiciese digno ministro suyo. Las primeras profesiones que hicieron él y sus compañeros, fueron en el altar de la Virgen, añadiendo en la fórmula que nos dejó: *Hago voto delante de la sacratísima Virgen María.* Para la primera Casa profesa que fundó en Roma, deseó y alcanzó una iglesia de Nuestra Señora de la Estrada. En despertando, lo primero que hacía era rezar muy despacio y con mucha atención el rosario de la Virgen; y por interrumpir el sueño con la dulce memoria de su Señora, dejaba siempre el rosario á la cabecera, para continuar y mejorar el descanso, siempre que dispertaba en las alabanzas de María. Esta devoción de el rosario y

de las Horas, encargaba mucho por los grandes provechos que había experimentado en su alma con estas devociones. En París hizo voto de defender la Inmaculada Concepción de María, como se lee en Roma en un libro escrito de su mano. El ayuno de el sábado guardaba en reverencia de la Virgen. En todos procuraba entrañar el amor de esta madre de misericordia; y ponderaba mucho cuánto la disgustaba el pecado mortal, para que huyesen de él los que se llaman sus devotos.

Todas las gracias quería que le viniesen de Dios por las manos de María, porque sus manos hacen las gracias más sabrosas. En sus apuntamientos escribe que tomaba á la Madre por intercesora con el Padre y con el Hijo, y que el Padre mostraba querer ser rogado de la Virgen, y la Virgen se le mostraba propicia. En los Ejercicios espirituales pone muchas veces coloquio á nuestra Señora para pedir por ella la gracia que se desea, particularmente en el tercer Ejercicio de la primera semana, que es de los pecados, poniendo tres coloquios, uno al Padre, otro al Hijo y otro á la Virgen; empieza por ella, como por puerta de la gracia, y así dice: «El primer coloquió á nuestra Señora, para que me alcance gracia de su Hijo y Señor para tres cosas: La primera, para que sienta interno conocimiento de mis pecados y aborrecimiento de ellos. La segunda, para que sienta el desórden de mis operaciones, para que aborreciendo, me enmiende y me ordene. La tercera, pedir conocimiento de el mundo, para que aborreciéndole, aparte de mí las cosas mundanas y vanas, y con esto una Ave María.» Luego pone coloquio al Hijo para que le alcance lo mismo de el Padre; y luego al Padre para que le conceda, enseñando á los pecadores una escala segura y facil para subir y alcanzar la gracia que necesitan, pasando de la Madre, que á ninguno desecha, al Hijo, que acoje los que le ofrece su Madre, y al Padre, que no puede negar lo que le pide su Hijo. En el Ejercicio de las banderas, que es de la segunda semana, ordenada á alcanzar virtudes y hacer acertada elección de el estado de la vida, pone los

Universidad de Deusto Biblioteca

mismos tres coloquios con el mismo orden: «Un coloquio, dice, á nuestra Señora, porque me alcance gracia de su Hijo y Señor para que yo sea recibido debajo de su bandera, etc.» Esto hacía San Ignacio y esto enseñaba, como quien sabía por ciencia y experiencia lo que dice San Bernardo, que nada nos concede Dios que no sea por medio de María. También le enseñó Dios, como dice en sus apuntamientos, á rogar á todos los santos que le recomendasen á Jesús y María; y á Jesús y María que le diesen los mismos santos por abogados para con la Santísima Trinidad, y así corría por todos los coros de los ángeles, á los cuales tenía particularísimo afecto, y pasaba á los patriarcas, profetas, apóstoles y demás órdenes de bienaventurados.

Sentía gran ternura y suavidad en todas las cosas concernientes al culto de los santos, y más particularmente de la Reina de los santos, cuyo nombre le era más dulce que la miel y que el panal. Habíale mostrado el Señor cómo la carne de María está en la carne de Cristo en la Eucaristía, conforme á lo que dice San Agustín, que Cristo tomó carne de la carne de María, y nos dió á comer la carne de María para nuestra salud; y siempre que comulgaba sentía tanto consuelo con esta consideración, que no lo podía explicar; y así solía repetir, que era indecible consuelo y gozo espiritual, considerar, cuando comulgamos, que no sólo comemos y nos sustentamos de la carne de Cristo, mas también de la de María. Para perpétuo dispertador de lo que no podía olvidar, y contínuo incentivo de el amor de María como también de el de Jesús, traía en el pecho debajo de el saco, desde que empezó su vida penitente, un crucifijo de palmo y medio de largo, y una imagen de pincel de nuestra Señora, en que se mira herida de dolor y una espada que la atraviesa el pecho. El crucifijo le quitó Juan Pascual en Barcelona, con hurto digno de envidia; la imagen de nuestra Señora conservaba después de fundada la Compañía, hasta que enviando á España al Padre Antonio de Araoz por templarle el sentimiento que tenía de apartarse de su santo Padre, sacó de el pecho aquella imagen, y

como si le diera su corazón, se la dió, mandándole que no la diese á nadie, porque le sería buena compañera y ayudadora en todas sus necesidades; añadiendo, que él la había traído siempre consigo desde que se convirtió al Señor, y en todos sus peligros de alma y cuerpo había experimentado el favor de la Reina de los ángeles. No necesitaba de este mandato Araoz; pero como se guarda mal lo que todos codician, le duró poco esta joya; porque llegando á España y á la casa de Loyola, una sobrina de San Ignacio, hija de su hermano, llamada doña Leonor Loyola, pidió al Padre Araoz la imagen para tenerla consigo mientras volvía á Loyola, de un viaje que había de hacer; prometiendo restituírsela. Diósela Araoz con esta condición, y después no volvió á Loyola, con que se tuvo por desobligada de la promesa; hasta que teniendo ya esta señora ochenta años, temiendo no viniese, muerta ella, este tesoro á manos que no supiesen estimarle, dió la imagen al Colegio de la Compañía de Jesús de Zaragoza, en Aragón, donde es muy venerada. Otra imagen de nuestra Señora con su Hijo en los brazos, la cual tenía el Santo en su aposento, se guarda en Roma, y en ella se leen estas palabras: *Monstra te esse Matrem.*

Nunca acabara si quisiera contar todos los servicios que hizo Ignacio á María, y mucho menos si pretendiera referir todos los favores que hizo María á Ignacio. Así como no pedía nada á Dios que no fuese por medio de María, no pedía nada por medio de María que no lo alcanzase de Dios. Después de haberle traído el dón de la castidad y haber armado á su caballero contra los asaltos de los enemigos invisibles, ¿cuántas veces le visitó y recreó con su presencia en todo el discurso de su vida, unas veces sola, otras acompañada de su Hijo, otras con el Niño en los brazos? El rapto que padeció, ó gozó, en Manresa de sábado á sábado, reconoció á la intercesión de la Virgen. Las visiones de la Santísima Trinidad, á María las debió. Mas ¿para qué es amontonar ejemplos? ¿Qué merced recibió de Dios, que no debiese á la Madre de Dios? Si le favorecía el Pa-

dre, primero lo había solicitado la Hija; si le regalaba el Hijo, antes lo había pedido la Madre; si le visitaba el Espíritu Santo, se lo había rogado su Esposa. Por esto, dejando mil favores particulares, paso á los que ha hecho á los hijos por respeto del Padre; porque las piedades de María pasan de generación en generación, y no contenta con favorecer á los que ama, extiende su misericordia á la descendencia de los que favoreció.

Habiendo enseñado á Ignacio los Ejercicios espirituales, con que ganó á sus compañeros y otros muchos hijos, y ayudándole á escribir las Constituciones, para que plantada por sus dictámenes y gobernada por sus leyes la Religión que nació y profesó y creció en su Casa, no menos fuese Compañía de MARIA que de JESUS; es increíble cuanto ha cuidado de su aumento y conservación, defendiéndola de sus enemigos y alistando cada día en ella nuevos soldados. Al padre Martín Gutiérrez apareció vestida de una ropa larga y majestuosa, debajo de la cual tenía á toda nuestra Religión, para que teniendo tal manto por escudo, no tema á todo el mundo y el infierno que se armen contra ella. Pues ¿cuántos ha llamado con voz sensible á la Compañía? A los Beatos Luis Gonzaga y Estanislao Koska mandó expresamente que entrasen en la Compañía de su Hijo. Lo mismo dijo á los Venerables Padres José Anchieta, Bernardino Realino, Juan Fernández, Alonso de Miranda, Agustín Salumbrino, Diego Luis de San Vítores y otros semejantes. A San Francisco de Borja, inclinado á entrar en la Religión Seráfica, hizo avisar por el santo Fray Juan de Tejeda que Dios le quería en la Compañía. A Nuño Barreto dijo ella misma, que era voluntad de su Hijo que entrase en la Compañía, y le envió al Padre Pedro Fabro para que le recibiese. Apareciéndose con el mismo Fabro y Francisco Estrada á Juan Nuñez de Guzmán, habiéndole preguntado: «¿Quieres servir á mi Hijo hasta no poder más?» Y respondiendo él que sí, añadió: «Pues sigue á estos.» A Pablo José de Arriaga, le dijo: «Si quieres servirme y darme gusto, ha de ser en la Compañía de mi Hijo.» A Cristobal Garcés le llevó á una Casa de la Compañía, y le dijo: «Quédate aquí Cristobal, y sírveme hasta la muerte en esta santa Compañía, y me darás uno de los mayores placeres que puedes darme.» A Juan Roberto amenazó si no entraba en la Compañía. A Juan Britesco vistió el hábito de la Compañía, diciendo: «A la Religión ó al infierno.» A Tomás Stilinton apareció enmedio de San Ignacio y San Francisco Javier, y mostrándole un largo camino que iba á un templo de la Compañía, dijo: «Entra por aquí, que esta será tu mansión.» Y volviéndose á los santos, dijo: «Este mancebo es vuestro, cuidadme de él que yo os lo encomiendo.» Con pacto expreso de entrar en la Compañía, dió salud á Raynero Stratio, Pedro de Añasco y Gilberto Moching, que estaban enfermos. Para esto quitó el impedimento de la lengua al Padre Tomás Sánchez, doctor insigne de la teología moral; y sanó de una enfermedad al Padre Luis de Medina, protomartir de las Islas Marianas; y para la entrada de otros varones ilustres, ha vencido dificultades insuperables. No ha cuidado menos de la perseverancia de sus devotos en la Compañía. A Francisco de Petris, mandó que entrase en la Compañía y perseverase en ella; á Francisco Fernández advirtió que era este el fundamento de su salud. Apareciéndose á dos novicios, llamado el uno Juan Francisco Guadano y el otro Juan Bautista, les certificó de su salvación si perseveraban en la Religión, y de su condenación si faltaban á la vocación. Mas, ¿quién está en la Compañía de Jesús, que no reconozca á la Madre de Jesús su vocación y su perseverancia? Lo que hizo visiblemente con muchos hace invisiblemente con todos; y como se alistó el Padre debajo de la bandera de Jesús, por medio de la Virgen, se han de alistar los hijos que desean ser soldados de esta sagrada milicia. Y aunque Cristo ha llamado á muchos por sí mismos, para acreditar de apóstoles á los hijos verdaderos de esta Compañía, primero lo merecieron con la devoción afectuosa de su Madre. No hablo de las innumerables mercedes que la Reina de los ángeles ha hecho á sus devo-

Universidad de Deusto Biblioteca

tos hijos de la Compañía; porque apenas se hallará favor singular que haya concedido á alguno de los santos de la Iglesia, como regalarlos con su leche, dejarlos su Hijo en los brazos, desposarlos misteriosamente consigo, y otros semejantes, que no haya hecho á alguno ó á muchos de la Compañía; fuera de confortarlos en las tentaciones, consolarlos en las aflicciones, sanarlos en las enfermedades, asistirlos en la muerte y acompañarlos á la bienaventuranza. Sólo apuntaré uno ú otro favor, en que se muestra el cuidado que tuvo de la observancia y perfección de su amada Religión. Mientras oraban los novicios de una Casa nuestra, fué vista darles á probar un precioso licor de el paraíso, porque así cobrasen mayor afición al santo ejercicio de la oración. Visitando los aposentos de un Colegio, dejó de entrar en uno donde había un libro de poeta poco casto; mostrando cuánto desea la pureza en los que tiene por hijos. Reveló á un Superior los peligros de el alma de sus súbditos, para que les apartase aquel tropiezo. Alargó su manto para que no fuesen vistos en sus camas, los que moraban en el Colegio de Bransberga, de una hechicera de Prusia, que curiosa se había hecho llevar de el demonio á aquella Casa. Y de estos pudiera contar otros casos, si no bastaran los dichos para entender cuánto amó á María el Padre, de cuyos hijos quiso ser María madre.

Pero no se conoce menos este amor de Ignacio de la singular devoción, que como rica herencia de tan buen Padre ha florecido siempre en su Religión, para con la soberana Reina de los ángeles; ni puede perseverar en la Compañía de Jesús el que no es muy amante de María; por eso dió gran cuidado á San Francisco de Borja, visitando un noviciado, saber que dos novicios no eran devotos de la Virgen, pronosticando, como sucedió, que faltarían á la vocación á los que faltaba tan necesaria devoción. No es facil decir los servicios que ha hecho la Compañía á María Santísima, menores sólo que el amor que esta Señora la tiene. En lugar de la espada con que Ignacio, soldado, quiso defender la pureza virginal de María, de el moro que la impugnaba, han sucedido las plumas de sus hijos, que han defendido á la reina de los cielos de las injurias que hacen á su grandeza y dignidad los herejes de estos tiempos; y nunca parecen mejor cortadas que cuando se emplean en las glorias de esta Señora. Entre los demás se señalaron mucho Canisio, Coton Pelletario, que mereció ser llamado doctor de la Virgen. Eusebio, que merecía el mismo nombre por haber escrito más de veinte libros de sus alabanzas. De el libro de Canisio, dice el Cardenal Hosio en una carta: «No se olvidará de la obra tan santa de V. Paternidad la Santísima Virgen, á la cual ha procurado engrandecer con sus escritos de tal manera, que no sé yo que otra persona la haya hecho más ilustre.» Callando los innumerables escritores que, ó han sacado libros enteros de sus excelencias ó en los que escribieron de otras materias, hablan oportuna ó importunamente de sus alabanzas, si puede hablarse importunamente de María, no sabiéndoles bien lo que escriben ó leen, si no lo sazona este dulcísimo nombre; son muchísimos los libros que han escrito en apoyo de su Purísima Concepción. Y aun le fué revelado al Venerable Hermano Alonso Rodríguez, regaladísimo hijo de la Madre de Dios, que uno de los principales fines porque envió Dios al mundo la Compañía, fué para apoyar y defender este misterio. Y cumplió desde luego esta obligación; porque en las primeras conclusiones que se defendieron en Roma, viviendo aún San Ignacio, la cuestión titular era de la Pureza inmaculada de MARIA en el primer instante; tan buen principio dió esta Religión, que uno llamó palacio de Salomón, otro arca de las ciencias, otro Atenas de la sabiduría á las disputas en que ha añadido tantas luces á la verdad, para que triunfe del error y la ignorancia. Después hizo ley la Compañía, que ninguno defendiese lo contrario de la opinión piadosa. Y como nota el Padre Gabriel Vázquez, sol de la teología en este siglo, no ha habido ninguno en ella que de palabra ó por escrito insinúe el dictamen opuesto á esta gloria de la Virgen. A la admirable sabiduría y erudición de el Padre Diego Laynez, que peroró tres horas en

Universidad de Deusto
Biblioteca

el Concilio Tridentino por la santidad de MARIA en el primer instante, se debe aquel honorífico decreto que hizo el Concilio en la sesión quinta, donde hablando de el pecade de Adán, que heredamos sus hijos, declaró que no es su ánimo incluir á la Madre de Dios en lo que dice de la culpa original. La inmensa erudición de el Padre Francisco Turriano restituyó la fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, que se había quitado de el calendario como nueva, probando que era muy antigua y de gran veneración en la Iglesia. No hablo de otras fiestas de la Virgen que se han introducido de nuevo por la solicitud de los hijos de Ignacio, que nunca se ven hartos de festejar á MARIA. ¡Que servicio, como el de el Eximio doctor Francisco Suarez, que apoyó con su propia sabiduría y erudición de los Padres y doctores el exceso incomparable de la gracia y gloria de MARIA sobre todos los ángeles y bienaventurados juntos! de la cual dió la misma Virgen las gracias al Padre Martín Gutierrez, que había persuadido al Padre Suarez escribiese este tratado.

No quiero decir cuánto ha procurado la Compañía, en todas las partes de el mundo, introducir la devoción de nuestra Señora, criando con esta leche á la juventud, mostrando á los gentiles esta puerta para que entren por ella más fácilmente á la fe y amor de Jesucristo, procurando imprimir en todos los hombres el afecto y confianza con la Madre de el Redemptor de los hombres, para que los que tienen á Cristo por padre, tengan á MARIA por Madre, y consigan de el Hijo, por los merecimientos de ella, lo que desmerecen por sus culpas. Callo las Congregaciones que ha fundado en todo el mundo debajo de el nombre y patrocinio de MARIA, donde han florecido muchos varones, ilustres en santidad, y santos que venera la Iglesia en los altares. Y acabo, sin querer acabar, deseando que los hijos de Ignacio, y en esto quisiera que lo pareciesen todos, después de Dios amen á la Madre de Dios con toda el alma, con todo el corazón y con todas la fuerzas para ser hijos legítimos de aquel Padre, que amó á María sobre todas las

cosas después de Dios. Porque esta Madre de misericordia, á quien dijo, el que quiso habitar en su Tabernáculo, que echase raíces en sus escojidos, y ella dice que las echó en el pueblo honrado; honra al pueblo donde se arraiga su amor, y son escogidos aquellos en quien permanece su devoción. Y de aquí nace sin duda los muchos que se han de salvar en la Compañía, según las revelaciones de San Francisco de Borja y otros varones santos de dentro y fuera de nuestra Religión.

CAPITULO IX

De la profundísima humildad de San Ignacio

Maravilla parecerá la humildad de San Ignacio entre tantos favores de Dios, de MARIA, de los angeles y bienaventurados, á quien no considerare que los santos, todos los favores consideran deudas, de que es Dios acreedor, y ninguno se tiene por rico si debe todo lo que tiene. San Ignacio aún decía más, que era tan ruín y miserable, que como á una casa vieja que amenaza ruina, la ponen puntales para que no se caiga, eran menester todos aquellos favores y regalos de el cielo, para que él no cayese en graves culpas, siendo cada día más humilde por verse más favorecido. Y así, temiendo á los principios la vanagloria, aire que ha derribado grandes fábricas de santidad, tanto, que no se atrevía á hablar de cosa suya, ni aún de qué casa ó tierra era; llegó á decir después, que á ningún vicio temía menos que á la vanidad, y por eso, cuando era necesario para gloria de Dios ó provecho de las almas, descubrir alguna virtud ó revelación, las contaba con la misma seguridad aunque con mayor confusión, que si contara los pecados de su vida pasada; aunque no siendo preciso, ocultaba siempre sus dones, porque los hombres no le diesen á él por ellos la honra y alabanza que deseaba toda para Dios. Y lo primero que encubría era la humildad, como verdadero humilde, que dejára de serlo si escondiendo las otras vir-

Universidad de Deusto Biblioteca

tudes, dejára esta descubierta. Tenía en esto tal arte, que disimulando todo lo que podía ocasionarle estimación, disimulaba el mismo disimulo, de manera, que no parecía ocultar nada sino no tener nada que ocultar. Y por eso decía el Padre Annibal Codreto que le trató mucho, que la mayor santidad de Ignacio era el disimulo de la santidad.

Importunáronle sus hijos por espacio de quince años, que les descubriese algo de las cosas particulares de su vida, para su ejemplo y edificación, como lo habían hecho muchos varones santos. Hízose sordo todo este tiempo, hasta que el último año de su vida, temiendo desagradar á Dios con su silencio, y recelando que sus hijos le estimarían más por él, creyendo que ocultaba por humildad grandes cosas; habiendo hecho sobre ello larga oración, le dictó al Padre Luis González brevemente los sucesos de su vida, desde su conversión, hasta el año de mil quinientos y cuarenta y seis; y para lo demás le dijo que fuese á Nadal, que lo sabía. Aunque sabía muchas cosas Nadal, eran muchas más las que ignoraba y sabía el Padre Diego de Eguía á quien por confesor descubría el Santo todos sus secretos; pero no quiso enviarle á Eguía, porque no lo dijese todo; y envióle á Nadal, para que diciendo algo, pareciese que no había más que decir, y que ya lo había dicho todo á González y á Nadal. Pero á estos no les descubrió aquel trato y familiaridad que tenía tan estrecha con Dios, y los favores singularísimos que le hizo el Señor en su oración; porque esto no le pareció necesario para el provecho y ejemplo de sus hijos. Antes tratando una ocasión con sus hijos acerca de la oración, enseñándoles su utilidad y modo de tenerla, le preguntó uno: ¿Cómo tenia él la oración y cómo le iba en ella? A que respondió: «Yo diré de la oración lo que á vosotros os conviene, porque eso es caridad; pero es otro no lo diré, porque es vanidad.»

A la altura de esta humildad ascendió bajando por los pasos de la humillación. Solía repetir muchas veces aquella sentencia de San Agustín, que los que pretenden subir muy alto, han de comenzar muy bajo; y que á la medida

que ha de subir el edificio, ha de bajar el cimiento. Este echó San Ignacio muy profundo, ahondando con el propio conocimiento hasta llegar á la nada y al pecado que está más bajo; comparando su nada con la grandeza divina, sus culpas con la santidad de Dios, su ingratitud con los beneficios recibidos, y asimismo con todas las criaturas para confundirse más delante de el Criador: «Mirar (dice en los Ejercicios con estilo humilde, traje propio de la humildad) quién soy yo, disminuyéndome por ejemplos. Primero, cuánto soy yo en comparación de todos los hombres. Segundo, qué cosa son los hombres en comparación de todos los ángeles y santos de el paraíso. Tercero, mirar qué cosa es todo lo criado en comparación de Dios; pues yo sólo ¿qué puedo ser? Cuarto, mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea. Quinto, mirarme como una llaga y postema, de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan torpísima. Considerar quién es Dios contra quien he pecado, según sus atributos, comparándolos á sus contrarios en mí, su sapiencia á mi ignorancia, su omnipotencia á mi flaqueza, su justicia á mi iniquidad, su bondad á mi malicia: exclamación admirativa con crecido afecto, discurriendo por todas las criaturas, cómo me han dejado en vida y conservado en ella: los ángeles como sean cuchillo de la justicia divina, cómo me han sufrido y guardado y rogado por mí: los santos, cómo han sido en interceder y rogar por mí; y los cielos, sol, luna, estrellas, elementos, frutos, aves, peces, animales y la tierra, cómo no se ha abierto para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos.» También se confundía delante de los demonios y condenados: «Traer (dice) la memoria sobre el primer pecado que fué el de los ángeles, y luego sobre el mismo entendimiento, discurriendo; luego la voluntad, queriendo todo esto memorar y entender por más me avergonzar y confundir, trayendo en comparación de un pecado de los ángeles tantos pecados míos: y donde ellos por un pecado fueron al infierno, cuántas veces yo le he merecido por tantos Asimismo (añade confundiéndose delante de

los condenados) hacer otro tanto sobre el pecado particular de cada uno, que por un pecado mortal es ido al infierno; y otros muchos sin cuento por menos pecados que yo he hecho, etc.»

Con estas y otras semejantes consideraciones que enseña á los que buscan la humildad, llegó á tener un concepto tan bajo de sí, que se tenía por peor que los demonios y condenados, sacado por pura misericordia de el Señor de la región de la muerte á la de la vida, en que para significar su imperfección y mala correspondencia á tan incomparable beneficio, firmaba así las cartas al principio de su conversión: *De bondad pobre, Iñigo;* aunque después lo dejó por excusar la singularidad, y no parecer humilde. De este conocimiento salían los epítetos y nombres de desprecio con que se nombraba á sí mismo, y quería que le nombrasen otros. Parecíale que no había cosa más vil y despreciable en el mundo; y por eso en vida deseaba que ninguno se acordase del, sino para despreciarle; y en muerte, que echasen su cuerpo en un muladar. Y dijo en una ocasión, que había de suplicar esto á nuestro Señor, porque siendo yo (decía), como soy, un muladar abominable y un poco de estiércol, ¿qué otra cosa tengo de desear y pedir para castigo de mis pecados, sino ser arrojado en un muladar, para que mi cuerpo sea manjar de las aves y de los perros? Todos los hombres le parecían mejores que él, notando las virtudes que había en otros, y no viendo en sí ninguna; solía decir, que todos los de casa le daban ejemplo de virtud, y de ninguno se escandalizaba sino de sí mismo. Pero más es lo que escribe en una carta; que jamás se juntó á tratar de las cosas de Dios con ninguno por grande pecador que fuese, que no le pareciese que ganaba mucho con su comunicación y trato. Afirmaba muchas veces, que en ningún hombre de el mundo concurrían estas dos cosas como en él; ser Dios tan liberal con él y ser él tan ingrato con Dios.

Por esto se ocupaba de tan buena gana en los oficios humildes, y huía los altos y honrosos; pareciéndole aquellos proporcionados á su persona, y estos muy sobre sus méritos y capacidad. Díjole una vez como por chanza el marqués de Aguilar, embajador de Carlos Quinto en la Corte Romana, que con muestras de santidad y fingido celo trabajaba tanto en servicio de la silla apostólica, por pescar algún capelo. Oyendo estas palabras el Santo con rostro severo y grave, levantó un pie, y persignándose sin responder al embajador, hizo en voz alta voto á Dios nuestro Señor de no aceptar dignidad alguna, sino es obligado á pena de pecado mortal de quien pudiese mandárselo. Y las dignidades que no quiso para sí, tampoco las quiso para su Religión; que no es menor argumento de humildad, y más pudiendo haber tenido en su tiempo muchos hijos Obispos y Cardenales. Pero de esto no es menester más testimonio que las diligencias que hizo para no ser General, y para renunciar el cargo. Después que no pudo huir la dignidad de General de la Compañía, no permitió que con él se hiciese ninguna diferencia en el trato, ni aunque le llamasen Paternidad ó Reverencia, sino solamente Ignacio: á todos tenía en su alma por superiores y se sujetaba á ellos en cuanto podía pidiendo su parecer, y siguiéndole en lo que no le constaba de la voluntad de Dios; porque en tal caso no desistía de el mayor servicio divino, aunque todos fuesen de contrario dictámen. Hasta de los mozos y novicios en la Religión quería ser corregido, y estimaba las advertencias.

Deseaba que todos se conformasen con el juicio que él hacía de sí, y sentía mucho cuando alguno le alababa. Sabiendo que un hermano Coadjutor le había llamado Santo, le reprendió ásperamente, diciendo: «¿Cómo? ¿y ese agravio hacéis á la santidad, poniéndola en un tan gran pecador como yo soy?» Y en penitencia le mandó comer quince días en el lugar menos limpio de la casa. Más caro le costó al Padre Diego de Eguía su confesor el alabarle, porque dejó de confesarse con él, y hizo que se disciplinase tres noches lo que durasen tres salmos, y le puso precepto de que callase; y al fin, sabiendo que deseaba sobrevivir al-

gunas horas por decir lo que entonces no podía, alcanzó como en otra parte dijimos, que muriese algunos días antes, bien á nuestra costa; porque quedamos sin el tesoro de tan inestimables noticias, como prometían sus desusadas palabras preñadas de misterios y prodigios; pero con el consuelo, de que también en esto se parece Ignacio á los primeros santos de la Iglesia; de los cuales ignoramos más que sabemos, porque quiere Dios que su grandeza que no cabe en la memoria, quede antes al discurso que á la ciencia de los mortales. Este mismo consuelo tenemos en la pérdida de sus apuntamientos, y que la hoguera en que los abrasó nos hace ver á mejor luz la humildad que pretendió ocultar entre sus sombras los favores celestiales.

Mas en una regla que dejó el Santo á sus hijos comprehendió toda la perfección de la humildad, y declaró la suya con sus palabras: «Es mucho (dice) de advertir y ponderar delante de nuestro Criador y Señor, en cuánto grado ayuda y aprovecha á la vida espiritual aborrecer en todo y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza; y admitir y desear con todas las fuerzas posibles, cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado. Como los mundanos que siguen el mundo, aman y buscan con tanta diligencia honores, fama y estimación de mucho nombre en la tierra como el mundo les enseña, así los que ván con espíritu y siguen de veras á Cristo N. Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario; es á saber: Vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor, por su divino amor y reverencia; tanto, que donde á la su divina Majestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado á pecado, deseen pasar injurias, falsos testimonios, afrentas, y ser tenidos y estimados por locos, no dando ellos ocasión alguna de ello por desear parecer, é imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesucristo, vistiéndose de su vestidura y librea, pues la vistió él por nuestro mayor provecho espiritual, dándonos ejemplo que en todas cosas á nosotros posibles, mediante su divina gracia le queramos imitar y seguir, como sea la vía que lleva á los hombres á la vida.»

Siendo ya General de la Compañía, y tan estimado y venerado en Roma de los Sumos Pontífices, Cardenales y Príncipes, y de toda aquella corte, afirmaba que si se dejára llevar de su deseo, saliera por las calles desnudo, emplumado y lleno de lodo, para ser burlado y tenido de todos por loco. Pero reprimía el fervor de su humildad con el de su caridad, por juzgar que convenía conservar la decencia y autoridad de su cargo, para aprovechar á los prójimos. Mas cuando no se atravesaba la honra de su Señor, lograba las deshonras y las buscaba con mayor ambición, que los mundanos buscan las honras y dignidades, de que hemos visto hartos ejemplos en el discurso de su vida; y aquí añadiremos uno ú otro, de muchos que se pudieran contar. Caminando de Venecia á Padua con el Padre Laynez, encontraron un pastorcillo que viendo el nuevo traje de los dos Padres, empezó á dar grandes risadas y hacer burla de ellos, diciendo las palabras que suele semejante gente. Paróse el Santo, y con sereno semblante oía lo que decía el pastorcillo. Decíale el Padre Laynez, que caminasen adelante; y él respondió: «¿Porqué tengo de quitar á este pastorcito el gusto que le ha deparado Dios?» Cuando comenzó á predicar por las calles públicas de Roma, como no sabía la lengua ni estaba conocido, y el traje era vil y despreciable, y el predicar en las plazas no usado en aquel tiempo, le tiraban algunas veces los muchachos lodo y piedras, y cuanto les venía á las manos; más él con gran paz y sosiego proseguía su sermón, inmoble como si fuera una estátua.

No sé si es el mayor argumento de la humildad de San Ignacio, haberle escogido María Santísima en el cielo por su Predicador de la humildad, para que la enseñase á Santa Magdalena de Pazzis. Tuvo esta estática virgen una maravillosa visión, en que se le apareció la Reina de los Angeles, acompañada de San Angelo Martir, carmelita y de San Ignacio de Loyola, y mandó á San Ignacio que hiciese á la Santa Virgen un sermón de la humildad, y á San Angelo otro de la pobreza. Estaba la Bienaventura-

da virgen arrebatada en éxtasis, cerrados sus oídos para todas las cosas de el mundo, y muy abiertos para oir al predicador de el cielo, cuyas palabras ella repetía (como solía en otro éxtasis) y son las siguientes: «Yo, Ignacio, he sido elegido de la Virgen, Madre de tu Esposo, para enseñarte la doctrina de la humildad religiosa: atiende, pues, á lo que te tengo de decir. A las nuevas plantas de la Religión se ha de infundir la humildad, así como el óleo se echa en el candil; y así como el óleo estando en un vaso, le penetra y se embebe en él, así la humildad y propio conocimiento deben penetrar las potencias de el alma religiosa, y embeberse en ella de tal manera, que siempre ande oliendo á humildad y mansedumbre; y mirando á uno y á otro no vean otra cosa sino humildad; y á la manera que el candil no pueda dar luz si le falta el óleo, así las nuevas plantas de la Religión no podrán resplandecer con perfecta santidad, si no se les da contínuamente noticia de la humildad, y si no son aprobadas y ejercitadas frecuentemente en esta virtud, enseñándolas cuán necesaria sea la humildad á las verdaderas religiosas. No es otra cosa la humildad, que un conocimiento continuado de su nada, y un contínuo gozo en todas las cosas que sirven á su menosprecio. Para conseguir este gozo y llegar á la perfecta tranquilidad de el alma, han de procurar estar firmes é inmobles en todos sus abatimientos; pensando muchas veces que esto y no otra cosa vinieron á buscar á la Religión. Y para que el demonio no tenga parte en esto, es menester que la prudente Maestra de novicias use de artes para reprimir sus voluntades y juicios; y si viere que repugnan ó lo llevan con impaciencia las reprehenda ásperamente, y las advierta que cualquiera falta en esta materia, aunque sea en una cosa mínima, es de grande momento; pero si con una mano las infunde óleo de humildad, con otra debe infundir suavísimo bálsamo, mostrándolas cuánta honra se le sigue á Dios de esto, y cuánto provecho á ellas, y cuán excelente obra emprenden, de tal manera que se enciendan en deseo de la santa humildad, y no quieran ni aspiren á otra cosa sino

á conseguir esta virtud. La humildad exterior debe mostrarse en todas las obras, palabras y gestos; y cualquiera palabra que no huela á humildad, se debe evitar como se evitan en el siglo las blasfemias; y cualquier gesto que no se conforma con la humildad, se debe huir en la Religión con el cuidado que se huyen en el siglo los que son contrarios á la honra y fama. Finalmente, á toda acción en que no resplandece la humildad, se ha de tener tanto horror cuanto tuviera un rey poderoso de ver á un hijo suyo vestido de el traje vil y remendado de un pastor. Es necesario que tengan tanta humildad los que gobiernan, después de haber dado notorios ejemplos de esta virtud, que cuando reprehenden, exhortan y hacen cosas semejantes, no sean necesitados á mostrarla. Cualquiera de las religiosas esposas de Cristo esté con ánimo preparado para ser mudada á otra parte, de manera que puedan los que las gobiernan trasladar cualquiera frutos suavísimos y preciosísimos, ó á los montes ó á los valles. En el edificio espiritual de la perfección deben ser las religiosas semejantes á las piedras de el Templo de Salomón, en cuya fábrica no se oyó ruido de martillo ni otro instrumento, en que se entiende la humildad y mansedumbre; y si algunas al acomodarlas en el edificio hicieron ruido, se han de llevar á la fuente para que parte con amor y parte con severidad, sean inebriadas para que no puedan abrir los labios sino entregarse como ébrias á un dulce sueño. A las que desagradare esta santa humildad, póngaseles en las manos á su Esposo puesto en una cruz, y díganlas que Ese es á quien ellas deben imitar; y que ninguna mientras viviere, se aparte de esta escuela de humildad; y los que gobiernan almas, nunca cesen de ejercitarlas en esta humildad, mientras que estuvieren en los cuerpos; porque es una subida de tantos escalones, que nunca falta algún escalón que subir, y se ha de repetir muchas veces esta subida por los mismos escalones, con la multiplicación de actos. Las almas á quien les falta esta humildad no pueden salir de sí mismas, porque se levantan infinitas pasiones y curiosidades en que se

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto Biblioteca

divierten y ocupan. De la manera que el Verbo Encarnado hizo de los pescadores apóstoles, así envió á sus esposas para prender las almas. Bastantemente te he enseñado la virtud de la humildad; ahora te entrego otro que te enseñe la virtud de la pobreza.» Hasta aquí San Ignacio en el sermón de la humildad, que todos debemos oir y conservar en nuestro corazón, para prender tan necesaria virtud á todos los que buscan de veras la perfección.

CAPITULO X

De la heróica mortificación de San Ignacio

Por nuevo argumento de humildad, se puede traer su mortificación y penitencia con que martirizó su cuerpo y su alma, tratándose siempre como su mayor enemigo, porque lo había sido un tiempo de Dios; aunque es mayor argumento de su caridad, pues como dijimos, no era su motivo principal satisfacer por sus culpas, ni pagar las deudas contraídas con sus excesos, sino agradar al Señor vengándole de quien le había ofendido, y haciéndole triunfar de quien se mostró rebelde á majestad tan soberana. Ni le ayudó poco á tan gran resolución su propia generosidad, como había sido soldado tan valeroso en la milicia de el mundo, enseñado á vencer y coronarse de trofeos; luego que sentó plaza en la de Cristo, su mayor cuidado fué hacerse guerra y su mayor deseo vencerse.

La primera batería fué contra su cuerpo, procurando derribarle por tierra y rendirle como fortaleza en que se defienden las pasiones contra la razón y la virtud; para ésto eran las cadenas de hierro con que se ceñía y disciplinaba, los cilicios, ayunos, vigilias y demás asperezas sobre las fuerzas humanas, que ejercitó en Manresa y después algunos años; á que añado solamente que no dejó la penitencia con la edad, aunque la edad y la experiencia le enseñaron á moderarla, según las reglas de la prudencia, para poder servir á Dios en cosas mayores. Fuera de sus

contínuas enfermedades y dolores intensísimos que eran un perpétuo martirio y efecto de las penitencias pasadas; los más días de el año, aun siendo viejo y General, eran su comida unas castañas, alegando ser en España ésta la comida ordinaria de los pobres. Y en negocios graves, para alcanzar de Dios el buen despacho, se retiraba á más oración y penitencia, y se estaba tres ó cuatro días sin comer bocado. Nunca admitía cosa particular en el refectorio; y en una ocasión dió al ministro una grave penitencia, por haberle puesto en la mesa un racimo de uvas, que no se ponía á los demás; no valiéndole por escusa, que lo había hecho por sus enfermedades y canas, y autoridad de su cargo, y ser Padre de todos. Nunca se quejaba, sano ni enfermo, de que le diesen á comer ó beber cosas desabridas ó amargas, como el vino avinagrado y semejantes yerros; pero de esto no me espanto, pues muchas veces echaba en la comida ceniza para hacerla desabrida. Finalmente, guardaba en la mesa las reglas que da en los ejercicios para ordenarse en el comer, donde las podrá leer quien quisiere, para dar el sustento al cuerpo, sin quitar el suyo al alma; y también pone allí las reglas que se deben tener en la penitencia externa, como él habla, para que sirva á la interna, que es la más principal, y consiste en vencer las pasiones. Aquí pondré seis avisos que daba el Santo á sus hijos, acerca de la penitencia, que pueden aprovechar á todos: «1. Quien se sintiere, dice, acosado de extraordinarias tentaciones con que el demonio pretende derribarle; debe usar de extraordinarias penitencias, fuera de las ordinarias, para vencerle con ellas más facilmente. 2. Si por tener poco mortificadas las pasiones nos hacen prorrumpir en palabras ó acciones ajenas de nuestra profesión; hemos de usar de mayores penitencias, hasta que hayamos vencido de el todo los bríos de la naturaleza, tasando la penitencia según la necesidad. 3. Cuando hay alguna necesidad pública, ó deseamos alcanzar de Dios alguna gracia particular de que necesitamos; hemos de perseverar en ayuno y vigilias, á ejemplo de los santos Padres. 4. De

Universidad de Deusto
Biblioteca

dos géneros de asperezas que hay, hemos de usar las que causan mayor dolor y hacen menos daño; porque éstas las siente más la carne y se puede durar más tiempo en ellas; y al contrario las que duelen menos y hacen más daño á la salud, atormentan menos y duran menos; porque acaban la salud y quitan las fuerzas para hacer penitencia. 5. Deben sernos siempre sospechosas las escusas que da el cuerpo para no hacer penitencia; porque suele para huir el trabajo, *fingere laborem in præcepto*, queriendo persuadirnos, que no tiene fuerzas para llevarle. 6. Que se ha de estimar más, y atender con más cuidado á la mortificación interior que á la exterior, y á sujetar las pasiones, que á afligir la carne; que á lo primero han de atender siempre todos, y con todo cuidado, y á lo segundo, cuanto pide la condición, disposición, necesidad y fuerzas de la persona.»

Escribe el Santo en una carta, que el triunfar de sí mismo es el más noble de los triunfos; y era como proverbio suyo para todos los que deseaban llegar á la perfección: «*Vince te ipsum*, véncete á tí mismo.» Repetía muchas veces esta sentencia San Francisco Javier á los de la Compañía que estaban en la India; tanto, que reparando ellos en que tantas veces les decía lo mismo, le preguntaron la causa, y él respondió al modo que San Juan Evangelista en semejante ocasión. «Repito tantas veces esta sentencia, porque la aprendí de nuestro bienaventurado Padre Ignacio; y si se guarda será un medio eficacísimo para adquirir la perfección.» Siendo S. Ignacio hombre de tanta oración, y gastando cada día en ella tantas horas; no estimaba á uno porque se diese á largas oraciones, sino porque tuviese mortificadas y sujetas sus pasiones. Alabando Luis González á un religioso, gran siervo de Dios, á quien el Santo conocía, de que era hombre de mucha oración, le corrigió, diciendo: «Es hombre de mucha mortificación.» Afirmaba haber aprendido por experiencia, que de ciento que ponen la santidad en darse á largas oraciones, apenas se hallarán nueve ó diez que no estén llenos de propio juicio y vanidad, sin querer ceder á ninguno, antes pensando

ser maestros de los demás. Y al contrario, estimaba más un acto de heróica mortificación, en que el hombre vence su natural, y sujeta sus pasiones y el deseo de la propia honra, que muchas horas de oración, tenidas con muchos suspiros y lágrimas. Este espíritu deseaba en la Compañía, y en ésto quería que pusiesen sus hijos la fuerza, no en largas oraciones. A Jerónimo Nadal, que deseaba tener mucho tiempo desocupado para darse á la oración, le dijo: «Mucha meditación es menester para vencerse á sí mismo, mucho es menester tratar con Dios para conseguirlo; pero el que una vez ha conseguido victoria de sus pasiones, más se unirá á Dios en un cuarto de hora de oracion, que en muchas horas el que está poco mortificado; porque no hay mayor impedimento para subir á Dios, y unirse con él, que ser tenaz de su juicio y fiarse de sí, porque esto tira y hace caer el espíritu cuando procura subir arriba.» Por eso escribe Luis González: «Cuando el Padre habla de la oración, parece que presupone las pasiones domadas y de esto hace toda la estima.» Hablándole en una ocasión de dos Coadjutores, de los cuales el uno tenía condición suave y apacible, con una paz debida más al natural que á la virtud, y de otro que tenía natural áspero y colérico, pero le reprimía y enfrenaba sus ímpetus, y se detenía cuando estaba ya para prorrumpir en palabras de enojo; antepuso este segundo al primero. Y decía muchas veces: «Véncete á tí mismo animosamente y llevarás doblado premio, que aquellos que su natural no da nada que hacer.» A otro Coadjutor, que se retiraba de el trato de los otros, por tener el natural iracundo y que facilmente se enojaba, le dijo: «Hermano mío, este enemigo no se vence huyendo, sino peleando; y la soledad no sana la ira, sino la disimula y encubre: más agradarás á Dios y más gracia recibirás venciendo muchas veces ó alguna ese natural áspero, usando bien de el trato de los demás, que si en un año entero estuvieras en una cueva guardando perpétuo silencio.» Por eso mortificaba mucho á los que veía deseosos de la perfección, aunque fuesen muy antiguos; á

los que eran tiernos mortificaba menos, sólo cuanto podían llevar sus fuerzas, de que diremos quizá después algunos ejemplos singulares.

Por lo que estimaba el Santo la mortificación, debemos estimar la mortificación de el Santo, que fué una de sus más heróicas virtudes, y en que maravillosamente resplandeció, cuánto más puede la gracia que la naturaleza, en el que coopera á su eficacia. Desde el principio de su conversión se dió á mortificarse en todas las cosas, no haciendo en nada su gusto, por hacer en todo el de Dios, venciendo sus inclinaciones con los contrarios de ellas, según lo enseñó después en una regla á sus hijos; y haciendo aún más de lo que repugnaba, por triunfar más gloriosamente de el enemigo. De esta manera, por vencer la tentación de vanagloria, buscaba y solicitaba los desprecios; por vencer la repugnancia de curar un enfermo llagado, limpió con sus labios y chupó la podre de las llagas; por vencer en Alcalá el pavor que le causó la vista y amenazas de los demonios, los provocó á que hiciesen en él cuanto Dios les permitiese; por vencer la inclinación natural á hacer cortesía al capitán de el ejército francés, porque no le mandase matar, presumiendo que era espía, ni le hizo cortesía, ni quiso responder á sus preguntas, más de que era guipuzcuano, que era lo que más había de ocultar; y otros ejemplos heróicos de mortificación, que quedan referidos. Y no era necesario que la inclinación fuese culpable; bastaba ser suya, para que la castigase como culpa y la venciese como contraria. Tuvo un tiempo tentación de risa, de manera que en viendo á alguno se empezaba á reir; y para quitar esta risa, después del exámen, se daba tantos golpes con la disciplina, cuantas veces se había reído. No contento con vencer las inclinaciones que conocía en sí, las examinaba con gran cuidado para vencerlas y sujetarlas. Siempre que oía el reloj de día ó de noche, entraba dentro de sí y escudriñaba los senos de su conciencia, mirando las faltas en que había caído, para dolerse de ellas y la raiz de donde nacían, para arrancarla con la mortificación. Tan indispensables eran estos exámenes, que si alguna hora por negocio urgente no podía examinarse; lo recompensaba en la siguiente, ó luego que le daba lugar la ocupación. Este frecuente examen deseaba en sus hijos, y le mandaba hacer á algunos que tenían alguna falta que quitar; aunque sólo nos dejó por regla á todos el examen dos veces al día. Preguntando á un hijo suyo, cuántas veces había examinado aquel día su conciencia y respondiendo que siete, le dijo admirado: ¿Tan pocas y no más? De el examen particular que enseña á hacer en su libro de los Ejercicios, usaba con gran cuidado, para desarraigar el vicio ó siniestro que más le molestaba; y así se lee en los procesos de Manresa, que traía una cuerdecita en la cinta, donde veían á veces algunos nudos, y otras ninguno. Con esto llegó á aquella pureza de conciencia tan alta, que le hizo decir que no pudiera vivir si sintiera en sí alguna cosa humana y no por todas partes divina. Y alcanzó aquella maravillosa transformación, que reconocía en sí el Apostol cuando decía: «Vivo ya, no yo, sino Cristo vive en mí;» porque muerto el hombre viejo, sólo vivía el nuevo, y sus obras, sus palabras, sus pensamientos no parecían suyos, sino de Cristo, ajustados todos á la mayor perfección y mayor gloria de Dios. Aun mejor se conocerá esta mortificación por el dominio que adquirió con ella.

CAPITULO XI

De el soberano dominio que tuvo sobre sus pasiones

Con la contínua mortificación adquirió aquel señorío absoluto sobre sus pasiones, que admiran singularmente los Cardenales de Ritus y Jueces de la Sagrada Rota. El Padre Diego Laynez y el Padre Andrés Frusio, á quien llamaban angel por su pureza y santidad, solía decir que la gracia parecía connatural en Ignacio, por tener las pasiones tan habituadas á la virtud, que no le servían más que para cosas buenas. Siendo de su natural colérico, le

tenían los médicos por flemático, y en todas las cosas parecía que había mudado naturaleza. El afecto natural de la carne y sangre, le perdió y convirtió en espiritual, de la manera que lo enseña en su regla, amando á sus deudos con el amor que la caridad ordenada requiere, como quien estaba muerto al mundo y al amor propio, y vivía á Cristo nuestro Señor, solamente teniendo á él en lugar de padres y hermanos, y de todas las cosas. Escribiéndole el Duque de Nájera acerca de el casamiento de una sobrina suya heredera de la Casa de Loyola, respondió al Duque que aquel negocio era ajeno de su profesión y no le tocaba por ninguna vía, por estar ya muerto al mundo y haber dejado la casa de Loyola por amor de Dios, la cual no debía volver jamás á mirar como propia; que hacía lo que únicamente le pertenecía, que era encomendar á Dios á todos en sus pobres oraciones, y particularmente á su señoría, á quien se reconocía muy obligado. Habiéndole Araoz escrito, que había muerto una tía suya, respondió: «Si el que dió á mi tía la vida, se la ha quitado, sea en todas las cosas bendito; pues no es menos santo ni menos bueno ó misericordioso con nosotros, ni menos digno de alabanza y agradecimiento, cuando nos hiere que cuando nos regala y hace gracias; cuando envía la enfermedad y la muerte, que cuando nos da la salud y la vida; principalmente que tanto y no más deben amarse éstas y aquellas cuanto agradan á su sapientísima y rectísima voluntad.» Trayéndole en una ocasión un pliego de cartas, y diciéndole el portero, que eran de su tierra, las echó sin abrirlas en el fuego, cerrando la puerta á todos los cuidados de el mundo.

De aquí nacía aquella paz interior que tenía en sí y comunicaba á otros, que le mereció el nombre de templo de la paz. De aquí procedía aquella igualdad de ánimo que conservaba en todas las ocasiones y sucesos, sin haber cosa próspera ni adversa que pudiese turbar la serenidad de su corazón, semejante al Olimpo, que por exceder las nubes, está exempto de las tempestades. Estaba el Santo

una vez en casa de un devoto de la Compañía tratando de cosas de Dios con ciertos caballeros, vino un Padre de los nuestros muy de prisa, alterado y descolorido, sin poder echar el aliento, y dióle al oido un recado. Respondió sin alterarse: «Bien está;» y prosiguió en la plática con la misma serenidad por espacio de una hora. Sus amigos deseaban saber qué le había dicho, mas no se atrevían á preguntarlo por si era materia de secreto; hasta que despidiéndose el Santo, no sufriéndoles más la curiosidad, le dijeron: «¿No nos diréis qué tristes nuevas os trajo aquel mensajero que os habló al oido?» Respondió él con alegre semblante: «No era cosa de importancia; decíame que la Justicia de el Papa ha ido á nuestra casa á llevarse las alhajas que tenemos, por cierta deuda.» Alteráronse ellos, y querían tomar la causa por suya, mas él les dijo: «No hay porque turbarnos; que si nos llevaren las camas nos quedará para dormir el suelo, que es cama de pobres, cuales somos nosotros. Cierto que si yo estuviera presente no les pidiera á los ministros de justicia sino que me dejaran unos papeles que á ellos no les hacen al caso, y lo demás lo tomasen á su voluntad; y si esto me negaran, dijera que se lo llevasen en hora buena; porque perdiendo nosotros alguna cosa por Dios, él nos la suplirá por otra parte.» Con esto se despidió; y un caballero, llamado Jerónimo Stala, salió por fiador; y el día siguiente, Jerónimo de Arce, doctor teólogo, sin saber nada de lo que había pasado, envió á la Casa profesa doscientos ducados, con que se pagó la deuda. Estando Roma turbada por la guerra que se movía contra el reino de Nápoles, el año de mil quinientos y cincuenta y cinco, algunos enemigos de la Compañía le dijeron á Paulo Quarto, que en nuestra Casa profesa había muchas armas escondidas; porque Ignacio y otros Padres que habían en ella, como eran españoles, estaban de parte de el Emperador. Envió el Papa á Monseñor Scipión Reviva, gobernador de Roma, que después fué Cardenal y Arzobispo de Pisa, para que él mismo por su persona visitase la casa y averiguase la verdad. Vino el Gober-

nador con mucha gente armada y cercaron la casa; turbáronse los nuestros, mas él los recibió con gran cortesía y alegre semblante, y diciéndole el Gobernador, que le confesase la verdad si tenía aquellas armas, porque él no quería que se mirase la casa sino creer á sólo su dicho; no quiso responder á esta pregunta, sino que la casa se mirase, y mandó á su Secretario que los llevase por toda ella, sin dejar rincón ni escondrijo por examinar. Acabada la visita, sin haber hallado ni sombra de lo que buscaban, salió el Santo acompañándolos con mucha serenidad y cortesía, sin dar queja ni mostrar sentimiento, y los despidió como si hubieran tenido alguna visita de cumplimiento.

Aun más mostró su mortificación y paz en otro caso, continuado por muchos años. Cierta persona empezó á aborrecer al Santo y á sus hijos sin causa ninguna; y viendo que habían comprado para vivir, una casa vecina á la suya, tomó sin título ni derecho parte de el átrio para su casa, y por aquel lado hacía de propósito tanto ruido y estruendo á todas horas, que los aposentos cercanos no se podían habitar. No se podía dar luz al refectorio, que estaba obscuro y casi sin ninguna luz, sino es por aquella parte; y aunque no se le seguía daño, sólo porque á nosotros se seguía conveniencia nunca lo quiso permitir; de manera, que por espacio de nueve años que duró esta vejación, era menester muchas veces poner luces en el refectorio á medio día. Fuera de esto se quejaba por toda Roma de lo que nos habíamos de quejar nosotros; diciendo que le hacíamos muy mala vecindad y tantas molestias, que no le dejábamos vivir en su casa y le habíamos de venir á echar de ella. Pretendía este hombre que le comprasen su casa por redimir la vejación, y en llegando á concierto pedía un precio excesivo. Finalmente, fueron tales las molestias, que se huvo de comprar la casa por el precio que quiso; y al salir de ella se llevó todas las puertas, ventanas, rejas y hasta las piedras que pudo arrancar. Entró el Santo en ella con el mismo gusto, que si la hubiera dado de gracia; y ni entonces ni todo el tiempo que duraron estas molestias le quiso mover pleito,

ni dijo una palabra de queja ó sentimiento contra él; antes queriendo el hombre al principio levantar pleito, pretendiendo que era suyo aquel pedazo de casa que nos quitó, el Santo no quiso admitir el pleito y mandó que le diesen todo lo que pidiese; porque perdiendo nosotros algo por el amor de Dios, Dios nos lo recompensaría por otra parte. Y dijo algunas veces, que nunca había movido pleito por cosa temporal.

Finalmente llegó á un estado más propio de los bienaventurados, que de los mortales, en que no había nada que pudiese turbar la paz de su corazón. Estando enfermo le dijeron los médicos que no pensase en cosa que le pudiese dar pena, porque no se agravase con ella su enfermedad. Hízole novedad la propuesta, y púsose á discurrir qué cosa le podía suceder en esta vida que le causase pena; ¿las persecuciones? ¿las afrentas? ¿las calumnias? antes le causaran gozo y alegría; ¿los tormentos y la muerte? nada deseaba más. Discurría por todos los trabajos de esta vida, y no encontraba ninguno que fuese poderoso á entristecerle. Al fin halló una cosa que pudiera causarle algún sentimiento; y era, si se deshiciese la Compañía que por su medio había fundado el Señor para tanta gloria de su Majestad y bien de las almas. Pasó más adelante á discurrir si esto sucediese, cuánto tiempo le duraría el sentimiento; y parecióle que con un solo cuarto de hora que se recogiese á tratar con Dios, quedaría sosegado y con la misma paz y serenidad que antes, y esto, aunque la Compañía se deshiciese como la sal en el agua. No sé que haya más que decir en esta materia, ni que se puede levantar más alto el punto en música tan ordenada de afectos; porque la Compañía era la obra de sus manos, las niñas de sus ojos, el fruto de sus sudores, el logro de sus trabajos, el cuidado de sus deseos, el deseo de sus cuidados; y lo que es más, y por lo que era todas estas cosas para él, un árbol que producía en todo el mundo tan abundantes frutos de gloria de Dios.

Por esto no era menester buscar tiempo ni sazón para

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto Biblioteca

tratar con él, porque siempre era el mismo, aunque los accidentes fuesen diversos. Sano y enfermo, con buenos ó malos sucesos siempre estaba de sazón y cómo le había menester cada uno. Cierto hijo suyo, teniendo que tratar con él un negocio, lo dejó de hacer un día, pareciéndole que no era razón entonces porque venía de palacio muy cansado después de haber esperado mucho tiempo para hablar al Sumo Pontífice sin tener audiencia. Cuando fué otro día á hablar al Santo de aquel negocio y le dijo la causa porque le había dilatado, le reprendió con tanta severidad, que no se atrevió el Padre (como él mismo confesó) á mirarle el rostro en ocho días.

Esta era una nueva maravilla sobre la de su mortificación, y el mayor argumento de el dominio que tenía sobre sus pasiones, que teniéndolas tan muertas para oponerse á la razón, las tenía tan vivas para servir á ella, que de muy mortificado no parecía mortificado, vistiéndose y desnudándose de los afectos que era menester, como pudiera de un vestido; ó más propiamente, como el cielo muda sin mudarse varios semblantes de luz para alegrar, y de rayos para atemorizar, así los mudaba él sin perder su serenidad. Sucedía muchas veces, estando hablando con algunos Padres con mucha alegría y sosiego, llamar á alguno á quien quería reprehender por alguna falta; y en teniéndole en su presencia demudaba el rostro, se mesuraba con extraña severidad, y como si verdaderamente estuviera enojado, le reprehendía y reñía ásperamente; y en apartándose de allí el reprehendido, se quitaba aquella máscara de severidad, y se quedaba tan risueño como antes y con la misma paz que si tal cosa no hubiera pasado. Al contrario, cuando era necesario mostrar á alguno amor, le mostraba el rostro tan apacible y amoroso, que sólo verle bastaba para ganar los corazones de todos. Por esto decían sus hijos, que era tan señor de las pasiones naturales, que tomaba de ellas lo que quería y lo que la razón pedía.

CAPITULO XII

De la modestia de San Ignacio, que deseaba en sus hijos

De la composición de el hombre interior nace la composición de el exterior, ó modestia, que llamó un sabio púrpura de las virtudes; porque no hay púrpura que así condecore la persona de un rey, como la modestia á la santidad. A esta toca gobernar todas nuestras acciones externas, palabras y movimientos, y es como el cuerpo de la mortificación, que será cadaver si no está animado de esta virtud. La modestia quiere San Pablo que sea notoria á todos los hombres; y San Ignacio quería que resplandeciese mucho en todos sus hijos, por ser más necesaria en los que tratan con los prójimos que ordinariamente discurren por los ojos, y de lo que ven juzgan lo que no ven. A los principios mandó en Roma á San Francisco Javier y al Padre Alonso Salmerón y á un hermano Coadjutor, llamado Juan Paulo, que se juntasen todos los lunes antes de cenar, á conferir entre sí acerca de la composición interior de el alma y exterior de el cuerpo, mirando qué cosas podían desedificar á los seglares en las palabras, gestos y movimientos, para ajustarlas todas con la modestia religiosa. Después escribió doce reglas de la modestia para los de la Compañía, en que retrató la suya, y conforme á ellas y lo que escriben los que le conocieron y trataron, le podemos pintar de esta manera.

En todo el hombre exterior se veía en Ignacio modestia, humildad y madureza religiosa, causando edificación en cuantos le miraban. No volvía ligeramente la cabeza, y si alguna vez era menester, lo hacía con mucha gravedad; cuando no era necesario, la tenía derecha, con moderada inclinación de el cuello hacia la parte anterior, y no al un lado ó al otro. Los ojos tenía bajos, sino es cuando miraba al cielo, y si hablaba con personas de alguna dignidad, por más respeto, no las miraba fijamente á la cara. En todo el rostro mostraba una alegría modesta, sino es cuan-

Universidad de Deusto Biblioteca

do se vestía de otro afecto para hacer papel de enojado. No movía las manos con ligereza, ni andaba de prisa, sino es cuando le obligaba la necesidad, y entonces era con mucho decoro. Los vestidos, aunque pobres, los traía limpios y compuestos con religiosa moderación. Cuando salía de casa iba de tal manera cubierto con el manteo, que ni un dedo de la mano se le veía, sino es cuando era necesario sacar la mano derecha para quitarse el sombrero; porque como dice Luis González, tenía gran cuenta con no ofender á ninguno, y se podía decir de él que era el hombre más cortés y comedido con todos de cuantos él había conocido. Al fin, como escribe Mafeo, no movía pie, ni mano, ni ojos, ni cabeza, ni hacía acción alguna sin causa ni razón; y en el andar, estar en pie, sentado y acostado, tenía modestia y decoro.

Todas sus acciones movían á respeto y veneración á quien las miraba, y no era menester mas que verle exteriormente para reconocer la santidad de su alma. Juan Antonio Viperano, Obispo de Jubenazo, muy familiar de San Ignacio, dice en un testimonio jurado, que tuvo una modestia divina. El Cardenal don Gaspar de Quiroga nunca se hartaba de mirarle, y siempre le miraba con respeto y admiración. El Padre Diego de Guzmán escribe, que siendo ministro de San Ignacio en la Casa profesa de Roma, era para él de singular consolación comunicarle y hablarle muchas veces, porque cada vez que le hablaba tenía un ejemplo de que aprender muchas virtudes; y añade, que muchas veces iba al aposento de el Santo, aunque no tuviese que tratar ningún negocio, sólo por gozar de su vista y santas palabras. El Padre Oliverio Manareo, dice: «En su rostro admiraba una alegría y gracia casi divina, ilustrada con un resplandor celestial, la cual me arrebataba de tal manera, que no pocas veces estándose paseando y orando, parándose frecuentemente y fijando los ojos en el cielo, le miraba yo, no tanto por curiosidad cuanto por devoción, aunque hacía esto desde parte oculta con mucho disimulo, por no ser reparado de él.» A muchos sucedía lo que de sí

testificaba Luis González, que ninguna oración ni lección le movía tanto á devoción y deseo de la perfección, como solo mirar un rato á San Ignacio. Escribe también, que sólo con el modo de comer y hablar ganó á muchos para la Compañía, y entre ellos algunos varones muy insignes.

Encargaba mucho San Ignacio á sus hijos las reglas de la modestia, deseando que su porte exterior fuese ajustado á ellas. Poco después de haberlas compuesto, mandó al ministro que las hiciese publicar y guardar. Descuidóse el ministro, y el Santo dijo: «Yo trabajo en pensar y escribir las reglas, y los ministros son descuidados en hacerlas guardar, como si me costasen poco; pues yo os digo, que estas reglas de la modestia me han costado más de siete ratos de oración y lágrimas.» Aprobó Dios estas reglas con un caso singular. Mandó el Santo al Padre Diego Laynez que las publicase en la Casa profesa de Roma, y hiciese una plática á la comunidad; mandando juntamente que no faltase á la plática ninguno, aunque fuese de los diez primeros Padres, que fué cosa particular y extraordinaria que nunca antes había mandado. Estaba Laynez tratando como no se debe hacer poco caso de cosas pequeñas, cuando depende de ellas la observancia de las grandes, ni se ha de estimar poco lo que importa mucho, y oyóse de repente un gran ruido, á manera de terremoto, como si se viniera al suelo toda la casa. Asustáronse los Padres, y acabada la plática fueron con cuidado á saber lo que era, y hallaron que se había caído un cobertizo donde solían estar en aquella misma hora los primeros Padres y otros de los más antiguos, recreando el ánimo con piadosas conversaciones. Dieron gracias á Dios porque de aquella manera les había guardado la vida, y el Santo dijo: «Parece que Dios nos ha querido dar á entender con esto, que no le desagradan estas reglas.»

Es la modestia el hábito propio de la Compañía, y cuando al principio no eran tan conocidos los nuestros, los conocían por la modestia y compostura de el rostro y cuerpo, en el mirar, andar, y todos los movimientos de que pu-

diera traer casos singulares. Y como entonces los malévolos interpretaban mal todas nuestras cosas, llamaban á esta modestia, hipocresía; pero San Ignacio decía: «Quiera Dios que vaya creciendo cada día esta hipocresía en la Compañía.» Y notando á Salmerón y Bobadilla, que estaban presentes, añadió: «Yo no conozco en la Compañía más hipócritas que estos dos;» queriendo decir, que no mostraban tanta virtud en el exterior como tenían en lo interior; y así se podían llamar hipócritas, porque eran mejores de lo que parecían. Por esto no dejaba sin castigo ninguna falta de modestia, aunque fuese muy lijera. De dos hermanos que servían en la cocina, supo, que burlándose, se salpicaban con agua la cara. Dióles una pública reprehensión en el refectorio, tal, que quien la oyó decía que haría quebrar las piedras. Mandóles que tomasen muchas disciplinas, y que fuesen á comer entre las bestias á la caballeriza, y que lo que hacían por burla lo hiciesen por penitencia, salpicándose con agua sucia la cara. Y ultimamente les dió licencia si quisiesen para salir de la Compañía, diciendo: «Si hombres que han estado diez ó doce años en la Compañía se dejan llevar de una tan indecente descompostura, ¿qué se puede esperar de ellos, sino que sean religiosos en el hábito y en lo demás se estén como cuando salieron de el siglo? Vió en una ocasión salir dos de casa con poca modestia, y castigó al ministro, porque los había enviado juntos sin conocerlos bien, y á ellos dió una grave reprensión y penitencia; y mandó que mientras la cena, anduviesen juntos por el refitorio, guardando mucha modestia. Más es lo que hizo con Oliverio Manareo. Partíase Manareo de Roma, donde era Rector de el Colegio Romano, para serlo de el Colegio de Loreto; fué á la Casa profesa á despedirse de San Ignacio, y temiendo que no le volvería á ver más en esta vida, con el afecto de hijo, fijó en el santo Padre los ojos, previniéndose con aquella vista, para no sufrir la pena de no verle después. Reparó en ello el Santo, por ser contra una regla de modestia, que manda que á las personas de autoridad no las miremos fijamente á la cara; pero disimulando por entonces por no reprenderle delante de otros, en la despedida llamó á parte á Polanco, que era compañero de Manareo, y le mandó que le dijese en su nombre antes de partirse de Roma, como había notado que le miró fijando demasiado en él los ojos; por lo cual todos los días en los exámenes ó á lo menos en el uno, considerase si había fijado los ojos en el rostro de alguna persona á quien debiese reverencia, y después del exámen rezase un Padre Nuestro y Ave María y le escribiese todas las semanas si cumplía esta penitencia. Duró esta penitencia cinco meses, y después de ellos le mandó que la dejase. Vió á un hijo suyo á la puerta de el Colegio romano para salir de Casa, que traía el manteo doblado sobre un hombro para ponérsele á la puerta; mandóle que volviese á su aposento y en él desdoblase el manteo, y se le pusiese antes de salir, y de esa manera viniese por la Casa para salir de ella.

CAPITULO XIII

De la circunspección y eficacia de sus palabras

En esta materia de la modestia, lo más dificultoso es saber gobernar la lengua, por lo cual es perfecto varón el que no yerra en las palabras, como lo testificó el apóstol Santiago; y es cosa maravillosa, cuán recatado era Ignacio en las palabras. Antes de hablar, consideraba lo que había de decir, y yendo delante de esta luz, no caía ni tropezaba; especialmente si le decían injurias ó cosas que suelen irritar los hombres á ira, nunca respondía ó hablaba sin recogerse primero dentro de sí, y acudir á Dios con quien consultaba la respuesta y el modo de darla, para no exceder en la substancia, ni en el modo. Por eso hablaba de espacio, y reprehendió á un hijo suyo, porque hablaba de priesa, diciendo, que no debía decir palabra sin haberla pensado primero. No prometía inconsideradamente, como hacen los que no piensan cumplir; medía sus promesas, no

con la facilidad de el prometer, sino con la dificultad de cumplir. Prometió en cierta ocasión á un amigo suyo, no sé qué cosa, que después, al tiempo de la ejecución, halló que era más dificultosa de lo que pensaba y no conveniente á su persona el hacerla, y dijo: «En once ó doce años no me acuerdo de haberme descuidado tanto en el hablar ni haber prometido cosa de que me arrepintiese después.» Rara vez usaba de superlativo; porque decía que con ellos se suelen encarecer las cosas más de lo justo, y se pierde el crédito para la verdad. Más medido era en el vituperar. Jamás decía mal de nadie, ni daba oídos á los que lo decían, ni dijo á ninguno palabra de que se pudiese agraviar, aunque fuese reprehendiéndole. No hablaba en su conversación de los vicios ajenos, aunque fuesen públicos y se dijesen por las plazas, y quería que sus hijos hiciesen lo mismo; y si tal vez se descuidaba alguno y decía lo que andaba en las bocas de todos, lo procuraba excusar el Santo, si no podía la obra, á lo menos la intención; y todo lo interpretaba en buen sentido; y así dice Luis González: «La regla de los Ejercicios, que dice deber cada uno siempre interpretar á la mejor parte, es cosa admirable cómo la guarda, de modo, que entre los que le conversan es ya como proverbio, las interpretaciones de el Padre Ignacio, en excusar culpas así de los de fuera como de los de la Compañía.» Cuando lo que se decía era cosa tan evidente y culpable que no admitía excusa, repetía lo que dice San Pablo: «No queráis juzgar antes de tiempo.» O lo que dijo el Señor á Samuel: «Dios sólo es el que mira los corazones.» O el dicho de San Pablo: «En el acatamiento de Dios está cada uno en pie, ó caído.» Y cuanto más condenaba, era diciendo: «Yo cierto no lo hiciera así.»

Las acciones de los Príncipes y grandes Prelados, de ninguna manera las censuraba y notaba; y aunque públicamente se murmurase de su gobierno, nunca hablaba mal de él, ni decia: Este negocio se pudiera haber gobernado de esta manera, ni aquel se hubiera acertado de ésta; ni decía las cosas que ellos podían cómodamente hacer para

lo de adelante con mucho acierto (sino es que fuese consultado de ellos) por no notar su desacierto, ó falta de prudencia, ó equidad. De un gran Prelado, contrario á la Compañía, se quejaba ágriamente el pueblo romano; y el Santo le disculpaba cuanto podía, oponiendo lo bueno que había en él á lo malo que decían. No permitía que ninguno de sus hijos se quejase; antes enviando á Flandes un Padre, le mandó que no hablase de las cosas de aquel Prelado, ni de el ánimo que tenía contra la Compañía, sino que lo echase todo á buena parte; y como el Padre replicase, que no se le ofrecían buenas excusas para disculpar sus acciones, le dijo: «Pues no habléis de él ni una palabra: hablad de Marcelo, de quien podéis decir muchas alabanzas. Había sido Marcelo antes Papa y siempre tan padre de la Compañía, como hemos visto. Este medio usaba el Santo con todos: buscar lo bueno que había en ellos, para oponerlo á las murmuraciones de otros, y no mirar en ninguno lo malo, para estimarlos á todos.

Sus palabras eran pocas y preciosas, menos en número que las cosas, con que hablaba poco y decía mucho, atendiendo más á lo que podía dejar que á lo que podía añadir, sin ponderaciones ni reflexiones, dejando que las hiciesen los que oían; pero con una natural elocuencia se detenía más en las cosas más graves, y pasaba ligeramente por las que no lo eran tanto, haciendo estimar lo que merecía estima. Luis González dice, que su modo de hablar era conforme á la Escritura, y nota en él cuatro propiedades: Que su narración era simple, clara y distinta, y con palabras tan propias y acomodadas, que ponía las cosas delante de los ojos: Que tenía tanta memoria de las cosas importantes y de las palabras convenientes, que en una plática larga, de negocio que había pasado diez y doce y quince años antes, repetía las mismas cosas y con las mismas palabras, sin discrepar en nada: Que sin mostrar inclinación á ninguna de las partes, inclinaba á la que pretendía; sin otro artificio que referir los puntos esenciales que podían persuadir y dejar lo que no hacía al caso: Que

persuadía lo que quería, no con afectos sino con cosas, y éstas no las adornaba sino con otras cosas, y con referir tantas circunstancias, que con una suave violencia llevaba á su dictámen á los que hablaba. Añade, que cuando trataba con otro, aunque fuese Polanco ó Nadal, ó alguno de los primeros Padres de la Compañía, estaba tan señor de sí, y de aquellos con quien hablaba, como pudiera un hombre muy prudente con un niño. Con esta elocuencia no humana sino divina, no aprendida en la escuela de Cicerón ni de Quintiliano, sino en la de Cristo que, como dice Luis González, le concedió para el conversar más dones de los que se puede creer; ablandaba á los hombres duros y obstinados, y los volvía como una cera, y los trocaba de manera que ellos mismos no se conocían, y se espantaban de sí y de la mudanza que habían hecho; y esto no solamente sus hijos, sino los extraños, ni sólo en los de baja esfera, mas en los varones de grande autoridad. Testigo aquel eclesiástico de Alcalá, testigo el Doctor Govea en París, testigo el Cardenal Domingo de Cupis en Roma, testigo Miguel de Torres, Francisco Estrada y otros que quedan referidos, y se pudieran contar muchos más. Por eso decían sus enemigos, no pudiendo negar esta eficacia, que mudaba los corazones por arte de encantamiento; y verdaderamente parecía un divino encantamiento verle muchas veces con pocas palabras serenar las conciencias, sosegar los escrúpulos, confirmar los tentados en la vocación y aún determinados á dejar la Religión. «Es cierto, dice Ribadeneyra, que Dios nuestro Señor concedió este dón á nuestro Padre Ignacio, que con muy pocas palabras sanaba los corazones de las personas que á él acudían, tan enteramente que les quitaba, como con la mano, no solamente la dolencia presente, sino que cortaba para siempre las raíces y causas de ella.» Hablaba Ribadeneyra de experiencia. Entró en la Compañía muchacho, y tenía vivezas y travesuras de tal, por lo cual le decían muchos Padres al Santo, que le despidiese; mas él conociendo lo que Ribadeneyra había de ser, nunca dió oídos á estas pláticas,

procurando corregirle con blandura y suavidad. Hasta que Ribadeneyra, habiendo convertido el amor que tenía al santo Padre en aversión, determinó dejar la Compañía, tomó el Santo algunos medios para apartarle de tan desvariado intento; y no bastando, habló primero con Dios, y luego le llamó á su aposento, y con tres ó cuatro palabras que solamente le dijo, le penetró el corazón tan vivamente, que prorrumpiendo en un copioso llanto, le dijó á gritos: «Yo los haré, Padre, yo los haré,» queriendo decir los Ejercicios, los cuales no había querido hacer antes. Y dice Ribadeneyra, hablando de este caso en un testimonio jurado: «Sentía tal violencia en el corazón, que no me parecía posible tener libertad para hacer otra cosa.» Empezó á hacer los Ejercicios, y luego mudado de el todo, pidió á San Ignacio que le confesase generalmente, y se quisiese encargar de la dirección de su alma. Confesóle el Santo, y al fin de la confesión, le dijo estas solas palabras: «Pedro, yo os ruego que no seais ingrato á quien tanta merced os ha hecho y tantos dones os ha dado, como de Dios habéis recibido.» «Al decir estas palabras (prosigue Ribadeneyra en el testimonio citado) se me cayeron las escamas de los ojos, y se me mudó y sosegó tan de el todo el corazón, que en veinte y dos años, desde el de mil quinientos y cuarenta y tres, en que esto sucedió, hasta el presente, nunca he sentido ni un lijerísimo movimiento de dejar la Compañía.» Otros casos semejantes contaré cuando hable de el amor que tenía á sus hijos.

Una cosa guardaba el Santo en las conversaciones con gran cuidado, y era la oportunidad; porque como dice el Espíritu Santo, son manzanas de oro en lecho de plata las palabras dichas á su tiempo, y se desprecian las más preciosas cuando se dicen fuera de propósito. Cuando otro hablaba, le oía hasta acabar, sin interrumpirle; y luego le respondía yendo derecho al caso, sin divertirse en cosas impertinentes. No pasaba de una cosa á otra, sin mucha consideración; y si era menester mudar materia, no lo hacía sin dar á la persona con quien hablaba la razón por-

que pasaba á otra cosa. Hablando en una ocasión con Luis González, mudó éste materia sin dar razón por qué la mudaba, ni pedir licencia; y el Santo se estuvo mucho tiempo sin responderle, hasta que él conoció su falta. Lo mismo hacía con otros hijos suyos en casos semejantes; porque si alguno de los nuestros se le caía alguna palabra con descuido, que no le pareciese tan bien dicha ó tan apropósito, luego se mesuraba y se ponía severo, de manera que conocía luego que había habido falta, y quedaba avisado y corregido el que se descuidaba. Y esto hacía algunas veces en faltas tan menudas, que los demás no las conocían, sino él solamente, que como tenía ojos tan delicados, descubría las más mínimas; porque no sólo estaba él muy en sí, pero quería también que todos lo estuviesen; porque habiendo de tratar con prójimos para ganarlos á Dios, necesitaban de mucho cuidado en lo que habían de decir y en lo que habían de dejar. Algunas veces oía á seglares pláticas largas que se podían acortar; y después respondía de modo que se conocía haber tenido el pensamiento lejos de lo impertinente, y con una naturalidad artificiosa ó artificio natural volvía la conversación á las cosas espirituales; si se hablaba de guerras, á las de nuestro común enemigo, que nos cerca, nos combate, nos asalta, nos acomete, ya en celada, ya en lo descubierto; si se trataba de la mercancía, lo reducía á la Evangélica, en que compra barato el que da todas las cosas por la margarita preciosa, y está en nuestra mano el logro, sin riesgo de ladrones ó infortunios; y de la misma manera en todas las materias, procurando siempre que sus palabras no fuesen voces vacías, que se las lleva el aire, sino un viento abrasador que encendiese los corazones en amor de Dios.

¿Qué diré de el cuidado que ponía en el escribir papeles ó cartas, y en mirar y remirar los que por su orden se escribían? Hizo el Padre Martín de Olave una breve información, para dar razón á los Doctores de la Sorbona de el modo de proceder de la Compañía, y antes de enviarla la examinó por tres horas con atentísima consideración, sin

dejar palabra sobre que no hiciese exámen. Notando en otra ocasión el descuido de un Padre en el escribir, dijo: Yo despacharé esta noche por lo menos treinta cartas, y ninguna dejaré de leer muchas veces; y las que van de mi letra, las escribiré dos y tres veces, porque no vayan con los borrones que por enmienda ó por mejorarlas les hago. Por eso eran tan admirables sus cartas y tan eficaces para persuadir lo que quería. Habiendo escrito al Colegio de Coimbra una carta, exhortando á adelantarse en espíritu y perfección; escribió un Padre de aquel Colegio á un amigo de Roma: «Habemos recibido una carta de el Padre Ignacio, que con gran deseo esperábamos. No se puede explicar ni creer el consuelo que á todos ha causado, y los vivos deseos que en cada uno ha puesto de adelantarse en el estudio de las letras y de la propia perfección. No bastó leerla una sola vez, y muchos ruegan que todas las semanas en público se vuelva á leer; y además de esto muchos la han copiado y la tienen siempre delante de los ojos y no sin razón, porque allana todas las dificultades que pueden retardar el camino de la virtud, y maravillosamente anima y conforta á ella.» No puedo dejar de notar en la principal de sus cartas que es la de la obediencia, que habiéndola escrito el Santo por ocasión de la desobediencia de algunos, que por el demasiado fervor tenían por lícito ser maestros de sí mismos en las penitencias y cosas de el espíritu; ninguno que lea la carta sin esta noticia, entenderá que hubo desobediencia, sino que el Santo la escribió por el gran deseo que tenía de que floreciese en la Compañía esta virtud.

Universidad de Deusto Biblioteca

CAPITULO XIV

Sentimientos y ejemplos de obediencia de San Ignacio

Aunque por haber sido el Santo, Fundador y General de la Compañía, no hay tantos ejemplos que decir de su obediencia, como sentimientos y alabanzas de esta virtud; con todo eso dió algunos qué valen por muchos para ser grande en ella obrando y enseñando, y mostrar que en nada dejaban atrás sus palabras á sus obras. A sus confesores fué siempre obedientísimo, no apartándose un punto de su voluntad; y cuando se hallaba perplejo en algún caso, lo ponía en manos de su confesor y hacía lo que le mandaba, como si se lo mandara el mismo Dios. Y decía, que si Dios le hubiera dado por guía ó padre de su alma, por decirlo así, un perrillo; le obedeciera con toda sumisión, prontitud y simplicidad. De la misma manera obedecía á sus jueces, cuando era examinado y juzgado de ellos, y á sus maestros en el tiempo de los estudios, y siempre á cualquiera que tuviese una sombra de superior; y así cuando iba á servir en la cocina, siendo General, no salía en nada de la voluntad del cocinero.

Cuando estaba enfermo se desnudaba totalmente de su voluntad y juicio, para seguir en todo la voluntad y juicio de el médico, obedeciéndole en todas las cosas por árduas que fuesen, cerrando los ojos de la prudencia humana, para abrir los de la obediencia ciega. Tenemos de esto un ejemplo rarísimo, quizá no visto antes en la Iglesia. Dióle en Roma, en una ocasión, un agudísimo dolor de estómago, causado de el mucho ardor de el hígado: llamaron al médico de la casa, que era mozo de poca experiencia y no mucha ciencia: parecióle que aquel dolor procedía de grande frialdad y luego, al punto aplicó remedios que podían ayudar para calentar al enfermo; mandó cerrar la puerta y ventanas de el aposento porque no entrase nada de aire, hizo que le echasen mucha ropa y le diesen á comer cosas muy cálidas, y á beber un poco de vino de grande fortaleza: era la mitad de los caniculares, que en Roma son calurosísimos; abrasábase el Santo como si estuviera en un horno de fuego, estaba bañado de sudor, padecía una sed intolerable, crecía por momentos el dolor; pero no se quejaba, ni pedía que le quitasen la ropa, ni abriesen las ventanas, ni que le diesen de beber, ni aún hablaba una palabra, como si no padeciera nada. Advirtió que el médico había errado la cura; mas por no faltar en un punto á lo que había ordenado, ni á la perfección de su obediencia, determinó callar y morir obedeciendo. Encargó el gobierno de la Compañía á otros Padres, y mandó que no entrasen ninguno en su aposento, sino es el enfermero. Conocieron sus hijos, que esto era prepararse para la muerte, y afligidos llamaron muy de priesa á Alejando Petronio, médico insigne, el cual entrando á visitar al Santo y informándose de la enfermedad y remedios que se le habían aplicado, dió voces diciendo: Que le habían muerto. Mandó abrir las puertas y ventanas, aligerar la ropa de la cama, dar bebidas frías, y en todo aplicar los remedios contrarios, y con ellos se alivió luego el enfermo, y en premio de su obediencia le dió el Señor presto entera salud. Puédese decir de alguna manera de Ignacio, lo que le dijo San Pablo de Cristo: Que fué obediente hasta la muerte, pues aunque faltó la muerte á su obediencia, no faltó su obediencia á la muerte.

En otro caso desemejante mostró semejante obediencia. Había ayunado toda la Cuaresma hasta la Semana Santa sin dejar un día, aunque era viejo y estaba flaco y achacoso. El miércoles de la Semana Santa le dió una calentura; vino á verle Alejandro Petronio, y mandóle que no ayunase los días que faltaban de Cuaresma, y que se comiese aquella noche un pollo para recobrar las fuerzas perdidas. No replicó el Santo ni le dijo lo que era tan natural, que para cuatro días que faltaban de Cuaresma, los más santos de ella, le dejase acabar de cumplir su devoción. El mismo médico que sabía cuánta era la obediencia de San Ignacio iba dudoso si le obedecería en esto; pero el Santo

que estimaba más la obediencia en que se niega la propia voluntad, que el ayuno tomado por voluntad propia, cenó el pollo aquella noche. Vino al otro día el médico, y preguntó al Santo si había comido lo que le había mandado y respondiendo que sí, le dijo admirado: «Muchos que no han guardado la Cuaresma han caído enfermos en estos días, y mandándoles yo que coman carne, apenas lo he podido recabar, porque tienen por grave delito comerla en Semana Santa; vos Padre, al contrario, habiendo guardado toda la Cuaresma, y estando ya al fin de ella no habéis rehusado por mi orden comer carne. Esta obediencia no puedo yo admirarla bastantemente.» A lo cual respondió el Santo solamente: «Es menester obedecer.» Conoció más Petronio por este caso la santidad de Ignacio, y lo contaba con admiración á muchos.

Ya no es menester decir la obediencia que tuvo al Sumo Pontífice, que era el único superior que tenía en la tierra, después de ser General de la Compañía. Antes de fundar su Religión se había obligado con especial voto á su obediencia para cosas muy dificultosas; y no le podía mandar cosa tan árdua ni aún imposible á las fuerzas humanas, que no estuviese aparejado á ejecutarla con grande promptitud y voluntad. Dijo diversas veces, siendo ya General, que si el Papa le mandara que se embarcase en el puerto de Ostia, que es cerca de Roma, en una barca sin mastil, sin gobernalle, sin velas, sin remos, sin mantenimiento y sin otras cosas necesarias para la navegación; obedecería no sólo con prontitud, mas aún con alegría y contentamiento. Oyó esto una persona principal, y admirada le dijo: «¿Y qué prudencia fuera esa?» A lo cual respondió el prudentísimo varon: «La prudencia, Señor, háse de pedir al que manda, no al que obedece y ejecuta.» Antes de fundar la Compañía, cuando perdieron nuestros primeros Padres la esperanza de ir á Jerusalén, dijo el Padre Laynez á nuestro Padre San Ignacio, que se hallaba inclinado á ir á las Indias á la conversión de los gentiles, que perecían por falta de obreros. Respondió el Santo: «Yo no tengo esa

inclinación; porque habiendo nosotros hecho voto de obediencia al Sumo Pontífice para que nos gobierne á su voluntad, y nos envie á cualquiera parte del mundo en servicio de el Señor, debemos estar indiferentes para hacer lo que nos mandare, sin inclinarnos más á una parte que á otra. Y si yo me viera inclinado, como vos, á ir á las Indias, me procurára inclinar á la parte contraria, para llegar á aquella perfecta indiferencia que, para alcanzar la perfección de la obediencia, es necesaria.»

Ninguna virtud encomendaba más veces el Santo á sus hijos, ni con más encarecidas palabras, en la obediencia deseaba que se conociesen los hijos verdaderos de la Compañía; y así dice, que podemos sufrir que otras Religiones nos hagan ventaja en ayunos, vigilias y penitencias; pero que en la obediencia desea nos señalemos, por los grandes bienes que trae consigo esta virtud. En una carta que escribió al Colegio de Gandía, prueba con muchos lugares de la Sagrada Escritura y de los santos, y con eficaces razones, que la obediencia es un arbol que tiene por fruto todas las virtudes. Pero donde se excedió á sí mismo, fué en aquella admirable carta de obediencia, que escribió á los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús de Portugal, de la cual se guarda el original, como tesoro de gran precio, en el Colegio Imperial de esta Corte; y yo la trasladara aquí de buena gana si no estuviera tan á las manos de todos; porque no hay más que decir de la obediencia que lo que el Santo dice, y á todos puede aprovechar su doctrina para obedecer á los superiores que Dios les ha dado. San Francisco de Borja, en una carta que escribió á la Compañía, exhortando á todos, como se acostumbra, á la perfección religiosa, llegando á hablar de la obediencia, dice: «Lo que toca á la virtud de la obediencia, á la cual refiere la Compañía todas las cosas como á blanco y estandarte suyo, teniéndola por su principal torre y baluarte, aunque había por ventura algo que decir; con todo eso, porque nuestro Bienaventurado Padre San Ignacio escribió de ella una carta, no sólo provechosa pero digna de toda admira-

ción á la cual ni se puede añadir ni quitar nada, os remito á ella con esta advertencia de el Evangelio: *Hoc fac, et vives;* porque nos podemos seguramente prometer en el Señor, que si guardáremos lo que en aquella carta se contiene, nos llamemos y seamos hijos de perfecta obediencia.»

En su carta pone San Ignacio tres grados de obediencia. El primero de ejecución, que hace lo que el superior ordena; el segundo de voluntad, que añade á la ejecución, querer lo que el superior quiere; el tercero de juicio, que añade á la voluntad juzgar lo que el superior juzga; porque aunque como, advierte el mismo Santo, el entendimiento no tiene la libertad que tiene la voluntad, y naturalmente da su asenso á lo que se le representa como verdadero, todavía en muchas cosas en que no le fuerza la evidencia de la verdad conocida, puede con la voluntad inclinar al entendimiento; y en tal caso, todo obediente verdadero debe inclinarse á sentir lo que su superior siente. De estos tres grados, dice el Santo, que el primero es imperfecto, el segundo se acerca mucho á la perfección de la obediencia y el tercero perfectísimo y supremo; porque en el primero obedecen las manos y repugna la voluntad; en el segundo obedece la voluntad y contradice el entendimiento; y en el tercero obedecen las manos, la voluntad y el entendimiento, porque todos se rinden y sujetan á Cristo en el superior, que está en su lugar.

Solía decir el Santo, que la obediencia que sólo tiene la ejecución exterior, es tan imperfecta, que aún no merece el nombre de obediencia. Y que los que obedecen sólo con la voluntad y no con el juicio, no tienen más que un pie en la Religión, y suelen caer en grandes inconvenientes, y enredarse con grandísimos lazos y molestias, trayendo afligida la conciencia, porque desdicen mucho de el fervor y espíritu, que tuvieron al principio de su vocación. Mas cuando llega un religioso á obedecer con la voluntad y el juicio, está verdaderamente muerto al mundo y vive á Dios, y no anda desasosegado ni inquieto entre vientos y olas de deseos y turbaciones; sino está sosegado y tranquilo como el mar cuando está en calma. Mas los que hacen con la obra lo que les mandan, pero repugnan con la voluntad ó contradicen con el juicio, estos han empezado á morir, pero aún no han muerto ni han llegado á ser como el grano de trigo, que para dar fruto cayendo en la tierra, ha de morir primero. Quería que se obedeciese no sólo á los superiores mayores, mas también á cualquiera que tiene una sombra de superior, no mirando nunca á quien se obedece, sino por quien se obedece, que es Cristo. «Acá en casa, dice el Santo en una carta, usamos tener dos Ministros, uno subordinado al otro; y á cualquiera de ellos, aunque sea lego, han de obedecer cuantos hay en casa, como á mí y á cualquiera que mi lugar tuviere.» Decía que el verdadero obediente ha de ser como el fiel de el peso, que está enmedio sin inclinarse más á una parte que á otra.

Después de haber dado en vida muchos documentos acerca de la obediencia; no mucho antes de su muerte quiso dejarnos encargada esta virtud, como en testamento y última voluntad, y llamando á un hermano llamado Juan Felipe Vito, le dijo: «Tomad la pluma y escribid, que quiero dejar á la Compañía escrito lo que yo siento acerca de la obediencia;» y dictó en lengua castellana los once capítulos que se siguen con sus mismas palabras:

«1. A la entrada de la Religión, ó entrando en ella, debo ser resignado en todo, y por todo, delante de Dios nuestro Señor y delante de mi Superior.

2. Debo desear ser gobernado y guiado por el tal Superior, que mira á la abnegación de el propio juicio y entendimiento.

3. Debo hacer en todas cosas, donde no hay pecado, la voluntad de el tal, y no la mía.

4. Hay tres maneras de obedecer. Una, cuando me mandan por virtud de obediencia y es buena. Segunda, cuando me ordenan que haga esto ó aquello, y es mejor esta. Tercera, cuando hago esto ó aquello, sintiendo alguna señal del Superior, aunque no me lo ordene, y esta es mucho más perfecta.

Universidad de Deusto
Biblioteca

5. No debo hacer cuenta si mi Superior es el mayor, ó mediano, ó menor; mas tener toda mi devoción á la obediencia, por estar en lugar de Dios nuestro Señor; porque á distinguir esto, se pierde la fuerza de la obediencia.

6. Cuando yo tengo parecer ó juicio, que el Superior me manda cosa que sea contra mi conciencia, ó pecado, y al Superior le parece lo contrario; yo debo creerle, donde no hay demostración, y si no lo puedo acabar conmigo, á lo menos deponiendo mi juicio y entender, debo dejarlo en juicio y determinación de dos ó tres personas. Si á esto no vengo, yo estoy muy lejos de la perfección y de las partes que se requieren á un verdadero religioso.

7. Finalmente no debo ser mío, mas de Aquel que me crió, y de aquel que tenga su lugar, para dejarme menear y gobernar y así como se deja traer una pella de cera con un hilo; tanto para escribir ó recibir letras, cuanto para hablar con personas, con estas ó con aquellas, poniendo toda mi devoción á lo que se me ordena.

8. Que yo debo hallarme como un cuerpo muerto, que no tiene querer ni entender; segundo, como un pequeño Crucifijo que se deja volver de una parte á otra sin dificultad alguna; tercero, debo asimilar y hacerme como un báculo en mano de un viejo, para que me ponga donde quiere y donde más le pudiere ayudar. Así yo debo estar aparejado, para que de mi la Religión se ayude y se sirva en todo lo que me fuere ordenado.

9. No debo pedir, rogar ni suplicar al Superior, para que me envíe á tal ó tal parte, para tal ó tal oficio; mas proponer mis pensamientos ó deseos, y propuestos echarlos en tierra, dejando el juicio y mandamiento al Superior para juzgar y tener por mejor lo que juzgare, ó lo que mandare.

10. También en cosas leves y buenas se puede pedir y demandar licencia, así como para andar las estaciones ó para demandar gracias ó cosas símiles, con ánimo preparado que lo que se concediere ó no, aquello será lo mejor.

11. Asimismo cuanto á la pobreza, no teniendo ni estimando en mí cosa propia, debo hacer cuenta que en todo lo que poseo para el uso de las cosas, estoy vestido y adornado como una estátua, la cual no resiste en alguna cosa cuando ó por qué le quitan sus cubiertas.» Hasta aquí son palabras de N. S. P.

Para alcanzar la perfecta obediencia que nos enseñó, daba estos medios, entre otros:

1. Que nos pongamos en las manos de Dios; fiándonos de su eterna providencia, con que gobierna al universo y da á cada uno la gracia que ha menester, según la medida con que Cristo reparte sus dones; esperando que dará gracia al Superior para que me mande lo que conviene, y á mí para obedecerle.

2. Que sigamos el espíritu de nuestra vocación, y pongamos los ojos, no en el que nos rige, sino en aquel á quien representa, que es Cristo, presuponiendo lo que el Superior ordena, es ordenanza de Cristo nuestro Señor.

3. Que no demos oídos á los argumentos falaces con que la carne nos pretende apartar ó hacer aborrecer la obediencia; antes busquemos razones verdaderas para apoyar lo que el Superior ordena ó á lo que se inclina.

4. Que traigamos delante de los ojos los ejemplos de los santos, que se esmeraron en la perfecta y sencilla obediencia, y especialmente los de Cristo, que fué hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

5. Que desnudos de soberbia y vestidos de humildad, sintamos bajamente de nosotros mismos, y consideremos cuántas veces hemos errado en el juicio y otro pecado, por dejarnos guiar de él.

Conforme á su doctrina pedía á sus súbditos la obediencia, y los probaba y ejercitaba de diversas maneras. Mandábales cosas impertinentes y repugnantes entre sí, como que alguno fuese procurador y predicador á un mismo tiempo; que leyese filosofía y gramática; y quería que el maestro de teología estuviese dispuesto para ser cocinero. Algunas veces llamaba á los sacerdotes que estaban ya revestidos para decir misa, sólo para probar su obedien-

cia, y en desnudándose de las vestiduras sacerdotales, los mandaba volver. A los que tomaban la obediencia con algo de latitud, los llamaba de repente, aun cuando estaban en la iglesia cercados de gente para confesar; y porque uno se detuvo algo una vez, le quiso dar una grave penitencia. Vivía enfrente de nuestra casa una mujer de mala fama, la cual acostumbraba echar todos los días la basura de su casa á la puerta de nuestra iglesia; sentíalo el Santo por la irreverencia que al templo se hacía, y mandó á Emerio de Bonis, nuevo en la Religión, que estaba indiferente aún para coadjutor ó estudiante, como algunos al principio, y hacía entonces oficio de portero, que dijese á la vecina que echase la basura en otro lugar más acomodado. Emerio, que era muy modesto y vergonzoso, por no hablar con aquella mujer, envió á otro que se lo dijese. Súpolo el Santo, y aunque alabó el recato de el mancebo, castigó aquella levísima desobediencia, mandando á Emerio que saliese por espacio de seis meses al refectorio con una campanilla, y dijese en alta voz estas palabras: *Volo, ac nolo, non habitant in hac domo.* Si alguno se hincaba de rodillas delante de él para pedirle alguna penitencia ó perdón de alguna falta, y no se levantaba al punto que se lo mandaba, hacía que se quedase allí de rodillas en penitencia, para que entendiesen todos que no es verdadera humildad la que no es prompta obediencia. Estando hablando con un caballero, hizo señas á un coadjutor que estaba presente, para que se sentase; no se sentó por respeto y reverencia; mandóle que pusiese el asiento sobre su cabeza, y le tuvo de esta manera todo el tiempo que habló con aquel caballero.

Aun los negocios de gloria de Dios, que estaban empezados, quería se dejasen con prontitud cuando lo mandaba la obediencia, y que los que hacían fruto en algún lugar, lo dejasen por otro, donde no sabían si sería fructuoso su trabajo, si se lo ordenaban, esperando que lo que se deja por Dios, se logrará muy mejor con el favor de el mismo Dios, que en todo quiere ser obedecido en el Superior. En

este modo de obediencia se señaló mucho Fabro, que dejó á Alemania por España cuando era grandísimo el provecho que hacía en Alemania, y luego dejó á España por Alemania, siendo en España increíble el fruto de su trabajo. Pero ¿quién más rendido que Javier, que cuando estaba dando á Jesucristo muchos reinos en el Oriente, escribió á San Ignacio en diversas cartas, que estaba aparejado para dejarlo todo y ir á Roma si se lo mandase? A un sacerdote que pedía hacer una peregrinación piadosa con mucha instancia, se la negó y le mandó tomar muchas disciplinas, no porque pedía cosa mala, sino porque pedía una cosa buena con muchas instancias y con poca indiferencia. A los que veía muy fijos en su juicio; procuraba, cuando no había inconveniente, que le depusiesen y siguiesen el parecer de otros. Y alegrábase mucho cuando encontraba algunos que no tenían otra voluntad y juicio que la de el Superior, y no querían otra cosa sino no querer nada, ni juzgaban, sino que no tenían juicio propio; y halló muchos de esta obediencia tan perfecta.

No sufría desobedientes, y así escribió al Colegio de Gandía, que quien no estuviese dispuesto á dejarse gobernar de cualquier Superior, dejase la Compañía, porque en ella no podía vivir quien no estuviese de el todo sujeto á la obediencia; y á un Provincial de Portugal, que había tolerado algunos inquietos y desobedientes, le reprendió ásperamente en una carta, y mandó á él y á todos los demás Superiores: con precepto de obediencia, que á cuantos viesen rebeldes y desobedientes los despidiesen constantemente, sin reparar en prendas ni talentos. En recibiendo esta carta el Padre Leonardo Kessel, que era varón santo y Rector de Colonia, despidió ocho, de quince que tenía en su Colegio, porque se le habían amotinado y no le querían obedecer; teniendo después escrúpulo de si había excedido, escribió á San Ignacio las causas porque los había despedido, pidiendo penitencia. El Santo le respondió que no tuviese escrúpulo de lo que había hecho, porque estaba bien hecho, y que despidiese los siete que le quedaban, si

no eran quietos y obedientes, y tales que pudiesen servir en la Compañía á Dios nuestro Señor. Solamente hallaba San Ignacio en este hecho, la culpa de no haber despedido antes los desobedientes; cuando quizá con la pérdida de uno ú dos, se hubieran conservado los demás.

Por la misma razón, y otros inconvenientes que se suelen seguir, no podía tolerar los durós de juicio y pertinaces en su parecer; y decía muchas veces, que ni una noche quería dormir en una casa con un cabezudo. Mostróle bien, despidiendo á Francisco Marín, hombre de muchas letras, y que había manejado en el siglo grandes negocios. Habíale hecho ministro de la Casa profesa de Roma; y en el oficio mostró tal dureza, que no había razón ni medio para apartarle de lo que una vez aprehendía. Quitóle el ministerio, juzgando que no era bueno para superior quien no sabía rendir su juicio á otro, ni podía mandar quien no sabía obedecer, y metióle en Ejercicios por si con ellos se ablandaba aunque Nadal decía, que había de desacreditar los Ejercicios, resistiéndose á su eficacia: prometió en ellos grande enmienda, y el Santo le volvió á su ministerio y él se volvió á su dureza. Súpolo Ignacio muy entrada la noche, y envió á su aposento quien le dispertase y hiciese levantar de la cama, y le despidiese luego, sin esperar la mañana; queriendo poner miedo á los demás con este ejemplo de severidad, y enmendar á muchos con el castigo de uno. Otro Martín hubo en Roma, por nombre Antonio, doctor parisiense y el primero que leyó filosofía en el Colegio romano, tan estimador de su juicio, que reprobaba muchas cosas de la Compañía porque no eran como á él le parecía que habían de ser; y decía públicamente su sentimiento. Llamóle San Ignacio y díjole: que Aristóteles no había de dar leyes al Evangelio, ni se habían de gobernar las cosas del espíritu por humana filosofía. Y no pudiendo con razones apartarle de su parecer, le despidió luego de la Compañía; aunque por la penuria de los sujetos que había entonces, hacía mucha falta para el empleo de maestro que ejercitaba. Y como el Padre Luis González se lamentase con

el Santo de la pérdida de este sujeto, por la falta que hacía, le dijo sonriéndose: «Id, y convertidlo.» Como quien le pedía un imposible; que tal juzgaba ablandar un duro y reducir un pertinaz, como se conoció en un estudiante tudesco. Habíale metido el demonio en la cabeza, que tenía el espíritu de San Pablo, y no quería obedecer á ninguno, estimándose él por la regla de los aciertos. No pudieron los Padres más doctos de la casa reducirle, ni el mismo San Ignacio, y así le despidió luego. Lo mismo hacía con todos los hombres de peregrinas y extravagantes opiniones, por ser una peste que fácilmente se pega y inficiona á los demás.

Quiero añadir aquí una palabra de la pobreza y castidad de San Ignacio, por no separar las tres virtudes religiosas. El primer paso de su vida perfecta, fué de excelentísima pobreza, propia de los Apóstoles y varones apostólicos, dejando cuanto tenía y podía tener en el mundo por seguir á Cristo. Y la pobreza que salió con él de su casa, le acompañó toda la vida en los caminos, en las ciudades y en todas partes, como hemos visto; siendo su habitación los hospitales; su compañía, la de los pobres; su comida, la limosna; su vestido, más para mover la risa de los que le miraban que para cubrir la desnudez; su provisión, no tener nada; y su deseo, carecer de todo; hasta en el nombre quería parecer lo que era, llamándose: «el pobre peregrino.» Después de General de la Compañía deseaba para sí lo peor de la casa en el vestido, comida y aposento. No admitía sino manjares groseros; el vestido era pobre pero limpio, porque aunque era amigo de la pobreza no lo era de la poca limpieza; el aposento que escojió era tosco, obscuro, bajo y estrecho; tenía diez palmos de alto, catorce de ancho y veinte y nueve de largo. Las alhajas, las que preparó la Sunamitis para Eliseo, cama, mesa, silla y candil; añadiendo los libros, sin que no puede pasar la obligación de sacerdote y la devoción de religioso.

Era devotísimo de el Nacimiento de Cristo por la suma pobreza que en él resplandece; y desde el principio de su

Universidad de Deusto
Biblioteca

conversión deseó mucho imitar á su Redemptor en suma pobreza espiritual y actual, que son sus términos. Y contemplando á Jesús, María y José pobres en el portal de Belén, se consideraba con gran consuelo un pobrecito humilde, que los servía en sus necesidades con gran reverencia y acatamiento. De la pobreza actual decía grandes alabanzas, llamándola firme muro de la religión, castillo de los religiosos y otras semejantes. A sus hijos los quiere muy pobres, no queriendo que ninguno tenga el uso de cosa propia como propia, ni que disponga de nada sin licencia del Superior; quiere que se contenten con lo peor de la casa, y que estén aparejados á mendigar siempre que la obediencia ó la necesidad lo pidiere. En las Casas profesas puso la mayor pobreza que se puede imaginar, no queriendo que tuviesen ninguna manera de renta para el sustento ni aún para la sacristía, sino que viviesen sus hijos en ellas de las limosnas que se piden de puerta en puerta, mostrando su afición á esta virtud, y que esta pobreza pusiera en toda la Religión, si no embarazara, el principal fin de nuestra profesión. Mas, para que todos experimentasen la pobreza con que él se halló tan bien; manda que en el tiempo de el noviciado salgan los novicios á peregrinar á pie y sin viático, pidiendo limosna, colgados sólo de la Providencia divina. Fué él muy desinteresado, y tales desea á sus hijos. Avisáronle de Portugal que había unas vacantes de beneficios eclesiásticos que aplicaría el Papa, si se lo pidiesen, á un Colegio de aquel Reino. Mas no quiso hablar ni que hablase ninguno de sus hijos, respondiendo: Que convenía más á los de la Compañía procurar las cosas celestiales y eternas, que las terrenas y transitorias. Uno de los avisos que dió al Padre Alonso Salmerón y Pascasio Broet, cuando fueron por Nuncios á Hibernia, enviados de el Papa, fué que de los derechos que les tocasen por el oficio de Nuncios no tomasen nada para sí, sino que sin llegar á sus manos se distribuyese á pobres, de manera, que pudiesen jurar que la dignidad y oficio no les había valido un maravedí.

Su castidad, después que la Virgen le trajo tan precioso dón, fué más angélica que humana, no sintiendo, como dijimos, jamás movimiento sensual en la carne, ni fea representación en el espíritu. Con este privilegio, aunque por necesidad leyese ú oyese cosas poco honestas, no se manchaba más en ellas que el sol en los lugares inmundos; y tratando con grandes pecadores y mujeres perdidas, para sacarlas de el cieno de sus culpas y curar sus enfermedades, no se le pegaba más de su contagio, que al alma se le pega de el cuerpo leproso y llagado. Mas por no haber alcanzado tan singular dón de Dios, y tener rendida la carne al espíritu, y vencida esta poderosa pasión, se fiaba de sí mismo y se descuidaba; antes sabiendo, como experimentado capitán, que de ningún enemigo se debe temer más que de el que no se teme por la confianza que á nosotros nos hace descuidados y al enemigo atrevido; así castigaba su carne con todo género de asperezas, como si estuviera rebelde contra el espíritu. Y porque la castidad es una joya, que se guarda cerrando las puertas de los sentidos, para que no entre por ellos el ladrón á robarla, cerraba los suyos con mayor cuidado, que cierran las puertas de la ciudad los que están cercados de enemigos. Desde el principio de su conversión, hasta su muerte, nunca miró ninguna mujer al rostro, aunque fuese muy espiritual y santa. Huía de la familiaridad de todas las mujeres, y cuando era necesario tratar con alguna para el bien de su alma, era con grande recato y circunspección. A este recato de San Ignacio podemos atribuir lo que afirman personas graves con juramento en los procesos para su canonización; que con solo mirar á los tentados y afligidos, los libraba de las molestias de la carne, y infundía pensamientos santos. ¡Raro modo de ahojar, y extraña pureza, la que llenando su espíritu y su carne, rebosaba por los ojos, y con mirar vencía en otros las batallas más peligrosas, en que es contínua la pelea, y rara la victoria! Por eso los que sabían este privilegio, aconsejaban á los tentados que se pusiesen á vista de San Ignacio; y en Barcelona lo hacían así muchas personas, cuando pasaba por las calles.

Universidad de Deusto Biblioteca

Fué celosísimo de introducir y conservar la castidad y pureza, no solamente en sus hijos como pondera el Pontífice en la Bula de su Canonización, mas tambien en todos aquellos con quien trataba, y especialmente con la juventud que es tan deleznable en esta materia. ¿Cuántas veces lo hemos visto exponer á manifiesto riesgo su vida, por conservar la castidad de alguna persona? Manda en las Constituciones que en nuestras Escuelas de Humanidad se cuide mucho de la castidad y pureza de los niños, apartándoles cualquier tropiezo de perderla ó deslucirla, y por eso no quiere que se lean libros latinos ó griegos, poco castos, aunque sean de autores muy elegantes y príncipes, sin estar expurgados de las cosas y palabras poco honestas. Y añade, que si algún autor no puede ser expurgado antes se deje de explicar, que se lea cosa que puede ofender la pureza; previniendo con castísima prudencia, que no se introdujese en el corazón de los niños el veneno contra la castidad, por los ojos y oidos, y se hiciese con su lección más daño á sus costumbres, que provecho á sus ingenios. De el celo que tuvo de la pureza de sus hijos, que quiso fuese angélica, no hay para qué hablar. En una ocasión despidió nueve juntos, por no se qué falta de honestidad; y de los ocho nos dejó escrito su Secretario, que parecían tener levísima culpa.

CAPITULO XV

Amor que tenía San Ignacio á sus hijos

La caridad con los hombres, que es la segunda virtud de San Ignacio, hija de la caridad con Dios, empezaremos por la que tenía con sus hijos, que eran los primeros acreedores de su amor. Amábalos, no sólo como padre, sino como madre, juntando la ternura con la discreción; y mostraba este amor en todas las cosas, de manera que cada uno pensaba que era el más querido, obligando á todos con una suave violencia á que le amasen tanto, que no tenían

mayor consuelo que vivir en su compañía, ni sentían mayor pena que ausentarse de su presencia. Y esto, aunque los reprendiese y castigase severamente; antes le amaban entonces más, sabiendo el amor de que nacía. Por eso el Padre Codacio cuando el Santo le trataba con mayor aspereza, decía lleno de gozo y consuelo: ¡Oh suave Padre! Y solía decir que ni con azotes le podría echar el Santo de la Compañía.

Mostraba grande estima de todos sus hijos, y hablaba de ellos como de varones perfectos, ó que deseaban mucho la perfección. Y aunque los reprehendiese alguna falta de caridad, ó humildad ú obediencia, nunca los llamaba vanos, ó iracundos ó desobedientes, afeando toda la culpa sin desdorar la persona. No descubría las faltas de nadie si no era precisamente necesario para remediarlas; y entonces si bastaba consultarlas con uno, no las consultaba con dos, y no encarecía ni ponderaba la falta, sino con una simple narración contaba lo que había pasado. Y castigaba severamente á los que hablaban mal de los otros hermanos, ó daban ocasión con sus palabras á que se hiciese menos buen concepto de ellos. A un Padre anciano y muy siervo de Dios, mandó hacer una disciplina de tres Psalmos, porque había dicho fuera de casa que otro enfermo con la calentura desvariaba y decía algunas cosas, que no las dijera si estuviera en sí.

No sospechaba fácilmente culpa de ninguno, y era dificultoso en creer las delaciones, aunque las hiciese Polanco ú otro de semejante prudencia y religión; haciendo el amor, que lo excusase todo y interpretase benignamente. Solía, cuando le declaraban la falta de alguno, pedir al que le hacía la delación, que se la trajese por escrito, especialmente cuando reconocía en el modo de decirla más pasión que celo; porque las palabras, decía, salen más consideradas de la pluma que de la lengua. Mayor cautela guardaba en calificar los defectos de los ausentes, que como no pueden ellos dar razón de sí, es menester que el juez haga papel de abogado; y como la distancia ordina-

riamente hace crecer las cosas, necesita la prudencia de minorar todo lo que ha añadido la malicia ó credulidad. Habiendo ido dos hijos suyos á predicar á la isla de Córcega, con poderes de la Silla apostólica para remediar muchos desórdenes, ellos en pocos meses hicieron su oficio como varones apostólicos, quitando escándalos, desarraigando abusos y atajando grandes males. Algunas personas eclesiásticas y religiosas que no querían tanta reformación, escribieron á Roma muchas calumnias contra los Padres, las cuales llegaron á oídos de los Príncipes y Cardenales, y de el Sumo Pontífice. Sabiendo San Ignacio el descrédito que los Padres padecían; envió á la isla al Padre Sebastián Romeo, varón muy prudente y religioso, para que con gran cuidado averiguase la verdad, y le trajese testimonios jurídicos de el modo de proceder de aquellos Padres. Entró Romeo en la isla disimulado, y halló en Córcega tantas alabanzas de los que en Roma padecían tantas calumnias, que volvió presto á Roma, trayendo testimonios de el Gobernador, de los Magistrados y personas principales de toda la isla, en que hablaban con tanto encarecimiento de su santidad, celo y trabajo, que el Santo no las podía oir sin confusión, por la parte que le tocaba, y con ellos se satisfizo al Papa, Cardenales y Príncipes, y demás personas mal informadas. De esta manera miraba por el crédito de Miguel de Torres en Salamanca, y de Francisco de Villanueva en Alcalá, y de todos los que eran perseguidos ó padecían algún descrédito por hacer el servicio de Dios. Quería que sus hijos sirviesen á Dios *per infamiam, et bonam famam*, pero él cuidaba de su fama con extraño cuidado; y así escribe Luis González: «Nuestro Padre por una parte quiere que los que están á su obediencia no tengan cuidado de sí en ninguna cosa, sino que todo lo dejen en el Superior, y el Padre tiene tanto cuidado de ellos, y principalmente en el punto de la reputación y crédito, que seguramente se pueden descuidar.»

No anteponía uno á otro, por excusar los celos que son enemigos de la caridad; más alababa á cada uno según sus méritos, y le asistía según su necesidad. Por esto en la elección de General eligió al mejor, sin elegir á ninguno determinadamente, por no determinar que ninguno era el mejor. Cuando Marcelo Segundo le pidió dos Padres para que le asistiesen en su Palacio Apostólico para la reformación que deseaba; como el ministerio era de tanta honra y confianza, no quiso señalar á ninguno sino remitiólo á una junta de muchos Padres. Y lo mismo hacía en semejantes ocasiones: verdad es, que proponía á los electores las calidades que había de tener el sujeto, y pintaba con tan vivos colores al más digno, que luego se iban los ojos de todos á aquel en quien los había puesto primero San Ignacio. Cuando encomendada algún negocio importante á alguno, hacía de él toda confianza dándole las instrucciones que le parecía, y dejándole obrar según su capacidad y talento; y si le avisaba de algunas cosas particulares que se le ofrecían, añadía: «Vos que estáis al pie de la obra, veréis mejor lo que se debe hacer.» A todos recibía con grande benignidad y maravillosa afabilidad cuando venían á él, y los agasajaba y regalaba en las ocasiones, hasta los Hermanos coadjutores, cocinero, portero, y los que se ocupaban en los oficios más bajos de Casa. Concedíales cuanto le pedían, siempre que no había inconveniente. Solía algunas veces proponerle las razones que había para negarlo; añadiendo que todas no pesaban tanto como el deseo que tenía de darles contento. Cuando los inconvenientes eran tales, que no se podía justamente conceder, negábalo de manera que el mismo que lo pedía fuese satisfecho de su buena voluntad, y de la imposibilidad ó inconveniente.

No quería que á ninguno faltase lo que permite la pobreza religiosa. Y llegaba á tanto su cuidado, que si alguno había de hacer viaje, se presentaba primero al Santo y él le examinaba muy por menudo, si le faltaba algo de lo que conviene á un caminante pobre y religioso. Pero si padecía algún trabajo, no podía sosegar hasta remediarle. Navegando de Gandía á Roma, llamado de el Santo, el Padre Juan Gutano, francés, varón docto y religioso, le llevó

una tempestad á las costas de Sicilia, donde le cautivaron los moros y llevaron á Africa. Atravesó esta nueva el corazón de el santo Padre, y de buena gana se vendiera él por la libertad de su hijo. Al punto escribió á Juan de Vega, su grande amigo que era Virey de Sicilia, para que dispusiese el rescatarle; y escribió á los Padres que estaban en aquella isla, que por todos los medios posibles procurasen la libertad de el Padre Gutano: y á los Rectores de Palermo y de Mesina, mandó con precepto de santa obediencia, cosa desusada en él, que le escribiesen todas las semanas las diligencias que habían hecho en este negocio. Pero quiso Dios sacar al buen Padre de la carcel de el cuerpo antes que de el cautiverio, y darle la libertad de los bienaventurados en lugar de la temporal; dejando al Santo lastimado, aunque conforme con la voluntad del Señor.

Con los enfermos era su cuidado mayor de lo que se puede encarecer con palabras, como testifica Luis González; y Ribadeneyra escribe que á los que lo vieron causaba admiración, y á los que lo oían parecía encarecimiento: el mismo Santo solía decir, que Dios con gran providencia había querido que él tuviese tan corta salud, para que por sus trabajos y dolores supiese estimar los ajenos, y compadecerse de los enfermos. Tenía ordenado, que en cayendo alguno malo se lo avisasen, y luego le visitaba y mandaba que le proveyesen de todo cuanto mandaba el médico; y no reparaba en ningún gasto que se hiciese, aunque estuviese la casa muy pobre y empeñada. Dos Coadjutores, uno español y otro francés apenas habían entrado en la primera probación, cuando cayeron ambos enfermos. Había otros enfermos en casa, faltaban aposentos, y la casa estaba con mucha necesidad, teniendo más de setenta sujetos que sustentar. Díjole al Santo no sé quién, que sería bien enviar estos dos enfermos al hospital, hasta que sanasen, á lo cual respondió el Santo: «De ninguna manera; nunca Dios tal permita, que falte lugar en nuestra casa á los que dejaron su casa, y renunciaron al mundo por servir á

Dios. Démosles lo necesario á ellos, que Dios por ellos nos dará lo necesario á nosotros. «Mandó el médico que se diese á un hermano Coadjutor un manjar de más precio que lo ordinario; mandólo comprar el Santo. Vino el comprador y díjole: que sólo había en casa tres julios, para comprar que comer á toda la Comunidad y respondió: «Gástense con el enfermo, que nosotros que estamos sanos con pán sólo nos podemos pasar. Cuando no había dineros para comprar lo que ordenaba el médico, mandaba vender unos pocos de platos y escudillas de peltre, que había en casa; otras veces mandaba vender las mantas, lo cual se hacía ordinariamente de esta manera: echaba el comprador suertes sobre su manta, la de el Santo y la del Procurador, y aquella se vendía á quien le caía la suerte. Quería que le viniesen á decir dos veces al día, si el comprador había traído lo que el médico había ordenado, y examinaba al enfermero como cumplía el orden del médico y con su oficio. Si hallaba falta en alguno en la asistencia de los enfermos, no lo dejaba sin castigo: y en estas ocasiones la caridad le hacía parecer riguroso. Descuidáronse el Ministro y el enfermero de llamar al médico á tiempo para un enfermo; y el Santo los hizo salir de casa á la media noche, mandándoles que no volviesen á casa sin él; y como quella no era hora de buscarle, hubieron de dormir en el hospital hasta la mañana.

Decía que sólo el cuidado de los enfermos le hacía temblar delante de Dios; y por eso nunca quiso dejar este cuidado á otro. Estando el Santo muy flaco y enfermo, tanto que se vió obligado á nombrar Vicario General que le descuidase y aliviase de los negocios para poder cobrar algunas fuerzas; ordenó al Ministro que todo lo que por las reglas de su oficio estaba obligado á consultar con él, lo consultase con el Vicario; y solamente reservó para sí el cuidado de los enfermos, y quiso que de estos se le diese cuenta todos los días. Este cuidado le traía solícito de día y le desvelaba de noche. Cuenta Ribadeneyra, que habiéndole sangrado una noche de un brazo, puso el Santo

un Padre que estuviese con él asistiéndole toda la noche, para cuidar que estuviese la venda bien atada: y no contento con esto, estando todos durmiendo él estaba velando con el cuidado de sus hijos, y envió dos ó tres veces á otro, para que reconociese el brazo de el enfermo, y viese si estaba bien atado porque no sucediese, que durmiéndose el Padre sucediese por descuido lo que ha sucedido á muchos, que desatándoles la venda, perdieron la vida. Con otros hacía lo mismo en semejantes casos. A los Rectores de los Colegios escribía que cuidasen mucho de los enfermos. También solía escribir á los mismos enfermos, para consolarlos con sus cartas El consuelo que ellos recibian se puede conocer de lo que responde el Padre Salmerón á una carta que le envió San Ignacio, habiendo enfermado en Padua: «De la carta de V. R. he conocido verdaderamente cuánto siente esta mi enfermedad, y el amor paternal y entrañas de misericordia con que á todos nos abraza; y ciertamente me persuado que con las oraciones de V. R. principalmente he conseguido lo que ni hicieran los médicos ni las medicinas. Concédame Dios, siempre misericordioso con los pobres, esta gracia más, que no corresponda tibiamente á tan grande amor con que V. R. Padre de todos, nos consuela y alivia á todos.» Algunas veces servía á los enfermos por su misma persona, con tanta caridad y humildad como si no tuviera otro oficio. Afirma Ribadeneyra, que le vió limpiar las camas de los enfermos. Peregrinando juntos el Santo y el Padre Laynez, le dió á Laynez un dolor gravísimo repentinamente, y él con grande compasión y amor, de un real que sólo había juntado de limosna alquiló una cabalgadura y envolviendo con su manteo al Padre Laynez, le ayudó á subir en ella y él para animarle iba delante á pie como mozo de espuelas con tanta ligereza, que Laynez á caballo no le podía alcanzar. Estando el Padre Jerónimo Otelo, predicador de la Casa Profesa de Roma y hombre muy penitente, enfermo y á peligro de quedar inútil; el Santo le tomó á su cargo, y con quitarle los libros y la oración por tres semanas,

y hacerle dormir más y comer mejor y llevarle consigo al campo, le curó de manera, que vivió después muchos años predicando con gran fruto y edificación en las principales ciudades de Italia y de Sicilia.

No cuidaba menos de que no enfermasen los sanos, que de que sanasen los enfermos. Habiendo muerto, ó debilitádose mucho á los principios algunos de nuestros estudiantes, mozos de gran virtud y habilidad, por el demasiado fervor; teniendo mucha necesidad y empeños, hizo labrar una casa en una viña, dentro de los muros de Roma, donde fuesen los estudiantes á recrearse honestamente á sus tiempos, y cobrasen nuevos alientos para trabajar. Y como algunos le dijesen, que en tiempo tan apretado harto se hacía en vivir y pasar sin labrar casa de campo, nunca quiso desistir de su propósito, diciendo: «Más estimo yo la salud de cualquier hermano, que todos los tesoros de el mundo; porque cuando uno está enfermo, no puede trabajar ni ayudar á los prójimos; cuando está sano puede hacer mucho bien en servicio de Dios.»

Por la misma razón no cargaba á sus hijos más de lo que cómodamente podían llevar, y quería que anduviesen antes descansados que ahogados. Sino es cuando alguno por su recia condición y rebeldía de su carne, no se amoldaba á la disciplina religiosa; que si no bastaban otros medios, solía cargarle más de lo que podía llevar; y si caía enfermo, sin olvidarse en la cura de la benignidad de padre, se acordaba de lo que el enfermo había menester para su salud espiritual. En las cosas fáciles procuraba saber por medio de algún confidente, la inclinación de cada uno, para que siendo el trabajo conforme al genio, se hiciese más suave. En las cosas dificultosas mandaba que, después de hecha oración, le diese por escrito estos tres puntos; si estaba aparejado para hacer la tal cosa, si se la ordenase la obediencia; si tenía inclinación á ella; si le dejaran en su mano hacerla ó no hacerla, qué haría. Y como el Santo era tan padre y tan amoroso con todos sus hijos, ellos le eran tan obedientes y rendidos, que le entregaban

sus voluntades y quereres, no queriendo más de lo que él quería, descuidando ellos de sí, y cuidando él de ellos, con una amorosa competencia; queriendo tomar los hijos mayores cargos que las fuerzas podían llevar, y quitándoles el Padre mucha parte de la que podían sufrir; no mirando ellos á su salud, viendo lo que él miraba por ella, sanos y enfermos. No quiero olvidar que si alguno en el tiempo de la enfermedad mostraba poca paciencia y resignación en sus dolores, ó poca obediencia á los médicos y enfermeros, ó se quejaba demasiado; callaba entonces y le consolaba y alentaba con buenos consejos y amorosas palabras, hasta que estaba de el todo sano; y entonces le reprehendía y daba la penitencia que merecía la culpa.

¿Quien así cuidaba de la salud corporal de sus súbditos, cuánto cuidaría de la espiritual? Aquí era principalmente donde sentía lo que dice el Apóstol: «¿Quién está enfermo que yo no enferme? ¿Quién padece escándalo que yo no me abrase?» Aquí eran sus cuidados, sus desvelos; y si la tentación era cerca de la vocación, como esto es arrancar el arbol y quitar toda la esperanza de los frutos, era mayor su pena. Y no había medio que no tomase para conservar en la Religión á los que querían dejarla, ofreciendo él oraciones, lágrimas y penitencias, y haciendo que otros hiciesen lo mismo; y esto, no sólo cuando los tentados habían hecho los votos, pero también con los novicios, aunque tuviesen solos cuatro días de Religión. Tres días enteros se estuvo sin comer ni beber, por conservar á uno en la Compañía. Y como negociaba primero con Dios, muchas veces bastaban pocas palabras por detener á los que se habían resistido á muchas diligencias y persuasiones. A uno muy obstinado en querer dejar la Compañía, llamó á su aposento; y á pocas razones se arrojó á los piés de el Santo, y en lugar de las importunaciones que le había hecho para que le despidiese de la Compañía, le suplicó con más lágrimas que palabras, que le diese cuantas penitencias quisiese, como no le echase de la Religión. A que el Santo respondió, dándole un abrazo apretado: «La

penitencia sea, que no os arrepintáis otra vez de servir á Dios; las demás que merecéis, yo las haré por vos todas las veces que me repitieren los dolores de estómago.»

Habiendo entrado en la Compañía un novicio, llamado Balduino, á pocos días se tentó por el amor de un sobrino, representándole el demonio que había sido crueldad dejarle desamparado; y determinó salir de la Religión. Súpolo San Ignacio, y habiéndolo encomendado á nuestro Señor, le llamó á su aposento, y sentándole á su lado como quien quería contarle un cuento, le dijo: «Cuando yo me entregué á Dios y era nuevo en su servicio, tuve una molestísima tentación. Entre las estampas de las Horas de nuestra Señora, que rezaba todos los días, había una que se parecía mucho á una cuñada mía; y todas las veces que veía la estampa, se renovaban en mí los pensamientos de el mundo, y una loca ternura para con mis parientes. Yo, por verme libre de tan importuna tentación, determiné dejar aquella devoción; teniendo por más seguro huir el mal, que conseguir el bien. Pero mirándolo mejor, y que ganara mucho el enemigo si me quitara aquel merecimiento; viendo que el demonio me trataba como á niño, resolví mirar la tentación como una niñería, y no hice más que poner un papel blanco sobre la estampa, que me quitase la vista de lo que me inquietaba. Tú haz lo mismo.» No dijo más, y con esto le abrazó y despidió. Y en un instante, como depuso el mismo Balduino con juramento, se sintió todo derretido en lágrimas, y en el corazón una tal suavidad de espíritu, que todo el amor que antes tenía á los parientes se convirtió en amor de Dios, y no se acordó más de el sobrino, que si fuera un extraño y no conocido.

Cuando el Santo conocía con luz de el cielo, que la tentación nacía de alguna culpa que ocultaban, los llamaba y persuadía á hacer una buena confesión; y si no bastaban razones, les contaba los pecados de su vida pasada, ponderando la misericordia de Dios en haberle sufrido y esperado; y la contrición que el mostraba de sus culpas, la hacía tener á los tentados. Y en viéndolos movidos á la confe-

sión, hacía que se confesasen luego; y sucedió una vez, mandar que se levantase el confesor á la media noche á oir á uno de estos, porque con la dilación no volviese el demonio á avivar la vergüenza con que antes les había cerrado la boca para sacarlos de la Religión. Los efectos mostraban el acierto; volviendo de los pies de el confesor á darle gracias y prometerle la perseverancia.

Levantábase una pared en la calle, para cerrar la clausura de nuestra casa; y el Santo por ejercitar á los novicios en la humildad, mandó al Ministro que los trajese á que sirviesen en la obra, llevando los materiales. Había entre los demás uno de familia muy noble, y por esto muy conocido en Roma, y así más reparado de los que pasaban. Viendo él que le miraban, empezó á avergonzarse y retirarse. Bajó San Ignacio, no tanto á ver la obra como á sus oficiales; reparó en el novicio y conoció luego su tentación y díjole al Ministro: «¿No véis aquel Hermano que se anda escondiendo por los rincones? ¿Esperáis á que se vaya? ¿No es lástima que se pierda por tan poco?» Disculpándose el Ministro con el orden general que le había dado de que bajasen todos los novicios, respondió: «Cuando os dí el orden; no os quité la caridad y discreción.» Y habiéndose detenido allí un rato por más disimulo; al retirarse se le hizo encontradizo, y como si no le hubiera visto, le llamó y dijo con rostro risueño: «¿También vos habéis venido á la obra? Idos á dentro y no volváis más acá, que no tenéis fuerzas para tanto trabajo.» Confesó después el novicio, que deliberaba ya á volverse al mundo, y que con estas solas palabras le confirmó en su vocación.

Otro novicio de grandes prendas fué á pedir licencia á San Ignacio para volverse á su casa. Respondióle: «Idos cuando quisiéredes; pero una cosa habéis de hacer antes por mí, y es, que la primera vez que dispertéis esta noche, compuesto sobre la cama, os consideréis en el último trance de la vida luchando con las agonías de la muerte. Y os preguntéis: ¿Cuando llegue esta hora, qué vida querré yo haber vivido? ¿á quién querré haber obedecido? ¿A

Dios, que me llama para servirle, ó al demonio, que me tira para llevarme? Y habiendo oído la respuesta que os dará vuestra misma conciencia, volveos á preguntar: ¿Pues no es infalible, que me tengo de ver en este lance?» Prometió hacerlo; y el Santo pasó la noche en oración, pidiendo á Dios la perseverancia de aquel novicio, que entró en amaneciendo en su aposento arrepentido y lloroso, pidiendo perdón de su culpa; y tan firme en su vocación, que decía que si no estuviera en la Compañía, pidiera mil veces ser recibido en ella.

Un novicio tudesco, no habiendo bastado las persuasiones del Santo, ni otros medios de que se valió, se determinó de dejar la Compañía. Díjole el Santo que se fuese norabuena; pero que le pedía en pago de el amor con que tantos meses le había tenido en casa, que se estuviese otros cuatro días solamente, sin obligarle en ellos las reglas, ni distribución, sino que comiese, durmiese y hablase como si estuviera en su propia casa. Vino en ello el novicio; porque aquella libertad era conforme á su deseo y presto se había de ver del todo libre. Pasó así el primero y segundo día; pero al recogerse de noche á su aposento, se cubría su corazón de una melancolía mortal, y comparando aquellos días en que hacía lo que quería, con los primeros que tuvo en la Religión, haciendo lo que le mandaban, entonces con grande gozo y paz, y ahora con gran turbación y tristeza, discurrió, que si tanta pena le ocasionaba un poco de libertad en la Religión, ¿cuánto mayor le causaría la de el siglo, expuesta á tantos riesgos de perder el alma para siempre? Con esto volvió en sí, y reconocido se fué á los pies de el Santo, y le rogó que le tuviese en su casa y le reconociese por hijo, aunque no lo merecía por su inconstancia ,que el prometía en adelante la enmienda; y el Santo le recibió en sus brazos, dando gracias á Dios de haber recobrado aquella oveja que iba á despeñarse en su perdición. Con este medio conservó á otros, rogándoles que se estuviesen ocho ó quince días, sin obligación de obediencia, ni de observancia.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Cuando otros medios salían inútiles, hacía hablar al tentado, no sólo por medio de los de casa, mas también de los de fuera, personas de juicio que tenían amistad ó autoridad con él, para que le disuadiesen de su errada determinación. Por último remedio solía llamar á todos los de casa, y delante de ellos preguntarle las causas porque se quería ir; y luego hacía que cada uno le dijese lo que se le ofrecía. Y á veces hablaba Dios por los Hermanos coadjutores más sencillos, cosas tan altas; que el tentado se confundía, y postrándose á los pies de el Santo, pedía perdón de su culpa y prometía perseverar en la Compañía.

Si alguno se resistía á todas estas diligencias, ó convenía despedirle por el bien de la Religión, también mostraba amor de padre con los que dejaban de ser sus hijos, porque lo habían sido. Procuraba que el que era despedido saliese enseñado á vivir bien en el siglo, y que los de casa quedasen con buena opinión de él, en cuanto era posible; teniéndole compasión, y confundiéndose y escarmentando en cabeza ajena. Cuando alguno quería salir de la Compañía que no convenía estuviese en ella por justas causas, procuraba detenerle y sosegarle; y después que él estaba quieto y quería perseverar, le despedía; lo cual hacía, porque el tal fuese con más segura conciencia. Si las causas de despedir á alguno eran secretas, y que sin nota no se podían publicar; la manera de despedirle era enviarle á peregrinar, avisándole que iba despedido y que no volviese á la Compañía. Con todo eso, á los que salían por sus culpas no quería que se socorriese ni ayudase, porque siquiera la necesidad y mala fortuna los hiciese abrir los ojos y volverse á Dios. De esta manera, habiendo despedido á un hermano de el Padre Diego Laynez, como él no tuviese entonces que sustentarse en Roma, ni con que volver á España, rogó Ribadeneyra al Santo Padre le socorriese con algo; á que respondió: «Pedro, si estuviera manando la casa en oro, no diera yo un maravedí á los que sus culpas echan de la Religión.»

CAPITULO XVI

Medios que tomaba San Ignacio para adelantar á sus hijos en perfección y celo de la observancia religiosa

No hay padre que tanto desee los adelantamientos de sus hijos en riquezas y honra, como él procuraba los acrecentamientos de los suyos en virtudes y santidad, según su capacidad y fuerzas, cooperando con la divina gracia y sacando de cada uno lo que podía. Por eso á los nuevos en la Religión ó tiernos en la virtud trataba con gran dulzura, y con los antiguos y que tenían gran caudal de espíritu usaba de grande severidad, imitando la condición del Señor, que á los que empiezan á servirle, suele dar consuelos y dulzuras, porque se aficionen á su servicio, y á los muy aprovechados prueba con grandes trabajos y tribulaciones, para que se hagan fuertes, y muestren su constancia y fidelidad. Ribadeneyra dice, «que á los que en virtud eran niños, daba leche; á los más aprovechados, pán con corteza; y á los perfectos trataba con más rigor, para que corriesen á rienda suelta á la perfección.»

El modo con que probaba los novicios, lo dice el mismo Santo en una carta, por estas palabras: «A los que admitimos, luego los damos algunos días de retiro y ejercicios espirituales, los cuales ocupan en exámenes, confesión general, meditaciones y otros ejercicios acomodados para reformar las costumbres. Después de esto los ocupan por espacio de dos meses en oficios los más bajos y humildes de casa, para domar los afectos naturales y la vanidad de el siglo; no mucho después son enviados á los hospitales, para servir por espacio de un mes á los enfermos; fuera de esto peregrinan un mes sin ningún viático, sin esperanza de humano socorro, sin más posada que el hospital de los pobres, sin comida cierta, sino la que piden de limosna; para que con este trabajo, lo uno se olviden de los regalos y ternuras de la casa de sus padres, y lo otro aprendan á

confiar solamente de Dios, y llevar con la misma conformidad y gusto de ser bien recibidos ó mal recibidos en los pueblos.» Al hacer los ejercicios se informaba el Santo como se habían en ellos; cuando servían en los hospitales encargaba al mayordomo y oficiales, que los tratasen con aspereza y imperio, y después preguntaba con qué obediencia, paciencia y humildad se habían portado; después de las peregrinaciones averiguaba, con gran recato, qué nombre habían dejado en los pueblos; y de esta manera á ellos fundaba en virtud, y á la Compañía no cargaba de sujetos inútiles ó que habían de hacer en ella más daño que provecho. Decía, que en el noviciado se ha de echar el cimiento de la propia abnegación; y deseaba mucho que se diesen á rienda suelta á la mortificación, aunque condescendía con su flaqueza en todo lo que permite la santa discreción. Por esto con los que podían llevarlo, fuera de las experiencias comunes, hacía otras particulares, como era dejarlos con el mismo vestido que traían de el siglo, hasta que se caía á pedazos. De esta manera tuvo todo el noviciado á un capitán del castillo de Nápoles, á su pariente Araoz y á otros semejantes, con el vestido precioso de seda y oro que trajeron á la Religión, y con éi servían en la cocina y en los hospitales, y se ponían delante de nuestra puerta á fregar los platos, y salían por la ciudad con unas alforjas á pedir limosna, causando risa á unos, y á otros edificación; enseñándolos de esta manera á despreciar los vanos juicios de los hombres, y dándoles á entender á ellos y á nosotros, que la virtud y religión no está en el hábito sino en las costumbres, y que ser de la Compañía no consiste en vestir el traje de la Compañía, sino en tener el espíritu. Cuidaba mucho de apartar á los novicios todo lo que podía inquietarlos, ó pegarles espíritu contrario á nuestro instituto y modo de proceder. En una ocasión reprendió á un Padre que estaba hablando con un novicio, porque le traía ejemplos de virtudes de hombres de peregrino espíritu y que tenían muchos arrobamientos; porque deseaba que los novicios y todos los de la Compañía, se diesen á las

virtudes sólidas y perfectas, y en esto pusiesen la mira; no en tener arrobos ni revelaciones en que puede haber engaños, especialmente en los principiantes. Solía ser muy riguroso en que no hablasen los novicios con gente de fuera de casa, especialmente parientes. En Roma inquietaban algo sus parientes á un novicio llamado Tarquino; y aunque era constante y estaba con mucho desengaño, el Santo le envió á España; y diciéndole algunos Padres, que no había para que sacar de Roma á Tarquino, porque él perseveraría siempre firme en su vocación, respondió que no quería que el más mínimo pensamiento le inquietase ni diese pesadumbre. Lo mismo hizo con otros muchos, mudándoles de un lugar á otro, y de un reino á otro, por apartarlos de las tentaciones de los parientes, que son tan poderosas para pervertir á los que están aún tiernos en la virtud.

Para desarraigar los malos hábitos y costumbres de sus hijos, eran tantos y tan eficaces los medios que tomaba, que no había achaque por connatural y envejecido, que no se rindiese á la pericia de el médico; y como para sanar á las enfermedades de el alma, importa mucho que el enfermo tenga amor y confianza en el médico que le cura, su primer cuidado era ganar el corazón de el que pretendía curar. Cuando estaba tentado y afligido por alguna vehemente pasión; no se enojaba, ni le reprendía en aquella conyuntura, mas le sufría con maravillosa benignidad, aguardando á que se pasase aquel accidente y á que el enfermo volviese en sí, y se reconociese y avergonzase por lo que él había hecho y por lo que el Padre había sufrido. Y aunque alguno se descompusiese en algo, no se alteraba ni inmutaba, antes le respondía con tanta suavidad y amor, que vencido de la mansedumbre y blandura de el Santo, se compungía y ponía en sus manos, para que hiciese de él lo que quisiese. Como el Padre Diego Laynez, que era de purísima conciencia, se quejase al Santo de cualquiera falta de observancia que había en casa; un día que lo hizo con mayor viveza, le reprendió ásperamente, diciendo que

aquel sentimiento tan melancólico de las faltas ajenas, más movía á tener cierto horror á las personas que cometen las faltas, que á ayudarles á salir de ellas.

En general podemos decir, que curaba los vicios con sus contrarios, como enseña en su Regla; mas hablando en particular, se valía de muchas trazas. Hacía, que el que tenía alguna falta que deseaba enmendar, notase aquella misma falta en los otros y les avisasen de ella, para que tomase el consejo que daba y le disonase en sí lo que le disonaba en otros: Que se concertase con algún amigo confidente suyo, pidiéndole que notase las veces que faltaba y se lo avisase con caridad: Que se examinase tantas veces cada día de aquella falta, y para no descuidarse, que dijese á una persona que le señalaba, dos veces, una antes de comer y otra antes de cenar, si había hecho aquel examen: Que en el refectorio predicase de aquella virtud que pretendía alcanzar, ó contra aquel vicio que pretendía desarraigar; para que exhortando á otros se exhortase á sí y quedase más obligado á la enmienda: Que se impusiese alguna pena para cada vez que faltase, y la ejecutase siempre que cayese, y otros medios como estos. Y no solamente los usaba para domar las pasiones y malas inclinaciones de el alma, mas también para desarraigar las malas inclinaciones naturales ó pegadizas, como cuando alguno hablaba ó andaba de priesa, ó movía descompuestamente la cabeza, ó tenía algunos meneos feos ó menos agradables. Los mismos medios usaba para plantar las virtudes, y señaladamente el examen particular que es tan eficaz para desarraigar cualquiera falta y adquirir cualquiera perfección.

Apartaba de sus hijos, con gran cuidado, las ocasiones y peligros de ruina y menoscabo en su espíritu. Por lo cual si veía que alguno era bueno para algún oficio, como predicar, ó enseñar ó confesar; pero que el oficio no era bueno para él, porque se desvanecía ó tenía otro riesgo, le quitaba de el oficio, anteponiendo su bien espiritual al que podía hacer en los otros. Por esto nunca quiso conceder al Duque de Ferrara, aunque era tan patrón de la Compañía, un

Padre que le pedía para maestro de su hijo, que viviese en su palacio y no en el Colegio; mirando el daño que podía recibir un religioso fuera de la clausura, en el palacio de un Príncipe. Y por la misma razón, no quería que tuviesen ocupaciones que los eximiesen de la obediencia, porque no los apartasen de la observancia. Pero juntamente tenía gran destreza en servirse de los talentos de sus hijos en los ministerios propios de nuestra profesión, para que aprovechasen á las almas, sin menoscabo de la suya; dándoles tales avisos y advertencias y previniéndolo y cautelándolo todo de manera, que estaban seguros en medio de los riesgos y donde habían de perderse, se ganaban á sí y á muchos.

De el modo con que probaba y adelantaba á los perfectos y antiguos en la Religión, hay caso singulares. Pidióle el Padre Nicolás de Bobadilla, su compañero, licencia para pasarse de un aposento estrecho y desacomodado á otro mayor, que estaba desembarazado; negóselo el Santo, por el ejemplo de los demás, y envióle á decir después de pocos días, que hiciese lugar en su aposento á otros dos que tenía que acomodar en él; á que respondió el Padre Bobabilla, obedeciendo con humildad y recibiendo los huéspedes. Al Padre Juan de Polanco, que era su Secretario, y sus pies y sus manos, apenas le dijo en nueve años una buena palabra, hasta el día antes que muriese. Al padre Nadal, á quien encomendaba los mayores negocios, le daba tan terribles reprehensiones en el refectorio, que le hacía llorar muchas lágrimas. Y lo que es más, al Padre Diego Laynez, á quien confesaba deber más la Compañía que á otro alguno, le trataba de manera el último año de su vida, que se volvía muchas veces el Padre Laynez á Dios, como confesó á Ribadeneyra, y le decía: «Señor, ¿qué he hecho contra la Compañía, que me trata de esta manera este Santo?» Con esto los hacía correr á largos pasos; aunque estos ejemplos son más admirables que imitables, y propios de un Patriarca de una Religión, que por su gran santidad, prudencia, autoridad y respeto que todos le tenían, podía

hacerlo con aprovechamiento de los que así eran tratados.

Mayor era su cuidado y celo de la observancia religiosa y bien de la Compañía, como lo pide la ordenada caridad, que debe mirar antes por todo el cuerpo que por un miembro; por esto daba algunas veces penitencias graves por faltas que parecían leves, si por el ejemplo ó por otra razón eran de malas consecuencias; y despedía algunos, que parecía tener pequeña culpa, cuando de ella se podía seguir á la Religión grande daño. Cuando no había estas razones, se mostraba en todo Padre amoroso más que juez riguroso; y si podía corregir con palabras, no llegaba á las obras; y muchas veces se contentaba con que el que había faltado reconociese su culpa. Cuando por alguna falta extraordinaria juzgaba necesario dar alguna extraordinaria penitencia; solía llamarle y decirle que tuviese oración sobre aquella culpa, y pensase delante de Dios qué penitencia merecía y después so lo viniese á decir; y siempre el Santo le quitaba mucha parte de la penitencia que él se había señalado; con que quedaba la culpa castigada, y el culpado agradecido. En dando la penitencia, se olvidaba de las faltas, de manera, que ni en las palabras, ni en el trato, ni en seña alguna quedaba en el Santo más memoria que si jamás hubieran pasado. Antes parece que se llevaba los primeros cariños de padre aquellos con quien había ejercitado el oficio de juez; y por eso decía el Padre Diego Mirón: Que nuestro Padre curaba de tal manera las heridas, que ni aun las señales quedaban; quitándose con doblado amor toda la memoria de el rigor que había usado.

Porque todas las penitencias de el Santo son avisos y dictámenes para nosotros, particularizaré algunas. Predicando en Roma el Padre Jerónimo Otelo, celosísimo de el bien de las almas; llegando á reprender cierta libertad de pecar que se permitía, se alargó á decir, que pues ni el temor ni el amor de Dios habían sido poderosos para poner freno á aquel escándalo; sería necesario que el Pontífice pusiese la mano al castigo y tomase el azote para echar la maldad del lugar santo. Acabado el sermón, le llamó San

Ignacio á su aposento, y le preguntó: «¿Cuántos Pontífices hay en el mundo?» Y respondiendo que sólo el de Roma, le dijo: «¿Pues cómo vos tenéis por lícito nombrar desde el púlpito, no digo una persona particular, pero tal persona? ¿Y no sólo para nombrarle, sino para gobernar su gobierno, como si vos supiésedes más que él, ó sabiéndolo se le hubiera de avisar desde aquel lugar? Andad, y considerad en la presencia de Dios qué penitencia merecéis, y antes de la noche me dad la respuesta.» Fuese el buen Padre confuso y arrepentido; y después de haber tenido oración, y ponderado con atenta consideración su culpa, volvió al Santo y le pidió perdón y le trajo escritas las penitencias que merecía, y era andar muchos días disciplinándose por las calles públicas de Roma, peregrinar á pie y descalzo hasta Jerusalén y ayunar algunos años á pan y agua; y añadía, que estaba pronto á aceptar todas las demás penitencias que le pareciese añadir; pero al Santo pareció bastante satisfacción el conocimiento de su culpa y el deseo de hacer tanta penitencia; y solamente le señaló, por el ejemplo y enseñanza de los demás, algunas disciplinas en el retiro de su aposento.

Había juntado San Ignacio en Roma gran parte de los sujetos de más suposición, que tenía entonces la Compañía, porque así lo pedía el bien universal de ella; y el Padre Laynez, que era Provincial de Italia, juzgando que no convenía empobrecer tantos Colegios por enriquecer una Casa profesa, escribió sobre esto al Santo con algún sentimiento, aunque con mucho respeto; y no respondiéndole á este punto, repitió segunda carta. Entonces le escribió San Ignacio: Que no por hacer bien el oficio de Superior, hiciese mal el de súbdito; que buscase en sí, el origen de aquel afecto que no le dejaba descansar sino en su propio juicio, y examinase si nacía de verdadero y puro celo, ó de una oculta vena de amor propio; y le avisase la culpa que hubiese hallado y la penitencia que merecía. Al leer estas palabras se le abrieron los ojos al Padre Laynez, no sólo para ver, sino como él mismo dijo, para llorar lar-

gamente aquella culpa. Respondió al Santo, pidiéndole perdón y rogándole que en penitencia le quitase el oficio de Provincial, y para adelante todo gobierno y aún la predicación y el ejercicio de las letras; y que iría á Roma á pie, pidiendo limosna, y allí serviría en la cocina ó en la huerta; y si para esto no tuviese fuerzas, leería lo restante de su vida una clase de gramática; y que si esto no le pareciese, se ofrecía á ayunos, disciplinas y cuantas penitencias le quisiese imponer. Mas el Santo no le impuso ninguna, contento con la humildad y el rendimiento.

Vió una vez dos Hermanos coadjutores que estaban en conversación; llamólos, y mostrándolos un montón de piedras que estaban en el patio de casa, mandó que lo subiesen á lo más alto de ella. Hiciéronlo así, y volviéronse á su conversación. Viólos otra vez, y mandólos volver á bajar las piedras al lugar donde las habían tomado; y repitiendo ellos la misma culpa, les hizo el Santo bajar y subir las piedras muchas veces; hasta que conocieron que la obra que el Santo pretendía hacer con las piedras era corregir su ociosidad, y retirándose á sus oficios cesó la penitencia. A otro Hermano albañil, estando trabajando en una obra de casa, se le cayó de el pecho una manzana que le habían dado para refrescar la boca; estaba el Santo presente, y sin decirle palabra, con el báculo que traía en la mano, le puso la manzana delante; el Hermano volvía el rostro á otra parte, prosiguiendo su trabajo, sin darse por entendido, y el Santo le puso otra vez la manzana delante, y otras; hasta que pareciéndole que estaba bastantemente mortificado, le dejó y se ausentó. A uno que tenía muy descompuestas las alhajas de su aposento, le hizo meter en un costal los libros, papeles y ropa, y que fuese con el costal por la casa diciendo su culpa. Y de estas usaba otras mortificaciones, que descubrían la disonancia de la culpa y enseñaban á otros. Algunas veces á personas graves y muy queridas, por faltas ligeras las privaba de su vista por algún tiempo, y esto era para ellos la más grave penitencia, con que los enseñaba juntamente á que se apartasen más fácilmente del Padre á quien tan tiernamente amaban, cuando era necesario para gloria de Dios.

Cuando las faltas eran de consecuencia, como dije, se mostraba muy riguroso ó llegaba al último castigo. Había en el Colegio Romano un sacerdote catalán, que pareciéndole mal el modo de orar ordinario y seguro de la Compañía, tomó otro extraordinario, peligroso y expuesto á ilusiones; y enseñaba á otros este modo de orar, y hacía con ellos juntas de noche, gastando muchas horas en esta oración ó quebradero de cabeza. Cogióles el Rector una noche en su junta, avisó á San Ignacio, y el Santo viendo que el sacerdote tenía toda la culpa, le hizo que se azotase públicamente por largo tiempo en el refectorio de el Colegio Romano y de la Casa profesa, y luego le despidió de la Compañía. A un sacerdote flamenco que su Superior enviaba desde Francia á Roma á dar cuenta de una revelación, que él tenía por verdadera, sobre la destrucción de un Reino, le mandó hospedar en casa como si fuera un seglar, mientras seis Padres de los más espirituales y experimentados examinaban la profecía y el aprecio que él hacía de su propio juicio; mas el sacerdote, viendo el peligro en que se hallaba, rindió su parecer al de los Padres y tuvo con ellos por ilusión, lo que había tenido por revelación. No obstante, por la dureza con que se había resistido á los Superiores de Francia, le mandó que estuviese seis meses en un hospital de Roma sin salir de él de día ni de noche, sirviendo á los enfermos; y después le hizo servir otro pedazo de tiempo en los oficios domésticos de casa; y cumplida toda esta penitencia con grande humildad y edificación, le volvió á su gracia y cariño y envió á Francia con oficio de Rector de uno de los Colegios. Había predicado en una plaza de Roma el Padre Jerónimo Nadal; parecióle mal esto á Francisco Zapata, noble toledano, juzgando que era indecoroso á un hombre de tantas prendas y letras predicar en las plazas, y volviendo á casa Nadal, se le afeó mucho con palabras de desprecio y vilipendio. Súpolo San Ignacio á la media noche; y juzgando que no convenía que

Universidad de Deusto Biblioteca

tuviese la Compañía al que le parecían tan mal los ministerios humildes y propios de su instituto, le hizo levantar de la cama y vestir su hábito seglar, y al rayar de el día le puso en la calle. En ella conoció su yerro, y volvió al Santo pidiéndole perdón y sujetándose á cualquiera penitencia, pero no le quiso volver á recibir; y después entró en la Religión de San Francisco, y fué hombre de grande espíritu y letras, conservando siempre el amor con San Ignacio y la Compañía. Faltas de obediencia y de honestidad ya hemos visto cómo no las sufría, y contra esta virtud aún las sombras le ofendían. Porque un hermano Coadjutor, de inculpable vida y de gran caridad y paciencia con los enfermos á quien servía, dijo una chanza que no se compadecía con una extremada pureza, le mandó echar luego de la Compañía. Y se hubiera ejecutado, si todos los Padres de Casa no hubieran intercedido por él con grande instancia, atestiguando la gran pureza de aquel hermano, y que aquella palabra había nacido más de inadvertencia que de malicia. No obstante le envió desterrado de Italia sin hábito de la Compañía, más de mil y doscientas millas á pie y pidiendo limosna, con que pagó su culpa y escarmentó á los demás, para que entendiesen que no cumplen los de la Compañía con otra pureza que la angélica, según pide el Santo en su regla.

CAPITULO XVII

Agradecimiento de San Ignacio á sus bienhechores, y amor á sus enemigos

No era inferior el amor que tenía Ignacio á sus bienhechores, á quien miraba como á padres, al que tenía á sus hijos; y lo mostraba bien en el agradecimiento, que resplandeció singularmente entre todas sus virtudes, ayudando mucho la naturaleza á la gracia; porque siendo él por la nobleza de su sangre y generosidad de su ánimo muy agradecido, la gracia consagró y realzó el agradecimiento,

elevando los motivos y haciéndolos divinos, de humanos. Su agradecimiento á Dios, no hay palabras con que poderlo declarar. Repetía muchas veces lo que él dice en los Ejercicios; «Traeré á la memoria los beneficios recibidos de creación, redempción y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí, y cuánto me ha dado de lo que tiene, y consequente el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede, según su ordenación divina. Y con esta reflexión en mí mismo, considerando con mucha razón y instancia lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar á su divina majestad, es á saber, todas mis cosas y á mí mismo con ellas.» Pero de esto son testigos todas sus obras, palabras y pensamientos; porque todos eran de agradar y servir al que con tantos beneficios y favores le tenía prevenido y obligado. Y lo que él hacía, dice en su Regla que hagamos nosotros, procurando en todas las cosas servir y complacer á la divina majestad por sí mismo y por los beneficios tan singulares con que nos previno, más que por temor de penas ó esperanza de premios.

Por su agradecimiento á los hombres que sólo eran instrumentos de Dios, se puede conocer el que tenía al Autor y fuente de donde desciende toda dádiva buena y todo dón perfecto. Dice un grave escritor, que se podía componer un libro de sólos los ejemplos singulares de el agradecimiento de San Ignacio; y no lo encarece, porque nunca olvidó beneficio que hubiese recibido, y todos los procuró gratificar en cuanto sus fuerzas alcanzaban, no sólo con palabras y con oraciones suyas y de sus hijos, pero también con obras y demostraciones exteriores; y aunque tal vez la demonstración fuese pequeña, siempre la voluntad era grande y se dejaba ver aún en lo mínimo. Visitaba á sus bienhechores, mandaba á sus hijos que los visitasen en entrando en cualquiera ciudad, escribíales los sucesos de la Compañía, hacíales presentes de reliquias y cosas de devoción, dábales gusto en cuanto podía y ayudábalos en cuanto le habían menester, por sí y por los suyos, sin

perdonar á trabajo ni incomodidad. Y aunque muchas veces les daba más que recibía de ellos, siempre le parecía que quedaba corto, olvidándose de lo que daba, y acordándose sólo de lo que recibía y no sólo en vida, mas después de muerto bajó algunas veces á favorecer y consolar en sus aflicciones y trabajos á los que habían sido sus bienhechores.

A la casa de Amigans que tanto bien le hizo en Manresa, llamaba como dijimos, su casa parial ó de sus padres. A Isabel Rosés llamaba Señora, Madre y Hermana. Semejantes títulos daba á otros que habían hecho con él, oficio de padres, y para que los juzgase tales, bastaba haberle socorrido en alguna necesidad, ó aflicción. ¿Qué agradecimiento no mostró á Inés Pascual y á su hijo Juan Pascual, á quien profetizó su salvación, y después de muerto, vino á consolar en sus trabajos asegurándole de nuevo su bienaventuranza? Supo que Mencía de Benavente, bienhechora suya en Alcalá, de rica había venido á tanta pobreza que se sustentaba de lo que pedía por las puertas. Enterneciόse con esta noticia, y como por la distancia no podía él socorrerla, escribió al Padre Villanueva, Rector de el Colegio recién plantado en aquella villa, que la ayudase en cuanto pudiese, entendiendo que lo que él y los demás Padres y Hermanos hiciesen con ella, lo hacían con su persona y como tal lo recibiría. Padecía en aquellos principios el Colegio suma necesidad, y apenas tenían lo bastante para sustentar la vida; no obstante por mostrar en nombre de su Santo Padre, el agradecimiento á la bienhechora, al tiempo de comer se ponía un plato enmedio de la mesa, donde todos empezando por el Rector, echaban una parte de lo poco que les daban, y con esto Mencía era socorrida y salía la mejor librada.

Cuando hablaba de el Cardenal Contarini, que le ayudó con Paulo Tercero para la confirmación de la Compañía, decía que á él se le debía todo. A Paulo Tercero miraba como al Padre de la Religión. No tenía palabras con que agradecer al Rey y Cardenal de Portugal las honras

y favores que hacían á la Compañía, la cual llamaba obra de ellos, cuando los escribía. Y el año de mil quinientos y cincuenta y tres escribió una carta común á toda la Compañía, mandando á todos los sacerdotes, que en reconocimiento á los beneficios recibidos de el Rey y Reina y Príncipe de Portugal, todos los días en la Misa hiciesen particular memoria de ellos. Al Padre Maestro Avila que defendía la Compañía en España, envió primero al Padre Francisco de Villanueva, y después al Padre Miguel de Torres, para que la visitasen en su nombre; y una carta que le escribe dándole razón de haberse valido de la autoridad de el Sumo Pontífice, para refrenar á los que perseguían la Compañía en España, empieza: «Habiendo entendido diversas veces y por diversos de los nuestros el contínuo favor, y con tanta inmensa caridad, que V. R. ha dado á esta su mínima Compañía, me ha parecido en el Señor nuestro escribir esta, por dos cosas. La primera, por dar señal de gratitud y de entero conocimiento, dando infinitas gracias á Dios nuestro Señor y á V. R. en su santísimo nombre, por todo cuanto á mayor gloria de su Divina Majestad y á mayor aumento y devoción de los que somos de V. R. se ha empleado; y así en el tal reconocimiento con toda la devoción á mí posible me ofrezco como uno de sus allegados é hijos espirituales en el Señor nuestro, para hacer con entera voluntad cuanto me fuere ordenado en el Señor de todos, y su Divina Majestad me diere fuerzas para ello, porque haciéndolo, me persuado que me será mucha ganancia, así en satisfacer en alguna manera á lo que me tengo por tan obligado como en servir á los que son siervos de mi Señor, pienso servir al Señor de todos.» Y siempre hablaba con suma estimación y agradecimiento de el Maestro Avila; y oyendo que decía que si tuviera edad y fuerzas para servir en la Compañía, se entrara en ella, dijo el Santo: «Si viniere, le traeremos sobre las espaldas, como el Arca de el Testamento.» El agradecimiento que mostró al Doctor Vergara, insigne bienhechor y como primer fundador de el Colegio de Alcalá, se ve en muchas

cartas suyas dándole gusto en todo cuanto pedía, y dejando al Padre Villanueva, á quien el Doctor amaba mucho, á su disposición. En una dice: «En lo que toca á quedar nuestro Hermano Villanueva en Alcalá, lo que será para mayor consolación de v. m. se hará, y al Comisario se escribirá que no se aparte de la voluntad de v. m. y en esto no habrá otro que decir, sino que él y los demás hemos de estar á disposición de v. m. á gloria de Dios nuestro Señor, á quien plega aumentar siempre sus santos dones en el alma de v. m., etc.» Habiendo enviado Gerardo Amontano, Prior de la Cartuja de Colonia, cien escudos de oro de limosna al Colegio Romano, San Ignacio le escribió una carta con tal reconocimiento, haciéndole singularmente participante á él y á sus monjes de las oraciones y sacrificios de toda la Compañía, que el Prior juzgando por su humildad y generosidad, que ni aquel dón era digno de la Compañía ni merecedor de tanto agradecimiento, dió luego quinientos florines al Padre Leonardo Keselio diciendo, que no quería ninguna memoria ni demostración de agradecimiento; y que sí lo permitiesen los tiempos, enviaría mayores socorros al Colegio Romano. Pero toda esta gratitud y reconocimiento merecía este religiosísimo y liberalísimo varón, que en diversas ocasiones socorrió y favoreció á la Compañía en Colonia, como hizo de la Religión santísima que abrazó á la Compañía en naciendo, y la enriqueció con la participación de los tesoros de sus sacrificios, oraciones y penitencias, como dijimos en otra parte, á que siempre se reconoció deudor San Ignacio, y en esta ocasión sólo podemos decir que lo quedó, porque no sufren recompensa bastante tan grandes favores.

¿Qué diré de el agradecimiento que mostraba al Cardenal Santa Cruz, después Papa Marcelo Segundo, al Duque de Ferrara, y á Juan de Vega Virey de Sicilia, todos grandes Patrones de la Compañía? Deseando el Duque tener en su corte á Jayo; se le envió luego ordenándole, que estuviese á la obediencia y disposición de el Duque. Habiendo venido de España á Roma el Doctor Jerónimo

de Arce, su bienhechor, cayó enfermo; y el Santo no contento con visitarle todos los días, procurando aliviar su dolencia con dulce conversación, aunque en nuestra Casa había muchos enfermos que le daban cuidado, le envió el enfermero de casa para que le asistiese y no se apartase de su lado, hasta que estuviese sano de el todo. El mismo agradecimiento y juntamente un ánimo despreciador de todas las cosas mostró con Andrés Lipomano, Patricio veneciano; porque habiendo cedido este caballero para la fundación del Colegio de Padua el Priorato de la Magdalena de aquella ciudad, que valía dos mil ducados de renta, y habiendo concedido ya el Sumo Pontífice la unión del Priorato á la Compañía, y que gozase desde luego de la mitad de la renta, reservando la otra mitad para el Prior mientras viviese; San Ignacio le envió una patente en que le concedía, que gozase toda la renta de el Priorato por todos los días de su vida, y no diese á la Compañía más de lo que fuese su gusto y voluntad; y mandó á sus hijos que no le pidiesen nada, contentándose con lo que él liberalmente les quisiese dar: y así lo hizo el Prior, sustentando con mucha liberalidad el número de sujetos que había en el Colegio de Padua. Ofreció también al Prior para después de sus días, cuatrocientos ducados de renta del Priorato para un sobrino; más él no los quiso acetar, diciendo: Que lo que había dado una vez á Dios, no quería que volviese á sus parientes.

No solamente se mostraba agradecido á los extraños, que favorecían á la Compañía, mas también á sus mismos hijos, que con su entrada la habían ilustrado ó la honraban con sus trabajos. A San Francisco Javier le amaba ternísimamente, porque despreciando el mundo con sus esperanzas, se había hecho su discípulo, y trabajaba en la India tan gloriosamente, le escribía á la India cartas llenas de tanto amor, diciéndole que era todo suyo, sin poderse jamás olvidar de él, que confiesa el Santo Apóstol no podía leerlas sin lágrimas de gozo y consuelo. Qué no decía y ponderaba de lo que debía la Compañía á Laynez,

diciendo, que era el todo de ella. Enviando á Nadal á España por Comisario, le mandó que mirase á Miguel de Torres como á las niñas de sus ojos, porque le estaba muy obligado. Y decíalo por la libertad con que se entró en la Compañía, sólo porque él se lo dijo, y por lo que entonces hacía y padecía por ella. Un ejemplo vale por mil. Al Padre Pedro Codacio, que había alcanzado con la autoridad que en Roma tenía, casa, y la iglesia de Nuestra Señora de la Estrada para la Casa Profesa, y en gran parte la sustentaba con las limosnas que juntaba; le miraba y trataba el Santo como á Fundador de ella, y le concedió los honores con las mismas ceremonias que se usa en los Fundadores. En un día solemne, después de comer, le mandó sentar antes de todos los profesos y levantándose de su asiento en pie, y descubierta la cabeza, se puso delante de Codacio, con una vela en la mano, y con una breve oración, le agradeció lo que había hecho por la Compañía, dándola casa é iglesia, y sustentándola con tanto trabajo y diligencia; y luego le ofreció la vela. Estaban todos admirados, y Codacio confuso, y en recibiendo la vela se la volvió al Santo Padre, y con lágrimas en los ojos le dió las gracias por haberle admitido en su Compañía, confesando que por sólo este beneficio le debía eterno agradecimiento, y con ningunos servicios podría satisfacer á esta deuda. Continuó San Ignacio esta honra los años que vivió Codacio; y hacía, que le dijesen cierto número de Misas como á Fundador; y mandó que en todas las juntas de los Padres tuviese Codacio el primer lugar, y que después de su muerte se le pusiese una piedra con una honorífica inscripción.

Donde San Ignacio nos dejó escrito su agradecimiento, fué en las Constituciones de la Compañía, donde después de haber dicho, que es muy puesto en razón, que seamos agradecidos á nuestros Fundadores y Bienhechores; manda que en todos los Colegios de la Compañía se diga perpétuamente una Misa todas las semanas por el Fundador y Bienhechores vivos y difuntos de aquel Colegio; y que al principio de cada mes, todos los sacerdotes que hubiere en el Colegio, digan una Misa por los mismos; y que cada año, el día que se tomó la posesión de el Colegio, se diga una Misa solemne, y todos los sacerdotes que hubiere en el Colegio ofrezcan la Misa por el Fundador y le den en señal de reconocimiento una vela, ó á quien nombrare ó le sucediese en el Patronato. Cuando alguno funda de nuevo un Colegio, lo hace saber el Prepósito general á toda la Compañía, y cada sacerdote le dice tres Misas, y al morir se le dicen otras tres. Lo mismo se hace con los Bienhechores insignes de algún Colegio ó de la Compañía, y por todos los Bienhechores, según su mérito, se ofrecen mayor ó menor número de sacrificios; y en lugar de ellos ofrecen coronas los que no son sacerdotes. De manera, que cualquiera Fundador ó Bienhechor de la Compañía tiene tantos capellanes cuantos hijos tiene ella repartidos por todo el mundo, que en vida y en muerte y perpétuamente no dejan de rogar por la felicidad temporal y eterna de aquellos de quien han recibido el beneficio. Y como la Compañía no toma limosnas por Misas, puede ser más liberal con sus Bienhechores; y así, fuera de las que dijo en vida por Enrique Quarto Rey de Francia, se dijeron seiscientas mil en su muerte. Y si consideramos la grandeza, universalidad y perpetuidad de esta obligación; ninguno de los Bienhechores pudiera obligar, con lo que da, á la cuarta parte de lo que hace la Compañía por la institución y gratitud de su Fundador. También manda el Santo en las Constituciones, hablando de las misiones, que se ayude antes, *cæteris paribus*, con los socorros espirituales á aquellos lugares, y personas, á quien más debemos y estamos obligados con beneficios. En una carta dice el Santo: «que la ingratitud es una de las cosas más extrañas y abominables no sólo de nuestro Criador y Señor, mas delante de las criaturas capaces de su eterna gloria.»

Pero no es maravilla que fuese tan agradecido á sus bienhechores, quien era tan benéfico con sus enemigos y perseguidores. Nunca se enojaba, ni murmuraba, ni se vengaba, aunque muchas veces pudiera facilmente, de los

que maltrataban ó injuriaban á su persona ó á su Religión; antes les procuraba hacer mayores bienes que los males que ellos hacían; de lo cual hemos visto singulares ejemplos en Barcelona, y en Paris, y en Roma y en todas partes; porque como toda la vida de Ignacio fué llena de persecuciones, calumnias, acusaciones y agravios de parte de sus enemigos, de la suya fué llena de agradecimientos, oraciones y todo género de buenas obras, siendo motivo para que él hiciese un grande beneficio, haber recibido un grande agravio. Esto admira singularmente el Sumo Pontífice en la Bula de la Canonización, por estas palabras: «Su admirable paciencia y mansedumbre, se conocen por los grandes trabajos, oprobios, confusiones y persecuciones que padeció de buena gana y alegremente por amor de Dios, y por las gracias que daba á los que le maldecían, y beneficios que hacía á los que le injuriaban.»

Cuando era acusado, y juzgaba que para la gloria de Dios y bien de sus prójimos, convenía que la causa se examinase en tela de juicio, éste era su perpétuo estilo: insistía en que se pronunciase sentencia en favor de la justicia, y siendo él ó sus hijos declarados por inocentes y de buena y sana doctrina, y sus acusadores condenados de falsos y calumniadores, intercedía por ellos, para que se les remitiese toda la pena, ó á lo menos la mayor parte que podía. En otros casos, su venganza era la que tomó el año de mil quinientos y cuarenta y seis de un religioso, que estaba en Roma, y habiéndose mostrado grande amigo suyo; por cierta envidia y enojo, se hizo su enemigo, y en todas partes decía mil males de el Santo y sus hijos, amenazando que había de hacer quemar en España á cuantos hubiese de la Compañía, desde Perpiñán hasta Sevilla y envió una persona al Santo, que se lo dijese de su parte. El santo Padre respondió con la misma persona por escrito estas mismas palabras: «Señor, decid al Padre Fray N. que como él dice, que á todos los que se hallaren de los nuestros desde Perpiñán hasta Sevilla los hará quemar; que yo digo y deseo que él y todos sus amigos y conocidos,

no sólo los que se hallaren entre Perpiñán y Sevilla, mas cuantos se hallaren en todo el mundo, sean encendidos y abrasados de el fuego de el Divino amor; para que todos ellos, viviendo en mucha perfección, sean muy señalados en la gloria de su Divina Majestad. Asimismo le diréis, que delante de los señores Gobernador y Vicario de su Santidad, se trata de nuestras cosas, y están para dar sentencia; que si alguna cosa tiene contra nosotros, que yo le convido á que vaya á deponerla y probarla delante de los sobredichos señores Jueces; porque yo me gozaré más, debiendo pagarlo, y que yo sólo padezca, y no que todos los que se hallaren entre Perpiñán y Sevilla hayan de ser quemados. En Roma, de Santa María de la Estrada, á diez de Agosto de mil quinientos y cuarenta y seis.»

No se olvidó el Santo de encomendar á sus hijos este amor tan dificultoso de los enemigos, y de que hagan especial oración por ellos, como él la hacía; y así manda en las Constituciones, que se haga oración por los que nos son contrarios ó mal afectos á la Compañía, procurando con buenos medios hacerlos nuestros amigos, ó que á lo menos dejen de ser enemigos. Y esto dice el Santo, no por temor de que nos venga por ellos algún daño ó contradicción; sino para que de esta manera no sea ofendido, y sea mejor servido el Señor de todos.

CAPITULO XVIII

De su caridad con todos los hombres

Tenía San Ignacio un ánimo mayor que el mundo, como decía Gregorio XV, y así cabía todo el mundo en su corazón y aun no le llenaba; abrazando con las entrañas de su caridad á todos los hombres propios y extraños, justos y pecadores, fieles y infieles. Para encender este amor con todos, apartaba los ojos de las culpas de ellos, y poníalos en lo bueno que habían tenido ó podían tener; miraba el amor que les tenía Jesucristo, la sangre que había derra-

mado por ellos, y con esto hallaba siempre título para amarlos, y bastábale la imágen de Dios á que habían sido formados, aunque estuviese afeada y manchada con pecados y vicios, procurando limpiarla y adornarla con virtudes, para que no desdijese tanto de el original. Toda la vida de San Ignacio es un continuado ejemplo de su caridad corporal y espiritual, pues no dió paso desde que se convirtió á Dios, que no fuese en busca de la gloria de Dios y salud de los prójimos. Esta le hizo servir en los hospitales á los enfermos, socorrer las necesidades de los pobres, pedir limosna para dársela, desnudarse para vestirlos, ayunar para que ellos comiesen, padecer porque ellos no padeciesen; esta le obligó á andar tantos caminos, sufrir tantas prisiones, gozarse de las persecuciones, buscar los riesgos, desear la muerte por darles la vida.

Después de haber ejercitado en Roma aquella obra de misericordia tan insigne, en que hizo su casa, hospital de los enfermos y necesitados, y á sus hijos enfermeros y siervos de los mendigos; era tanta su piedad, que los que no le conocían, ni sabían sus deudas y empeños, le tenían por rico de los bienes temporales; siendo solamente rico de de misericordia y confianza, que sin reparar en las necesidades propias, atendía á las ajenas, obligando al Señor á que le socorriese las propias, como lo hacía largamente. Habiendo llegado un caballero á pedir limosna á un Cardenal muy rico, se excusó de darla, diciendo, que no tenía, que fuese al Padre Ignacio que era rico y le socorrería. Vino el caballero al Santo, diciendo que le enviaba el Cardenal; y doliéndose de no ser tan rico para socorrerle como decían, le dió cuanto dinero había en casa, sin reservar nada para sí. A los pobres vergónzantes socorría con mucho secreto y disimulación; procurando que aún no les tuviese la costa de pedirlo, para que ni padeciesen necesidad ni vergüenza. En Roma usaba de una traza ingeniosa: en sabiendo que alguna matrona honrada y principal padecía necesidad, se informaba de la labor y obras de manos que sabía hacer, y se la encargaba; y acabada, le pagaba

tres y cuatro doblado de lo que valía la hechura, y algunas veces por obra de muy poco trabajo envió cuarenta y cincuenta ducados á algunas personas principales; cumpliendo bien el consejo de Cristo, que no sepa la mano siniestra lo que da la derecha; pues lo que daba la derecha por limosna, podía parecer á la siniestra, paga y recompensa de el trabajo. ¿Cuántas de estas limosnas y otras semejantes pudiéramos contar? Pero desaparece su caridad corporal á vista de la espiritual.

El Cardenal de Monte dijo á Gregorio XV: «Que Ignacio no rehusó ningún trabajo, ningunas incomodidades, ningunas vigilias, ningunas aflicciones por la salvación de las almas.» Y cuanta verdad sea, bastantemente queda comprobado con ejemplos, y se pudieran alegar muchos más. Estando viejo y enfermo, salió de Roma al reino de Nápoles en medio de el invierno y en tiempo muy lluvioso, para componer las discordias que había entre Ascanio Colona y su mujer doña Juana de Aragón, que estaban separados en la habitación, y muy opuestos en la voluntad; y cónsiguió facilmente lo que habían pretendido grandes Príncipes sin fruto. Aunque después, algunos, envidiosos y picados de que hubiese podido más un hombre particular con dos palabras, que ellos con su autoridad, súplicas y diligencias; alborotaron los ánimos que estaban ya sosegados, y encendieron con nuevo rompimiento la discordia. Con esta ocasión hizo grande provecho en los pueblos por donde pasó, mejorando sus costumbres é introduciendo la costumbre de comulgar cada mes; y después les envió algunos hijos suyos, que con su predicación cogieron grandísimo fruto. Para ayudar á las almas, siempre le hallaban todos pronto y aparejado, en todos tiempos, y en todas horas, y con cualquier disposición que tuviese de salud ó enfermedad; antes decían sus hijos, que nunca estaba mejor que cuando tenía más que hacer en provecho de las almas. Sucedió en una ocasión, que habiendo llamado á un Padre para una confesión; por no darse mucha diligencia en salir de casa, cuando llegó á la de el enfermo le halló muerto. Sintiólo

vivamente el Santo y mandó que, en adelante, cuando pidiesen algún Padre para confesar, tocase el portero la campanilla y bajasen á la portería con sus manteos cuantos sacerdotes hubiese en la casa, hasta el Superior, para ir sin dilación el que fuese señalado; y él bajaba y iba muchas veces á estos ministerios, sin excusarse con sus achaques, y dolores y contínuas ocupaciones de su oficio. Por acudir al provecho de los prójimos, y no faltar al gobierno de sus hijos, solía dar el día á los prójimos, y á sus hijos seis y siete horas de la noche. En una ocasión pidieron que fuese una noche á ayudar á bien morir á un enfermo; y aunque muchos le querían excusar de este trabajo tan sobre sus fuerzas y años, él no quiso sino ir á pasar la noche con el moribundo. Para otras pretensiones humanas que no se ordenaban al servicio de Dios, no le hallaban los que le buscaban; y así, cuando alguno, por la autoridad que tenía con los Príncipes, le pedía su favor para entrar á servir á alguno, se excusaba, diciendo: «Yo no conozco, Señor, mayor ni mejor que el que yo escogí para mí; si á este queréis servir, yo os ayudaré de muy buena gana con todas mis fuerzas; pero esotro es ajeno de mi profesión.» Cuando algunas personas le visitaban muchas veces, y no veía que se aprovechaban de su trato y conversación, sino que venían á gastar tiempo; en empezando á tratar ellos de otras materias, el Santo interrumpia la conversación y les hablaba de la incertidumbre de la muerte, de la terribilidad de el juicio, de las penas eternas de el infierno. En lo cual decía, que miraba por sí y por ellos; porque si volvían, se aprovecharían oyendo estas verdades, y si no trataban de aprovecharse, no volverían ni le gastarían el tiempo inutilmente.

Mostraba amor tan tierno á los pecadores, como escribe Polanco, que parecía exhalarse todo en caridad y suavidad, de la manera que una piadosa madre muestra mayor amor al hijo, cuando está enfermo que cuando está sano. Por esto, un hermano de San Francisco de Borja, escribiendo al Santo le dice: «Para que V. P. me quiera contar entre sus hijos, no puedo alegar otro título sino que soy hermano de el Padre Francisco, ó que soy un gran pecador; y cierto que dudo mucho, cuál de los dos títulos ha de ser más poderoso para ganarme la benevolencia de V. P.» Con este amor ganaba el corazón de los pecadores, y luego tomaba tantos medios, dice Luis González, que parecía imposible dejar de reducirlos; y así se escribe, que apenas veía alguna persona á quien hablase, que no saliese mudada de su conversación. Si alguno le aborrecía antes por malos informes; en comunicándole, se convertía el odio en amor y veneración. Y lo que admira con mucha razón al Padre Polanco, era acepto igualmente á todos, aunque fuesen entre sí contrarios; y así habiendo guerra entre el Emperador y el Rey de Francia, era igualmente amigo de los Embajadores de los dos Príncipes y de los Cardenales, que estaban afectos á las dos partes, no sospechando ninguno mal de él, ni el francés porque era español, ni el español por que trataba y comunicaba con el francés, porque sabían todos que los trataba para el bien de sus almas, sin atender á los interiores particulares de las naciones, y que á todas las abrazaba igualmente con la caridad de Cristo, que no sabe distinguir naciones, ni reinos, ni personas, sino que á todos los ama en uno, y por uno y para uno, que es el Dios de todos los reinos y naciones. Para ayudar en la perfección á los que la profesaban, usaba diversas trazas, y una era darles libros espirituales. Cuando fué á Monte Casino á dar los Ejercicios al Doctor Ortiz; llevó tantos ejemplares de el *Contemptus Mundi*, cuantos monjes había. Aconsejaba la lección de este libro, de que él había sacado gran provecho, y leía todos los días dos veces, una consecutivamente, según el orden de los capítulos; y otra, abriendo acaso; y siempre decía, que hallaba lo que había menester para la presente necesidad.

No mostraba menos su celo en las oraciones que ofrecía todos los días por el Papa y toda la Iglesia, por los Príncipes cristianos y sus reinos, por la conversión de los herejes, gentiles y por todos los hombres. Cuando el Empe-

rador Carlos Quinto hizo renunciación de sus reinos en Don Felipe su hijo, escribió doña Leonor Mascareñas, que había sido aya de el Príncipe, al santo Padre, pidiéndole con mucha instancia, que encomendase á Dios al Rey Don Felipe su Señor, pues de él pendía el bien de la cristiandad. A que respondió el Santo, que por el Rey cuando era Príncipe, había tenido costumbre de hacer oración particular cada día una vez; pero que después que su padre le había renunciado los reinos, la hacía dos veces con particular cuidado. Si había alguna particular necesidad, como elección de Sumo Pontífice, ó coronación de algún Rey, ó persecución que se levantaba contra la Iglesia, ó nueva guerra de algún Príncipe cristiano, gastaba buena parte de la noche instando á Dios, para que volviese por su causa, y todo lo ordenase á su mayor gloria y provecho de su Iglesia, acompañando la oración con la penitencia; y á sus hijos mandaba que orasen y se afligiesen por el remedio de aquella necesidad. Lo mismo hacía por la conversión de grandes pecadores, hasta alcanzarla de Dios; particularmente la de uno que no se había confesado en sesenta años, y parecía estar obstinado en sus delitos, consiguió á puras lágrimas y mortificaciones suyas y de sus hijos.

Monumentos son de su caridad ó milagros, las obras que hizo en su patria, en Roma, en Italia y en todas partes, y mayor milagro la solicitud que en ellas ponía, no dejando de la mano lo que una vez comenzaba, hasta ponerlo en perfección, venciendo dificultades y imposibles; y á los que tomaba por Coadjutores ó instrumentos de sus empresas, no los permitía descuidar, antes como el espíritu que estaba en las ruedas de el carro de la gloria de Dios, hacía correr á los animales que tiraban el carro, hacía él que fuesen todos ojos y alas para velar y volar los que habían de llevar á su fin la obra de Dios. «Es cosa averiguada, dice Ribadeneyra, que en más de treinta y cuatro años, por mal tiempo que sucediese, áspero y lluvioso, nunca dilató para otro día ó para otra hora de lo que tenía dispuesto,

lo que una vez había determinado de hacer para mayor gloria de Dios nuestro Señor.» En una ocasión, estuvo catorce horas sin haber comido bocado, esperando audiencia de un Cardenal, por no dilatar para otro día una obra de el servicio de Dios y bien de las almas.

De esta manera acabó grandes negocios. El compuso las diferencias que había entre el Papa Paulo Tercero y el Rey de Portugal, de que se temían gravísimos inconvenientes, por el Capelo que dió el Papa á don Miguel de Silva, Obispo de Viseu, contra la voluntad de el Rey. Por la solicitud de San Ignacio se reformaron y redujeron á su antigua observancia muchos monasterios de monjas en Italia, Sicilia y Cataluña; habiendo fiado de su prudencia y celo empresa tan dificultosa Felipe Segundo, Juan de Vega y algunos Cardenales. No hablo de lo que procuró con Juan de Vega, que persuadiese á Carlos Quinto, previniese una poderosa armada contra las infestaciones de el Turco: ni de la costumbre de los desafíos que desterró de Portugal, escribiendo al Rey Don Juan renovase las leyes antiguas que había contra ellos; ni de las Cuarenta Horas que introdujo para quitar los excesos de las Carnestolendas, con el fruto que gozamos. Por él se renovó en el mundo la frecuencia de los sacramentos, que hoy vemos tan aumentada; por lo cual llamó el Cardenal Baronio á la Iglesia de la Casa Profesa de Roma, con vocablo griego, Anastasia, que quiere decir resurrección, por haber resucitado en ella, dijo, el uso de la Penitencia y Eucaristía, muerto por largo tiempo. El Cardenal de Lugo contó en Roma, recién ido de España, ser en ella tradición, que un día del Corpus se le mostró á Santa Teresa de Jesús una procesión en el cielo, en que después de los coros de los ángeles y santos por su orden, vió debajo de palio un sacerdote revestido que llevaba en la mano el Santísimo Sacramento, y á su lado iba la Virgen; y que le fué dicho á la Santa por un angel, que el sacerdote era San Ignacio á quien se hacía aquella honra por la frecuencia de comulgar. Padeció San Ignacio al principio muchas persecucio-

nes por esta causa, hasta predicar en Roma contra él y sus hijos notándolos de herejes y condenando por pecado mortal el comulgar más que una vez al año; y el Santo hizo escribir un libro docto al Padre Cristóbal de Madrid, y darle á la estampa, en defensa de una costumbre que tuvo principio en los Apóstoles y se practicó con tanto provecho en la primitiva Iglesia. El culto de los templos y la veneración á todo lo sagrado, se aumentó por su devoción y celo; por no hablar de las ciencias, que todas le debieron muchas luces y estimación.

¿Mas para qué es traer ejemplos particulares, aunque tan grandes, queriendo medir una caridad sin medida? Quien quisiere conocer el celo de Ignacio, considere cómo halló el mundo, según al principio le pintamos, y cómo le dejó; y entenderá qué luz fué aquella que alumbró tantos reinos; qué fuego, el que abrasó tantos vicios; qué rocío celestial, el que fecundó la tierra para que brotase tantas virtudes; y aún no alcanzará toda su grandeza, si no contempla el Etna que dejó para conservar y renovar estas llamas. la fuente que abrió para que corriese perpétuamente estos bienes la Compañía de Jesús, digo, de la cual dijo un gran prelado, que como por un prodigioso racimo de uvas se conoció la fertilidad de la tierra de promisión, se conoce por esta obra la prodigiosa caridad de Ignacio. El Cardenal Bandino lo confirma, diciendo: «Grandes son de verdad y estupendas las cosas que hizo Ignacio mientras vivió; pero fuera de estas hace ahora muchas cosas y quizá mayores, porque toda la semilla de celestial doctrina que siembra en todo el mundo la Compañía, instituída por él, los muchos gentiles que convierte á Dios, los muchos herejes que reduce á la Iglesia y cuantas escuelas abre para enseñar la sabiduría, todas son obras de Ignacio.» A estas escuelas llama Fray Luis de Estrada, monje de San Bernardo, noviciados públicos de las ciudades; pareciéndole, que como de los noviciados depende la observancia de las religiones, depende de estas escuelas la reformación cristiana de las repúblicas.

Por la Compañía principalmente dijo Gregorio XV en el Consistorio de los Cardenales, cuando trataba de canonizar á San Ignacio: «Paréceme que le conviene muy bien al B. Ignacio la alabanza con que celebra la Escritura Sagrada al capitán Josué, de quien dice que fué grande según su nombre, máximo para la salud de los escogidos de Dios, para expugnar los enemigos que se levantaban, porque consiguiese Israel su herencia. Pues Ignacio ardió con el fuego de la caridad divina, y arrojó siempre llamas en los predestinados de Dios, y alistada una sagrada milicia contra los enemigos que en su tiempo se levantaron contra los escogidos; con las armas contrarias de que los guarneció, comenzó y hasta el día de hoy no cesa de vencerlos, con gran provecho de la Iglesia que lleva á Dios.» Hasta aquí el Sumo Pontífice. Mas si quisiéramos comparar á Ignacio con los Capitanes celebrados de la Escritura, no hallaremos ninguno á quien no se parezca. El fué como otro Moisés, que sacó por el amor bermejo de la sangre de Jesucristo innumerables cautivos de la esclavitud de el demonio á la libertad de los hijos de Dios, hasta conducirlos á la tierra de promisión de la gloria. El libertó como otro David al pueblo de Dios de la opresión de los filisteos, derribando, no un gigante, sino muchos, de la herejía, con las cinco piedras de el nombre de Jesús, que escogió por armas y tomó por blasón de su Compañía. El venció como Gedeón, con pocos soldados, con la luz de la doctrina y la espada de la divina palabra, numerosos ejércitos de Madian. El peleó siempre como Judas Macabeo las batallas de el Señor, alcanzando prodigiosas victorias por sí y por sus hermanos, de los enemigos y traidores de Israel. Si pasamos de los Capitanes que fueron sombras de las victorias de la Iglesia, á los que fueron luces de la ley evangélica; Ignacio fué como Juan Bautista, enviado al mundo, para que innumerables creyesen por él, y fué semejante á los Apóstoles sacado de la milicia, como ellos de la pesca, para ser pescador de hombres.

¿Mas qué diré de el celo que mostraba Ignacio de que

sus hijos trabajasen como él en la salud de las almas? Pedíales estrecha cuenta de lo que habían hecho en beneficio de los prójimos, para obligarlos á que fuesen muy atentos en su ministerio. Cuando se fundaban algunos estudios de nuevo; quería que le avisasen todas las semanas de el número de los oyentes y el aprovechamiento de ellos, y aún pedía le remitiesen las oraciones y composiciones latinas que hacían los niños. A los Padres que estaban en Italia y Sicilia mandó, que le escribiesen todas las semanas lo que habían hecho en beneficio de las almas. A los que estaban en España y Alemania cada mes, y á los que andaban en la India cada año. Movía mucho esta cuenta que habían de dar sus hijos al Santo, para ser muy diligentes en aprovechar á sus prójimos. Andrés Frusio, que estaba en Venecia con otros diez compañeros, escribe á San Ignacio lo que habían hecho en espacio de cuatro meses, y cuenta como habían fundado cuatro escuelas de las lenguas griega y latina, que predicaban todos los días de fiesta con grande concurso y fruto; que enseñaban la doctrina cristiana á los niños y gente ruda; que las confesiones eran sin número y muchas de toda la vida, no sólo de los naturales de la ciudad, sino de muchos que venían de Bresa, Vincencia, Padua y los lugares circunvecinos; que cuidaban de el sustento y enseñanza de los pobres y encarcelados; que habían fundado un recogimiento para las mujeres que quieren apartarse de su mala vida; que habían convertido á la fe buen número de mahometanos y calvinistas, y catequizado muchos turcos para el bautismo; y contando tantas cosas hechas en tan poco tiempo con todo eso, dice en la misma carta: «Cumplo con esta carta el mandato de V. Paternidad, de el cual entre otros frutos, saco particularmente este que me pone temor de el supremo juicio de Dios. Porque si el haber de dar cuenta de esto poco, sin peligro ninguno nuestro, nos avergüenza tanto, por saber cuán imperfectamente hemos cumplido con la obligación de nuestro cargo, aunque en este tribunal no son examinados nuestros pecados, sino solamente las obras

que su divina bondad se ha dignado de hacer por nosotros; ¿cuánta confusión es necesario que tengamos en aquel juicio universal, en que no sólo se nos pedirá cuenta de haber hecho con negligencia la obra de Dios, y haber usado mal de sus dones, sino también de todas nuestras culpas y defectos?» De todas partes venían semejantes cartas, en que se hablaba de conversiones de gentiles, moros, judíos, herejes, pecadores y otros admirables frutos de grande gloria de Dios. Al leer San Ignacio estas cosas se enternecía y confundía, dando gracias á Dios porque se dignaba de obrar cosas tan grandes por tan pequeños instrumentos. Sucedió, que entre tantas cartas llenas de frutos apostólicos, vino una de Sicilia de el Padre Jacobo Lostio, en que le decía que aquella semana había pasado sin fruto, y que no tenía otra cosa que escribir sino que no había que escribir. Agradó tanto á San Ignacio la modestia y humildad de este hijo suyo, que besó la carta y la recibió con tanto gusto, como si le contara cosas maravillosas de el servicio de Dios.

De los Rectores aquel le agradaba más, que era más importuno en pedir operarios fervorosos para la salud de las almas; y por este cuidado llamaba á los Rectores de Sena, Palermo y Nápoles, el Angel Senense, el Angel Panormitano, el Angel Napolitano. No quería que ningún sujeto estuviese fijo en algún Colegio, sino dispuesto para ir á cualquiera parte donde se esperaba mayor servicio de Dios y ayuda de las ánimas. Por lo cual, si el sujeto que estaba en un Colegio podía servir más á Dios en otra parte, al punto le enviaba á ella, no dejándose vencer de intercesiones para detenerle, sino satisfaciendo con buenas palabras á los que lo pedían. Si los Rectores se quejaban, les respondía: Que hiciesen cuenta que Dios se le había quitado sacándole de esta vida, y hiciesen ahora lo que hicieran entonces. Aunque tenía ordinariamente en Roma, como en la cabeza, los primeros hombres de la Compañía, por ser allí necesarios para el servicio de Dios; los enviaba á otras partes y se quedaba sólo, cuando le parecía que era esto más de gloria de Dios.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto Biblioteca

Habiéndole enviado San Francisco Javier al hermano Andrés Fernández, Coadjutor, para que le dijese la necesidad que había en la India de grandes obreros, y procurase llevar consigo un buen número; San Ignacio, después de haberle encomendado á Dios mucho y conferido y pensado, nunca se determinó á sacar de Europa los ministros que eran necesarios en ella; porque aunque eran muchos y muy celosos, eran menos de los que pedía la necesidad de aquellos tiempos. Y intercediendo el Padre Pedro de Ribadeneyra por el buen despacho de el Hermano, le dijo el Santo: «Yo os digo, Pedro, que no tenemos menos necesidad de buenos obreros en estas partes, para conservar la fe, que en la India, para plantarla.»

Pasemos ya de los ejemplos á los dictámenes y avisos que dejó á sus hijos, para que hiciesen con fruto el ministerio de ganar almas; aunque repitamos aquí uno ú otro dictámen de los que se han apuntado, por no separar lo que conviene hallen junto los que profesan empleo tan sublime y necesario.

CAPITULO XIX

Consejos y dictámenes de San Ignacio para el trato de los prójimos, y conversión de las almas

Como el ministerio de ayudar á las almas es por una parte tan excelente, y por otra tan peligroso para los incautos, por haber de tratar el ministro evangélico con pecadores para sacarlos de sus culpas, como el médico con los apestados para curarlos; necesita de gran prudencia y recato para no perderse el que ha de ganar á otros, para no enfermar el que ha de tratar con los enfermos, y para no ahogarse el que entra á socorrer á los que se anegan. Por eso decía San Ignacio, que el tratar con los hombres, si se acierta á hacer bien, es de gran fruto para ellos, y sino de gran daño para sí y para ellos; porque como la conversación cuerda y modesta de un hombre espiritual y prudente, atrae á los hombres y los convida á lo bueno, así la de el imprudente y arrojado los suele entibiar y apartar de lo bueno, y donde se pretendía el fruto de la caridad, no se saca sino daño y desedificación.

Pues para que esto se hiciese debidamente, la primera cosa que el Santo encomendaba á sus hijos que se ocupaban con los prójimos, era: Que entendiesen, que su mayor cuidado y más importante para aprovechar á los otros, era aprovecharse á sí y perficionarse, y crecer cada día en virtud con el favor de el Señor; porque de esta manera viene el hombre á ser digno instrumento de Dios, para engendrar en los otros la perfección y encender á los demás en el fuego de la caridad. Y que para esto debemos tener grandísimo deseo del amor de Dios y de la perfección, y pedirla contínuamente á su Majestad, y proponer de no perderla por nada de el mundo, ni aún entibiarla con un pecado venial. Entendiendo, que para que las prendas y talentos naturales sean eficaces para el provecho de las almas, es necesario que sean regidas de el interior espíritu y que de él tomen fuerzas para obrar, y con esto las bendecirá el Señor y pondrá en ellas su mano, como las puso el Profeta Eliseo sobre las de Joás, para que los golpes de las saetas se empleasen bien, y no hiriesen inútilmente al aire.

Todos los vicios se han de huir, pero se ha de poner mayor cuidado en vencer aquellos á que el hombre de su naturaleza se ve más inclinado; porque estos son los que amenazan más ciertas y miserables caídas: los que son de complexión colérica y vehemente han de estar mucho sobre sí, y armarse y prevenirse con la consideración; especialmente cuando han de tratar con otros hombres airados y coléricos, porque fácilmente se viene á rompimiento y nacen disgustos, si con esta preparación no se aperciben y hacen fuertes para resistir á su natural. Y la misma prevención se ha de tener para sujetar todas las viciosas inclinaciones; porque el recogimiento contínuo, y la cuenta ordinaria y cuidadosa que el hombre tiene de sí mismo, mirando

y pensando bien lo que ha de hacer y decir, y lo que le puede suceder; suele detener mucho, y como con grillos aprisionar nuestra rebelde naturaleza y las pasiones viciosas que de ella nacen. Y si alguno halla un compañero y amigo tan fiel, con quien sin inconveniente pueda comunicar sus faltas y ser avisado de ellas, y avisarle también á él de las suyas; suele ser de gran provecho. Al fin, hemos de componer el hombre interior en todas las cosas de manera, que redunde en el exterior, y los que nos tratan, con sólo vernos se compongan y alaben al Señor.

Para emprehender cosas grandes en servicio de Dios, es necesario vencer el vano temor; no haciendo caso de la pobreza, incomodidades, calumnias, injurias, afrentas y de la misma muerte; y no exasperarse, ó concebir ódio contra las personas que nos contradicen ó persiguen.

Debemos guardarnos de dos rocas muy peligrosas en esta navegación: la primera, es la soberbia y vana presunción de nosotros mismos, no acometiendo cosas muy árduas y desproporcionadas á nuestras fuerzas. Y la otra, que muchas veces se sigue de la primera, la pusilanimidad y desconfianza en los trabajos y dificultades que se ofrecen, cuando no nos suceden las cosas como nosotros deseamos y pensamos.

Sobre todo hemos de arrancar con grande estudio cualquier apetito de ambición, ó de pretender para nosotros mismos honras, dignidades, amistades ó favores de Príncipes, alabanzas de hombres y aplauso popular; de manera, que no hagamos cosa alguna por ser loados, ni la dejemos de hacer, si es buena, por temor de ser vituperados.

Débese huir con gran cuidado la familiaridad de todas las mujeres, aunque parezcan espirituales ó lo sean, y mucho más de las que son más peligrosas, ó por la edad y estado, ó por ser de baja suerte ú de ruín fama; así por nuestro peligro, porque en estas conversaciones suelen quemárse ó chamuscarse los hombres, y si no sale llama, á lo menos hay humo; pues es verdad lo que dice el Espíritu Santo, que la polilla sale de la vestidura, y la maldad de el

hombre de la ocasión de la mujer. Como también por el escándalo de los otros, y el decir de las gentes, que siempre se inclinan más á sospechar y decir mal de los religiosos y siervos de Dios, que á excusarlos ó defenderlos.

Muy recatados hemos de ser en creer, y dar por buenas las revelaciones que algunas personas espirituales dicen que tienen; por el engaño que suele haber en semejantes cosas, teniendo por revelaciones los sueños y devaneos de su cabeza, y por el crédito que pierde el que las ha aprobado cuando se descubre su falsedad.

En el hablar es necesaria grande circunspección, no usando palabras livianas, desconcertadas, de murmuraciones, ni arrojadas, ni aún hiperbólicas, porque todo esto es dañoso y quita el crédito con las personas á quien tratamos, el cual es muy necesario para poderlas ayudar y llevar á Dios. Especialmente cuando se trata de hacer paces y reconciliar unos con otros, y en el predicar, definir, determinar controversias y responder á cosas graves; se debe tener grandísimo recato y consideración, de manera, que ni una sola palabra se nos caiga inconsideradamente; sino que en todo lo que hablamos, pensemos que lo que decimos á uno ha de venir á oídos de muchos, y lo que hablamos en secreto se ha de pregonar en las plazas; porque con este presupuesto, serán las palabras medidas y pesadas con el peso de la prudencia cristiana y religiosa.

Los predicadores y todos los que tienen por oficio enseñar al pueblo, han de rumiar muy bien y escribir primero con mucho cuidado lo que han de decir, y ninguna cosa han de afirmar temerariamente, ni arrojarse en los púlpitos, ni traer á ellos cosas nuevas y dudosas; todo su cuidado en los sermones ha de ser reprehender los vicios con modestia, y no irse tras las cosas que deleitan á los oyentes y dan aplauso, sino encarecer la fealdad de el pecado, y la hermosura y fruto de la virtud; y el blanco á que se han de asestar todos los tiros, ha de ser á que todos los pecadores se compunjan y conviertan á Dios, y agradezcan el amor excesivo y infinito que el Señor nos tiene.

Háse de anteponer el bien universal al particular; mas por la esperanza de hacer mucho en servicio de Dios y ayuda de las almas, no se ha de dejar lo presente y que se tiene entre las manos; y es mejor poco, bien fundado y durable, que mucho incierto y mal seguro, porque sucede muchas veces perder lo uno y no ganar lo otro.

El hombre ha de ser más largo en las obras que en las palabras, y prometer menos de lo que ha de hacer, y hacer hoy, si es posible, lo que ha prometido para mañana. Por eso, yendo el P. Laynez, llamado de la República de Génova, para fundar allí un Colegio de la Compañía, le ordenó, que de nuestros ministerios en ayuda de los prójimos, prometiese mucho menos de lo que después con las obras haría.

Si alguno nos pide cosa que no nos esté bien concederla ó es contra el decoro de nuestras personas; no por eso debemos enojarnos con quien la pide, sino negársela con tan buenas palabras, que quede satisfecho de nuestra buena voluntad, y si es posible, vaya tan amigo y gracioso como vino.

El oficio de el buen religioso no es meter los hombres en Palacio, sino llevarlos á Cristo y procurar que sirvan al Señor á quien él sirve, de quien saldrán con su seguridad bien galardonados.

No solamente se ha de tener cuenta con Dios, sino también con los hombres por el mismo Dios; y pues en esta vida no sólo tenemos á Dios nuestro Señor presente para mirar y galardonar nuestras obras, sino que, como dice el Apostol, también somos espectáculo de los ángeles y de los hombres y de todo el mundo, procuremos con el mismo Apostol todo lo bueno, y lo sigamos y abracemos, así lo que es tal delante de Dios como delante de los hombres; de manera, que trabajemos primero y principalmente de agradar á Dios nuestro Señor, de cuyo rostro, como dice el profeta, sale el verdadero juicio; y después procuraremos también de agradar á los hombres, quitándoles de nuestra parte toda ocasión de vituperar y tener en poco nuestro ministerio.

No habemos de mirar solamente lo que pide el celo fervoroso que algunos tienen de la gloria de Dios, sino que este mismo celo se ha de regular con el provecho de los prójimos; porque entonces será verdadero celo y agradable á nuestro Señor, si sirviere al bien de muchos; y si mirando á Dios y buscando su gloria, dejare alguna vez al mismo Dios en sí, por hallarle en sus prójimos, conforme á lo que el mismo Señor dijo: «Misericordia quiero, y no sacrificio.» Y en otro lugar: «Si ofrecieres tu ofrenda y estuvieres ya delante de el altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna queja contra tí, deja tu ofrenda delante de el altar, y vé á pedir perdón y á pacificarte con tu hermano, y después vuelve á ofrecer á Dios lo que querías. Así que muchas cosas hemos de hacer y muchas dejar de hacer por el parecer y juicio de los hombres, con que no sean pecado, por el bien y provecho de los mismos hombres.

El que toma este oficio de ganar almas, debe pensar que no ha de tratar entre hombres perfectos, sino entre gente no santa y muchas veces injusta y engañosa, y como dice el Apostol, en medio de una mala y perversa nación; y así se ha de apercibir y armar contra todas las pesadumbres que por esta causa le pueden venir, de suerte que por más pecados y abominaciones que vea, no se turbe ni escandalice, ni sea parte ninguna bobería ó malicia de los hombres por grande que fuere, para que él deje de tener siempre con la prudencia la simplicidad de paloma, ó con esta simplicidad la prudencia de la serpiente.

Importa mucho ganar las voluntades de las personas con quien tratamos, teniéndolas sincero y verdadero amor, y mostrándosele con palabras y obras; haciendo por ellas todo lo que permite nuestra profesión, y haciendo confianza dellas en los negocios que tratamos, según su capacidad y la familiaridad que tenemos con ellas, tomando y siguiendo su parecer cuando fuere acertado, porque así las ganaremos para Dios y para las obras de su mayor gloria en que nos pudieren ayudar.

Quien vive en tierra donde hay bandos y parcialidades;

debe abrazarlos á todos, y no mostrarse especial ni llegarse de tal manera á la una parte, que ofenda á la otra.

Habemos de usar para la salvación de las almas, de las mismas armas y ardides que el demonio usa para nuestra perdición. Porque, como el enemigo mira primero, y escudriña atentamente el natural de cada uno, y tantea muy bien su inclinación, y después le propone, para hacerle pecar, el cebo que es más conforme á ella; ofreciendo á los ambiciosos honras, riquezas á los codiciosos, á los carnales y regalados deleites, á los devotos cosas que tienen apariencia de devoción; y no entra de rondón, sino poco á poco, como con pies de plomo, hasta que gana la voluntad, y en fin, se lanza en las almas del todo, tomando posesión de ellas: así el sabio maestro espiritual se ha de haber, conformándose con el natural de las personas que trata: al principio disimular y pasar por muchas cosas y hacer que no las ve; y después de ganadas las voluntades de los que trata, hacerles guerra con sus mismas armas y conquistarlos para Dios. De manera, que á los principios nos conformemos con sus condiciones y condescendamos con ellos en lo que no fuere contra Dios, para entrar con ellos y salir con nosotros, haciéndonos *omnia omnibus*, como lo hacía el Apostol, *ut omnes lacrifaciamus;* y no pensando que vivimos para nosotros, sino para nuestros hermanos en el Señor. Pero como la prudencia, para acertar, debe mirar tanto las circunstancias de los tiempos y lugares, y más de las personas con quien se trata y de las mismas cosas que se tratan; son menester muchos ojos para ver bien lo que en cada negocio conviene; y antes que el hombre se embarque, considerar cómo se embarca, y procurar de conocer bien la condición y natural de la persona que ha de tratar, especialmente si es principal y gran señor, antes de entregarse á él y hacerle muy familiar.

También es necesario usar de gran recato y circunspección con estas mismas personas que queremos ganar para Dios, á las cuales debemos de tal manera mostrarnos gratos para las buenas obras que de ellos recibimos, que

no seamos lisonjeros ni apoquemos nuestros ministerios; antes demos á entender que principalmente las reconocemos de Dios, y que ellas mismas ganan mucho en el bien que nos hacen por su amor; y juntamente conozcan que el hombre es superior á la próspera y adversa fortuna, y libre de esperanza y temores vanos, y menospreciador de todo lo que el mundo le puede ofrecer; conversando con todos con una humildad grave, sin abrir mucho su pecho ni tener demasiada familiaridad, sino con personas muy conocidas y de mucha confianza; y sin recibir nada de nadie, sino lo que fuere necesario para el sustento, y esto de personas que se edifiquen y tengan por merced de Dios el darlo; porque el que recibe pierde su libertad, y el que da comunmente le estima en menos.

Aunque la autoridad es necesaria para ayudar y aprovechar á los prójimos, y para este fin se debe procurar; mas esta autoridad no se gana con cosa que sepa ó huela á mundo, sino con el menosprecio de él y con la verdadera humildad, y con mostrar con obras más que con palabras que el hombre es discípulo é imitador de Cristo humilde, que ni pretende ni busca sino su gloria y la salvación de las almas que el buscó; y para esto de ninguna cosa se desdeñe por pequeña que sea, ni por vil que parezca en los ojos de los hombres, si de ella se puede sacar gloria para Dios, y siempre comience de lo bajo si quiere llegar á lo alto y ser favorecido de el Señor: *Qui resistit superbis, et exaltat humiles*. En esto ponía el Santo gran fuerza; y por esto ordenó á San Francisco Javier y Simón Rodríguez, que pidiesen limosna en Portugal cuando fueron llamados de el Rey para pasar á la India; y á los Padres Laynez y Salmerón, que sirviesen á los pobres y enseñasen la doctrina cristiana en Trento, antes de decir su parecer en el Concilio.

Aunque no debemos desistir, por ninguna dificultad ó contradicción, de lo que juzgamos convenir para el servicio de Dios; no hemos de ser pertinaces y obstinados para perseverar en lo que una vez comenzamos, por salir con la nuestra, si no hay esperanza de salir con la empresa, ó juz-

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto Biblioteca

gamos que en otra cosa más util se podrá emplear aquel trabajo.

El que trata con los prójimos para curarlos, sea como un buen médico, que ni se espante de sus enfermedades ni tenga asco de sus llagas, y sufra con gran paciencia y mansedumbre sus flaquezas é importunidades; y para esto los mire, no como hijos de Adán y como unos vasos frágiles de vidrio ó de barro, sino como á imágenes de Dios, compradas con la sangre de Cristo; procurando que ellos mismos se ayuden y con buenas obras se dispongan para recibir ó para crecer en la gracia de el Señor, en quien debe esperar, que pues le llama á un tan alto ministerio, le hará digno ministro suyo, si desconfiare de sí y confiare en la bondad de el mismo Señor que le llamó y le hizo miembro de esta Religión.

El operario celoso y ferviente, deseoso de reformar los males públicos que se ven cada día en el mundo; debe pensar atentamente de que le pedirá Dios cuenta el día de el juicio, y aparejarse para ella, viviendo de manera que la pueda dar sin recelo. Pedirános cuenta de nuestra vocación y estado, si como buenos religiosos tuvimos menosprecio de el mundo y fervor de espíritu, si fuimos abrasados de caridad, amigos de la oración y mortificación, solícitos y cuidadosos en confesar y predicar y ejercitar los otros ministerios de nuestro instituto. De esto nos pedirá cuenta, y no si reformamos lo que no está á nuestro cargo; aunque debemos arder en deseo de la gloria de Dios nuestro Señor y hacerle fuerza, por decirlo así, con nuestras contínuas y abrasadas oraciones, suplicándole que él mueva con su espíritu á los que lo han de remediar; y también, cuando se ofreciere la ocasión, hablar y solicitar á los Gobernadores de la República para que hagan su oficio y quiten los escándalos públicos que en ella hay.

Finalmente ha de tener gran corazón el que trata esta granjería de almas, y quedar con mucha paz y alegría de la suya, como quiera que le suceda, habiendo de su parte hecho lo que debe para ayudar á las de los prójimos, y no

desmayar, por más que el enfermo que cura se quede con su dolencia, ni perder por eso el ánimo, tomando ejemplo de los Angeles de nuestra Guarda, que avisan, defienden, rigen, alumbran, mueven y ayudan para lo bueno, cuanto pueden, á los que de mano de Dios reciben á su cargo; pero si ellos usan mal de su libertad y se hacen rebeldes y obstinados, no se congojan, ni entristecen por eso, ni reciben pena, ni pierden un punto de su bienaventuranza, antes dicen: «Curado hemos á Babilonia y no ha sanado; dejémosla, pues no queda por nosotros».

CAPITULO XX

Carta de San Ignacio, de la perfección religiosa y celo de las almas

Por último argumento de la caridad y celo de San Ignacio, pongo una carta que dejaba por no alargarme, en la cual exhorta eficazmente á sus hijos á la perfección propia, y á procurar la salvación y perfección de los prójimos, y trae poderosos y eficaces motivos y medios para conseguir una y otra. Escribióla al Colegio de Coimbra, y causó en él los efectos que dijimos en el cap. 13 de este mismo libro; y porque puede obrar los mismos en todos los hijos de San Ignacio, no quiero ser avaro de un tesoro con que muchos se pueden enriquecer. La carta dice así:

«La gracia y amor eterno de Jesu-Cristo nuestro Señor sea siempre en vuestro favor y ayuda. Amen. Contínuas son las nuevas que de vosotros me dan Simón y Santa Cruz, y Dios nuestro Señor, fuente de todo bondad, sabe cuánta consolación y alegría me causa el ver cómo la su divina Majestad os da aliento y vigor para crecer cada día más en ciencia y en virtud, de que desde allá llega acá tan buen olor, que anima y edifica á muchos. Y si por común obligación que todos tienen de gozarse de la gloria y del honor de Dios, Criador nuestro, y de el bien de sus imágenes redimidas con la sangre y con

la vida de su Unigénito Hijo, no debe haber ninguno que con tal ocasión no se alegre; á mí, que os tengo con particular afecto dentro de el corazón, me conviene mucho más. Bendito y alabado sea por siempre nuestro Criador y Redemptor, de cuya infinita liberalidad todo bien y toda gracia desciende, y ruégole que abra más copiosamente cada día con vosotros las fuentes de su misericordia, para que siempre se promueva y crezca más lo que en vuestras ánimas ha comenzado; y de que lo hará, me asegura la infinita bondad suya sumamente comunicativa de sus bienes, y aquel eterno amor, más prompto á darnos la santidad, que nosotros á desear tenerla; porque si así no fuese, no nos animara su Eterno Hijo á lo que de ninguna otra mano que de la suya nos puede ser dado, diciendo: «Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial;» porque es sin duda que de su parte ni un punto faltará, como en nosotros halle humildad que nos haga capaces de sus dones, y deseos de tenerlos, y promptitud á cooperar industriosamente con los socorros de su gracia. En atención á lo cual, aunque os veo correr en el camino de Dios, me siento mover á poneros la espuela al lado; porque verdaderamente os puedo decir que si habéis de dar fruto igual á la esperanza que de vosotros se ha concebido en este y en otros muchos Reinos, y si los fines han de ser dignos de tan altos principios, y la correspondencia igual á la obligación; si no es con un extraordinario y excelente aprovechamiento en letras y en perfección religiosa, no ha de ser bastante. Mirad á vuestra vocación y entenderéis, que lo que por ventura en otros no sería poco, será en vosotros poquísimo; porque no solamente os llamó Dios de las tinieblas á su admirable luz, trasladándoos al reino de su querido Hijo como á todos los fieles, sino que os sacó piadosamente del mar de aqueste mundo, librándoos á un mismo tiempo de los peligros de las tempestades que levantaban en ella los vientos de los deseos de riquezas, de honores y de placeres y á veces el de el temor de perderlos cuando se llegan á poseer; para que más seguramente guardéis la pureza, y más sólido y más fuerte fuese en vosotros el amor de las cosas de su divino servicio, y también para que aquestas bajas cosas no ocupasen y impidiesen la mente, ni pusieséis en muchas cosas el amor, sino para que obrando con todo ello pudiéseis alcanzar el fin para que fuisteis criados que es la gloria y el honor de Dios, y la salud vuestra y de los prójimos; y aunque esta sea obligación de todo cristiano, pero pues por su Divina Majestad os ha escogido para aqueste particular instituto, en el cual no solamente con una general dirección como todos, sino con el ayuda particular de los ejercicios de él y con la aplicación de todo el poder vuestro, la tenéis particular de haceros un contínuo sacrificio de vosotros mismos á la gloria de Dios y á la salud de los prójimos, trabajando, no solamente con buenos deseos, con la oración y con el ejemplo, sino también con los medios exteriores con que la divina Providencia dispone que concurramos los unos en ayuda de los otros. De aquí podréis inferir la nobleza y realidad de el tenor de vida á que sois llamados, que á la verdad no sólo entre los hombres, sino aún también entre los ángeles no hay ejercicio que más excelentes obras abrace, que glorificar á su Dios, en sí, y en las otras criaturas reduciéndolas á él cuanto de ello son capaces. Por tanto, os consolad mirando á vuestra propia vocación, y dadle gracias á Dios por un dón tan grande, y pedidle espíritu y vigor para corresponder con grande ánimo á todo lo que de vosotros se espera y promete, porque es sin duda que más que ordinaria asistencia y favor de Dios es menester para llegar al cumplimiento de un fin tan alto. Y por amor de Jesu-Cristo, que olvidados de lo pasado os pongáis delante, á ejemplo de San Pablo, lo mucho que os queda que caminar en el camino de la virtud, teniendo por declarados enemigos de vuestra ánima, la negligencia, la flojedad y la pereza que entibia y enflaquece el deseo de crecer en el espíritu y la ciencia. Ponéos á la vista por ejemplares para imitar, no los flacos y remisos, sino los ánimos y fervientes, avergonzados de ser vencidos de los hijos de este si-

glo, cuando ellos por adquirir las cosas temporales son más solícitos que vosotros en ganar las eternas: confúndaos el ver que más ligeros corren ellos á la muerte, que vosotros á la vida: tenéos por hombres para muy poco, cuando viéreis que un cortesano sirve con más lealtad á un Príncipe de la tierra, por ganarle la gracia, que vosotros al Celestial; y si un soldado, por un humo de gloria y por el deseo de la pobre ganancia que espera de el saco de la victoria, pelea con los enemigos y combate más valerosamente que vosotros por vencer el demonio, el mundo y á vosotros mismos, y ganar con ello el reino y la gloria inmortal. Ruégoos, pues, por lo que amáis á nuestro Señor Jesu-Cristo, no seáis flojos ni remisos; porque la fuerza quiebra el arco, y la flojedad el ánimo; y al contrario la Divina Escritura enseña que se fortalecerá el ánima trabajando: procurad de avivar y mantener en vosotros un fervor santo para trabajar, así en el estudio de la perfección como en el de las ciencias; y estad ciertos que en lo uno y en lo otro tiene más fuerza un acto intenso, que mil remisos, y que lo que un descuidado adquiere con gran fatiga en muchos años, lo gana fácilmente un fervoroso en poco tiempo; y aquella conocida diferencia que en materia de letras hay entre los estudiosos y los negligentes, es la misma que hay en el aprovechamiento de la virtud y en la victoria de la flaqueza á que nuestra naturaleza está sujeta; porque es cosa manifiesta que los perezosos, por no pelear contra sí mismos, ó nunca ó muy tarde llegan á la verdadera paz de el ánima y á la posesión de alguna virtud, y por el contrario, los solícitos y valientes, en poco tiempo se adelantan en lo uno y en lo otro. El alegría, pues, que en esta vida se puede tener, la misma experiencia enseña que no los perezosos, sino los fervorosos en el servicio divino la gozan; y con razón, porque con vencerse en los principios, y con trabajar por señorearse de sí mismos y destruir el amor propio, descepan las raíces de todas las pasiones desordenadas y de la molestia y sentimiento que nace de su desconcierto; y plantando en su lugar en el ánima hábitos virtuosos, con ellos vienen á obrar casi naturalmente con gran facilidad y alegría, disponiéndose con esto á gozar de las santas delicias de Dios, piadosísimo consolador suyo, porque al vencedor se le dará maná escondido; y por el contrario, la pereza es madre de una vida siempre descontenta porque no deja arrancar las raíces de donde el descontento nace, que es el amor propio, y no se dispone á recibir los favores de las consolaciones divinas. Por tanto, perseverad alegremente en vuestros loables ejercicios; que con ellos probaréis los afectos de un santo fervor en la perfección de vuestra ánima, y gozaréis también de sus consolaciones en la presente vida. Pues si ponéis los ojos en el premio de la vida eterna, como muchas veces se debe hacer, hallaréis que fácilmente os persuade San Pablo, que no son condignas las pasiones presentes, con la gloria que en nosotros será manifiesta; porque á la ligereza y brevedad de las tribulaciones presentes ha de corresponder eterno peso de gloria en nosotros. Y si en cualquier cristiano que honra y sirve, como debe, á Dios se verifica esto; inferid ahora de aquí, qué tal será el valor de la corona que os espera si correspondéis á la obligación de vuestro instituto, el cual no os encierra dentro de los términos de sóla vuesta salud, sino os lleva mucho más allá que es atraer á otros al conocimiento y amor de Dios, con que sois de aquellos que dice la Escritura: «Los que enseñan la justicia á muchos resplandecerán eternamente como estrellas». Lo cual deben entender (como dicho á ellos) aquellos que valerosamente trabajan en su oficio, ensayándose primero, y después manejando diligentemente las armas de la salud.

Y no basta profesar vida sublime, si con perfección no se hace lo que su estado requiere, porque siendo de otro modo, les dirá Jeremías: «Maldito es el que hace con negligencia las obras de el Señor,» Y San Pablo: «De cuantos corren la carrera, uno sólo es el que ha de alcanzar la joya; y que no será coronado, sino el que legítimamente peleare.» Sobre todo querré que os ejercitéis en el puro

amor de Jesu Cristo, y en el deseo de su gloria y de la salud de las ánimas que redimió á tan gran costa suya, y os ha de mover á ello el especial título que tenéis de ser convocados y escritos en la lista de su milicia en aquesta Compañía: y digo especial título, porque tenéis otros muchos generales y verdaderamente muy poderosos que os obligan á trabajar en su servicio. El sueldo suyo es todo cuanto en lo natural tenéis, cuanto sois, y cuanto podéis; porque él os lo dió, él os conserva y mantiene el sér, la vida y el ánima, con todas sus potencias y perfecciones y el cuerpo con todos los bienes exteriores. Sueldo suyo son los dones espirituales de la gracia, con los cuales tan benignamente, y con tanta liberalidad os previene y os enriquece cada día, como si no le hubieseis sido enemigos y rebeldes. Sueldo suyo son los incomparables bienes de la gloria, de los cuales os ha dado fiel promesa y sin que de nada le venga interés, para vosotros los tiene aparejados, y quiere enriqueceros con los tesoros de su propia felicidad, para que participando de sus divinas perfecciones, seais por unión de caridad, lo que él es por propiedad de su naturaleza. Sueldo suyo finalmente es todo aqueste grande universo, y todo cuanto corporal y espiritual abraza y comprehende; porque ha obligado á que os sirvan, no solamente á aquestas criaturas que hay debajo de los cielos, sino también á las que están en su altísima corte, sin exceptuar algunas de las Angélicas Jerarquias, porque todos los ángeles son destinados para servir á la salud de los que han de gozar la herencia de la gloria. Y como si todo aquesto (siendo tanto) fuese ó nada ó poco; Él mismo, que es sólo lo que le quedaba, se os dió por sueldo, haciéndose en la carne hermano, en la cruz precio, en el divino pán de la Eucaristía mantenimiento, y compañero de nuestra peregrinación. ¡Oh! y cómo es forzoso decir, que es perezoso y vil el soldado á quien tantas pagas y de tan gran sueldo no bastan para que siquiera por ellas se aliente y afervorice á trabajar en el servicio, y por el honor de un Príncipe tan liberal y tan digno! mereciéndolo con beneficios tan altos y

que tanto le costaron; pues por disponerse á obrar cosas dignas de su amor, parece á nuestro modo de decir, que se olvidó de quien era, y como que se desposeyó de su propia perfectísima felicidad, para que nosotros le fuésemos participantes y compañeros en ella, tomando él y cargándose de nuestras miserias, para quitárnoslas á nosotros de nuestros hombros, queriendo ser vendido por redimir, infamado por glorificar, vivir pobre por enriquecer, y morir entre deshonores y tormentos de condenado, por darnos vida inmortal y bienaventurada. Ingrato es, fuera de todo término, y de sumamente rebelde corazón el que con todo aquesto no se ablanda, y no ve la obligación en que está de servir al honor y á la gloria de Jesu-Cristo: pero si vosotros lo alcanzáis á ver, y viéndolo os sentís inflamar en deseos iguales á la obligación que tenéis de emplearos en el aumento de el honor y del servicio de Dios, en tiempo estáis de mostrar con las obras la eficacia de vuestros deseos; mirad donde hoy es honrada la su Divina Majestad, donde reverenciada su inmensa grandeza, donde conocida su infinita bondad y paciencia, donde obedecida su santísima voluntad; antes no, sino mirad con extremo dolor, como su santo Nombre es en tantos lugares ó no conocido ó despreciado y blasfemado; como la doctrina de Cristo, eterna Sabiduría, es resistida; olvidado su ejemplo, y el precio de su preciosa Sangre en cierta manera por nuestra parte perdido, en cuanto son tan pocos los que se aprovechan de ella: mirad también á vuestros prójimos, imágenes de la Santísima Trinidad y capaces de su gloria, servidos de todo el mundo, templos de Espíritu Santo, miembros de Jesucristo, rescatados á costa de tantos dolores, infamias y derramamiento de sangre, mirad, digo, en qué grande abismo de miserias se hallan, en qué profundas tinieblas de ignorancia, en qué fieras tempestades de deseos y de temores vanos, y de otras pasiones, en que peligran combatidos de tantos enemigos visibles y invisibles, y á riesgo de perder, no una vida temporal, ni un caudal de riquezas perecederas, sino el reino y la felicidad

inmortal, y de caer en las miserias intolerables del fuego eterno: de aquí pasad á mirar vuestra obligación, que es restaurar cuanto posible os fuere el honor de Jesucristo Redemptor nuestro, y de ayudar á que se salven las ánimas que se pierden; y veréis cuán debido es que con toda industria y trabajo os forméis instrumentos idóneos de la divina gracia para tan glorioso sacrificio; mayormente siendo tan pocos los operarios que no busquen sus conveniencias, sino las de Jesu-Cristo; por lo cual, tanto más os habéis de esforzar para suplir la falta de otros, cuanto es mayor la gracia que para tal empleo Dios os comunica en aquesta vocación. Lo que hasta aquí he dicho para despertar á quien duerme, y que corra con más ligereza el que va muy de espacio, no ha de ser motivo para dar en el extremo contrario, entregándonos á un indiscreto fervor: «vuestro obsequio racional», pide San Pablo conformándose con el Profeta: «La honra de el Rey ama el juicio»; y con aquello que en figura se manda en el Levítico: «En todos tus sacrificios ofrece sal»; y así debe hacerse, porque á nuestra enemigo ningún arte es apropósito para arrancar del corazón de los siervos de Dios la verdadera caridad, que el hacer que en las cosas del espíritu se guíen, no advertidamente con la regla de la razón, sino con inconsideración á ímpetus de la libertad: «En nada, nimio», dice el filósofo, y se ha de observar tanto en todo, que hasta de la justicia lo dice el Eclesiástico: «No seas demasiadamente justo», y de no proceder con esta moderación, lo bueno se vuelve en malo, y la virtud se convierte en vicio, y se siguen de hecho desórdenes, en todo contrarios, á la intención de quien de tal manera se gobierna; y el primero es, que no pueden durar mucho en el servicio de Dios, como los caballos que á las primeras salidas hacen muy largas jornadas, que se mancan antes de llegar al término del viaje; antes en lugar de que ellos sirvan á Dios, tienen necesidad de que otros les sirvan á ellos. El segundo, que lo que con tan inmoderado apresuramiento se adquiere, suele durar poco; porque como dice la Escritura: El brío apresurado se disminuye; antes con peligro de ruina, según el Sabio, el apresurado tropieza con los pies y cae tanto más peligrosamente, cuanto es de más alto sin ningún reparo. El tercero es no cuidar de aliviar la mano, alijerándola del demasiado peso que la hunde; porque si es peligroso el andar vacía, porque las tentaciones con facilidad la mueven y la vuelven, mucho más el andar con mucha carga, que ella sola basta para anegarla. El cuarto es, que en vez de crucificar el hombre viejo, se crucifica el nuevo, debilitándose, quedando por la flaqueza inhábil para el ejercicio de virtud, según el aviso de San Bernardo, que dice, que con semejantes excesos injustamente se quitan las obras al cuerpo, los afectos al alma, el ejemplo al prójimo, la honra á Dios; de donde también infiere, que el proceder de esta manera es hacerse reo de sacrilegio, como destruidor del templo vivo de Dios, y es dañar al prójimo, porque la caída de uno asombra y entibia á muchos en la vida espiritual, y ocasiona escándalo muchas veces, tanto, que con razón el mismo Santo á estos los llama divisores de la unidad y enemigos de la paz, y ellos mismos se condenan de soberbios y de vanos cuando anteponen su propio juicio al de tantos, ó á lo menos usurpan lo que no es suyo, haciéndose árbitros en su misma causa, debiéndolo ser de razón su Superior; fuera de esto tiene otro inconveniente, que es cargar con tales armas, que ni de ellas ni de sí mismos se pueden valer, (como sucedió á David, embarazado con las armas de Saul) ó verdaderamente como si á un caballo desbocado no se le aplicase el freno, sino la espuela; por tanto, en esta parte es necesaria la discreción, que modere los ejercicios virtuosos entre dos contrarios extremos; porque como bien avisó San Bernardo, no conviene fiarse siempre y dejarse llevar de una buena voluntad, sino muchas veces conviene refrenarla y gobernarla, especialmente cuando hay falta de letras, porque quien quisiere ser bueno para los otros no sea malo para sí, porque el que es malo para sí, ¿para quién será bueno? Y si os parece que el medio de la discreción es dificultoso de encontrarse, tenéis quien os lo ense-

ñe; esto es, la obediencia cuyo consejo es guía, y segura: si con todo esto hay quien obstinadamente se quiera guiar por sí, oiga lo que San Bernardo le dice: «Cuanto se hiciere sin consentimiento y orden del Padre Espiritual, no tendrá premio, como cosa hecha por vanagloria»; y tráigase á la memoria aquello de la Escritura: «El resistir y no querer obedecer al Superior, es como especie de idolatría». Sea, pues, la obediencia, directora y guía para caminar al debido medio, entre la tibieza y el inmoderado fervor; y si son grandes los deseos que tenéis de mortificación en el tiempo de los estudios, empleadlos en quebrantar vuestra propia voluntad, y en sujetar vuestro juicio al imperio de la obediencia, antes que enflaquecer y debilitar desordenadamente vuestros cuerpos. No querré por esto que creáis, que yo lo condeno (lo que verdaderamente apruebo) algunas de vuestras públicas mortificaciones, de las cuales me escriben de allá; porque bien sé que los santos se alegraron de semejantes locuras, y las practicaron para su aprovechamiento, y no poco aprovechan para vencerse á sí mismos, y ganar aumento de gracia, mayormente en los principios: verdad es también, que en el tiempo de los estudios, vencido con la divina gracia el amor propio, tengo por mucho mejor guiarse en esto con la moderación que señala la obediencia, la cual con extremo os encomiendo, como virtud que abraza y comprehende á todas las otras, y al precepto que Cristo Señor nuestro le llama suyo: «Mi precepto es (dice) que os améis recíprocamente». Ni solamente tenéis vosotros de amaros recíprocamente, sino también debéis abrazar con la misma caridad á todos los otros, y procurar de encender en vuestras ánimas deseo de la salud en los prójimos, apreciando á cada uno en cuanto vale y cuanto costó á Jesu-Cristo, Dios y Señor nuestro, para que así creciendo por una parte en letras y por la otra en caridad fraterna, os hagáis instrumentos dignos de que se valga de vosotros la gracia de Dios, para el altísimo ministerio de reducir las ánimas á Dios nuestro último fin. Y en el tiempo que dura el estudio, no os parezca que sois inútiles al

provecho de los prójimos; porque además de crecer vuestras ánimas en virtud, como lo pide la ordenada caridad (compadécete de tu alma agradando á Dios) coopérase en muchas maneras al crecimiento de su gloria, en el ayuda de las ánimas. La primera es con el trabajo presente, y con la intención con que le tomáis, que es verdaderamente á fin de ayudar á los prójimos á su tiempo; porque de los soldados que se ocupan en apercibirse de armas y proveerse de municiones para la batalla, no se puede decir que no trabajan en servicio de su Príncipe; y aunque la muerte asaltase á alguno antes de salir á tratar exteriormente con los prójimos, no por eso habría perdido el trabajo de aparejarse; y debéis ofrecer cada día á Dios esta preparación para trabajar á su tiempo, que quizá placiendo á su divina Majestad de aceptarla, no será de menos ayuda á la salud de las ánimas, que la predicación misma y las confesiones. La segunda manera de ayudar á los otros en este tiempo, es, haciéndoos vosotros mismos interiormente virtuosos y santos; porque tanto más hábiles estaréis para hacer á otros buenos, cuando vosotros lo fuéredes; porque ordinariamente Dios obra en las cosas espirituales, proporcionalmente como la naturaleza en la producción de las suyas, acerca de las cuales enseña la filosofía y la experiencia, que para la generación de un hombre ó de otro animal perfecto, además de las causas universales, como son las de los cielos, se requiere un agente inmediato de la misma especie, que comunique al sujeto la forma que pretende producir. De la misma manera, la divina Sabiduría ha ordenado, que aquel de quien ella se vale como instrumento ó causa para dar á otras humildad, paciencia y caridad, y semejantemente otras formas de virtudes, sea él, primero, humilde, paciente y caritativo; y así (como decía) servís á los prójimos mientras os hacéis instrumentos hábiles para servirlos, armandóos de sabiduría y de virtud, cuanto es necesario á haceros perfectos en lo uno y en lo otro. La tercera manera es, con el buen ejemplo de la vida; de la cual como al principio dije, el olor que por la gracia de la divi-

Universidad de Deusto Biblioteca

na Majestad de vosotros se derrama, edifica y consuela, no solamente este Reino, sino también otros hasta donde llega; y yo confío en el Autor de todos los bienes, que se conservará con mucho aumento cada día, y se multiplicará en vosotros su gracia, hasta poneros en estado de una entera perfección. La última manera de socorrer á los prójimos se estiende y dilata mucho; y es la de los santos deseos, con los cuales podréis suficientemente suplir lo demás que las ocupaciones de los estudios no os permiten hacer, de lo cual y de lo que se puede añadir á lo que he dicho, tenéis allá quien plenamente pueda discurrir, y por eso hubiera yo podido dejar de escribir esto, si no hubiese atendido á satisfacer vuestros deseos de tener carta mía, antes que á la necesidad que de ella tenéis. No tengo otra cosa que añadir, sino rogar á Dios, Criador y Redemptor nuestro, que así como fué servido de llamaros para sí, y daros eficaz voluntad de emplearos en su servicio; así también lo sea de conservar en vosotros sus dones, para que contínuamente crezcáis y perseveréis en su servicio, para mucha gloria suya, y ayuda de su Iglesia. En Roma á siete de Mayo de mil quinientos y cuarenta y siete. Vuestro en el Señor. Ignacio.»

CAPITULO XXI

De la prudencia de San Ignacio

No era necesario hablar de la prudencia de San Ignacio, que se ha hecho ver y reparar en todas las acciones de su vida; por eso hablaré aquí de ella, más haciendo reflexión sobre lo dicho, que diciendo nuevos ejemplos, aunque se pudieran traer muchos y singulares. Fué su prudencia tal, que me atrevo á decir no tuvo en su siglo igual, ni en los pasados superior; y esto lo confesaban hasta sus mismos enemigos. Por esto deseó con grandes ansias el Cardenal Pacheco, que asistiese en el Concilio de Trento, y lo procuró con todas sus fuerzas el Padre Diego Laynez; para que con la sabiduría de los mayores hombres de la Iglesia, que habian de dar la primera luz á las Definiciones de el Concilio, su soberana prudencia abriese el camino á los decretos de la reformación, que pretendía establecer aquella Sagrada Junta.

Tuvo la prudencia de San Ignacio todas las partes que se requieren en la más consumada, para gobernar sus acciones, regir los hombres, que es arte de artes, dirigir los negocios más dificultosos; y él tuvo por decirlo así, todas las prudencias de que necesitaban los cargos y oficios que el Señor le dió de Doctor Místico, Gobernador, Legislador, Fundador de una nueva Orden, Apostol de el mundo y Maestro de varones apostólicos. Y aunque fué como el cuerpo de su prudencia, una capacidad sólida, una comprehensión grande, un juicio maduro; era el alma una celestial sabiduría, infundida de Dios sobrenaturalmente, para conocer lo presente, observar lo pasado, prevenir lo futuro, penetrar los engaños de el mundo, de el demonio y de la carne, discernir los espíritus, distinguir los movimientos de la naturaleza y de la gracia, dividir la luz de las tinieblas, y separar lo precioso de lo vil. Por eso él nunca fué engañado, ni lo fué quien lo gobernó por él; nunca se perdió negocio que él dirigiese, ni dejó de lograrse empresa que él encaminase.

La luz para gobernar sus acciones, que es la prudencia de los justos, de que habla el Angel San Gabriel á Zacarías, y la ciencia de los santos, como la llama Salomón en los Proverbios, se vió en él desde el principio de su conversión, despreciando lo temporal por lo eterno, las criaturas por el Criador. En Montserrate le dijeron algunos monjes que sabían quién era: «Oh Ignacio, ¿qué dijeran vuestros parientes si os vieran con este traje y estos pensamientos?» A que respondió: «Más quiero entrar con un ojo en el cielo, que con dos en el infierno.» Luego dió á todas sus acciones el más alto motivo de la gloria divina, y tomó los medios más proporcionados para desarraigar los vicios y plantar las virtudes, sin que el mundo con todos sus enga-

ños, el demonio con todos sus ardides y la carne con todos sus alhagos pudiesen desviarle un punto de el camino comenzado; aunque muchas veces el demonio se transfiguraba en angel de luz, la carne se cubría con capa de espíritu y el mundo se ocultaba con apariencias de justicia. Acordémonos de las formas que tomó la antigua serpiente para encantarle en Manresa, de las llamas de amor de Dios, que le ocasionaba en Barcelona cuando empezó la gramática, para embarazarle el estudio de que temía la ruina de su imperio, y de otras muchas tentaciones de buena cara con que le combatió toda la vida, y veremos una sutileza de buen espíritu, superior á la de el malo, y una prudencia divina, victoriosa de la mayor astucia diabólica.

De la prudencia para gobernar almas, ningún testimonio mayor, que el libro de los Ejercicios, donde el fin, el método, la doctrina, las reglas para elegir estado, para gobernar las acciones, para discernir espíritus, las notas, todos son argumentos de una celestial sabiduría, pudiendo nosotros decir á quien los sabe ó los lee, con las palabras de Isaías, que le ha enseñado la senda de la justicia, le ha ilustrado con la ciencia, y le ha mostrado el camino de la prudencia; pues quien caminare por aquella valla, llegará á la cumbre de la protección y santidad, sin declinar á la diestra ni á la siniestra. No hablo de las personas que levantó con su magisterio á la perfección; pues sabemos que Javier, Fabro, Borja, Laynez y todos los que cursaron aun por poco tiempo su escuela, salieron eminentes en todo género de virtudes. Solía decir, que hay muy pocos que entiendan perfectamente, cuanto hiciera Dios en ellos, si se pusieran totalmente en sus manos y se dejaran labrar de su divina gracia. Y que como un artífice primo, de un leño tosco fabrica una estátua que es milagro de la escultura; así Dios, de el que no pone de su parte embarazo, hace un simulacro de santidad digno de colocarse en los altares. Por eso el primer consejo que daba á los que deseaban la perfección, era, que entregasen todo su querer

al de Dios, correspondiendo fielmente á su divina gracia. Al que no es llamado de Dios al primero y sublime grado de perfección, que es no poseer otra cosa que á Dios, decía, que le queda el segundo, que es no ser poseído de las cosas que posee; y si no las deja por Dios, que las ordene á Dios; y aunque sean muchas, las tenga todas por menos que aquel uno que el Evangelio dice ser necesario. Enseñaba, que aunque entre las virtudes y sus actos haya sus grados de nobleza y excelencia de una sobre otra; con todo eso, no es siempre para cada uno lo mejor, lo que es mejor en sí, sino lo que para él es más provechoso: como si á uno le comunica Dios en la oración dolor de sus pecados, no debe él, dejado esto, pasar al afecto á gozarse de el sér y perfecciones de Dios; porque aunque este acto sea por el objeto más noble, de el segundo sacará más provecho, por la abundancia de gracia con que Dios le llama á él. Pues los hombres, decía, se distinguen de los brutos por la razón; ésta no solo debe poner freno á las pasiones, para que ni en obra ni en palabra desdigan de un racional, mas también debe dar regla al espíritu, para que no haga las obras buenas por ímpetu, sino por razón; y así lo hacía él, no dejándose llevar de todos los buenos deseos á que el fervor le inclinaba, cuando embarazaban ó no se conformaban con el fin de su vocación. Afirmaba, que no puede haber una regla de penitencia para todos, ni han de ser unas mismas en todo tiempo; porque el cuerpo no es nuestro, sino de Dios, y le hemos de dar cuenta de él, no solamente si le hemos hecho insolente con el demasiado regalo y blandura; mas también si con el indiscreto trato le hemos vuelto inútil para obras de mayor bien nuestro y servicio de Dios. Cuando la carne se revela contra el espíritu, entonces la hemos de domar con extraordinarias penitencias, hasta que pierda el orgullo; pero cuando el espíritu está tan señor de ella, que antes queramos morir mil veces que ofender á Dios una, entonces se ha de aplicar tal medida de penitencias, que la carne no quede inútil, ni el espíritu se entibie. Sentía, que quien pone la fuerza en las peniten-

cias exteriores y no en adquirir virtudes sólidas, no puede durar mucho tiempo en el tenor de vida que ha tomado; porque debilitándose el cuerpo, faltará la salud, y con ella aquellas dulzuras de la oración, en que se apoyaba, más que en solidez de espíritu y puro deseo de agradar á Dios. Por eso, habiendo venido en peregrinación á Roma aquel anacoreta de Mallorca, que fué, como dijimos, un tiempo consejero de Nadal, y tratado de espacio con San Ignacio; él quedó admirado de el Santo, pero el Santo no lo quedó de él; antes preguntándole Nadal en confianza, ¿qué le parecía de el solitario? le respondió: «Que no pasarían tres años sin que dejase el modo de vida, la soledad y penitencias;» y así sucedió.

Decía, que el demonio obra más por de fuera que por de dentro, y imprime en las personas livianas y amigas de novedad, grandes apariencias de santidad en cosas visibles y maravillosas, para envanecerlas á ellas y engañar á los que las ven; y Dios al contrario, obra más dentro que fuera, edificando las almas con virtudes sólidas, imprimiendo en ellas sus dones y santificándolas con su gracia; aunque algunas veces es tanta la plenitud con que Dios se comunica, que redunda en el cuerpo; pero que esto sucede pocas veces, y á los muy grandes amigos de Dios. Esto dijo el Santo al Padre Pedro de Ribadeneyra, con ocasión de haberle contado un religioso, que una monja de su Orden perdía muchas veces los sentidos en la oración, y no sentía el fuego que la aplicaban ni los tormentos que la hacían, y que en todo parecía muerta sino es para obedecer á su Superiora, porque oyendo la voz de su prelada ó de quien en su nombre la llamase, luego respondía y se levantaba. Añadió más el religioso, que se veían en sus pies, manos y costado, señales de las llagas de Cristo, y que su cabeza goteaba sangre como si tuviera corona de espinas. Preguntó pués, el religioso al Santo, qué le parecía. Y él respondió solamente: «De todo lo que V. Paternidad me ha dicho, no hay cosa que tenga menos sospecha y peligro, que la pronta obediencia.» Y después paró en humo toda aquella

llama con que en los ojos de los hombres resplandecía aquella religiosa. Hablando el Padre Martín de Santa Cruz, que fué Rector de el Colegio de Coimbra y después murió santamente en Roma, con nuestro Padre San Ignacio; empezó á alabar mucho á Magdalena de la Cruz, diciendo muchas cosas maravillosas y extraordinarias, y que él la había hablado y le parecía una de las santas y prudentes mujeres del mundo: el Santo le dió una muy áspera reprensión, diciéndole que hombre de la Compañía no había de sentir ni tratar de tal mujer de aquella manera, ni medir ni estimar la santidad por aquellas cosas que él la medía. Y mostróse la prudencia y sabiduría de el Santo pocos años después, cuando esta mujer, que era tenida por santa y de muchas revelaciones, fué en España presa de la Santa Inquisición y castigada por el trato que tenía con el demonio.

Decía que algunas veces el hombre es tentado de el demonio y oprimido tan fuertemente, que parece estar fuera de juicio; y que suelen los hombres atribuirlo á la naturaleza ó á la enfermedad, debiéndose atribuir á la tentación. Afirmaba que cuando el demonio quiere acometer á uno y derribarle, aguarda muchas veces á saltearle de noche al tiempo que despierta de el sueño, para ponerle delante cosas feas, antes que se pueda armar de los buenos pensamientos con que le previene Dios. Por esto aconsejaba que procurásemos que el último pensamiento con que nos dormimos, sea de Dios, y el primero con que despertamos sea también de Dios; por cerrar de esta manera todas las puertas al demonio y que Dios sea el principio y fin de nuestro día, como lo es de nuestra vida, y no se lleve el enemigo las primicias de el día, que debe consagrarse todo á Dios. Tenía por cosa muy provechosa, que cuando el hombre es gravemente tentado, tenga cerca de sí quien le ayude y sustente con buenos avisos y consejos, para que no falten defensores al alma, cuando hay muchedumbre de demonios que la acometen y procuran derribar; y para que con el esfuerzo de los amigos se venza el de los enemigos.

Añadía, que es propio de la divina bondad defender con más eficacia lo que el demonio combate con mayores fuerzas, y fortalecer más lo que él más procura derribar; y pagar, con soberanas consolaciones, los trabajos que el hombre sufre en restituir y pelear con los enemigos. A los principiantes en la virtud, especialmente niños, decía que se les debía apartar cualquier riesgo, porque la tierna edad está expuesta igualmente á buenas y malas impresiones, y la virtud recién nacida es como flor, que con tocarla se marchita. Otros dictámenes pueden colegir los que tratan almas, de todo el discurso de la vida de San Ignacio.

De la prudencia de Gobernador y Superior hemos dicho mucho, de el amor que tenía á los súbditos, de el cuidado de ellos cuando estaban enfermos, de la solicitud cuando los veia tentados, de las penitencias medicinales, mezclando la severidad con el rigor, cuando los hallaba culpados, y de las trazas varias, según los genios y fuerzas de cada uno con que los promovía en la observancia y virtudes religiosas. Como el sabio médico ha menester conocer la complexión y disposición del enfermo ú de el sano para sanarle ó preservarle, así procuraba él conocer el natural y inclinaciones y disposición presente de sus súbditos para gobernarlos; y así siendo un superior, parecía tantos cuantos eran los súbditos, acomodándose á todos y á cada uno según las diversas disposiciones, mostrándose ya severo, ya afable, ya dulce, ya rígido, ya retirado, ya familiar; y conocíase por los efectos, que había tomado el medio y figura que en aquella ocasión se debía tomar. Y como importa tanto para el buen gobierno el conocimiento de los súbditos, cuando enviaba de Roma á alguno á otro Colegio, solía enviar al Rector noticia de las calidades de el sujeto sin desdorarle, para que por no conocerle, no le perdiese en lugar de ganarle. Decía, que por mudar lugar no se mudan costumbres, y quien se lleva á sí mismo, no es mejor, regularmente hablando, en un país que en otro. Por eso no mudaba de un Colegio los inobservantes, sino había razón particular, por la esperanza de que se mejorasen; porque

debiendo haber en todas partes el mismo rigor y observancia, en todas hallarían la misma causa de su descontento, que era la regla contraria á su tibieza. Decía, que en una comunidad de gente santa no puede estar un malo oculto mucho tiempo; así porque él está siempre violentándose para fingir lo que no es, como porque Dios no lo quiere sufrir. Había en Roma un hermano que no daba buenos indicios de sí; dió cuenta Manareo á San Ignacio y preguntóle si sería bien evitar que comulgase, porque no lo hiciese mal: «No, dijo el Santo, no se haga tal demostración; dejad obrar á Dios, que con eso mismo lo descubrirá.» Y así fué, porque al desventurado le sirvió el Sacramento de lo que á Judas el pan que le dió Cristo para descubrirlo; porque presto se quitó la máscara y mostró lo que era, y fué despedido de la Compañía. Celaba mucho que las personas ilustres y señaladas en letras no diesen mal ejemplo; porque el mal ejemplo, cuando es autorizado, se hace ley y tiene muchos que le imiten.

Tenía gran cuidado que sus hijos no diesen ocasión de justo enojo á los Príncipes y Prelados, aunque fuese con pretexto de servicio de Dios; por el mayor deservicio que se sigue á Dios ordinariamente de esto. Y decía de ciertos hombres, más fervorosos que prudentes, que por hacer bien levantan pleitos con los Obispos y rompen la paz con los prójimos; que fabrican con una mano y destruyen con la otra, y muchas veces por asentar una piedra desencajan ciento. Y explicándolo más, añadía: Que hay dos modos de operarios fervorosos, unos que hacen y no deshacen, y otros que hacen y deshacen; los primeros son los que usan de su fervor con tal tiento, que ayudando á todos, á ninguno ofenden, conociendo que no les es lícito hacerlo todas veces todo; y por esta razón, donde se les ofrece, no sólo peligro de escandalizar, sino aún apariencia de ello por falta de disposición, alzan la mano de la obra y trabajan para su aprovechamiento, lo que no pueden para el de los prójimos; los segundos son hombres de más fervor que prudencia, y que se dejan llevar más de el ímpetu, que de la razón y

ciegos con la codicia de hacer un bien, no miran diez males que ocasionan; y si alguno se les opone, como á punta de espada se defienden y alborotan el mundo, exasperando contra la religión los que la pueden ser de mucha ayuda en sus ministerios. Por esto quería el Santo, que á los libelos contra la Compañía, no se respondiese con injurias sino con razones, acompañadas de modestia; y á algunos, que en una ocasión que se ofreció, decían que el demasiado sufrimiento aumentaba la audacia de los contrarios, respondió aquellas palabras de Cristo: *Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis.* Cuando comenzó la Compañía á abrir escuelas en Roma, algunos maestros seglares, envidiosos y picados, por los discípulos que se iban de sus aulas á las nuestras, decían muchas injurias á los maestros de la Compañía, á que ellos respondían con humildad y paciencia; y el Santo, conociendo que en todas partes podía haber la misma ocasión, escribió á sus hijos, que á hombres semejantes no se les diese otra respuesta que humildad; y que si los tachasen de ignorantes, no se pusiesen á probar con argumentos que sabían, sino que dijesen que bien sabían que sabían poco; mas que aquello poco que sabían, lo enseñaban de buena gana, por amor de Dios, á quien no lo sabía. En los argumentos quería que se juntase la eficacia con la modestia, de manera, que no se comprase la estimación propia con el empacho ajeno; y así el Padre Olave, que en un capítulo general de religiosos arguyó de manera, que no dejó qué decir al que defendía las conclusiones, no le permitió volver á ellas.

No mostraba menos la prudencia de Superior en el modo de formar buenos superiores. Miraba los talentos que tenían de naturaleza y gracia, miraba si tenían juicio y prudencia; pero si faltaba la virtud, no hacía caso de estas prendas, que sin ella forman un superior más político que religioso; y la virtud que buscaba, consistía en un dominio grande de sus pasiones adquirido con la mortificación, una observancia perfecta hasta de las reglas más mínimas, una gran fortaleza de corazón en el servicio de Dios, una caridad de afecto paterno y una prontitud grande de obediencia; porque si falta lo primero, no puede gobernar bien á otros quien no se gobierna bien á sí; si lo segundo, no persuadirá la observancia quien no da ejemplo; si lo tercero, no tendrá ánimo para corregir las faltas ni para hacer cosas grandes de la gloria divina; si lo cuarto, será juez y no Padre de los súbditos; si falta lo quinto, no sabrá mandar quien no sabe obedecer. En los que veía estas partes, luego los marcaba para Superiores; pero antes los probaba y experimentaba: llamábalos á las consultas de casa para que dijesen su parecer; dábales el cuidado de algunas personas dificultosas de gobernar, y estaba á la mira de cómo se portaban; encargábales algunos negocios, diciéndoles lo que á él le parecía y dejándolos luego obrar, no como ejecutores de sus órdenes, sino como autores de aquella obra; y solía mandarles que diesen cuenta cada noche á una persona, de quien él tenía entera satisfacción, de lo que habían obrado. Y después que habían concluído el negocio les alababa lo que habían acertado, y en lo demás les decía por qué camino hubieran guiado más facil ó más felizmente aquel negocio. Las mismas experiencias hacía antes de encomendar alguna empresa de mucha importancia á los que no tenía muy experimentados. Mas después de bien probados, hacía Superiores á los que juzgaba idóneos, quería que obrasen por sí en lo que tocaba á su oficio; y si dudosos ó perplejos le preguntaban qué harían en este ó aquel caso que se ofrecía, solía responderles solamente: «Haced vuestro oficio.» Y no quería que los Provinciales se metiesen en el gobierno de los Rectores, ni los Rectores en el de los oficiales subordinados, sino que cada uno hiciese su ocupación y diese cuenta á su Superior inmediato de lo que había hecho. Y esto decía que se debía hacer por muchas razones: 1.ª Porque Dios suele asistir á cada uno con gracia particular para que ejercite el oficio que le es encomendado. 2.ª Porque quien ve que el Superior mete la mano en lo que á él le toca, no pone todo el cuidado que pusiera haciendo las cosas como propias, para

que salgan felizmente. 3.ª Porque la práctica en el que ha manejado un oficio por algún tiempo, le enseña muchas cosas que el Superior no puede alcanzar con la especulación. 4.ª Porque suceden muchas cosas, cuyo feliz éxito depende de las circunstancias, las cuales ve el que está al pie de la obra; y no puede ver el Superior que está lejos. 5.ª Porque es mejor que el Superior enmiende á los súbditos en lo que yerran, que no que los súbditos corrijan al Superior en lo que no aciertan, y le den leyes como á poco inteligente de lo que manda. Decía, que muchas veces sucede que los más santos y menos prudentes, según el mundo, acierten con el buen suceso de cosas grandes, mejor que otros más sabios y menos santos, porque en la resolución se aconsejan con Dios y ponen en él su esperanza, y Dios los alumbra y guía y bendice sus obras. Pero que regularmente hablando, la santidad sola no basta para gobernar á otros; mas se requiere juicio y prudencia, porque de otra manera la administración de el gobierno pasa á las manos de otros que se juzgan necesarios para suplir el defecto de el juicio, el cual ordinariamente no suple la santidad.

A la prudencia de Superior y juntamente de Fundador, que sabía lo que más convenía á su Religión, pertenece la elección de los que son apropósito para la Compañía, de que dijimos algo tratando de el Instituto. Decía, que quien no era bueno para el mundo, tampoco lo era para la Compañía; y el que tenía talento para vivir en el mundo, ese era bueno para servir á Dios en la Compañía; por eso recibía de mejor gana á uno que era activo y industrioso, si veía en él disposición para usar bien de su habilidad en servicio de Dios, que á uno muy quieto y amortiguado; y no quería recibir á los que vienen á la Religión porque en el mundo no son para nada, y sus padres los ofrecen á Dios como Caín, que guardando para sí los mejores frutos, ofreció los peores al Señor. Pero advertía que, para ser recibido en la Compañía, no basta nobleza, riqueza, ni otros dones semejantes que se estiman en el mundo, si

faltan las otras prendas necesarías para el fin de nuestro Instituto; pero cuando no faltan las partes requisitas para nuestro Instituto, aquellas prendas hacen más apto al que las tiene, porque se sigue mayor edificación para los prójimos de entrar en la Religión, y servir á Dios en ella una persona noble y rica, que otra que carece de esos dones. Miraba mucho el natural de los que querían entrar, y el juicio y disposición para la virtud, más que sólo la agudeza, ingenio y habilidad; y recibía de mejor gana uno de quien esperaba que podría señalarse en las cosas exteriores con edificación y provecho de los prójimos, aunque no tuviese letras ni talento para ellas, que á otro que tuviese algunas letras y habilidad, si no tenía inclinación ó aptitud para las cosas exteriores de nuestra vocación. Atendía á la salud y fuerzas de los que pedían entrar, especialmente mozos; porque sin salud, ni los Hermanos Coadjutores pueden trabajar, ni los estudiantes emplearse en los estudios, ni después en el provecho de las almas. En personas de muchas letras ó prudencia no reparaba tanto en la falta de salud; porque éstos, enfermos y aún medio muertos, ayudan á los prójimos. Finalmente repetía, que no quería á ninguno en la Compañía, que no fuese para ayudar á los prójimos. Estimaba más á un hombre sencillo y espiritual, que á un letrado menos perfecto; pero ponía mayor cuidado en conservar al letrado y á los que tenían algún señalado talento, por el provecho que de estos podía venir á muchos, más que de el sencillo y que no es más que devoto. Con todo eso decía de los que eran santos, y tenían pocos talentos: Que predican con el buen ejemplo aunque callen, y con sólo verlos mueven á la virtud, por ventura con más eficacia que otros que tienen más que mediano talento en el decir. Decía, que el valerse de los religiosos en cosas de el servicio de Dios, pero con daño de la observancia; era destruir el arbol por gozar el fruto.

Entre las principales máximas de San Ignacio, una era no multiplicar órdenes, que por muchos hacen olvidar los pasados ó los contradicen; y haciendo más pesada la carga

de el yugo religioso, ocasionan que se sacuda, y desacreditan la regla, dando á entender que no es suficiente para la dirección. Mucho menos ponía órdenes generales por un defecto particular, por no dar á todos la penitencia á lo menos del descrédito, porque faltó uno; siendo la causa verdadera la falta de valor en el Superior, que por no corregir á uno corrige á todos, y con eso no corrige á ninguno, porque quien faltó muchas veces no se da por entendido, y los que no faltan, no tienen que entender sino es el agravio que les hace. Mayor cuidado ponía en que no se introdujesen novedades en la Compañía, aunque pareciesen buenas; porque en abriéndose la puerta en una Religión á una novedad buena, suelen entrar con ella otras malas; fuera de que como Dios alumbra á los Fundadores lo que es más conveniente para sus Institutos, es muy de temer que la novedad que, á otros á quien Dios no ha dado esa luz, parece buena, tenga más inconvenientes que provechos; y á lo menos, que lo que al principio es bueno, no pueda ser perpétuo, y después se siga mayor daño de dejarlo, que tuvo de provecho al introducirlo; y basta el inconveniente de la mudanza, que quita la fuerza á la observancia religiosa. Vuelto á Roma el Padre Nadal de la visita de las Provincias de España, propuso una y dos veces al Santo con grande eficacia, que se alargase á los estudiantes el tiempo de oración, que señalan las Constituciones; y la respuesta fué una severísima reprehensión, y quitarle poco después gran parte de la administración de el gobierno de la Compañía. Propusiéronle que la abstinencia que hacemos el viernes en la Compañía fuese ayuno perfecto, que es mudanza que apenas lo parece; y no quiso venir en ello. El Padre Andrés Galvanelì, Rector de el Colegio de Venecia, gastaba todos los días una hora con sus súbditos y las fiestas dos en conferencias espirituales; y aunque muchos sacaban provecho, mandó que se dejase, y sólo permitió que se hiciese un día en la semana.

Mas para conocer la prudencia de Fundador y Legislador, y aún todas las prudencias que hemos dicho, basta el

libro sólo de las Constituciones, tan alabado y admirado como vimos en otra parte, en que está todo tan prevenido y cautelado, que la variedad de los tiempos y sucesos no han podido hacer en ellas mudanza; y como se guarden perfectamente apesar de las variedades de el mundo será siempre la misma la Compañía, y llevará los frutos que ha llevado hasta ahora. En la Compañía se ve reducida á práctica la idea de la República de Platón, que pareció á los sabios deseo de la imaginación, más que obra de la posibilidad en la condición humana; y ejecutóla San Ignacio sin las imperfecciones que han notado los filósofos y teólogos en la invención de aquel gran maestro de legisladores de repúblicas. De los dictámenes de las Constituciones, sólo quiero alegar el que hace reflexión sobre todas, diciendo en la décima parte: Que como la Compañía no se instituyó con medios humanos, tampoco con medios humanos puede crecer y conservarse, y menos deshacerse por medios humanos; por eso no temía las persecuciones, porque este arbol que Dios plantó en su Iglesia sólo Dios le puede arrancar, y ningún poder humano bastará á destruirle, antes los vientos le arraigan y le hacen colmar de frutos las tempestades. Opúsose San Ignacio con todas sus fuerzas á que se juntasen al cuerpo de la Compañía tres religiones de clérigos reglares; diciendo á quien le proponía las conveniencias, que aunque todos eran clérigos reglares y parecidos en el hábito, mas que los institutos y las reglas eran diferentes, de que no se podía hacer buen mixto; que la gloria de Dios pedía que cada Religión siguiese el instituto que Dios le había inspirado. Puso increíble diligencia en que no entrasen en la Compañía nuevas ó peregrinas opiniones, ó cosa que pudiese amancillar la sinceridad de la fe católica, y desdorar el buen nombre de la Religión. Y porque de el estudio de la lengua hebrea no se les pegase á sus hijos algo con que se fuesen aficionando á buscar interpretaciones ó sentidos exquisitos, ordenó que defendiesen todos la edición vulgata, que por tantos siglos ha sido aprobada en la Iglesia; lo

cual mandó después á todos los católicos el santo Concilio de Trento. Por la misma razón no quería que en la Compañía se leyese ningún libro aunque fuese bueno, si era el autor malo ó sospechoso; diciendo que cuando se lee un libro bueno de mal autor, al principio agrada el libro, y después poco á poco el autor y creciendo sin sentir la afición en los corazones fáciles, persuade el autor, al que le ama, su doctrina, y le hace creer que todo lo que ha escrito es verdad. Y que si á los principios no se resiste, es dificultoso remediar los fines. Sentía que no podían durar mucho tiempo ni conservarse en su instituto las religiones que viven de cotidianas limosnas, y no tienen renta alguna, si no se hacen amar de la gente con una de dos cosas; ó con la aspereza y penitencia de la vida, ó con el provecho que de ellas se sigue; porque estas dos cosas suelen mover á los fieles á que les dén limosnas liberalmente, ó por vía de admiración y reverencia, ó de amor y gratitud.

Su prudencia en los negocios fué rara. Don Diego de Mendoza, Embajador en Roma, confesaba haber concluído con toda felicidad los negocios más dificultosos de su Rey, cuando atendió á los consejos de San Ignacio; y al contrario haberlos perdido, cuando pagado de sus razones las antepuso á los dictámenes de el Santo. Por eso Ferdinando Primero, Rey de romanos, no trataba negocio alguno con el Papa, sin consultarle primero con San Ignacio, y los sucesos acreditaban que el mejor consejo era tomar su consejo. D. Juan el Tercero de Portugal le consultaba como á un oráculo de sabiduría, ó como si consultara á Dios, según habla la escritura de Aquitosel. Cuando el negocio no daba priesa, no usaba el resolver y ejecutar juntamente; mas después de haberlo consultado, dejaba pasar algunos días para que se quitase el juicio, y después volvía á consultar la resolución, como antes había consultado el negocio. Y lo principal era su recurso á Dios antes y después de la resolución; porque era máxima suya muy repetida, que habemos de poner los negocios en las manos de Dios, como si de ellas solamente hubiese de venir como por milagro, y habemos de poner los medios y encaminarlos al fin, como si se hubiese de conseguir por sóla nuestra industria, no dejando hacer nada de lo que podemos para conseguir lo que se pretende. En los negocios que se tratan con los hombres, decía que convenía hablar poco y oir mucho; y que lo poco que se hablase fuera tal, que lo pudiesen saber todos. Cuando trataba con gente cavilosa, procuraba negociar delante de testigos ó por escrito. Decía, que el hombre que tiene negocios, no ha de acomodar los negocios á sí; más él se ha de acomodar á los negocios. Y que ninguno hace más, que el que sólo hace un negocio.

No digo más de la prudencia y virtudes de San Ignacio, aunque dejo muchos ejemplos por no alargar demasiado este volúmen; pues bastan los dichos para conocer su grandeza por la de sus virtudes, que era el principal argumento que nos faltaba, para entender la eminencia de sus méritos. Porque si basta para tener á uno por grande santo, ver en él algunas virtudes heróicas; ¿qué santo será aquel en quien son heróicas todas las virtudes, y se sale su heroicidad de los comunes términos á una altura donde no llegan las alabanzas, ni los encarecimientos? Y si no, ¿qué fé se puede considerar más viva que la de Ignacio, qué esperanza más firme, qué caridad más entendida, qué Religión más celosa, qué prudencia más cabal, qué justicia más recta, qué misericordia más compasiva, qué mansedumbre más paciente, qué paciencia más fuerte, qué fortaleza más invencible, qué mortificación más perfecta, qué magnanimidad más grande, qué humildad más profunda, qué pobreza más desnuda, qué obediencia más ciega, qué castidad más pura, qué contemplación más alta, qué modestia más atenta, qué gratitud más reconocida? Al fin, dígame quien tuviere mejores ojos, si á mí me ciega el amor de hijo, ¿qué virtud echa menos en Ignacio, ó qué perfección falta á alguna de sus virtudes? Porque aunque no dudo, que en esta vida los más santos tienen algunos defectos, y se puede crecer más y más en la perfección; las sombras que lleva la condición humana fueron tan le-

ves en este sol, con que Dios quiso alumbrar en estos siglos el mundo, y tan excesivos los resplandores, que se perdían las sombras entre las luces, y el águila más árgos no encontrara la más ligera mancha en sol tan esclarecido. Pero no lo extraño, porque como el Padre eligió para imitador de su Hijo en guiar al cielo las almas, y el Hijo le escogió para vaso de elección de su Santo Nombre; el Espíritu Santo le adornó en superior grado de todos sus dones y gracias, para que fuese digno instrumento de la divina misericordia, pudiese con sus ejemplos y palabras, con sus oraciones y merecimientos cooperar á la salvación de innumerables almas.

LIBRO SEXTO

DE LOS MILAGROS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

CAPITULO PRIMERO

Milagros que Dios hizo en San Ignacio

No necesita la santidad de Ignacio de el apoyo de los milagros; pues su conversión, su vida, sus obras, todos son milagros, y el Santo un milagro compuesto de muchos milagros. Por eso dice en una carta el V. Padre Fray Luis de Granada al Padre Pedro de Ribadeneyra, habiendo leído la vida que escribió de el Santo Patriarca, que las mudanzas de corazones que hizo Ignacio y sus hijos tiene por los mayores milagros y tanto más admirables que los otros, cuanto vá de las almas á los cuerpos. Y concluye: «¿Qué mayor milagro, que haber tomado Dios á un soldado desgarrado y sin letras, y tan

perseguido de el mundo, por instrumento para fundar una Orden, de que tanto fruto se ha seguido y que en tan breve tiempo se ha extendido por todas las naciones de el mundo?» Y el Cardenal Ubaldino dijo á Gregorio XV, cuando trataba de canonizar á San Ignacio: «Que cuantos méritos excelentes para con la Iglesia Católica tenía la Compañía de Jesús en todas las partes de el mundo, otros tantos milagros había hecho el B. Ignacio y otros tantos argumentos había de su santidad.»

No puedo dejar de decir, con esta ocasión, los milagros que notaba en la Compañía el Padre Doctor Diego de Ledesma, varon sapientísimo y perfectísimo, regalado y favorecido de Dios con visiones celestiales; para que se vea como por este solo milagro merece Ignacio el nombre de taumaturgo y aun le viene estrecho el título. Tenía escrito de su mano en un libro secreto este venerable Padre: «Nueve ó diez milagros, poco más ó menos, admirables y estupendos, que se hallan en esta Compañía de Jesús, no particulares, sino universales, no de cada uno de por sí, sino de todos, ni de algún tiempo tan solamente, sino contínuos, que se digne el Señor Jesús y su sacratísima y gloriosísima Madre de aumentar en la grandeza y en el número. Amen.» Después de este título pone trece milagros, que reducidos á más brevedad son: 1. Una unión de caridad entre tantos de diversas naciones, tan grande, que se aman más que si fueran hijos de un mismo Padre carnal. 2. Una suma paz, como fruto que nace de esta caridad. 3. Un don de castidad tan singular en los mancebos y en aquellos que eran en el siglo de corrompidas costumbres, que ni aún se halla en ellos el olor de el humo, como se dice de los tres mancebos de Daniel. 4. Un celo grande en todos de convertir las almas. 5. Los sermones de los estudiantes con una hora ó media para prevenirse, tan fervorosos y llenos de cosas divinas, que se admiran los seglares y no creen que se puede hacer, y con todo eso lo hacen los que son lógicos, gramáticos, mancebos y niños. 6. Tantos varones espirituales, niños, idiotas, doctos é indoctos. 7. La multiplicación de

la Compañía en tan breve tiempo casi por todo el mundo, con reformación y mudanza de las ciudades y regiones. 8. Tanto aprovechamiento luego en entrando, tanta firmeza y constancia en la virtud, que después de seis meses, ó de cuatro ó de dos, los envían á peregrinar, y perseveran constantes en la virtud, sin mudarse con las ocasiones de que antes eran vencidos, de manera, que habiendo estado en la Compañía pocos meses, parece que han estado veinte años. 9. Las vocaciones tan admirables y milagrosas con que llama Jesús soldados á su Compañía. 10. Los milagros de la India y conversión de los infieles. 11. El libro de los Ejercicios, que causa tan raras mudanzas. 12. La humildad de los doctos y otros, que cuanto son más estimados, tanto se humillan más. 13. Una fuerza admirable de mover corazones con la divina virtud, con palabras y con la modestia. Y concluye: «De todo esto se puede dar razón y comprobarse con ejemplos y con la experiencia. Si Dios quisiere daré algún día las razones con que se muestre, que todas estas cosas son así, y que no son humanas sino que claramente anda aquí el dedo de Dios.»

Esto escribió el Padre Ledesma por los años de mil quinientos y cincuenta y nueve. Y por la misericordia de el Señor aún no han cesado estos milagros, á que se pudiera añadir la perseverancia de la Compañía, siempre con nuevas estimaciones, entre las calumnias de los émulos, las persecuciones de los contrarios y los esfuerzos de sus enemigos, por acabarla ó deslucirla. También tantos escritores y tantos libros admirados de los doctos y de los indoctos, que tienen muchas veces por recomendación de el libro la profesión de quien le escribe. Pero mayor milagro son los muchos, que en tan poco tiempo han derramado la sangre por la defensa de la fe que predicaban, y muchos más que han perdido la vida de buena gana, mártires de la caridad, por servir y administrar los sacramentos á los apestados; y de todos tenemos ejemplos recientes en muchas partes, y particularmente en las islas Marianas, donde murieron por la religión, seis en otros tantos años; y en

Universidad de Deusto Biblioteca

Inglaterra, donde fueron ahorcados cinco en un solo día, no contando otros que padecieron la muerte con distancia de pocos meses; y de los segundos en Alemania, llegan estos últimos años á ciento las víctimas de la caridad. Y por no hablar de tantos varones insignes en santidad, como han florecido en la Compañía, de que se tratan en Roma muchas causas en orden á su beatificación; podemos llamar milagros grandes á muchos de estos varones por quien Dios ha hecho milagros en vida y en muerte, de los los cuales no pocos fueron llamados taumaturgos de los pueblos que experimentaban sus favores y eran testigos de sus maravillas, como Javier, que llenó el mundo de la admiración de sus prodigios; Ancheta, que parecía tener dominio en todos los elementos, según le obedecían las aves, peces y animales; Realino, que hizo milagros con todas las cosas que le tocaban ó pertenecían, y le invocaban vivo en las necesidades públicas, como si ya estuviera canonizado; Colnago, que imitó á San Antonio de Padua, de quien era devotísimo, en el número y singularidad de sus maravillas; y dejando otros semejantes que pudiera referir, el Venerable Padre Diego Luis de San Vítores en las islas Filipinas y Marianas, ha resucitado los prodigios antiguos, y nos ha hecho ver otros nuevos que no se habían oído.

Mas volviendo á Ignacio, aunque él pidió instantemente al Señor, que no obrase por su medio milagros, porque los hombres no le estimasen por Santo; obró muchos su Majestad por él y en él, en su alma y en su cuerpo, adornando hasta las paredes de este templo suyo de milagros, como votos, que exciten nuestra admiración y alienten nuestra confianza para acudir á este santuario de maravillas á pedir remedio de todas las necesidades. Si no se tiene por milagro haberse estado algunas veces tres días sin comer ni beber, juntando el ayuno con muchas penitencias; no se puede negar que lo es haber perseverado en dos ocasiones una semana entera con la misma abstinencia, disciplinándose la primera muchas veces al día, teniendo siete horas de

oración mental de rodillas, con otros ejercicios y rigores: y durando la segunda en aquel rapto prodigioso sin sentir una ni otra vez flaqueza, aunque los excesos de el espíritu como los rigores de el cuerpo, suelen enflaquecer la carne. ¿Cuánto milagro es, que un cuerpo mortal y pasible arrojase de sí resplandores, propio dote de los cuerpos gloriosos, como tantas veces le vió San Felipe Neri, Isabel Rosés, Oliverio Manareo, Luis González, Inés Pascual, Juan Pascual y otras muchas personas? No hablo de el levantarse en el aire, que le sucedía muchas veces orando, sirviendo de las alas al espíritu el deseo de unirse con Dios en el cielo, á pesar de la gravedad de el cuerpo, que si podía embarazar que llegase, no podía impedir que no subiese. Fuera de aquella vez que sucedió en público en el convento de las monjas de San Jerónimo de Barcelona; se escribe en los procesos, que estando en Manresa orando en el campo, fué visto de muchas personas levantado de tierra tres ó cuatro palmos. También consta, que una de las veces que iba de Manresa á nuestra Señora de Montserrate, en un campo sobre el lugar de Monistrol se puso en oración, y muchas personas le vieron levantado muchos codos de la tierra, arrojando de sí resplandores que parecían rayos de el sol.

¿Qué diré de las veces que le multiplicó su caridad asistiendo en dos lugares á un tiempo? El Padre Leonardo Kesel, de quien hemos hecho mención, deseaba mucho ver á San Ignacio, por las grandes cosas que había oído decir de su santidad; y escribióle pidiendo licencia para ir en peregrinación desde Colonia á Roma á consolarse con él. Mas San Ignacio, queriendo consolar al hijo y sintiendo la falta que haría en Colonia, donde trabajaba mucho á gloria de Dios, le respondió que no viniese á Roma, que no le faltaría á Dios modo con que cumplir á menos costa su deseo. Y así fué, porque un día, cuando menos pensaba en ello el Padre Leonardo, se le puso delante San Ignacio, y le habló, y recreó y dejó con su vista lleno de una celestial alegría y admiración. Un varón de gran majestad y

resplandor, vestido del traje de la Compañía, que apareció al lado derecho de San Francisco Javier en el Oriente, cuando este grande apostol salió al encuentro y embarazó el paso al ejército de los Badagas, que pretendían destruir la Pesquería, nadie duda que fué San Ignacio, que viviendo en Roma asistía á todos sus hijos repartidos por el mundo, no sólo con oraciones, mas con la presencia corporal, cuando era necesario su favor.

¿Con cuántos milagros conservó Dios la vida de San Ignacio, que tan preciosa era en sus ojos? No quiero repetir lo que afirmaba su confesor, que vivía por un continuado milagro, confirmándolo en su muerte los médicos y cirujanos; ni las muchas veces que en el mar y en la tierra guardó Dios milagrosamente su vida. Añadiré aquí á otros casos semejantes que he contado, uno que sucedió en Roma. Un hijo de un hombre particular deseó con grandes veras entrar en la Compañía; pidió á su padre licencia, y la respuesta era malas palabras y peores obras. Determinóse á seguir el consejo de San Jerónimo: *Per calcatum perge patrem*; rogó á San Ignacio que le recibiese, y el Santo le recibió, viendo sus ansias y que el llamamiento era de Dios. Salió de sí el padre con la cólera; determinó matar al Santo, y esperóle en una calle por donde sabía que había de pasar; y en viéndole, arremetió á él con la daga en la mano. Mas al ir á descargar el golpe, se quedó el brazo pasmado y no le pudo mover, hasta que arrepentido de su culpa, pidió perdón á San Ignacio, y el Santo hizo oración por él, que entonces volvió el brazo á su natural disposición y pudo moverle, quedando confuso de su maldad y Ignacio agradecido á la piedad de el Señor, que así cuidaba de su vida. Una grande y continuada maravilla notaron sus hijos; que si estando enfermo era necesaria su asistencia para algún negocio de el servicio divino, se hallaba de repente sano, como si fuera dueño de la salud y de la enfermedad. De la amorosa y milagrosa providencia con que Dios miraba por la fama de San Ignacio, no son menester más ejemplos que los referidos en varias partes; mas no se

puede dejar uno por el ejemplo que dió de caridad y mansedumbre. Perdió una persona el respeto á San Ignacio, y como él pagaba bien por mal, temiendo que Dios había de castigar severamente al descomedido, se fué á decir misa por él; y en ella derramando lágrimas, clamaba: «Perdonadle, Señor, perdonadle.» Respondió el Señor: «Déjame que yo tomaré venganza por tí, si él no se arrepintiere.» Sucedió después, que visitando unos santuarios aquella persona, se le apareció un hombre con semblante terrible, amenazándole con un azote si no se sujetaba á San Ignacio. Con esta visión se rindió al Santo y le pidió perdón; pero no dejó de castigarle Dios, con muchos trabajos que le sucedieron.

Mayores milagros hizo Dios en su alma, en los dones singulares y extraordinarios que le concedió, y en las gracias que llaman *gratis datas* de que le enriqueció; y de todas las que cuenta el Apóstol á los Corintios, sólo no hallo en Ignacio rigurosamente el don de lenguas que ha concedido Dios á muchos hijos suyos, porque no le había menester el que predicaba entre gente de lenguas conocidas; pero no le faltó lengua de fuego, semejante en el ardor á las de los Apóstoles, pues abrasaba con sus palabras los corazones más helados. No explicaré en particular estas gracias que se prueban abundantemente de el discurso de su vida. Solamente, porque el apóstol después de haberlas contado, añade, que Dios puso en su Iglesia, primero los apóstoles, segundo los profetas, tercero los doctores, después los obradores de milagros, luego los que tienen gracia de curar enfermedades, después los que excitan obras de misericordia con los enfermos, pobres y necesitados, después los que gobiernan á otros, después los que saben muchas lenguas; añadiendo que no todos son apóstoles, ni todos profetas, ni todos doctores, etc.; quiero que se advierta cómo el Espíritu Santo, que reparte sus gracias como quiere, quiso juntar en Ignacio estas excelencias, haciéndole apóstol, semejante á los primeros, no en la dignidad sino en el mérito; profeta con la extensión que veremos; doctor,

que enseñó con obras y con palabras, con la voz y con los libros que han sacado y sacarán hasta el fin de el mundo á muchos pecadores de sus vicios, y levantado á la perfección á muchos justos, y dióle las otras gracias de obrar maravillas, dar salud, ejercitar las obras de misericordia, gobernar, enseñar en algunas lenguas, interpretar ó declarar los misterios obscuros, coronándolas todas con la que llama el apóstol, camino más excelente, que es una ardiente caridad en que más parecía serafín que hombre mortal.

CAPITULO II

De el don de profecía que Dios concedió á San Ignacio

Aunque el conocimiento de la profecía es tan propia regalía de Dios, que dice Isaías: «Anunciadnos lo que ha de suceder en el tiempo futuro, y diremos que vosotros sois dioses: es privilegio, que Dios suele conceder á sus grandes siervos; para mostrar que los tiene por amigos, no les reserva sus secretos.» Y bien mostró por cuán grande amigo tenía á Ignacio; porque supo tantas cosas ocultas pasadas y presentes, penetrando hasta lo más secreto de los corazones humanos; dijo tantas cosas futuras, que parecía inhabitante y permanente en su alma el espíritu de la profecía, que es gracia transeunte y una luz con que Dios alumbra cuando quiere y como quiere á sus siervos. Y de los modos diversos con que enseñaba á sus profetas, ya con palabras ya con obras y imágenes, por sí, y por medio de sus ángeles ó santos, ya en sueños, ya despiertos, todos los usó con este su siervo, enseñándole por sí, por su madre, con palabras, con imágenes, representándole la Compañía en las dos meditaciones que dejó escritas de el Rey temporal, y las banderas, y los trabajos que él y sus compañeros habían de padecer en Roma, en aquella visión que tuvo en el camino de Cristo con la cruz á cuestas. En sueños no sé que tuviese Ignacio revelación, si no llamamos sueño aquel rapto admirable de ocho días, en que abstraído de los sentidos, durmiendo al mundo y velando á Dios, le reveló su Majestad, como se cree la harmonía de la religión que había de fundar y los sucesos futuros de ella. A estas ilustraciones de Manresa se siguieron diversas profecías particulares acerca de la Compañía, que quedan referidas en sus lugares, con otras muy insignes, que no repito, pasando á contar otras de las muchas que dijo en el discurso de su vida.

Ciertos religiosos convidaron en España á San Ignacio á comer en su convento; y luego, ó para probarle, ó por otro fin, le rogaron que les hiciese una plática espiritual. Después que la humildad y modestia de el Santo no pudo resistir á las instancias de quien lo pedía y aun mandaba; les habló altísimamente de Dios, de el estado religioso y de el bien de la perseverancia; y en el discurso de la plática dijo, que había allí dos, que estaban determinados á dejar el hábito y huir del monasterio. Movidos los dos religiosos de el mismo espíritu que había manifestado á Ignacio su propósito, hincándose de rodillas, confesaron delante de todos su culpa, y entregaron al Prelado los instrumentos que tenían prevenidos para la fuga. Siendo mancebo el Doctor Miguel Arrovira y estando en Roma, pensaba en qué estado tomaría, y al fin determinó casarse; pero guardaba en su pecho secreta su determinación. Encontróle San Ignacio, que era su conocido y díjole: «Ya sé que estáis determinado de casaros. ¡Oh, cómo lloraréis!» Y profetizóle distintamente todos sus trabajos y cosas notables que le habían de suceder en su vida. Casóse Arrovira y tuvo bien que llorar; mas también con qué consolarse, acordándose de las profecías de el Santo; y así á cualquier trabajo que le sobrevenía, decía con lágrimas: «Esto también me profetizó el Santo en Roma.» Habiendo muerto en Barcelona Inés Pascual, le reveló Dios en Roma su muerte y la gloria que gozaba; y así recibiendo cartas de Juan Pascual, en que le avisaba de la muerte de su madre, para que la encomendase á Dios, le respondió: «Antes que recibiese vuestra carta, sabía la muerte de vuestra

madre, y la había encomendado á nuestro Señor, de el cual ya está gozando en el cielo.» Un novicio recién entrado, por cierta obediencia, se turbó de manera, que perdido el sueño y la paz, vacilaba una noche en su vocación. Súpolo San Ignacio por divina revelación, y á la mitad de la noche le llamó y le preguntó, qué aconsejaría á un tentado de la vocación; y le dijo todas las imaginaciones, temores y cuidados que tenía en su corazón; y con gran destreza y caridad le serenó, y dejó contento y gozoso de estar en la Compañía. Mas esto le sucedía muchas veces con sus hijos, á los cuales descubría sus tentaciones, diciéndoles juntamente la raiz de donde nacían, antes que ellos la manifestasen, y consolaba sus tristezas y aflicciones antes que las declarasen. A Juan Milani, Coadjutor temporal, que andaba muy temeroso de si perseveraría en la Compañía, le dijo el Santo: «Estad seguro, que si yo he de perseverar en la Compañía, también vos perseveraréis.»

Estando desauciado de los médicos Esteban Baroelo, novicio, italiano de nación, fué San Ignacio á decir misa por su salud á San Pedro Montorio, y acabada la Misa, dijo al Padre Pedro Ribadeneyra, que le acompañaba: «No morirá de esta vez Esteban.» Y así fué, porque luego cobró perfecta salud, y sirvió mucho á la Compañía, coronando con una santa muerte su religiosa vida. Al mismo Ribadeneyra, habiendo recaído dos veces de una enfermedad le dijo, que recaería tercera vez, como sucedió. Enviando á España á los Padres Jerónimo Nadal y Luis González en el corazón del invierno, les mandó que luego se embarcasen en Génova, prometiéndoles próspero suceso, y tuviéronle como podían desear. Estando en Venecia los Padres Laynez y Salmerón, á solicitar que la Señoría diese al Colegio de Padua la posesión de el Priorato de Santa María Magdalena, renunciado, como dijimos, de Andrés Lipomano, para este fin, y concedido de el Papa Paulo Tercero; eran tantas las dificultades, y tan poderosos los contrarios que contradecían esta posesión, que el Padre Laynez, teniendo el caso por desesperado, escribió á San Ignacio, que dijese

una misa por el buen suceso, porque humanamente no le esperaba. Díjola el Santo á nuestra Señora el día de su Natividad, y escribió á Laynez estas palabras: «Ya hice lo que me pedísteis, tened buen ánimo y no os dé pena este negocio, que bien le podéis tener por acabado como deseáis.» Así fué, porque juntándose en la octava de la Natividad el Consejo, que llaman en aquella República de Pregadi, y propuesta la petición de la Compañía; de ciento y cuarenta y tres votos que eran, los ciento y cuarenta y uno fueron en favor; cosa tan sin ejemplar en aquella república, que el Secretario Vicencio Ricci y otros afirmaron se debía tener por milagro. Especialmente, que faltaron aquel día al Consejo los que se habían declarado antes en favor, y sólo faltó uno de los que se habían mostrado contrarios; pero el que reveló al Santo el buen suceso, mudó por su oración los corazones de los Consejeros, para que votasen en lo que él tenía decretado.

Predijo el acrecentamiento de el Colegio Romano y Germánico, y los felices sucesos de los Colegios de Nápoles y Toledo, y qué sucedería al Cardenal Siliceo, adverso á la Compañía, otro Arzobispo muy favorable, que fué don Gaspar de Quiroga. Estando los Padres de la Casa Profesa de Roma muy cuidadosos en la asumpción al Sumo Pontificado de el Cardenal Teatino Juan Paulo Carrafa, temiendo que había de ser contrario á la Compañía, por estar disgustado mucho tiempo había con San Ignacio y la Compañía; les dijo el Santo: «No hay que temer, porque la Compañía experimentará muchos favores con el nuevo Pontífice, y recibirá de su mano beneficios mucho mayores que los disfavores que teme.» Y así lo experimentó después el mismo San Ignacio, á quien el Pontífice concedió cuanto le pidió para la Compañía, y para el Rey de romanos don Fernando que negociaba con el Pontífice por medio de el Santo. Y predijo otras muchas cosas generales y particulares, que cumplió á su tiempo el que se las había revelado.

Pedro Ferro, natural de Padua, y hijo espiritual de San Ignacio, en Roma cayó malo de una fiebre maligna que le

Universidad de Deusto
Biblioteca

puso en lo último de su vida, en que desauciado de los médicos, nunca lo fué de el Santo que le visitaba frecuentemente, prometiéndole siempre que nuestra Señora le sanaría; hasta que una noche, estando el moribundo en vela, vió delante de sí una Matrona de grande majestad, cortejada de vírgenes, y preguntándole si le quería sanar, le puso una imagen suya sobre el corazón, con que se adormeció. San Ignacio, que tuvo en el mismo punto revelación de el favor de la Reina de el cielo, vino á la mañana á ver el enfermo, y al entrar en su aposento le saludó, diciendo: «¿Qué es esto Pedro, no estáis ya sano?» Y respondiendo que sí y enteramente; replicó el Santo: «¿No os dije yo que la Vírgen os sanaría?»

CAPITULO III

Milagros que hizo San Ignacio en vida

Aunque Ribadeneyra en la primera vida de San Ignacio, que sacó á luz antes de hacerse los procesos para su beatificación, escribió que Dios le había llevado por el camino de las virtudes internas, más que por el de las externas maravillas; en la segunda escribió muchas y muy grandes, y no estaba sembrada de pocas maravillas la primera vida para quien con atención y reflexión la leyese. Y muy presto se mostró Ignacio prodigiosamente milagroso, resucitando para que se pudiese confesar y salvar aquel miserable, que se había ahorcado en Barcelona; y por no hablar de el dominio que ejercitó en Alcalá contra los demonios ¡cuántos milagros hizo en su patria, sanando el brazo seco de aquella matrona, que lavó su ropa por devoción; curando con su oración y el contacto de su mano al que padecía gota coral; comunicando perfecta sanidad con la señal de la Cruz á la que estaba ética y tísica; echando los demonios de el cuerpo de la mujer que habían poseído cuatro años y librando á otros de diversos males y aflicciones!

Después ¿cuánto se multiplicaron las maravillas? Así

no hubiera ocultado tantas su humildad. Con la señal de la Cruz libró á muchos endemoniados, y no le dió el Señor menos potestad sobre los hombres, que sobre los demonios; como se vió muchas veces y particularmente en un judío obstinado. Entre los muchos judíos, que por el celo de San Ignacio se catequizaban en nuestra Casa Profesa de Roma, había uno llamado Isaac, que estando ya dispuesto para el bautismo, pervertido de el demonio quiso volverse al judaísmo, sin bastar persuasiones, ni razones de los nuestros para ablandar su corazón. Súpolo San Ignacio, llamóle y díjole sólas estas palabras: «Quedáos con nosotros Isaac.» Y con ellas le mudó, de manera que luego pidió el Bautismo con mayor instancia que antes le rehusaba. Un súbdito de el Santo, en lo demás de grandes prendas, pero de más libertad que convenía á la religiosa modestia, no habiendo bastado amonestaciones amorosas para corregirle, volviendo San Ignacio el corazón á Dios, le habló con tanto imperio y majestad, que las paredes de la casa se vieron extremecer, y todos los que estaban presentes se arrojaron en tierra, pidiendo misericordia al Señor: el reprehendido quedando como muerto á los pies de el Santo, temblando, le pidió perdón y prometió la enmienda en lo porvenir.

Caminando á pie el Padre Claudio Jayo, entre Roma y Venecia, le apretó de manera un dolor de estómago, que sin poderse mover pensó perder allí la vida; pidió al Señor remedio por los méritos de su siervo Ignacio, que estaba ausente, y apenas acabó su oración, cuando cesó el dolor, y se halló sano y expedito para caminar. Estando gravemente enfermo en Venecia el Padre Alonso Salmerón, le escribió San Ignacio, que rogaba á Dios por su salud y vida á la medida de el amor que le tenía; y cuando recibió la carta el Padre Salmerón, mejoró de repente con admiración de los médicos, y se halló tan presto convalecido y con enteras fuerzas, que el mismo Salmerón escribiendo á San Ignacio las gracias, llama la convalecencia segundo milagro. A María Frasoni en Ferrara sucedió lo mismo. Estaba cercana á la muerte, vínole una carta de San Igna-

cio; leyóla como pudo, y apenas la hubo leído, cuando se sintió mejor, comió, lo que no había podido hacer antes, y brevemente se levantó de la cama.

Mayor milagro obró Dios en el Colegio de Loreto por otra carta de San Ignacio. Envió el Santo por orden de el Sumo Pontífice, catorce Padres de diferentes naciones, para que en aquel santuario oyesen las confesiones de los peregrinos, resolviesen sus dudas, y los dispusiesen á recibir favores de Dios en la Casa de MARIA donde el Verbo tomó la carne, con que quiso redimirnos y se obligó á favorecernos. Festejó el cielo con luminarias esta venida, á lo que pareció, porque algunos meses después se vieron algunas noches salir por lo alto de la bóveda principal de el templo unas llamas divididas, como grandes luceros ó estrellas resplandecientes, que puestas en orden y concierto admirable, volaban hacia el monte Filtrano, y sobre una ermita muy antigua de nuestra Señora discurrían por el aire, volvían y cruzaban como si fueran coros ó danzas muy concertadas, durando casi toda la noche, hasta que al amanecer se volvían al templo de donde habían salido. El año siguiente predicando un Padre de la Compañía en el templo, vió todo el auditorio bajar de el cielo unas luces resplandecientes, y sentarse sobre la capilla de nuestra Señora, y levantándose de allí dar vueltas á todo el auditorio y volverse después á subir al cielo. Otra vez bajó un globo de fuego, que discurrió mansamente sobre las cabezas de los Padres que estaban confesando y de los penitentes que esperaban, el cual se subió después á lo alto. Mas lo que festejaba el cielo, sentía el infierno, y cuando los ángeles hacían fiesta por los pecadores penitentes, los demonios perseguían á los justos que los movían á penitencia. Lamentábanse de las almas que les quitaban los religiosos, y dándolos Dios licencia para ejercitarlos, como á los Arsenios y Hilariones, llenaron el Colegio de espantos; gruñían como puercos, maullaban como gatos, ladraban como perros y corriendo en cuadrilla por la casa en el silencio de la noche inquietaban á todos y atemorizaban á muchos con

horribles figuras y otras mil estratagemas. No aprovechando conjuros, reliquias y otros medios, porque reservaba Dios esta victoria para su siervo Ignacio; le escribió Oliverio Manareo, que era el Rector, lo que pasaba pidiéndole algún remedio. Respondióle San Ignacio, que confiasen en Dios que los libraría presto de las molestias de el demonio, y que él lo pedía á su Majestad con mucha instancia. Convocó Manareo la comunidad por consolar á los que estaban afligidos, leyóles la carta de el Santo, y como si fuera un decreto de destierro, desde aquel punto cesaron los espantos, desaparecieron las fantasmas, sin oirse ruido, ni sentirse en adelante molestia alguna. Con razón decía el demonio en vida de el Santo lo que repitió después de su muerte; que no tenía en el mundo mayor enemigo, pues su nombre sólo escrito en un papel bastaba para atemorizarle y desterrarle. No es mucho ya, si hacía esto ausente; que en presencia los ahuyentase con un palo y con un zapato.

Un Hermano Coadjutor, llamado Juan Bautista, religioso de mucha humildad y mortificación, siendo cocinero en la Casa Profesa de Roma, meditando en el fuego de la cocina el de el infierno, llevado de un indiscreto fervor, metió la mano en el fuego y la tuvo en él hasta que se abrasó y consumió toda. Cuando se supo en la Casa, juzgaron algunos que merecía ser despedido de la Compañía, por haberse hecho con aquella acción inhábil para los ministerios de su vocación; pero el Santo como Padre, juzgando más benignamente que merecía perdón la indiscreción por el fervor; hizo oración por su salud, y á la mañana siguiente se halló con la mano sana, entera y fresca, como si no la hubiera tocado el fuego.

Habiendo desauciado los médicos á una señora romana, los parientes llamaron á San Ignacio, para que la dispusiese á la muerte. Consolóla el Santo y díjola, confiase en Dios, que la sanaría para mayor bien de su alma, y que él se lo rogaría. Hízolo el Santo, y Dios, contra la esperanza de todos, dió salud á la enferma, que siempre le que-

dó muy devota, confesando que á sus oraciones debía la salud y la vida.

Estando en Roma enfermo Alejandro Petronio, médico amigo de el Santo, vino un día á visitarle, y entrando en el aposento, que estaba obscuro y cerradas las ventanas para conciliar el sueño al enfermo, despidió tantos rayos de luz, que despertando Alejandro preguntó á su mujer, ¿qué luz era aquella tan grande? Y con la luz le comunicó San Ignacio la salud; como contaba después el mismo Petronio con ternura y devoción. Otros muchos fueron libres de enfermedades, peligros y necesidades, por su oración; muchos enfermos sanaron con el contacto sólo de su vestidura, comunicando este privilegio á su gran imitador, aquel Señor, de quien dice San Lucas, que salía de él virtud y sanaba á todos.

Con ser tantos los milagros que San Ignacio hizo en vida; son pocos y ningunos respecto de los que ha hecho después de su muerte por sus imágenes, por su firma, por sus reliquias, por sóla su invocación, sin haber enfermedad que no le haya encontrado médico, aflicción que no le haya experimentado consolador, ni mal espiritual ó corporal que no haya hallado remedio en su patrocinio; y esto con todo género de gentes, con los propios y los extraños, con los amigos y enemigos, con los que le invocaban y con los que no se acordaban de él. Los Padres de la provincia Flando-Bélgica, en el libro intitulado *Imago primi sæculi*, afirman que en un lugar y en menos de un mes á la invocación sóla de el nombre de Ignacio se obraron innumerables milagros. No dicen en qué lugar, mas hoy pudiera hablar de muchos. De este número innumerable de maravillas, por no fatigar al lector con casos semejantes, diré los que basten para alabar á Dios en Ignacio, y excitar la confianza en tan poderoso intercesor, escogiendo aquellos que me parecen más admirables ó que contienen alguna particular enseñanza.

Aunque debe advertirse que San Ignacio es más abogado de las almas que de los cuerpos, y no sabe curar los cuerpos sino por las almas, ni dar lo temporal sin lo espiritual; como de los milagros de Cristo, dicen San Agustín y Santo Tomás. Si resucita los niños muertos, es para que reciban el bautismo; por lo mismo favorece en los peligrosos partos; saca á los moribundos de las gargantas de la muerte, para que enmienden la vida; sana á los enfermos, para que empleen la salud en el divino servicio; y así suele dar con el remedio de los males, afectos de contrición y penitencia; fuera de innumerables maravillas que ha hecho curando de vicios, librando de tentaciones, enseñando virtudes, en que es verdaderamente prodigioso, continuando desde el cielo aquel celo insaciable de la salud de las almas que nunca interrumpió en la tierra. También se verán continuados en la gloria los ejemplos de perfección, que ejercitó en el mundo, la humildad que se contenta con pequeñas alabanzas y perdona graves injurias, la paciencia en sufrir desprecios pagándolos con beneficios, la gratitud haciendo singulares favores á los que le han hecho cortos servicios, y otras virtudes, que envuelven los mismos milagros, para que no haya nada admirable que no sea también imitable, y con esto más admirable en el que puso Dios en el mundo para ejemplo de los mortales y no quiere dejar de serlo después de trasladado á los celestiales.

CAPITULO IV

Algunas apariciones de San Ignacio para favorecer á sus hijos y devotos

Pasan de ciento las apariciones de San Ignacio, para que sepamos que no está ausente quien viene á los que le llaman y muchas veces á los que no se acuerdan de él, siendo más veloz su caridad que nuestra necesidad. Mientras vivió en el mundo nunca dejó de consolar con sus cartas á Juan Pascual en los trabajos que él mismo le había profetizado, y no se olvidó en la gloria de su antiguo amigo y bienhechor. Acostumbraba Juan Pascual, por más de cuarenta años, oir todas las mañanas las horas y misas en

el sepulcro de Santa Olalla, que está en la Catedral de Barcelona, al pie de el altar mayor. Vino una mañana tan temprano, que hubo menester esperar mucho tiempo, en el cual, hincado de rodillas, se puso en oración delante de el altar mayor, y afligido con nuevos trabajos que le habían sobrevenido, empezó á encomendar sus cosas á Dios y á San Ignacio, que pocos años antes había muerto, y derramando muchas lágrimas, le decia: «¡Oh, Padre mío, y cómo me dijisteis vos todos los sucesos de mi triste vida! Y pues los visteis tanto antes que sucediesen estando en la tierra, no los ignoráis ahora que estáis en el cielo. No me desemparéis en tan grande aflicción, y si no me dáis consuelo, á lo menos alcanzadme paciencia para que todo ceda en bien de mi alma, como me lo prometisteis.» Acabando de decir estas palabras, oyó de lejos una música que poco á poco se venía acercando, hasta que por una puerta de el lado izquierdo de el altar mayor entró un coro de músicos celestiales, con grande acompañamiento de ángeles y varones eclesiásticos, todos de aspecto y resplandor soberano. Cercaron el altar y recibieron en medio, uno, que venía después de todos representando mayor majestad, vestido con ornamentos sacerdotales, estola y capa blanca. La iglesia, que estaba antes obscura, por ser apenas las cuatro de la mañana en tiempo de invierno, se esclareció de manera, que parecía arder toda de un lucidísimo fuego. Púsose el sacerdote sobre el sepulcro de la santa vírgen, y inclinándose profundamente al Santísimo Sacramento, tomando el incensario de la mano de un ministro, corriendo varias veces el altar, le incensó con olorosos perfumes. Acabada esta ceremonia, comenzó aquella celestial procesión á encaminarse á la puerta de la mano derecha, donde estaba Juan Pascual, atónito de lo que veía y oía, sin saber si estaba en cielo ó en tierra, porque no estaba en sí de gozo y admiración; hasta que mirándole el sacerdote con ojos risueños, como extrañando que no le conociese, le hizo señas que se acercase; entonces se le abrieron los ojos, y conoció que era San Ignacio y corrió á él gozosísimo. Recibióle el Santo

con grande benignidad, y le preguntó, con llaneza de amigo, si se acordaba de él; «porque yo, dijo, nunca me olvido de vos.» Consolóle y aseguróle de lo que en vida le había dicho; que aquellos trabajos le habían de llevar al cielo. Quiso Juan Pascual abrazar al Santo, y yendo á arrojarse en sus brazos, le echó San Ignacio la bendición y toda la visión desapareció. Gritó Juan Pascual: «¡Oh, Padre mío! Padre mío Ignacio!» A las voces vinieron algunos clérigos, halláronle llorando, y preguntando la causa de su llanto, les contó lo que había visto. Y lo restante de su vida, con sólo acordarse de esta visión, lloraba de gozo y se consolaba en sus penas.

Entró en la Compañía un mancebo escocés, llamado Jacobo Tyrio, de singular ingenio y talentos. Pasado con fervor su noviciado, fué á estudiar al Colegio Romano, donde cebado en el estudio de las letras descuidaba de el de las virtudes; y el tiempo que había de gastar, según la Regla, en los ejercicios espirituales de oración, lección y examen, gastaba en estudiar, perdiendo tanto de espíritu cuanto adquiría de ciencia. Después que el demonio le fué enflaqueciendo de esta manera, le asaltó con una fuerte tentación, no sé cual, pero él se vió á riesgo de perderse, y como conservaba aún el temor de Dios, resistía como podía. Compadecióse del hijo el Padre, muerto diez años antes, y un día que luchaba con sus pensamientos y se miraba casi vencido de un enemigo á quien había entregado las armas y sólo faltaba rendirle la voluntad, se le apareció San Ignacio, y reprendiéndole ásperamente por haber cuidado más de saber que de aprovechar, que era el fin para que Dios le había llamado de el mundo á la Religión, concluyó diciendo: *Menos letras y más espíritu.* Con esto desapareció; y porque no había venido sólo á reprehenderle sino á ayudarle, le dejó libre de la tentación y tan aficionado á las cosas espirituales, que salió gran siervo de Dios y mereció ser Asistente de Germania; en el cual oficio murió á veinte y uno de Marzo de mil quinientos y noventa y siete. Y antes contó lo que queda referido al Padre Antonio Menageo, con quien hizo la última confesión para morir.

Al Padre Antonio Ruiz de Montoya, apostol de el Paraguay y uno de los primeros fundadores de aquella Provincia, se le apareció tres veces San Ignacio; la primera con la Virgen y San Francisco Javier, para concederle esta apostólica misión que deseaba, siendo entonces novicio en la Provincia de el Perú; la segunda para sanarle de una hinchazón que se le hizo en una pierna con agudísimos dolores que no le dejaban dar paso en un viaje que hacía por obediencia; pero sólo contaré en particular la tercera, por la enseñanza que contiene. Estando con unas ardientes calenturas, que le sobrevinieron de el trabajo de formar las reducciones, fabricar las iglesias y predicar la palabra de Dios, le vino á confortar Cristo, acompañado de San Ignacio; mirábale Cristo con rostro apacible y Ignacio con aspecto severo, y el contento que le daba la benignidad de el Señor le aguaba el ceño de su santo Padre. No sabía el Padre Antonio la causa de el enojo de San Ignacio, y esto le tenía suspenso y congojado, hasta que Cristo preguntó á Ignacio por qué no hablaba á su hijo. A que respondió: «Señor, ¿he de conocer yo por hijo al que no guarda las Reglas de la Compañía?» Había descubierto el Padre Antonio un pie con la fuerza de la calentura, contra la Regla, que manda que ninguno duerma descubierto; y dióle por esto una áspera reprehensión, enseñándonos cuánto debemos estimar la más mínima regla, y con cuánto cuidado las debemos guardar todas para merecer el nombre de hijos de tan santo Padre.

Guillermo Guarderfott, sacerdote inglés, habiendo venido á Roma para entrar en la Compañía por el deseo de ser recibido en ella el día de San Agustín, apostol de Inglaterra, enviado de San Gregorio Papa á predicar á aquella isla, disimuló una ardiente calentura, que aumentándose con el disimulo, cayó en la cama con mortales accidentes que le pusieron á punto de perder la vida. Afligióse sobre manera el enfermo, y levantándose un poco sobre la cama, fijando los ojos en una imagen de San Ignacio que estaba en el aposento, le dijo, con todo el afecto de su corazón:

«Amantísimo Padre, pues he empezado á ver vuestro hijo, no queráis que pierda tan presto el bien que tanto tiempo he deseado, ni que traiga yo á la Compañía un cadaver que enterrar, cuando deseaba traer un siervo que en ella pudiese servir.» Oyó los ruegos de el nuevo hijo el piadoso Padre, y á la noche se le apareció al mismo lado donde él se había vuelto para rogarle. Traía ropa como andaba dentro de casa y un bastoncillo en la mano, y con él venía el Padre Laynez y otros cuatro ó cinco de la Compañía. Acercándose á la cama, empezó á hacer con el bastón ademanes como quien echa cuervos ó perros de un cadaver, y luego se retiró y empezó á mirarle con gran cariño; y uno de los Padres que le acompañaban se llegó á la cama de el enfermo, que sintiéndose mejorado, le preguntó si podría levantarse. Sonriose aquel Padre, y cubriéndole el rostro con un paño, le dijo que durmiese y descansase. Diolé luego un profundo sueño de que dispertó tan sano como si nunca hubiera tenido enfermedad y pudo levantarse de la cama y ocuparse en todos los ejercicios religiosos.

Esta visita hizo San Ignacio como á médico, para sanar el que deseaba vivir en la Compañía. Otra más señalada hizo como Padre, para detener al que pretendía salir de la Religión. Vivía en el Colegio de Baeza un Hermano coadjutor, llamado Alonso Vela, á quien el demonio, revestido en angel de luz, procuró engañar para que faltase á su vocación. Vínole deseo de gastar muchas horas cada día en oración retirada, y como su oficio no le daba lugar para tanto, pareciéndole su trabajo de poco ó ningún mérito y que le embarazaba su mayor bien, aconsejado de sí mismo, sin consultarlo con nadie, determinó dejar la Compañía por la Religión de los Frailes Descalzos de San Francisco. Cuando se entendió su determinación procuraron algunos desengañarle, mostrándole que era tentación de el enemigo, que pretendía sacarle de la Religión donde Dios le había llamado, con pretexto de entrar en otra; y que no le faltarían razones para sacarle de la otra y volverle al siglo. Que en la Compañía podía servir mucho á nuestro

Señor, juntando la acción y contemplación, y en los mismos oficios de Marta podía estar á los pies de Cristo con María, trayendo presente al Señor por quien los ejercitaba. Sordo á consejos tan saludables, escribió á nuestro Padre General, pidiendo licencia para pasar á la religión donde su espíritu tendría el deseado reposo, como él decía; y luego echó de su aposento las Reglas de la Compañía y la Vida de San Ignacio, de quien ni oir el nombre quería. Y porque se conociese el espíritu que le movía, el que apetecía la Religión seráfica para gastar muchas horas en oración; ni la hora de por la mañana que tenemos de regla, gastaba en este santo ejercicio, parlando en aquel tiempo con los seglares. Y una mañana que le hizo este argumento el Rector, le mostró un hábito de San Francisco, y le dijo, que hasta estar vestido de él, como esperaba presto, quería estar en el Colegio solamente con el cuerpo, pero no observar las reglas que no ajustaban á su espíritu. Compadecido un Padre de aquel Colegio de el pobre Hermano, no sabiendo cómo curarle, porque como frenético aborrecía las medicinas y á quien se las aplicaba, le encomendó muy de veras á San Ignacio, y rogó al Hermano que se encomendase también, y en muchos días de importunaciones sólo pudo conseguir que prometiese rezarle cada día un Padre nuestro y Ave María. Hízolo un día, aunque tibiamente, y sintió que su corazón se ablandaba algo; de que indignado contra sí mismo procuraba arrojar de su pecho aquella centella que en él había prendido, y que á su pesar iba creciendo por momentos, sintiendo aficionarse á la Compañía, y queriendo no querer lo que no quería y deseando aborrecer lo que no podía. Turbado con la lucha de contrarios afectos que no le dejaban sosegar, se salió por la noche á un jardín, y dando voces como loco pretendía echar aquel sentimiento de el alma; pero en vano tiraba coces contra el aguijón, porque de repente vió una desacostumbrada luz y en medio á San Ignacio tan cerca de sí, que podía tocarle con la mano. Díjole todo confuso y trocado: «Padre santísimo, ¡por un Padre nuestro y Ave María, un favor tan

grande!» «Hijo mío, respondió el Santo, yo me contento con poco»; y mostrándole un semblante de grande amor, desapareció. Postróse en tierra, y todo lo restante de la noche no hizo más que llorar de dolor y de gozo; y apenas amaneció, cuando fué al Superior á pedirle perdón de cuanto había hecho y dicho, y lo restante de su vida hizo grande penitencia, dando gracias á Dios y á San Ignacio por haberle conservado en la Compañía, y siempre que se acordaba de la visión y palabras de el Santo se deshacía en lágrimas.

Aún más ilustre es la aparición que hizo á un hijo suyo pocos años há, para curarle en el cuerpo y en el alma, confirmándole en la vocación y asegurándole la salvación. El año de mil seiscientos y sesenta y cinco se hallaba el Padre Jerónimo Zuccaro en el Colegio de Sicli, de el reino de Sicilia, muy enfermo de apoplegia, que había seis años le tenía impedido el lado derecho para todo movimiento de la mano y de el brazo; y aunque cinco veces sintió alivio con los baños que tomó en la isla de Lypari, siempre volvía con nueva fuerza el mal, quitándole la esperanza de mejoría; y lo que peor es, al paso que crecía el achaque, se disminuía el fervor y deseo de corresponder á la vocación, y así determinó escribir á nuestro Padre General, representándole el estado de su enfermedad, para que considerando que había de ser á la Compañía más de peso que de alivio, le despidiese de ella por no haber aún hecho la profesion solemne. A cuatro de Julio de dicho año tomó la pluma para escribir con la mano izquierda, de que sólo se servía y sintió en sí tal pereza, que resolvió dejarlo para la mañana siguiente que era domingo; y habiendo intentado este día muchas veces escribir sentía siempre la misma pereza, sin que él, ciego de la pasión, conociese que era mano superior la que embarazaba su mano, hasta que poniéndose á leer en la vida de nuestro Padre San Ignacio, escrita por el Padre Daniel Bártoli, por haber de platicar aquella tarde en nuestra Iglesia de las virtudes de el Santo, según la piadosa costumbre de aquella ciudad; y abriendo

acaso en aquella parte, donde se trata del amor y paciencia con que el Santo Padre sufría los tentados, y la destreza con que los confirmaba en su vocación, una súbita luz y ardor alumbró sus ojos y encendió su corazón, con que avergonzado de sí mismo empezaron de sus ojos á correr dos fuentes, y el corrió á la fuente de la paterna piedad, corrió al altar de San Ignacio, y allí con más lágrimas que palabras y más suspiros que voces, pidió al Santo perdón de su tibieza, de su impaciencia en llevar los trabajos de la enfermedad, y mucho más de su propósito en querer dejar la casa de tan buen Padre, y perder el nombre y honra de hijo; y le prometió llevar con paciencia cualquiera trabajo y mortificación, hasta sufrir deshonras y afrentas sin quejarse. Después de una hora de suavísimas lágrimas, habiendo desaparecido el nublado de sus melancolías, calmado el viendo de sus cuidados, y sosegádose la peligrosa tempestad que traía turbada y alterada su alma; como San Ignacio no sabe hacer un favor sólo, aunque tan grande, se sintió mejor desde aquel punto de una destilación y corrimiento que padecía con gran fatiga del pecho, y le obligaba á echar cada día por la boca gran copia de sangre, accidente que le había sobrevenido á los siete de Mayo, y le había atormentado hasta aquella hora. Cayó en esta sazón enfermo el Padre Antonio Casaleti, que había de predicar el día de San Ignacio, pidió al Padre Jerónimo que supliese su falta; y aunque al principio hizo alguna resistencia, porque aún no podía mover el brazo derecho, la devoción y obligación á su Santo Padre le hizo admitir el sermón. Predicó con gran fervor, pero fatigóse de manera, que rendida la naturaleza á otro nuevo accidente, que le sobrevino á cuatro de Agosto, y fué rompérsele una vena de el pecho, sin poder detener el flujo de la sangre; al tercero dia le desauciaron los médicos hallándole sin fuerzas, hinchado el estómago con la sangre trasvenada y corrupta, exhalando un olor tan pestilente, que él mismo no se podía sufrir, con tal hastío á todo género de manjar, que ni mirarle podía sin bascas, y

un dolor en el pecho tan vehemente, que no podía sufrir que le tocase la mano. El día siguiente, sábado ocho de Agosto, por once horas contínuas derramó tanta sangre, que juzgando que era llegado su fin para disponerse á una buena muerte, hizo una confesión de toda su vida con el Rector de el Colegio, que le exhortó á encomendarse á San Ignacio, lo cual hizo el enfermo con mayor confianza, cuanto había experimentado al Santo más favorable. Mirando, pues, á una imágen de el Santo que tenía delante, hizo voto, si Dios le daba la vida, de pasarla antes en la Compañía con trabajos, dolores, afrentas y desprecios; que en el siglo con la mejor salud, y las mayores comodidades y honras de el mundo.

Poco después de haber hecho este voto, se quedó dormido como un cuarto de hora, y luego le sobrevino, conforme á lo que tenía pronosticado el médico, un nuevo accidente que le dejó muerto todo el lado izquierdo, quedando de pies á cabeza paralítico y hecho un tronco. Estando de esta suerte, á las doce y media de el día repararon los que asistían, que repetía la fórmula de los votos de la Compañía; y acabada, cerrados los ojos, sin movimiento los pulsos, el rostro ya de cadáver, cerró la boca y los dientes tan fuertemente, que queriendo un Padre con un instrumento de plata probar si acaso le podía dar el Viático, no fué posible abrírselos, como tampoco los dedos de la mano izquierda, que con el último accidente se le habían recogido. Y habiéndole llamado muchas veces en voz alta y no respondiendo, ni dando señal alguna de sentido, le juzgaban casi muerto, y tratando con toda brevedad y presteza darle el Santo Olio, repararon todos que levantando el enfermo el brazo derecho que tres meses había tenido inmoble, daba muestras de apretar alguna cosa, y que acercándola á la boca, la besaba una y otra vez con gran ternura; y levantando también el brazo izquierdo, de repente se sentó en la cama y en alta voz dijo: «San Ignacio, San Ignacio, San Ignacio me ha sanado.» Y al punto se desvaneció la palidez de el rostro, la hinchazón de el estómago, se le abrieron

los ojos, volvieron los pulsos, y todos los miembros quedaron sanos, sin que en parte alguna del cuerpo quedase la más leve señal de el accidente pasado; pidió la sotana, y besándola muchas veces, se vistió con toda presteza, luego se fué á la iglesia, y habiendo estado con el rostro en el suelo delante de el altar de San Ignacio por un cuarto de hora y otro tanto de rodillas, dando gracias al Santo de el beneficio recibido, acompañado de todos los Padres admirados de semejante prodigio, volvió á su aposento, donde sentados todos y deseosos de saber el misterio, pidió al Rector licencia para hablar, hincado de rodillas; y habiéndola conseguido, dijo: «Después que hice la confesión general, me sobrevino un sueño muy pesado, originado de el nuevo accidente, que privándome los sentidos de el cuerpo, me aclaró los de el alma, porque me pareció que veía á la parte de los pies sobre la cama á nuestro Padre San Ignacio, con un rostro bañado de celestiales luces, y semejante á las imágenes antiguas que están impresas en un pliego de marca mayor, la cabeza descubierta, vestido de sacerdote, con casulla colorada y bordada de oro; tenía la mano derecha con quietud en el pecho, y en la izquierda una vara de palmo y medio de largo, y un vasito en el cual había cierto licor y una pluma dentro de él, y ambas cosas tan preciosas, que ni joya ni medicina terrena se le podía comparar, con que se colegía claramente ser el vaso y licor cosa de el cielo. Mostraba el Santo el rostro severo, y empecé á temer y temblar; y díjele con toda humildad: Acordaos, santísimo Padre que aunque malo, soy vuestro hijo; y si vos me desamparáis, no tengo á quien acudir.» Respondió el Santo: «No conozco por hijo á quien no me honra como á padre, ni ha correspondido al beneficio de la vocación, habiéndose puesto á peligro de perderla por la impaciencia con que ha llevado la enfermedad». «Es verdad, repliqué, pero ya me he arrepentido, como lo dice el voto de perseverar en la Religión.» Entonces se sonrió el Santo conmigo, y me dijo que tuviese buen ánimo, con que me quitó el miedo que había concebido: preguntóme, si me

acordaba de la fórmula de los votos y respondiendo que sí, me mandó que los renovase, y empezando él la fórmula: *Omnipotens sempiterne Deus,* palabra por palabra me la fué diciendo y imprimiendo en el corazón, y yo repitiéndola; y acabada, me dijo: «Ahora sí os admito y reconozco por hijo; y sabed como el término de vuestra vida está cerca, pues á las tres de la tarde habéis de espirar. «¿Cómo, dije, habéis de permitir santo Padre, que vuestro hijo se muera sin Sacramentos?» «No será sin Sacramentos, respondió, pues os confesásteis generalmente, y esto ha sido suficiente para vuestra salvación; aunque con el Santísimo Viático y Extrema-Unción hubiérades recibido mayor gracia, y hubiérades satisfecho gran parte de la pena que os queda que pagar en el Purgatorio.» Y luego con un rostro más alegre, añadió, que no me afligiese ni desmayase; porque si quería quedarme en este mundo, se me alargaría la vida, con tal que la gastase como hijo verdadero de la Compañía, trabajando por ella cuanto pudiese á mayor gloria de el Señor y ayuda de los prójimos, acordándome siempre de los buenos propósitos y de el voto que había estimado mucho; pero si quería morir, me aseguraba de la salud eterna. Respondí, que estaba muy indiferente y resignado en la divina voluntad, y así no quería tomar por mi resolución alguna, sino ponerme en las divinas manos, igualmente para la vida y la muerte. «Bien está, dijo el Santo; viviréis otro poco, que esta es la voluntad de Dios; y así se os vuelve la primera salud para que la empleéis en los ministerios de la Compañía, como verdadero hijo mío.» Cogió la vara en la mano derecha, dióme suavemente con ella tres golpes en la cabeza, tres en la mano derecha, tres en la izquierda y tres en cada pie, quitándome con aquellos leves golpes la aflición en que me hallaba; y poniendo la vara en la mano izquierda, sacó de el vaso la pluma mojada en aquel celestial licor, y formó la cruz en las cinco partes que había tocado con la vara, repitiendo en cada una aquellas palabras: *Ego percutiam, et ego sanabo;* y acabada la unción, me aseguró que estaba de el

Universidad de Deusto
Biblioteca

todo sano, y me mandó que en acción de gracias dijese tres Misas, una á la Santísima Trinidad, otra á la Santísima Virgen, y la tercera á honor suyo.

Significó más el santo Padre al Padre Jerónimo, que por tres actos de virtud que había ejercitado en el tiempo de la enfermedad y habían agradado mucho á Dios, le premiaba su divina Majestad con tres señalados favores: el primero y menor de todos, la recuperada sanidad; el segundo, que sería libre de tentaciones deshonestas, y que volviendo las tentaciones sería señal que ya se acercaba la hora de su muerte; y el tercero, asegurarle su salvación. Al despedirse el Santo, le pidió el Padre Jerónimo su paternal bendición, y él con rostro alegre le dió á besar la mano derecha, y no pudiendo llegar el enfermo con la boca por estar inmoble con el accidente de la apoplegía, pedía al Santo que se acercase: mandóle entonces que levantase la mano derecha, y luego sintió libre todo el cuerpo, de la apoplegía, y levantando la mano derecha apretó la de el Santo y besándola humildemente, le bendijo con aquellas palabras: *Dominus te benedicat, et ab omni malo defendat, et perducat in vitam æternam.* Comenzó luego el Padre Jerónimo á gozar los efectos de tan dichosa bendición; quedando libre no sólo del mal, pero sin flaqueza alguna, hallándose en aquel mismo punto con fuerzas de sano, caminando, orando, estando mucho tiempo de rodillas, ayunando aquel mismo día, que era vigilia de San Lorenzo, haciendo en el Refectorio una pública disciplina en acción de gracias al Santo Patriarca, asistiendo á todos los caballeros y pueblo que vino á congratularse de la milagrosa salud que luego se divulgó; y á las tres de la tarde, cuando se había de hacer la señal por su muerte con el doble de las campanas, se dió con el alegre repique de ellas y la sonora armonía de las trompetas que no sólo en el Colegio de la Compañía sino en toda la ciudad resonaban, pública noticia de el prodigio; causando en los corazones de todos extraordinario júbilo y alegría, convidándose los unos á los otros á alabar á Dios que, por intercesión de San Ignacio, obraba tales maravillas.

CAPITULO V

Imágenes milagrosas de San Ignacio

Aunque son innumerables los milagros que Dios ha hecho por las imágenes de San Ignacio; hablo solamente de algunas más señaladas, en las cuales parece que vive el Santo, si las acciones y pasiones son señal de vida; á lo ménos vive su fama, y debe de ser premio de aquella profundísima humildad con que el Santo por vivir oculto á los ojos de los hombres, no quiso dejarse retratar en vida, y mudó colores y figuras para que el pintor no pudiese copiar su rostro: por eso ha querido el Señor, que en diversas figuras y retratos se mire copiado su poder, hallando en ellas los devotos el remedio de todas sus aflicciones y necesidades.

La imágen más celebrada es la de Munébrega, pueblo de Aragón, en el Obispado de Tarazona. Es tradición que la pintó algún angel, y cuéntase el suceso de esta manera. Habiendo don Roque de el Villar, Canónigo de el Sepulcro de Catalayud, mandado pintar los Fundadores de las Religiones; al acabar la obra, dijo un peregrino que acertó á pasar por la ciudad, que faltaba allí la imágen de un Fundador santísimo de una nueva Religión, que se llamaba Ignacio de Loyola. Rogóle el Canónigo, que le diese las señas de su rostro si las sabía, para que le pudiesen retratar: ofreció él dibujarle; y yéndose el pintor y el Canónigo á comer, se quedó en la oficina para delinear la imágen; pero enviando luego el Canónigo un criado que le trajese á comer, no halló al peregrino y halló la imágen acabada. Por esto se juzgó que había sido el pintor, ángel, y se estimó como reliquia de grande estimación la pintura. Pintóle con rayos, aunque entonces no estaba canonizado ni beatificado; es de medio cuerpo, el rostro grave y modesto, que representa majestad, los ojos grandes y vivos que miran á quien los mira, la cabeza descubierta, en la mano izquier-

da tiene una calavera algo vuelta, y con la derecha la muestra y señala á todos, como si aún muerto predicara la memoria de la muerte. Tiene un resplandor templado en el rostro, aunque después que comenzó á hacer milagros se ha visto mudar el semblante, unas veces benigno, otras severo, unas resplandece y otras se obscurece, conforme al afecto de quien la mira, ó el que quiere causar el Santo en los que mira; y de aquí nace no poder copiar al vivo la imágen, que en eso también ha querido parecerse al original.

Envió el Canónigo Villar esta imagen, con las de los otros fundadores, á Munébrega, su patria, para que se pusiesen en la sacristía de la iglesia, y allí estuvo como olvidada, hasta que el año de mil seiscientos y veinte y tres, inmediato al de la canonización de San Ignacio, habiendo predicado en Munébrega la cuaresma el Padre Valerio Piquer, de la Compañía de Jesús, y repartido muchas medallas de el Santo Patriarca, deseó que sacasen la imagen á la iglesia y la colocasen en algún altar para que todo el pueblo pudiese acudir á reverenciarla. Pareció bien, y juntándose el Cabildo eclesiástico y seglar y gran concurso de gente, en diez y siete de Abril de el dicho año de mil seiscientos y veinte y tres, segundo día de Pascua por la tarde, sacándola en devota procesión de la sacristía á la iglesia, la colocaron en una capilla antigua de San Blas, que para esto dispusieron y adornaron. Subió luego á predicar el Padre Valerio Piquer, y dijo tanto de las virtudes y excelencias de San Ignacio, contó tantos milagros hechos en diversas partes de el mundo; que todo el auditorio se movió á gran devoción, y cobró esperanza de que había de recibir aquel pueblo muchos favores de Dios por intercesión de el Santo, que desempeñó bien su confianza, multiplicando maravillas, de que dió prendas aquella misma tarde.

Había gran falta de agua, y el predicador exhortó á los oyentes que la pidiesen al Santo. Clamó todo el pueblo: «Glorioso San Ignacio, alcanzadnos agua, pues podéis tanto con Dios.» Luego el cielo, que estaba sereno, se cerró de nubes y cayó una lluvia tan copiosa, que la tierra dió aquel año abundantes frutos, cuando se temía una grande esterilidad. La misma tarde, habiendo María Gascón, mujer de Jerónimo Ladrón de Guevara, de edad de cincuenta años, venido en brazos ajenos á la iglesia, por estar baldada de una pierna, que no podía dar un paso; oyendo al predicador se encomendó á San Ignacio, y prometió, si la sanaba, ser pregonera de sus maravillas. Al punto se sintió sana, y levantándose, sin ayuda de nadie, fué corriendo á su capilla, diciendo á voces: «Milagro de San Ignacio, que me ha sanado.» Y como todos sabían que no se podía mover y la habían visto traer á la iglesia; fué grande la admiración y muchas las alabanzas que dieron á Dios y á su siervo.

Mayores milagros obró después; basta decir, que en menos de dos meses se comprobaron jurídicamente más de cien milagros, en que entraban seis ciegos, ocho cojos y mancos, restituídos al uso de sus miembros, y dos muertos resucitados. Mas, dejando ahora estos prodigios, aquí sólo diré los que hizo la imagen en sí misma, y se publicaron entonces en particular relación. El viernes primero que estuvo en el altar, que se contaban veinte y uno de Abril, sudó por espacio de cuatro horas, y el sudor ni era agua, aunque lo parecía en el color, ni aceite, sino un licor extraordinario que se iba hinchando en unas gotas gruesas; y enjugándolo volvía luego á manar, y se empaparon dos lienzos. Otro viernes después, á cinco de Mayo, manó segunda vez el mismo licor por espacio de dos horas. De estos sudores fueron testigos muchas personas que le vieron y examinaron, y entre ellos el Padre maestro Fray Pedro de Villar, de la Orden de San Agustín, que admirado de el prodigio, recogió las gotas en dos lienzos, y con ellos sanaron muchos enfermos de diversas enfermedades. La primera fué una mujer que vino á Munébrega con un pecho muy hinchado sin haber hallado remedio en cuantas medicinas la aplicaron; y con sólo tocarla uno de estos paños, cesó de repente la hinchazón y cobró la salud.

La ciudad de Guadiana, cabeza de el reino de la Nueva Vizcaya, en la Nueva España, ha sido siempre devotísima de San Ignacio, á cuyo patrocinio recurre en todas las necesidades, guarda su día como fiesta, y acuden á las vísperas y misa de su celebridad todos los ciudadanos, y de comunidad los dos Cabildos, eclesiástico y secular, y también los jueces y oficiales reales, que forman tribunal aparte. Por esta devoción ha merecido tener una imagen de San Ignacio, que puede competir en los milagros con la de Munébrega; de las cuales muchos están autorizados con informaciones jurídicas, otros con la pública fama de la ciudad. Está la imagen en el aposento de el Rector de el Colegio de la Compañía; es lámina pequeña, que llaman de mensura greca, y no se sabe, aunque se ha procurado averiguar, cuándo ó cómo vino al Colegio. Y aunque viendo los muchos y grandes milagros que Dios obra por ella, han querido los Rectores de aquel Colegio colocarla en la iglesia para que esté con mayor veneración; nunca lo ha permitido la ciudad, diciendo, que la han de quitar de cualquiera parte que la pongan, porque es el remedio de los enfermos y el consuelo de todas las que están de parto, que tienen librado en ella el buen suceso y la salud. Tiénese por uno de los milagros de la imagen, que siendo muy codiciable por la devoción, la pintura, y el precio porque tiene un marco rico de plata, y pidiéndola á todas horas, de noche y de día, sin decir muchas veces quién la pide ni para quién porque no conviene, jamás se ha perdido ni retardado; antes, rehusando darla de noche y á persona desconocida, el Padre Bernabé Gutiérrez, mi condiscípulo en esta provincia de Toledo, antes que pasase á la Nueva España, que era Rector de aquel Colegio y después fué Visitador de las Misiones de Cinaloa y Sonora y últimamente Procurador y vocal á Roma por su Provincia de Méjico en esta última Congregación general, con cuya ocasión he podido oir de su boca y recibir por escrito lo que de ésta imagen tengo de decir; le dijo un Padre que había vivido muchos años en aquel Colegio, que no rehusase

darla, porque era uno de las milagros de la santa imagen no perderse, y que había larga experiencia, que cuando no se sabía quién la llevaba, entonces la volvían con mayor brevedad.

El primer milagro verdaderamente estupendo, principio de todos los que después ha obrado el Señor sin número por esta imagen, fué de esta manera: Visitó Dios con una enfermedad á un ciudadano de buena vida y costumbres, y aunque se le aplicaron todos los remedios que enseña la medicina, el mal se iba agravando cada día; habiendo recibido los Santos Sacramentos y esperando cada hora la muerte, antes de perder el sentido pidió que le trajesen una imagen de San Ignacio, con quien había tenido mucha devoción. Fueron por ella á la Compañía, y el Rector dió la lámina que tenía en su aposento: cuando el que la traía entró en el de el enfermo, le halló ya en la agonía, el rostro pálido, la nariz afilada, quebrados los ojos y el cuerpo sin algún movimiento. No obstante, uno de los circunstantes tomó la imagen y aplicósela al enfermo sobre el rostro; y luego vieron que el moribundo abrió los ojos, recobró los colores, se restituyó á las fuerzas, y con voz alta y vigorosa comenzó á decir: «San Ignacio me ha sanado, démosle las gracias.» Admiráronse todos, como pedía el suceso, pero cesó la admiración de este prodigio, cuando al levantar la imagen vieron otro mayor, y es, que todos los accidentes de el moribundo se habían pasado al rostro de el Santo, la palidez, la flaqueza, los ojos quebrados, el aspecto de quien está para espirar, y hasta tres gotas de sudor que en la frente tenía el enfermo quedaron grabadas en el rostro de San Ignacio, y también en las manos, y todo lo que se veía de carne en la imagen parecieron como las de el moribundo, y hasta hoy perseveran de la misma manera; dándole San Ignacio, no solamente la salud, pero sus mismos colores, robustez y viveza, y tomando sus accidentes, para que podamos decir de alguna manera de este imitador de Jesús, lo que de Jesús dijo Isaías: que no tenía figura, ni hermosura, y estaba como escondido su rostro, por ha-

ber tomado nuestras enfermedades, para darnos la salud. Y todo es geroglífico en Ignacio, con que quiso mostrar el Señor la caridad con que en vida mortal padeció trabajos, enfermedades, dolores, tormentos y peligros de muerte por la salud de las almas. A este Santo enfermo, que así podemos llamar la imagen de Guadiana, no hay enfermedad que se resista, ni aflicción que no halle consuelo, ni trabajo que no encuentre alivio; pero después de un prodigio que vale por mil, no quiero contar ninguno; de los milagros en partos peligrosos, diré á su tiempo uno ú otro muy singular.

En Recabulto, ciudad de Sicilia, se guarda otra imagen de San Ignacio, aunque menos preciosa, si miramos la materia, por ser de papel; no menos estimada y venerada por sus maravillas. A dos de Junio de mil seiscientos y sesenta y seis, salió sangre de el dedo índice de la mano derecha, con que se hizo reparar y venerar; después ha obrado muchos milagros, sanando enfermos, estropeados, paralíticos, haciendo partos felices y sin dolor, terminando cuartanas, dando leche á los pechos secos, librando de apostemas, llenando de buen vino una bota que estaba vacía, y en suma, tantos prodigios, que la ciudad la guarda en el sagrado tesoro de la iglesia matriz, con público decreto de sacarla todos los años en procesión, y tener por protector al Santo de quien habían recibido tantos beneficios.

El Padre Juan Eusebio Nieremberg escribe, que sudó una imagen de San Ignacio en Antequera y que hizo Dios por ella muchos milagros, y que el sudor de esta imagen y de la de Munébrega eran indicio de las tribulaciones que padeció después la Compañía. Mostrando San Ignacio, con estas demostraciones, el cuidado que tiene de sus hijos y que siente con ellos humanamente, si se puede decir así, sus fatigas y trabajos; pero juntamente cuanto se alegra de ellas en el cielo, haciendo favores en la tierra por las imágenes en que muestra sentirlo; como si nos dijera, que está para hacer mercedes, cuando padecen sus hijos persecuciones, por el fruto que han de hacer en ellos y que ellos

han de hacer en las almas, conforme al sentimiento que en vida tuvo de las persecuciones de la Compañía.

Otras imágenes (como se cuenta también de la de Munébrega) han arrojado resplandores, en prendas de que San Ignacio quería conceder favores y de que tiene el favorecer por gloria. Un sacerdote de Chile, en un dolor agudísimo de costado, se encomendaba muy de veras á San Ignacio, sin sentir mejoría, porque el Santo dilataba el beneficio para hacerle mayor. Ya que estaba en la agonía de la muerte, miró una imagen suya que tenía á la cabecera, y vióla resplandecer: entendió que eran señas de la gracia que el Señor le quería hacer; encomendóse de nuevo al Santo, y en un punto pasó como de la muerte á la vida, y de el sepulcro á una perfecta sanidad.

No acabáramos si hubiéramos de contar los otros milagros que ha hecho Dios por las imágenes de el Santo, de lienzo, de papel, de medalla. Sea aquí uno, muestra de muchos semejantes. En Bibona estaba Roque Bonda, sacerdote devoto, enfermo de dolor de costado, con calentura agudísima, gran copia de sangre que arrojaba por la boca y desahuciado de los médicos; tomó por médico á San Ignacio, y poniéndose una medalla suya en la boca, al punto se adormeció, y despertando poco después se halló libre de el dolor, de la sangre, de la postema y de la calentura, dando gracias á quien con tanta facilidad y brevedad le había sanado. Pero mayores milagros hemos de contar de las medallas de San Ignacio en el discurso de este libro. El Venerable Padre Bernardino Realino repartía muchas, que eran medicina de enfermedades mortales y desesperadas.

Concluyo este punto de las imágenes, con el castigo benigno que Dios hizo en uno que despreciaba la de Munébrega. Cuando comenzaron á publicarse los milagros de esta prodigiosa imagen, un buen hombre de Calatayud los contaba á otro, que haciendo burla de lo que oia, dijo: «¿Es posible que tantos milagros hace una tabla en Munébrega? Pues no son de menos virtud las tablas de Calatayud.» Y volviéndose á un tablón que estaba en la pared, haciéndole

una reverencia, dijo por escarnio: «Tabla, haz tú también milagros.» Al punto la tabla se arrancó de la pared por sí misma con grande ímpetu, y descargó sobre él un gran golpe, y á no retirarse con presteza quedara allí muerto, con milagro digno de el que despreciaba los milagros de el que Dios ha querido honrar en sus imágenes, por haber procurado honrar á su Majestad en sus imágenes vivas, reformando lo que el demonio había borrado ó afeado, haciendo á los infieles católicos y los pecadores santos.

CAPITULO VI

Milagros de la firma de San Ignacio

Como San Ignacio deseó tanto ocultar su nombre y exaltar el de Jesús, Dios, que honra á los que le honran y manifiesta á los que se ocultan, ha hecho tan milagroso el nombre de San Ignacio en su firma, que como en vida de el Santo Patriarca decía el apostol de las Indias, que con su firma estaría seguro en medio de las tempestades y peligros; pueden decir ahora los que alcanzan una firma de San Ignacio, que no temen los males y las desgracias, porque es como una firma en blanco para conseguir de el Señor, por los méritos de su siervo, cuanto se le pide, vida, salud, consuelo, felicidad en los partos, de que son sin número los sucesos y crecen cada día; porque en los lugares donde hay Colegio de la Compañía, la firma de San Ignacio anda frecuentemente fuera de casa, visitando enfermos y asistiendo á partos peligrosos; y pocas veces vuelve á casa sin haber hecho algún especial favor. Y yo puedo deponer de algunos sucesos que parecen milagrosos, de que sólo contaré uno. Estando una mujer preñada de algunos meses, gravemente enferma, recibidos los sacramentos y sin sentir la criatura que muchos juzgaban estaba muerta; la llevó un Padre de este noviciado la firma de San Ignacio, y entrando en el aposento, la enferma se encomendó á San Ignacio y prometió poner á lo que naciese el nombre

de el Santo y vestirle el hábito de la Compañía; y al punto la criatura, que parecía estar fuera de su lugar, se restituyó á él y hizo movimientos de viva, y luego empezó á sanar la enferma, y en pocos días estuvo buena. Pero de los partos peligrosos hemos de hablar después más de propósito.

Viéndose en Méjico una doncella en el último término de la vida, sintiendo los desperezos y agonías, que son prenuncios de la muerte; deseosa de vivir con el desengaño y fervor que enseña la luz de la última candela, se encomendó muy de veras á San Ignacio, y aplicándola su firma, se quedó dormida. En despertando, se encomendó al Santo con mayor confianza, y repentinamente se halló sana; levantóse de la cama, y sin dilación se dedicó á Dios en un monasterio, juzgando, que vida milagrosa no se debía gastar en el mundo, sino en buscar el cielo, sirviendo al divino Esposo, que es el camino, la verdad y la vida.

Llamó Dios á la Compañía á un mancebo de Barcelona, llamado Jerónimo Falconi, y queriendo ponerlo en ejecución, su padre que se llamaba Miguel Bautista, temiendo perder el útil temporal que podía traer á su casa la habilidad de su hijo, le disuadió sus intentos. Dejóse persuadir el hijo de el padre, mas para daño de el padre y el hijo; como suele suceder á los padres que por quitar los hijos á Dios, de quien son más que suyos, pierden los hijos y se pierden á sí. Más benigno fué este castigo, como suele hacerlo el Santo, que imitando la condición de Dios, no sabe castigar sin misericordia. Habiendo ido Jerónimo Falconi á Mérida, enfermó allí de una calentura maliciosa y de inflamación de garganta, con tales accidentes, que los médicos afirmaban que de cincuenta, con aquel mal y señales, no escapaban dos. El padre, avisado por una posta, conociendo de qué mano le venía el golpe y que Dios le quitaba el hijo, por habérsele quitado á San Ignacio, pidió perdón al Santo, y hizo grandes promesas si le sanaba; y partiéndose á toda prisa á Mérida, le halló sano, porque el mal le había cesado al tiempo que le había encomendado á

San Ignacio, según el cómputo que se hizo. Mas quiso Dios que al día duodécimo volviese el mal con mayor fuerza, y al diez y siete se acrecentó de manera que los médicos le daban ya por muerto. Envió el Padre al Colegio de la Compañía por una firma de San Ignacio; y aunque la buscaron, no la pudieron hallar. Mientras tanto entró en las agonías de la muerte, y el padre, dándole su bendición, se salió para no verle morir. Al salir de la pieza encontró un Padre de la Compañía, que venía con la firma; cobró ánimo, volvió á entrar á ver á su hijo, y con grande confianza le dió á besar la firma. Apenas la tocó, cuando faltaron de repente los accidentes mortales, la calentura, y en lugar de la enfermedad y la muerte que le tenía medio tragado, sucedió la vida y la salud, y poco después se levantó de la cama.

En Mallorca, Juana Clara Noguera, viuda, de edad de cincuenta años, después de haber padecido acerbísimos dolores de ojos, perdió de el todo la vista de el uno; y pretendiendo los médicos con remedios recuperarla, perdió la vista de el otro. Un hermano suyo, sacerdote de la Compañía, la llevó una firma de San Ignacio, y haciendo rezar á la ciega y á los presentes tres Padre nuestros y Ave Marías, puso la firma sobre los ojos de la enferma, de que sintió gran refrigerio, como si pusieran sobre ellos rosas frescas; quitósele luego todo el dolor, y empezó á ver algo, y cobrando con esto mayor confianza, y los presentes creciendo en la devoción, volvieron todos á clamar á San Ignacio, y el hermano á aplicar la firma; y al punto le fué restituída la vista tan entera, como si jamás hubiera padecido de los ojos.

Caminando á Roma un Hermano Coadjutor de la Compañía, llamado Pablo Carballo, portugués, enfermó en el Colegio de Sena de una fiebre que, disimulada cuatro días, se descubrió maliciosa, con grandes congojas y angustias de corazón: diéronle los médicos por desesperado y le avisaron que se dispusiese á morir. Preguntó si había en casa alguna firma de San Ignacio, y trayéndosela, la besó muchas veces y la puso sobre la frente y el corazón, y dijo: «Yo estoy sano. Nuestro Padre San Ignacio no quiere que muera ahora su hijo.» Y replicando el que la había traído: «Y si nuestro Santo Padre quiere que muráis y os váis con él al cielo, ¿no estáis dispuesto á ello?» Respondió Pablo: «Yo os digo que me sanará; porque si el Santo, pocos días há dió ojos á una ciega, por ser hermana de un Padre de la Compañía (hablaba de lo que dijimos antes) ¿cómo á mi que soy su hijo no me dará la vida?» Y no le engañó su esperanza; porque no pudiendo antes aún mirar la comida sin bascas, cenó con gusto, reposó toda la noche y á la mañana se levantó de la cama.

Bartalomé Contestí, cirujano de Mallorca, padecía tales dolores de cabeza, que saliendo de sí, se revolcaba en la tierra como loco. Inflamósele también uno de los ojos, con dolores tan intolerables, que como él mismo depuso después, estaba dispuesto á hacérsele sacar, en viniendo un cirujano su amigo á quien esperaba; y mientras venía se estaba en un aposento obscuro, porque no podía sufrir la luz. Vino á visitarle un amigo, y contóle tantos milagros de San Ignacio, especialmente al contacto de su firma, que cobrando esperanza de remedio, envió por ella al Colegio de la Compañía; trajéronsela, y lo mismo fué entrar por el aposento, que entrar la salud; porque antes de tocarle se sintió enteramente sano de la cabeza y de el ojo; salió á la luz sin ofenderle, comió con gusto, lo cual antes no podía. Viéndose sano, dando gracias al Santo, envió á los Padres la firma; mas apenas había salido de el aposento, cuando volvieron los dolores y la inflamación; llamó otra vez al portador, y entrando la firma, cesaron sus males, y lo mismo sucedió varias veces, que probó á enviarla por espacio de cuatro días; hasta que pidiendo la firma los Padres, por ser necesaria para otros enfermos, pudo enviarla sin peligro.

Semejante milagro hizo la firma de San Ignacio en la misma ciudad de Mallorca con Colona Cortés. Sentía dolores de cabeza agudísimos, como si con un martillo se la es-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tuvieran golpeando; y le pedía á su marido, que la volviese á entrar el ojo dentro de la cabeza, porque verdaderamente pensaba que había saltado fuera de ella. Contáronle el milagro que Dios había hecho con el cirujano, dos años antes en la misma ciudad, por medio de la firma de San Ignacio; pidióla al punto, y con ella le trajeron la salud; porque en aplicándosela al ojo, que era la fuente de todos sus males y dolores, quedó libre de el dolor y ceguedad, y sin rastro de el accidente pasado.

Estando un niño ya para espirar, sin sentido, los ojos quebrados y dando las últimas boqueadas, trajeron una firma de San Ignacio, y en entrando por la sala, sintió la enfermedad la virtud que la quería desterrar; porque antes de descubrirla quien la traía, súbitamente se levantó el niño por sí mismo de la cama, diciendo: «San Ignacio, San Ignacio;» y se fué corriendo á quien traía la firma, y dentro de breve tiempo convaleció perfectamente.

Una niña ciega, en Valencia, con el contacto de la firma de San Ignacio recuperó la vista. Rufino Lanzaroti, flamenco, estando moribundo de una fiebre maligna, tocándole la firma de San Ignacio, se levantó al punto de la cama sano, con espanto de los médicos. Olimpia Marina, en Roma, había padecido tres meses calentura contínua, y por los dolores grandes de los ojos había perdido la vista, y era atormentada extrañamente de dolores de cabeza; tocáronla tres veces la firma de San Ignacio y huyeron todos tres males, la calentura, la ceguedad y los dolores.

En Madrid, el Padre Juan de Rojas, estando para morir de cruelísimos dolores de estómago; con la firma de San Ignacio, se levantó sano y se fué á oir confesiones. El Padre Martín Gardi, con el mismo remedio sanó de un intolerable dolor de dientes. Y otros mil casos semejantes en peligros y enfermedades espirituales y corporales, opresión de los demonios y de todo género de aflicciones, de que se pudiera hacer un libro.

Un caso no dejaré, por ser tan ejemplar como maravilloso. Salió de la Compañía un sacerdote, que había sido

en ella famoso predicador; y como los que dejan á Dios, los sigue Dios con el castigo merecido de su inconstancia, por una enfermedad que tuvo, perdió un ojo. Visitóle un Hermano Coadjutor, su conocido, llamado Paulino Cecoti, que tenía una firma de San Ignacio, con la cual había hecho grandes maravillas, y el enfermo se la aplicó al ojo que estaba ciego, esperando que se compadecería de él quien había sido su Padre; mas en el mismo punto cegó de el otro ojo con que antes veía perfectamente; atendiendo más el Santo á sus méritos, que á sus ruegos, y á su necesidad, que á su deseo; para que no viendo la tierra el que por ella había dejado el cielo, mirase con los ojos de el alma lo que debía desear, cuando no podía ver con los de el cuerpo lo que había deseado.

CAPITULO VII

Milagros de San Ignacio en todos los elementos

Vimos cómo sirvieron los elementos á San Ignacio, aun cuando estaba sujeto á los elementos, temblando la tierra en su conversión, sustentándole el aire en la oración, vengándole el agua y el fuego de el que dijo que merecía ser quemado, y en otros casos que quedan referidos. Veremos ahora cuánto creció su poder en los elementos, después que está sobre ellos y sobre el cielo; para que digamos de Ignacio lo que dijeron de Cristo las turbas: «¿Quién es éste á quien el mar y los vientos obedecen?» Añadiendo: «¿Quién es este á quien obedece la tierra y el fuego?» Es aquel que obedeció siempre á Dios y á la gracia, y por eso le ha dado tanto poder sobre la naturaleza.

En Galicia, cerca de Compostela, se encendió un monte por descuido ó cuidado de unos pastores; venía corriendo el incendio á un pueblo cercano, y cuando estaba sólo tres ó cuatro pasos de las casas, un Padre de la Compañía, que estaba allí en misión, viendo á los vecinos sumamente afligidos y que no había medio humano para atajar el fuego,

les dijo que pidiesen á Dios favor por la intercesión de San Ignacio, y él arrojó una medalla de el Santo en lo más furioso de las llamas. Al mismo punto paró el raudal de las llamas, como á la vista de el arca las aguas de el Jordán, y sin pasar adelante, en breve tiempo se apagó. Pero antes de apagarse de el todo, una buena mujer, codiciosa de la medalla milagrosa, la sacó de entre las brasas, sin recibir ella daño; como tampoco la medalla había recibido lesión, admirándose los montañeses de ver en uno tantos milagros.

En otro lugar cercano á Monterrey se abrasaban las mieses, y con el aire que soplaba, las llamas se enbravecían, los campos y huertas perecían con irremediable extrago; clamando todos los de el pueblo, sin saber qué hacer en tan grande tribulación. El cura que se hallaba presente, acordándose de que traía en el Breviario una estampa de papel de San Ignacio, la sacó, y con gran fe, dijo: «Vos, glorioso Santo, que viviendo apagásteis el incendio de los vicios y desde el cielo favorecéis á los que os invocan, apagad este fuego y consolad á este pueblo.» Diciendo esto echó en el fuego la estampa, y al mismo tiempo clamaron todos: «San Ignacio, San Ignacio.» Y como si la imágen fuera una copiosa lluvia, apagó las llamas y cesó el estrago. Y lo que es más, la estampa quedó sana y entera, la cual tomó el cura, y mostrándola al pueblo, todos la adoraron y dieron gracias al Santo por el beneficio recibido. Semejante prodigio sucedió en el reino de Méjico, año de mil seiscientos y veinte y dos. Abrasándose una casa y faltando agua para apagar el fuego, arrojó Pedro de Medina entre las llamas una estampa de San Ignacio, y al mismo tiempo el incendio cesó, y la estampa no se quemó, ni aun sintió una leve señal de el fuego.

En Cosenza, ciudad de Calábria, Angel López, devotísimo de San Ignacio, la víspera de su fiesta, encendió en las ventanas de su casa varias luces, cercándolas de papeles, en que pintó la imágen de San Ignacio, y cantaba con grande alegría: *Viva San Ignacio, viva Loyola.* Levantándose un viento recio, la llama prendió en los papeles, y algunos que estaban presentes, empezaron á reir, diciendo: «No vivirá mucho el Santo, no vivirá mucho Loyola.» Exclamó entonces Angel López, sentido de lo que oía: «Bien puede mi Santo, si quiere, salvar de las llamas sus imágenes.» Y así sucedió, porque el fuego consumiendo lo demás de el papel, no tocó á las figuras de el Santo, con gozo de el devoto y lágrimas de los que antes se reían, alabando al Señor por los modos maravillosos con que glorifica á sus siervos.

Caminando por Cataluña un Padre Cartujo el año de mil seiscientos y nueve, enfermó de muerte en una aldea, y encargó á su huésped, que en muriendo él, quemase algunos papeles que le entregó, porque así convenía. Hízolo el huésped, y cuando echó los papeles en el fuego, reparó que uno saltaba fuera; volvióle á echar algunas veces entre las llamas, y siempre se salía de ellas, habiéndose abrasado y consumido todos los demás. Admirado y curioso tomó el papel, abrióle, y vió que era una carta firmada de San Ignacio; besóla con gran reverencia, guardóla con gran cuidado, y sirvióle de medicina milagrosa de varias enfermedades, y de remedio eficaz en los peligrosos partos.

Por estos casos y otros muchos que dejo, se ve que San Ignacio es particular abogado contra el fuego, según su nombre que es fuego, y su celo que era todo fuego, y su deseo que era de abrasar el mundo en fuego de amor de Dios. Pero no se ha mostrado menos maravilloso en el agua, el que por medio de sus hijos navegó tantos mares para llevar el Evangelio á las islas y pueblos apartados de nosotros. No hablando de las veces que ha concedido lluvia para los sembrados á los pueblos que se la pedían, ni de muchas veces que en Munébrega ardieron sus lámparas con agua por faltar el aceite, ni de los que ha librado de peligros de agua, sustentándolos sobre élla para que no se anegasen, ni de uno que amenazando una gran tempestad, encomendó á San Ignacio un montón de trigo que tenía limpio en la era, y descargando gran golpe de agua todo al rededor, en su era no cayó una gota; y callando otras

maravillas semejantes, me contento con referir algunos pocos milagros de los que ha hecho en el mar sosegando tempestades, que son tantos que no se pueden contar, y no dudan algunos de contarle entre los principales patrones de los navegantes; y el Padre Angelo Armano, italiano, en muchos viajes de mar que hizo en las islas Filipinas, confesó que le había Dios librado de muchísimos peligros, por la intercesión de San Ignacio, cuya imágen exponía en público contra los vientos y tempestades.

El año de mil quinientos y noventa y ocho salió por el mes de Septiembre de la isla de Cuba y puerto de la Trinidad, un navío pequeño, llamado Santa María de Regla, y enderezó la proa á Cartagena; iba en él don Bartolomé Lobo Guerrero, Arzobispo de el Nuevo Reino de Granada, y los Padres Alonso Medrano y Pedro de Figueroa, de la Compañía de Jesús. Al principio fué el viaje próspero y el mar tranquilo; pero llegando á vista de Jamáica, se armó una horrible tempestad, levantando las olas la nave al cielo y sumergiéndola al profundo; troncháronse el bauprés y el mastil, el arbol de la gávia se hizo pedazos; rasgáronse las velas, y el piloto perdido el gobernalle, entregó aquel cadáver de nave, si se puede decir así, á las olas y á los vientos. Duró la tormenta un día, clamando todos al cielo que parecía hacerse sordo, esperando la muerte que amenazaba en cada ola; hasta que los dos Padres dijeron al Arzobispo y á los pasajeros, que se encomendasen á San Ignacio. Hiciéronlo así, clamando todos á una voz: «Santo Padre Ignacio, socorrednos en esta necesidad.» ¡Cosa maravillosa! Al mismo punto, calmó el viento, depusieron su hinchazón las olas y el mar su braveza; y los navegantes convirtieron el temor de la muerte en agradecimiento al que les había dado la vida; y en reconocimiento de tan singular beneficio, prometió el Arzobispo celebrar todos los años Misa de Pontifical, en canonizando á San Ignacio. El mismo año y mes, un día antes á los veinte y dos de Septiembre en el reino de Méjico, se sosegó otra tempestad de repente, al contacto sólo de un hilo de el cilicio de San Ignacio, que arrojó un Padre de la Compañía en el mar.

Volviendo á Europa de el nuevo reino el galeón llamado nuestra Señora de Arancazur, en el Canal de Bahama, le acometió una fiera tempestad; porque la corriente de popa era violentísima, el viento de proa contrario, por los lados amenazaban escollos. En este último peligro, un Padre de la Compañía invocó á San Ignacio y metió en el agua una reliquia suya, y con la voz y el contacto de aquella prenda sagrada, se amansaron los dos elementos, aire y agua, que se habían confederado contra la nave, que salió libre de aquel riesgo. Pero le padeció igual ó mayor junto á las islas Terceras, donde una mañana al amanecer se embraveció repentinamente el viento, de manera, que rasgada la vela mayor, gobernaba el navío la tormenta, y el arte de los marineros cedía á la violencia y esperaba el estrago. Todos los navegantes, dándose por perdidos, confesaban á voces sus pecados; hasta que dando lugar la turbación á la memoria de el beneficio que habían recibido de San Ignacio en el riesgo pasado, respiró algo su esperanza, y rogaron al mismo Padre de la Compañía que metiese otra vez la reliquia en el mar, y ellos le acompañaron con votos; y el Santo repitió el favor, cesando repentinamente el viento, y abonanzando el mar y los ánimos de todos, que no cesaban de alabar al Señor y á San Ignacio.

Navegando el año de mil seiscientos y uno á las islas Filipinas el galeón Santo Tomás, un viento contrario le encerró entre unos escollos que le cercaban de proa y por los dos lados, con evidente riesgo de hacerse pedazos, porque el viento y la corriente le llevaban al precipicio. Sobreviniendo la noche echaron áncoras y la pasaron, multiplicando votos, entre sustos y esperanzas: á la mañana, arreciando el viento se vieron en una total desesperación. El General, que se llamaba don Antonio Maldonado, devotísimo de San Ignacio, de cuyos merecimientos había tratado el día antecedente, le suplicó afectuosamente, que no los dejase perecer en aquel peligro, y que para que se conociese que era favor suyo, mudase el viento á las diez de la mañana, lo que era menester para salir de los escollos.

Universidad de Deusto
Biblioteca

El lo dijo á las seis, y el Santo, cuya imágen colgó de el timón un Padre de la Compañía, lo hizo como se lo pedía; porque á las diez se mudó el viento tres cuartas, que era ni más ni menos lo preciso para salir de los escollos, según afirmaban los marineros, porque con otro viento no pudieran; y con él prosiguieron su viaje y llegaron con felicidad al puerto deseado.

Navegando el mar de Sicilia el Padre Natal Masucci, de la Compañía, primero fué preso de turcos; y sobreviniendo después una tempestad, pensó ser anegado. Encomendóse á San Ignacio, y oyó una voz que decía: «No te ahogarás en esta borrasca, ni irás á tierra de turcos.» Sosegóse la tempestad, y los cristianos poco después se apoderaron de el navío turquesco, con que quedó libre el Padre Masucci, de el naufragio y los corsarios. Cuatro días había padecido tormenta el Padre Julio Mancinelí; cuando encomendándose á nuestra Señora y á San Ignacio, vió el cielo abierto, y al Santo cercado de muchos hijos, que le animó á estar seguro y no temer naufragio, y luego cesó el viento y la tempestad con igual gozo y admiración de los navegantes.

Una nave traída de un impetuoso viento iba á encontrar un navichuelo que llevaba al Padre Juan Ferro, al cual hiciera sin remedio pedazos, si el Padre prontamente no dijera: «En nombre de la Santísima Trinidad y de mi Padre San Ignacio, te mando que te apartes de nosotros;» á cuyas voces obedeció la nave, volviendo atrás contra el ímpetu de el viento que la llevaba delante. Naufragando un indio filipino, se encomendó á San Ignacio, y el Santo, asiendo del rosario que traía el indio al cuello, le sacó á tierra salvo.

Aunque en muchos casos de los referidos, se ha visto no menos el poder de San Ignacio en el viento, que en el agua; añadiré algunos más particulares de este elemento. Jugando en una montaña Isabel Gutiérrez, niña de pocos años, cayó en una profundidad inmensa. Sus padres que la vieron, clamaron: «San Ignacio, ayúdala.» Y cuando temían hallarla muerta y hecha pedazos, la hallaron viva, sana y alegre, con una leve señal de el golpe, por testimonio de el milagro. En esta corte de Madrid, año de mil seiscientos y veinte y tres, cayó un mancebo de una ventana de cuatro altos sobre unas losas: iba cayendo de cabeza, invocó á San Ignacio y se halló sentado sobre las losas, sin daño alguno. Vino al Colegio Imperial á dar las gracias á San Ignacio en su capilla, y ofrecerse por hijo suyo, como lo cumplió luego, entrando en la Compañía.

Cayósele en Ferrara á Paula Sbarballi un niño de siete meses, de una ventana alta. Viéndole caer sin poderle socorrer, clamó: «Jesús y San Ignacio;» de el cual era muy devota. No se hizo sordo el Santo; aparecióselle lleno de resplandores celestiales, trayendo el niño en los brazos; y queriendo ponerle en los de su madre, ella con la turbación pasada y el gozo presente, no acertaba á apretarle; mas el Santo se le acomodó en las manos, y no le dejó de las suyas hasta que la madre le tuvo firme, que entonces desapareció. De los milagros de la tierra diremos en los capítulos siguientes, empezando por los muertos resucitados.

CAPITULO VIII

Muertos resucitados por San Ignacio

En el reino de Méjico, una india casada no tuvo hijos en muchos años por ser estéril; pidió á San Ignacio fruto de bendición, y á los nueve meses parió un niño hermosísimo, como dado de el cielo; mas duróle poco el contento, porque antes de un año se murió. No se puede decir el sentimiento de la india, viéndose privada de lo que tanto había deseado: deshacíase en lágrimas, no acertando á apartarse de el cadáver de su hijo, que aunque le aumentaba la pena, no tenía otro consuelo: al fin le amortajó envolviéndole en un lienzo, y empezó á llorar de nuevo, y á dar á San Ignacio amorosas quejas, diciendo con la elo-

cuencia que enseña el dolor y el amor: «¿Qué es esto Santo mío? ¿Estas son vuestras dádivas? ¿Dáis para quitar? ¿Dísteisme el mayor contento que en mi vida tuve, para que tuviese el mayor pesar que puedo tener? Mejor fuera no darme el hijo, que quitármele; más quisiera no haber sido madre, que verme ahora sola y huérfana. Mas quien me le dió una vez, me le puede dar otra; quien hizo que naciese, puede hacer que resucite: vuestro es, Santo mío; ó dádmele vivo, ó recibidle muerto; ó tomad lo que dísteis, ó dadme lo que me quitásteis.» Diciendo esto, le tomó en los brazos y llevó á la Iglesia, y púsolo sobre el altar de San Ignacio. Volvió á su casa triste por no haber conseguido lo que deseaba, y no pudiendo parar en ella, volvió á la iglesia, con esperanza temerosa y temor confiado de conseguir lo que pedía. Fuese al altar de San Ignacio, y vió á su hijo que movía los brazos, se reía y gorjeaba con su madre, que no acabando de creer lo mismo que veía, loca de contento empezó á voces á publicar el milagro que se celebró con la admiración y alabanzas de todo el pueblo.

En Manresa nació un niño muerto el año de mil seiscientos y once, y como á tal le arrojaron aparte, cuidando sólo de la madre que había padecido mucho en el parto. Viendo después la partera al niño, morado y denegrido, compadeciéndose de que aquella criatura hubiese de carecer para siempre de la vista de Dios; lloró muchas lágrimas y acordándose de San Ignacio, le dijo con afecto y confianza grande: «Santo Padre, pues no se ha acabado en el cielo la piedad que ejercitásteis en la tierra y en esta villa, compadecéos de este niño y dadle vida, siquiera para que reciba el bautismo.» Apenas acabó su oración, cuando el niño empezó á moverse y á abrir los ojos, clamando ella y cuantos estaban presentes: «Milagro milagro.» Recibió el agua de el bautismo y vivió después muchos días.

En la Nueva Vizcaya, en la tierra de Durango, seguía á una escuadra de soldados una india esclava, gentil; llevaba á los pechos un niño que había parido veinte días antes, tan flaco y enfermo, que á una legua de viaje el capitán viéndole moribundo, le bautizó en una fuente. Murióse luego, y la madre, como bárbara, le quiso arrojar en el camino; pero los soldados, deseando enterrarle en lugar sagrado, por reverencia de el santo Bautismo, no lo permitieron. Mandó el capitán á la madre, que le llevase hasta un lugar cercano que se llamaba Corrales, y porque no quería, se le hizo atar al pecho para que la llevase por fuerza; y apretáronsele de modo, que dicen los testigos, que aunque estuviera vivo, bastara la ligadura tan estrecha para matarle. El capitán que era devoto de San Ignacio, sintiendo la muerte de el niño, pedía al Santo que le diese la vida, y encargaba á los soldados que rogasen lo mismo, aunque algunos se reían, pareciéndoles despropósito pedir ellos la resurrección de un niño, que si era bueno para hacerlo un santo, no para que presumiesen alcanzarlo unos soldados pecadores. Pasóse el día orando unos, y desconfiando otros, y llegando á la noche á Corrales, desatando el niño un indio que le había ligado, le halló muerto como antes, frío y morado; y tratando de darle sepultura, vino el capitán con el mismo deseo, y viendo el cadáver yerto, le encomendó de nuevo con más veras y confianza á San Ignacio, y en el mismo punto le vió restituído á la vida con increíble gozo de la madre, que como gentil, no esperaba que tal podía suceder, y de el capitán que miró logradas sus esperanzas y confusión de los incrédulos, que entendieron cuánto mayor era la piedad de el Santo para conceder el favor, que su desconfianza para negarle, aunque todos engrandecieron los merecimientos de el que podía tanto con Dios.

En Pardos, lugar cerca de Calatayud, murió una niña de garrotillo: estaba ya el cuerpo frío, y la madre que era muy devota de San Ignacio, no cesaba de pedir al Santo que la restituyese la vida. Alcanzóla su fe y oración después de algunas horas, en que abriendo la niña los ojos y la boca, dijo á su madre: «Señora, ya estoy buena; San Ignacio me ha resucitado y mandado, que me presente en su capilla de Munébrega.»

El médico de Munébrega tenía un niño de dos ó tres meses: murióse, y el padre le mandó amortajar para enterrarle; pero la madre que tenía más fe, le ungió con el aceite de la lámpara de San Ignacio, y al punto resucitó el niño; y el padre dió testimonio jurado, cómo su hijo había estado muerto y recobrado la vida con el oleo de la lámpara de San Ignacio.

Habiendo enfermado gravemente Juan Jimenez, vecino de Miedes, en Aragón; aunque imploró el favor de San Ignacio, murió á juicio de todos y estuvo muerto algunas horas, después de las cuales dió indicios de vida, y juntamente recuperó el sentido y el habla, y dijo: Que él había muerto y parecido ante el Tribunal de Dios, donde San Ignacio, á quien antes se había encomendado, intercedió por él, y le alcanzó tiempo para mejorar su vida y llorar algunas culpas de que en el mundo se hace poco caso, y en aquel tribunal se pide muy estrecha cuenta. Confirmó el suceso la mudanza que hizo el resucitado en el tiempo que vivió, dando muchos ejemplos de penitencia y piedad; con que mereció ser asistido en la hora de la muerte de San Ignacio, al cual vió un hijo suyo á la cabecera de su padre, confortándole en paso tan peligroso.

Moríasele á una madre un tierno infante entre sus brazos: por más que clamaba á San Ignacio no dejase morir al que era su vida, y después de mirarle muerto, aún esperaba verle vivo por la intercesión del Santo, á quien instaba con más lágrimas que palabras, que no la dejase sin el único consuelo, sin el cual no quería vivir, pues solo le había de servir la vida para llorar la muerte de su cara prenda. Ya estaba el cadáver frío, pero su devoción y confianza estaban más ardientes; puso sobre su hijo una imágen de San Ignacio, y rezó cinco veces el Padre nuestro y Ave María, y al acabar de rezar empezó el niño á vivir, con pasmo de los que se hallaron presentes. Llevóle al altar de San Ignanio en el colegio de Gandía, donde sucedió, y colgó un voto para perpétua memoria.

Leonardo Angel, napolitano devotísimo de San Ignacio, le encomendó su mujer, que tenía atravesada la criatura muerta en el vientre, para que diese feliz parto á la madre, y al hijo vida. Acabada su oración, se quedó dormido y le pareció que se hallaba en el templo de la Casa Profesa de Nápoles, y que estaba allí San Ignacio rogando á Dios diese vida al niño, para que no fuese privado de la luz eterna; y en el mismo punto salió á luz la criatura, y con sus gemidos, como si llorara su daño aún después de el remedio, despertó á su padre, para que diese gracias al Señor por los dos milagros; por el feliz parto de su madre, y por su vida, que sólo le duró un día, para lograr la celestial en las aguas de el Bautismo.

En Carpentás de Francia, mirando un Canónigo una imágen de San Ignacio, advirtió que entre muchos milagros que estaban pintados al rededor, uno era el favor que experimentan las mujeres que se encomiendan á él en peligrosos partos. Estaba á la sazón una cuñada suya con recios dolores, y á peligro de la vida; fué á su casa y díjola, que se encomendáse á San Ignacio, y esperase buen suceso. Hízolo así la mujer, y luego parió un niño, con admiración y gozo de todos; pero aguóse presto el contento, viendo que el niño estaba muerto, y tan desfigurado, que parecía un mónstruo. «No se aflijan, dijo el Canónigo, que quien ha hecho un milagro, hará dos»; y fuese con su hermano al colegio de la Compañía á hacer oración en el altar de San Ignacio; allí le pidieron que hiciese cumplido el beneficio, y como había dado la vida corporal á la madre, diese la corporal y espiritual al hijo, y rogaron á algunos Padres, que pidiesen lo mismo al Santo Patriarca. No se hizo Dios sordo á las oraciones que se le ofrecían por los méritos de su siervo; porque antes de salir de la Iglesia, avisaron al Canónigo, que el niño estaba vivo, sano y hermoso, sin saber cómo; con que dió á San Ignacio las gracias por favor tan colmado.

Estando en Granada una mujer, con dolores de parto y dolores de muerte, como ella decía con razón, porque se moría sin remedio; acudió un hombre piadoso y la dijo, que

Universidad de Deusto Biblioteca

se encomendase á San Ignacio, que era abogado en los partos; y dióla una imágen de papel del Santo. Así como la puso la mujer sobre el vientre parió un hijo muerto, que echaba de sí muy mal olor. Y aunque le arrojaron como cosa desesperada, el que había traído la imágen no cesaba de clamar: «Santo glorioso, dad vida á este niño, para que reciba el agua de el bautismo. Alcanzóle su fe y oración, porque el niño resucitó y estuvo vivo el tiempo que fué necesario para administrarle el bautismo, y luego volvió á morir para vivir eternamente.

En Trapana de Sicilia, estaba moribunda Felipa Bernabela, después de cuatro días de recísimos dolores de parto, sin poder dar á luz la criatura que estaba muerta. Hallábase presente Ana María Bagata, y sacando una medalla de San Ignacio la aplicó á la enferma, rogando á los circunstantes, que la encomendasen á San Ignacio. Y fué cosa maravillosa que en el mismo punto que tocó la medalla, la que estaba más muerta que viva, quedó sana y arrojó la criatura medio podrida, corriendo materia por varias partes de el cuerpo, y principalmente de la cabeza, donde tenía una herida. Trataban de enterrar el cadáver, por esconder el horror y mal olor que causaba; pero no lo permitió Ana María Bagata, á quien daba esperanza un milagro grande de otro mayor, y haciendo á todos hincar de rodillas, dijo á San Ignacio: «Santo mío, las grandes maravillas que habéis hecho delante de nuestros ojos, nos dan atrevimiento á pedirlas mayores, y rogaros que no seáis escaso con el hijo, pues tan liberal habéis sido con la madre; dadle la vida de el cuerpo, para que logre la de el alma. Diciendo esto, puso la medalla sobre el cadáver de el niño, y luego comenzó á moverse y abrir los ojos, y todos los presentes llorando de gozo y devoción, empezaron á dar voces: «Milagro, milagro.» En el bautismo le llamaron Ignacio, y á dos días le presentaron sano, colorado y hermoso en el Colegio de la Compañía, al Santo Patriarca.

Hallándose el Padre Diego Osorio en misión entre los indios Tepeguanes, en un pueblo que se llamaba Tizonazo,

año de mil seiscientos y cuarenta y cinco, murió un muchacho indio, de trece á catorce años, sin bautismo, para el cual se estaba disponiendo con otros de su nación, aunque con harta pereza, por la resistencia que hacía el demonio. Dieron tarde al Padre la noticia, excusándose con que no siendo cristiano el indio, no la había menester para el entierro; no obstante fué corriendo al rancho, donde estaba el difunto, llevando consigo una reliquia de San Ignacio, por la cual había hecho Dios muchas maravillas; y viendo que tenían ya abierta en el campo la sepultura y trataban de arrojarle en ella, dijo á los indios: Que por su renitencia y flojedad en disponerse para el bautismo había permitido Dios aquella desgracia; pero que confiasen, que por los méritos de San Ignacio cuya reliquia llevaba, había de dar Dios vida al muerto, para que ellos se confirmasen en la fe de lo que les predicaba y buscasen con más deseo la verdadera vida en el santo bautismo. Y luego lleno de fe tocó con la reliquia al difunto, que abrió los ojos y dió un gran sollozo y empezó á mover las manos y los pies, que tenía atados; y quitándole las ataduras, se levantó bueno y sano, y fué siguiendo al Padre con sus parientes que eran hasta siete personas, instando por el santo bautismo que al principio habían prometido recibir, si resucitaba el difunto.

Dejando otras resurrecciones de racionales, es digna de memoria la de una gallina, en que se da más á conocer el poder y piedad de San Ignacio; pues cuanto es menor el motivo, ha de ser mayor el mérito y caridad, que es toda la causa de tan rara maravilla. En Manresa se le cayó á una niña una gallina en un pozo; los vecinos, viéndola llorar la sacaron, pero ahogada; creció su llanto por el temor de el castigo, y como había oído decir que San Ignacio resucitaba los muertos, empezó á clamar: «San Ignacio, dame mi gallina viva.» Al punto se levantó viva y sana; solo que en adelante andaba sola y no quería juntarse con las demás, tratándose como gallina resucitada. Este milagro está pintado en un cuadro, sobre el pozo en la calle de Sobreroca, donde sucedió; y en aquel puesto se cantan Completas todos

los años, la víspera de San Ignacio, y los vecinos de la calle se esmeran en regocijos y fiestas; y de aquella gallina resucitada enviaron los Jurados de Manresa, tres pollos y tres pollas á la reina doña Margarita de Austria que los estimó en mucho.

CAPITULO IX

San Ignacio es abogado particular en los partos

Bastaban los casos referidos, en partos peligrosos, para acreditar el patronato que todos reconocen en San Ignacio; pero son tantos y tan contínuos los milagros con que cada día le acredita de nuevo, que un autor francés compuso un libro de sólo este argumento; y el Padre Teófilo Raynaudo escribe que no se puede decir el número de las mujeres que han salido de peligrosos partos por la intercesión de San Ignacio, porque como él se aplicó, dice, á la crianza y enseñanza de la tierna edad, le ha dado Dios particularmente esta gracia, que favorezca para que salgan á luz los niños, y después de nacidos los libre de peligros, como se experimenta frecuentemente en todo el universo mundo. Muchos años ha que escribió un autor, llegaban á cinco mil los milagros que San Ignacio había hecho en esta materia; y creo que hoy pudiera añadir sin encarecimiento, algunos millares.

Estando, año de mil seiscientos y nueve, en León de Francia, á punto de muerte una mujer por los dolores de el parto, hizo su marido esta oración: «Glorioso Ignacio, si es verdad lo que se dice que podéis tanto con Dios, dad salud á esta mujer.» Cuando él acabó de decir estar palabras parió su mujer una criatura viva, y la madre quedó sana. El mismo año, en Flandes, la mujer de Francisco de Borja que había parido muchas veces y siempre antes de tiempo, con gravísimos dolores, y los hijos muertos, prometió á San Ignacio que si salía viva la criatura que traía en el vientre, la pondría su nombre. Parió á los nueve meses con gran felicidad, un hijo vivo, á quien llamó Ignacio.

Magdalena Sau, mujer de Pedro Sau, vecinos de Mallorca, estuvo tres días en un contínuo martirio, padeciendo acerbísimos dolores, imposibilitada á parir, por estar la criatura doblada y atravesada en el vientre. Trajéronla una firma de San Ignacio, y en tocándola cobró fuerzas, y invocando á San Ignacio, parió un niño doblado, puesta la cabeza entre las piernecitas, y con ser la madre flaca y delicada, quedó sin lesión alguna, y el niño hermoso y sano. En la misma isla, estando otra mujer casi muerta, por no poder dar la criatura, cuando todos la tenían por desesperada; con la firma de San Ignacio súbitamente cobró ánimo y fortaleza, y parió un hijo sin dolor, á quien llamaron Ignacio, como debido á la intercesión de el Santo.

Vitoria Delfina, mujer de Lorenzo Altieri, madre de el Papa Clemente Décimo, estando ya moribunda, por la excesiva copia de sangre que había echado y diversos accidentes que había padecido; con una imágen de San Ignacio que la trajo un Padre de la Compañía que había venido á ayudarla á bien morir, y las oraciones que hacían los Padres de Roma al Santo, por las muchas obligaciones que reconocían á la casa Altieri, parió un niño muerto y muy presto estuvo buena y no sintió los accidentes que solía, después de los otros partos. Marsilio Cagnati y Angelo Vitorii, célebres médicos, dieron testimonio de el milagro, y ella reconoció toda la vida, que la debía á San Ignacio, y así gastaba muchas horas en oración al sepulcro de el Santo. Orintia Casali, en Roma, teniendo muerta la criatura en el vientre y estando ella al mismo riesgo, por no tener fuerza para arrojarla, con sólo tocarla una firma de San Ignacio, arrojó la criatura y quedó sana. En Recanati, la mujer de Pompeyo Giorgi, estando preñada de nueve meses, echó tanta sangre, que quedó casi privada de sentido; encomendóse á San Ignacio y cobró fuerzas y se restañó la sangre. Viniendo después los dolores de el parto y no pudiendo dar la criatura, se encomendó á San Ignacio, y pa-

rió sin dolor un niño muerto, quedando ella sana y buena. Esta misma mujer que se llamaba Leocadia, después de cinco meses de grave enfermedad y agudos dolores y accidentes, con solo tocar un pedazo de vestidura de el Santo, quedó libre de todos sus males.

Una honrada matrona llegó al último trance en un recio parto, esperando los cirujanos su muerte para abrirla y que no pereciese la criatura; trajeron á este tiempo una reliquia de San Ignacio, pusiéronla sobre el pecho de la moribunda que estaba ya sin sentido agonizando, y en el mismo punto parió un niño que vivió el tiempo que fué menester para recibir el bautismo, y la madre resucitó como de muerte á vida, y quedó sana, y con enteras fuerzas. En las Islas Filipinas llamaron á Diego López de Tabera, Cura y beneficiado de Bacon, para dar todos los sacramentos á María Dimaytan, que entre acerbísimos dolores de parto, padecidos por dos días contínuos, se estaba muriendo; encontró en el camino un estudiante, su conocido, que entendiendo á lo que iba, le dió una estampa de San Ignacio, diciéndole que la aplicase á la mujer, porque el Santo era abogado en semejantes peligros. Cuando el Cura llegó, encontróla sin sentido y no pudo sacarla palabra ni seña para la confesión. Valióse de la imágen que llevaba, aplicósela y luego recibió el sentido, y pariendo un hijo vivo y sano, á quien llamaron Ignacio, ella quedó buena y agradecida al Santo Patriarca.

En Lepui de Francia, una mujer preñada había padecido tres meses un flujo de sangre, y los médicos después que experimentaron inútiles todos los remedios, la mandaron recibir los sacramentos y disponerse para morir. Fué un religioso de la Compañía á confesarla y exhortóla á que se encomendase á San Ignacio, y trayendo un libro de la Vida de el Santo que tenía el marido en su casa, se le aplicaron al pecho y al punto parió una criatura, muerta cuatro ó cinco días antes, podrida ya y de muy mal olor, quedando la madre fuerte y robusta, testificando ella que en ningún parto había sentido tanta felicidad, y los médicos juraron

que sólo por virtud divina podía vivir con tal parto, y menos sanar tan de improviso. En Ebesperga de Alemania, otra mujer en semejante lance, y igual ó mayor peligro, parió felizmente un niño, aplicándole las Reglas de la Compañía por no haber otra reliquia de San Ignacio; milagro que se obró para nosotros, pues si tuvieron las Reglas virtud para dar con el contacto vida corporal al hijo y á la madre ¿cuánta virtud tendrán para dar la espiritual con la observancia á los hijos de tan gran Padre?

Agonizaba en la isla de Tenerife una mujer por los dolores de parto, y sintiendo el repique de una fiesta que se hacía á San Ignacio, no sabiendo ella á quién se celebraba, empezó á decir: «Santo de la fiesta, ayúdadme en este peligro.» Sentía alivio repitiendo estas palabras, pero no salía del riesgo. Entró un conocido y díjola, que la fiesta era á San Ignacio. Entonces con mayor confianza empezó á clamar: «San Ignacio, ten piedad de mí;» y al mismo punto parió un niño, á quien puso por nombre Ignacio. Encomendándose al Santo una matrona, cercana al parto que temía mucho, se le apareció y la dijo: «Ten buen ánimo, hija, que la Compañía de Jesús ora por tí.» Y después parió felizmente un hijo, á quien llamó Ignacio.

Entre los contínuos milagros que en los partos obra la imágen de Guadiana, de que hablamos arriba, merecen escribirse dos, maravillosos, uno por las circunstancias, y temeroso el otro por el castigo. Una mujer de mala vida llegando el tiempo de el parto, se vió en peligro de perder la vida temporal y la eterna; envió por la lámina de San Ignacio, y tomándola en la mano, dijo: «Santo mío, si me sacáis de este riesgo, yo prometo vivir castamente; y si no lo cumpliere y me hiciere preñada, reviente con la criatura.» Al punto parió con felicidad; pero olvidada de la promesa y llevada de la costumbre y el interés, dos cadenas que se rompen dificultosamente, volvió á verse en el mismo riesgo, y pidió, como primero, la lámina de San Ignacio; mas al entrar por el aposento, reventó á su vista la miserable mujer, con admiración y espanto de los presentes,

viendo arrojar rayos de Elías al fuego benigno de San Ignacio, para celar la honra de Dios, escarmentando á muchos en la cabeza de uno.

Doña Juana de Lugo, mujer principal de la misma ciudad, se vió en el parto á peligro de muerte, por haberse atravesado la criatura; trajeron la imágen de San Ignacio y ella prometió llamar de su nombre lo que naciese, y luego parió un niño sin dificultad. El marido había ofrecido, si le naciese niño, llamarle José, porque era muy devoto de el Santo y quería ponerle este nombre; la madre alegaba en favor de su promesa el riesgo de que la había librado San Ignacio; y en tan piadoso pleito, en que ambas partes tenían razón, se concordaron en determinarlo por suertes, y doce veces que se echaron las cédulas, siempre salió San Ignacio. Los criados, sabiendo las suertes que echaban sus amos, hicieron lo mismo; y todas las veces que repitieron las suertes, salió el nombre de Ignacio, cediendo esta vez la honra el Esposo de MARIA al imitador de Jesús.

Al fin, con cualquiera reliquia de San Ignacio, con prometer poner su nombre, con sola la invocación, se ven tantas maravillas, que me atrevo á preguntar, sin temer el dasaire de la respuesta: ¿Qué mujer ha invocado á San Ignacio en el riesgo de el parto, que no le haya encontrado propicio? De aquí nace los muchos que tienen el nombre de Ignacio, ó por deuda de la promesa, ó por agradecimiento de la dádiva. Y el Venerable Padre Bernardino Realino, rogado de algunas personas, que pidiese larga vida para sus infantes, les decía, que para conseguirlo los pusiesen el nombre de Ignacio. Y si son tantas las mujeres que han dado felizmente á luz los hijos que Dios les había concedido, no son pocas las que han conseguido por su intercesión el fruto que deseaban, á pesar de la esterilidad ó de los años. Siete años había estado casada y desconsolada una mujer por no tener hijos, multiplicando novenas y oraciones á diversos Santos de su devoción, sin ser oída; pidiólos á San Ignacio y luego consiguió el logro de su deseo.

Háse desempeñado la tierna edad de los niños de lo que deben á su Patrón, celebrando con maravillosas demostraciones su gloria. El año de mil seiscientos y nueve, publicándose en Callér de Cerdeña la beatificación de San Ignacio; dijo una niña de pocos meses, la víspera de el Santo: «Mañana es el día de el Bienaventurado Ignacio.» Y admirados los circunstantes de tan singular prodigio, se lo preguntaron, y respondió las mismas palabras. Una piadosa contienda hubo entre dos casados, sobre cómo se había de llamar un niño; el padre quería que se llamase Irineo, por estar en su ciudad las reliquias de este Santo; la madre, que se llamase Ignacio, por la devoción que tenía al Santo Patriarca; conviniéronse en que tuviese los dos nombres; pero de la concordia nació nueva discordia, porque la madre le llamaba Ignacio Irineo, y mandaba á los criados que así le llamasen, el padre Irineo Ignacio, y quería que su familia le nombrase así. Un día que vió á su mujer más empeñada, dijo por chanza: «Preguntaremos al niño cómo se quiere llamar, y sentencie él este pleito». Admitió la madre sériamente el partido; y tomando el padre en los brazos al niño, que tenía sólo tres meses, le preguntó riyéndose: «Hijo, ¿cómo te quieres llamar?» Y el niño respondió distintamente: «Ignacio.» Y así le llamaron en adelante, admirados de el prodigio con que Dios, que saca sus más perfectas alabanzas de la boca de los infantes y que toman el pecho, quiere sacar de la misma las mejores alabanzas de su siervo.

CAPITULO X

Poder de San Ignacio sobre los demonios

Aquel maravilloso imperio, como le llama el Breviario Romano, que ejercitó San Ignacio en vida sobre los demonios, se ha hecho más maravilloso después de su muerte con la continuación y grandeza de las maravillas. A Jacoba de Prado, doncella virtuosa de Sena, atormentaron,

por divina permisión, doce años los demonios, apareciéndole en espantosas figuras, y azotándola y maltratándola con un prolijo martirio, sin hallar consuelo á tan grande aflicción. Diéronla una imágen de San Ignacio, y desde que la trajo consigo perdieron la fuerza los tiranos crueles; aparecíansele, procurando espantarla con gritos y amenazas, y la decían: «Ese es nuestro enemigo, arroja su imágen:» pero no se atrevían á llegar. Como ella vió quebrantados los bríos de sus enemigos, cobró ánimo, y mostrándoles la imágen, hacía burla de ellos y los provocaba, diciendo: «Venid, que aquí estoy, ¿qué os detiene?» A que ellos respondían bramando, como quien deseaba vengarse y no podía: «Arroja esa imágen, que no podemos ver cosa tan mala.» Vino á la doncella una mala curiosidad de experimentar, si era la imágen el escudo que la defendía; apartóla de sí, y al punto lo pagó, porque viniendo de tropel una caterva de demonios la apalearon con tanta crueldad, que quedó como muerta. En volviendo en sí, conoció su yerro; armóse de la imágen de San Ignacio, y no volvieron los demonios, hasta que pasados muchos días, asegurándose de los enemigos, con poca cautela se quitó la imágen; y ellos, que estaban á la mira, viéndola desarmada, la acometieron y trataron como antes. Escarmentada á costa de tantas experiencias, trajo consigo siempre la imágen, y nunca más padeció molestia de las huestes infernales.

En Arlés de Francia conjuraban á una mujer endemoniada diez años había; acertó á hallarse presente un religioso de la Compañía, y echóla al cuello un relicario, en que había unos cabellos de San Ignacio, sin decir á nadie qué reliquia era. Empezó el demonio á clamar: «Que me quemo, que me abraso y reviento de dolor.» Preguntándole el Padre la causa ¿por qué se quejaba? respondió: «Hay cabellos de aquél.» Y preguntado quién era aquél, dijo: «Tu Padre.» Y apretándole de nuevo que dijese el nombre, respondió: «El Bienaventurado Ignacio, por sobrenombre Loyola.» Con esto empezó el exorcista á decir: *Impero tibi per merita Beati Ignatii, etc.* Y cada vez que repetía

estas palabras, hacía la mujer grandes extremos y quedaba como muerta; y volviendo en sí se hincaba de rodillas; y preguntándole ¿por qué hacía esto? respondía: «Por que no se acrecienten mis penas y tormentos, menospreciando á Ignacio, que es entre todos los Santos para mí el más formidable.»

Cuanto lo sea para los demonios declaró uno, en Roma, el año de mil quinientos noventa y siete. Entró acaso el Padre Juan Bautista Perusio á hacer oración en una iglesia de Roma, donde estaban conjurando una endemoniada, y al punto se lamentó con un gran quejido el demonio, diciendo: «Aquel Padre me quema con lo que trae consigo.» Y obligándole con los exorcismos á que declarase lo que el Padre traía, dijo: «La reliquia, que aquel sacerdote trae en el pecho es de el Bienaventurado Ignacio, gran siervo de Dios y Fundador de la Compañía. Es gran Santo en el cielo, no es conocido, mas presto será canonizado.» De esta manera hizo Dios en este, y otros casos, que el demonio, á su pesar, fuese testigo para la canonización de San Ignacio. Llevaba dicho Padre una reliquia de San Ignacio, con otras de diversos Santos, en un relicario pendiente al pecho; y con esta ocasión la echó al cuello de la endemoniada, y diciendo el demonio: «La reliquia deste Padre me quema,» salió de el cuerpo que poseía.

Un mozo á quien el demonio atormentaba con visiones espantosas, especialmente cuando estaba confesando, interponiéndose entre él y el confesor; después de haberle dado éste muchos medios espirituales de varias devociones; como el demonio no cesase de molestarle, le dió por último remedio que se encomendase á San Ignacio, y le señaló para cada día cierto número de oraciones, y dióle una medalla de el Santo. Apenas empezó su devoción, cuando se desvanecieron aquellas ilusiones de el demonio, y nunca más sintió las molestias de el enemigo.

En Viena de Austria estaban avecindados en una misma casa muchos católicos y herejes; era molestada de duendes que les hacían muchas burlas, ya pesadas, ya gra-

Universidad de Deusto Biblioteca

ciosas, apareciéndose algunas veces en figura humana, que luego se desvanecía en humo: quien más padeció fué un hijo de un predicante hereje, á quien tiró un demonio, de las orejas tan fuertemente, que se las dejó hinchadas y lastimadas. Los católicos se armaban con el *Agnus Dei*, y el agua bendita, mas aunque libraban las personas, no libertaban la casa. Supo lo que pasaba un religioso de la Compañía, dióles una imágen de San Ignacio, que pusieron en la sala principal que era la más infestada, y desde aquel día huyeron los huéspedes y no volvieron más, confesando hasta los mismos herejes, que la imágen de San Ignacio había desterrado á los demonios de aquella casa. En Ancona se aposentó otro ejército de duendes en casa de un maestro de escuela, llamado Leopardo; puso una imágen de San Ignacio en su aposento, y no volvieron á entrar en él, pero en las otras piezas de la casa hacían grande estruendo, abriendo y cerrando las puertas con violencia, tocando cajas de guerra y las otras burlas que acostumbran; como sabía el remedio, puso imágenes de San Ignacio en todas las piezas de la casa, y con eso las desampararon todas.

Once años había atormentado en Mallorca á Catalina de Roca un demonio tan cruel, que la hacía dar con la cabeza en las paredes; unas veces la levantaba en el aire, otras la cosía con la tierra, de manera que muchos hombres robustos no la podían levantar; ladraba como perro, gruñía como puerco, y hacía otros ademanes, de quien, habiendo perdido por su soberbia la gloria de angel, se contenta con la figura de bestia. Quedaba muchas veces la pobre sin sentido y padecía sin remedio, porque habiendo probado los conjuros de la Iglesia, no salía el enemigo, reservando Dios esta victoria para su siervo Ignacio, cuya firma puso sobre ella un buen sacerdote, llamado Juan Pí; y aunque el demonio procuró resistir, hubo de ceder á la virtud de Dios, y dejar la mujer que vivió lo restante de su vida en gran virtud y recogimiento. En Alguer de Cerdeña dejaron seis demonios á una mujer, á quien habían poseído muchos años, con solo tocarla una reliquia de San Ignacio;

no habiendo cedido en tan poco tiempo á muchos conjuros y devociones. Sabido es el caso de la Princesa de Mirándula, atormentada por largo tiempo de una multitud de demonios, y libre por las reliquias y invocación de San Ignacio.

Célebre fué el triunfo que alcanzó en Huete San Ignacio, de los infernales espíritus. Una madre, llevada de la ira, encomendó su hija á tres demonios; detestable costumbre de padres imprudentes, como si fuera medio de corregir á los hijos, encomendarlos al diablo que procura pervertir á todos. Luego se entraron los demonios en ella y presto dieron señas evidentes de su estancia. Lleváronla á conjurar al Colegio de la Compañía, y aplicando la firma de San Ignacio, sentían gravísimo tormento, y prometieron salir dentro de un mes, dando por fiadores á San Ignacio y San Francisco Javier. Pasado el mes trajeron la doncella á la Iglesia, y salieron, al parecer, los demonios diciendo que salían por virtud de San Ignacio. Mas después de algún tiempo volvieron á su antigua morada, y apretándolos el exorcista, cómo habían faltado á su palabra, respondieron, que por haber hablado con uno solo, salió ese por virtud de San Ignacio, mas que los dos habían vuelto, dándose por desobligados de la palabra que había dado su compañero; pero que saldrían por virtud de San Francisco Javier. Segunda y tercera vez volvieron á la doncella; hasta que un día confesaron que ya no podían resistir, porque los echaba San Ignacio y San Franciso Javier. Miraron primero sus imágenes temblando y después las besaron los pies, afirmando que estaban presentes los dos Santos, cercados de resplandores de gloria; y con tardío arrepentimiento se lamentaba uno: «¡Ah, que pude ser semejante á vosotros en la gloria!» Y la mujer decía: «¡Oh, qué luz, qué claridad tan grande! No puedo alzar los ojos á mirar los Santos; su misma claridad me ciega. ¡Oh Santos, oh resplandor grande!» Con esto la dejaron, y ella libre y restituída á la entera salud de el cuerpo que había padecido mucho en el hospedaje de tan fieros tiranos,

Universidad de Deusto Biblioteca

quedó más deseosa de su salvación y muy devota de sus libertadores.

Pero más insigne victoria que nos excusa de contar muchas, alcanzó en la ciudad de Módena San Ignacio. Cuatro hermanas, una casada y tres doncellas, nobles y virtuosas, fueron atormentadas muchos años de una legión de demonios que no menos afligían las almas que los cuerpos, con las penas que sabe inventar su malicia y el odio que tienen á los mortales capaces de gozar la felicidad que ellos perdieron; antes confesaban que todas sus máquinas se ordenaban á que perdiesen la castidad; y así, entre los golpes y azotes con que las martirizaban, llenaban de incentivos su carne, de feas representaciones su mente y aún su boca de palabras inmundas, que las hacían decir á pesar de la modestia. Pero ¿qué puede todo el infierno contra una voluntad fija en Dios? Pudieron los demonios atormentarlas, pero no vencerlas, para que desdijesen de la pureza que profesaban. Visitaron muchas veces la Cámara Angelical de Loreto, usaron muchas devociones, valiéronse de la intercesión y reliquias de diversos santos, pidieron á muchos varones religiosos oraciones y sacrificios, fuera de los frecuentes exorcismos de la Iglesia; y no quiso el Señor mandar á los espíritus infernales que saliesen. Fué un día á su casa el Padre Jerónimo Bondinari, su confesor, mientras las estaban conjurando; y sin que nadie lo viese, fijó en la pieza una imágen de papel de San Ignacio. Y luego empezaron los demonios á dar horrendas voces diciendo: «Aquella imágen es de San Ignacio, fundador de la Compañía, de la cual somos gravemente atormentados.» Y con rabiosa ira baldonaban al Santo, llamándole pelado, cojo y bizco. Y preguntados ¿por qué le llamaban así? Respondieron porque era calvo y no tenía mucha barba, y tenía las piernas desiguales y la una quebrada, y le llamamos bizco, por haber estado á peligro de perder la vista por la mucha abundancia de lágrimas. Y lamentábanse amargamente, porque había venido de lo último de España á perseguirlos en Italia y que no los dejaba vivo ni muerto. Mas presto pagaron la burla que habían

hecho de el Santo, saliendo muchos de los principales de la una de las hermanas, confesando el poder grande que el Santo tenía sobre ellos. Con tan buen principio cobraron ánimo las afligidas mujeres, y trayendo el Padre Agustín Vivaldo una reliquia de el Santo y poniéndola de secreto en el aposento, luego la descubrieron los demonios, publicando de quién era y que poco antes la habían traído de Roma, como era verdad; y que por su intercesión habían de ser echados todos, porque Dios le quería glorificar en el mundo. Un demonio más arrogante, blasfemando de San Ignacio, se hacía fuerte y decía que no había de salir; pero vióse obligado, diciendo que aquel pedacito de hueso le abrasaba, y para satisfacer á las injurias que le había dicho, le llamó tres veces santo, diciendo: «San Ignacio, San Ignacio, San Ignacio me echa por su humildad y paciencia, y la devoción que tuvo á la Santísima Virgen.» Otros demonios, por quitar la gloria al Santo, decían que eran expelidos por otros santos, con quien las hermanas tenían devoción; pero en el punto de salir confesaban que San Ignacio los echaba, y que de él sólo se quería servir Dios en esta ocasión. Algunos volvían contra Lucifer, y le decían: «¿Dónde está tu poder, oh Lucifer, pues un pedazo de papel con la figura de este clérigo nos echa, sin que lo puedas resistir?» Algunas veces al conjurarlos, decían: «No nos partiremos, sino es invocando á San Ignacio, porque Dios así lo quiere.» Y en diciendo el sacerdote: *Impero tibi per merita B. Ignatii*, salían con grande rabia y furor. Solían repetir algunas veces con despecho: «Ay, ay, Dios, cómo nos privas de la gloria por darla á este clérigo cojo y bizco.» Leían las hermanas la vida del Santo, leyendo algún capítulo ó poniendo el libro sobre la cabeza ó sobre el pecho, eran compelidos á partirse los malos espíritus. Dos meses duró la batalla, porque quiso Dios hacer más pública la victoria y entonces acabaron de salir. Concedió el Señor á todas las cuatro hermanas grandes favores, en premio de la constancia con que habían perseverado en la castidad entre tantos combates; especialmente á una que se llamaba Luisa, la dió un alto

don de oración, y murió después de cinco años, la vigilia de San Ignacio; y si se ha de creer á un demonio que lo dijo, la introdujo el Santo en el cielo como á hija querida. La más moza, por nombre Livia, después de dos años volvió á estar otra vez endemoniada, porque así la convenía, y los mismos demonios confesaron, que San Ignacio no quería que tuviese paz, pero solamente la atormentaban en casa; porque el Santo, como ellos decían, quería, que en la Iglesia pudiese gozar con quietud de los sacramentos y de la palabra de Dios. En casa tenía un remedio muy eficaz, porque una niña de pocos años cuando la veía más enfurecida, hacía la señal de la Cruz, y mandaba al demonio en nombre de San Ignacio, que se quietase, y luego obedecía; y cogiendo á Livia de el vestido, la llevaba donde quería, riéndose otro demonio y diciendo, que una hormiga tiraba de un elefante; aunque el soberbio espíritu se excusaba, diciendo que no cedía á la niña, sino á su angel custodio, y en él á San Ignacio que le enviaba. Salieron al fin los demonios de esta doncella, y muchos publicaban que los echaba el grande Arcángel de San Ignacio. Y confirma lo que se decía en vida de el Santo, que Dios le había dado por guarda un Arcángel, y preguntándoselo familiarmente el Padre Diego Laynez, se puso colorado y no respondió palabra; que en su humildad no negarlo, fué tanto como concederlo. La doncella vió muchas veces á San Ignacio delante de sí, que con un azote de fuego hería los demonios, que no pudiéndole sufrir se partían temerosos y avergonzados.

CAPITULO XI

Patrocinio de San Ignacio contra las tentaciones deshonestas

Algunos llaman á San Ignacio protector y abogado especial de la castidad; y con razón, porque fuera de serenar en vida muchas veces á los tentados, como dijimos, con sólo mirarlos, después de su muerte, son muchísimos los que han alcanzado por su intercesión victoria en tan peligrosa

batalla, apagándose en su carne grandes incendios, y en su alma terribles borrascas; concediendo Dios, no sin proporción, al que es fuego celestial, que apague el de la concupiscencia en que se abrasa grande parte de el mundo.

En Callér de Cerdeña, consagró con voto su virginidad á Dios una honesta doncella, y el demonio, que aborrece particularmente las almas puras y castas porque son templo y trono de el Espíritu Santo, la hizo cruel guerra por espacio de dos años. Aparecíasele muchas veces en figura de perro; otras de animal inmundo, otras de un mancebo gallardo, que decía en su presencia cosas torpes y hacía acciones dignas de sus palabras, poniéndola en manifiesto riesgo de perderse. Mostróle una vez un ejército de mujeres de su misma edad y profesión, que cansadas de la lucha habían entregado las armas y sujetádose á su enemigo, y exhortábala á hacer luego lo que había de hacer después, pues no podía largo tiempo resistir á los combates. Vencía ella los asaltos de el demonio con el nombre de Jesús, con la frecuencia de los santos sacramentos, y con pedir consejo al Padre espiritual; mas aun allí no la dejaba, amenazándola con la muerte si daba cuenta á su confesor. Este la aconsejó un día, que se valiese de la intercesión de San Ignacio; hízolo ella: pidió al Santo, que la librase de aquel molesto y peligroso martirio y la alcanzase rocío de el cielo para extinguir los incentivos de la sensualidad. Hizo voto de ayunar un día cada semana á honra suya y rezar en él treinta y cinco veces el Padre nuestro y Ave María, por los treinta y cinco años que vivió el Santo después de su conversión. En el mismo punto sintió en su corazón una luz y dulzura grande, prenda de que el Señor la había oído; y desde entonces ató Dios las manos al demonio, y sosegó los movimientos de la carne, gozando lo restante de su vida de una perfecta paz, no molestándola los enemigos de fuera ni los de dentro.

Solicitado un mancebo de una mujer lasciva, señalaron la hora y el lugar; pero antes de ir, entró el mancebo en un templo de la Compañía á rezar en el altar de San Ignacio algunas oraciones que acostumbraba. En comenzando á re-

zar, comenzó á mudarse su corazón; primero dudó si iría, después temeroso de la ira de Dios quería dejar la culpa, pero la carne tiraba coces contra la razón, y no acababa de sujetarse al espíritu. Pidió al sacristán que le diese un poco de agua en que se hubiese bañado la reliquia de San Ignacio, por lo que había oído de la virtud de esta agua para sanar enfermedades espirituales y corporales; y en bebiendo se apagó aquella llama que le abrasaba, y quedó su alma limpia de pensamientos impuros, y con tan firme resolución de no ofender á Dios, que le pareció podía ir sin temeridad, ni riesgo á reprender á la mujercilla, como lo hizo, sin moverse con su vista más que si fuera de piedra. Uno que había de hacer espaldas á la culpa, admirado de la mudanza de el mancebo, y sabiendo que el agua de la reliquia de San Ignacio había causado aquel efecto, la bebió, y quedó limpio de unas calenturas que le afligían.

Semejante efecto causó el agua de San Ignacio en otro tentado. Había hecho entrega de su alma al demonio, no sé con qué ocasión, por una cédula firmada de su mano: arrepintióse, fué á un sacerdote que le aconsejó acudiese al altar de San Ignacio que era poderosísimo contra los demonios; hízolo, y fué libre de los asaltos de el enemigo. Mas procurando éste recobrar por el vicio deshonesto el alma que había perdido por la revocación de su entrega, le tentó fuertemente; y él, acostumbrado á ser vencido, se dejó vencer y consintió en un pensamiento incestuoso. Antes de llegar al lugar señalado, acordándose de el beneficio que le había hecho San Ignacio, temió desagradar á quien tanto debía; y sabiendo por esperiencia las maravillas que obraba el agua en que se bañaban sus reliquias, la bebió, y al punto se trocaron sus pensamientos, y hizo propósito firmísimo de no ofender á Dios.

En Ipren de Flandes, año de mil seiscientos y once, un hombre piadoso, que había empleado su vida en santos ejercicios, y frecuencia de sacramentos, deseoso de agrada más al Señor, hizo voto de castidad. Sintiólo el demonio, y dábale contínuas baterías con feas representaciones. Afligido el buen hombre, no sabiendo qué hacerse, acudió á San Ignacio para que le librase de tan contínua y peligrosa batalla. Aparecióle el Santo en sueños, y borró de su alma todas aquellas feas representaciones, y de su carne todos los movimientos sensuales; viviendo después en una perpétua paz, no acabando de agradecer á su bienhechor tan grande beneficio.

Procuró una caterva de inmundos espíritus combatir la castidad de una doncella llamada Ulna, hija de Graciano Gelasio, vecino de Sena, que en honestidad y recato servía á Dios con ejemplo de la ciudad. Resistía ella á todas sus artes y trazas, que fueron muchas y raras, con ánimo varonil, de lo cual ofendidos la azotaron una vez cruelmente, dejando el cuerpo molido y quebrantado y lleno de cardenales que le servían de esmaltes de su pureza y prendas de el martirio que por la castidad padecía de aquellos infernales verdugos. Valióse de la intercesión de San Ignacio, y púsose al pecho una imágen suya, y desde entonces desaparecieron los malignos espíritus, y no la molestaron más.

Semejantes molestias padecía de el demonio otra doncella; dióla su confesor una carta de San Ignacio, con la cual se armaba contra los combates de el enemigo que ya no osaba acometerla, aunque no dejaba de molestarla. Aparecióse una noche enmedio de un globo de fuego, ardiendo en vivas llamas; arrojóle ella la carta de San Ignacio, y como si la arrojara un rayo de el cielo, dando un estallido y haciendo pedazos la ventana, se salió huyendo de el aposento, y nunca más volvió. Y aunque por algunos días se avivó la batalla de los pensamientos, como el demonio la había amenazado en venganza de su oprobio; con la intercesión de San Ignacio salió con victoria de todos.

Consagró á Dios su virginidad una doncella, con deseo de agradar al Celestial Esposo. Molestábanla sus padres para que tomase esposo terreno, y no pudiendo ella verse libre de estas domésticas y contínuas importunaciones, pidió encarecidamente á San Ignacio en su día y en su capi-

lla, después de haber confesado y comulgado, que si convenía para mayor gloria de Dios, la sacase de este mundo, porque no perdiese la castidad que había votado, ni el esposo que había escogido. Oyóla el Santo, y aquel mismo día la dió una grave enfermebad de que en pocos días murió, con gran paz y consuelo de su espíritu. Las galas que se hallaron en su cofre después de su muerte, fueron disciplinas bañadas en sangre, y dos jaquetas de cilicio, el uno de ellos asperísimo, que se vestía las vísperas de las principales fiestas para celebrarlas con mayor devoción: galas todas muy propias de la castidad, con que se conserva y adorna mejor que la belleza corruptible con los vestidos ricos y joyas preciosas.

Cierto Arzobispo en Italia, viéndose molestado de pensamientos deshonestos, con peligro de caída, hincándose de rodillas, invocó el nombre de San Ignacio, y luego cesaron aquellas imaginaciones. Volvieron dentro de un año, puso á la cabecera de su cama una imágen de el Santo y apartó de sí totalmente aquella peligrosa guerra. Otro mancebo flaco, pero deseoso de la pureza, después de otros remedios que salieron ineficaces, puso también á la cabecera de su cama una imágen de San Ignacio, y la rezó tres veces el Padre nuestro y Ave María; y después de cuatro meses confesó, que en todo aquel tiempo no había sentido tentación alguna, más que si no fuera de carne. En Manresa se libró mucho tiempo de las tentaciones deshonestas un hombre notablemente afligido de ellas, con visitar la cueva donde el Santo hizo penitencia.

En una ciudad de el reino de Valencia vivía un estudiante, tan pobre de bienes de fortuna como rico de misericordia, porque socorría los necesitados con todo lo que alcanzaba su posibilidad. Era combatido de tentaciones deshonestas, tan porfiadas y contínuas, que no le concedían un instante de tregua; y como la castidad y caridad son tan buenas hermanas y compañeras, sentía mucho el que tenía la una, verse en perpétuo riesgo de perder la otra. Vino á hacer Misión á aquella ciudad el Venerable Padre

Jerónimo López, bien conocido por las innumerables almas que en cuarenta años de Misiones apostólicas ganó á la penitencia; buscóle el estudiante, comunicóle su aflicción, y él le dió por remedio la devoción de San Ignacio y una medalla de el Santo, que trajese siempre consigo, como escudo contra todos los asaltos de el enemigo. Apenas se puso la medalla, cuando cesó la borrasca en el alma y en el cuerpo y sucedió una suma tranquilidad y paz, sin memoria de batallas ni de enemigos. Una noche, habiéndose herido algo la carne con la cadenilla de que la traía pendiente al cuello, apartó de sí la medalla, y en el mismo punto sintió la guerra que antes, que cesó luego volviéndosela á poner con grande priesa. Lo mismo sucedió otras veces que se la quitó por inadvertencia; pero el riesgo le hacía volverse á armar con presteza, con que hizo propósito de no apartarla jamás de sí. Mas no juzgó inconveniente apartarla por breve tiempo, para adornarla y mostrar más la estimación que hacía de ella; entrególa á un platero para que la dorase, mas presto sintió tal batería de tentaciones, que volvió en busca de el platero para que le restituyese su medalla; y recobrándola, recobró su paz, y nunca más con pretexto alguno quiso desnudar el arma en que consistía su seguridad.

Por no manchar el papel ni la imaginación de los lectores, dejo de contar casos de mujeres que, habiendo tenido trato detestable con el demonio, rompieron lazos que parecían indisolubles, por la intercesión de San Ignacio, como también las circunstancias de otros, aunque aumentaran la maravilla; por dar sin espinas la rosa de la castidad que tanto cultiva desde el cielo San Ignacio. Y no cuida menos de preservar de el riesgo que de sacar de él, especialmente á sus hijos. Una hechicera, convertida á Dios, confesó que ella con otras hechiceras impúdicas se hicieron llevar por los demonios al Colegio de Palermo, año de mil quinientos y setenta y cuatro, para provocar á los religiosos á deshonestidad; pero fueron detenidas de San Ignacio, que apareciéndose lleno de resplandor, las embarazó que armasen el lazo que pretendían.

No sólo cela la castidad en sus hijos, mas en todos los lugares consagrados á su culto, como vimos en la cueva de Manresa y en la casa de Loyola; pero en esta hizo otra mayor demostración de lo que aborrece el vicio contrario. En tiempo que se permitía en la octava de San Ignacio asistir de noche gente en la capilla por donde se entra á la capilla principal de el santuario de Loyola; dos personas que quisieron ofender á Dios en la capillita, vieron una imagen de San Ignacio que allí había, arrojar rayos de fuego; de que atemorizados, creyendo que venía sobre ellos la ira de Dios, no sólo desistieron de su intento, mas quedaron helados é inmobles, hasta que pidiendo al Señor misericordia y al Santo perdón, pudieron salir de la capillita á confesar su delito, como lo hicieron con muchas lágrimas con el Padre Diego de Gamboa, sujeto de grande virtud y estimación en su Provincia de Castilla, que después encargaba mucho la veneración de esta imagen por ser milagrosa. Hoy está colocada en la capilla principal, y adornada curiosamente por el Padre Pedro Jerónimo de Córdoba, cuya singular devoción y amor á su santo Padre, emplea todos sus cuidados y desvelos en el mayor acrecentamiento y culto de la santa casa de Loyola.

CAPITULO XII

Es San Ignacio médico de todas las enfermedades espirituales y corporales

Agravio hacemos á la gloria de San Ignacio llamándole abogado de esta ó aquella necesidad particular, porque no hay ninguna de que no lo sea; y como su celo le multiplicó en la tierra, haciéndole todo á todos los pecadores para ganarlos á todos; su caridad le ha multiplicado en el cielo, haciéndole todo á todos los necesitados para favorecerlos en cualquiera aflicción que padezcan en el alma y en el cuerpo; de que hay repetidas experiencias antiguas y modernas, porque no hay enfermedad que no haya curado

muchas veces, ni tentación de que no haya librado á los que le invocan.

Angela Subiza, en Gandía, estando totalmente ciega, ofreciendo una novena á San Ignacio, al tercer día se halló con vista. A José Valeriano, en Adria, habiendo cegado de un ojo, encomendándose á San Ignacio le dió vista clara. Habiéndosele saltado un ojo á un indio, herido con un palo, poniendo una imagen de San Ignacio sobre la cabeza y rezando un Padre nuestro y Ave María, al tercer día halló en su lugar el ojo perdido. Estando ciega Juana Teresa, monja de Santa Francisca, y tan enferma de otros males, que recibió la Extrema Unción para morir; poniéndola al cuello una reliquia de San Ignacio, amaneció el día siguiente con vista y perfecta salud; de manera, que se levantó y trabajó como las otras hermanas.

El año de mil seiscientos y nueve, en que se publicó en el Potosí la beatificación de San Ignacio, viéndose Cristóbal Martínez de Paredes tan tullido, que para moverse necesitaba de dos muletas, dijo á San Ignacio: «¿Es posible, Santo mío, que cuando todos corren y saltan de placer en vuestra fiesta, tenga yo de estar así impedido?» Apenas acabó esta oración, cuando sintiendo fuerza en los pies, arrojó las muletas y pudo andar como todos y hacer más regocijada la fiesta con el milagro. En Viena de Austria, se le quebró á un caballero una pierna, y se hizo una postema mortal, de que, dándole por incurable, se confesó para morir. Hizo voto á San Ignacio de ir á Roma á visitar su sepulcro y llevar un cirio que ardiese en su altar; y luego conoció que el Santo le había oído, y dijo: «Gracias á Dios que ya estoy sano; yo cumpliré la promesa.» Aquel día sintió grandes fuerzas y el siguiente andaba por su pie bueno y sano. A Josefa de Borja, vecina de Gandía, le dió un mal en la rodilla, de que estuvo sin poderse mover un mes con gravísimos dolores; encomendóse á San Ignacio una noche y luego se quedó dormida, y vió al Santo, que la dijo: «Hija, vengo á curarte.» Y tocándola con su mano la dejó tan sana, que en amaneciendo se levantó de la cama y

Universidad de Deusto Biblioteca

fué á la iglesia de la Compañía á dar las gracias al Santo.

Entre los milagros con que ha querido el Señor honrar el santuario de Loyola, hay dos singulares en esta materia. Un muchacho, natural de Azcoitia, por haberse baldado, le llevaron al hospital, donde estuvo en una cama siete años sin poderse levantar; cuidando de su sustento el Padre Diego de Gamboa, de quien hicimos antes mención, que también cuidó le enseñasen á leer y ayudar á misa los niños de la escuela de Azcoitia, y él le visitaba amenudo y encargaba pidiese á nuestra Señora, por medio de San Ignacio, la salud que le conviniese. Envióle á decir un día el Padre Gamboa, que se animase á visitar el santuario de Loyola; á que respondió: «Basta que el Padre Gamboa lo mande, pero yo no me puedo mover.» Fué el Padre y llevóle dos muletas, diciendo que se alentase y confiase en la intercesión de el Santo, que le había de alcanzar la salud. Vistióse con poca ayuda, que fué principio de la maravilla, porque antes apenas bastaba la que cuidaba de el hospital para moverle. Luego empezó á caminar con los dos báculos, ayudado de el Padre Gamboa y otro, y aunque con trabajo, alentándose más, á trechos subió la cuesta de San Juan y llegó á la puente de Loyola. Aquí descansó un poco, y el Padre Gamboa le dijo que con ayuda de el Santo probase á andar con una muleta sola; continuó con una su camino hasta la puerta de Loyola, y subió por la escalera, dando gracias al Santo por las fuerzas que iba sintiendo, cada instante mayores. Entró en la capilla, y á poco rato que estuvo en oración, conoció que estaba totalmente libre de su mal, y sin báculo ayudó á misa al Padre Gamboa, y después se volvió á Azcoitia corriendo y saltando; dejando las muletas colgadas en la capilla, donde se conserva una, porque la otra llevó una señora de Azpeitia que estaba medio baldada, y con ella sanó y la conservó en reliquia.

Más nuevo es el suceso siguiente, porque sucedió el año pasado de mil seiscientos y ochenta y cuatro, á quince de Julio, al tiempo que se estaba escribiendo la vida de

el Santo, y luego tuve testimonio de don Francisco de Corta, Vicario de la iglesia parroquial de Urreztilla, jurisdicción de Azpeitia, ante quien pareció Pedro de Corta, su parroquiano, y declaró el favor que había recibido de San Ignacio. Habiendo padecido algunos años ceática, probando inútiles todos los remedios, desesperado de alcanzar salud y imposibilitado de poder andar sobre los pies, como es público y notorio en el lugar; sábado, quince de Julio, fué con mucho trabajo al santuario de Loyola, y habiendo oído algunas misas en él, sintió mayores dolores que otras veces, y rogando á San Ignacio que le diese salud, de repente conoció que estaba sano, y levantándose empezó á andar sin dolor ni trabajo, y se volvió á su casa tan bueno como si nunca hubiera tenido enfermedad.

En el mismo testimonio añade don Francisco Corta otra maravilla que declaró en su presencia, algunos años ha, Ignacio de Gaztanaondo, cirujano de el lugar. Había estado mucho tiempo baldado de la muñeca de la mano derecha sin poderla mover, y después que le aplicaron los médicos, sin provecho, todos los remedios que enseña la medicina, le dieron por incurable; acudió él entonces á San Ignacio y prometió hacerle un novenario en el santuario de Loyola. Volviendo un día de la novena á su casa con su mujer, sintió en el camino que se le había sanado la muñeca, examinóla, hallóla flexible y facil para todo movimiento; y desde entonces ejercitó su oficio de cirujía con admiración de el pueblo, donde fué pública y notoria su larga enfermedad y su repentina salud.

Pero, ¿quién contará los favores que ha hecho el Santo en su casa con enfermos, ciegos, endemoniados y afligidos? En la casería de Aldataiz, que es de la santa Casa y vecina á ella, enfermó un niño y llegó á estar moribundo. Súpolo doña María Ignacia de Eyzaguirrey y Loyola, que cuidaba de la santa Casa y sabía las maravillas que obraba San Ignacio; tomó una pequeña astilla de la silla que llaman de el Santo, por haber predicado en ella, y molida se la dió al niño en un poco de agua, y en término de un credo

quedó el niño sano y bueno. Después de algunos años enfermó ese niño, y de la enfermedad quedó totalmente ciego. Sabiéndolo el Padre Gamboa, consoló á su padre diciendo, que quien le había dado la vida le daría la vista, como sucedió porque llegando el día de San Ignacio y enviando al muchacho de comer, como se hacía todos los días, le dieron una escudilla de caldo, diciendo que la comiese que era de la santa casa; empezando el niño á comerla, empezó á ver y quedó con vista clara, sirviendo de reliquia la limosna que á honra de el Santo se daba.

En Lima estuvo más de ocho años paralítico y tullido de pies y manos, sin poder andar por su pie ni levantar las manos á la boca ni á la cabeza. Fray Alvaro de Molina, religioso gravísimo de la Orden de Santo Domingo. Leyendo la Vida de San Ignacio le cobró devoción, y la Octava de todos los Santos de el año de mil seiscientos y siete, habiendo hecho voto al Santo de ayunarle su vigilia y hacer conmemoración de él en los Maitines y Vísperas y serle muy devoto á él y á toda su Orden, le dió un impulso que se levantase. Al punto se levantó y anduvo corriendo por los claustros de su convento, y bajó por las escaleras á la iglesia y asistió al *Te Deum Laudamus,* que cantó en acción de gracias su Comunidad. También tenía impedida la lengua de manera, que para entenderle una palabra, era menester preguntársela muchas veces y ponerse muy cerca; y desde aquel punto habló clara y distintamente, como si nunca hubiera tenido impedimento. La deposición de dicho religioso anda impresa en varios libros y por eso no la pongo. Una monja de Santo Domingo de el convento de Bibona, en semejante enfermedad, alcanzó entera salud, haciendo voto de ayunar la vigilia de el Santo y comulgar su día. Una monja de San Francisco de Barcelona, llamada Isabel Ribelles, habiendo caído de un lugar alto y quebrádose una pierna y con otros accidentes que sobrevinieron, llegado á punto de muerte; el mismo día que creían había de morir, con una reliquia de San Ignacio se halló buena y sana, y no dejándola levantar las religiosas aquel día, lo

hizo el siguiente, ejercitándose en lo que las otras hermanas.

Muchas personas heridas de peste en la ciudad de Burgos, sanaron bebiendo el agua en que se había bañado un hueso de San Ignacio. Bolonia le votó por patrón el año de 1630, por haberla librado de peste. Ruremunda ha sido muchas veces librada ó preservada por su intercesión. En Tucumán de la provincia de el Perú, entró la peste en una casa de numerosa familia; dos murieron luego, otros estaban para ello y todos tocados de el contagio. Diéronles un cuadro de San Ignacio y con él entró la salud; porque puesto en un lugar decente, invocaron á San Ignacio los que estaban para salir de esta vida y los que temían el mismo lance, los que podían, con voces, y los, que no podían, con suspiros; y de repente sanaron todos, no cesando de glorificar al Señor, que había obrado tantos milagros juntos para mostrar lo que puede con él este gran siervo suyo.

No hablo de los que ha librado de calenturas, porque no tienen número; y paso de corrida por otras enfermedades. En Cabo Verde se le atravesó á un Canónigo un hueso en la garganta, sin poderle sacar con humana diligencia; salíale por la boca gran copia de sangre, estaba sin habla y cerca de espirar; aplicáronle una estampa de San Ignacio y al punto se restañó la sangre, salió el hueso, y se le restituyó el habla y la salud. Lo mismo sucedio en Módena con un niño á quien se clavó una espina en la garganta, y no hubo otro remedio para sacarla, sino aplicarle su madre una reliquia de San Ignacio, con la cual le había librado antes de una enfermedad en que estuvo desauciado. Una doncella muy apretada de esquinencia, invocando á San Ignacio, cobró salud. Dos monjas de San Francisco, en Barcelona, sanaron de el mismo mal por la intercesión de el Santo, y á la una, que se llamaba Arcángela Alemani, se apareció en sueños y despertó sana. Horacio Leopardo, Caballero de Recanate, sanó de mal de piedra y retención de orina, poniendo á San Ignacio por intercesor con la Vírgen. Un capitán, en un gravísimo dolor de hijada y re-

Universidad de Deusto Biblioteca

tención de orina, habiendo recibido el Viático, se acordó de San Ignacio y le dijo: «Glorioso Santo, razón será que un soldado favorezca otro soldado;» y lleno de confianza, se quitó los emplastos y ligaduras que le habían puesto; y el Santo le oyó, porque echando gran cantidad de piedras y de orina ya corrompida, se halló sano. Un anciano ilustre, en una grave enfermedad de riñones, hijada y piedra, á que sobrevino ardentísima calentura; recibidos ya todos los Sacramentos y esperando la muerte, halló la vida y la salud en San Ignacio, á quien se encomendó.

Esperanza de el Castillo, en Gandía, estuvo gotosa cuatro años, y se le hizo una llaga en el pecho que luego se encanceró; hizo una novena á San Ignacio, y al tercer día, sin otra medicina, la llaga se cerró, y de la gota se sintió perfectamente sana. Doña Juana de Aragón, Duquesa de Terranova, padeció cuatro meses vehementísimos dolores, ocasionados de una dureza á manera de zaratán, que se le hizo en el pecho; probó, sin fruto, todos los remedios que médicos y cirujanos insignes la aplicaron, y no le halló, hasta que acudió á San Ignacio cuya imágen, aplicó al pecho una mañana, y á la tarde la hallaron los médicos sana, sin hinchazón, ni dureza, ni rastro de lo pasado. Una matrona romana sanó de un cáncer que tenía en el pecho, haciendo oración al sepulcro de San Ignacio, para el cual dió su marido en agradecimiento una colgadura de tela, y ella colgó un pecho de plata. Otra mujer, en Granada, sanó de un zaratán, encomendándose á San Ignacio. ¿Pues cuántos han sanado de mal de corazón, de hidropesía, de dolores de cabeza, y de estómago, y de costado, de tabardillo, de tercianas, de erisipela, de perlesía, de opilación, de ética, de locura, de cólica, de lamparones y de otros mortales ó incurables accidentes? Y muchas veces, los que no tenían devoción con el Santo, ni le conocían. En Baeza algunas personas desauciadas que no habían oído jamás el nombre de San Ignacio; oyéndole decían: «San Ignacio, San Ignacio;» y luego quedaban sanas.

Aunque he referido tantos favores de San Ignacio en

otros peligros y necesidades, no excuso añadir aquí algunos particulares que apoyan la universalidad de su patrocinio. Caminaba Benito López, Prefecto de una mina en el Perú, en busca de un esclavo fugitivo; saliéronle al camino unos salteadores, y derribándole de el caballo en que iba, le tiraron muchas estocadas y cuchilladas. Invocó á San Ignacio en este conflicto, y le vió que quitándose el manteo y tomándole en las manos, recibía en él todos los golpes y heridas. Fuéronse los salteadores dejándole, por muerto, y el Santo desapareció; y Benito López halló su sombrero y ropilla casi hechos pedazos, de las heridas, pero en el cuerpo no encontró herida, ni señal alguna.

El año de mil seiscientos y veinte y seis, una inundación de lobos, bajados de los montes infestaban algunos valles de el Piamonte, sin haber ganado ni gente segura de la osadía que les daba su rabia y multitud. Particularmente era afligido de esta plaga el valle de Lanzo, padeciendo los vecinos lastimosos estragos en la hacienda y en las personas. Habíase edificado poco antes una Capilla á San Ignacio en la iglesia principal de la Prepositura de Mezenile: determinaron los paisanos hacer un novenario á San Ignacio, yendo todos los días en procesión á su capilla, y cantar una Misa solemne. Luego que empezaron su devoción, sintieron el favor de el Santo, porque se salieron de todo el contorno, en manadas, los lobos; y aunque encontrasen algún niño ó ganado, no acometían, antes huían como espantados. Solamente á dos, por hacer más ilustre el milagro, les dió el Señor alguna licencia. El uno encontró una pequeña manada de ovejas, guardada de una niña de siete años y un niño de cinco; dejando las ovejas, cogió en la boca al niño y le traía de una parte á otra, como si jugara con él, sin hacerle daño con los dientes: la niña confiada en San Ignacio, daba de palos al lobo con el cayado, y no bastando para que dejase la presa, se puso delante de él, y con sus manos se le quitó de la boca y le echó á la montaña. Otro, encontrando unos niños, tomó uno de cinco años, y se huyó con él al bosque; á los gritos que dieron

los demás vino la madre, y viendo que el lobo corría con su hijo, invocó de rodillas á San Ignacio; luego fué en su busca y no hallando rastro, oyó la voz de su hijo que decía: «Madre, aquí estoy vivo;» porque al mismo tiempo que ella hizo oración al Santo, el lobo soltó á su hijo, sin haberle hecho ningún daño.

En dos villajes de el mismo valle de Lanzo, llamados Gisola y Tortor, corrió el año de mil seiscientos y veinte y nueve una pestilencial enfermedad en los animales, que en poco tiempo causó grande mortandad, empobreciendo á aquellos miserables paisanos. Como habían experimentado el favor de San Ignacio en el destierro de los lobos, acudieron á él, y prometieron hacerle una Capilla ó Ermita en el monte llamado la Bastía. Luego cesó la mortandad, y sanaron los animales que estaban tocados. Edificaron la Capilla, y á ella acudían en romería de todo aquel contorno tantas personas, que fué necesario hacer y allanar un nuevo camino por la falda de la montaña para comodidad de los peregrinos; y pagaba Dios esta devoción con muchos milagros y gracias que hacía á los que visitaban su Capilla. Creció la devoción, con haberle aparecido el Santo dos veces en el monte á una piadosa mujer; de que nació hacerse en otras partes de aquel contorno capillas y altares al Santo.

Una doncella, vecina de Cazorla, consagró á Dios desde niña su virginidad. Era devotísima de San Ignacio, y tenía una imágen suya, delante de la cual hacía casi todas sus devociones, y recurría al Santo en todas sus necesidades de alma y de cuerpo, y en todas hallaba consuelo y socorro, aún en las cosas más menudas. Perdió una vez la llave de un escritorio, y habiéndose cansado sin provecho en buscarla; acudió con la acostumbrada confianza á San Ignacio. Apareciósele, y la dijo dónde estaba la llave, y también dónde hallaría una escritura de importancia que antes había perdido. Después de algunos años se puso tan sorda, que no oía palabra aunque la gritasen al oído; conformábase con la voluntad de el Señor, pero sentía no poder oir la palabra de Dios. Tomó un día la imágen de San Ignacio, y besándola y abrazándola, la dijo: «Yo quiero estar ciega, sorda y muda, y padecer cuanto Dios fuere servido; mas siento no poder oir la palabra de Dios, por lo que pierde mi alma.» Aplicó luego la imágen á los oídos, y fué cosa prodigiosa, que entrando en la iglesia oía á los sacerdotes que decían Misa, y á su confesor, y á los predicadores; y en saliendo de la Iglesia se quedaba sorda como antes.

Otras personas devotas de San Ignacio han confesado, que todo cuanto le pedían alcanzaban, especialmente para la salud de su alma, cuyas enfermedades cura de mejor gana que las de el cuerpo; aunque no todas las que sana se manifiestan, ni se pueden decir todas las que se saben.

CAPITULO XIII

De diversos beneficios espirituales

Sintiendo una piadosa mujer, que su marido no cumpliese con las obligaciones de cristiano, le aplicó al corazón reliquias de Santos con quien él tenía devoción, pero no veía en él mudanza; aplicóle una reliquia de San Ignacio con quien tenía devoción ella, y luego le vió mudado y muy diferente del que había sido, sin saber él mismo la causa. A una monja de España, que deseaba mucho la perfección y se la pedía á Dios; instantemente, se le apareció Cristo, acompañado de San Ignacio y otros celestiales, y le dió al Santo por maestro, y con su enseñanza aprovechó mucho en todas las virtudes, particularmente en humildad y obediencia. Una señora devota de San Ignacio, deseando servir á Dios de veras y encomendándose al Santo, se le trocaron de manera los pensamientos y deseos, que ya el mundo le pareció otro, y desconocía las cosas que antes había visto; y después se siguieron innumerables favores espirituales y corporales en sí, y en otras personas que aún no es tiempo de referir más en particular.

Universidad de Deusto Biblioteca

En la provincia de Tolosa se apareció el Santo de noche á una persona tibia en el servicio de Dios; y alargando la mano como quien la quería ayudar, la exhortó á seguir animosamente á Cristo, como lo hizo en adelante. El año de mil quinientos y ocho en el reino de Nápoles, fueron diversas personas libres de diferentes tentaciones con las partículas de la vestidura de San Ignacio, acompañadas de la oración. Una devota religiosa llamada Francisca Bernuy, cuando veía algunos precipitados de la ira, los encomendaba á San Ignacio, y luego los veía mansos y pacíficos. En Palermo, estando un novicio de la Compañía determinado de volverse al siglo, le mandó el Rector que besase una imágen de San Ignacio, y al punto cesó la tentación y se trocó el deseo de salir de la Religión en firme propósito de perseverar en ella toda la vida. Una monja tenía en su Breviario una imágen de San Ignacio, y haciendo delante de ella oración, se libró de las tentaciones que contínuamente la molestaban.

Tentado uno de desesperación en la ciudad de Praga ,y para quitarse la vida, vió delante de sí á San Ignacio que se lo embarazaba; arrepintióse y dió las gracias al que le libró de dos muertes, de la temporal y la eterna. En Parma se apareció con la Virgen y San José á un mancebo que había vencido una grave tentación, y le abrazó amorosamente. Después se le mostró otra vez, diciendo, que venía enviado de la Santísima Virgen, y le amonestó que no se dejase engañar del demonio, el cual le aparecía en hábito y figura de un religioso; y le mandó que se fuese á confesar, y no callase ningún pecado. Muchas veces se ha aparecido con la Santísima Virgen, para semejantes favores corporales ó espirituales. En Triburgo vino con la Virgen y otro de la Compañía á visitar á un enfermo, al cual pareció que el Santo le echaba el hábito de su Religión. El efecto fué quedar sano y entrar luego en la Compañía.

En Viena de Austria apareció á un hereje enfermo, y le reprehendió de su contumacia, probándole la verdad de la Religión católica, y amenazó con la muerte si no se convertía. Convirtióse el hereje, y alcanzó la salud del cuerpo con la del alma. En la Nueva Vizcaya, habiendo catequizado un Padre de la Compañía unos indios y señalado el día en que se habían de bautizar; llegado, lo dilataron para otro, porque aquella noche querían tener por despedida una gran borrachera. No pudo el Padre detenerlos, pero á poco tiempo de como se habían partido para su rancho, volvieron pidiendo el bautismo y diciendo, que un Padre lleno de resplandor les había salido al encuentro, y amenazado gran castigo si pasaban adelante. Y pareciendo al Misionero por las señas que era San Ignacio, les mostró una imágen suya y ellos dijeron, que era el Padre que habían visto. En Gandía apareció á uno que no se había confesado bien, y le dijo los cinco pecados mortales que por malicia ó negligencia se había dejado. A otro apareció en Mónaco con San Francisco Javier, y le reprehendió la vida licenciosa que traía, y mandó que se confesase. Un capitán que en Roma servía á los señores Ursinos, en una grave enfermedad que padecía en una pierna, aplicando una firma de San Ignacio, sintió repentinamente la eficacia, no donde él quería, sino donde menos pensaba, que era en el alma. Empezó á llorar sus culpas, de que estaba muy ajeno, y á pedir á nuestro Señor, no la salud de la pierna, sino dolor de su corazón para arrepentirse de sus pecados, y andar por el camino de sus mandamientos.

En un Colegio principal de Italia, donde estudian muchos religiosos de la Compañía, si sucedia que alguno enfermaba de aquella tibieza que causa hastío á las cosas espirituales, y hace desear las ollas de Egipto; ningún remedio había más eficaz ni más pronto para restituirse al primer estado de su vocación, que aplicar al corazón una reliquia de San Ignacio. El año de mil quinientos y noventa y ocho, á diez y siete de Julio, apareció San Ignacio con la Virgen á una alma santa, y vió que ofrecía á Cristo que estaba allí en trono de gran majestad toda la Compañía, pidiendo para ella un encendido amor de Dios y celo de las almas, y mucha caridad para los que en ella go-

biernan. A que respondió Cristo con rostro apacible, que él tenía á la Compañía en su corazón, y quería que en ella resplandeciese una obediencia, y que sean despedidos los que no se acomodan á la religiosa disciplina. En Baeza se apareció á una mujer piadosa, que había descaecido algo del fervor con que comenzó á servir á Dios, y con suavísimas palabras la animó á procurar la perfección con mayor cuidado. Cierta persona, que en cuatro años no había podido vencer la vergüenza de confesar unos pecados feos, ayunó nueve días á San Ignacio, y luego se confesó enteramente con gran consuelo de su alma.

En Génova, deseando uno confesarse generalmente, como no se acordase de sus pecados, por más diligencias que hacía, pidió á San Ignacio que se los trajese á la memoria; y al punto se acordó de todos, como si los fuera leyendo por un papel. En Ferrara, un mal hijo quiso maltratar á su madre y echarla de su casa: acudió ella á San Ignacio, y el día siguiente, mudado el mancebo en otro, hincado de rodillas la pidió perdón de su atrevimiento, con muchas lágrimas. En Granada, apareció á una devota suya, enferma y molestada de escrúpulos, y la aseguró que no moriría sin confesión, y que presto alcanzaría gran tranquilidad de ánimo, y podría declarar los escrúpulos que la afligían. Viéndolo cumplido luego, hizo adornar á su costa el templo de la Compañía, para la fiesta de San Ignacio. Apareció en Malaca á un enfermo en postura de quien se ponía á confesarle, convidándole con esta demostración á la confesión. Desapareció el Santo, y el enfermo, que estaba antes muy ajeno de la confesión, llamó uno de la Compañía y confesó con gran dolor sus pecados. Con una reliquia de San Ignacio fué libre de el demonio y de la herejía una noble mujer calvinista, con particulares circunstancias, que hicieron célebre el milagro. En Bazaín, una mujer idólatra se bautizó, no por ser cristiana, sino por comunicar más facilmente con un cristiano á quien amaba perdidamente. Estaba en casa de una señora devota, la cual, viendo que después de el bautismo quería vivir con más libertad, desesperándose cuando no la dejaban salir, y amenazando de quemar la casa, pidió consejo y remedio á un Padre de la Compañía. Dióla una reliquia de San Ignacio, que pusiese al cuello á la nueva y mala cristiana; y apenas se la puso, cuando quedó un rato fuera de sí, y luego empezó á llorar y á confesar la intención con que se había bautizado. Confesóse, y salió de su corazón aquel amor que la volvía loca y desatinada.

En Lima visitó San Ignacio á un sacerdote enfermo, y le aconsejó, que se alistase en la Congregación de sacerdotes: hízolo él, y luego estuvo sano. A una religiosa de un monasterio de Sicilia que se sentía muy seca en la oración, y imploraba el favor de San Ignacio, se le apareció y dijo, que presto vendrían religiosos de la Compañía á aquella ciudad, y la dirían lo que había de hacer. Otra, que padecía semejantes desconsuelos y obscuridades en la oración, á que daba muchas horas; mirando una imágen de San Ignacio, se sintió movida á encomendarse á él, y luego se halló con tanta luz y gozo espiritual, que estuvo dos horas enajenada, y transportada en Dios. Aparecióse en Como á una piadosa virgen, y la exhortó á la perfecta obediencia. A una doncella enferma que, en Méjico, se encomendó á la Virgen y á San Ignacio, visitó con la Madre de Dios y la sanó, exhortándola á servir mucho á nuestro Señor. Al Padre Julio Mancinelo se mostró en la gloria con muchos de la Compañía, el año de mil quinientos y ochenta y tres, y le inflamó más en la misión constantinopolitana en que se ocupaba. El mismo Padre le vió en otra ocasión solícito de las persecuciones de la Compañía, y que ayudaba á sus hijos que se empleaban en la salvación de las almas. Y tuvo otras visiones misteriosas, que mostraban el celo con que arde en la gloria de la salvación de los hombres.

A una señora, que hacía los Ejercicios de San Ignacio, se le apareció el demonio en hábito religioso, y la dijo que dejase aquellos embustes. Respondió ella, que eran de Ignacio, varón de grande santidad; y al oír este nombre, des-

apareció el enemigo, y la dejó más confirmada en continuarlos con nuevo fervor. En Tolosa aparecieron dos vírgenes, que se cree eran de las compañeras de Santa Ursula, á una mujer, madre de un Coadjutor de la Compañía, y la restituyeron una imágen de San Ignacio, que la había arrebatado el demonio; y la dijeron: «Toma la imágen, pero mira, que en adelante no te halle ociosa el enemigo de los hombres.» Defendíala esta imágen de el demonio, de quien era molestada. Una mujer fué libre, de la violencia que la quería hacer un hombre, invocando á San Ignacio que quitó las fuerzas al impúdico, y dió lugar para que la casta mujer huyese. Una beata de la orden de San Francisco, llamada María de Alava, viéndose muy afligida en el espíritu, la aconsejaron que se encomendase á San Ignacio. Ella haciendo oración á nuestro Señor, se olvidó de el nombre de el Santo, y decía: «San Atanasio, ayúdadme con el Señor para que me libre de esta aflicción y tentación que padezco.» Luego oyó una voz, que decia: «No se llama Atanasio, sino Ignacio, y no dudes que alcanzarás por su intercesión cuanto pidieres al Señor.»

De las personas á quien ha librado de la última desesperación y negociado la salvación, es celebérrimo el caso de un eclesiástico grave de Aviñón. Vivía, no como pedía su dignidad, ni el ejemplo de los seglares que toman por disculpa de su vida relajada, la de los sacerdotes que faltan á mayor obligación. Dióle un tabardillo, que al día séptimo le puso en los umbrales de la muerte, en que desauciado de los médicos acudió á las puertas de la Madre de Misericordia, que contra su costumbre pareció de justicia en esta ocasión. Apareciósele la Virgen con rostro severo; y aunque alegaba haberla rezado todos los días su corona, mostraba ella despreciar sus oraciones, por haber él despreciado los consejos que muchas veces en sueños le había dado, de que mudase de vida. Con esto desapareció, y el enfermo quedó en una mortal tristeza, diciendo: «¿A quien acudiré, pues me desecha la que á todos ampara?» Con todo esto, no acertaba á apartarse de la abogada de los pecadores, pidió oraciones á algunas personas, para desenojar á la Madre de Dios, y empezó una confesión general; pero los accidentes que sobrevinieron, no le dieron lugar por entonces para acabarla. Volvió la Santísima Vírgen con su Hijo que le mostraba al enfermo las llagas que por él había padecido; pero la Madre cubría con su mano la llaga del costado, como quien le cerraba la puerta de la misericordia, y parecía querer ya los dos jueces pronunciar sentencia contra el reo. ¿Quién creyera estas demostraciones de María, si no se hubieran de quedar en amenazas y rematar en piedades? Traían consigo á San Ignacio, que puesto de rodillas y levantadas las manos clamaba al Hijo, y á la Madre que se dejaba rogar porque quería ser rogada; pidióles la salud del alma y del cuerpo de el enfermo, saliendo por fiador de su enmienda. Entonces le preguntó la Virgen: «¿Qué haréis si os concedemos la vida?» «Yo mostraré, respondió, con la enmienda, que no ha sido en vano la vida que se me concediere.» Con esto y salir por fiador San Ignacio, le mostró Cristo las cinco llagas, y de la de el costado le parecía que salía un hilo de sangre que le bañaba, y ungía todo. Sucedió á las cuatro de la tarde; á las cinco vinieron los médicos, y le hallaron perfectamente sano, y no menos lo quedó en el alma, porque desde aquel día hizo una mudanza extraordinaria, venciendo dificultades, á su parecer invencibles; confesando siempre, que á San Ignacio, después de Dios, y de su Madre, debía todo su bien y felicidad.

Un caballero español, muy dado al juego, y á la costumbre de jurar, fué en sueños presentado ante el tribunal de el Supremo Juez; y no teniendo qué responder á los cargos muchos y verdaderos que le hacían, esperaba la sentencia de eterna condenación; vió á San Ignacio, que intercedía por él, para que se le concediese tiempo de penitencia. Despertó deshecho en lágrimas, y hizo luego una confesión general de toda la vida. Cayó presto enfermo y murió el mismo día de San Ignacio, invocándole y esperando alcanzar por su intercesión la bienaventuranza. Estaba en Bigen

de Sicilia un hombre fuera de juicio y cerca de morir, sin poder disponerse para aquella hora: comulgaron por él algunas personas á honra de San Ignacio, á quien le encomendaban: volvió luego en sí, confesóse y dijo á los presentes, que no se entristeciesen por su muerte, y qué sería el domingo inmediato, como sucedió. No hay para qué contar las veces que ha ayudado, y ha acompañado á sus hijos en la muerte, pues no es maravilla que asista á los hijos, el que viene á los estraños. Al Padre Estanislao Oborski visitó, acompañado de los beatos Luis Gonzaga y Estanislao Kostka, y le dijo: «Alégrate, que presto vendrás á nuestra Compañía.» Al Padre Claudio Panccoto, Rector de el Colegio de Lepuy, acompañaron en la muerte San Claudio su patrón y San Ignacio su Padre, con la Virgen y muchos de la Compañía y ángeles de el cielo, que prometieron llevar su alma á la gloria, en desatándose de la carne: con estos y otros favores nos convida á su devoción, mostrando que es bueno para amigo el que es tan fino en el tiempo de la mayor necesidad.

CAPITULO ÚLTIMO

Milagros particulares con que ha vuelto Dios por la honra de San Ignacio

El cuidado que tuvo el Señor de mirar por la honra de San Ignacio viviendo en la tierra, le ha continuado después que mora en el cielo, con singulares demostraciones, ya de rigor, ya de benignidad, como son todas las que ha hecho por el mismo San Ignacio, que no ha perdido la costumbre de pagar injurias con beneficios, y hacer favores á los que le hacen agravios. El año de mil seiscientos y once se puso un religioso de cierta Orden, indigno de el hábito que vestía, á escribir una sátira contra San Ignacio; después de haber compuesto un pedazo, quiso volverlo á leer, y halló, que en lugar de vituperios, había escrito alabanzas. Admiróse de sí mismo, en lugar de admirar la maravilla,

pensó que se había engañado ó equivocado: rasgó el papel y volvió á empezar la sátira como la había discurrido su malicia; y mirando lo escrito, como antes, encontró elogio, el que quiso libelo. Estaba tan ciego de la pasión, que ni esta vez conoció que la pluma, gobernada de superior mano, no quería servir al sacrilegio, sino á la gloria de el que tan bien la merecía. Sucedióle lo mismo tercera vez, y él obstinado contra el cielo, y rabioso contra sí mismo, quiso proseguir en el intento, tantas veces embarazado; pero la pluma saltó en medio de el aposento, y con la mano regida de fuerza invencible, se dió un recio bofetón; con que reconoció su culpa, y convirtió en alabanzas voluntarias de San Ignacio las que había escrito contra su voluntad.

Predicaba en Arboes, lugar de el condado de Borgoña, otro religioso; convidóle á comer el doctor Gillabos, no menos virtuoso que docto, el cual empezó en la mesa á engrandecer la santidad y milagros de San Ignacio, á que el religioso respondió con palabras de gran desprecio, que el fundador de los jesuitas podía curar un dolor de dientes y no más. Escandalizáronse los presentes y callaron, mostrando gran tristeza de haber oído tales palabras de hombre de tal hábito y profesión. Sucedió esto un lunes á mediada Cuaresma; y el Señor mirando más al bien de el pueblo, que al castigo que el predicador merecía, le dejó acabar el curso de sus sermones; hasta que el lunes después de Pascua, siendo convidado segunda vez de el mismo doctor, estando en la mesa con un vaso de vino en la mano para beber, empezó á gritar que se le arrancaban los dientes, y que no podía ya abrir la boca. En el mismo punto se le apretaron de manera las mejillas, que no pudo hablar más palabras; solamente gruñía y bramaba como un desesperado, haciendo horribles visajes, y dándose polpes como furioso, pudiendo apenas tenerle cinco ó seis hombres. Así estuvo tres días, sin hallar los médicos remedio á un mal que causaba la divina justicia; y al fin de ellos murió miserablemente, sin haber dado señales de penitencia.

De una principal villa de España fué llamado un buen

religioso de la Inquisición, por ciertas proposiciones, dándole la ciudad por cárcel. Habiendo leído que San Ignacio fué acusado al Inquisidor de París, iba todos los días á nuestro Colegio á encomendarse al Santo, estándose largos ratos al pie de su altar, pidiendo que le sacase bien de aquella aflicción. Otro religioso de su Orden, pareciéndole mal esta devoción, se la afeó mucho diciendo, que hartos santos había en la Orden á quien encomendarse, sin ir á San Ignacio que tenía la santidad en duda. Y aunque el otro religioso procuraba reportarle, y darle á entender cuán grande santo era, y que no se debía hablar así de el que estaba declarado por la Iglesia; él prorrumpía en mayores blasfemias. Mas no tardó el castigo, porque estando bueno y sano, murió aquella misma noche de repente el religioso sacrílego; y luego salió de la Inquisición la causa de el religioso devoto, como podía desear. Y volviendo á su convento hacía todos los años fiesta á San Ignacio, predicando él mismo sus alabanzas; y á los que podía, sin desdoro de su religión, contaba este suceso, para que viesen cómo castiga Dios las ofensas que se hacen á sus santos, y fuesen devotos de el que podía tanto con Dios.

Cerca de Córdoba, el año de mil seiscientos y diez, pocos meses después de la beatificación de San Ignacio, encontró un lego de otra religión á un Coadjutor de la Compañía, y empezó á decirle males de ella, y particularmente de San Ignacio. Después que se hartó de decir blasfemias, se quitó el hábito y todo vestido; y desnudo se echó á nadar en un río que estaba allí cerca. Mientras nadaba, en que era muy diestro, alcanzó á ver otra vez al Coadjutor, y llamándole, dijo: «Si yo tuviera aquí á tu Padre Ignacio, yo le hiciera beber tanta agua, que no tuviera más sed.» Al acabar de decir estas palabras, como si fuera un peñasco, cayó al fondo, y nunca más volvió á salir.

En Condón, ciudad de la Gascuña, había un hombre tan aborrecedor de la Compañía, que no podía oirla nombrar sin enojo; y á San Ignacio, poco antes beatificado, le llamaba hipócrita y engañador. Leía su vida sólo para hacer

burla de ella; y cuanto hallaba algo singular, lo tenía por fábula y fingimiento del historiador. Apareciéle una noche San Ignacio lleno de resplandor y cercado de ángeles, y dejándose mirar de él largo rato, le miró con un aspecto tan agradable y amoroso, sin decirle palabra, que le traspasó el corazón, y se le encendió en su amor. Desapareció la visión; y levantándose de la cama, postrado en tierra pidió perdón al Santo con muchas lágrimas, y tomando el libro de su vida, le besaba muchas veces, y le ponía sobre sus ojos, y sobre su cabeza; y desde aquel punto quedó tan devoto de San Ignacio y su Religión, cuanto había sido antes enemigo y despreciador.

Habiendo entrado en el Genovesado un mancebo en la Compañía, lo sintió mucho una hermana suya, diciendo, que había entrado en una Religión de uno que no era Santo. Tuvo después un sueño en que la parecía que la Madre de Dios de Monte Carmelo, de quien era muy devota, y San Ignacio la sacaban de las ondas de el mar en que estaba para anegarse. Quedó por esto muy devota de San Ignacio, y el suceso mostró presto que no había sido sueño vano; porque cayendo en el río Antoñano que corría muy rápido la llevó muy dentro del mar, y viéndose á peligro de ahogarse, invocó á nuestra Señora del Carmen y á todos los ángeles y santos; y como no cesase el riesgo, se acordó de invocar á San Ignacio, diciendo: «Bienaventurado Ignacio, ayudadme, pues tengo dos hermanos en vuestra Religión.» Acabada esta oración, no se fué más á fondo, lo cual la había sucedido antes tres veces; echó toda el agua que había tragado, y se halló derecha con las manos en cruz y los pies tan juntos, como si estuvieran atados. Vióse cercada de una nube hermosísima, bordada de ángeles, en medio San Ignacio, y en lo superior nuestra Señora del Carmen; empezó á clamar: «Santo Ignacio, pedid misericordia para mí á la vírgen del Carmen.» En esto bajó la Vírgen y poniendo á su lado á San Ignacio, y señalándole con el dedo la decía: «Ves aquí el Santo que has llamado.» Dijo ella entonces: «Perdonadme Bienaventurado Ignacio, no

haber hablado de vos con la estimación que debía: confieso que sois santo y santísimo, y lo diré á voces en todas partes.» A que respondió la Virgen: «¿Cómo te atreviste á decir que no era santo? Mira cómo es santo, y de todos los santos que has llamado, él solo viene á ayudarte.» Duró mucho tiempo la visión, hasta que entró un hombre á sacar á la doncella; pero no cesó la maravilla, porque dándola empellones venía sobre las aguas, como si fuera una tabla, hasta salir á la orilla, á vista de innumerable gente que había concurrido á la grandeza del milagro.

Concluyo esta materia y todo el libro, con la singular maravilla que hizo Dios en la Casa de Loyola el Jueves Santo del año de mil seiscientos y sesenta y cinco. Había predicado los domingos por la tarde de aquella Cuaresma, los Ejemplos, á la puerta de la Santa Casa (así la llaman hoy todos) el Padre Juan Bautista de Santiago, Rector del Colegio de Azcoitia; y en el último sermón de el Domingo de Ramos, se quejó amorosamente de las dos villas de Azpeitia y Azcoitia, porque siendo S. Ignacio natural de ellas, no tenían tanta frecuencia á su santuario, como en otras partes á sus templos y imágenes. Y volviendo al Santo la queja, le dijo, que procedía de que no hacía en su patria las grandes maravillas que ostentaba en otras partes; y rogóle con afectuosa devoción y humilde confianza, que hiciese alguna demostración, con que favoreciendo á sus naturales, aumentase la devoción á mayor gloria de el Señor. No se hizo sordo el Santo á tan devota petición, como se vió el jueves siguiente: Era en este tiempo Administrador de la Santa Casa y de el Mayorazgo don Francisco de Latenta, vecino de la villa de Azpeitia, que habiendo visitado por la tarde los monumentos, partiendo cerca de noche de la villa á la Santa Casa, le vino un sueño tal, que á cada paso dormitaba, con que sin subir á hacer oración á la capilla del Santo, se acostó, y lo mismo hizo su mujer y dos criadas que había en la casa, y un viejo, sin que alguno esperase la procesión de la disciplina. Estando todos durmiendo, al pasar la procesión por el puente de

Emparan, enfrente de Loyola, distante medio cuarto de legua, vieron los que iban en la procesión, que estaba toda la Casa bañada de grandísimo resplandor; tanto, que á la mañana preguntaron muchos al dicho don Francisco, qué luces eran aquellas que había puesto en la santa Casa, y cómo había podido juntar tantas luces, porque parecía estar hecha un ascua de fuego y resplandor; túvolo primero por burla, hasta que se la dijeron tantos, dándole las gracias de el extraordinario adorno, que no pudo dudar de ello, ni de que era cosa sobrenatural, por no haberse puesto en la casa ninguna luz, ni haber quien la pusiese por estar todos durmiendo; hízose información jurídica del milagro por mandado del señor Obispo Alarcón; y el Padre Santiago hizo pintar el suceso en un lienzo grande, y ponerle en la Casa de Loyola. El año siguiente, pareciéndole á don Francisco de Latenta, que San Ignacio quería que se pusiesen luces en su casa la noche del Jueves Santo, antes de pasar la procesión llenó de luces las ventanas y tejados de la casa; y aunque se lo alabaron sus amigos el día siguiente, le dijeron que no tenía que ver el resplandor de aquel año con el de el antecedente, porque aquel era un resplandor continuado, y en este se veía distinción de luces, y que siendo muchas, no lucían en comparación del año pasado.

Después ha hecho San Ignacio muchos milagros en su Casa, y antes era y es hoy uno de los santuarios célebres de España, á que acuden todo el año muchos peregrinos, particularmente el día de su fiesta y por toda la Octava no se ve otra cosa en aquellos ásperos caminos, que tropas de gente cantando alabanzas á Dios y al Santo. Por no caber en la capilla el concurso, es necesario decir á la puerta Misa para que sirva de iglesia la extendida campaña. Son innumerables los favores que reparte estos días la divina liberalidad con los devotos, particularmente en el alma; infunden devoción aquellas paredes, y parece que el Santo está mudamente predicando penitencia; muchos pecadores envejecidos en la maldad, que vienen más á la fiesta que

á la romería, mudados súbitamente confiesan sus pecados con verdadera contrición, vuelven á su casa con propósitos de enmendar las costumbres y mejorar la vida; las comuniones no tienen número. No hablo de los otros regocijos con que se solemniza la fiesta, y porque para San Ignacio los más agradables son los sagrados, que redundan en beneficio de las almas. No vienen pocos de fuera de España á visitar la santa Casa; y los años pasados algunos franceses se llevaron por reliquia la mayor parte de los ladrillos antiguos de la cocina, y con sus polvos y raspaduras de los maderos de la capilla, tomados con un poco de agua, sanaron muchos enfermos de diversas enfermedades.

Así honra Dios á los que le honran, y así favorece San Ignacio á los que le invocan; para que todos acudamos á este prodigioso taumaturgo, de cuyos milagros es teatro todo el mundo, por socorro en las necesidades, por consuelo en las aflicciones, por salud en las enfermedades corporales y mucho más en las espirituales; seguros de que á todos favorece desde el cielo, el que á ninguno desechó en la tierra y que no sabe negar lo que le ruegan, sino es para conceder más de lo que piden. Como lo experimentó entre muchas personas, una noble matrona de la ciudad de Cuenca, en el nuevo reino de Granada. Moríasele un tierno infante, y sumamente afligida le ofreció á una imagen de San Ignacio, rogando que se le guardase si así convenía. Vió luego resplandecer el rostro de San Ignacio y que alargaba los brazos para abrazar el infante, y que el infante risueño los alargaba para abrazar al Santo; y de esta manera espiró. Convirtiéronse en gozo las lágrimas de la madre, dando gracias al Santo porque había negado la vida temporal á su hijo, por asegurarle la eterna que quizás viviendo perdiera. Con esta confianza hemos de acudir á San Ignacio, de que da más cuando parece que niega, porque ve en Dios lo que nos conviene, y nos alcanza lo que nos está mejor. Mas para asegurar su patrocinio en la vida y en la muerte, imitemos sus virtudes, sigamos sus ejemplos, y alcanzaremos, por su intercesión, el fin de la bienaventuranza para que fuimos criados; concediéndole Jesús, á quien con el Padre y el Espíritu Santo sea honra y gloria, por los siglos de los siglos. Y alabanza á la Madre de Dios y á San Ignacio y á la Compañía del cielo, que con su santo Padre goza el premio de su caridad, y ayuda á la Compañía de la tierra, para que debajo del estandarte de Jesús y disciplina de Ignacio, pelee contínuamente por conquistar nuevos reinos á su Señor y ganar almas á su Criador. Amen.

LAUS DEO

CURIA ECLESIÁSTICA
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

LICENCIA PARA LA PRESENTE EDICION

A la solicitud de V. de fecha veinte y siete de Mayo último, sometiendo á la censura eclesiástica, la obra titulada VIDA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA por el P. Francisco García, ha recaído el decreto del tenor siguiente: «Barcelona seis de Junio de mil ochocientos noventa. Vista la favorable censura que ha merecido la obra titulada VIDA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA escrita por el P. Francisco García, concedemos permiso para que pueda imprimirse y publicarse, debiendo entregarse dos ejemplares de la referida obra á la Secretaría de Cámara y Gobierno de este Obispado.—El Vicario General=Francisco de Pol.—Por mandado de Su Ilma.=Dr. Jaime Brugueras, Pro. Scro. Canº.

Es Copia,

Dr. Jaime Brugueras, Presbítero Secretario.

Hay un sello.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

ÍNDICE

Páginas

Al cristiano lector. v
A María Santísima. vii
Licencia de la Religión. ix
Licencia del Ordinario. ix
Prólogo y protesta del Autor. xi

Introducción á la Vida de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús. . . . 1

SECCION PRIMERA

Profecías que precedieron á San Ignacio y su Religión. 4

SECCION SEGUNDA

Errores y vicios de que estaba lleno el mundo cuando vino San Ignacio y la Compañía. . 12

LIBRO PRIMERO

De la Vida y virtudes de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús

Capítulo primero.—Nacimiento de San Ignacio y empleos de su juventud. . . . 21

Páginas

Capítulo II.—Defendiendo Ignacio el castillo de Pamplona fué herido de una bala y vino á curarle San Pedro. . . . 29
— III.—De la conversión maravillosa de San Ignacio. 34
— IV.—Cómo trató de partirse á Montserrate, y su hermano mayor procuró detenerle. 40
— V.—En Montserrate da sus vestidos á un pobre, y vestido de un saco vela las armas de su penitencia delante del altar de Nuestra Señora.. . . 46
— VI.—De la aspereza de vida que hizo San Ignacio en Manresa. . . . 51
— VII.—Tentaciones y escrúpulos que padeció San Ignacio. 58
— VIII.—De los grandes favores que Dios hizo á Ignacio en Manresa y dones con que le enriqueció. 64
— IX.—Del libro de los Ejercicios que compuso San Ignacio. 69
— X.—Método admirable de los Ejercicios. 77
— XI.—Fruto que hizo San Ignacio en Manresa y fama de su santidad por este tiempo.. 90
— XII.—Cómo salió San Ignacio de Manresa, y la veneración que tienen los lugares donde estuvo. 96

LIBRO SEGUNDO

De la Vida y virtudes de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús

Páginas

Capítulo primero.—De lo que le sucedió en Barcelona y algunas ciudadas de Italia, hasta embarcarse para Jerusalén. . 105
— II.—Cómo navegó á Palestina, y visitó los Santos Lugares. 114
— III.—Cómo se volvió á Barcelona y sucesos de este viaje. 118
— IV.—Cómo estudió la Gramática en Barcelona. 123
— V.—Reforma un Monasterio de religiosas y resucita un difunto. . . . 129
— VI.—Sale de Barcelona para Alcalá, y dice insignes profecías. 134
— VII.—Fruto que hizo en Alcalá, y primeras informaciones que se hicieron de su vida y doctrina. 139
— VIII.—De cómo fué puesto San Ignacio en prisiones, y se hicieron nuevas informaciones de su vida y doctrina. 148
— IX.—De cómo fué dado por libre San Ignacio, confirmando Dios su inocencia con un caso maravilloso. . . . 155
— X.—Parte á Salamanca, donde es afligido y encadenado. 159
— XI.—Sus estudios en la Universidad de París. 167
— XII.—Fruto que hizo en París, y persecuciones que padeció por esta causa. 174
— XIII.—De algunas conversiones singulares que hizo San Ignacio en París. 182

Universidad de Deusto Biblioteca

LIBRO TERCERO

De la Vida y virtudes de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús

Páginas

CAPÍTULO PRIMERO.—Cómo ganó San Ignacio á Pedro Fabro y San Francisco Javier, sus primeros compañeros. . . . 187
— II.—De otros dos compañeros que ganó San Ignacio, Diego Laynez y Alonso Salmerón. 201
— III.—De el Padre Nicolás de Bobadilla y Padre Simón Rodríguez, quinto y sexto compañero de San Ignacio.. . 209
— IV.—Cómo San Ignacio hizo con sus compañeros los primeros votos y echó los primeros cimientos de su Religión. 214
— V.—Cómo se partió Ignacio á su patria, donde fué recibido como Santo. . . 222
— VI. — Penitencias, conversiones, milagros y profecías que hizo y dijo San Ignacio en su patria. 228
— VII.—Cómo se partió á Venecia, y peligros de que Dios le libró en este camino.. 236
— VIII.—Fruto que hizo en Venecia, y cómo fué acusado y se declaró su inocencia. 240
— IX. — De tres compañeros que ganó Fabro á San Ignacio. 243
— X.—Cómo se partieron los compañeros á Venecia en busca de San Ignacio, y sucesos de el camino. 248
— XI.—Envía San Ignacio sus compañeros á Roma, después de haber dado

Páginas

insignes ejemplos de caridad en Venecia. 257
CAPÍTULO XII.—Cómo se ordenó San Ignacio y sus compañeros, de sacerdotes, y se repartieron por los lugares del dominio veneciano. 265
— XIII.—Reparte Ignacio sus compañeros por las Universidades de Italia, y muerte del Padre Diego de Hoces. . 273
— XIV.—Maravillosa aparición de Cristo á San Ignacio, en el camino de Roma, y fruto que hicieron él y sus dos compañeros en aquella ciudad. . . 281
— XV. — De una gravísima persecución que se levantó en Roma contra San Ignacio y sus compañeros. . . . 288
— XVI.—Sentencia que se dió en favor de San Ignacio y de sus compañeros, y caridad que ejercitaron en Roma. . 297

LIBRO CUARTO

De la vida y virtudes de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús

CAPÍTULO PRIMERO.—Cómo fundó San Ignacio su Religión, y primera Confirmación de ella. 303
— II.—Cómo confirmó el Papa Paulo III la Religión de la Compañía de Jesús. 309
— III.—Cómo fué San Ignacio elegido General de la Compañía. 314
— IV.—Cómo empezó San Ignacio á gobernar la Compañía, y avisos que dió á sus hijos. 322

Páginas

Capítulo V.—Vida que hacían por este tiempo los de la Compañía. 328
— VI.—Obras insignes que en Roma fundó San Ignacio, y persecuciones que por ellas padeció. 336
— VII.—Trae San Ignacio á la Compañía á Jerónimo Nadal y Miguel de Torres, y despide á Guillermo Postel. . 344
— VIII.—Avisos que dió San Ignacio á los Padres Laynez y Salmerón, enviados al Concilio de Trento del Papa Paulo Tercero. 354
— IX.—Cómo San Ignacio escribió las Constituciones de la Compañía. . . 360
— X.—De el nombre de la Compañía; su fin y medios en general. 367
— XI.—De algunas cosas particulares que tiene la Compañía. 377
— XII.—Testimonio que da Santa Teresa, de la Compañía de Jesús. . . . 395
— XIII.—Causas de las persecuciones de la Compañía de Jesús. 402
— XIV.—Cómo trató San Ignacio de renunciar el Generalato. 415
— XV.—Cómo vino á Roma San Francisco de Borja, llamado de San Ignacio. 420
— XVI.—De la fundación del Colegio Romano y Germánico. 426
— XVII.—Muerte de San Ignacio. . . 431
— XVIII.—Cómo honró el cielo y la tierra la muerte y sepulcro de San Ignacio. 439

LIBRO QUINTO

De la Vida y virtudes de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús

Páginas

Capítulo primero.—Lo que sintieron de la santidad de San Ignacio los de la Compañía. 449
— II.—Qué sintieron de San Ignacio los varones eminentes en dignidad ó santidad. 456
— III.—Breve discurso de la grandeza de la santidad de Ignacio. 467
— IV.—De la caridad y amor de Dios de San Ignacio. 475
— V.—De la admirable fe de San Ignacio. 483
— VI.—De la milagrosa esperanza de San Ignacio. 492
— VII.—De la oración y trato familiar con Dios, de San Ignacio. . . . 499
— VIII.—De el amor que tuvo San Ignacio á María Santísima y correspondencia de esta Señora. 506
— IX.—De la profundísima humildad de San Ignacio. 517
— X.—De la heróica mortificación de San Ignacio. 526
— XI.—De el soberano dominio que tuvo sobre sus pasiones. 531
— XII.—De la modestia de San Ignacio, que deseaba en sus hijos. . . . 537
— XIII.—De la circunspección y eficacia de sus palabras. 541
— XIV.—Sentimientos y ejemplos de obediencia de San Ignacio. 548

Universidad de Deusto Biblioteca

Páginas

Capítulo XV.—Amor que tenía San Ignacio á sus hijos. 562
— XVI.—Medios que tomaba San Ignacio para adelantar á sus hijos en perfección y celo de la observancia religiosa. 575
— XVII.—Agradecimiento de San Ignacio á sus bienhechores, y amor á sus enemigos. 584
— XVIII.—De su caridad con todos los hombres. 593
— XIX.—Consejos y dictámenes de San Ignacio para el trato de los prójimos y conversión de las almas. . . . 604
— XX.—Carta de San Ignacio, de la perfección religiosa y celo de las almas. 613
— XXI.—De la prudencia de San Ignacio. 624

LIBRO SEXTO

De los milagros de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús

Capítulo primero.—Milagros que hizo Dios en San Ignacio. 641
— II.—De el don de profecía que Dios concedió á San Ignacio.. . . . 648
— III.—Milagros que hizo San Ignacio en vida. 652
— IV.—Algunas apariciones de San Ignacio para favorecer á sus hijos y devotos.. 657
— V.—Imágenes milagrosas de San Ignacio.. 669
— VI.—Milagros de la firma de San Ignacio. 676

Páginas

Capítulo VII.—Milagros de San Ignacio en todos los elementos. 681
— VIII.—Muertos resucitados por San Ignacio. 687
— IX.—San Ignacio es abogado particular en los partos. 694
— X.—Poder de San Ignacio sobre los demonios. 699
— XI.—Patrocinio de San Ignacio contra las tentaciones deshonestas. . . 706
— XII.—Es San Ignacio médico de todas las enfermedades espirituales y corporales.. 712
— XIII.—De diversos beneficios espirituales. 721
Capítulo último.—Milagros particulares con que ha vuelto Dios por la honra de San Ignacio.. 728



Universidad de Deusto Biblioteca